

R 389604

ADOLFO DE HOSTOS

# HISTORIA DE SAN JUAN

## CIUDAD MURADA

Ensayo acerca del proceso de la civilización en la  
ciudad española de San Juan Bautista de Puerto Rico

1521 - 1898



INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA  
SAN JUAN DE PUERTO RICO

1966

Derechos Reservados — Copy-  
right by Adolfo de Hostos - 1948.

Depósito Legal: B. 22293 - 1966

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

---

Imprime: M. Pareja — Montaña, 16 — Barcelona

*Al coronel John Wormack Wright, del  
Ejército de los Estados Unidos, ex-comandan-  
te de la Isla de Puerto Rico, a cuya bonda-  
dosa insistencia debe el autor la decisión de  
escribir esta obra.*





# CONTENIDO

## PRIMERA PARTE

### *Historia de la Ciudad:*

<i>Capítulo I.</i> Desde la fundación de la Villa de Caparra hasta principios del siglo XVIII . . . . .	1 - 60
<i>Capítulo II.</i> Los siglos XVIII y XIX hasta la instalación del consulado norteamericano en San Juan . . . . .	61 - 116
<i>Capítulo III.</i> El siglo XIX, hasta la invasión norteamericana . . . . .	117 - 173

## SEGUNDA PARTE

<i>Capítulo IV.</i> El Real Presidio de San Juan o plaza militar permanente . . . . .	177 - 265
---	-----------

## TERCERA PARTE

<i>Capítulo V.</i> El gobierno de la Ciudad - Economía y Hacienda pública - El Comercio - La Moneda . . . . .	269 - 303
<i>Capítulo VI.</i> La Religión en la Ciudad . . . . .	305 - 355
<i>Capítulo VII.</i> La Instrucción pública y la cultura . . . . .	357 - 444

## CUARTA PARTE

<i>Capítulo VIII.</i> La beneficencia pública y las instituciones y profesiones congéneres . . . . .	447 - 475
<i>Capítulo IX.</i> El Progreso material . . . . .	477 - 501
<i>Capítulo X.</i> Estado social - La familia - El matrimonio - Vestuario - Mobiliario - Alimentación - Etiqueta oficial - Fiestas públicas y privadas . . . . .	503 - 554
<i>Bibliografía</i> . . . . .	555 - 558
<i>Obras del Autor</i> . . . . .	559 - 561
<i>Índice alfabético</i> . . . . .	563 - 584
<i>Índice General</i> . . . . .	585 - 590



## CAPITULO I

### HISTORIA DE LA CIUDAD

#### 1508 - 1898

#### CAPARRA: UNA VILLA PROVISIONAL

Reinaba don Fernando V el Católico, Rey de Castilla y Aragón, cuando, a fines del año 1508, al dar por terminada su exploración del litoral de la Isla de Boriquén, fundaba el adalid Juan Ponce de León una villa de españoles, a media legua, más o menos, del borde austral del *puerto Rico*.

En sus comienzos la aldea estuvo formada por unas cuantas casas de madera techadas de paja, agrupadas alrededor de una casa-fuerte construida de tapias, de mediano tamaño, cubierta por un terrado, con pretil almenado, barrera delante de la puerta principal, de siete tapias de altura, edificada por Ponce de León para dar cumplimiento al pacto de fundación y fomento de la colonia boricuense, que él había concertado en la Española con el gobernador de las Indias, Frey Nicolás de Ovando.

Durante los primeros meses del año 1509, el fundador dio principio a la construcción de otra casa, esta vez de piedra. Demostróse, entre otras cosas, por medio de las excavaciones practicadas por el autor en 1937, que la casa de piedra fue levantada a continuación de la de tapias (1), hecho que permite inducir que Ponce de León se proponía ampliar y mejorar las facilidades del centro de explotación minera y agrícola que había proyectado al construir la primera vivienda. Estos hechos revelan de manera terminante su propósito de establecer en aquel sitio el primer asiento definitivo de españoles en la Isla.

---

1. XXI/101-107. Véase el apéndice para una explicación de las notas.

Sin embargo, los pobladores de Caparra persistían en su resolución de no seguir el ejemplo de su capitán y continuaron, sin una sola excepción, habitando sus chozas y casas pajizas durante una buena docena de años.

Evidentemente, las desventajas e inconvenientes inherentes al lugar en donde se había ubicado la aldea de Caparra eran de tal índole, que su consideración debió inclinarse a los pobladores, desde los primeros tiempos, a meditar la conveniencia de trasladar la villa a un paraje más adecuado.

En efecto, la insalubridad y relativa inaccesibilidad de Caparra, que privaba, entre otras cosas, a sus habitantes de las ventajas que podía proporcionarles el trato con los navegantes que llegaban al puerto Rico, eran sin duda razones suficientes para inspirar descontento (2). Puestas en la balanza, aquéllas y éstas, muy pronto debió verse que las razones en favor de un cambio pesaban más que los argumentos en pro de la permanencia. La cercanía de aguas corrientes y de terrenos auríferos y arables no eran atractivos suficientes para retener a los fundadores en un rincón de la Isla en el que el incremento de la población se hacía casi imposible — a pesar de las múltiples disposiciones reales que lo hubiera favorecido — por la crecida mortalidad infantil y por la vida precaria a que los reducía el coste elevadísimo de transportar las mercancías desde el puerto a la villa, a través de caminos que los propios aldeanos calificaron de «fieros» e «infernales», coste que se estimaba tan crecido como el flete desde la remita Sevilla hasta el puerto Rico (3).

Las condiciones favorables a la agricultura y a la crianza de ganado, pronto debieron ser tenidas por secundarias, desde el momento que los vecinos, según el testimonio del Lcdo. Rodrigo de Figueroa (4), se mantenían de sacar oro con sus esclavos (5).

Y mientras Juan Ponce de León se arraigaba fuertemente en los agrestes lares de Caparra, instalando su familia en la casa de tapias y mejoraba ésta, hermoseándola, aún al extremo de adornarla con azulejos sevillanos (6); mientras artillaba la casa-fuerte y la convertía en un punto de apoyo para la sujeción definitiva de los in-

2. V. VIII/23/347, 8; VIII/34/430-483; VIII/36/437-457.

3. El camino de Puerto Viejo continuó intransitable a pesar de una disposición que obligaba a los maestros de las naves que fondeaban en la bahía a aportar dos barcadas de piedra para su reparación (II/154).

4. X/217.

5. Las dos primeras fundiciones de oro habían producido 28,000 pesos (X/174). El mismo autor calcula en unos cuatro millones de pesos el producto total de 1509 a 1536.

6. XXXI/55-60.

dígenas, e iba fabricando la casa de piedra labrada y fomentaba la minería y las labranzas, los aldeanos que le rodeaban urdían, secreta o abiertamente, proyectos de mudanza. Gestiones éstas que al principio debieron tener cierto carácter de intrigas pueblerinas, fueron cobrando mérito y respetabilidad hasta que culminaron en la investigación que, por mandato real, practicara sobre el terreno el licenciado Rodrigo de Figueroa en 1517.

Dos años después, los propios representantes de la Corona en las Indias, los padres Jerónimos, libraban la autorización necesaria para trasladar la villa de Caparra a la isleta en donde hoy está ubicada la capital de Puerto Rico.

A pesar de la oposición de Ponce de León, los «Isletistas» o «traslacionistas» habían triunfado (7).

## UNA VISION DE LOS PADRES JERONIMOS

El triunvirato de frailes a que se habían confiado el gobierno de Indias por el Cardenal Cisneros en 1516, actuó con un criterio realista en el asunto del traslado de Caparra a la Isleta. Reconociéndola con cuidado, dieron por cierta su ventajosa posición geográfica — amplio y bien ventilado muro natural de roca y arena que se interponía entre el Atlántico rompiente y las aguas muertas de la espléndida bahía —, muro en cuyo extremo noroeste un acantilado permitiría la defensa de la entrada al puerto; advirtieron promesas de florecimiento agrícola en las extensas llanuras cultivables hacia el este y el sur, en la desembocadura de un río al oeste que ofrecía un medio de comunicación con el interior de la Isla, y en las caletas esculpidas en la costa del canal de entrada a la bahía, pequeños y abrigados surgideros de acceso mucho más fácil que el puerto verdadero.

El espectáculo de natural magnificencia y la intuición de su adaptabilidad a los fines del hombre civilizado, provocaron la visión de una gran ciudad en la mente de los frailes-gobernadores, visión que vaciaron íntegra, dándole fiel expresión, en su memorable orden de traslado:

Id a la isleta — *requieren a las autoridades de Caparra* — y traen en el mejor sitio de lo que os pareciere la dicha ciudad, y trazeis la iglesia grande, según y de manera que pueda

---

7. V. X, para más detalles acerca de la controversia del traslado.

caber en ella mucha gente, porque confiamos en Nuestro Señor que su población ha de ser una de las señaladas de estas partes.

Y uniendo a la inspiración mística el criterio práctico del constructor, ordenan a los oficiales reales que señalen sitio, de «anchura proporcionada», para la plaza principal y para las calles; que designen los solares para los vecinos en partes cercanas a la iglesia y plaza; que señalen solares para un hospital y para los edificios públicos.

Por fin, durante el año 1521, tuvo lugar el discutido traslado a la Isleta.

Allende los mares, comparecía Lutero ante la Dieta de Worms, dando así comienzo a la segunda etapa de la revolución religiosa que había de conocerse más tarde con el nombre de la Reforma. Frente a la amenaza de Lutero, España iniciaba el movimiento de reafirmación católica que la compelia a tomar precauciones y medidas especiales en las Indias para fortalecer el ambiente de sectarismo religioso. Aun antes de la publicación de la tesis luterana en Wittenberg, el Rey Católico ordenaba a la incipiente colonia de Boriquén la práctica del culto divino, la administración de los sacramentos, la construcción de un monasterio de franciscanos y de una capilla.

Las medidas que habían de tomarse para evitar la propagación del protestantismo a América, influirían de una manera decisiva en el desenvolvimiento moral y cultural de la incipiente ciudad, como se verá más adelante.

## EL EJIDO DE LA CIUDAD

El documento autorizando el traslado, que acabamos de atisbar, designaba «la isleta» como ejido de la futura ciudad, si no textualmente, al referirse repetidas veces a ella como el sitio en donde ésta debería ser trazada.

Antes del año 1519 los límites del ejido de la ciudad fueron determinados en un plano de la bahía de San Juan y sus alrededores, dibujado a ojo por encargo del licenciado Figueroa (8).

La Isleta entera aparece marcada en este plano con la siguiente leyenda: «Isleta para el pueblo, hay en ella una legua». La parte

---

8. Plano o "rasguño" enviado a S. M. el 12 de septiembre de 1510. (Archivo General de Indias, Sevilla, estante 2, cajón 1, legajo 2). V. también: VIII/36/529.

situada frente a la caleta, junto al sitio en donde se levanta hoy el palacio de La Fortaleza, marcada en este plano con la palabra «puerton», está, a su vez, rotulada con la inscripción: «Aquí a de ser la cybdad».

Aunque el mencionado plano carece por completo de precisión, las anotaciones en letra cursiva que lo suplementan arrojan alguna luz acerca de las condiciones topográficas de la Isleta antes de que éstas fueran modificadas por la mano del hombre. En primer lugar, la Isleta aparece menos densamente arbolada que la isla principal. Una colina de suave pendiente se desarrollaba desde la ribera de la bahía hacia la parte norte, entonces coronada por grandes árboles, en el sitio ocupado hoy por el castillo del Morro, punto que aparece como la parte más alta de la costa.

El curso del desagüe natural ha sido señalado por las palabras escritas a lo largo de la línea de nivel bajo, más o menos uniforme, que corresponden en el presente a las calles de Fortaleza y San Francisco, y que leen: «Esta es una quebrada por donde (se) puede salir a la rivera». Evidentemente, la quebrada de 1519 recogía las aguas de la falda de la colina ya descrita, vaciándolas en el canal de entrada a la bahía en algún sitio cercano a la ligera elevación del terreno que ocupa actualmente el edificio de La Fortaleza. El desagüe natural de esta parte de la Isleta fue utilizado durante siglos mediante aquellas alteraciones que eran necesarias para su aprovechamiento a través de una zona urbanizada. La quebrada fue convertida en un caño. A mediados del siglo XIX todavía se llamaba «calle del Caño» a la sección oeste de la calle de San Francisco, denotando así la existencia de una primitiva zanja antes de la construcción del alcantarillado.

La palabra «laguna», estampada en el sitio hoy conocido con el nombre de La Puntilla, nos informa de la presencia en aquel lugar de las marismas y manglares que cubrían aquellos terrenos muy bajos, entonces en parte inundados durante la pleamar, y, del lado del canal de entrada, cuando las marejadas hacían, como lee un documento antiguo «rebosar la mar», sobre La Puntilla.

Los manglares de La Puntilla se extendían hasta los terrenos en que se construyó, en el siglo XIX, el paseo de la Princesa. Habiéndose interesado el gobernador Montes en cegarlos, se utilizaron con ese fin, de 1804 en adelante, las basuras extraídas de la ciudad. Más de cincuenta años habían de durar estos trabajos. En 1853 fue necesario construir un puente para salvar el caño de la Carbonera que drenaba los manglares restantes hacia el lado este de La Puntilla.

Volviendo al plano de 1519, notamos que aproximadamente en

el centro de la Isleta se haya dibujado un círculo marcado «pozo». Suponemos que se refiere al pozo cavado por un vecino de Caparra, antes de 1519, para cerciorarse de que había agua en el subsuelo de la Isleta, según testimonio de varios declarantes en el proceso verbal celebrado por el licenciado Figueroa para informar al rey acerca de la conveniencia de trasladar la villa de Caparra.

Otro círculo dibujado cerca del extremo sudoeste de la Isleta, representa una «fuente». Su proximidad al paso o vado que permitía la comunicación con la isla principal, nos hace creer que se trata en este caso del manantial que más tarde había de llamarse la fuente de Aguilar, colocada erróneamente en la Isleta por el dibujante anónimo de este plano.

La designación preliminar del ejido acordada por el licenciado Figueroa y sus compañeros, fue confirmada, como ya se ha visto, por los Padres Jerónimos. La aprobación real de la orden de traslado dictada por éstos, impartió aprobación implícita, con fuerza de ley, a la designación del ejido de la ciudad como el área comprendida en todo el perímetro de la isleta, disposición que a su vez fue ratificada por real orden de enero 14 de 1778.

Desgraciadamente, el derecho de la Capital a disfrutar tranquilidad de su ejido, fue invadido por un Decreto de noviembre 2 de 1834 (9), compeliendo a los dueños de los edificios situados en las demarcaciones militares a demolerlos, si así convenía al servicio del Estado, sin acordar indemnización ni reintegro (V. el capítulo titulado «El Presidio Militar de San Juan», acerca de las zonas polémicas).

La parte de la Isleta, que no estaba edificada, permaneció espesamente arbolada durante más de un siglo. Layfield la describe, hacia 1597, como un bosque de interés para el botánico, cuando dice: «Todos los árboles son vigorosamente verdes y ninguno sin alguna fruta, pero tan extraños que confundirían a los profesores de Botánica en Inglaterra» (10).

Joannes de Laet, por su parte, describe la Isleta en 1640, como cubierta de espeso e impenetrable bosque, a excepción de una «plaza» y de los senderos que conducían al puente del agua (11).

La «plaza» a que se refiere Laet, según nos revela el plano holandés (nota 11), era un espacio abierto en la espesura, o un pequeño

---

9. XXXIII-Año 1834.

10. Traducción de la *Relación* de Layfield, en 1/5/51.

11. Plano holandés titulado «Puerto Rico» que acompaña el legajo de manuscritos número 32,450Y, del Museo Británico.



predio desmontado, de forma más o menos circular, situado a medio kilómetro del extremo oeste de la Isleta, en cuyo centro aparece dibujada, en perspectiva, una horca (12).

Tres senderos tortuosos salían de la ciudad, convergiendo en uno solo antes de llegar a la «plaza», volviéndose a separar después de atravesarla, dirigiéndose uno de ellos a la caleta del Escambrón, en donde había sido construida cierta obra defensiva; otro, a un castillejo levantado aproximadamente en el sitio que ocupa hoy el castillo de San Gerónimo, y el último, comunicaba con el puente del agua, aquí llamado de Aguilar. Ganado suelto pastaba libremente en aquellas soledades.

Hacia 1660 el gobernador, don José de Novoa y Moscoso, hizo talar el bosque comprendido entre el puente arriba mencionado y la puerta de Santiago, dejando la campiña «franqueada al cañón» de las defensas del lado este de la ciudad.

## UN VILLORRIO INDIGENA EN LA ISLETA DE SAN JUAN

Antes de la conquista de la Isla por los españoles, y en el sitio actualmente destinado a los cuarteles de la Guardia Nacional, en Puerta de Tierra, estuvo enclavada una aldehuela indígena, o lo que es más probable, una estación de pesca.

En el año 1937 un arqueólogo de la Universidad de Yale, m<sup>ster</sup> Irving Rouse, practicó un reconocimiento del conchero, pudiendo comprobar el hecho de su indiscutible ocupación por nuestros aborígenes. El depósito de restos de barro cocido y de otros utensilios de piedra y de concha de caracol se extiende hasta el borde mismo del barranco que separa la orilla del mar de la planicie en donde están construidos los edificios de la Guardia Nacional.

Ha quedado así demostrado, con anterioridad a la prueba histórica de que ya hemos escrito, que en la Isleta había agua, cuando menos en el subsuelo, porque no de otro modo hubiera podido ser habitada por los indígenas; que las aseveraciones a este respecto por los caparrenses que deseaban mudar la villa, eran ciertas.

---

12. Dos postes reforzados en su base sosteniendo una viga o atravesano, marcada con la palabra "area". Como esta palabra latina no corresponde a objeto alguno que pudiera representarse gráficamente como lo está el dibujo en cuestión, parece admisible la suposición de que la palabra "arca" ha sido empleada erróneamente, en vez de horca.

## LA BAHIA DE SAN JUAN

El urgente deseo de los caparrenses de radicarse junto al puerto estaba bien fundado. La influencia de la vida portuaria en el desarrollo de la ciudad había de ser considerable, aunque no tan decisiva como la influencia del factor estratégico o militar.

En 1510 se expedía una real cédula convirtiendo al puerto de San Juan en escala obligatoria de los navíos que traficaban entre la Península y la Española (13).

Durante la primera mitad del siglo XVI el tonelaje de las naves que tocaban en el puerto era usualmente pequeño, razón por la cual sus capitanes preferían surgir en la caleta o pequeña ensenada situada en la costa este del canal de entrada a la bahía, frente a La Fortaleza, evitándose así sortear los bajos que habían más adelante en el camino al surgidero, dentro de la propia bahía. Por lo tanto, cuando el autor del primer plano que se hizo de la Isleta de San Juan designó como su puerto la caleta, no sufrió equivocación alguna.

Aún en 1890 continuaba usándose la caleta de San Juan por buques de vela, de acuerdo con ciertas instrucciones oficiales (14) entonces publicadas.

Varias razones coincidieron en perpetuar la importancia del puerto de San Juan. Aparte de su bondad, que, según el cosmógrafo Juan López de Velasco, le valió el nombre de Puerto Rico; aparte de la abundancia en sus alrededores de leña y de madera para construir y reparar navíos y de la cercanía de un río que facilitaba la comunicación con el interior, el factor que mereció más atención fue el de su posición geográfica, especialmente en relación con España y las demás islas del archipiélago antillano.

En 1640 el cronista Torres Vargas hacía notar la situación ventajosa de nuestro puerto al informarnos que desde él podía hacerse la travesía en un tiempo promedio de 3 días a Santo Domingo, 8 a La Habana, 6 a Cartagena de Indias y 20 a Nueva España. Evidentemente, las naves que salían del puerto de San Juan podían utilizar, para ciertos rumbos, los vientos reinantes en el Caribe con mayor provecho que desde otros muchos puertos del archipiélago. Asimismo, en cuanto al tiempo invertido en la travesía se refiere, San Juan quedaba más cerca de Castilla que la Española.

Por estas razones y por las exigencias de la navegación a la

---

13. 1/1/211.

14. 1/12/264.

vela, llegó a fijarse un derrotero bien definido para los buques que navegaban entre puertos españoles y antillanos.

Los que no tocaban en la región de la Aguada de Puerto Rico, entraban en la bahía de San Juan. Hacia el tercer cuarto del siglo XVI las aguas de Puerto Rico estaban incluidas en el derrotero entre el puerto español de San Lucas de Barrameda y el de San Juan de Ulúa, en México (15).

La fijación del derrotero de las Antillas como resultado de la experiencia en la navegación durante el primer cuarto del siglo XVI, especialmente de la observación de la deriva ocasionada a los buques que navegaban hacia el sur, por peculiar efecto del viento y las corrientes marinas en el Atlántico central, contribuyó en no pequeña medida a hacer del puerto de San Juan una escala deseable a las naves que se dirigían a puertos del Caribe.

Desgraciadamente, la absurda política absolutista impuesta por el Gobierno español, limitó al mínimo el desarrollo del comercio, dejando sin aprovechar las excelentes condiciones naturales de nuestra bahía.

## ORIGENES DE LA POBLACION DE SAN JUAN

Desde los primeros intentos de colonización se adivina el propósito del rey de seleccionar la población que había de habitar la Isla. Uno de los artículos del asiento de Vicente Yáñez Pinzón con los reyes, fechado en 1505, exigía limpieza moral a los futuros pobladores. Desde 1511 los aspirantes a residir en la Isla debían proveerse de un certificado expedido por la Casa de Contratación de Sevilla en que se hacía constar que el portador estaba libre del estigma de descender de quemados o condenados por el Tribunal de la Inquisición (16). En el mismo documento se ordena a Ponce de León expulsar de la Isla a todas aquellas personas que fueran hijos de condenados o nietos de quemados (17).

Procurando por otros medios el mejoramiento de la población, una real cédula de 1509 autoriza a Diego Colón a permitir pasar hombres casados a Puerto Rico, «para que se avcincen en ella». Un poco más tarde el rey ordenó a los hombres solteros de Puerto Rico que se casasen (18).

15. Juan López de Velasco en 1/9/384.

16. 1/1/200.

17. R. C. de Feb. 26, 1511, reproducida en 1/2/48.

18. II/115.

Otra disposición prohibía ir a las Indias a los que hubieran sufrido penas infamantes así como a los de «mala raza», especialmente a las gentes de Turquía y del Norte de África, cuyas costas estaban entonces infectadas por piratas y saltadores de playa.

Como todas estas medidas abarcaban implícitamente a las clases humildes, los obreros, labradores y hombres de oficio, se infiere que se perseguía un fin de higiene social, tanto como el incremento de la población.

Andando el tiempo, sin embargo, y a medida que se delineaban claramente los verdaderos objetivos de la ocupación española de la Isla; es decir, a medida que se definía el propósito de la Corona de convertirla en «frente y vanguardian» del imperio colonial en América, punto de apoyo en el movimiento de expansión del catolicismo, y se relegaba a último lugar el desenvolvimiento económico de la Isla, la política selectiva tomó insensiblemente nuevos rumbos: atracción de la nobleza y de las clases aristocráticas, naturales defensores de los intereses de la Monarquía, a quienes estaban expresamente confiadas la dirección militar; exclusión de los extranjeros, enemigos del poderío español, competidores en el comercio e impugnadores de la fe católica y propagadores del protestantismo (\*). No se olvidaron por eso las antiguas medidas de higiene social. En 1797 dispuso Carlos IV que los presidiarios enviados a la ciudad para trabajar en las obras de fortificación se les hiciera restituir a sus domicilios, no siendo el de la Corte, cuando cumplieran sus condenas, a fin de que no malearan la población de la Isla (\*\*).

Como parte de esta política selectiva se reglamentó la admisión de extranjeros, exigiéndoseles requisitos de residencia (19) que fueron abolidos tres siglos más tarde, en 1815, al ponerse en vigor la Cédula de Gracias. A tal extremo se exageró el temor de admitir extranjeros a la Isla, que la autorización de ingreso requería la expedición de una real cédula en cada caso, a favor de los solicitantes (20). En 1569 se prohíbe a los extranjeros dedicarse al comercio. A través de los gobernadores la Corona ejercía estricta vigilancia de sus personas, ordenándoles, de cuando en cuando, rendir informes acerca de las circunstancias personales, actividades y ocupaciones a que se dedicaban. En 1824 se les obligaba a presentarse al

---

\* Cuando un día del mes de julio de 1565 fondeó en el puerto de San Juan un navío inglés tripulado por protestantes, su cargamento fue confiscado y los ingleses encarcelados.

\*\* Real orden N.º 709 de 11 de octubre de 1797.

19. R. C. N.º 444 en 1/1/42.

20. V. R. C. N.º 444 concediendo residencia a Ambrosio Isola.

gobernador donde desembarcaren, bajo apercibimiento del alcalde del lugar en que ocurriese el desembarco (21). Asimismo se les prohibía trasladarse al interior de la Isla cuando visitaban a ésta en viaje de negocios (22). Los alcaldes, por su parte, debían llevar una matrícula de extranjeros (23). Claramente una medida política, inspirada en el temor al contagio de las ideas revolucionarias que incendiaban el Continente Americano, perseguía el gobierno a el fin de mantener a todos los extranjeros bajo la mirada escrutadora de las autoridades locales.

Volviendo hacia atrás, empezaremos por apuntar que, desde los primeros tiempos, diversas disposiciones tendían a inducir a los hidalgos españoles a radicarse en el país. En armonía con el espíritu de una Bula del Papa Alejandro VI, los Reyes Católicos acordaron enviar a América gente de cierta calidad. Ya en 1511 Fernando el Católico había expresado su deseo vehemente de poblar y ennoblecer la Isla. Antonio de Herrera, en su *General Historia*, asegura que por haber sido Santo Domingo y Puerto Rico las primeras fundaciones en América, la nobleza de estas colonias fue también la primera de América (24). En 1523 se le hacen concesiones agrarias, mediante una real cédula ratificada en 1523 y 1596. Oviedo afirma que hubo muchos hidalgos en la conquista de Boriquén (25). El propio Ponce de León, de acuerdo con una aseveración del cronista Torres Vargas, era un noble caballero. Otros vinieron entre los pobladores que siguieron a Juan Cerón y Miguel Díaz (26).

El poeta Juan de Castellanos ha dejado frecuentes alusiones, en el armonioso fluir de sus «Elejías», a la limpieza de origen de muchos de nuestros primeros pobladores. Refiriéndose a la ciudad de San Juan, dice:

*Son sus vecinos gente bien lucida,  
Nobles, caritativos, generosos...*

En otros pasajes dispersos en su poema épico, Castellanos califica a Salazar, de hidalgo; a Martín de Guiluz, de «noble vizcaíno»; a Gaspar y Garci Troche, de «hombres en toda cosa tan cabales»;

21. I/2/ 34/n. 38.

22. I/2/ 38/n. 41.

23. I/2/ 39/n. 44.

24. T. V. en I/4/285.

25. II/29.

26. XIII/1/98.

a Diego Ramos, de «varón ilustre»; a Cristóbal de Guzmán, de «caballero de gran tono».

Otros autores consideraron como troncos de familias puertorriqueñas a los Diego de Salazar, López de Ayala, Barrionuevo, Castellanos y Pérez Martell. Doña Teresa de Rivera, esposa del gobernador Francisco Manuel de Ovando, deudo del Duque de Alcalá, dejó sucesión en San Juan.

La existencia del orgullo generalizado de origen entre los habitantes de la ciudad durante el siglo XVI nos lo deja ver Castellanos en palabras inequívocas:

*El hombre vil y más soez de todos  
Decía que venía de los godos...*

En 1616 vivían en la ciudad medio centenar de doncellas, aspirantes al claustro conventual, «hijas y nietas de padres nobles y pobres», cuyas esperanzas de contraer matrimonio con jóvenes de igual calidad hacía muy remota la pobreza del medio, estrechez que obligaba a los hombres distinguidos a buscar fortuna fuera de la Isla (27). Numerosos naturales de San Juan se distinguieron en el servicio del rey en América y en Europa (28).

Que la ciudad pudo sostener el tono aristocrático a través de más de un siglo, a pesar de la pobreza de una sociedad condenada a ella por los errores del gobierno metropolitico, nos lo revela con irri- tante sarcasmo un autor anónimo del siglo XVII:

*...aquí están los blasones de Castilla  
en pocas casas, muchos caballeros  
todos tratantes en xenxibre y cueros  
los Mendoza, Guzmanes y el Padilla (29).*

Opinión en que concuerda, en cierto modo, un contemporáneo, el obispo Damián López de Haro, cuando escribe con suave ironía:

*...la gente es muy caballerosa y los que no vienen de la casa  
de Austria descienden del Delfín de Francia u de Carlo Magno...*

Llegados al siglo XVIII, notamos que Iñigo Abbad hace constar la existencia de castas en Puerto Rico, aunque las diferencias que él

27. Cédula de fundación del convento de monjas Carmelitas Calzadas, I/3/52.

28. II/478.

29. II/443.

nota están basadas en caracteres físicos, atribuibles al clima y al efecto de la mezcla de sangre europea, india y negra en nuestra población.

La distinción de clases subsistía fuertemente aún a mediados del siglo XVIII, a juzgar por un minucioso relato de las fiestas celebradas en la ciudad de San Juan con motivo de la exaltación al trono de Don Fernando VI, a principios de 1747. El regocijo público llegó al extremo, según el autor, que «nobles y plebeyos, grandes y chicos» mezclaban sus vítores en las calles de la ciudad (30).

Alrededor de 1765 Alejandro O'Reilly dejó constancia de haber salvado del desprecio a la nobleza insular al lograr él organizar las Milicias, dando a los hijosdalgos puertorriqueños honrosa cabida en ella (31).

Diez años después escribía el capitán Fernando Miyares y González :

Aumentábase esta ciudad de muchas familias decentes, y calidad ilustre, así de aquellos primeros fundadores, como originarios de otras, que en diversos tiempos han pasado de España con los empleos de sargentos mayores, capitanes y comandantes del castillo de San Felipe del Morro, y algunos de Gobernadores que no habiendo tenido más fortuna en otros asensos, o porque los cogió la muerte, o porque les faltó la diligencia, se quedaron sus familias, con las conveniencias que pudieron conseguir (\*).

Los puertorriqueños Ramón Power, en la Marina de Guerra, y Demetrio O'Daly, Antonio Valero, Juan de St. Just y otros muchos en el Ejército, lograron su admisión en tiempos en que se exigía calidad de noble para pertenecer como oficiales a las fuerzas armadas españolas.

Numerosas disposiciones gubernativas afianzaron a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, la pauta selectiva trazada desde los comienzos mismos de la colonización. Una real cédula expresaba las calidades genealógicas exigibles a las personas que aspiraban a desempeñar ciertos cargos públicos (32); otra establecía que las hijas de los consejeros y oidores en Indias, para poder contraer matrimonio con militares, debían acreditar su calidad, mediante co-

---

30. "Relacione verídica", etc., reproducida en I/5/180.

31. II/544.

• IV/9.

32. R. C. N.º 93 de 18 de julio de 1745.

pías autorizadas de los títulos y empleos de sus padres (33). Hacia fines del siglo XVIII, un joven puertorriqueño fue dotado para ingresar al Colegio de Nobles Americanos de Granada.

En 1815 Fernando VII describe al pueblo de Puerto Rico, en el preámbulo de la Cédula de Gracias, como «una porción distinguida de mis dominios». La frase implica que el proceso selectivo había dado sanos frutos: había desarrollado un pueblo vigoroso, como lo notaba, hacía más de siglo y medio, el cronista Torres Vargas, cuando apuntaba, «los naturales son generalmente de grande estatura; que sólo hay un linage que la tenga pequeña». En cuanto a lo moral, la lealtad de los españoles nacidos en Puerto Rico había llegado a ser característica. Eran hombres de vivo ingenio, virtuosas las mujeres y de tan sano criterio que todos los hombres prudentes «debían venir a casarse en Puerto Rico», según aconsejaran dos gobernadores del siglo XVII. O'Reilly confirma todos estos extremos con igual convicción (34). El almirante Gabriel de Villalobos afirma (35) que los isleños eran «valentísimos», y, como si quisiera ofrecer una prueba de tal aseveración, el Obispo Zengotita asegura, en 1797, que fueron los criollos de Puerto Rico los que defendieron y conservaron a la Corona la preciosa isla contra el formidable ataque de los ingleses al mando de Sir Ralph Abercromby.

El Gobernador Latorre reconoce, en 1837, el valor y denuedo de los puertorriqueños, agregando que les era connatural, heredado de sus mismas costumbres, e inherente, en cierto modo a su espíritu hazañoso y bizarro (36).

Durante siglos se observó en la ciudad de San Juan la ordenanza que exigía anotar en el Registro de Hidalgos los nombres, calidades y otras circunstancias personales de los vecinos. Las anotaciones acerca de la calidad estaban fundadas en ciertos expedientes llamados *informaciones de hidalguía*, consistentes, entre otras cosas, de las transcripciones tomadas de los padrones de hijosdalgo de localidades de la Península y de las copias certificadas de las partidas sacramentales del peticionario y de sus ascendientes. Las informaciones de hidalguía servían para comprobar las alegaciones de origen hechas en las peticiones de declaratorias de caballeros hijosdalgo. Si la petición era aprobada, el Cabildo de San Juan expedía la declaratoria, documento mediante el cual, la ciudad aceptaba la validez

33. R. C. N.º 604 de 1790. V. otras medidas al efecto en el capítulo acerca del matrimonio.

34. *Memoria*, en 1/8/129.

35. "Grandezas de Indias", código de la Biblioteca Nacional de Madrid, cap. 9 año 1690.

36. Informe del general Latorre, en 1/9/305.



de tales alegaciones. Las declaratorias de caballeros hijosdalgo eran utilizadas para apoyar la concesión de permisos a los interesados para usar escudos de armas y para ser admitidos al goce de los oficios propios de sus calidades.

Como el Síndico Procurador General de la ciudad gozaba de la facultad de oponerse por justa causa a las peticiones, el proceso de información podía complicarse y dilatarse, como en efecto se dilató en algunos casos, extraordinariamente. La documentación presentada en cada caso era tan copiosa que solía extenderse a centenares de folios, remontándose al cuarto abuelo, o aun más remotos ascendientes.

Estas prácticas estaban todavía en uso a mediados del siglo XIX (37). Otras parecidas duraron aún más. Sólo tres años antes de la invasión americana se firmaba en Madrid una real orden disponiendo se expidiera carta de sucesión en el título de Conde de Santurce a Pablo Ubarri e Irramategui, hijo de Pablo Ubarri y Captillo (38).

## LOS AFRICANOS EN SAN JUAN

Concedida por el cardenal Cisneros la licencia pedida por los Padres Jerónimos en 1517 para introducir bozales en las Indias, seguida de otras solicitudes de los oficiales reales, del obispo Manso y otros funcionarios, llegaron a la ciudad 1.050 de aquellos infelices en los treinta años comprendidos entre 1521 y 1551. Mostrando su predilección por los africanos que pertenecían a las tribus más atrasadas y oscuras, por considerarlos mucho más adaptables a las duras faenas de la esclavitud, Carlos V prohibió, en 1526, la importación de berberiscos y galofes, los primeros muy mezclados con árabes y otras razas libionegroides del Sudán occidental y los segundos, en realidad, una tribu de los negroides de Bantú. Preferíanse los de Guinea y Angola.

En 1530 ejercitábase la trata abierta en la ciudad. El valor de un negro de trabajo fluctuaba entre 60 y 70 castellanos (39). Empleáronse esclavos en la construcción de la Catedral. Doscientos negros llegaron en 1598 con destino a las obras militares.

37. V. en el Archivo Municipal de San Juan, entre otros, los expedientes de hidalguía y de legitimidad de ascendientes de Francisco del Valle González de Morellán Uzeda y Fernández de Mier (1810); del Alférez de fragata, don Juan Ortiz de Zárate (1818); de José Eulogia Ruffa (1842); de don Francisco Contreras y Sagredo (1851).

38. XXXIII-Año 1895.

39. XIX/338.

La población negra creció durante el siglo XVII. Según el Obispo fray Damián López de Haro (40), en 1644 había un gran número de negras y mulatas no registradas en los censos oficiales; treinta años después enumerábanse en el censo 971 negros y pardos. De acuerdo con O'Reilly, vivían en la capital 944 esclavos en 1765, sin contar los negros libres. El precio por cabeza había subido considerablemente. En 1655 se vendió en San Juan, procedente de la isla de Santo Tomás, un cargamento a 225 pesos cada uno. Hasta entonces, la venta de mayor precio hecha en Indias. El concurso de los negros al fomento agrícola se hacía imprescindible. En 1690 el almirante Villalobos sugería se importaran anualmente 150 labradores negros para repartirlos entre los soldados y vecinos.

La indicación de repartirlos entre la soldadesca es muy significativa, por cuanto revela la existencia de un prejuicio fuertemente arraigado con respecto a los efectos del clima tropical en los europeos. Los soldados de la guarnición en el siglo XVII no estaban sometidos a un régimen de instrucción que valiera la pena. Pasaban la vida en la ociosidad, esperando tranquilamente la guerra, año tras año, lustro tras lustro. Sin embargo, los dirigentes no pensaban siquiera que podían emplear parte de su tiempo en las faenas agrícolas. Ya el capitán Salazar había dicho un siglo antes (erróneamente y sólo por transigir con las preocupaciones de sus compatriotas) que el hombre blanco moría en este clima al sufrir cuarenta y ocho horas de fatiga física. El almirante Villalobos proponía hacerlos útiles, librándolos al mismo tiempo de la muerte, poniendo a los negros a trabajar bajo la dirección de los soldados.

Algunas disposiciones tendían a suavizar el carácter cruelísimo de la trata. Mientras por un lado se marcaba en el hombro con un hierro candente (el «carimbo») a los esclavos como evidencia de que se había pagado el tributo al Estado, por otro se ordenaba catequizarlos a su llegada a la Isla. Así lo dispuso el gobernador Bahamonde Lugo, en esta Capital, quien, obedeciendo viejos decretos, hizo publicar una ordenanza al efecto (1569). Recomendaba el Obispo de Puerto Rico al Sínodo de 1645 que los negros bozales fueran catequizados en el acto mismo de su llegada al puerto, debiendo ser visitados por sacerdotes con este fin, quienes deberían comenzar por bautizarlos. El bautismo de agua que les ofrecía la Iglesia, sin embargo, no logró borrar de la historia de la Civilización la mancha que en ella dejó el abominable bautismo de fuego que el Estado consin-

---

40. II/441.

tió, en olvido completo de la caridad cristiana, durante más de dos siglos.

En la 18.<sup>a</sup> centuria los genoveses, franceses e ingleses se dedicaron a la trata de negros en gran escala. Mediante el *Tratado del Asiento* los ingleses introducirían 144.000 esclavos en América, durante un período de 30 años. En 1766 al concederse asiento en la ciudad de San Juan a la empresa negrera llamada Compañía de Caracas, la Capital se convirtió en un centro de distribución de esclavos, debiendo sostener una casa para el recibo, depósito y despacho de los esclavos (41). En una ocasión (1775) la compañía llegó a tener dos mil esclavos almacenados en espera de ser enviados a Venezuela. Abolidos los derechos de entrada por la Cédula de Gracias, en 1815, y abolida la trata en 1817, el Cabildo de San Juan comenzó a expedir licencias pocos años después para la introducción de negros bozales.

A pesar de que desde tiempos antiguos existían numerosas leyes, reales cédulas y otras medidas protectivas del esclavo, en Puerto Rico el trato acordado por los amos a sus siervos era generalmente cruel, aunque no tan inhumano como el que prevalecía en las colonias francesas, inglesas y holandesas. El movimiento abolicionista iniciado por los anglosajones a fines del siglo XVIII, tendió a dulcificar el trato de los esclavos en las colonias españolas. En 1826 el gobernador de Puerto Rico, don Miguel de La Torre, dictó un documento encaminado a reglamentar las relaciones entre amos y siervos (42), refiriéndose principalmente a los que trabajaban en las haciendas. En cuanto a los esclavos dedicados al servicio doméstico en los campos y ciudades, imponía el reglamento a los amos la obligación de doctrinarlos, instruyéndoles todas las noches después del toque de oraciones, práctica que debía terminar rezándose el Rosario de María Santísima; de hacerles visitar los Sacramentos; de enseñarles la obediencia a las autoridades constituidas, a reverenciar a los sacerdotes, a respetar a los blancos, a comportarse civilmente con las gentes de color y afablemente con sus iguales; a alimentarles con una dieta consistente en seis u ocho plátanos, ocho onzas de carne o pescado y cuatro onzas de arroz; de proporcionarles para su vestuario, durante un año, tres camisas y tres calzones de coleta,

41. R. C. declarando la capital asiento de la Compañía de Caracas, en 1/11/79.

42. Reglamento sobre la Educación, Trato y Ocupaciones que deben dar a sus esclavos los Dueños o Mayordomos de esta Isla. Reproducido en 1/10/262 et. seq.

un sombrero, un pañuelo y una camisa de bayeta; de proporcionarles asistencia médica, en el caso de enfermedades agudas y de auxiliarlos con remedios caseros en las leves; de fomentar los matrimonios, sin impedir que se casasen los que pertenecían a dueños distintos; de amparar a los menores, viejos y enfermos. Permitía dicho reglamento a los amos castigar corporalmente a sus esclavos por actos de desobediencia o faltas de respeto, limitando, sin embargo, la pena a veinte y cinco azotes. Tampoco se permitía que los castigos corporales causaran contusiones graves, efusión de sangre o mutilación de miembros. Los infractores debían ser procesados criminalmente.

Sin embargo, dura prueba esperaba a la raza negra con el advenimiento al poder del general Prim, Conde de Reus. Sufriendo súbita excitación por los relatos de unos emigrados franceses que llegaron a San Juan el 31 de mayo de 1848, acerca de ciertos motines ocurridos en las Antillas francesas con motivo de la abolición de la esclavitud en ellas, monta en cólera y redacta inmediatamente un bando que contiene algunas de las disposiciones más crueles concebidas por un gobernante español de Puerto Rico. Empezando por sustraer a los negros de la jurisdicción civil, los somete arbitrariamente a la de un Consejo de Guerra que entendería en la comisión de delitos de cualquiera especie; ordena la ejecución de todo esclavo negro que hiciera armas contra los blancos; si el acusado de tal delito era negro libre, se le cortaría la mano derecha por el verdugo; establece la pena de cinco años de presidio para todo negro o esclavo encontrado culpable de insultar, maltratar o amenazar en cualquier forma, con ánimo deliberado de ofender a la gente blanca en su persona; concede autoridad absoluta a los dueños de esclavos para corregirlos y castigarlos por faltas leves, reservándose el gobernador la autoridad exclusiva para juzgar de la conducta de los dueños de esclavos en dichos casos; concede facultad a los dueños de esclavos para dar muerte en el acto a cualesquier esclavo que se sublevare contra ellos; concede facultad a los comandantes militares de los departamentos de la Isla para instruir sumarias en el caso de los negros acusados de delitos contra la seguridad pública o contra las personas y las cosas.

Días después, expide el general Prim una circular aclaratoria del bando a que acabamos de referirnos. Nos limitaremos a recordar solamente aquellas disposiciones que, por su extrema severidad, parecen extraordinarias: condena a 25 azotes a los negros esclavos que participaren en riñas a mano desnuda, entre gentes de color,

en sitios públicos, aunque de las riñas sólo resultaren heridas leves; si a mano armada, el participante esclavo sufriría 8 años de presidio, y 6 el libre, aunque las heridas resultantes fueran leves; condena a 200 azotes al esclavo que hurtare por valor de 8 a 80 reales.

Afortunadamente, el bando infamante fue derogado por el gobernador Juan de la Pezuela, sucesor de Prim, el 28 de noviembre de 1848.

Pocos años de sufrimiento habían de restarle a los desventurados esclavos de Puerto Rico. Escrita una de las más gloriosas páginas de la historia de España, por iniciativa y con el concurso ideológico de ilustres puertorriqueños, sin derramamiento de sangre ni de lágrimas, se promulga en San Juan, el 5 de agosto de 1872 (43), el reglamento para la ejecución de la Ley de la Abolición de la Esclavitud. Numerosos vecinos de San Juan devolvieron la libertad a sus esclavos sin reclamar indemnización alguna. Nuestra pequeña urbe daba un magnífico ejemplo de cultura al mundo civilizado (44).

En 1873 don Elías de Iriarte era nombrado presidente de la Junta Central Protectora de Libertos. Tres años más tarde se gestiona la contratación de un empréstito de siete millones de pesos para indemnizar los dueños de esclavos libertos en la Isla de Puerto Rico.

En cuanto al estado moral y social de los negros importados de Angola, Guínea y otros puntos de África, los pobres «bozales» raptados por los negreros al bosque y al villorrio africano, parece oportuno recordar que su condición era aún más primitiva que la de los indígenas encontrados por Ponce de León a su arribo a la isla. Hablaban dialectos indominables por el europeo, vivían desnudos; su organización social respondía a los más elementales principios de agrupación humana; practicaban primitivos cultos animistas que introdujeron entre las clases bajas del país extrañas supersticiones, ajenas por completo a la tradición española y al medio ambiente. Resistían secretamente la religión católica. A este respecto escribía el Obispo de Santo Domingo, en carta del 23 de julio de 1594:

Siendo Obispo de Puerto Rico descubrí una gran compañía de negros y negras brujos que trataban con el demonio en figura de cabrón y renegaban cada noche delante de él, de Dios y de Santa María y de los sacramentos de la Santa

43. Gaceta de Gobierno, Año 1872.

44. *Ibidem*.

Madre Iglesia, afirmando que no tenían otro dios ni creían sino en aquel demonio, y haciendo ciertas unciones se iban a unos campos a hacer estos ejercicios (45).

Procediendo jurídicamente, escribe el señor Obispo, hizo azotar y desterrar a algunos de los culpables, compeliendo a adjuar a tres que confesaron voluntariamente, sólo para reincidir al poco tiempo.

Gobernador don Gabriel de Rojas (1608-1614) las autoridades eclesiásticas de San Juan tuvieron conocimiento de varios casos de negros que declaraban estar poseídos por espíritus. Una negra decía tener un espíritu que le hablaba en el vientre. Conducida a la Catedral y exorcizada, el espíritu dijo llamarse Pedro Lorenzo. Contestaba a las preguntas que le hacían, según el bueno de Torres Vargas (46), hablando de las cosas pasadas y ocultas. Declararon las negras poseídas de espíritus, que éstos se le entraron en el vientre, allá en su tierra, en forma visible de un animalejo, el cual heredaban, de generación a generación, como si fuera un mayorazgo.

## EL CRECIMIENTO DE LA CIUDAD

Al llegar a este punto en la historia de la ciudad, precisa presentar a nuestros lectores una tabla de población dispuesta en orden cronológico, que ha de mostrar, a fin de facilitar la interpretación de los fenómenos sociales comprendidos en su desenvolvimiento, cuan lento y gradual fue su crecimiento durante los siglos XVI y XVII y cómo se aceleró el ritmo de la vitalidad después que el parasitismo económico y espiritual impuesto por el sistema prohibitivo de comercio y el absolutismo político empezó a ceder a las corrientes más racionales que inspiraron en general la política colonial española desde 1808 en adelante, y en particular, con respecto a la Isla de Puerto Rico, desde la promulgación de la Cédula de Gracias, en el año 1815. El estudio de otros aspectos de la vida de la comunidad puede ser provechosamente auxiliado por la tabla que publicamos a continuación:

---

45. I/3/48 et seq.

46. Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico, en II/471.

# POBLACION DE SAN JUAN

Siglos 16, 17, 18 y 19

Año	N.º de Casas	N.º de Bohíos	N.º de Vecinos	N.º de Habitantes	Fuentes
1515	(Caparra)	....	35	175 (6)	I-1-266; I-3-292; I-3-265 (n. 3)
1521	80 (1)	....	....	320?	XIX-341
1527	129	....	....	516?	V-308
1529	120 (2)	....	....	480?	II-288
1530	86 (3)	20	....	344?	I-12-66; II-148
1535	100	....	....	500	I-2-16
1548	....	....	100	500	I-8-105; I-1-266; I-2-138; XXXVI-91; V-312; III-294
1556	....	....	130	650	I-1-266; I-3-294
1571	....	....	200	1000	I-10-88
1575	200 (4)	....	200	1000	I-3-336; I-10-89
1582	V. plano en V-308	....	170 (mas 14 curas)	864	V-312; I-1-78
1590	....	....	170	....	XXX(V-92
1604	200	120	....	1600	I-12-130
1644	250 (5)	100 (6)	350	1750 (7)	II-441; I-11-142; (menos 200 vecinos según López de Haro I-11-142
1644	....	....	200	1000	I-4-83
1646	....	....	500	2500	I-1-266; I-3-295
1647	400 (8) (incluyen-bohíos)	....	500	2500	II-452; I-4-262
1673	269 (de piedra?)	....	....	1791 (9)	VI-155
1765	....	....	....	4506	I-8-116; I-5-280; I-3-297 (n. 3) (pág. 285)
1776	....	....	....	6605	III-212-287; I-5-282; I-3212; I-3-212
1783	....	....	....	6462	I-5-291
1816	....	....	....	3907	I-5-291; XX-16 (n. 2)
1827	....	....	....	11484	I-5-291
1845	1000 (10)	....	....	13000	I-9-17
1860	....	....	....	18132	I-5-291
1860	....	....	....	18259	I-9-219
1874	....	....	....	21847 (11)	Archivo Municipal
1877	....	....	....	23414	I-5-291
1879	....	....	....	25000	I-5-275
1883	....	....	....	25685	I-5-291
1887	900 intramuros 822 extramuros	....	....	27020	V-332
1894	....	....	....	27327	....
1899	2776 (12)	....	....	32048	Censo de 1899

Desde el siglo XVI hasta el XIX se acostumbró considerar que un "vecino" era el jefe de una familia de 5 personas. (Instrucciones de la Comisión de Estadísticas, fechadas el 29 de enero de 1846 — "Prontuario de Disposiciones Oficiales", redactado por don Francisco Ramos, Puerto Rico, Imp. de González, 1886: 190); (1) Casas de madera, casi todas. (2) Casas de piedra, tablas y paja. (3) 6 casas de piedra, (5 de altos, "dobladras", Lando), 30 casetas, 20 bohíos, 30 casas de madera, total 86. (4) Casas de piedra, tapia madera. (5) Casas de teja y cantería. (6) Con techo de paja. (7) Además de los vecinos, dice, sólo mujeres negras y mulatas había más de 4,000. (8) Casas de piedra. (9) Según padrón de 1673 (820 blancos, 971 negros y pardos, total 1,791. (10) Casas de piedra y ladrillo; la mayor parte de altos, en las calles principales; casi todas de azoteas "como en Cádiz". Van desapareciendo los bohíos en los barrios (1/9/17-18). Vistas desde tierra, Cádiz y San Juan se parecen mucho. (11) Inscriptos en el Registro de esclavos: 3,563 hombres y mujeres. (12) Había 20,000 habitantes intramuros.

## COMUNICACION ENTRE LA ISLETA DE SAN JUAN Y LA ISLA PRINCIPAL. EL PUENTE DEL AGUA

Los canales o «caños» de Martín Peña y de San Antonio, la entrada del último de los cuales estaba situada en la ensenada hoy llamada del Condado, fueron los primeros grandes obstáculos con que se enfrentaron los caparrenses al intentar trasladar su villa a la Isleta. Luego de vadearlos, empezaron a llamarlos «pasos», según consta en el plano de 1519.

Para obviar la dificultad de construir entonces sendos puentes, los caparrenses apelaron al primitivo recurso, en armonía con la pobreza imperante, de vaciar en ambos pasos innumerables carre-tadas de piedras, para improvisar calzadas o pedraplenes sobre am-bos obstáculos.

Durante los primeros años el vado más próximo a la Isleta, ya mejorado por las carre-tadas de piedra derramadas allí, permitía el paso a caballo, excepto en su parte más honda, viéndose obligados los transeúntes a vadearlo a nado cuando la marea estaba alta. Algunas personas y bestias perecieron en el intento.

Accediendo a la solicitud hecha por los vecinos de la ciudad, el rey autorizó al Cabildo, en 1551, a invertir el sobrante de los fondos destinados a edificar La Fortaleza en las obras necesarias para conducir el agua de la fuente de Aguilar sobre el terraplén (47).

Asimismo, dispuso el rey que, en el caso que fueran insuficien-tes los 550 pesos de oro disponibles al terminarse la obra de La For-taleza, el Cabildo quedaba autorizado a levantar los fondos que fueren necesarios, ateniéndose al plan siguiente: una mitad se recau-daría, durante un período de seis años, por sisa (48) en vino, aceite y otras provisiones (exceptuando la carne); la otra mitad, por con-tribución del vecindario ya que, según reza el antiguo texto en cuestión, «de derecho están obligados a contribuir en ello por el beneficio que reciben».

Otra cédula (49) relativa al mismo asunto, fechada en 1568, nos informa que los fondos autorizados por el documento citado ante-

---

47. R. C. de junio 30, 1551, en el Archivo de Indias, reproducida en I/11/298. La fuente de Aguilar, único lugar de abastecimiento de agua potable para la ciudad, con excepción de algunos aljibes que empezaban entonces a construirse, estaba situada en la isla principal, muy cerca de la orilla de la ensenada del Condado, en un sitio que hoy describiríamos como las inmediaciones de la parada 11, en la Avenida Ponce de León, en un solar que perteneció a la señora viuda de Orbeta.

48. Imposición sobre comestibles, rebajando la medida.

49. R. C. de Dic. 18, 1568, reproducida en I/11/299.



riormente fueron empleados en construir «una puente que toma de una parte a otra», es decir, de la Isleta a la orilla opuesta, en la ensenada del Condado, en un punto muy cercano a la fuente de Aguilar.

Algunos años más tarde (1571) López de Velasco asevera que el puente era de madera y piedra (un pedraplén con tramo de madera), «como dos tiros de ballesta de largo».

De acuerdo con la cédula de 1568, el primer puente, es decir, la primera estructura que permitió el paso ininterrumpido de una orilla a otra, se construyó sobre el caño de San Antonio entre los años 1551 y 1568. En 1582 la *Memoria de Melgarejo* lo califica de «calzada», razón por la cual creemos que en esa época el «puente» todavía consistía del pedraplén original, varias veces reparado y mejorado, y del tramo de madera sobre la parte más profunda.

El gobernador Bahamonde Lugo, en 1558, hizo dar principio a la obra de colocar las canales sobre el puente para conducir el agua de la fuente de Aguilar, trabajos que se suspendieron por falta de fondos (50).

Cuando el Conde de Cumberland atacó la ciudad en 1597, encontró al *puente del Agua* preparado para la defensa, según apunta Layfield, el cronista de esta memorable expedición. El paso sobre dicho puente, dice, podía ser cerrado por una pesada puerta, fuertemente construida, provista de un postigo que permitía el tránsito de uno en fila. La gran puerta encajaba en una abertura abovedada que había en un lienzo de muralla almenada construido a la entrada del puente, del lado de la Isleta. El tablero o piso estaba cortado en dos sitios. Defendía su acceso por la Isleta un fortín artillado, con guarnición de cinco españoles. En el mismo año, parte del puente fue volado para impedir que fuera utilizado por los ingleses.

Al reconstruirlo el gobernador Gabriel de Roxas (1608-1613), hizo hacer de piedra la parte de madera, dejándolo como lo encontraron los holandeses unos cuantos años más tarde.

Según el topógrafo de la expedición capitaneada por Hendricksz, quien levantó cuidadosamente un plano a escala de la bahía de San Juan y sus alrededores (51), el puente que él llama de Aguilar (revelando así que todavía desempeñaba su vital función de auxiliar en el abastecimiento de agua a la ciudad), consistía de dos miembros o partes divididas exprofeso, como medida militar, por un espacio abierto salvado por un tramo removible. La primera parte arran-

50. Pliego de cargos hechos al Gobernador Francisco de Bahamonde Lugo, por el juez de residencia, Francisco de Solís, en 1569, reproducido en I/12/6.

51. V. la nota 12.

caba de la orilla de la Isleta, corriendo sobre unos manglares en una longitud de casi 600 pies, orientado del N.O. al S.E.; la segunda, de 927 pies de largo, corría de E. a O., de manera que el puente formaba un ángulo muy abierto cuyo vértice descansaba en el canal de San Antonio, y el extremo E. en las inmediaciones de la fuente de Aguilar. Cerca del extremo distante de la primera sección estaba construida la caseta abovedada que sostenía la puerta de salida. En esta misma sección, y a unas cuantas yardas de la orilla, había un baluarte, cimentado sobre los manglares, cuyo saliente miraba hacia el norte para defender el puente de ataques por el lado del mar.

El espacio abierto entre ambas secciones, a que nos hemos referido antes, fue salvado por un tramo levadizo durante el gobierno de Riva Agüero (1643-1648).

Por fin, en 1660, estando la obra de madera en muy mal estado, el gobernador don José de Novoa y Moscoso, la hizo reconstruir definitivamente de piedra (52).

Fray Inigo Abbad, hacia el segundo tercio del siglo XVIII, describe el puente de tal manera que podemos entender que en su tiempo éste todavía consistía de dos tramos de calzada (erigidas sobre las partes llanas) unidas por un tramo de madera montado sobre cubos de piedra de sillería. El magnífico plano de Cosme de la Churruca, publicado en 1794, muestra que el trazado del antiguo puente del Agua había sido variado considerablemente. Aparece entonces orientado casi de N. a S. cruzando directamente el caño de San Antonio, como está en nuestros días. Los constructores de la calzada del siglo XVI, procediendo de conformidad con sus medios primitivos, habían, naturalmente, trazado la calzada buscando los sitios más bajos, razón por la cual la calzada no se desarrolló en una sola recta. A la entrada, del lado de la Isleta, estaba protegido por un fortín. Era, en realidad, un puente fortificado, como lo rotula don Tomás López en su plano de 1785 (53).

Después de haber sido casi destruido el *punte de los Soldados*, como se le llamaba entonces, por el fuego de la artillería inglesa, en 1797, fue reparado a principios del siglo XIX, durante la administración del general Ramón de Castro.

En 1785 el dominio del puente, cuyo valor estratégico había sido demostrado por la experiencia, fue reclamado por el Ministerio de Guerra, pretensión a que aparentemente no accedió el gobierno, pues tres años más tarde se ordenaba que fuera entregado a la Jefatura

---

52. 1/3/280.

53. Plano de la bahía de San Juan de Puerto Rico, Madrid, 1785.

de Obras Públicas de Puerto Rico (54), reservándose el gobierno militar de la Plaza ciertas atribuciones relacionadas con la utilización estratégica de la estructura.

Resumiendo: la ciudad había podido construir el antiguo *punto del Agua*, gracias a concesiones tributarias de la Corona, cuando éste bastaba a su modesta tarea de franquear el paso al puñado de transeúntes que lo utilizaban y el hilo de agua de la fuente de Aguilar que corría por sus canales; la ciudad había podido conservar el *punto de los Soldados*, cuando podía considerársele como una obra auxiliar del sistema de fortificaciones de la Plaza, pero, cuando se convirtió en el *punto de San Antonio*, algo así como un dispositivo que daba entrada a la ciudad a la principal arteria comercial del país, indispensable al movimiento vehicular que ocasionó su expansión extramuros, entonces hubo de adquirir verdadera importancia insular, confiándose su conservación al gobierno de la Isla.

Por real orden número 384, de 1890, se aprobó el proyecto para sustituir el entonces existente, con modificaciones en ella propuestas, a un costo de 38,504 pesos (55). La obra fue dirigida, en 1893, por el ingeniero de caminos don Enrique Bartrina. Consistía el puente de cuatro tramos metálicos de 55,4 metros de longitud total con siete metros de ancho, apoyados sobre estribos de sillería, habiéndose conservado el del viejo puente del lado de la Isleta, y sobre tres pilas intermedias de sillería y mampostería, de dos metros de altura. A ambos lados tenía andenes de hierro para los peatones (\*).

## PRIMEROS TIEMPOS DE LA CIUDAD

A pesar de que se había logrado hacía varios años la completa pacificación de los dóciles aruacos de Puerto Rico, no estuvo exenta de violencias y de zozobras la vida de los habitantes de la Ciudad del Puerto Rico durante el transcurso de los primeros años en la Isleta.

Desde 1511 los caribes de las Antillas Menores, admirables nautas, hábiles flecheros, intrépidos y crueles combatientes, habían estado atacando con sus armadas de piraguas y canoas, diversos puntos de la costa de Puerto Rico. Sólo unos cuantos meses antes del

54. R. O. de enero 17, 1876.

55. XXXIII/105/1-Año 1890.

\* Alejandro Infesta: "La Exposición de Puerto Rico", Imp. del Boletín Mercantil, San Juan, 1895, pág. 169, e. s.

traslado de la ciudad habían realizado una incursión en la costa oriental de la Isla.

A media noche del 18 de octubre de 1529, adelantándose sigilosamente en ocho piraguas, el número de cuyas tripulaciones puede calcularse en unos 250 hombres, se presentaron de improviso en la misma bahía de San Juan. Lanzándose sobre una de las lanchas que hacían el servicio de aprovisionamiento entre las riberas del río Bayamón y el puerto, fueron sentidos por los porteños, llenándolos de espanto. Tres negros murieron en la refriega. Al amanecer se les hizo fuego de mosquete, obligándolos a abandonar la empresa sin haber saltado a tierra.

Volviendo al año siguiente, desembarcaron en el Daguao, asaltando y quemando durante varios días las casas, minas y haciendas de aquella región. Aunque no llegaron hasta la ciudad, la población aterrorizada buscó refugio en la Catedral y en el monasterio de Dominicos, por ser estos edificios de piedra y tapiería.

Andando el tiempo, fue necesario construir un fortín con su atalaya en la Boca de Cangrejos, lugar de la costa norte que daba acceso a la bahía de San Juan, a través de los tortuosos canales y «lagunas» o remansos, cuyas orillas cubiertas de manglares permitían acercarse a las veloces piraguas sin ser vistas. Decidido el gobierno a combatirlos en sus propias guaridas, envió a San Juan, en 1533, dos bergantines en piezas. Tomando el puerto como centro de operaciones, los bergantines atacarían las Antillas Menores, convirtiendo así a San Juan, por primera vez, en un apostadero naval.

Durante su primera década, la ciudad se desarrollaba lentamente. Sólo contaba con 120 casas, techadas de tejas, para dar albergue a su escaso medio millar de habitantes (56). Las calles y la única plaza, sin pavimentación ni aceras, permanecían enyerbadas. Llegada la hora del regreso de las faenas cotidianas, los vecinos dejaban sus monturas a la puerta de la casa y «dándoles luego cuatro palos echaban los jumentos a pacer en las calles». El ejido de la ciudad, abandonado al bosque, apenas empezaba a ceder espacio a pequeños predios destinados a huertas y hortalizas. Como las casas estaban enclavadas en amplios solares (cercados de caña brava para protegerlos de las piaras de cimarrones que frecuentaban la Isleta), se hizo costumbre limpiarlos del bosque virgen, sembrando en su lugar árboles frutales. Los frutos y provisiones de boca, el casabe y las carnes, eran llevados de los campos circunvecinos en canoas, a través de la bahía. La Catedral, no terminada aún, iba levantándose de tapie-

ría cobijada provisionalmente de paja. Debido a la pobreza del medio fue necesario variar el proyecto original, reduciendo sus dimensiones, que la hubiera hecho tan hermosa como la de Sevilla, si hubiera sido posible realizar los descos de nuestro primer obispo. Lando afirma que para 1530 no se había empezado a construir la iglesia del monasterio de Dominicos, cuyas celdas sólo habían sido terminadas. Entre otros pocos edificios contaba ya la ciudad con la ermita de Santa Bárbara, en lugar apartado del caserío. La Casa del Rey, que pudiéramos llamar la administración de los servicios reales, para distinguirla de los puramente municipales, era el edificio principal, con unos cien pies de frente por cuarenta de fondo. Además de estar instalados en él la fundición de oro y la aduana, albergaba al tesorero y al contador reales.

No debió recibir un gran impulso el progreso edilicio con la orden de Carlos V, dictada en 1538, que compelia a los encomenderos a construir casas de piedra, ladrillo y hasta de modestas tapias, en el caso que faltaran aquellos materiales. De acuerdo con la *Memo-ria de Melgarejo* (57), sólo había algunas casas de tapiería y ladrillo hacia 1580, a pesar de que la cantera de Casa Blanca se había empezado a explotar en 1523 para edificar la casa de los Ponce. El material empleado para hacer las tapias, dice, era una mezcla de barro colorado, arenisca, cal y tosca de piedra. Sin embargo, afirman los autores de este documento, las tapias eran mucho más duras que los muros de piedra. La mayor parte del caserío era de tabla de palma. Techumbres de tejas se utilizaban en ambas clases de construcciones; raras veces se usaba el techo romano o de azotea. Hízose imperiosa la necesidad de cubrir con tejas aun las humildes casas de maderas del país, debido a las torrenciales lluvias que caían durante cinco o seis meses del año, especialmente de mayo a septiembre (58). Sin embargo, abundaban los bohíos, enteramente contruidos a la manera indígena, utilizándose bejucos en vez de clavos, setos de yagua montados sobre una armazón de madera sin labrar, y techo de hierba de enea, en vez de tejas. Tres siglos completos vieron chozas como estas en los arrabales intramuros de la ciudad, hasta que una ordenanza de 1824, obligó al vecindario a cobijarlas con tejas.

Los bohíos, llamados por algunos escritores antiguos «casas de negros» y «casas de pobres» se agrupaban, en el siglo XVIII, junto al costado norte de la Fortaleza, en el ángulo, todavía sin urbanizar,

---

57. Cap. 31.

58. Herrera. en II/117.

formado por la calle de San José, desde la calle de la Luna hasta la de San Sebastián y a lo largo de la mitad este de la calle Luna hasta el fuerte de San Cristóbal, y en la esquina sudeste de la ciudad, desde el extremo este de la calle Bella Unión (hoy Tetuán) hasta la plaza de Santiago, actualmente llamada de Colón (59). También se formó un caserío de bohíos frente al castillo de San Cristóbal.

En tiempo de guerra los bohíos intramuros constituían un verdadero peligro para la ciudad. Durante el sitio de los ingleses, en 1797, se ordenó destecharlos, precaución que la experiencia demostró ser justificada; algunas averías sufrieron las calles por las balas de los cañones ingleses. Estaba entonces en boga el uso de las «balas rojas», esferas de hierro, calentadas en hornillas, que actuaban como bombas incendiarias al caer sobre materias combustibles.

Una idea bastante aproximada del estado de la ciudad en 1678 nos la da el plano levantado por Don Luis Venegas Ossorio, caído del original por nuestro eminente historiador don Salvador Brau, en el año 1896.

Aproximadamente una tercera parte del área intramuros de la ciudad actual (incluyendo La Puntilla) estaba urbanizada. Por el lado sur, este espacio comprendía todo el recinto sur, desde la ermita contigua a la Fortaleza hasta la plaza de Santiago que era entonces un espacio arbolado, mucho mayor que la actual plaza de Colón, puesto que ocupaba todo el terreno comprendido en la esquina S. E. de la ciudad, llegando por el sur hasta las murallas mismas del recinto sur y por el este hasta las murallas del recinto este, ya desaparecido. El límite N. de la ciudad era una línea que, partiendo de la ciudadela de San Cristóbal (cuyos muros y salientes del frente de tierra sólo estaban contruidos) corría hacia el oeste uniendo las ermitas de San Sebastián, de Santa Bárbara y el Monasterio de Santo Tomás de Aquino, desviándose entonces bruscamente hacia el sur hasta llegar cerca de la puerta de San Juan. Todo el espacio fuera de esta línea era una campiña para pastar ganado, con algunas hortalizas.

La ciudad tenía cuatro calles que corrían de N. a S. y tres de E. a O.

Iñigo Abbad ha escrito una descripción de las casas de la ciudad en el siglo XVIII, que copiamos a continuación:

La construcción de las casas es tan varia como las castas y clases de sus habitantes. Las de los españoles y ciudadanos

---

59. Plano de la Plaza de San Juan, por Thomas O'Daly, 1772.

acomodados están hechas de cal y canto, cubiertas de tejas, algunas tienen el techo de azotea. Nunca les echan más de piso alto, que generalmente es de tabla, algunas veces cubierto de ladrillo, bien que por lo común aun estas casas de piedra son bajas y sólo tienen el piso de tierra; pero evitan darles elevación por temor de los huracanes y terremotos, que son muy temibles, y por ser muy costosos los materiales y los artifices. Una casa de piedra con un piso alto, no obstante las pocas comodidades que suele tener, no costará menos de diez mil pesos. La mayor parte de las casas tienen aljibes... pues no hay fuentes en la isleta... ni más que un pozo de agua salobre en la Marina y un manantial muy escaso en el foso del castillo de San Cristóbal (60).

## LAS CALLES DE SAN JUAN

No sabemos hasta qué punto se obedecieron por el Cabildo de San Juan las disposiciones de las Leyes de Indias que reglamentaban la construcción de las poblaciones. Sí sabemos que la Recopilación de las Leyes de los Reinos de India, publicada en 1680, contenía cierta ley (61) disponiendo, por paradógico que parezca, que «en lugares fríos sean las calles anchas y en los calientes angostas». La orden de traslado de la ciudad dictada por los Padres Jerónimos no la menciona, dejando estos extremos a discreción de los fundadores, razón por la cual creemos que éstos determinaron el ancho de las calles sólo teniendo en cuenta las exigencias del tránsito público en aquella época.

Cincuenta años después de su fundación la ciudad contaba con un millar de habitantes, repartidos en unas 200 casas, ubicadas en cuatro o cinco calles. Para esta época numerosas casas estaban ya sombreadas por los exóticos cocoteros que años más tarde habían de provocar la admiración de los subordinados del Conde de Cumberland. El atrio de la Catedral fue hermoscado por varias palmeras, lográndose así acentuar el sello típico de la población, cuyo principal encanto consistía en el florecimiento de la arquitectura española en un ambiente tropical. Desprovistas éstas de alcantarillas y cloacas, las lluvias torrenciales buscaban turbulentamente los niveles más bajos socavándolas por todas partes, haciéndolas intransitables. El

---

60. III/211.

61. Libro 4.º, título 7, Ley X.

desagüe natural, de norte a sur, desde la parte alta de la ciudad, ocurría a lo largo de la calle de la Tanca, en un zanjón que, como en el caso de las corrientes que desaguaban en el canal de entrada, a lo largo de la calle de San Francisco, fue convertido en un caño que desembocaba en el recinto sur. Afortunadamente, el suelo de la Isleta era en partes muy arenoso, circunstancia que permitía a nuestros antepasados, según un autor del siglo XVII, conservar limpios sus zapatos blancos después de un aguacero.

En 1784 se intentó empedrar las calles con chinós de río, labor que se abandonó hasta reanudarla en 1800, gobernando el general Ramón de Castro.

Cómo era la vida urbana en el siglo XVI, sólo podemos intuirlo por los relatos de autores de épocas posteriores. Si de acuerdo con el Bando del general La Torre, publicado en 1824, nuestras calles permanecían cerradas al tránsito después de las diez de la noche, excepto a militares, curas y personas distinguidas, bien podemos imaginarnos cual sería su desolación durante las oscuras noches de siglos anteriores. Si en el mismo año se acostumbraba barrerlas dos veces por semana, los jueves y sábados, es posible que en la 16.<sup>a</sup> centuria, el servicio de la limpieza pública hubiera sido encomendado exclusivamente al sol pulverizador y a las lluvias arrastrantes. Si en 1841 el gobernador don Santiago Méndez de Vigo se vio obligado, «en atención a la falta que hay en la mayor parte de las casas de lugares excusados y sumideros», a permitir al vecindario verter las «aguas» en el centro de las calles, siempre que lo verificaran después de las diez de la noche, parece permisible imaginar que en el siglo XVI todas las inmundicias fueran lanzadas a la calle tan pronto se ponía el sol. Pero si tenemos en cuenta la lentitud del progreso humano, antes de la Era del Vapor, no es arriesgado suponer que los vecinos más despreocupados excusaran habitualmente para este fin la discreta complicidad de la noche.

Según Inigo Abbad, hacia 1776 nuestras calles permanecían «en la peña viva o en la arena». En similar abandono debía encontrarse la plaza Mayor o de Armas, llamada entonces «Plaza de las Verduras», hecho que indica que servía de mercado de legumbres.

Durante el siglo XIX las calles de la ciudad recibieron la atención propia del espíritu de progreso material que lo caracterizó. En 1835 comenzaron a rotularse por don Juan Cleto Noa. Al año siguiente se dio principio al embaldosado de las aceras bajo la administración del gobernador Torre Pando. La escasez del tránsito inducía a los vecinos a utilizar la vía pública para sus quehaceres, tales como el de remojar tabaco y secar ropas.



Hacia fines del siglo XVIII (62), la ciudad contaba con cinco calles orientadas de E. a O.: la de la Bella Unión (Tetuán o calle de los Cuarteles), de Santa Catalina (Allen), de San Francisco (Brau), de la Luna (Rafael Cordero), que se llamó también callejón del Padre Bácz, y la calle de los Bobos (San Sebastián), llamada también más tarde, calle del Mondongo, porque había un zanjón frente a Párvulos donde se arrojaban los desperdicios de animales sacrificados fuera del Matadero. Las que corrían de N. a S., Santo Cristo, San José, la Cruz, San Justo y de la Tanca (llamada durante la primera mitad del siglo XIX, calle del caño de la Tanca) conservaron sus nombres hasta 1898, cuando, al amparo del nuevo régimen, se cambiaron los nombres de algunas por los de notables puertorriqueños.

Hasta 1890, fecha en que empezó a cambiarse el empedrado de algunas calles, se alteró también la vieja práctica de construir un solo arroyo en el centro de la calle, sustituyéndose por dos laterales, para recoger las aguas pluviales.

Según don Alejandro Tapia (63), la calle de la Cruz debió su nombre a una cruz de gran tamaño, colocada frente a la ermita de Santa Bárbara, que, como ya hemos visto, marcaba durante el siglo XVII, el límite norte de la ciudad. Desaparecida la ermita, quedó por largos años la cruz sobre un poste de mampostería.

Hacia 1860, según un documento depositado en el Archivo Municipal, se cambiaron los nombres a las calles de los Cuarteles y de la Estrella, por Tetuán y O'Donnell, respectivamente.

## COMUNICACION EXTRAMUROS

Nuestros antepasados de los siglos XVII y XVIII vivían continuamente sobresaltados por el temor de ataques súbitos a la Plaza. En previsión de ello no vacilaban en tomar medidas extremas, tales como la relatada por el gobernador Novoa y Moscoso, quien escribe que en su tiempo acostumbrábase guardar, para un caso de sitio, mil arrobas de carne salada en los almacenes militares, bastimentos que había necesariamente que arrojar al mar cuando se corrompían, renovándose mensualmente, operación que importaba la pérdida de doce mil pesos anuales en la época de la más grave penuria conocida

---

62. Plano de la Plaza de San Juan, por Thomas O'Daly.

63. XX/56.

en la ciudad (\*). Poco debe, pues, extrañarnos que aquellos hombres obraran con la mayor cautela en cuanto a facilitar, por medio de caminos, el ingreso a la ciudad por el lado de tierra. Pero era indispensable, cuando menos, ir por agua, a través de la Isleta, hasta la fuente de Aguilar, sobre todo durante el siglo XVI y hasta que el número de cisternas construidas en las casas de la ciudad hizo esta necesidad menos imperiosa. Una sola vereda franqueaba el cerco de piedra que reducía los sanjuaneros al casco de la pequeña urbe. Saliendo de la plaza de Santiago, a través de la puerta del mismo nombre, cruzaba el revellín (64) que le protegía, uno de cuyos muros había sido perforado para darle paso. La vereda o camino de herradura atravesaba la Isleta hasta el fuerte de San Antonio y el puente del Agua. Frente al revellín de Santiago la vereda se bifurcaba, serpenteando a la sombra de los muros del recinto sur, llegando hasta la puerta de San Justo a través de una estrecha faja de terreno bordeado de manglares, quedando así expedita al tránsito entre las murallas y la orilla de la bahía. Surgió allí una miserable ranchería de negros paupérrimos. Desde San Justo continuaba hasta el extremo mismo de La Puntilla. En 1867 esta vereda fue ampliada y convertida en un camino sin afirmar, comunicando la Marina con la barriada de Puerta de Tierra, pasando al S. del baluarte de Santiago. Entonces empezó a llamarse calle de Caparrós.

A fines del siglo XIX se conocía con el nombre de camino de Salvavidas a la prolongación de la calle del Comercio que se dirigía hacia Puerta de Tierra. En eterna previsión de ataques, el caminito era expresamente descuidado. El agujero en el revellín podía ser tapiado rápidamente; su ingreso a la Isleta estaba defendido por un fortín; su entrada a la ciudad flanqueado por túneles y minas, listas para ser voladas al primer aviso de que los zapadores se acercaban a las murallas.

Después del arribo en tránsito a esta ciudad, en 1521, del filántropo Bartolomé de las Casas, el acontecimiento más notable que ocurrió durante esta época, fue, sin duda, la solemne consagración en la Catedral de San Juan del Obispo electo de Santo Domingo, Ramírez de Fuenleal, con asistencia del Presidente de la Real Audiencia de aquella isla. En 1530 tres ciclones asolaron la Isla du-

\* Memorial del gobernador don José de Novoa y Moscoso a S. M., año 1660, reproducido en I/3/271-288. V. pág. 278.

64. Revellín: una obra defensiva a menudo colocada frente a una puerta o abertura en un lienzo de muralla, consistente por lo general en dos muros unidos en un ángulo, cuyo vértice quedaba en una línea perpendicular al centro de la abertura que se deseaba proteger.

rante los meses de julio y agosto, derribando la mitad de las casas de la capital y dejando las otras «sin una sola teja».

Digno de mención es el hecho de que para esta época (1584) se cargó un buque en la bahía de San Juan con caballos destinados a auxiliar las huestes de Pizarro en la conquista del Perú. Antes se habían enviado a México; en 1565 un navío tomó veinte caballos en este puerto para la conquista de la Florida.

### ESTANCAMIENTO DE LA POBLACION

De 1527 a 1548 el crecimiento de la población de San Juan sufrió una severa crisis. La gradual extinción de los indios dificultaba enormemente las operaciones de lavar y de extraer oro de los ríos y de las minas; los tres huracanes ocurridos en el corto período de 36 días, durante los meses de julio a agosto de 1580, redujeron los habitantes de la ciudad a la mayor pobreza; el precio elevado de los esclavos negros que habían de sustituir a los indios en las labores rudas; la conquista del Perú, los relatos fantásticos de cuya riqueza encendieron la desmedida ambición de los españoles que en Puerto Rico se veían obligados a comenzar el cultivo de la tierra para poder subsistir, fueron causas suficientes para detener y hasta para menguar el crecimiento de la población de la Capital. El salario mensual de un hombre libre en San Juan no alcanzaba a siete pesos. Los productos para el consumo carecían prácticamente de valor. Un arrelde de carne, con un peso de cuatro libras, sólo valía dos maravedíes, cuyo equivalente en la moneda de nuestros días es una fracción de centavo tan pequeña que sería difícil calcular.

Tales condiciones habían necesariamente de inducir a los habitantes a salir de la Isla. Fue necesario al teniente de la gobernación, don Francisco Manuel de Lando, imponer crueles castigos para impedir la despoblación de la ciudad y de la Isla, medida que había sido precedida por una orden mucho menos drástica, prohibiendo la emigración, en 1526. A pesar de tales prohibiciones la población decreció en el período comprendido entre 1527 y 1580, cuando puede calcularse en unos 350 habitantes, ascendiendo ligeramente desde 1535 hasta 1582, año en que de nuevo descendió a menos de mil almas (\*). Que las causas anotadas anteriormente subsistían en 1564, aunque no afectaran visiblemente a la Capital, lo revela el hecho de que, en 1564, el gobernador Bahamonde Lugo se vio pre-

---

\* Generalmente no se incluían a los negros en los censos de población.

cisado, para evitar la emigración, amenazar con pena de azotes y hasta de muerte a los que la intentaran.

A principios del siglo XVII un nuevo factor influyó en la lentitud del desarrollo de San Juan. La expulsión de los moriscos de España ocasionó a aquel país la pérdida de medio millón de habitantes, sangría que afectó de tal modo la vida nacional que obligó al Gobierno a prohibir a sus habitantes la emigración a América. Durante todo dicho siglo el aumento de la población de la ciudad fue casi completamente vegetativo.

### ATAQUE DE DRAKE A SAN JUAN

Sabedora la Reina Isabel de Inglaterra de que en San Juan de Puerto Rico se custodiaba un gran tesoro destinado a la Corona de España, Sir Francis Drake, el más intrépido de los corsarios a su servicio, decidió apoderarse de él (65). Conocedor Felipe II de estos planes, no tardó en dar oportuno aviso al gobernador de Puerto Rico.

En efecto, el 22 de noviembre de 1595 surgió frente al Boquerón una escuadra de 23 velas, incluyendo seis galeones de guerra de a 800 toneladas, todas tripuladas por mil quinientos hombres y tres mil infantes para las operaciones en tierra. Comandaban Drake, quien por sus rápidas decisiones y vertiginoso actuar parecía animado por el demonio, y su primo y antiguo maestro, Sir John Hawkins, achacoso viejo de sesenta y tres años, ya vacilante y tembloroso. Prototipos de los salteadores de mar patrocinados por la Reina Isabel, ambos habían sido ennoblecidos y elevados a muy altos rangos en la Marina. Hawkins murió antes de fondear la flota en el Boquerón (66).

Al llegar a este surgidero abrieron fuego las baterías colocadas sobre terraplenes en el extremo oriental de la Isleta, una de las cuales estaba situada sobre las rocas en que se construyó en el siglo XVIII el fuerte de San Jerónimo.

Los españoles estaban preparados para recibir a los ingleses adecuadamente: disparáronles veintiocho tiros de gran calibre.

El hecho de haberse frustrado el plan sorpresivo de Drake ha sido comentado por Lope de Vega cuando escribe :

---

65. El tesoro había sido confiado en su viaje de La Habana a España al general Sancho Pardo. Sorprendido por una tormenta que averió la capitana, hizo rumbo a Puerto Rico, depositando el tesoro en la Fortaleza.

66. "Hakluyt's Voyages", ed. of 1927, vol. VII, p. 186.

*Llegó el inglés a Puerto Rico, y quiso  
hacer lo que el ladrón, que con la capa  
aquella encubridora del aviso  
toda maldad se intenta cubre y tapa,  
mas como no los haga de improviso  
mal conocido del rebozo escapa,  
que cuando esperan al que intenta engaño,  
atado en el rebozo lleva el daño.*

*...la atronadora y fuerte artillería  
de todos los lugares eminentes  
el pertrechado puente defendía.  
El mar a sus preguntas entre dientes  
con redoblados ecos respondía,  
y los delphines con ceruleas colas  
herían de temor las crespas olas... (67)*

Al atardecer distinguió un artillero apostado en una de esas baterías una luz a través de una de las ventanillas de la nao capitana y disparando, con notable acierto, cayeron heridos mortalmente (entre otros) en la cámara del almirante, tres jefes «que a cenar se disponían», Sir Nicholas Clifford y los capitanes Brown y Straford, hazaña que dejaremos contar al autor de *La Dragontea*:

*Cenando estaba un Anglo caballero  
que de teniente al General servía  
vió la luz desde el puerto un artillero  
y a la mesa inclinó la puntería:  
la vela, el blanco, el Norte y el lucero  
de aquella noche a su postrero día  
la bala ardiente acierta de tal suerte  
que quince y él cenaron con la muerte.  
La mesa, los manjares, los criados,  
el dueño y todo junto fué al infierno,  
donde no les faltaron convidados  
en otra nave de tormento eterno.*

67. *La Dragontea*, tomo 3.º de la Colección de las obras sueltas así en Prosa como en Verso, Madrid, 1774, imprenta de don Antonio de Sancho.

*Vuelan los platos y los bien cargados  
frascos de Candia, Rhin, Griego y Palermo,  
hasta la sal vertió, por el agüero... (68)*

El autor inglés ya citado, afirma, en desacuerdo con la creencia general de que Hawkins fue víctima de este famoso cañonazo, que murió a bordo de su buque frente a Puerto Rico, a consecuencia de la angustia que agravó una enfermedad que padecía, al ver descubiertos sus planes por las autoridades españolas.

Al oscurecer del 22 de noviembre la flota de Drake abandonó el surgidero frente al Boquerón y navegando al oeste, fondeó cerca de la isla de Cabras.

Cinco fragatas españolas, la *Santa Isabel*, la *Santa Clara*, la *Magdalena*, la *Fernanda* y la *Tejada*, con 800 tripulantes al mando del almirante Pedro Tello de Guzmán, se les habían adelantado, después de arrancar, mediante tortura, a los tripulantes de una nave de Drake, que toparon separada de la escuadra en el Caribe, el secreto de la misión que luego traería Drake a Puerto Rico.

Asimismo, fueron informados los ingleses que había sido puesta a buen recaudo, tras los muros de la Fortaleza, la presa que perseguían: los dos millones en oro y plata que, en tránsito para España había traído al puerto, hacía ocho meses, la *Santa María de Cabogña*, capitana de la flota de Costa Firme, mandada por el general Sancho Pardo Osorio. Vieron también los asaltantes una gruesa cadena tendida entre el islote del Cañuelo (aún sin fortificar y protegida por una estacada) y las rocas del promontorio del Morro, cerrando la entrada al puerto. El Obispo, por su parte, había celebrado una misa, con plática de carácter patriótico.

Un duelo de artillería entre el fuerte del Morro y la flota ocupó el día 23 entero, dando así oportunidad a los defensores, tras largos años de inacción, a mejorar su puntería.

Bien entrada la noche de aquel día, veinticinco lanchas y pinazas mandadas por Sir Thomas Baskerville, desatracaron de la escuadra, con unos mil hombres de infantería, armados de sables, picas, mosquetes y bombas incendiarias, lanzándose al ataque de las fragatas españolas fondeadas en la caleta de San Juan. Empezando por la capitana, la fragata *Tejada*, las incendiaron todas,

logrando los españoles sofocar los fuegos, menos a bordo de la *Magdalena*, que ardió completamente. El combate fue refidísimo y sangriento, como apunta el poeta narrador ya citado, cuyas brillantes imágenes prestan interés a este relato :

*Tal humo y densidad los amparaban,  
que en vano de los tiros y arcabuces  
plomos, piedras y pólvora arrojaban  
contra su flor de lises nuestras cruces (69) :  
mas cuando a las fragatas se acercaban,  
permite Dios que no faltaren luces,  
porque poniendo a dos el Inglés fuego,  
sin poderlo estorvar ardieron luego...*

El resplandor de las fragatas incendiadas iluminó las aguas de la bahía y las lanchas de los ingleses, convirtiéndolas en fácil blanco de la mosquetería de a bordo y de los 53 cañones que, mirando hacia el canal del puerto, habían montado desde el Morro hasta el tejaz de La Puntilla, cerca de los puntos por donde podía intentar desembarcar el enemigo :

*Ninguna ardiente y furibunda bala  
de las de Puerto Rico se perdía...*

Los cañonazos hacen saltar en pedazos nueve o diez lanchas inglesas; los tiros de mosquete perforan las medias armaduras que protegen a los asaltantes; caen al mar los ingleses heridos, sembrándola con las plumas de sus cascos y los petos ensangrentados :

*y llénanse los ayres cristalinos  
de brazos, cabezas, piernas y intestinos.*

Diezmados y confundidos, los ingleses regresaron a su escuadra, vacías sus manos del oro y del laurel de la victoria que perseguían.

Después de merodear por los alrededores del Boquerón, el día 25, la escuadra de Drake desapareció en el horizonte, rumbo al poniente.

---

69. Se refiere a las insignias en los pendones ingleses y españoles, siendo la de éstos la Cruz de Borgoña.

## EL CONDE DE CUMBERLAND TOMA LA CIUDAD

El 6 de junio de 1598, dos años y medio después de la triste intentona de Sir Francis Drake, fondeaba en el abra de Cangrejos, a dos leguas, más o menos, al E. de la ciudad, otra flota inglesa compuesta de veinte naves, al mando de George Clifford, Conde de Cumberland.

Isabel de Inglaterra, implacable en su larga lucha contra España, se negaba a aceptar como definitiva la derrota de sus armas en Puerto Rico, sufrida a manos de Drake. El Conde de Cumberland, oficial veterano, y elegante palaciego, a la sazón hombre de cuarenta años, cruzaría el Atlántico para rescatar el honor de la Armada británica (\*). La empresa tenía, además, para su bizarro dirigente, cierto sabor de aventura galante ofrendada por el favorito a su reina. ¿Sería indicio de móvil tan recóndito el hecho de que Cumberland había prendido a su chambergó de campaña un perfumado guante de la real mano, a la vez talismán y escarapela significativa de la palabra empeñada?

El desastre de su antecesor en la encomienda del Boriquén había sido de sumo provecho para el Conde de Cumberland, induciéndolo a cambiar radicalmente de estrategia. Ciertamente, el camino a la victoria no podía ser el que Sir Francis había intentado audazmente, el de forzar la entrada frente a los cañones del castillo del Morro y a las baterías emplazadas a todo lo largo de la orilla del canal de la bahía, desde el fuerte hasta La Puntilla. Si los españoles habían descuidado fortificar el lado de la ciudad que daba a tierra, es decir, que miraba hacia el este, el camino de la victoria no era otra que el sendero que conducía a la ciudad desde el puente del Agua.

Tal plan de ataque había sido discutido por Cumberland con sus oficiales el día antes de llegar a Puerto Rico, en una de las islas del grupo de las Vírgenes, plan indudablemente concertado con el consejo de dos capitanes de escuadra que habían participado en el asalto de Drake. Cumberland había terminado su exposición con estas palabras reveladoras de que el papel que había España asignado a Puerto Rico, en el vasto proyecto de la colonización de América, era ya conocido hasta por los extranjeros :

---

\* Es digno de notarse el hecho de que la flota que trajo Cumberland a Puerto Rico ha sido considerada por algunos historiadores navales (V. XXXVIII/9) como la más formidable fuerza jamás reunida hasta entonces por un súbdito inglés. Su buque insignia, el "Scourge of Malice" ("Azote de la Maldad") desplazaba 800 toneladas y era una de las primeras naves de su tiempo.



«Esto realizado con ánimo y valor», dijo «os aseguro que al apoderarnos de la virgen Puerto Rico estaremos en posesión de la llave de todas las Indias» (\*).

El mismo día 6 de junio por la noche, desembarcó Cumberland dos regimientos en el abra de Cangrejos, el suyo completo y el de Sir John Berkeley, incompleto, en total, 960 hombres, más algunos auxiliares.

Al día siguiente las tropas empezaron la marcha hacia San Juan, siguiendo la costa, hasta que, guiados por un negro inesperado, caminaron a través de la espesura que entonces cubría todo el espacio hoy ocupado por Santurce y sus barriadas, llegando exhaustos bajo sus armaduras, cuando se ponía el sol, a la orilla del caño de San Antonio, frente al puente del Agua. «Daba risa», escribe Layfield en su narración, «ver los caballos tan cansados, sin sillas ni bridas», los mismos que antes de internarse en la jungla de Cangrejos, parecían ser «los mejores caballos de Inglaterra» (70).

Esa noche pasaron las tropas al raso sobre las dunas de Cangrejos, el propio conde haciendo de su rodela dura almohada.

Antes de amanecer, el día 8, atacaron los ingleses el puente, que ya había sido parcialmente volado por los españoles. Dos horas de reñido combate con picas, mosquetes y sables, no fueron suficientes para lograr forzar el inacizo portalón que cerraba el paso sobre el puente, un centenar de metros antes de llegar al extremo de la Isleta.

Estando empeñados en estas operaciones cayó accidentalmente desde el puente el Conde de Cumberland, quien, inmovilizado por el peso de su armadura, tragó tanta agua del salado caño de San Antonio, que se vio de momento precisado a delegar el mando en Sir John Berkeley. Sir John arremetió de nuevo contra el portalón, tratando en vano de derribarlo a golpes de ciertos pesados maderos arrancados al puente. Lanzándose al vado, los ingleses fueron sorprendidos por la luz del día. Los españoles hicieron entonces tan efectivo el fuego de su mosquetería, apostada tras de un muro almenado en la cabeza del puente, que el enemigo hubo de retirarse apresuradamente. Habían perdido cincuenta hombres en la maniobra.

Alterando el plan de la ofensiva, Cumberland atacó entonces un fortín situado en el paraje que hoy conocemos por el nombre del Escambrón, simultáneamente con la artillería de los barcos, 200 pi-

\* Subrayado fuera del texto. El apelativo fue usado por primera vez por los oficiales reales de Puerto Rico en cierta correspondencia dirigida a Carlos V, logrando llamar la atención de la Corona hacia la importancia estratégica de Puerto Rico. V. I/3/143.

70. Relación del viaje a Puerto Rico, en 1/5/43.

queros y 50 mosqueteros que asaltaron el fuerte por dos costados, silenciando el fuego de los españoles. Logrado esto, el grueso del ejército inglés fue conducido en botes a la playa de la ensenada del Escambrón, entre el puente del Agua y el fortín del Escambrón, llamado en aquella época Mata-Diablo.

Tras breves escaramuzas en la Isleta, obligaron los ingleses a las fuerzas españolas a retirarse de la costa, compeliéndoles a internarse en el bosque circundante. El 8 de junio avanzaron los ingleses en fila por la vereda que llegaba a la ciudad, encontrando en ella sólo a los ancianos, mujeres y niños, el resto de la población habiéndose refugiado en el fuerte del Morro.

Recibida una contestación negativa del gobernador Mosquera a la demanda de Cumberland de que rindiera el Castillo del Morro, el comandante inglés le puso sitio, con la esperanza de rendir su guarnición por hambre.

Esperó nueve días, preparándose mientras tanto para atacar el fuerte: emplazó tres baterías en el campo del Morro, protegidas por parapetos de gaviones (\*), una frente al fuerte y dos en cada uno de los flancos, con un total de no menos de doce cañones y culabrinas.

El 19 de junio abrieron fuego las baterías de Cumberland. Al oscurecer habían abierto brecha en el muro del Morro que mira al glacis, es decir, que da frente a la ciudad. De acuerdo con la táctica del siglo XVI, debió seguir inmediatamente el asalto de la infantería para penetrar en el fuerte por la brecha abierta a cañonazos. Pero Cumberland quería economizar vidas. No obstante, conocedores los españoles del peligro inminente en que estaban, enviaron dos oficiales a parlamentar con el enemigo, fuera de las murallas, como era costumbre. Ofrecieron rendirse si se les concedían todos los honores, cuidadosamente acordados por el formalismo militar de la época, a la guarnición de un fuerte sitiado que hubiere agotado todos los recursos en su defensa; en otras palabras, abandonar el fuerte en formación, con banderas desplegadas, a tambor batiente y clarín clamante, con las armas cargadas, apuntando hacia arriba y las mechas en los mosquetes. Pedían además retirarse donde quisieran y la devolución de los prisioneros y esclavos, sin pagar rescate.

Rechazadas estas proposiciones, Cumberland propuso, negándose así a reconocer en toda su extensión el mérito y heroísmo de la defensa española implícita en sus demandas, que sólo el gobernador, sus jefes y oficiales podrían salir armados del fuerte; la tropa, ren-

---

\* Especie de canastas sin fondo llenas de tierra, clavadas en el suelo.

didas sus banderas y armas de fuego, sólo portaría sus sables en la mano, apuntando hacia atrás, como era de rigor. Evacuado el fuerte, la guarnición quedaría en la ciudad a las órdenes de Cumberland, quien le permitiría salir de la isla en un plazo de treinta días.

La condición de rendir las banderas pareció tan humillante a los españoles, que a la mañana siguiente se presentaron a Cumberland los dos gobernadores en persona — Mosquera, el saliente, por efecto de la rendición, y el entrante, Pedro Suárez, que asumía el cargo — a recabar con insistencia del comandante inglés se les permitiera salir con dos banderas, ofreciendo en cambio no inutilizar el fuerte al abandonarlo.

El 21 de junio la guarnición del Morro y otras auxiliares en número de cerca de 400 hombres, precedida por el gobernador, salió del castillo en la forma que había sido pactada, acuartelándose en la Fortaleza. El gobernador hizo entrega formal de las llaves del fuerte al Conde de Cumberland. Instantes después, sus puertas se abrían de nuevo para dar paso al destacamento inglés que izó la bandera de Albion y los estandartes de Cumberland y de Berkeley sobre sus muros.

Afortunadamente, lo que no pudieron alcanzar las armas españolas lo realizó durante unas cuantas semanas siguientes un minúsculo organismo patógeno, causante de la disenteria en el cuerpo humano, haciendo en esta ocasión estragos en las filas inglesas. Más de ochocientos enfermaron, incluyendo el propio Berkeley, muriendo la mitad de los atacados.

Resuelto Cumberland por esta razón a abandonar la isla, pasó algún tiempo negociando el rescate de la ciudad. A las maniobras y evasivas de los españoles contestó él actuando: embarcó en su flota las pieles, el jengibre y el azúcar recogido durante varios meses, ochenta piezas de artillería que defendían la Isleta, llevándose también un pequeño buque francés y una fragata española que encontraron en la bahía. «Un rico botín», según comenta Lact en su «Historia del Nuevo Mundo».

El 14 de agosto de 1598 levó anclas la capitana de Cumberland, seguida por seis naves de su escuadra y los buques tomados en San Juan, dejando a Berkeley, todavía convaleciente, con nueve buques de los mejores, para continuar las negociaciones del rescate. Como director de la artillería, Berkeley ejerció el derecho a decomisar las campanas de las iglesias y cuantos objetos de metal, aún los de uso doméstico y los enclavados en los edificios que encontrara en la población rendida. Es por esta razón, que entendemos que el saqueo

de la ciudad se hizo en estricta observancia de las normas y costumbres de la guerra en aquel tiempo.

Cinco meses y seis días después de la rendición del Morro, abandonó Berkeley la ciudad, terminando así una campaña estéril para la Corona inglesa.

La lucha entre Felipe II de España e Isabel de Inglaterra crecía en encono, a pesar de que ambos gobernantes se acercaban con desigual rapidez a la muerte. Para desalojar a Cumberland de Puerto Rico, mandó Felipe II, unos meses después de la salida de Berkeley, al capitán Alonso de Mercado, prestigioso veterano de Flandes, al mando de tres mil hombres, la más grande expedición militar jamás enviada desde España a Puerto Rico.

Mercado, quien traía consigo el despacho de gobernador, encontró a San Juan en poder de los suyos. Dejando 400 hombres para la guarnición, embarcó las tropas restantes en los galeones de don Francisco de Coloma, dedicándose a mejorar las fortificaciones de la ciudad (71) (V. el capítulo acerca del Presidio Militar de San Juan).

La ciudad que Cumberland había dejado a su propia suerte, ocupaba, de acuerdo con el relato que hiciera su cronista, el reverendo m<sup>ter</sup> Layfield, un circuito no tan grande como el de la ciudad de Oxford, en Inglaterra, pero era mucho mayor que todo Portsmouth, y mucho más hermosa. Portsmouth se conocía en aquella época por su actividad naval y comercial, contando con algunos astilleros y telares.

Podía ufanarse San Juan de poseer numerosas viviendas de dos pisos, llamadas entonces «casas dobladas», de muy sólida aunque sencilla construcción, por lo general modestamente amuebladas. El lujo consistía casi exclusivamente en la magnitud de las dimensiones, teniendo las mejores muy amplias cámaras o habitaciones, de tanta luz, que no era necesario construirles ventanas, bastando a los fines de la ventilación, con proveerlas de grandes puertas.

Muy en consonancia con el espíritu de aquel tiempo, la Catedral era el más conspicuo edificio de la población; era tan buena, dice Layfield, como cualesquiera de las catedrales de Inglaterra. Estaba dotada de confesionarios, sitials para los prebendados, trono episcopal, pila bautismal muy bien esculpida, pileta de agua bendita, coro, imágenes y hasta con un hermoso órgano. ¡Un órgano de iglesia en 1598!

Aunque no había grandes establecimientos comerciales, astille-

---

71. II/470.

ros, ni fábricas de ningún género, la ciudad era sin embargo, hermosa, desarrollándose al amparo de la riqueza pecuaria y agrícola, apenas tocada, de las ubérrimas tierras de la isla, y de la munificencia y propósitos reales, que habían contribuido a hacer de su vida una extraña mezcla de mística serenidad y bélico sobresalto: a la sombra de su Catedral, las cuentas del rosario en una mano; a la sombra de sus fortalezas, el mosquete en la otra, juntas ambas para dar sentido político a su papel impuesto de clave y vanguardia del imperio colonial de la católica casa de Austria.

## LOS CRIOLLOS DE SAN JUAN

Cuándo apareció el primer criollo en las calles de la ciudad, es asunto de interés sociológico e histórico que continuará desafiando la acuciosidad de los investigadores de nuestro pasado. Sin duda los primeros criollos — hijos de españoles nacidos en el país — que vinieron al mundo en la parte norte de la Isla, procedían de Caparra, debiendo seguir a sus padres a la Isleta cuando todavía eran niños.

Al terminar el siglo XVI, más de noventa años después de iniciada la ocupación española de la Isla, la población criolla de San Juan se había aumentado con los nietos, biznietos y tataranietos de los fundadores españoles.

El carácter del criollo estaba en plena formación. La pequeña comunidad permanecía perfectamente dividida en dos clases. La de los patricios y la de los plebeyos. Algunos de los factores que afectaron la caracterización del tipo criollo actuaron en los individuos de ambos grupos con igual fuerza, el clima y el mestizaje, por ejemplo. La benignidad del ambiente tropical y la brillantez de la luz solar surtían en ellos sus efectos enervantes, más propicios al reposo y a la ensoñación, que al esfuerzo. La apatía del criollo blanco, además, había sido aumentada por el hecho de que, desde el principio de la colonización, el blanco de todas las clases sociales había relegado el trabajo manual, primeramente al indio encomendado, después al negro esclavizado. Tres cuartos de siglo de experiencia colectiva en los trópicos fueron suficientes para prender en el ánimo del criollo serias dudas con respecto a la validez del trabajo personal, inducidas por la súbita destrucción de la propiedad causada por los huracanes que devastaban con dolorosa frecuencia el país, burlando cruelmente las esperanzas del que había laborado. La política absolutista del gobierno, sobre todo en cuanto atañía al comercio y la industria, neutralizaba la iniciativa individual. En cuanto al criollo

de las clases bajas, sufrió desde los primeros tiempos el olvido y abandono de las clases dirigentes, que lo sumió en secular analfabetismo. No había tenido durante siglos el criollo desvalido más fuente de conocimientos que la tradición oral, a menudo desfigurada por conceptos puramente supersticiosos.

El mestizaje había empezado muy temprano. En 1518 el padre Bernardino de Manzanedo nos habla de cacicas casadas con españoles (72). En el juicio de residencia celebrado al gobernador Francisco de Bahamonde Lugo, en 1569, se le imputa que abundaban los blancos amancebados con negras y mulatas (73). Es razonable suponer que los esfuerzos de las autoridades religiosas por contener la promiscuidad sexual entre blancos, negros e indios, fueran inútiles. El sínodo celebrado por fray Damián López de Haro en 1645, recomienda se prohíba la unión de negros y mulatos con indios, y las ilegítimas de éstos con los blancos. Según un documento de 1744 el matrimonio entre soldados blancos y mulatas se había generalizado (74).

En el siglo XVIII el tipo criollo estaba ya perfectamente definido, como lo anota, con notable sagacidad, Iñigo Abbad (75):

Estos (*los criollos*) son bien hechos y proporcionados: apenas se ve en toda la isla algún lisiado. Su constitución es delicada, en todos sus miembros tienen una organización muy fina y suelta, propia de un clima cálido; pero esto mismo los hace perezosos, los priva de la viveza regular de las acciones y les da un color y aspecto que parecen convalescientes: son pausados, taciturnos y están siempre de observación; pero de una imaginación viva para discurrir e imitar cuanto ven: aman la libertad, son desinteresados y usan de la hospitalidad con los forasteros; pero son vanos e inconstantes en sus gustos.

Y, más adelante, consigna esta luminosa observación:

Miran con tedio a los Europeos: el demasiado ardor y vivacidad de éstos en sus operaciones los incomoda...

---

72. X/364.

73. I/12/4.

74. VI/174.

75. III/398.

Sin embargo, como se ha visto en párrafos anteriores, los criollos mostraban decidida inclinación y natural aptitud para el servicio militar. En 1591 un capitán español, Pedro de Salazar, reconocía estas condiciones en una carta que escribió a Felipe II, en la cual le informaba que emplearía 50 criollos para completar la guarnición del Morro (76). Pocos años después se distinguían en la defensa de la Plaza, atacada por Cumberland, los puertorriqueños Bernabé de Serraita, Juan y Simón Sanabria y otros cuyos nombres han quedado ignorados. En 1648 el gobernador Riva Agüero permitió el reclutamiento de criollos, negado hasta entonces por razones de política imperial, para llenar las vacantes en la infantería de la guarnición. Más tarde (1677) el Marqués de Variñas los encomió por su capacidad militar, reconociéndoles cabalmente en 1791, al organizarse la Milicia urbana, que encomendaba a ellos la defensa del país (77).

### LA CASA CONSISTORIAL DE SAN JUAN

Tres cuartos de siglo habían transcurrido desde el traslado a la Isleta, sin que hubiera sido posible dotar a la ciudad de un edificio adecuado para el Cabildo Insular. La ciudad no había podido arbitrar «propios», es decir, fondos municipales, en cantidad suficiente para este fin.

Fue necesaria la intervención del gobernador don Sancho Ochoa de Castro, hombre activo y emprendedor, para que se acometiera la empresa, hacia 1604, ubicando el edificio en la Plaza Mayor, frente al Hospital del Rey.

En 1755 las Casas del Cabildo, como se les llamaba entonces, eran sostenidas, en parte con el exiguo producto del derecho de alcabala del viento, tributación impuesta al forastero, que, como lo indica su nombre, tenía carácter adventicio. Los fondos propios del Ayuntamiento eran tan escasos que las reparaciones y ampliaciones sucesivas llevadas a cabo en la Casa Consistorial se prolongaban durante largos períodos de tiempo. Una real cédula de mayo 19 de 1777 ordenaba se informara acerca del estado de la fábrica de las Casas Consistoriales, cuya obra continuara en 1789 el gobernador don Francisco Torralba, dejándola inconclusa, con una torre, como estuvo aún después de haberla reconstruido don Ramón de Castro, de 1795 a 1804. El gobernador Salvador Meléndez hizo construir la

---

76. I/4/317.

77. VII/87.

Real Cárcel bajo la dirección del arquitecto Luis de Huertas, en la parte trasera del edificio, en 1811, estableciendo para ello un impuesto de un cuarto (cuatro maravedíes) por libra de pan.

De acuerdo con un documento existente en el Archivo Municipal, el primer reloj público se instaló en la torre en el año 1815, siendo repuesto por uno nuevo en el 1889.

Tapia ha dejado una descripción de la torre del reloj como estaba en el primer tercio del siglo XIX:

La torrecilla — dice — que daba abrigo al reloj, componíase de una pequeña cúpula sustentada por columnillas de orden dórico, coronando la dicha cúpula, una figura de bronce dorado con forma de ángel en ademán de tañer una trompeta (78).

El mismo autor asegura que el proyecto de la fachada de doble arquería en las dos plantas, flanqueada por torres gemelas, tal como la conocemos en la actualidad, fue diseñado por el arquitecto Pedro García, quien derivó su inspiración de la Casa Consistorial de Madrid, logrando imitarla con alguna fidelidad. La obra quedó terminada hacia 1842, ostentando las armas de la ciudad, talladas en piedra, sobre la cornisa, en el centro de la fachada. Casi toda la extensión del frente del edificio, en la planta alta, se destinó a la sala capitular o salón de sesiones, que por sus hermosas proporciones y sus líneas armoniosas, es una de las más bellas de la ciudad, comparable desde el punto de vista artístico, al «salón del trono» en la Fortaleza. El decorado de la sala capitular consistía de un retrato del rey, colocado bajo un dosel de damasco, en ambos lados del cual estaban colgados dos óleos de gran tamaño, el del general Ramón de Castro, pintado por Campeche, y el del gobernador Miguel de la Torre.

En realidad la sala capitular era el salón de la ciudad, en el sentido más amplio de la palabra. En una época en que no había clubs sociales ni salones privados adecuados por su tamaño a la celebración de actos públicos o semipúblicos, el salón del Cabildo era naturalmente utilizado para las solemnidades no solamente de la ciudad, si que, con frecuencia, de aquellos que tenían carácter insular. Abría sus puertas a las fiestas reales, las conmemoraciones de los natalicios, onomásticos y coronaciones de los reyes de España, y los aniversarios históricos. Celebrábanse en ellos suntuosos bailes,



certámenes, reparticiones de premios escolares y reuniones de muy diversa índole, así como actos relacionados con múltiples aspectos de la vida y del progreso de la ciudad. Recibía solemnemente el Cabildo en él a los gobernadores entrantes, cuando éstos pasaban a su recinto a cumplimentar al representante genuino de la comunidad. En 1812 dio albergue ceremonial a la copia oficial de la Constitución Política de la Monarquía que fue enviada a la Isla; en el 1818 se llevó a cabo en ella el acto de propagar la vacuna, de brazo a brazo, de aquellas personas que iban a ser inmunizadas, con asistencia del «caballero regidor don Juan Antonio Mejía y un miembro del Cabildo Eclesiástico» (\*); en 1832 se festejó en ella la instalación de la Real Audiencia con un baile de rigurosa etiqueta; en el 70 reunió bajo su techo a la Diputación Provincial, en el acto de su instalación. Obispos y dignidades, jueces de primera instancia y otros funcionarios a quienes se les hacía objeto de tal deferencia, prestaron declaraciones, en su carácter de testigos aforados, ante el juez actuante, en el hermoso salón de la ciudad.

Bajo el balcón de la sala capitular, en el eje de la puerta central de la Casa Consistorial, fue colocada, hacia 1860, una losa cuyo centro marcaba el punto cero de la medición de la red de carreteras de la Isla (\*\*).

Hubiera sido de interés público conservar intacta nuestra sala capitular. El buen gusto, que alguien ha llamado el «perfume de la cultura», hubiera, sin duda, recibido un saludable estímulo a través de las generaciones conservando cuidadosamente, para fines de exhibición, aquella sala amueblada cuyo ambiente de sobria elegancia era a la vez un exponente de las preocupaciones estéticas de la época y del decoro con que las ciudades españolas rodeaban el sagrario de los fueros y derechos conquistados por la comunidad.

Otras reformas y adiciones interiores llevadas a cabo en 1845, llevaron el edificio al estado en que lo encontraron en 1878, don Manuel Ubeda y Delgado, con su patio interior y su viejo aljibe, asilando (79) en la planta baja el Cuerpo de Orden Público y la Caja de Ahorros. Las notas de Ubeda acerca del particular nos permiten inferir que estaban en las condiciones en que lo conocieron los invasores americanos en 1898, Inciendo un mobiliario restaurado, colgaduras de damasco, reservadas para las solemnidades, y una instalación de gas fluido.

---

\* "Prontuario de Disposiciones Oficiales", Imp. de González, 1866.

\*\* Ibidem, pág. 399.

79. XXIX/121.

## UN EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS: EL GENERAL HENDRICKS ATACA A SAN JUAN

La sangrienta lucha entre las potencias católicas y las protestantes, comenzada en 1678, tuvo, entre otros contendientes, a España y a las provincias de Holanda.

Utilizaron los flamencos, con tesón y habilidad, como uno de los medios para hostilizar y empobrecer a España, una agencia colonizadora militante que llamaron la Compañía de las Indias Occidentales, expresamente ideada para propinarle certeros golpes en la fuente misma de su riqueza, las colonias de América.

En consecución de sus propósitos, la Compañía de las Indias Occidentales organizaba expediciones navales, dotadas de tropas de desembarco, que acometían en dónde y cómo podían, las plazas fuertes españolas, capturando sus navíos y destruyendo cuantos bienes les era imposible utilizar en su propio beneficio.

Tocó el turno a Puerto Rico en una de estas expediciones de agresión y rapiña que, habiendo partido del puerto holandés de Texel, en marzo de 1625, se dirigía a Bahía, en el Brasil, al mando del general Boudewijn Hendricks, conocido en la historia local como Boudoyno Henrico. Abandonó las costas del Brasil en agosto del mismo año, e hizo rumbo al Mar de las Antillas.

Al amanecer del 25 de septiembre de 1625 apareció la escuadra a la vista de San Juan, compuesta de diecisiete urcas y navíos, algunos de los cuales desplazaban hasta 500 toneladas, a saber: *Roo de Leeuw*, *Witte Leeuw*, *Leyden*, *Blauwe Leeuw*, *Gulde Valck*, *Nieuw-Nederlandt*, *Hoope van Dordrecht*, *Geele Sonne*, *Jongle Tyger*, *Utretch*, *Hoorn*, *Medenblick*, *Gulde Molen*, *West Cappel*, *Goude Sonne*, *Koninginne Hester* y el *Jonas* (80). Forzando la entrada a la bahía de San Juan, entró la flota bajo el fuego indeciso de los cañones del Morro, fondeando cerca de los bajos de La Puntilla.

Llevados los españoles por la creencia de que los holandeses seguirían el ejemplo de Cumberland, intentando tomar la ciudad por tierra como el inglés lo había hecho veintisiete años antes, habían atrincherado y artillado el Boquerón y reforzado el Escambrón. Fueron, pues, amargamente sorprendidos por la audacia de Hendricks, quien sin vacilar un instante, penetró en el puerto a toda

80. Laet: "Anales de los Hechos de la Compañía de las Indias Occidentales" en la traducción contenida en "Balduino Enrico", por Fernando J. Géigel, Barcelona, 1934, pág. 73.

vela, con viento fresco, sin darles tiempo para preparar expresamente la defensa del canal de entrada.

Al día siguiente Hendricks bombardeó La Puntilla como preparativo para el desembarco de 800 hombres, operación que empezó a llevar a cabo a las nueve de la mañana, después de obligar a retirarse a las fuerzas que la defendían. Durante la tarde y la noche los habitantes habían huido al interior. La infantería holandesa marchó en formación de escuadrones a la Fortaleza, edificio donde se alojó Hendricks (81), izando al tope la bandera de las franjas — azul, blanca y amarilla — del príncipe de Orange. Pocos días después, el tricolor extranjero ondearía sobre la ermita de Santa Bárbara, el Convento de Dominicos y el fortín del Cañuelo.

El mismo día, urgidos por el odio que les inspiraba la lucha religiosa de que ellos eran partícipes, los protestantes invasores saquearon la Catedral, destruyendo sus imágenes, ornamentos, los sambenitos colgados detrás del coro y la estatua sepulcral de alabastro del obispo Manso. Al oscurecer las tropas fueron aposentadas en las desiertas casas particulares de la ciudad, organizándose una guardia, con un fuerte piquete al mando del capitán Molckman, estacionado en el Calvario, para impedir la comunicación con el fuerte del Morro.

Los españoles, por su parte, dirigidos por el gobernador don Juan de Haro, veterano de las guerras de Flandes, se aprestaban febrilmente a defender el Morro, reforzando su artillería con siete piezas de bronce que habían salvado de un galeón que naufragó, hacía dos años, a la entrada del puerto. Viéndose sitiados, se dieron gran prisa en acuartelar en el castillo toda la gente de armas disponible, unos 330 hombres, para quienes lo abastecieron con cuantas reses, aves, cargas de casabe y otras provisiones de boca pudieron reunir. Las autoridades municipales quedaron encargadas, de acuerdo con las normas establecidas en el caso de castillos sitiados, de suplir por mar la guarnición con víveres y canoas y otras embarcaciones pequeñas que pudieran eludir la vigilancia de la flota enemiga.

Al día siguiente comenzaron los ingenieros militares holandeses a construir un sistema de trincheras y traveses, extensas obras cuyas longitudes sumadas alcanzaron un total de 3.330 pies. Esperaban por estos medios poder acercar tanto la infantería al fuerte que pudieran tomarlo por asalto. Cavóse primeramente una trinchera de 350 pies de longitud que cubría la mitad izquierda del castillo, situada en

---

81. V. el plano de la ciudad levantado por los holandeses.

una pequeña elevación que dominaba el campo del Morro, a 125 metros de distancia del Calvario. La segunda trinchera, diseñada para cubrir la mitad derecha del castillo, del mismo largo que la anterior, partía a unos cuantos pies del Calvario (nombre con que se conocía una pequeña capilla erigida en aquel sitio) (82) a través del campo del Morro, hacia la orilla norte de la Isleta. Una tercera trinchera, de 180 pies de largo, apoyaba su extremo izquierdo en un pozo muy cerca del foso del fuerte. Aprovechando la configuración del terreno, los holandeses levantaron también un parapeto (hecho de gaviones, según el plano topográfico que nos ha suministrado estos datos) a lo largo del borde de un zanjón que desagüaba en el mar, corriendo casi paralelamente al foso y a unos 150 pies distante de él. La comunicación (protegida del fuego del enemigo) entre estas trincheras y parapetos, se obtenía por medio de dos traveses, uno de 450 pies de largo que unía la primera con la segunda, y otro de 630 pies que unía la segunda con la tercera y con el parapeto del zanjón que permitía a los holandeses acercarse a sólo 150 pies del foso del castillo. Completaban el sistema de obras de asedio dos perpendiculares, tres parapetos semicirculares de gaviones y una pequeña trinchera de refuerzo, detrás del pozo, por ser éste el punto más adecuado a un ataque por sorpresa (83).

Dos objetivos, claramente definidos a través de los relatos que han llegado hasta nosotros, perseguía el general Hendricks: impedir a toda costa el aprovisionamiento del fuerte, para rendir su guarnición por hambre, y, en caso que fallara éste, reducirlo por la fuerza, mediante la táctica de asedio.

Para lograr el primer objetivo, Hendricks llevó a cabo las operaciones siguientes: bloquear el puerto, misión que se encomendó a un patache o pequeña nave capaz de moverse rápidamente, situado en la entrada del canal; capturar el fortín del Cañuelo que protegía el tránsito, principalmente nocturno, de canoas que conducían los víveres desde el río Bayamón al fuerte, descargándolas en la batería flotante que ocupaba el extremo mismo de la punta del Morro, situado casi a nivel del mar; cerrar la entrada a la Isleta por el puente del Agua, incomunicando ésta con la isla principal, razón por la cual tuvieron que cavar un pozo en la Isleta, a la entrada del puente; vigilar continuamente la bahía y el caño de San Antonio

82. Según Miyares y González (IV/5-6) esta capilla fue derribada en 1774 por orden del obispo Jiménez Pérez. Los materiales fueron utilizados en la construcción del Hospital de N. S. de la Concepción.

83. V. el plano holandés de la bahía de San Juan (Museo Británico, legajo 32450Y, año 1623). Escala: 1 pulg. igual a 55 "roeden".

para impedir el acceso a la Isleta, por medio de dos buques que se fondearon con este fin: uno, el *Tyger*, a mitad del canal de San Antonio, y otro, una pequeña nave, en la ensenada del Condado (84).

Las operaciones de bloqueo dieron lugar a varios encuentros entre las lanchas de patrulla holandesas y las pequeñas embarcaciones españolas, en los alrededores del fortín del Cañuelo y la boca del río Bayamón, encuentros en que generalmente salieron victoriosos los españoles, sin duda ayudados por la mayor facilidad con que podían maniobrar sus canoas. Para asegurar la vigilancia extrema que imponía el bloqueo a los flamencos, Hendricks tomó la extraña, aunque justificada precaución de hacer vaciar cuantas pipas de vino hubiera en la ciudad, mandando pregonar al mismo tiempo una orden que imponía severos castigos a los que se embriegasen.

Confiado en que todas las providencias tomadas habían sido fructuosas, Hendricks despachó un tambor al fuerte con bandera de parlamento, el día 30 de septiembre, exigiendo su rendición, so pena de hacer pasar por las armas a los hombres, mujeres y niños.

Don Juan de Haro, gobernador y capitán general, contestó airadamente:

Visto el papel que vuestra merced me ha escrito, y me espanto, que sabiendo que estoy yo aquí y con trece años de Flandes, donde he visto las bravatas de aquella tierra, y saber lo que son sitios, se me pidan semejantes partidos; y si Vuestra Merced quisiera o pretendiere alguno, ha de ser entregándome los bajeles que están surtos en ese puerto, que les daré uno o los que hubiesen menester para que se retiren; que esta es la orden que tengo de mi Rey y Señor, y no otra. Con que he respondido a su papel. En este Castillo de San Felipe del Morto a 30 de Setiembre de mil seiscientos y veinte y cinco.—Don Juan de Haro.

«Ridícula respuesta», comenta Lact, con infantil parcialidad. Pero el profesional comentario de su compatriota, el general Hendricks, fue más justo y efectivo: ciento cincuenta cañonazos disparados contra el baluarte de su altivo adversario. Disparos que se hicieron con «mucho cólera y coraje», apunta, acercándose más a la verdad de los hechos, el narrador español Diego de Larrasa (85).

---

84. V. el plano citado.

85. 1/4/232.

Lo extraordinario de todo esto es que el general holandés se precipitara a exigir la rendición mucho antes de haber terminado las obras ofensivas cuya efectividad, en manos más peritas que las suyas, hubieran quizá hecho innecesaria la festinada demanda.

Convencido Hendricks de que estaba muy distante de alcanzar su primer objetivo, emprendió con ahinco la terminación del través grande que el capitán Thyene había adelantado, el día anterior, al amparo del vivo cañoneo procedente de la batería de seis piezas de bronce, capaces de arrojar balas de 7 a 18 libras de peso, que había emplazado en la primera trinchera situada detrás del Calvario.

Las estratagemas de que se valieron los españoles para introducir víveres en el fuerte habían dado alentadores resultados. Alguna carne, algún casabe y un cargamento de setenta careyes, que condujo un navío que logró evadir el bloqueo, aminoraron por un tiempo el peligro de hambre.

Reanimados los españoles y olvidando su inferioridad numérica, se decidieron a tomar la ofensiva. El 4 de octubre salieron del fuerte, por el postigo, ochenta hombres al mando de don Sebastián de Avila, auxiliado por Andrés Botello y Antonio de Mercado, para atacar las trincheras holandesas. Era el postigo una pequeña puerta colocada casi al fondo del foso del castillo para dar salida al túnel que, perforando el muro exterior, comunicaba el interior del fuerte con el foso. Utilizando dicho postigo era posible a los miembros de la guarnición salir del fuerte sin ser vistos por el enemigo hasta el momento mismo de escalar el foso.

Habiéndose dispuesto esta maniobra como un ataque concertado por tres pelotones, fracasó por no haberse sincronizado sus movimientos con suficiente destreza.

Mejor fortuna esperaba a los defensores al día siguiente. El capitán Juan de Amézquita, al frente de cincuenta hombres, asaltó la trinchera que mandaba el capitán Vseel, dejando a éste muerto, tras un duelo a espada (86). Los flamencos sufrieron varias bajas — más de sesenta, según Larrasa; diez, según Laet — y perdieron algunos arcabuces, venablos y alabardas.

La artillería de los sitiadores, sin embargo, continuaba concentrando su fuego en el fuerte. Menos afortunada que la de Cumberland, no había abierto una brecha en el muro, pero lo había averiado y conseguido derribar la *torre del homenaje*, que se levantaba a poco más del doble de la altura del parapeto sobre el caballero o

---

86. De la narración de Laet se desprende que fue el capitán Vseel y no el general Hendricks, como creyó Iñigo Abbad, la víctima del encuentro con Amézquita.

bastión de *Austria*. Desde esta elevada posición los tiradores españoles, disparando arcabuces de horquilla, habían infligido numerosas bajas al enemigo.

Después de la salida del capitán Amézquita volvieron los vacilantes holandeses a dedicarse preferentemente al cerco del castillo, redoblando la persecución de las canoas.

Los españoles, enardecidos por la victoria que obtuvieron al oponérseles en uno de estos merodeos por el río, en el que hicieron retroceder siete lanchas tripuladas por 80 holandeses, recapturaron el fortín del Cañuelo, mediante un asalto dirigido por el capitán Botello. Para conmemorar esta derrota, los flamencos bautizaron con el nombre de «Isla de la mala suerte», el islote del Cañuelo (87). Mientras tanto la flota holandesa permanecía inmóvil en su fondeadero a corta distancia del fortín que hubiera podido reducirla a escombros en unas cuantas horas.

La caída del Cañuelo indujo, prematura e innecesariamente a Hendricks a dar por terminada su misión en Puerto Rico. Tres días después comienza a embarcar el botín de guerra, en preparación de su retirada.

Sin embargo, cediendo a las solicitudes de su manifiesta incompetencia, Hendricks — ya moralmente derrotado — exige por segunda vez la rendición de Haro, bajo la amenaza de incendiar la ciudad. El militar español no tardó en enviar la única respuesta digna de la torpeza del invasor: Había en la tierra bastante madera y piedra para construir de nuevo.

El 22 de octubre de 1625 ardía la ciudad al contacto de la tea holandesa, damnificando considerablemente la Fortaleza, la casa del obispo, que contenía la valiosa biblioteca del doctor Bernardo de Balbuena, así como otros edificios principales y destruyendo 98 casas, con un valor que puede calcularse en medio millón de pesos (88). El súbito siniestro hizo abortar un ataque planeado por el gobernador de Haro para sorprender entre dos fuegos a los flamencos, asaltándolos simultáneamente con las fuerzas de la Isleta y las del fuerte.

Mientras San Juan se consumía en las llamas, el capitán Amézquita atacó con 150 hombres, al mismo tiempo que las fuerzas de tierra acudieron desde el puente del Agua, obligando a los flamencos a retirarse de la ciudad y reembarcarse precipitadamente.

87. V. el plano de los holandeses.

88. Se quemaron 52 casas de madera, techadas de tejas, con un valor de 100 a 500 pesos cada una, y 46 de cal y canto cuyo valor, por unidad, según documentos de la época, era de 10.000 pesos.

Tocóle entonces a don Juan de Haro la oportunidad de llevar a cabo la acción más brillante de su cometido como defensor de la Plaza: hostilizar la flota hasta compelerla a huir desordenadamente. Aglomeradas como estaban las naves en su fondeadero, las más pequeñas ancladas en el espacio ocupado en nuestros días por la dársena de los botes, casi a tiro de piedra de la orilla (89), era muy fácil causarle daño, una vez que los defensores podían transitar libremente por la ciudad.

Aprovechando la oscuridad de la noche, hizo el gobernador de Haro plantar tres cañones en una trinchera de fagina (90) situada en la playa de La Puntilla, muy cerca de las naves holandesas. La confusión ocasionada por el fuego de esta batería es de imaginarse. Las naves, sin viento para hacerse a la vela, tuvieron que atarse, sin pérdida de tiempo; es decir, ponerse en lento movimiento, mediante la maniobra de impulsarse por medio de un cable, uno de cuyos extremos estaba amarrado de un ancla que, llevada a distancia conveniente en un bote, era largada y vuelta a levar cuando el buque llegaba hasta ella. La ocasión no podía ser más favorable para los artilleros españoles. Mientras la capitana halaba de la sirga desesperadamente y avanzaba, poco a poco, para ponerse fuera de tiro, los defensores le deshicieron la popa a cañonazos.

Al día siguiente la batería cambió de posición, acercándose más a la flota, que tuvo por esta razón que alejarse cuanto pudo. Mientras tanto don Juan de Haro proyectaba tender una estacada en la boca del Morro para cerrarles el paso. No hubo tiempo de realizar esta operación, porque parte de la flota intentó salir, precedida por la nave vicealmiranta, el 1.º de noviembre de 1625. Las baterías de tierra disparaban sin cesar; la vicealmiranta, por esquivar el fuego, dio contra un bajo, obligando a la flota a posponer la salida al día siguiente. Esta demora fue bien aprovechada por el gobernador de Haro, quien ordenó emplazar cañones en cuatro plataformas a lo largo de la orilla del canal. Puesta a flote la vicealmiranta, la escuadra se dio a la vela, teniendo que desfilar frente a las baterías españolas, dejando el *Medenblick* encallado. «Todos los navíos», escribe Laet (91), «estaban tan maltratados por el cañón enemigo que, al estar en el mar, pusieron el casco a sotavento para cerrar las vías de agua y reparar los mástiles, vergas y jarcias», faenas que

89. V. la vista panorámica de la ciudad de San Juan, titulada "Puerto Rico como se ve desde adentro", que acompaña el plano holandés ya citado.

90. Revestimiento hecho con haces de ramas para impedir que se desmorone la tierra.

91. Op. cit.



hubieron de prolongarse diez o doce días. El navío de Hendricks solamente había recibido trece cañonazos.

Don Juan de Haro y sus subordinados habían cumplido con su deber. En reconocimiento, Felipe IV lo premió con la insignia de Santiago y cuatrocientos ducados de renta anual. El bravo Amézquita fue recompensado con el gobierno de Santiago de Cuba; concedió S. M. empleos a los soldados y fundó un hospital para los heridos, con una pequeña asignación perpetua.

De la campaña de Hendricks puede asegurarse que no le produjo a éste honra ni provecho. Contando con una superioridad numérica de 2,4 a 1, y una escuadra de 17 navíos, armada con más de cien cañones, fracasó en su intento de rendir el castillo del Morro. La escuadra, que hubiera sido el auxiliar decisivo, sólo supo utilizarla como medio de transporte. Apeló a la destrucción cuando ésta no podía en modo alguno llenar un fin militar, quemando, inútil y cruelmente, la ciudad que no podía retener. En cuanto al provecho, el botín reunido tras una lucha de cerca de un mes, fue de valor insignificante a pesar de que se llevó hasta las escrituras de la Catedral (92), si se le compara con el coste de su expedición a Puerto Rico: unas cuantas campanas de iglesia, unos cuantos artefactos de cobre arrasados de las cocinas de la ciudad, 4.400 piastras sustraídas de sus cofres, cantidades relativamente pequeñas de azúcar, tabaco y jengibre. Algún valor puede asignarse a los ciento cuarenta cañones de hierro tomados, muchos de los cuales sólo valían como metal viejo.

## LA CIUDAD ENTRA EN PERIODO ESTÁTICO: EL SIGLO XVII

Alejado Hendricks de nuestras playas, San Juan Bautista de Puerto Rico quedó sumida en el silencio y la desolación durante un siglo y tercio (1625-1755).

La decadencia de España se acentuaba con trágicos caracteres. A medida que perdía el dominio del mar, las potencias rivales se colaban en América: Francia en Quebec, Inglaterra en Plymouth, las provincias de Holanda en Manhattan. El temor de que sucumbieran las Antillas, la necesidad de convertir a San Juan en una base militar y las lecciones aprendidas durante el asedio de los flamencos, apresuraron a la Corona a hacer amurallar la ciudad de San Juan, asignando, no obstante la penuria imperante, fondos del Tesorero de México para tal fin.

---

92. Obispo López de Haro en 1/4/85.

El agotamiento económico que sufría España, entre otras causas, a consecuencia de las guerras del siglo anterior, fue tan severo que creemos conveniente ofrecer algunos pormenores para que se comprenda cómo había de reflejarse en la vida de Puerto Rico. La expulsión de los moriscos había reducido la población de España en medio millón de almas, afectando su estructura económica. Con la pobreza y el amor al lujo combinados se acentuó la corrupción administrativa. La Junta de Reformación de las Costumbres, auxiliada por las leyes suntuarias, luchaba en vano por poner dique a la disolución. Los timoratos y los decepcionados optaban por la carrera religiosa. En 1650 la quinta parte de la población de España consistía de frailes y monjas. El país se convertía en el blanco de todas las desgracias: Tromp, almirante holandés, lo derrota en Downs; Cataluña se levanta en armas; pierde a Portugal en 1640, a Holanda ocho años más tarde, a Jamaica en 1655, y a Dunkerque, como resultado de la derrota sufrida en la batalla de las Dunas.

Y para colmo de infortunio, sube al trono Carlos II el Hechizado. El germen de la corrupción, que había cruzado el Atlántico, se propaga rápidamente a Puerto Rico. El contrabando iba convirtiéndose en ocupación telerada de altos funcionarios y hasta de ciertos sacerdotes. Según el almirante Villalobos (93), los gobernadores y otros funcionarios reales inducían a los soldados de la Plaza a desertar para repartirse los sueldos. La guarnición había sido reducida de esa manera a casi la mitad, en el año que escribía dicho autor (1690). La miseria del país se hacía insoportable, hasta para el propio gobernante: don José Novoa Moscoso considera su permanencia en la Fortaleza un descrédito para su persona (94), a pesar de que no ignoraba, según él mismo escribe, «que no avía un real en España», situación que, por cierto, dicho gobernador ayudó a conjurar enviando desde San Juan un tesoro de cerca de medio millón de pesos, salvado de la fragata *La Capitanilla*, en 1656.

El obispo fray Damián López de Haro ha pintado con vivos colores el cuadro de la desolación de la ciudad en aquella época (95). La mayoría de las criollas, dice, se abstenían de asistir a misa por carecer de vestidos. El propio mitrado era sometido a tales privaciones que, él confiesa, las aceptaba como ofrendas al Señor, soportándolas «con buen aliento y paciencia». Durante días enteros no había expendio de carne, ofreciéndose en su lugar la de Carey, porque el

93. Códice de la Biblioteca Nacional de Madrid, reproducido en I/3/312.

94. I/3/276.

95. I/4/83.

precio de aquélla era tan bajo — cuatro y medio maravedíes la libra — que mantenía a los ganaderos alejados del mercado. El sustento diario consistía principalmente de arroz, batatas, plátanos y caza-be, llamado por los coetáneos «pan de la tierra», no pudiendo contarse por la holgazanería de los habitantes, con los productos de la caza y la pesca. Hacia esta época, una plaga de hormigas asoló los yucales, elevando por consecuencia el precio del casabe. Para librarlo del azote, sea dicho entre paréntesis, el Cabildo Eclesiástico, echándolo a la suerte nombró a San Patricio como protector del caza-be (96). La moneda de cobre era de ínfimo valor: el real valía treinta y cuatro cuartos; el total circulante en la isla sólo llegaba a 20.000 ducados de plata y 800 ducados de cuarto. Atribuíase la pobreza al hecho de que había siete años que faltaba el *situado*. El caudal del Obispado se reducía a 200 pesos de plata y mil reales de cuartos.

En suma, tal era la estrechez de la vida en la Isla que, como lo rimó un poeta anónimo, se tenía por cierto ser las brisas de la tierra lo mejor que había en ella :

*Esta es Señora una pequeña islilla  
falta de bastimientos y dineros  
andan los negros como en ésa (97) en cueros  
y hay más gente en la cárcel de Sevilla.*

*ay agua en los algibes si ha llovido,  
Iglesia catedral, clérigos pocos,  
hermosas damas faltas de donaire,  
la ambición y la envidia an nacido  
mucho calor y sombra de los cocos  
y es lo mejor de todo un poco de ayre (98).*

Al acercarse el fin del siglo, España llegaba al fondo de la ruina. Luis XIV de Francia y Guillermo III de Inglaterra concertaban tranquilamente un tratado para la partición de la Península, esperando, quizá por simples puntillos de etiqueta, que expirara el infortunado Carlos II, el Hechizado, para ponerlo en ejecución.

La ciudad de San Juan continuaba sumida en su profundo letargo de cien años.

96. II/459.

97. Se refiere a Santo Domingo.

98. II/445.

## ANTECEDENTES DE LA POBREZA

El hecho de la muerte del último de los Austrias, en 1700, nos induce a considerar aunque sea ligeramente, un aspecto de la vida de la ciudad en este período, 1516-1700, y aún posteriormente, que parece ser característico de su lento desarrollo.

Ya hemos apuntado que el régimen absolutista de gobierno fue la primera, la más constante y la decisiva causa de nuestra pobreza. Esta, que pudiéramos llamar de orden político, no fue la única causa; las hubo también de orden étnico y de orden geográfico. El mestizaje, la homogeneidad de la población, debida a la sistemática exclusión de los extranjeros; la fecundidad del suelo, la frecuencia de los destructores huracanes y el efecto del clima en la formación psicológica de la población, son otras tantas concausas.

Los efectos de los ciclones ocurridos de 1526 a 1530 fueron sentidos durante largo tiempo. Fue necesario ordenar la suspensión de deudas durante tres años. La penosa situación exigía a los colonos comprar los esclavos a crédito, razón por la cual el cabildo se quejaba al rey de que todos los vecinos estaban endeudados (99). Hacia 1566 la bancarrota era completa. Los jornales habían bajado al nivel mínimum: dos pesos y 18 reales el de los maestros de ribera, de albañilería y de los calafates; 10 y 12 reales el de los oficiales; 7 reales el de los acheros (100). Torres Vargas asevera que las canonjías de la Catedral de San Juan tenían el más modesto estipendio de todas las Indias (101). Las fortificaciones no tenían pertrechos (102); el fisco adendaba hasta el sueldo del propio gobernador. Sólo había una persona acomodada, don Manuel de Illares (103), que quisiera compartir con el gobernador la carga de atender y hospedar a los visitantes notables, convirtiéndose con el tiempo en una especie de anfitrión de la ciudad. La escasez de los productos importados de España dio lugar a que en una ocasión la falta de vinos hizo que el pueblo, «los clérigos, frailes y legos» se arremolinaran alrededor de un mercader que había llegado al puerto con un pequeño cargamento de vinos, clamando se los vendiese. Como éste insistiera en el pago de contado, hubo que celebrar una

---

99. XXXVI/64.

100. I/3/281.

101. I/4/281.

102. I/3/85.

103. I/12/14.

sesión extraordinaria del Cabildo, con asistencia del gobernador, para buscarle remedio al asunto; se acordó llamar a Pero García, rico mercader, para que por caridad comprara los vinos para destinarlos al expendio público (104). Cambiábanse los esclavos por ganado, tabaco y achiote (\*).

Con razón decía el gobernador Bahamonde y Lugo que «esta república es pobre y no tiene Propios». Tan exigüos eran éstos, que una real orden de 1780 exigía que en los gastos de propios interviniera el gobernador (105). Faltaba hasta el papel timbrado. De acuerdo con una real orden de 1708, se autorizaba a usar el papel corriente para fines oficiales, rubricado por los gobernadores y oficiales reales.

Durante dos años y dos meses, febrero de 1763 a abril de 1765, los ingresos de aduanas sólo montaron a 354 reales (106). En 1739 hubo que suprimir por dos años el pago de pensiones y sobresueldos (107).

A mediados del siglo XVIII se prorroga la gracia real concedida al Cabildo de San Juan en 1734 de retener para sí el producto de la alcabala del viento. Durante cinco años (1760-1765) este tributo había producido un promedio de 1.372 pesos anuales (108). Cuatro años más tarde se arrendaban al rey todas las alcabalas por 2.030 pesos (109). Por este tiempo todos los oficios vendibles y renunciabiles por reales decretos estaban vacantes a falta de postores, no obstante ponerse al pregón anualmente (110). Íñigo Abbad ha dejado un precioso dato ilustrativo de la pobreza del país durante el siglo XVIII. Las gentes del país, refiriéndose principalmente a la gente del campo, dice, acostumbraban legar en testamento una botella de vidrio al hijo más querido, como alhaja de consideración.

La miseria extrema había de acompañarnos durante el siglo XIX. En el *Informe dado por el alcalde don Pedro Yrizarri al Ayuntamiento de San Juan* (111), en 1805, se lee que las tropas de la guarnición andaban semidesnudas, que los patricios miraban muy de cerca su última ruina; que los hombres de honor estaban a punto de perecer de hambre. Para enjugar el déficit de 1815 se impuso una contribución anual de 4 % por una sola vez sobre los alquileres

---

104. I/12/20.

\* XLIV/10.

105. I/1/12.

106. I/1/16.

107. I/8/116.

108. I/8/115.

109. IV/220.

110. I/13/378.

111. XI/10.

de casas. La escasez de metálico en 1826, se intenta corregir por medio de un empréstito. Los servicios municipales padecían del mal secular. En el presupuesto del año 1889-90 se asignaron dos mil quinientos pesos para la conservación de todas las calles de la ciudad.

Acerca de este punto hemos de ver mucho más en los capítulos siguientes.

## CAPITULO II

### BOSQUEJO HISTORICO: LOS SIGLOS XVIII Y XIX (HASTA LA INSTALACION DEL CONSULADO NORTEAMERICANO EN SAN JUAN)

#### LA CIUDAD EN EL SIGLO XVIII

Al apuntar el sol del nuevo siglo brilló sobre los techos de una villa de poco más de 2.600 habitantes semioculta tras las arboledas de sus corrales, que formaban, como lo expresara Inigo Abbad, un bosque en poblado. Descuidadamente urbanizada, salvo por la rectitud de sus calles, la villa iba adquiriendo la uniformidad y solidez que le daban las construcciones de azotea que habían, con el tiempo, de imprimirle singular parecido a la ciudad de Cádiz.

El caserío crecía hacia la parte alta, enderezándose la línea curva que marcaba el límite norte de la ciudad, tal como aparece en el plano de 1678, que ya hemos estudiado. A mediados del siglo XVIII desapareció dicha curva al construirse las casas a lo largo de la mitad oeste de las calles del Sol y de San Sebastián, formando entonces el perímetro edificado un cuadrilátero cuyas esquinas en su lado oeste eran redondeadas. Comprendía el cuadrilátero once calles, con veintidós manzanas, ocupadas por casas de tapiería y piedra, la mayoría de las cuales eran de altos (112). En 1775 tenía la ciudad 682 metros de longitud por cerca de 430 metros de latitud (113).

Un interesante ejemplo del tipo de construcción en boga en

112. V. el Plano de la Plaza de San Juan de Puerto Rico, por don Thomás O'Daly, fechado el 31 de agosto de 1772.

113. IV/115.

aquella época, apenas modificada en su exterior por las exigencias del progreso, lo es la casa solariega de la familia Elizaburu, sita en la calle Allen esquina Cruz, construida en el año 1749, en el solar que poscyera el Alguacil Mayor del Cabildo de San Juan, el doctor en derecho don José Joaquín Coronado, abuelo del notable abolicionista puertorriqueño y diputado a Cortes, don Julio Vizcarrondo y Coronado (114).

Aproximadamente la mitad este de las calles de la Laina, Sol y San Sebastián, permanecían sin urbanizar hacia el último cuarto del siglo XVIII, ocupando este gran espacio la ranchería de bohíos y «casas de negros» que comenzó a formarse durante el siglo XVII.

Tras cortos años hubiera podido la ciudad aspirar a la corona mural para exornar su escudo de armas, pues el cerco estaba por terminarse hacia 1772. Entre los grandes macizos de los fuertes sólo faltaban lienzos de muralla en algunos cortos trechos de los recintos norte y oeste.

En 1765 ya se había terminado la construcción de los principales edificios de índole religiosa de la ciudad, incluyendo las iglesias de los monasterios y las capillas de Santa Ana y del Cristo de la Salud, el claustro de las Carmelitas Calzadas y el Palacio Episcopal, reconstruido por el obispo Jiménez Pérez. La obra de la Catedral estaba por terminarse. Su parte más costosa y de más lento progreso — el abovedado de las distintas partes del edificio ... había concluido en la sacristía mayor y en casi todas las capillas, con excepción de las naves que continuaban techadas de madera, cubierta de tejas.

En cuanto a los edificios públicos, figuraban entre los más notables el palacio de la Fortaleza, entonces un mero conjunto de viviendas agregadas sucesivamente al cubo original, sin sujeción a plan determinado alguno, construidas al capricho de los distintos moradores que había tenido en el transcurso del tiempo, faltándole la ornamentación interior y exterior que se le dio a mediados del siglo

---

114. En esta histórica residencia vivía don Buenaventura Valentín Quiñones cuando se fraguó en ella la conspiración de 1838 — la revolución de los Vizcarrondo — por ser los hermanos de este apellido, Andrés y Juan, con su cuñado Buenaventura Quiñones, los iniciadores del movimiento. Varios otros prominentes puertorriqueños residieron en esta casa: el historiador Salvador Brau, el periodista Antonio Padial, el escritor Federico Asenjo, el humanista Laureano Vega, fundador de la Sociedad Protectora de la Inteligencia; el jurista fundador del Ateneo Puertorriqueño, Manuel de Elizaburu, quien había nacido en ella.

El entresuelo de esta casa, local del bufete de Elizaburu, dio albergue, durante muchos años al comité del Partido Liberal Reformista, del cual era miembro Elizaburu v. desde 1879 a 1884, al *Parnasillo*, especie de club literario frecuentado por los más conocidos intelectuales y literatos del país en aquella época. También fue punto de reunión de la minoría liberal de la Diputación Provincial y en ella nuestros patricios concibieron muchas de las medidas propuestas para lograr a través de larga y noble lucha, el establecimiento del Instituto. (V. el capítulo sobre instrucción pública).



siguiente, pero tenía amplios salones, una capilla y un jardín; el presidio, con galeras para 800 confinados, ubicado en el solar que ocupa hoy el viejo Palacio de la Intendencia; el Hospital del Rey, un establecimiento militar, mal construido y peor situado, en el costado sur de la Plaza Mayor, hoy llamada Plaza Baldorioty, en cuyo lado norte se levantaba la Casa del Cabildo.

Asevera Iñigo Abbad (115) que el edificio mejor construido de la ciudad era el Hospital de Nuestra Señora de la Concepción, sólida obra de arquería, como la de los templos y claustros de las dos órdenes religiosas mencionadas, capaz de acomodar 500 pacientes que podían ser segregados de acuerdo con su categoría, sexo y la naturaleza de sus padecimientos. Daban acceso al edificio, el único en la ciudad que atraía la atención por su mérito arquitectónico, dos portadas principales, «perfectamente entalladas de exquisitas molduras y relieves coronadas de blasones», formando entre las dos un majestuoso frontispicio. Las azoteas estaban ceñidas de primorosas cornisas.

Como veremos más en detalle al tratar de la historia médica de la ciudad, el Hospital de la Concepción fue construido por el obispo Manuel Jiménez Pérez, y es el mismo edificio ocupado en nuestros días por el Hospital Militar de la Plaza de San Juan.

Notable impulso recibió la vida económica de la ciudad de una institución llamada a despertarla de su prolongado letargo: La Compañía de Barcelona, fundada en 1755, gracias a la autorización concedida por Fernando VI al Principado de Cataluña para comerciar con San Juan.

Diose licencia a la Compañía de Barcelona para conducir, desde los puertos de Barcelona y Cádiz, mercancías y frutos, exclusivamente domésticos, a Puerto Rico, eximiendo a sus naves del derecho de toneladas y a las mercancías del de exportación. Asimismo se eximía de los derechos de Indias a las harinas y loza, reduciéndose a la mitad los de ciertas mercancías y frutos. El azúcar, maderas y algodón se introducían en España libres de derechos; el intercambio de mercancías entre las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, en las naves de la compañía, no estaba sujeto a nuevos derechos.

El establecimiento de esta empresa constituyó un serio esfuerzo, de parte del rey Fernando VI, para fomentar el comercio de España con las Antillas. La real cédula de concesión revela el propósito

constructivo, de alcance nacional, que la inspiró (116). Establecida con un capital autorizado de un millón de pesos, ofrece al pueblo español la oportunidad de invertir fondos, sin excluir a la clase noble, para cuyos miembros salvaba los prejuicios de aquel tiempo, permitiéndoles ser accionistas (o lo que tanto vale, participar en una empresa mercantil) sin sufrir por ello la derogación de su calidad y privilegios, heredados o adquiridos. El mismo documento considera que las actividades de la compañía son de utilidad pública y pone sus naves bajo la protección de la Marina de Guerra.

El 8 de septiembre de 1758, llegó a San Juan el primer navío de la Compañía de Barcelona (117), iniciando una era de mejoría económica que dejaremos comentar a un autor coetáneo, Fernando Miyares y González (118) :

En el referido año de 1765 terminó la época miserable de esta Isla que en muchos tiempos estuvo constituida; pues es increíble el conocido aumento que ha tenido en todas sus partes; debido a las crecidas entradas de caudales en Reales Arcas, que por situación corresponde su expendio anual, a quatrocientos ochenta y siete mil, ochocientos cincuenta y ocho pesos siete reales. La circulación de estos, y demás proporciones que exige el maior comercio, dio fomento a varios vecinos que se aprovecharon del primer tiempo para adquirir caudales; pues aunque no pasan de quatro los sobresalientes, son muchos los de diez a veinte mil pesos, y es evidente que si a esta Isla se la facilitasen arbitrios para aprovecharse de negros a un moderado precio lograrían sus havitantes las maiores ventaxas y el Rey infinita utilidad en sus derechos.

Contribuyó también a la relativa prosperidad de aquellos años, aunque en mucho menor grado, la Compañía de Caracas, entidad española dedicada a la introducción de negros esclavos en Venezuela que utilizaba, mediante una real licencia, el puerto de San Juan como centro de distribución. Transportados en buques negros extranjeros, desde puertos africanos al nuestro, los esclavos eran depositados en un espacioso cuartel en espera de las naves españolas que habían de llevarlos a Venezuela. Dicho cuartel era de madera y estaba construido sobre las aguas llanas de la Caleta de

---

116. I/12/30.

117. I/13/30.

118. IV/133.

San Justo, en las inmediaciones del solar que ocupa la aduana en nuestros días. Aunque los negros aquí depositados no podían ser vendidos o contratados en la Isla y aunque su introducción, custodia y reembarque por el puerto de San Juan estaba exonerada de impuestos de toda índole, siempre producía algún beneficio este tráfico a los mercaderes y negociantes de la ciudad.

### LOS INGLESES SITIAN A SAN JUAN EN 1797

En el mes de octubre de 1796 España declaraba la guerra a Inglaterra. Antes de transcurridos cuatro meses, el almirante Jervis derrotaba la flota española en el cabo de San Vicente. Cuatro días después, el 18 de febrero de 1797, el contralmirante Henry Harvey se apoderaba de Puerto España, en Trinidad, dejando así expedito el camino a Puerto Rico.

Los ingleses no tardaron en aprovecharse de tal situación, poniéndose en marcha hacia Puerto Rico en una escuadra compuesta de sesenta naves, entre buques de combate y transporte, bajo el mando del almirante Harvey. El teniente general Sir Ralph Abercromby, militar que se distinguió en las campañas de las Antillas Menores, de Holanda y de Egipto, mandaba las tropas de desembarco.

El 18 de abril echaron los ingleses a tierra tres mil hombres, cerca de la punta de Cangrejos, internándose inmediatamente, de manera que el flanco derecho descansaba en la playa de Cangrejos y el izquierdo, casi a un kilómetro de distancia, en la laguna de los Corozos.

Fue precisamente esta disposición inicial de sus tropas lo que indujo a Abercromby a prolongar innecesariamente su línea hasta el puente de Martín Peña, situado a 2  $\frac{3}{4}$  kilómetros, más o menos, del sitio en que había desembarcado, en dirección diametralmente opuesta al camino más corto que conducía a su objetivo, la ciudad de San Juan.

Habiendo situado la reserva, el parque y sus cuarteles generales en la casa de verano del obispo en el «Alto de la Iglesia» (alrededores del sitio llamado hoy plaza de San Mateo), y detenidas sus avanzadas frente al puente de San Antonio, quedaba Abercromby obligado a defender un territorio de varias millas cuadradas de extensión, cuya retaguardia era demasiado extensa para las fuerzas con que contaba. La configuración del terreno ocupado se prestaba al ataque por sorpresa en la retaguardia y el flanco izquierdo, a través de los canales y caños que penetraban en él.

Para hacer efectivas estas posibilidades el comandante de las fuerzas españolas, a la vez gobernador de la Isla, general Ramón de Castro, se valió de dos medios bien concebidos y puestos en ejecución: un cuerpo volante de infantería que operaría en la zona ocupada, dividiéndose en guerrillas de hasta 150 hombres, y una escuadrilla de gánguiles, pontones y lanchas artilladas con un total de 24 cañones y algunos morteros que, gracias al poco fondo de dichas embarcaciones, podían penetrar varios kilómetros a través de los caños y lagunas, hostilizando al enemigo por diversos puntos, en los cuales no hubiera sido posible o ventajoso utilizar cañones de campaña.

Fue este novel recurso, bautizado con el nombre de «fuerzas sutiles», característico del plan defensivo ideado por el general Castro, distinguiéndolo de los que habían puesto en práctica los defensores de la Plaza en ocasiones anteriores. Con tal objeto se emplearon dos pontones y cuatro gánguiles, o lanchones de fondo plano, armados con dos cañones de mediano calibre, cada uno, y doce lanchas más pequeñas artilladas con un solo cañón. Se destinaron dos gánguiles para reforzar la defensa del puente de San Antonio, dos para atacar el puente de Martín Peña, dos pontones en la entrada del puerto y las doce lanchas repartidas como refuerzos de los gánguiles y pontones. La escuadrilla fue confiada al mando del capitán de fragata don Francisco de Paula Castro.

La disposición de las tropas de Abercromby invitaba a los españoles a tomar la ofensiva, compeliendo a los ingleses a defenderse de las partidas de guerrilleros del cuerpo volante que mandaban los oficiales Isidoro Linares, José de Vizcarrondo y Teodomiro del Toro, Luis de Para, el sargento Cleimpeaux y otros. La defensa del puente de Martín Peña y del terreno adyacente, ocupado por los ingleses, inmovilizaba una parte considerable de sus tropas, como si los españoles no hubieran podido campar a su antojo, sin contar para nada con el puente, a todo lo largo y ancho de la zona invadida. Por estas razones la breve campaña de Abercromby se resolvió en una serie de escaramuzas y unos cuantos duelos de artillería en los alrededores de la ensenada del Condado.

Entrando en detalles, la acción de la artillería española consistió en el emplazamiento de una batería, por el ingeniero Ignacio Mascará, en el seboruco o colina de Barriga (119), para evitar (sin lograrlo) que los ingleses pasaran de la laguna de San José al caño

119. Llamado seboruco del Medio en el plano de San Juan y sus alrededores levantado en 1884 y copiado en enero 23 de 1901 por don Armando Morales.

de Martín Peña; en la colocación de varios cañones en la orilla de dicho caño para proteger la retirada de Mascaró, una vez que el enemigo había logrado su propósito; en el cañoneo por los fuertes de San Antonio y San Jerónimo y de sus auxiliares, los dos gánguiles allí destacados, para obstaculizar la construcción de los parapetos de las baterías inglesas cercanas; en la colocación de dos cañones en la parte inferior del fortín de San Antonio para batir la entrada del Boquerón que daba acceso a la ensenada del Condado; en el refuerzo de San Jerónimo y del gánguil apostado en el caño de San Antonio. También se minaron las afueras del fuerte de San Jerónimo y se artilló el trincherón de San Cristóbal, en previsión de que el enemigo entrara en la Isleta. Por su parte, la artillería inglesa emplazó cuatro baterías: la del Rodeo, a 250 varas del fortín de San Antonio, muy cerca de la entrada del puente del mismo nombre, del lado de la isla principal (120); la del Condado, situada en la lengua de arena en que termina la barriada de este nombre, a 400 varas del fortín de San Antonio; la del puente de Martín Peña y, por último, la de Miraflores, cerca del actual polvorín, que había sido vaciado y abandonado por los españoles.

En cuanto a los resultados obtenidos por la artillería de ambos lados, puede aseverarse que la de los fuertes de San Antonio y San Jerónimo, aunque no impidió la instalación de las baterías inglesas, mantuvo al enemigo alejado de la Isleta, sin decidirse a asaltarla, como hiciera Cumberland, a través del caño de San Antonio. La artillería móvil o flotante de las fuerzas sutiles, hábilmente manejada por los defensores, contribuyó, no poco, por el carácter sorpresivo de sus movimientos, a la eficacia de las operaciones del cuerpo volante, logrando prolongar la mal aconsejada permanencia de los invasores en la región de Martín Peña.

El efecto del fuego de las baterías inglesas del Rodeo y del Condado contra sus dos blancos favoritos, los fuertes de San Antonio y San Jerónimo, hubiera sido decisivo, si se le hubiera aprovechado con la persistencia necesaria. San Antonio fue seriamente averiado, siendo indispensable cubrir sus azoteas con gruesas capas de arena para impedir que se desplomaran por el impacto de las balas; las numerosas brechas abiertas en sus muros, como también ocurrió en San Jerónimo, hubieron de ser continuamente tapadas con fajinas y sacos de arena. Cuando se levantó el sitio de estos fortines, el puente y su portalón, estaban poco menos que destruidos.

---

120. En nuestros días este sitio estaría situado entre el Club Unión y la entrada más próxima del puente de la Avenida Poncé de León, mucho más cerca de éste que de aquél.

Mucho menos afortunadas fueron las baterías de Martín Peña y Miraflores: la primera no consiguió frustrar el ataque final de la infantería española; la segunda no alcanzó sus fines, bombardear la ciudad y enfilarse la trinchera que, como una obra auxiliar, construyeron los españoles detrás de la entrada del puente en el lado de la Isleta.

La victoria estaba reservada a la infantería española. En primer lugar, si en presencia de la inexplicable conducta del comandante inglés cabe tal interpretación de los hechos, por el efecto dilatorio de la acción de retaguardia a que se dedicó el cuerpo volante de los defensores. La función de éste consistió en numerosas operaciones de guerrillas, tales como cortar el puente de Juan Díaz, en el sitio de Baña Caballos, que impidió a los ingleses bordear la orilla austral de la bahía; el ataque del sargento Clcimpeaux a una partida de aprovisionamiento; el de Francisco de Andino cerca del puente de Martín Peña y otras operaciones de menor importancia. En segundo lugar, por el efecto moral, decisivo, del ataque dirigido al frente y flancos del mismo puente por Luis de Lara, quien, mal interpretando las instrucciones que le fueron dadas para participar en un ataque simultáneo por tres puntos diferentes, atacó prematuramente el puente a la cabeza de 800 infantes y dos compañías de caballería, probablemente sin soñar siquiera que tal movimiento había de tener la inesperada e inexplicable consecuencia de inducir al general inglés a levantar el sitio y a reembarcarse, a pesar de que Lara hubo de retirarse sin haber conseguido que los defensores del puente entraran en combate (121).

Comentando hecho tan extraño, el militar español Francisco Díaz, comandante del Departamento de Artillería de Puerto Rico, en el año 1844, escribe:

Tales fueron los resultados de aquél suceso que no pudo menos que graduarse (*calificarse*) de simulacro, ignorándose hasta ahora las causales que pudieron obligar al enemigo a abandonar su intento, cuando nuestras cortas fuerzas apenas podían oponerles una mediana resistencia (122).

Abercromby, quien cuatro años más tarde había de perder la vida y ganar la gloria, derrotando a los franceses en la batalla de

121. Pedro Tomás de Córdova, en V/183, e. s.

122. Memoria al Capitán General de la Isla, en I/2/164 e. s.

Alejandro, en Egipto, trata de explicar su fracaso en San Juan de Puerto Rico en estas palabras apoloéticas :

El paso (*a la ciudad*) estaba fuertemente defendido por dos reductos (*San Antonio y San Jerónimo*) y cañoneras, y el enemigo había destruido el puente que conecta en el angosto trecho de mar (*el caño de San Antonio*) la isleta con la isla principal. Después de todo esfuerzo de nuestra parte no pudimos imponer silencio suficiente al fuego del enemigo que se había atrincherado en la última línea de los reductos, para aventurarnos a forzar el paso a la isleta con una fuerza pequeña, y esto, además, hubiera sido en vano, pues el enemigo podía soportar un fuego diez veces mayor que el que nosotros podíamos llevar en su contra.

Después de hacer constar que se trató ineficazmente de bombardear la ciudad con la batería que había instalado en Miraflores, Abercromby agrega :

Resultando, pues, que ningún acto de energía por nuestra parte o ninguna operación combinada por las armas del mar y tierra podía en manera alguna llevarse a cabo, determiné retirarme y embarcar las tropas, lo que se efectuó en la noche del 30 de abril con el mayor orden y regularidad (123).

Palabras estas que distan mucho de justificar la conducta del comandante inglés que disponía de 14.100 hombres contra 6.471 defensores; que pudo, desde el primer momento, concentrar todos sus efectivos en la reducción de los dos fortines que le cerraban el paso a la Isleta, auxiliado por la artillería de su poderosa flota (124); que tuvo la oportunidad de actuar rápidamente, llevándose por delante los 800 infantes que trataron de impedir su desembarco, si en vez de disgregar sus fuerzas internándose en Martín Peña, hubiera movido su ejército por la costa, directamente hacia el puente de San Antonio, cuyas defensas habían de recibir «infinito daño», como asegura el coronel Díaz, antes de levantarse el sitio, dejando intocada la ciudad.

123. Parte oficial del jefe de las fuerzas de S. M. B. en las Indias Occidentales, en 1/5/317.

124. Es posible que la derrota de Abercromby se debió precisamente al hecho de que él solo mandaba las tropas de desembarco. El principio de la unidad de mando fue reconocido mucho más tarde como necesario en empresas de esta índole.

Ambos ejércitos tuvieron un total de 421 bajas, correspondiendo a los ingleses 225, entre muertos, heridos y desaparecidos (125) y a los españoles, 42 muertos.

Sí desde el punto de vista militar la campaña de Abercromby carece de importancia, desde el punto de vista histórico es de interés por el hecho de que demostró patentemente la capacidad militar de los puertorriqueños, a quienes se confió principalmente en esta ocasión la defensa de la Plaza. Al mismo tiempo, es de notarse que surtió el efecto de intensificar el patriotismo español de los criollos de Puerto Rico. Así lo reconoció el Gobierno central, accediendo a una petición del Ayuntamiento de San Juan de que se le concediera el título de «Muy noble y muy leal», que le confirió Carlos IV por real orden fechada el 13 de abril de 1799 (126). De acuerdo con este documento, se autorizaba imponer a su escudo el mote honorífico, expresivo de la gratitud de la Corona: «Por su constancia, amor y fidelidad es muy noble y leal esta ciudad».

## EL PUERTO DE SAN JUAN EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Desde 1509 hasta 1715, un período de 206 años, nuestro puerto estuvo celosamente cerrado para las naves mercantes del mundo entero, con excepción de las que navegaban con bandera española entre él y Sevilla y un corto número de puertos en las Antillas españolas que disfrutaban de tal privilegio por virtud de real y expresa autorización. También se consentía surtir, mediante rigurosa vigilancia e inspección, a aquellos buques que por causa del mal tiempo o por accidentes de la navegación se veían compelidos a entrar de arribada forzosa. En 1715 se permitió comerciar con el puerto de Cádiz; con el de Barcelona, desde 1755; con otros seis puertos españoles en 1754; con el de Mallorca, desde 1777. No es, pues, de extrañarse que, no siendo frecuentes las visitas de los buques de travesía a nuestro puerto, se arraigara la costumbre de anunciar su aparición en el horizonte desde el campanario de la ermita de Santa Bárbara, tocándose tantas campanadas como velas eran visibles. No con poco regocijo exclamaban los sanjuaneros al oírlas: «¡Velas! ¡Velas!» (\*). Por fin, en 1815, se abrió nuestro puerto al comercio libre, aunque sujeto a numerosas restricciones y a una reglamenta-

125. XXXVIII/9 e. s.

126. R. C. N.º 724.

\* Tapia en XX/51.



ción verdaderamente obstruccionista, cuyos pormenores examinaremos en el capítulo que trata del comercio.

Las concesiones liberalizadoras del comercio que hizo Carlos III en 1765, habilitando los puertos de Alicante, Cartagena, Málaga, Santander, La Coruña y Gijón, además de Sevilla, no surtieron el efecto deseado en cuanto a San Juan se refiere. A pesar del pomposo nombre de «Cédula de la libertad de comercio» que se dio a este instrumento, ella sólo tendía a eliminar ciertas restricciones impuestas a las naves españolas, perpetuando la exclusión de las extranjeras.

En 1778 el rey confirmó la práctica antiquísima de la Iglesia a ejercer el derecho de inspección de los buques que tocaban en San Juan. De acuerdo con esto, se permitía al Comisario del Santo Oficio visitar las naves entrantes para cerciorarse de que persona, o cosa alguna a bordo, sería consentida si era contraria a los intereses de la fe católica. En caso afirmativo, podía el Comisario ordenar la prisión de la persona o la confiscación de la cosa. El derecho de cuatro pesos que se imponía por cada visita era en sí excesivo, pero unido a los numerosos impuestos y derechos que pesaban sobre las naves que no disfrutaban del «comercio libre», contribuía a hacer prohibitivo el tráfico con los puertos excluidos de la real licencia.

Convencidos los vecinos de la ciudad de la evidente conveniencia de fomentar el comercio, librándolo de tan absurdas trabas, solicitaron en 1797 la declaración de puerto franco por un período de veinte años, petición que fue negada dos años más tarde, a pesar de que en la vecina isla de Saint Thomas lo habían establecido los daneses desde 1728, aprovechándose precisamente de las restricciones que existían en las Antillas españolas, dando así lugar a que floreciera el comercio ilícito, tan perjudicial a la Metrópoli como a las colonias.

Por otro lado, se favoreció indirectamente la navegación al publicarse el primer plano, matemáticamente correcto, de la bahía de San Juan, levantado en 1793 por el capitán de la Armada española don Cosme Damián de Churrua. En dicha carta, que fue adoptada por los almirantazgos de las primeras potencias de Europa, se fijó por primera vez, mediante observaciones precisando el tránsito de Aldebaran (\*) por el disco de la luna, el meridiano de longitud de la punta del Morro en 66° 3' 50" al oeste de Greenwich y el de su latitud (norte) en 18° 9'. Muestra dicha carta todos los obstáculos a la navegación que existían en la bahía y proporcionaba cuantos datos

\* Estrella principal en la constelación zodiacal de Tauro. Para los detalles de estas observaciones, véase el *Almanaque Náutico*, Madrid, 1804.

eran necesarios para su utilización, tanto comercial como militar (127).

En 1835 los procuradores generales del Reino, don José Saint Just y don Esteban de Ayala, renovaron la petición de puerto franco. Referido el expediente a informe de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, ésta opinó que no era conveniente a la Isla (128). Vuelto a promover el asunto en 1850, fue de nuevo desaprobado por el gobernador Juan de la Pezuela, fundándose en múltiples razones de orden político, económico, social y religioso. Todavía en pleno siglo XIX quería el Gobierno conservar al país en mortal aislamiento, en consonancia con el espíritu intransigente que había presidido la vida de la sociedad puertorriqueña.

Un acontecimiento extraordinario hubo de conmover a los habitantes de la ciudad un buen día dentro del primer cuarto del siglo XIX. El 5 de marzo de 1823 apareció frente al Morro una escuadra de 16 buques de la Armada de los Estados Unidos al mando del comodoro David Porter, enviado a combatir la piratería en el mar de las Antillas. Desconocido el propósito de la visita de Porter, la presencia de su flota alarmó a las autoridades españolas. El comodoro despachó dos de sus naves, la *Greyhound* y la *Fox*, conduciendo la primera al teniente John Porter, con instrucciones de entrar al puerto y entregar una carta al gobernador, en la que explicaba su misión en aguas de Puerto Rico. Cuando las dos naves tomaban la boca del canal de entrada, el fuerte del Morro abrió fuego, matando al segundo disparo al teniente Cocke, a bordo de la *Fox*. Detuviéronse los buques, pidiendo el comodoro explicaciones por lo sucedido. El comandante del Morro argüía que era su deber prohibir la entrada a cualquier buque que perteneciera a la extraña flotilla. En realidad, los temores del comandante del Morro eran justificados, porque a la flotilla de Porter se había unido, al llegar éste frente a San Juan, un escuadrón inglés a las órdenes de Sir Thomas Cochrane. Sólo habían transcurrido entonces unos veinticinco años desde la agresión de Abercromby a la ciudad.

La protesta del comodoro termina con palabras que pueden interpretarse como un indicio de que, desde aquella época, se consideraba por algunos norteamericanos la posibilidad de anexionar algún día la codiciada Isla de Puerto Rico. Decía Porter al gobernador de la Torre :

127. V. la reproducción publicada en 1895, en Londres, por W. Faden geógrafo de S. M. B.

128. I/6/380.

Your Excellency must be aware that it is always in my power to retaliate, and even in this place, but it would be a poor return for the friendship and hospitality I have received from the inhabitants, and I cannot reconcile to myself that the innocent should be made to suffer for offenses not their own.

La Torre contestó en términos de convincente sinceridad: el oficial norteamericano había desatendido el aviso dado por el fuerte del Morro, tratando de entrar al puerto, «privando así a los Estados Unidos de un ciudadano, a Su Excelencia de un oficial y llenando a Puerto Rico de luto, y a mí de inexpressable dolor» (\*).

Mientras tanto, la flotilla americana continuaba excitando la curiosidad ilimitada de los sanjuaneros. Una de dichas naves, la *Sea Gull* (La Gaviota) era de vapor, mensajera del progreso, que patentizaba a los vecinos atónitos de la vieja urbe una de las maravillosas invenciones que habían de revolucionar la vida humana. Destacábase la *Sea Gull*, entre las goletas y balandros de la escuadra, por su altísima chimenea que desalojaba densa columna de humo, induciendo a creer a los que la veían por primera vez que se trataba de un barco incendiado. Habiendo sido construido para servir de «ferry-boat» entre las ciudades de Jersey-City y Nueva York, estaban acopladas a ambos costados dos enormes tambores, dentro de los cuales giraban las ruedas propulsoras. De pequeño tonelaje, la misteriosa nave que se movió frente al Morro sin necesidad de velas, era más o menos, de la mitad del tamaño de un «ferry» corriente, como los que se utilizaban en el Hudson hacia el tercer cuarto del siglo XIX. Estaba armada con tres cañones, y a no ser por su arboladura (de la que pendía el gallardete de la Marina americana) que se le había colocado para completar su transformación en buque de guerra, su presencia entre los buques de la flota de Porter hubiera sido un enigma insoluble para los espectadores de aquella tarde del 5 de marzo de 1823 (129).

Hacia 1845 todavía se utilizaba como fondeadero la pequeña ensenada de la calca de San Juan, frente a la puerta del mismo nombre, donde había un pequeño muelle en 1845. La junta de Comercio de San Juan hizo construir otro más capaz en 1842 (130), en el

---

\* David D. Porter: "Memoir of Commodore David Porter of the U. S. Navy", Albany, 1875. V. págs. 278 e. s.

129. Ibidem.

130. A un costo de 80,000 pesos; XXXVI/

puerto interior, cerca del edificio de la Aduana, en la Marina. En esta época era notable el puerto de San Juan, entre los de la isla, por estar dotado de una farola (131).

Largos años transcurrieron antes de que otra nave de vapor esparciera humo en el cielo de nuestro puerto. El 21 de octubre de 1848 fondeó en la bahía el vapor español *Tridente*, procedente de Cádiz, de paso para La Habana, después de 18 días de navegación. Considerado entonces como muy veloz y de gran porte, su visita al puerto sirvió para convencer definitivamente a los sanjuaneros de las enormes ventajas de la navegación a vapor.

Consecuencia de aquella primera lección objetiva que nos diera el *Tridente*, pudo haber sido el interés que se despertó en el gobierno local por establecer un servicio de vapor entre la ciudad y el poblado de Cataño. En efecto, dos meses después de la llegada del transatlántico español, tomó el gobierno un acuerdo a este respecto, empezándose la formación de la Compañía de Vapor de Cataño, cuya junta directiva fue nombrada en octubre de 1849, aunque el servicio no empezó a funcionar hasta 1853.

Después de 1848 el comercio externo de San Juan, el servicio de correos y la Marina de Guerra continuaron empleando principalmente buques de vela, excepto el buque de guerra *Fernando el Católico* que solía hacer el servicio de correos a las Antillas, a mediados del siglo XIX, y alguno que otro vapor inglés que hacía escala, hasta bien entrada la sexta década del mismo. Nuestro puerto se veía frecuentado por fragatas, bergantines, corbetas, goletas y polacras, concediéndose salida gratuita a los buques de cabotaje. Hacia 1852 se contrató el servicio de correos con la compañía que operaba el vapor español *Fernando el Católico* (\*). La navegación a vapor croó la necesidad de mejorar las condiciones del puerto, abandonado desde la conquista a su estado natural, con excepción de un débil esfuerzo que se hizo en 1796, repetido cuarenta años más tarde, para limpiarlo (\*\*). En 1849 (132) se impuso el derecho de «limpia de puerto», cuyo producto fue acumulándose lentamente para iniciar las obras de dragado, autorizadas por cablegrama de Madrid, en noviembre de 1882. Otra consecuencia de aquella innovación fue el establecimiento de una carbonera en La Puntilla, en 1870, la que estuvo funcionando durante veinte años.

131. *Memoria de Ormaechea*, en 1/2/227.

\* Hacia 1866 se hizo quincenal el servicio de vapores correos con puertos españoles.

\*\* P. T. de Córdoba: *Memoria*, pág. 226.

132. XXXVI/85.

El incremento de población en la barriada de Cataño, debido a la comunicación segura y rápida que facilitaba el vaporcito dedicado a este servicio, indujo al Gobierno, en 1872, a ceder a don Domingo Suárez los terrenos cenagosos de la Punta de Cataño, a condición de que los desecara y saneara. Al año siguiente obtuvo don Manuel Adell una autorización del Gobierno de la República para sanear y aprovechar unos manglares existentes en la playa de Cataño, concediéndosele la propiedad a perpetuidad de los terrenos públicos incluidos en la zona que él se comprometía a mejorar.

Como la vida portuaria adquiriera actividad en esta época, don Antonio Portell solicitó una concesión para la construcción de un varadero-carenero en la punta del caño de San Antonio, obra que se llevó a cabo en 1873. Quedó, sin embargo, en suspenso la construcción de un dique flotante proyectado en 1875. Un año después don Eduardo E. Crosas instalaba, en el «charco de las brujas», otro carenero para embarcaciones menores.

Continuaba siendo apremiante la necesidad de dragar el puerto que, por causas del aumento en el calado de los vapores que lo visitaban, iba resultando de difícil acceso. En 1881 se celebró una junta de comerciantes, navieros, agricultores e industriales para idear y proponer los arbitrios que fueran convenientes para realizar las obras del puerto. Jimeno Agius, en su notable *Memoria* (133), nos informa que en 1885 estaba disponible el equipo necesario para llevar a cabo el trabajo. En 1890 don Melquiades Cueto Navarro era nombrado director facultativo de dichas obras. Para esa época se sufragaban los gastos mediante un impuesto de 50 centavos por tonelada de carga importada, el cual fue abolido en 1899 (134).

En cuanto a la iluminación y balizado del puerto, podemos intuir que la instalación del faro, de tipo moderno, se hizo necesaria con el advenimiento de la navegación a vapor, cuya rapidez hacía indispensable aumentar su alcance. De acuerdo con la *Gaceta de Puerto Rico*, el servicio de fanal del Morro se subastó en 1853. El proyecto de sustituir el viejo fanal por un aparato de tipo catadióptrico fue aprobado por el Gobierno central en 1869. En 1890 el faro del Morro de San Juan, escribe el teniente de navío don Pedro Sánchez de Toca (135), se reconocía fácilmente por sus dos torres, una colo-

133. "Población y Comercio de Puerto Rico", 1855, en I/5/279 e. s.; XXXIII-Año 1890.

134. La Junta de Obras del Puerto de San Juan fue suprimida por orden del Gobierno Militar americano el 15 de febrero de 1899, nombrándose al comandante E. A. Root, ingeniero encargado de las obras y al comandante A. S. Snow, de la Marina, inspector.

135. "Las Costas, puertos, etc., de Puerto Rico", en I/12/257 e. s.



cada sobre la batería del *Macho* y otra sobre la del *Carmen*, que tenía una torre octogonal de hierro, sosteniendo una luz fija de 18 millas de alcance. El servicio de torreros fue organizado en 1882. El proyecto para abalizar el puerto fue aprobado en 1885, aunque diez años antes se habían situado varias boyas en la bahía. La torre del faro español fue destruida durante el bombardeo por la escuadra de Sampson en 1898.

Desde principios de marzo de 1893 la población de San Juan aguardaba con impaciente curiosidad la llegada de un pequeño buque, réplica de la carabela *Santa María*, a cuyo bordo había hecho Colón su épico viaje de 1492. De tránsito para Estados Unidos, la extraña nave haría escala en nuestro puerto. La noticia sacó de su letargo a la soñolienta urbe. Viejos y jóvenes escalaban las azoteas de la ciudad, equipados de anteojos y catalejos, para escrutar el horizonte. Algo así como un reflejo de aquella expectación, que tomaba incremento con el correr de los días, ha quedado enclaustrado en las agudezas de un escritor satírico de la época.

¡Santa María!, grita un visionario apuntando con su cartucho (*¿un catalejos?*) desde lo alto de una azotea.

¡Madre de Dios!, responde una beata desde su nicho, haciendo apresuradamente la señal de la cruz... (\*).

Y mientras la curiosidad ansiosa daba lugar a que las gentes «pasaran más tiempo sobre las casas que dentro de ellas», se organizaba una Junta de Damas para festejar a los intrépidos nautas; el Ayuntamiento, aunque seriamente amenazado de quiebra por los gastos extraordinarios a que se veía obligado por la proyectada visita de los Infantes y las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento, contribuiría con algún millar de duros; la Junta redactaba un programa que incluía, fiel a una vieja tradición, un reparto de limosnas a los pobres.

En la mañana del Jueves Santo, para desesperación de las patrióticas damas de la Junta, quienes se vieron obligadas a posponer los mundanos festejos, la *Santa María* se balanceaba plácidamente, después de una travesía de treinta y seis días, en la boca del Morro, aguardando el remolcador que se le había ofrecido por conducto del semáforo de dicho castillo. Situados a lo largo del canal, esperaban los buques del apostadero de San Juan, los remolcadores de las

---

\* "El Buscapié", tomo de 1893.

Obras del Puerto y cuantas lanchas y botes del Club de Regatas, todos empavesados y engalanados, formarían la brillante escolta.

Auxiliada por el *Indio* hizo la *Santa María* su entrada triunfal al puerto, la escolta dividida en dos alas, entre las salvas del *Fernando el Católico*, contestada por los genuinos pedreros que montaba la nao, y entre los hurras de su tripulación y la de los buques y pequeñas embarcaciones que la acompañaban. Fondeada cerca de la dársena «de los botes», el pueblo de San Juan pudo contemplar la maravillosa réplica de la histórica nave en todo su esplendor, no sabiendo si admirar más su arcaica obra muerta, con su elevado castillo de popa, de cerca de veinte pies de altura, provista de una imagen protectora de Nuestra Señora del Buen Camino y su barandilla exornada con varios escudos de Castilla y León, o su anacrónica arboladura de tres mástiles que sostenían sus enormes vergas en ángulos distintos, en toda su primitiva y pintoresca autenticidad. No faltaba detalle alguno, ni el gran fanal de popa, cuyos destellos hicieron temblar de asombro a los ingenuos naturales de un islote de las Bahamas aquella noche del 12 de octubre inolvidable, ni la cofa del palo mayor que parecía una corona persa, decorada con una sencilla greca en vivos colores.

Para festejar al comandante Concas y a sus subordinados, pertenecientes a la Marina Real española, fue necesario aguardar que pasara el recogimiento absoluto del Viernes Santo. Al día siguiente, celebróse un baile en el Teatro Municipal; corrió abundante el champagne y no faltó el gigote de moda en aquel tiempo. Tampoco faltó la misa de campaña, celebrada el día domingo en un elevado templo adosado a la fachada de la Casa Consistorial, que se levantó frente a la plaza de Alfonso XII. Terminada la misa, el comandante Concas recibió el obsequio de un estandarte para la nave bordado por las señoritas Penado. Las damas repartieron limosnas en la puerta del arsenal y los caballeros ofrecieron el banquete de despedida en el mismo edificio.

## EL PROGRESO DE LA CIUDAD: 1800 A 1898

Diversos acontecimientos, principalmente de carácter político, que ocurrieron en la cuenca del Caribe a fines del siglo XVIII y principios del XIX, tuvieron la saludable consecuencia de aumentar la población de la ciudad con los numerosos refugiados que acudieron a ella: franceses fugitivos de la revolución de los negros de Haití, en 1791; españoles y criollos de Santo Domingo, al cederse la parte española

de la isla a Francia, mediante el Tratado de Basilea, en 1795; españoles procedentes de la Luisiana, al venderse ésta a los Estados Unidos por Francia, en 1803; nuevas migraciones de franceses de Haití en 1808 y 1811; españoles procedentes de Venezuela al decretar Bolívar la muerte de los peninsulares en Trujillo, en 1813. Animado por un admirable celo constructivo, el intendente Ramírez introduce (1814) isleños de Canarias destinados a los campos de la Isla y admite (1816), eximiéndolos del pago de derechos por sus propiedades personales, cerca de cuatrocientos emigrantes de la Luisiana, algunos de los cuales eran acomodados y traían sus esclavos. En su mayor parte venían a dedicarse a fomentar la industria azucarera (136). Llegaban también numerosos vascongados y catalanes entre los emigrados de Costa Firme, durante y después de la guerra de Independencia. Posteriormente a la derrota de las armas españolas en Carabobo (1821), arribaron ocho naves españolas y una inglesa conduciendo refugiados de Venezuela, muchos de los cuales eran ex funcionarios españoles de la colonia emancipada. La afluencia de extranjeros y de españoles procedentes del extranjero durante estos años, influyó en la renovación de ideas iniciada por la presencia del intendente Ramírez en la ciudad y estimuló el orgullo cívico de sus habitantes.

El Bando de Policía y Buen Gobierno promulgado por el gobernador Miguel de la Torre en 1823, requiere licencia expresa del Gobierno para la construcción de casas, el cual dispondrá «su arreglo, delineación y demás para el buen orden y hermosecamiento de la ciudad, con arreglo a lo dispuesto en varias reales órdenes» (137). En el artículo 26 el general se expresa en términos más autoritarios: «No permito la fabricación de bohíos techados de paja o yaguas; han de cubrirse precisamente de teja».

El Ayuntamiento de San Juan adoptó una medida aún más drástica que la propuesta por La Torre: ordenó destruir, o hacer de ladrillos, los bohíos situados dentro de las murallas de la ciudad. Hasta nuestros propios días han sido toleradas estas casas de pobres en los suburbios. La Policía Urbana cuidaba del cumplimiento de las ordenanzas relativas a construcciones. En 1836 se abrió un expediente por el Consejo Municipal para disponer la numeración de las casas (138). Para esa época empezó a considerarse la conveniencia de que la ciudad entera fuera de material, pero la oposición

136. VI/227 y III/301 /n. 1.

137. Art. 19, como aparece reimpreso en I/2/32 e. s.

138. VII/leg. 2/63 (1823-1846).



de los dueños de casas de madera no era fácil de vencer. Por fin, en 1842, pudo aprobarse la ordenanza disponiendo la prohibición de obras de madera y la demolición de las existentes dentro de la ciudad, en un plazo de seis años. Evidentemente los propietarios siguieron resistiendo, como lo revela otra ordenanza, aprobada doce años más tarde, disponiendo la inmediata destrucción de tales edificios como una medida de sanidad pública, so pretexto de que había estallado una epidemia de cólera en la vecina isla de St. Thomas.

Don Pedro Tomás de Córdoba nos ha dejado una descripción de la ciudad, escrita en 1845, de la cual extractamos el pasaje siguiente :

Desde el puerto se ve la ciudad como en un anfiteatro, y el conjunto de sus casas, edificios y murallas forman un todo de grato e imponente aspecto al observar y considerar sus hermosas fortificaciones, que descuellan sobre sus edificios... Las calles están tiradas a cordel, son de un mismo ancho, divididas en cuadras o manzanas de poco más de cien yardas, muy bien empedradas y con hermosas e iguales losas en las aceras. Las casas, que llegan a mil, son de piedra y ladrillo, de bastante regular construcción, la mayor parte en las casas principales con segundo piso y casi todas con azoteas como las de Cádiz, y con cisternas o aljibes... De poco acá ha mejorado el caserío en su construcción y repartimiento interior y han ido desapareciendo las casuchas o bojíos de gente pobre que había en los barrios...

El Distrito de la Capital incluía entonces los barrios de San Francisco, San Juan, Santo Domingo, Santa Bárbara, Puerta de Tierra y La Puntilla, agregándose el de San Sebastián (1846) y los de Ballajá y la Marina, en 1858. El barrio de Ballajá fue uno de los últimos en urbanizarse propiamente, consistiendo, hacia mediados del siglo, de unos cuantos callejones y tres calles, la del Rosario, Beneficencia y Morovis. Aún en 1872 poseía el Estado algunos solares en dicho barrio, los que fueron subastados el mismo año. El barrio de La Puntilla, a la vez manglar, palmar (139) y ranchería, durante la primera mitad del siglo, empezó a mejorarse considerablemente hacia 1860, construyéndose algunos edificios de material, muelles y paseos.

Por real orden de septiembre 6 de 1888 se ampliaron los límites del barrio de La Puntilla hasta comprender la Carbonera, al sur del

---

139. Palmar de don Miguel Valdivieso.

recinto que une los baluartes de la Concepción y de la Palma, zona en que se permitió construir edificios permanentes.

El recinto sur también fue mejorado, convirtiéndose (1855) en una espaciosa calle el antiguo caminito que conducía a Puerta de Tierra, bordeando las murallas, en la sección comprendida desde el baluarte, a la izquierda de San Justo, hasta la batería de San Francisco de Paula, situada detrás del Teatro Municipal.

Acerca de los edificios públicos de San Juan en esta época (1866), el distinguido comentarista de Inigo Abbad, don José Julián Acosta, escribe :

Desaparecieron las ruinas próximas a la Catedral, completamente restaurada, y en sus alrededores se encuentra la bella iglesia de las M.M. Carmelitas, el hermoso edificio del Colegio Seminario y el palacio episcopal; en la plaza principal lucen el palacio de la Intendencia, donde estaba el presidio, y la casa del Ayuntamiento separada convenientemente de la cárcel; no existe ya el antiguo hospital que había en una de las esquinas y que ha sido reemplazado por casas particulares.

En el ángulo noroeste de la ciudad, antiguo barrio de Bavajá, existen próximos los unos a los otros los mayores edificios con que cuenta : el nuevo cuartel, la Casa de Beneficencia, el Hospital militar y la casa de dementes (140).

Además de la fortaleza de Santa Catalina y de Casa Blanca, de los cuales hablaremos en el capítulo que trata del presidio militar de San Juan, existía la *sala de armas*, llamada posteriormente Casa Roja, donde se conservaba el armamento y los demás útiles de parque. Pedro Tomás de Córdoba asegura que este edificio, por su solidez y bella forma, contribuía al ornato de la ciudad. Más tarde fue destinada a residencia del general segundo Cabo.

Los temblores de 1867, aunque averiaron numerosas casas y edificios públicos, no produjeron derrumbes de construcciones enteras (141).

En 1897 las 900 casas que formaban el casco de la ciudad, con un área de cerca de 250.000 metros cuadrados, eran todas de material; en los suburbios sus 822 viviendas y edificios, con raras excepciones, estaban construidas de madera (142).

140. II/219.

141. Puede verse una relación de los edificios damnificados en VIII/legajo 34/11 (1822-1900).

142. En 1878 el barrio de Cangrejos contaba con 1,900 habitantes que vivían en 180 casas y 169 bohíos.

En este tiempo, y en relación con su área, la ciudad era populosísima, contando ya con más de 27.000 habitantes. Debido a la estrechez de las calles y al genio expansivo de sus habitantes, el bullicio callejero se había hecho característico. Si bien es verdad que los instrumentos para la reproducción mecánica del sonido eran desconocidos, con excepción de las cajas de música de cilindro dentado, cuyas leves notas no perturbaban la paz del vecindario, y que el fonógrafo estaba todavía en su etapa experimental, el piano, sin embargo, suplía con creces el estruendo de aquellas voces que estaban en formación, para tormento del siglo siguiente. Todas las señoritas pudientes, y aún muchas de las menos afortunadas, estudiaban piano. Resonaban en el espacio las notas de los ejercicios de escala o la inacabable repetición de otros ensayos de agilidad, mezclándose por todas partes con los gritos de los vendedores públicos y de la parvada (\*) que jugueteaba por las aceras, las imprecaciones, exclamaciones y risotadas de los viandantes, los ladridos de incontables perros realengos, el crujir y rechinar de las carretas y coches tirados por caballos, los cascós de cuyas patas arrancaban a los pedruzcos del pavimento agudos ruidos. Unase a esto las voces de las guitarras, oídas a todas horas del día, y se tendrá una idea del bullicio de la Ciudad Murada en aquella época.

No debiéramos terminar estas notas acerca del estado de la ciudad en el siglo XIX, sin referirnos, aunque ligeramente, a varios aspectos que indican el mejoramiento de las condiciones generales de vida. El Reglamento de jornaleros aprobado en 1840, disponía la concesión de un premio de cincuenta pesos a los individuos de esta clase que se hubieran distinguido por su laboriosidad y honradez durante el año, que terminaba para este fin, en el día del cumpleaños del Monarca. Pocos años después el gobernador Pezuela ordenó la matrícula de jornaleros. En el 41 prohibió el gobernador Méndez de Vigo limosnear en la vía pública sin licencia, la cual sólo podía ser expedida a los que justificaren la causa de su indigencia, exigiéndoselos, además, a los que la obtuvieren, llevar una señal puesta en el brazo (\*\*). Proceden del mismo gobernante las curiosas disposiciones que designaban determinados sitios en las playas de la Isleta para baños públicos de hombres y mujeres, y las que exigían a los propietarios de solares vacantes en la ciudad, construir (cuando no pudieren fabricar una casa) la pared de fachada, ornamentada como

\* En 1893 sólo concurrían a las escuelas públicas de la ciudad 712 niños, a pesar de que la enseñanza era obligatoria.

\*\* *Bando de Policía y Buen Gobierno*, fechado el 17 de junio de 1841, reproducido en I/4/223-25.

lo estuvieren las fachadas de las casas adyacentes. En 1876 se reglamentó el servicio doméstico, exigiéndosele a sus miembros inscribirse en un registro municipal y portar una cartilla como evidencia de la inscripción. Merece también mencionarse el plan de zonas urbanas propuesto, en 1893, por el gobernador Dabán. De acuerdo con la circular en que lo expone, dividía la ciudad en tres zonas; la primera, para construcciones de piedra; la segunda, para edificios de materiales fuertes (ladrillo, tapicería, etc.); la tercera, para casas de madera y bohíos. A pesar de haber sido promulgada como una medida preventiva de incendios, ocasionó general protesta en el vecindario, viéndose el general compelido a enmendarla en el sentido de consentir la reparación y conservación de las casas de madera situadas en la primera zona.

### LOS BARRIOS DE PUERTA DE TIERRA Y SANTURCE

Porque la puerta de la ciudad, llamada de Santiago, abría hacia la tierra, es decir, hacia la Isleta, cuando todas las demás miraban hacia el mar, ya fuera el canal del puerto o a la bahía, se llamó Puerta de Tierra a la barriada que se fue formando lentamente en la Isleta, a poca distancia de la mencionada entrada a la ciudad.

Todos los planos de la ciudad anteriores al siglo XIX, de que tenemos conocimiento, con excepción del levantado por O'Daly, muestran despoblado el espacio de la Isleta en que está enclavado el barrio de Puerta Tierra. Sin embargo, afirma Brau (143) que en 1714 el gobernador Juan de Rivera designó la parte del ejido comprendida entre San Cristóbal y San Antonio para ser repartido en parcelas a los negros que, huyendo de los rigores de la esclavitud en las colonias danesas e inglesas de las Antillas Menores, se habían refugiado en la ciudad bajo el amparo de las autoridades españolas. La miserable ranchería fue alineándose al borde del camino que conducía a la fuente de Aguilar desde la puerta de Santiago, en un predio selvático en el que pastaba ganado suelto hasta fines del siglo XIX.

En 1771 (144) los bohíos del ejido llegaban a unas cuantas varas de la puerta de Santiago, alineados en la orilla sur del camino que conducía al puente de los Soldados. Andando el tiempo, fuéronse apiñando en el camino que conducía a la puerta de San Justo, por

143. VI/171.

144. V, el plano de O'Daly.

detrás del baluarte de San Francisco de Paula. Hacia mediados del siglo el caserío llegaba hasta la segunda línea defensiva que atravesaba la Isleta, de norte a sur, justamente a la mitad de la distancia que separaba el revellín de Santiago de la primera línea, frente a la ensenada del Condado (145). Para esa época se había colocado un solitario farol de aceite — primera señal nocturna de que el espíritu progresista de la ciudad hacía su aparición fuera de las centenarias murallas — y se había convertido en paseo la sección del camino real del puente, comprendida entre la tercera línea defensiva y la ciudad, habiéndose construido en él las tres plazoletas circulares, equidistantes, que lo adornaban. En la parte norte del camino quedaban todavía algunas de las hortalizas que durante largos lustros habían contribuido a suplir el mercado de San Juan.

Un acontecimiento casual vino a estimular el deseo de las autoridades de San Juan de urbanizar la barriada de Puerta de Tierra. Los temblores del mes de noviembre de 1867 hicieron vaciar temporalmente la población de la ciudad en los campos de Puerta de Tierra y la Marina, donde las gentes amedrentadas improvisaron tiendas de campaña, sintiéndose muy seguras lejos de los viejos parcedones de la capital. Muchos vecinos prolongaron su estada, decidiéndose los más precavidos, a levantar casas en aquellos lugares. El movimiento cobró impulso; la Intendencia, que se había anexo indebidamente la jurisdicción del ejido de la ciudad por razones de índole militar, hizo levantar un plano de urbanización y fijó precio a los solares, vendiéndose algunos en subasta pública. Desde entonces quedó la barriada sujeta a estricta servidumbre militar, reglamentándose cuidadosamente la altura de los edificios por el hecho de quedar éstos en el campo de fuego de las baterías del recinto este de la ciudad. Por esta razón las casas de Puerta Tierra tuvieron una construcción y altura uniformes hasta fines del siglo XIX, techándoseles generalmente de tejamaní.

En 1879 se inició un movimiento cívico entre los vecinos del que iba siendo populoso suburbio, sin duda inspirado por la importancia que iba tomando por efecto de la proyectada construcción del tranvía de Ubarri, que uniría a San Juan con Río Piedras; pidieron al Ayuntamiento que se declarara camino vecinal el lado izquierdo (sur) del paseo de Puerta de Tierra, la nivelación de las calles y plazas, la construcción de una iglesia (la cual fue erigida en 1886) y un hospital, habilitado en el año siguiente.

145. V. el plano de San Juan por el teniente coronel, capitán de ingenieros don Francisco Coello, año 1851.

Hacia 1897 la ribera de Puerta de Tierra sobre la bahía fue considerablemente ensanchada, gracias a las obras del dragado del puerto, convirtiéndose en rectas, trozos de la accidentada orilla de manglares que fueron ganados al mar. Se construyó la plaza de la Lealtad en el extremo del paseo de Covadonga y el Asilo de las Hermanitas de los Pobres en el lado norte de la carretera. En 1887 se terminó la construcción del mayor edificio del barrio y entonces uno de los más grandes de la Isla, la Cárcel pública, notable ejemplar de la arquitectura utilitaria española del siglo XIX; obra de dos plantas, de gran solidez, admirablemente proporcionado, y, a pesar de la severidad de sus líneas y de la escasa ornamentación de la fachada, de agradable aspecto.

### **PARTIDO DE CANGREJOS**

Debió su nombre a la multitud de los crustáceos así llamados que habitaban sus manglares. La primera mención de los pobladores del territorio vagamente descrito como Cangrejos en los documentos antiguos — el espacio comprendido entre el caño de San Antonio y la boca de Cangrejos — aparece en la *Memoria* de Melgarejo. Al mencionar el hecho de los asaltos de caribes a los ingenios situados cerca de la desembocadura del río Loiza, dice :

...y en unas marismas, tierra baja, arenales como dos leguas de la ciudad, se vinieron a recoger ciertos vecinos, huidos de los dichos caribes, a hacer estancias de cazabe, aunque la tierra no fructifica tan bien como la que dezimos de estar despoblada... (146).

Estas palabras demuestran que los primeros pobladores fueron ciertos vecinos, fugitivos de los caribes que asolaban la región de Loiza, quienes buscando las cercanías de la ciudad, se afincaron en las tierras circundantes al oeste del fortín de la boca de Cangrejos, que les brindaba protección. El hecho de que los fugitivos en cuestión se dedicaron a cultivar yucales para hacer cazabe, indica que no se agruparon en una aldea, sí que se dispersaron en las estancias que empezaron a fomentar en los arenales en que hoy están situadas las barriadas de Santurce y Martín Peña.

En el siglo siguiente esta zona incluía el hato dedicado a la crianza de ganado del rey, es decir, del Estado, ganado destinado a las

---

146. *Memoria de Melgarejo*, año 1582, en I/1/83.

tropas de la guarnición de la ciudad. Por esta razón se le llamó hato del rey. En el siglo XVII el gobernador Novoa y Moscoso, aperca-tándose que con frecuencia los vecinos de Cangrejos cambiaban sus reses flacas por las gordas de Su Majestad, ordenó vender éstas y sembrar yuca en el hato.

La primera construcción de que se tiene noticia en aquella «selva enmarañada» del siglo XVI, es el fortín construido en la pequeña ría llamada boca de Cangrejos, durante el primer cuarto del siglo, para evitar el desembarco de Caribes, quienes, atravesándola, podían tener acceso a la bahía por el caño de Martín Peña.

La presencia del fortín en la boca de Cangrejos indudablemente indujo a algunos negros, principalmente a los refugiados de las Antillas Menores, a fabricar sus ranchos en aquellas soledades. Los blancos, por su parte, comenzaron a explotar las tierras de Cangrejos desde antiguos tiempos. En 1625 ya se había establecido un ingenio de azúcar al otro lado del puente del Agua, en la pequeña península del Condado, aproximadamente en el sitio en que se halla ubicado el *chalet* del señor Sosthenes Behn. El ingenio constaba de un grupo de cinco ranchos y una casa, «en donde los españoles se atrincheraron», según reza el plano holandés levantado durante el sitio de Hendricks. Con la excepción de otra casa situada a corta distancia de la fuente de Aguilar, estas eran las únicas construcciones que existían en el extremo oeste de Cangrejos en aquella época (147).

A mediados del siglo XVII pertenecían a la iglesia de Río Piedras las estancias de Cangrejos arriba y abajo, permitiéndose empero a los feligreses oír misa en la ciudad, pagando al capellán su estipendio (148). De acuerdo con este dato, aún permanecía la escasa población de Cangrejos disgregada en sus predios rústicos.

Que durante el primer cuarto del siglo XVIII se iba formando un núcleo de población en aquella jungla, lo indica el hecho de que en 1729 se hallaba ya construida una ermita en la ribera de San Mateo de Cangrejos, así designada en la *Memoria* de Bravo de Rive-

147. El grupo de casas aparece marcado en el plano con la leyenda "suiker ingenio". Aprovechamos la oportunidad para expresar nuestra gratitud al sacerdote holandés, el reverendo Martín Berntsen, O. D., por la cortesía que nos dispensó traduciendo al castellano la leyenda de este plano.

148. Constituciones Sinodales del Obispo López de Haro, año 1646, reimpresión de 1920, págs. 30-31.

ro (149). La aldehuela se fundó en 1760 (150). Hacia 1776 la ermita estaba rodeada por once casas pajizas con un medio centenar de habitantes, poblando la región entera 648 almas, que vivían en 46 estancias (151).

Según Inigo Abbad, los habitantes eran negros que se habían libertado de la esclavitud, estableciéndose en el hato del Rey. Dedicábanse a la pesca y a la siembra de frutos menores, algún café y algodón, que vendían en la ciudad, y especialmente a la confección de cazabe (152), empleando para ello los medios primitivos que sus antepasados habían aprendido de los indígenas. También criaban ganado en pequeña escala.

Gobernando don Miguel de Muesas (1770-1776) el partido de Cangrejos fue separado del antiguo partido de Río Piedras, a pesar de que ambos estaban bajo la jurisdicción del mismo teniente a guerra (153). Contaba el partido con 913 habitantes, de los cuales 121 eran esclavos.

El huracán de San Jenaro, ocurrido el 19 de septiembre de 1776, destruyó la aldea de Cangrejos, devastando sus campos y reduciendo los vecinos a la miseria. Para mayor desgracia, siguió al ciclón una plaga de gusanos que destruyó las nuevas siembras de yuca, causando una escasez de cazabe que se dejó sentir en la ciudad y en su guarnición.

Pocos acontecimientos memorables ocurrieron en Cangrejos hasta el desembarco de las tropas inglesas al mando del general Abercromby. Seis años antes de este suceso, el obispo la Cuerda inauguró en la plaza de San Mateo la modesta casa de campo que había de servir de residencia al remiso comandante inglés. La boca de Cangrejos seguía utilizándose para la introducción de contrabando destinado a la ciudad (154).

Alrededor de veinte años después de haberse incorporado Cangrejos al partido de la capital (1815), estableció un tal Capetillo un servicio de un solo omnibús entre la ciudad y Río Piedras, haciendo dos paradas en los dos únicos pequeños núcleos de población que había entonces a la orilla de aquel camino rural: la aldehuela de

149. Llamábase *ribera* una región cualquiera, escasamente poblada en la cual las casas no estaban contiguas las unas a las otras. La agrupación eventual de las viviendas en algún lugar de la ribera formaba una *aldea*.

150. "Prontuario de Disposiciones Oficiales", redactado por don Francisco Ramos, imp. González, Puerto Rico, 1866. V. pág. 198.

151. III/220 y 313.

152. *Ibidem*.

153. JV/213.

154. V. R. C. N.º 725 de abril 14, 1799.



San Mateo de Cangrejos, agrupada alrededor de la iglesia, y la encrucijada de la ollería, en Hato Rey. Hizo construir Capetillo un omnibús con imperial, vistosamente pintado de rojo y amarillo, los arneses de cuyos caballos hizo clavetear llamativamente, adornando sus colleras con multitud de cascabeles. A pesar de la infortunada inauguración del servicio, acto que hubo necesidad de suspender por haberse atascado el enorme carromato con el gobernador, notables y todo, en la bóveda del fortín de San Antonio, el omnibús de Capetillo sirvió para demostrar la viabilidad del proyecto de establecer comunicación rápida entre San Juan y sus alrededores (\*). Hacia 1840 se había mejorado el camino carretero, aún sin afirmar, que conducía a Río Piedras, y, con el establecimiento de un servicio de carruajes entre San Juan y dicho pueblo, en el año 1847, por primera vez sujeto a tarifa y reglamentación, empezó a generalizarse, entre las familias de San Juan, la costumbre de veranear en los campos de Hato Rey y Martín Peña que había iniciado el obispo la Cuerda a fines del siglo anterior. Por este tiempo, tres hacendados de Loiza — H. H. Berg, Tomás Quigley y H. Fitzsimmons — solicitaron del gobernador Méndez de Vigo que aprobara un proyecto, por ellos concebido, para establecer comunicación interior acuática, entre el río de Loiza y la capital, mediante la construcción de un canal que uniera dicho río con la laguna de Piñones, y a través de ésta y de las lagunas de Martín Peña y Cangrejos, con la bahía de San Juan. El proyecto, de gran conveniencia comercial y agrícola en aquel tiempo, recibió la aprobación del Regente del Reino el 17 de julio de 1814 (155). Pero el recio espíritu individualista que se había desarrollado durante tres siglos al calor de las peculiares condiciones de vida en la Ciudad Murada, no favorecía esta índole de empresas que requerían el esfuerzo colectivo — la formación de compañías por acciones — y el proyecto no se realizó.

En el 1852 daba comienzo la monumental obra de la carretera Central, de acuerdo con el proyecto del coronel de Ingenieros don Diego Gálvez, construyéndose un trozo de cerca de 1.300 varas castellanas entre Cangrejos y Martín Peña, que fue continuado desde este lugar hasta Río Piedras por la municipalidad de dicho pueblo (\*\*). En 1874 estaba terminada la sección entre San Juan y Caguas, hecho que contribuyó poderosamente al progreso del barrio de

\* V. Manuel Fernández Juncos, "La última hornada", *San Juan, P. R.*, 1928, páginas 43-48.

155. 1/4/267, C. S.

\*\* Juan E. Castillo: "La Carretera Central", *Rev. de Obras Públicas*, año VII, N.º 1, enero de 1930.

Cangrejos, por cuanto, al suceder esto, quedaba su arteria principal perfectamente urbanizada. Empezaron desde entonces a transitar carruajes entre Caguas y San Juan, sujetos a un reglamento y tarifa, publicado en 1872 (\*).

Llegada a la sexta década del siglo XIX, el partido de Cangrejos empezaba a perder sus características rurales. Disminuían los sembrados, aumentaba el caserío, tanto de residentes como de veraneantes; algunos de sus vecinos dedicábanse a pequeñas industrias domésticas, tales como la construcción de muebles rústicos, de palo blanco, con asientos de paja, como los que describe Tapia en *Mis Memorias* (156); el negro retinto del siglo XVIII iba cediendo el sitio al blanco en la orilla del camino real — llevándose consigo a los frondosos vericuetos sus peculiares costumbres, su *folklore* y sus africanas supersticiones — y, como consecuencia de todo esto, se empezaba a agitar la idea de declarar el suburbio barrio de San Juan. Por real orden del 11 de noviembre de 1862 queda suprimido el partido de Cangrejos y su jurisdicción anexada proporcionalmente a las de la capital, Río Piedras y Carolina, terminándose definitivamente las gestiones en junio de 1864. Al año siguiente el Ayuntamiento de San Juan creó la plaza de alcalde pedáneo del barrio de Cangrejos, encargado de velar por el orden en aquel vecindario. Más tarde se nombró a don Pablo Ubarri Delegado del Ayuntamiento en Cangrejos, suprimiéndose la alcaldía pedánea en 1876. Para entonces cobraba impulso la urbanización del barrio; los vecinos solicitaban la construcción de un aljibe público en el patio de la iglesia de San Mateo, que era ya una parroquia, y el Cabildo ordenaba que se aplicaran a las construcciones particulares las disposiciones vigentes en materia de sanidad y ornato. La población había subido a 1.600 almas (157).

La ciudad pugnaba, dentro de sus estrechos límites, por desbordarse hacia la vasta región de Puerta de Tierra y Santurce, buscando espacio libre fuera del cerco de piedra de sus murallas. En 1879 se concedió autorización para derribar la primera tronera del baluarte de San Francisco de Paula y la parte oriental de la batería frente a la carretera, cuya existencia debió considerarse inútiles en vista del alcance y poder de la artillería moderna que defendía la ciudad por todos los costados.

El aumento de la población experimentado desde 1880 a 1889

\* XXXIII/5/1-Año 1872. He aquí la tarifa para el servicio de carruajes puesta en vigor: de la Capital a Cangrejos, 50 centavos; a Río Piedras, 75 centavos; a la Carolina, 2 pesos; a Caguas, 2 pesos 50 centavos.

156. XX/35.

157. En 1879-XXIX/129.

inspira al Cabildo de San Juan la idea de reglamentar el crecimiento del barrio, y ordena al arquitecto municipal que trace el plano de urbanización de Santurce (1882). El crecimiento fue notablemente estimulado por la construcción del tranvía de vapor en 1880.

## EL TRANVIA DE UBARRI

El desarrollo comercial de San Juan iba encauzándose firmemente dentro de las normas del progreso hacia el último cuarto del siglo XIX. Los hombres de la época tuvieron una clara visión de las necesidades del momento: para explotar fructuosamente la rica región agrícola comprendida en un radio de veinte millas alrededor de la capital, se hacía indispensable la construcción de vías férreas. Las obras fueron planeadas y ejecutadas con la rapidez posible dentro de las limitaciones económicas, políticas y administrativas de aquel tiempo. Por real orden de febrero 18 de 1878 el rey aprobaba el proyecto y el pliego de condiciones a que había de ajustarse don Pablo Ubarri para la construcción de una vía de 76 centímetros de ancho desde la capital a Río Piedras; el 20 de febrero de 1881 se concedía real autorización a don Ramón Valdés para la explotación de un tranvía de vapor entre Cataño y Bayamón, comenzándose las obras al año siguiente; el 15 de abril de 1888 se aprobaba la construcción de la línea férrea del litoral que uniría a San Juan con Arecibo, Mayagüez, Ponce, Humacao y Caguas, cuyo proyecto había sido aprobado por real orden de noviembre de 1878 (158).

De acuerdo con el pliego de condiciones, quedaba Ubarri obligado a construir dentro de los seis meses siguientes a la fecha de la concesión, y bajo la vigilancia del Ingeniero Jefe de la provincia, una sola vía estrecha sobre la carretera a Río Piedras. La concesión se otorgaba por un plazo de 60 años, en cuanto al derecho a ocupar la carretera se refiere; permitía a Ubarri fijar las tarifas de peaje y transporte y limitaba la velocidad del tranvía a una máxima de 15 kilómetros por hora (159).

Durante varios meses que siguieron a la inauguración del tranvía, el 31 de julio de 1880, el servicio no fue todo lo satisfactorio que se esperaba, siendo necesario traer maquinistas de España para mejorarlo (160). Consistía el tren de una locomotora y dos vagones

158. XXXIII-Año 1878.

159. Texto de la real orden de concesión, en 1/13/370 e. s.

160. Carta de don Pablo Ubarri, en 1/5/250.

que partía de un cobertizo con andenes, situado al pie de la plaza de Colón.

El prestigio de Ubarri, concesionario entonces de una línea de ferrocarril en América, portacastandarte del movimiento oscurantista que se oponía tesoneramente al establecimiento de la enseñanza pública en el país y presidente del Partido incondicional español, se acrecentó de tal manera en la Metrópoli que apenas transcurridos dos meses y medio de la inauguración de su vía férrea, se le concedía el título nobiliario, transmisible a sus descendientes, de conde de San José de Santurce. Así, el viejo apelativo de Cangrejos, que había empezado a caer en desuso, quedó definitivamente sustituido por el de Santurce.

En aquel tiempo, Cangrejos estaba unido a la Isleta por tres puentes: el de San Antonio, utilizado por la carretera a Río Piedras, el de Ubarri y el de la Compañía Francesa del Ferrocarril. El espacio comprendido en nuestros días por Santurce y todos sus arrabales y sub-barrios, estaba dividido de este a oeste por la carretera y por el camino de Loiza, que partiendo de aquélla, en el sitio hoy conocido con el nombre de Alto del Cabro, atravesaba los lugares del Condado y del Machuchal hasta cerca de la punta de Las Marías. El terreno, a menudo sembrado de cocoteros, estaba dividido en numerosas fincas rústicas, algunas de las cuales, partiendo desde la carretera, se extendían hacia el sur hasta la orilla misma de la bahía y del caño de Martín Peña; otras, al norte de la carretera, llegaban hasta el camino de Loiza, ocupando el menor número de éstas la zona situada entre dicho camino y la costa. Son estas las fincas que se fueron subdividiendo en innumerables solares para formar, poco a poco, las calles y manzanas de los barrios actuales. Con las únicas excepciones de dos trozos cortos, uno en la actual calle del Condado (que era entonces un camino que unía la carretera con el camino de Loiza) y otro que conectaba la carretera con la plaza de San Mateo, no había calles transversales. Sólo la carretera estaba poblada. Contábanse entre los principales edificios dos colegios, uno de señoritas donde está instalado hoy el Asilo de Niñas, y el de varones, regentado por los Escolapios, siguiendo a éstas en interés la iglesia de San Mateo, la fábrica de fósforos y la estación del tranvía de Ubarri en Martín Peña (161).

Un escritor español, don Salvador Puig y Vallís (162), ha rela-

---

161. V. el plano de 1884.

162. "Viaje a América", Barcelona, 1892.

tado sus impresiones del Santurce de 1894, en las palabras que transcribimos a continuación :

El que visita la isla y descuida por ignorancia o indolencia el recorrido de aquella línea (*la del tranvía de Ubarri*), bien puede tener entendido que ha perdido una de las perspectivas más deliciosas de la tierra. No se crea que hay en aquel cuadro de la naturaleza embellecido por el arte, grandiosidad, ni el espectáculo hondo de extensos horizontes colmados de accidentes, no, lo que se ve en aquel valle lo abarca la vista en conjunto y sin esfuerzo ; lo que se admira es la compenetración de las obras de una naturaleza ardiente y poderosa, con el arte de construir y combinar ; es el hotelito primoroso que sombrean árboles deleitosos y flores de sin igual hermosura ; es la cabaña y el bohío, escondidos en un rodal que parece arrancado del fondo de la manigua y transplantado en el seno mismo de un pueblo culto y enamorado de las artes ; es la mezcla de las razas codeándose sobre el pretil del verandah, donde se ven juntas la belleza mestiza y la negra de azabache, la rubia de ojos que sueñan y la mulata de mirar que fascina ; es la continuada sucesión de hotelitos y jardines, de masas de cocoteros y palmeras (163), de árboles forestales y gigantescos y plantaciones variadas, síntesis de la fecundidad prodigiosa de los trópicos, utilizada, con gusto exquisito, por los dichosos habitantes de la isla (164).

Los *chalets* a que se refiere Puig y Valls pertenecían generalmente al tipo de casas llamadas en la localidad semialtas, es decir, levantadas sobre estanterías unos cuantos pies sobre el suelo, adaptándose perfectamente a las exigencias del clima tropical. Enteramente construidas de madera, frecuentemente del país, estaban techadas de zinc. Distinguíanse de las casas corrientes por sus espaciosas verandahs que a veces las rodeaban por sus cuatro costados, sostenidas por columnas de caprichosos estilos, pero de buen gusto. Ornamentábanse las verandahs o balcones con festones de madera calada, delicadamente trabajados al gusto de los artífices criollos. El decorado del salón principal y del comedor consistía de ciertas aplicaciones de estuco sobre la parte alta de los tabiques, en forma de

163. Don Pablo Ubarri solamente poseía unas 7.000 palmas de coco.

164. En "Escritos sobre Puerto Rico. Noticias históricas, poesías, artículos y otros datos". Barcelona, 1903 (?). Editado por José González Font.

guirnalda y arabescos; de vistosas cornisas y molduras; de paneles forrados de tela, plafones decorados con paisajes de escaso mérito artístico, y de elaboradas piezas de madera calada colocadas sobre los tragaluces. Separaba el salón del comedor un medio punto, también exornado con piezas caladas. Conservando la tradición de las antiguas casonas de tapiería, las habitaciones eran muy espaciosas y de mucha luz. A pesar de su aspecto frágil, eran obras de gran solidez, capaces de soportar las acometidas de los huracanes. Colocados detrás de un jardincito y rodeados de corpulentos árboles, contribuían los hotelitos, pintados de fuertes colores, al aspecto risueño del paisaje.

Convertido Santurce en lugar predilecto de numerosas familias acomodadas de San Juan, el Ayuntamiento celebró un concurso en 1890 para premiar el mejor plano de la urbanización que se proyectaba, en relación con el expediente de ensanche de la capital, que estuvo preocupando a los ediles durante los últimos años de la centuria. Exigíase con este objeto el derribo de las murallas del recinto este, ignorando los proyectistas que al conseguir su propósito privarían innecesariamente a la ciudad de uno de los más valiosos y pintorescos de sus rasgos característicos (165).

Hacia 1892 el tránsito entre la ciudad y Santurce había aumentado a tal extremo que el tranvía de vapor era insuficiente. Establecióse un servicio de omnibús con asiento para diez personas, tirados por caballos. La complacencia de los cocheros, según se infiere de un cronista contemporáneo, era a la vez deliciosa y perjudicial, pues como no negaba deseo alguno a los pasajeros, la familiaridad resultante hacía incómodo el viaje para aquellos que, en determinado momento, no eran objeto de la afabilidad del auriga.

## **EL CABILDO DE SAN JUAN Y LA REFORMA DE LA POLITICA COLONIAL**

Los preludios de la revolución americana convencieron al Monarca de la necesidad de intentar, aunque tardíamente, hacer concesiones a las colonias de nuestro Hemisferio.

El 4 de mayo de 1809 tomaba razón el Cabildo de San Juan de una comunicación del gobernador Toribio de Montes que leía en parte :

---

165. Para detalles acerca del derribo de las murallas véase el capítulo sobre el presidio militar de San Juan.

Considerando el Rey, nuestro señor, D. Fernando Séptimo y en su real nombre la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, que esta Isla no es propiamente una Colonia o Factoría, como las de otras naciones, sino una parte integrante de la Monarquía Española, y deseando estrechar, de un modo indisoluble, los sagrados vínculos que unen esta ysla y demas Dominios de América con los de España, y corresponder al mismo tiempo a la heroica lealtad y patriotismo de que acaba de dar tan decidida prueba a la Madre Patria en la más crítica coyuntura que se ha visto hasta ahora nación alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del Consejo de estas Indias, de 21 de noviembre último (1808) que los reinos, provincias e Islas que forman estos Dominios, deben tener representación nacional inmediata a su Real Persona, y constituir parte de la Junta Central Gubernativa del Reino por medio de los correspondientes diputados, y para que tenga efecto esta soberana resolución ha de nombrar esta Isla un individuo que la represente (166).

Mal interpretando las instrucciones recibidas del gobernador Montes, el Cabildo de San Juan eligió, por sorteo, a don José Ignacio Valldejuli. La elección fue anulada por el hecho de no haber participado en ella los representantes de los demás ayuntamientos de la Isla que eran entonces los de San Germán, Arecibo, Aguada y Coamo.

Cumplido este requisito, en la elección celebrada poco tiempo después en el palacio de la Fortaleza, fue electo diputado ante la Junta Central Gubernativa del Reino, el puertorriqueño don Ramón Power, teniente de navío de la Real Armada.

De nuevo considerada defectuosa la elección del diputado de Puerto Rico, el Consejo de Regencia de España dictaminó su anulación el 17 de marzo de 1810.

Habiendo sido acordado por el Supremo Consejo de Regencia la celebración de Cortes generales y extraordinarias, procedió de nuevo el Cabildo de San Juan, el 17 de abril de 1810, a la elección, por sorteo, del diputado de Puerto Rico, siendo elegido otra vez don Ramón Power.

Al mismo tiempo acordó el Ayuntamiento de San Juan proceder, como se había confiado hacer a los demás ayuntamientos de la Isla, a la redacción de los *Poderes e Instrucciones* que debían servir de

---

166. Del texto íntegro en 1/10/97.

pauta a las gestiones del diputado de Puerto Rico en las Cortes. El acuerdo fue cumplido el 27 de octubre de 1809, instruyéndose a Power que promoviera y solicitara los extremos que se enuncian a continuación :

- 1.º La fundación de una universidad, con cátedras de ciencias y humanidades.
- 2.º La erección de un orfelinato-escuela, bi-sexual, de índole correccional, aplicado especialmente a la enseñanza de artes y oficios.
- 3.º Ampliación del hospital de la Concepción, con el propósito de que pudiera acomodar pacientes de la Isla, y la fundación de un lazareto situado a sotavento de la ciudad.
- 4.º Abolición del derecho de tierras, ascendentes a cinco cuartos de real por cada cuerda de *estancia* (finca cultivable) y tres por cuerda de *hato* (finca de crianza de ganado), con que se gravaba al terrateniente para el vestuario y armamento de las Milicias de la Isla.
- 5.º Supresión de las rentas parroquiales (diezmos, primicias, salarios y estola) para el sostenimiento parcial del culto y clero.
- 6.º Supresión de la obligación impuesta a los vecinos de contribuir a la fábrica de nuevas iglesias parroquiales, en violación de las Leyes de Indias, que imponían al rey una contribución con este fin.
- 7.º Supresión de la obligación impuesta al pueblo de costear la fábrica de las cárceles públicas y de los cuarteles para las Milicias, debiéndose costear las primeras por los municipios y los segundos, por el Estado.
- 8.º Abolición de los derechos de destilación de aguardiente, montantes a 12 pesos por pipa y 18 pesos por el de venta al menudeo, que, sumados, equivalen a la mitad de su valor, sin deducir costes.
- 9.º La extinción del derecho de pesa de carnes y la creación del sistema del abastecimiento libre, competitivo, de las carnes para la Capital.



- 10.° La supresión del derecho de alcabala de carnes, cobrado en violación de la real orden de 3 de abril de 1799, dictada en calidad de recompensa a los naturales de la Isla por su participación en la defensa de la Plaza, invadida por los ingleses en el 1797.
- 11.° La necesidad de compeler a los insolventes y desempleados, que viven en las fincas rústicas en calidad de agregados, a residir en las poblaciones.
- 12.° La creación de una Junta municipal de Fomento de la Agricultura y del Comercio, compuesta de cinco hacendados y tres comerciantes, cada uno de los primeros nombrados por los cinco ayuntamientos de la Isla, respectivamente, y los últimos por el Ayuntamiento de la Capital, cuya junta sería presidida por uno de los miembros del Cabildo, nombrado por el Gobierno.
- 13.° La concesión del permiso de cultivar trigo en la Isla, como remedio al comercio abusivo de harinas realizado por las naciones extranjeras, en violación de las disposiciones que lo limitaba a las de procedencia peninsular.
- 14.° La disminución de los derechos sobre introducción de harinas y de efectos relacionados con la agricultura, especialmente los que gravaban a los útiles de labranza.
- 15.° La necesidad de decretar el comercio libre con las potencias amigas, por un período mínimo de diez años, y la de poner en vigor las disposiciones reales relativas a la habilitación de puertos en la Isla, indebidamente mantenidas en suspenso por las autoridades locales.
- 16.° Establecimiento de gremios, sujetos a reglamentación estatutaria, como un medio para corregir la práctica — incompetente, maliciosa y desordenada — de los oficios y la transmisión de estos males a los aprendices.
- 17.° Exclusión de los extranjeros de la Isla, y expulsión de los residentes, exceptuándose aquellos que estaban debidamente naturalizados, o casados con mujeres acomodadas, naturales del país; expulsión de los catalanes que estaban residiendo en el país sin legítima licencia. Propónense estas medidas

- como previsión del absentismo, en el caso de los extranjeros, y como correctivo a la extracción ilimitada de capital, en el caso de los catalanes.
- 18.º La necesidad de disponer que en la provisión de empleos públicos se diera preferencia, en igualdad de condiciones, a los patricios, como medio de corregir el favoritismo que, con frecuencia, surtía el efecto de postergar a los hijos del país.
  - 19.º La provisión de dos terceras partes de las plazas de sargentos segundos en las Milicias de infantería y caballería de la Isla debía hacerse con individuos del país, y la tercera parte restante con cabos seleccionados de la infantería veterana, como recurso para evitar la postergación de los naturales en el servicio local.
  - 20.º La inclusión de la Isla, por la única razón de proximidad, en la jurisdicción territorial de la Real Audiencia de Caracas.
  - 21.º La necesidad de llenar vacantes en el Regimiento Fijo de esta Plaza con naturales del país, para evitar la introducción, o la permanencia en él, de hombres perniciosos que formaban la soldadesca de este presidio, o de presidios de España, utilizados para hacer dichos reemplazos.
  - 22.º La necesidad de poner a la disposición del Ayuntamiento de San Juan ciertos fondos de Real Tesoro para atender a las erogaciones previstas en estas instrucciones (167).

En el mes de abril de 1810 el Cabildo de San Juan acordó asignar una suma para sufragar los gastos de viaje y dietas que correspondían al diputado Power, quien embarcando en el velero de guerra *Príncipe de Asturias*, notificaba, con fecha de junio 8, su llegada a Cádiz.

Entre los magníficos frutos de las gestiones de Power en las Cortes Generales y Extraordinarias de 1811, generalmente conocidas por el nombre de Cortes de Cádiz, citaremos el decreto fechado el 15 de febrero de 1811, anulando la real orden de 4 de septiembre de 1810, que autorizaba al gobernador de Puerto Rico, a «remover toda clase de empleados, siempre que lo estime conveniente»; a proceder a la detención de toda clase de personas, confinarlas y trasladarlas a donde «más bien le parezca», y para realizar otras opera-

---

167. "Instrucciones a Power", págs. 33-45.

ciones en que se deja un campo libre a su voluntad para obrar arbitrariamente (168); la real orden de 28 de noviembre de 1811 que dispuso la separación de las funciones civiles del gobierno de las propiamente militares, mediante la creación de la Intendencia como un organismo autónomo, que asumía las primeras, conservándose las segundas en manos del capitán general de la Isla; y que disponía, además, la habilitación de los puertos de Mayagüez, Ponce, Aguadilla y Fajardo; la liberación del comercio de harinas, la supresión del abasto de carnes y la autorización para exportar ganado vacuno; y por último, el nombramiento de Alejandro Ramírez de Villa-Urrutia para la intendencia de Puerto Rico.

Al recabar y obtener Power el nombramiento de Alejandro Ramírez para primer intendente de Puerto Rico, dio fin a la gestión suya que había de tener el más vasto alcance en la formación histórica de su pueblo. Logró con ello la intervención en el desenvolvimiento de la economía insular del estadista y economista español más distinguido que jamás desempeñara cargo alguno en la Isla. Inspirándose Ramírez en principios científicos, orientándose hacia finalidades constructivas y esforzándose por extirpar de raíz los viejos errores que habían detenido el progreso de la comunidad isleña, ayudó eficazmente al gobierno constitucional establecido en la Península a echar por tierra la vetusta política colonial de los Austrias, ofreciendo en su lugar normas racionales que afectaron profundamente el desarrollo del país, a tal extremo que podemos propiamente hablar de *antes* y *después* del intendente Ramírez, para definir los dos períodos perfectamente definidos en que podemos dividir la evolución histórica de Puerto Rico hasta el año 1898 (169).

## JURAMENTO DE LA CONSTITUCION ESPAÑOLA DE 1812

El 9 de julio de 1812 fondeó en la bahía de San Juan la goleta-correo *Galatea*, trayendo a su bordo numerosos ejemplares de la Constitución sancionada por las Cortes Generales y Extraordinarias. Muy distintas emociones debieron experimentar ante tal suceso, de una parte las autoridades reales, fosilizadas en los moldes absolutistas, y de otra el pueblo expectante, cuya sed de justicia le hacía concebir radiantes esperanzas el alborar del régimen constitucional que convertía a la Isla en una provincia de España.

168. Texto del Decreto en XLIII/1/355.

169. V. el capítulo que trata de la cultura en la ciudad de San Juan.

En cuanto a las autoridades, cualesquiera que fueran sus reservas mentales, era ineludible el cumplimiento de las reales órdenes que acompañaban el texto oficial del documento liberalizador, exigiendo su publicación y juramento. Dedicóse gran cuidado a imprimir la mayor circunspección y decoro a estos actos, como se puede apreciar por el relato que de ellos publicó la *Gaceta de Puerto Rico* (170), lleno de curiosos detalles reveladores de las costumbres y del espíritu que presidía la vida de la ciudad en aquellos tiempos:

Se dio principio — a las ceremonias, escribe el autor del relato de la *Gaceta* — el día 24 de este mes a las 4 de la tarde en que concurrieron a la Real Fortaleza el Ilmo. Obispo Dr. D. Juan Alexo de Arizmendi, Venerable Dean y Cabildo, todo el Clero, Xefes y Oficiales, que no estaban en formación, con una crecida comitiva de caballeros y particulares del Pueblo, abriendo la marcha un piquete de caballería con la música del Regimiento de línea, a lo que seguía la comitiva y acompañamiento con el General á la cabeza que conducía el libro de la Constitución ricamente adornado y á su lado el Ilmo. Sr. Obispo. Cerraban la marcha una partida de caballería con sus clarines, dirigiéndose por la carrera, que estaba señalada, al campo de la Puntilla donde se hallaban formadas las tropas de todas armas, compuestas del cuerpo de Artillería con sus respectivos violentos (\*), el Regimiento de línea, las Milicias de caballería y Batallones de Voluntarios distinguidos que formaban la mas vistosa perspectiva: al frente de este campo estaba erigido un espacioso tablado en figura quadrada, todo balaustrado con tres subidas de gradas y pasamanos, y al fondo formada en quatro columnas una media naranja magníficamente adornada, donde estaba colocado debaxo de un rico pabellon el retrato de nuestro augusto Monarca el Sr. D. Fernando 7.º: á un lado del tablado por la parte inmediata á la marina estaban puestas varias tiendas de campaña, y como al otro lado siguiendo la misma marina, donde se halla una bateria de las mas principales de esta Plaza, figuraba todo un campamento militar, y el mas bélico y vistoso aparato, no dexando que desear por todas partes al ver cubiertas las murallas y azoteas de gentes que manifestaban en su expectativa el mayor

---

170. N.º 27, de julio 29 de 1812.

\* Cañones de campaña.

contento y satisfacción. Luego que el General entró en el campo con su crecida comitiva pasó por delante de toda la formación que estaba con armas presentadas, y al frente del retrato del Rey, y el acompañamiento á los lados haciendo la tropa varias y bien dirigidas evoluciones militares. Se subieron las banderas y colocaron en los quatro angulos del tablado, al rededor del qual formaron las tropas en columna cerrada, y entonces llamando la atención á todo el campo se procedió a leer en alta y perceptible voz la Constitución por el Ayudante D. Emigdio Andino, y acabada su lectura procedió el Capitán General á prestar el juramento prevenido en manos del Coronel del Regimiento de linea de esta Plaza D. Ildefonso Larraury, como oficial de Mayor graduación, y mas antiguo, por haber fallecido el Teniente de Rey: y en seguida el General lo recibió del mismo Coronel y demas Xefes militares baxo la formula prescripta. Concluido de este modo el juramento de los Xefes baxó el General del tablado con parte de su comitiva a recibirlo de las tropas que al intento habían desplegado y se hallaban en formación de batalla; diciendoles de este modo el alta voz: Soldados que os hallais en el suelo de esta fidelisima Isla, atended: ¿jurais a Dios y á los Santos Evangelios guardar la Constitución política de la Monarquía Española sancionada por las Cortes generales y extraordinarias y ser fieles al Rey? Y habiendo respondido, sí juramos; mandó el General hacer fuego en fé y señal de que así lo prometian á una descarga siguieron otras, haciendo fuego los Violentos de la Artilleria, la Bateria de la Puntilla y el Bergantín de Guerra el «Marte», con los demas barcos de bahia, general repique de campanas, vivas y aclamaciones de la tropa que incesantemente repetia: ¡viva la Nacion, viva la Constitucion, y viva el Rey! Vuelto el General al tablado entre el estruendo de las armas y regocijo público, fueron formando las tropas en columna por su orden pasando por delante del mismo General y recibiendo la bendición del Ilmo. Prelado, que con la mayor efusión de sus patrioticos sentimientos había manifestado en todo el acto su gozo y satisfaccion, y segun iban pasando por filas abiertas fueron repitiendo con el mayor entusiasmo las voces de viva la Nacion, viva la Constitucion y viva el Rey, quedandose formadas en batalla á la derecha. A este tiempo se descubrió que venia formado el Ylustre Ayuntamiento baxo de Mazas, escoltado por un piquete de Voluntarios, al qual salió

á recibir el Ayudante D. Emigdio de Andino, de orden del General, con un piquete de caballería que siguió su escolta. Subido al tablado el Ayuntamiento, incorporado con su Presidente, y comitiva, partió la marcha un piquete de caballería, luego la música del regimiento de línea, á que siguió el General con el V(lustre) C(abildo) y acompañamiento cerrándola el piquete de Voluntarios y uno de caballería, y pasando por delante de la tropa que permanecía en la misma formación de batalla con armas presentadas y batiendo marcha; siguió despues en columna hasta pasar por la Plaza Mayor y dexar al General con la Constitución y comitiva en las Casas Consistoriales, partiendo despues para sus Cuarteles.

Depositada la Constitución en las salas capitulares y acompañado el General del Ilustrísimo Diocesano, Ilustre Ayuntamiento, Xefes, oficiales de todos los cuerpos y comitiva regresó a la Real Fortaleza en donde estaba preparado un magnifico refresco, con el que fueron obsequiados, y en el que á un mismo tiempo brillaban el primor, la hermosura y abundancia de dulces, bebidas y ramilletes que, si alagaban el gusto por lo esquisito, llamaban la atención muy particularmente por su ornato y magnificencia, aumentado con esto el regocijo en tales terminos que no se oían mas que vivas y aclamaciones por la Nación, por la Constitución y por el Rey entre la musica y el esplendor.

A la misma hora del día siguiente 25 de Julio, en el que celebra la Iglesia el Patron de las Españas San-Tiago, que siempre será digno y apreciable en la memoria de los fieles habitantes hijos de Puerto Rico por cumplirse en él el aniversario de la proclamacion y juramento que tan solemnemente hizo á nuestro adorado monarca el Sr. D. Fernando Septimo, dispuestas las compañías de Granaderos del Regimiento de infanteria de linea y voluntarios de esta Plaza y un escuadron de Milicias de caballería de la misma, frente de la Real Fortaleza, salió el Capitán General acompañado de una numerosa comitiva y de una diputacion del Ylustre Ayuntamiento con la escolta y piquete de caballería correspondientes, dirigiendose á las casas consistoriales, en donde el día anterior habia quedado depositada la Constitución. Recibido con toda ceremonia por el Ilustre Cabildo y formado el acompañamiento con la mayor magnificencia se dirigió, con la tropa que estaba señalada y que cubria la marcha, para la publicacion solemne de la Constitución al Pueblo, que por avisos

públicos estaba prevenido para esta concurrencia, segun las disposiciones que anteriormente se habían dado, á cuyo intento se hallaban erigidos respectivamente quatro tablados en la plazuela de la Real Fortaleza, plaza de San-Tiago, la de Santo Domingo y plaza mayor, ricamente adornada, en los que baxo un exquisito dosel se hallaba colocado el retrato del Sr. D. Fernando 7.<sup>o</sup> habiendose dirigido la marcha, desde las casas consistoriales al primero. Colocado el General delante del dosel, el Ilustre Cabildo y acompañamiento á sus lados con los quatro reyes de armas en sus respectivos ángulos, leyó el mas antiguo de ellos, D. Gregorio López, en alta y distinta voz la Constitucion política de la Monarquia Española; cuyo acto fué executado con la misma solemnidad y en la misma forma por el propio Rey de armas en los demás tablados, concluyendo en el de la Plaza mayor, con repiques de campanas, descargas de artilleria en la plaza y buques de bahia, y generales vivas y aclamaciones. A este ultimo acto de la publicacion asistió el reverendo Obispo con una numerosa comitiva del Clero, habiendo subido al tablado hasta la conclusión de todo él, manifestando el gozo y satisfaccion que le cabia con las demostraciones más energicas hacia todo el concurso, conduciendose despues el General, Ilustrisimo Obispo y comitiva á las salas capitulares donde quedó la Constitucion y en las que se sirvió un magnífico refresco á que concurrieron las gentes mas distinguidas, que, despues de haber desplegado sus sentimientos Patrioticos en canciones al intento alusivas, concluyeron con bayle y contradanzas en que se mezclaron siempre los vivas y aclamaciones por la Nación, la Constitucion y el Rey.

En el sucesivo día 26, que estaba señalado para el juramento parroquial en la Santa Iglesia Catedral, salió el Capitan General de la Real Fortaleza a las 9 de la mañana con la mas lucida comitiva y dos diputados del ilustre Ayuntamiento, piquete y escolta de caballeria dirigiéndose a casas capitulares en las que fué recibido con la misma pompa y ceremonia que el día anterior; y formado el cuerpo baxo de mazas, tomó la Constitucion el General y se encaminó para la Santa Iglesia Catedral, en la que fué recibido por el clero con el respeto y circunpeccion que es propia del lugar, del acto y de las circunstancias, en donde estaban preparados asientos para los gefes, oficiales y personas de su acompañamiento.

El Lmo. Diocesano celebró de Pontifical la misa solemne, y

antes del ofertorio, tomada la Constitucion por el Gobernador y Capitán General de una mesa ricamente adornada, donde la habia colocado y estaba el libro de los Santos Evangelios, la entregó al escrivano de cabildo y pasandola este a manos del Presbitero Dr. Lorenzo Casteros, procedió á leerla en alta voz, puesto en el púlpito desde el principio hasta el fin con las Reales Ordenes correspondientes. Concluida su lectura y habiendo vuelto a manos del Gobernador por el mismo orden que habia salido, la besó, puso sobre su cabeza y volvió a besar, en señal y demostracion del grande respeto y obediencia con que veneraba su contenido; en seguida permaneciendo en pie, igualmente que el Ilustre Ayuntamiento y todos los concurrentes, habiendo esperado la asistencia del clero, y guardada la misma ceremonia por su Ilustrísimo Prelado, llamada de todos la atención, dixo en alta voz: Españoles que estais en el suelo de esta noble y fidelísima Isla, atended: ¿Jurais a Dios y a los Santos Evangelios guardar la Constitucion politica de la Monarquia Española sancionada por las Cortes generales y extraordinarias, y ser fieles al Rey? Si juro, respondió todo el Pueblo y clero diciendo al mismo tiempo viva la Nacion, viva la Constitucion, viva el Rey, y resonando al mismo tiempo una descarga de fusileria, a que correspondió la artilleria de la Plaza, buques de bahia y general repique de campanas entre tanto el dignísimo prelado hizo una exhortación al pueblo, tan enérgica como piadosa, muy analoga a los designios de juramento y obligaciones que por él habian contraido de guardar y cumplir la Soberana Constitucion como una ley sabia y fundamental del Estado, inflamando a los fieles hijos y habitantes de Puerto Rico no tan solamente a su puntual observancia sino tambien a la conservacion de su siempre acendrada lealtad al Soberano y a la Patria; y concluida, siguió la misa solemne, repitiendose al elevar la Sagrada Eucaristia, la misma salva de artillería, fusileria y repique de campanas, igualmente que al empezar el Te-Deum que solemnemente se cantó en acción de gracias, con lo que se concluyó la funcion. Retirándose el gobernador Capitan General con el Ilustre Ayuntamiento y comitiva, que fué despedido por el clero en la misma forma que habia sido recibido, se dirigió a las casas consistoriales, donde dexó archivada la Contitucion para su perpetua constancia, restituyendose despues a la Real Fortaleza con el mismo acompañamiento.



En todos los dias estuvo adornada la Carrera muy vistosamente con el decoro y magnificencia posible, habiendo iluminacion general en toda la ciudad y resonado por todos sus ángulos, calles y plazas los vivas y aclamaciones públicas por la Nacion, por la Contitucion y por el Rey; en cuya celebridad se repitieron las carreras de caballos que siempre han sido singulares y admirables en Puerto Rico: las máscaras, los bayles y las canciones patrioticas, permanecieron hasta la media noche sin haber habido el mas mínimo desorden, manifestando en ellos siempre la mayor sencillez, júbilo y contento en obsequio de tan feliz publicacion, y de aquella natural satisfacción que le resulta a todo buen Español de haber visto establecidas las bases invariables de su prosperidad y fortuna.

Es inexplicable el alborozo y general alegría con que han demostrado en todas ocaciones actos y concurrencias de esta naturaleza sus sentimientos patrioticos los leales hijos de Puerto Rico, habiendose singularizado en la actualidad de un modo nada equivoco á su caracter siempre leal y generoso; ellos fueron los primeros que proclamaron y juraron en los dominios de Ultramar a su Rey el Sr. D. Fernando Septimo; los primeros que prestaron su reconocimiento al Supremo Consejo de Regencia; los primeros que obedecieron y juraron el congreso soberano de la Nación en las Cortes Generales y Extraordinarias; y han tenido la gloria de ser tambien probablemente los primeros en publicar y jurar la augusta Constitucion en que se va a fundar su prosperidad y la de todos los dominios Españoles, no pudiendo disputar ninguno de los ultramarinos la primacia en su fidelidad, lealtad y reconocimiento a que tan dignamente se ha hecho acreedora la Isla de Puerto Rico. Asi es que sus sentimientos, análogos a la firmeza de su lealtad, bien explicados en todos sus actos públicos de vivas y aclamaciones en los bayles, canciones y regocijos, en la decoracion de sus casas, iluminaciones y carreras y en quantas invenciones han sido compatibles con la circunpeccion y el decoro, han manifestado de una manera indudable su amor al Soberano y a la Patria, y a su invariable decisión en favor de la justa causa que tan heroicamente está defendiendo la Nacion y a que siempre ha contribuido gustosamente la Isla de Puerto Rico con su lealtad y sacrificios, de manera que propendiendo todos sus habitantes a unos fines tan ilustres como generosos, se han esmerado de un modo indecible en la

ocasión presente, y han cooperado de quantos modos son imaginables a realizar unos actos tan magníficos como suntuosos que harán perpetua la memoria en los siglos venideros de los días felices en que fué publicada y jurada la Constitución Política de la Monarquía Española, y eterno el agradecimiento de sus moradores a las Cortes generales y extraordinarias que la sancionaron.

El día 27 fué publicado el indulto concedido por las mismas Cortes con tan plausible motivo y el Capitan General pasó visita de Cárceles con los jueces de la Plaza en cumplimiento de las Reales Ordenes dirigidas a este designio, esperandose que de los Ayuntamientos, Cabezas de Partidos y Pueblos de la Isla, en quienes resplandecen los mismos sentimientos de Lealtad y Patriotismo se den los avisos correspondientes al recibo de los ejemplares de la Constitución que les han remitido, y de haberse hecho su publicacion y juramento en la forma y con las circunstancias prevenidas por la superioridad, de lo que se hará mencion respectivamente en la *Gazeta*.

### **APERTURA DE LA PRIMERA DIPUTACION PROVINCIAL DE PUERTO RICO**

El día 5 de agosto de 1813 quedaba ésta instalada en San Juan, en cumplimiento de la Constitución doceañista, compuesta de siete miembros y tres suplentes. Desgraciadamente, como se tuvo noticia del regreso de Fernando VII al absolutismo a mediados del año siguiente, la primera corporación representativa de Puerto Rico tuvo una corta y lánguida vida de un año escaso.

Es de interés notar que al dar cuenta de la apertura de la Diputación Provincial al Gobierno metropolitico, el intendente Ramírez observaba que «Varios incidentes me han dado a conocer que en estos solemnes actos se ha obrado con exaltación, con ardimiento y con todas las señales de un funesto espíritu de partido» (171), diagnosticando así un mal social que ha caracterizado la vida política del país hasta nuestros días.

---

171. Texto en I/6/212.

## LABOR DEL INTENDENTE RAMÍREZ

Aunque un análisis de la ingente labor en Puerto Rico de este notable funcionario sobrepasa los límites de una historia de la ciudad, debemos, sin embargo, referirnos ligeramente a aquellas aportaciones suyas al progreso de la Isla que afectaron directamente al desarrollo de la Capital, tratando separadamente en otros capítulos diversos aspectos de su obra.

Al fundar la Real Sociedad Económica de Amigos del País (1813), dotó indirectamente a la ciudad de un centro de instrucción en que se ofrecían cursos de geografía, comercio y matemáticas, asignaturas cuyo estudio responde al propósito de Ramírez de estimular por todos los medios el desenvolvimiento económico de la ciudad y de la Isla.

Al fundar en la Capital el *Diario Económico de Puerto Rico*, propendió efectivamente a la ilustración de sus comerciantes y artesanos «en el manejo de sus respectivos negocios y ocupaciones», según reza la apreciación consignada al respecto por el Ministro de Indias (172).

Al crear la primera lotería establecida en San Juan (1814) para ayudar a la amortización del papel moneda, con un fondo de 10.000 pesos y un total de premios por cada sorteo de 6.000 pesos, contribuyó a mejorar las condiciones de numerosos indigentes de la ciudad.

Numerosas disposiciones de la *Cédula de Gracias* (nombre impregnado del espíritu colonial imperante que debiera merecer en nuestra historiografía el más adecuado cognomento de *Cédula del Sentido Común*) cuya promulgación fue obtenida por el intendente Ramírez en 1815, favorecieron notablemente el progreso de la ciudad. Pueden contarse entre éstas las que permitieron el comercio libre entre el puerto de San Juan (y otros de la Isla) y puertos españoles y extranjeros; el comercio intercolonial de mercancías españolas; la entrada libre de negros; la compra de buques extranjeros, libre del derecho de extranjería; la fijación de derecho de importación y exportación en un 6 % *ad valorem*; el establecimiento de la administración de aduanas; la derogación del derecho de capitación por la entrada de extranjeros y la autorización concedidales de optar a la naturalización después de cinco años de residencia; la autorización concedida a los vecinos de la Capital (entre los de otras localidades) para dedicarse al tráfico de negros con países extranjeros.

---

172. Carta de junio 8, 1814, en I/6/318.

## UN PROCER DE LA EMANCIPACION DE AMERICA EN SAN JUAN

El 12 de febrero de 1813 (173), unos cuantos meses después de su capitulación en Puerto Cabello, llegó a San Juan el generalísimo venezolano Francisco de Miranda, en compañía del cabecilla revolucionario don Francisco Carabaño, ambos remitidos en calidad de prisioneros por las autoridades españolas de Venezuela.

Miranda había ofrecido su espada a la causa de la libertad en distintas partes del mundo, siempre guiado por el anhelo de promover así la liberación de su propia tierra: peleó junto a los franceses en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1779-1781), alcanzando el rango de teniente coronel; uniéndose a la Revolución francesa, fue nombrado general de división en el ejército de Dumouriez (1792), combatiendo a los prusianos en Champagne y participando en la campaña de Bélgica. Regresando a América, tomó una parte tan activa en la iniciación del movimiento revolucionario en Venezuela, firmando, entre otros, la Declaración de Independencia el 5 de julio de 1811, que le hizo acreedor al título de Precursor de la independencia con que le han honrado sus conciudadanos.

A su arribo a San Juan, el prócer venezolano fue incomunicado en una de las salas de la planta alta de la Real Cárcel de la ciudad, situada en la calle de la Luna, detrás de la Casa Consistorial, sitio en donde estuvo detenido durante varios meses.

El 19 de mayo de 1813, en ocasión de una visita de cárcel practicada por el gobernador de la Isla, hizo entrega Miranda de una formal protesta por haberse quebrantado una de las cláusulas del pacto de su rendición al capitán general Domingo Monteverde que, al estipular que abandonaría el suelo patrio para dirigirse a donde él quisiera, evidentemente hacía ilegal su prisión en Puerto Rico (174).

La protesta fue desoída y Miranda, trasladado desde San Juan de Puerto Rico a la cárcel de la Inquisición de Cádiz, murió allí en 1816, acosado por crueles penalidades (175).

---

173. *Memorias* de Pedro Tomás de Córdoba, año 1832, tomo III, pág. 183.

174. Certificación del Escribano Real del Gobierno y Guerra de esta Plaza e Isla fechada el 19 de mayo de 1813, parcialmente reproducido por Brau en la revista "Gráfico", San Juan, Puerto Rico, 1911.

175. En el momento de escribir estas líneas, la Junta de Comisionados de la Capital de Puerto Rico aprueba una resolución "para colocar una placa de bronce en los salones de

### SE CONCEDE TRATAMIENTO DE EXCELENCIA AL AYUNTAMIENTO DE SAN JUAN

Mientras se derrumbaba el imperio colonial de España en América, Fernando VII, movido a gratitud por la constante fidelidad de la ciudad y «por los penosos esfuerzos que ha hecho en unión con los habitantes de toda la Isla, para sostener la integridad de mis dominios y conseguir la libertad de mi Real persona» (176), concedió el tratamiento de *Excelexcia* a la Corporación Municipal (177).

Siguieron otras medidas de atracción, como, por ejemplo, el establecimiento en 1818 de una Asamblea Provincial de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, con sede en San Juan, bajo la presidencia del gobernador don Salvador Meléndez. Proponíase el rey premiar los servicios prestados a la nación española por los naturales y residentes de Puerto Rico.

### CELEBRASE LA RESTAURACION DEL REGIMEN CONSTITUCIONAL

El movimiento revolucionario en España capitaneado por Antonio Quiroga y Rafael Riego en enero de 1820, indujo a Fernando VII a jurar la Constitución en el mes de marzo del mismo año.

Volvieron los vecinos de la ciudad de San Juan a manifestar públicamente su regocijo por aquella promesa de mejoramiento del régimen político. El 19 de agosto de 1820 se celebraba en la Plaza de la Constitución (llamada Baldorioty de Castro en nuestros días) la instalación del Congreso Nacional. Construyóse un vistoso templete exornado con cuatro medallones simbólicos de cuatro héroes de la guerra de la Independencia y de la restauración, uno de los cuales era candidato a diputado por Puerto Rico, el mariscal de campo don Demetrio O'Daly, debajo de cuyos nombres se inscribieron sendos dísticos expresivos del ingenuo entusiasmo de los habitantes de la ciudad :

---

la Junta de Comisionados del Gobierno de la Capital en conmemoración del hecho histórico de la detención en Puerto Rico del general Francisco de Miranda" (ordenanza N.º 13 de 1943).

176. Se refiere a su cautividad en el castillo de Talleyrand en Valencay, por orden de Napoleón.

177. Real Orden de mayo 30, 1815.

A Lacy : —*Démosle tiernas lágrimas de afecto al hijo de la Patria predilecto.*

A Porlier : —*Si te sacrificó cruel la injusticia, tu nombre es honor de Galicia.*

A Quiroga : —*Merecieron tus inclitas hazañas, llamarte el Salvador de las Españas.*

A O'Daly : —*Mirad, puertorriqueños, vuestra gloria. ¡No la perdáis jamás de la memoria!*

Durante los tres días siguientes continuaron las fiestas, atronando el espacio las bandas de música, iluminándose los principales edificios públicos por medio de innumerables vasitos multicolores de aceite, y quemándose fuegos artificiales, uno de los cuales representaba un combate entre un castillo y una nave de guerra.

El día 21 se llevó a cabo la elección del diputado de Puerto Rico en Cortes. Siendo electo el mariscal O'Daly, el pueblo prorrumpió en vivas a los electores (178), la banda militar entonó el himno de Riego, procediéndose entonces a coronar el busto de O'Daly con una guirnalda de rosas y laureles ofrendada por la sociedad «*Aman-tes de las Ciencias*». Corrió el pueblo, presa del entusiasmo, hacia la sala capitular; arrancó de su sitio el retrato de O'Daly, paseándolo en triunfo hasta la Catedral, a donde se había congregado el cuerpo electoral, y por las calles de la ciudad, montado sobre el cochecito abierto (179) del intendente, tirado de todos a porfía. Celebráronse por la noche dos suntuosos bailes, uno en la sala capitular y otro en la residencia de un vecino, seguidos ambos, hacia la madrugada, de espléndidos banquetes.

Iguales muestras de júbilo, público y privado, atendieron la instalación de la Diputación Provincial el día 22 de agosto.

Al reseñar los memorables festejos, la *Gaceta* comenta, de modo que hará sonreír al comerciante de nuestros días al tener conocimiento del viejo abolengo de una costumbre que le es harto familiar :

El comercio de esta Capital acaba de dar una nueva prueba de su patriotismo en estas suntuosas fiestas que ha ofrecido al público. El se ha hecho justamente acreedor a la gratitud y consideraciones del Gobierno, quien en todo tiempo verá

178. Nótese que el hecho de aplaudir a los electores es indudablemente significativo de que en aquel tiempo el pueblo estimaba que el desempeño de la función electoral era digno de vehemente encomio.

179. Un birlocho, carruaje ligero de dos o cuatro ruedas y dos asientos con la caja abierta por delante.

en él por tan patentes demostraciones, unas firmes columnas del sistema político que hemos abrazado.

Mientras los sanjuanceros daban rienda suelta a su patriótica alegría, urdiase en las cancillerías de las grandes potencias de Europa un plan para sostener el absolutismo. El plan fue discutido y aprobado en el Congreso de Troppau, en octubre de 1820, y sancionado de nuevo en el de Laibach, al año siguiente. Algunas de las potencias participantes en estas conferencias volvieron a reunirse en el Congreso de Verona, acordando secretamente Austria, Prusia, Rusia y Francia, el 22 de noviembre de 1822, confiar a Francia la restauración del orden en España. La intervención armada francesa culminó en la derrota completa del liberalismo español. El 1.º de octubre de 1823 Fernando VII anulaba todos los actos del Gobierno constitucional realizados desde octubre de 1820.

Así terminó el segundo período constitucional que había permitido respirar más libremente a los habitantes de la ciudad durante un corto lapso de cerca de cuatro años. Simbólico de aquellos tiempos de progreso, fue el establecimiento del alumbrado público en la ciudad (1820); la autorización concedida por real orden para fundar cátedras de medicina y cirugía en el Real Hospital de San Juan; la fundación de una escuela municipal de enseñanza mutua y algunas otras medidas de que nos ocuparemos más adelante.

## **UN CONSPIRADOR ES FUSILADO EN EL CAMPO DEL MORRO**

El 12 de octubre de 1822 era ejecutado Pedro Duboy, natural de la Guadalupe y vecino del Daguao, que se había prestado a servir de agente al aventurero Luis Du Coudray para realizar su fantástico proyecto de fomentar la rebelión de los negros de Puerto Rico, a fin de proclamar la república.

## **EL BANDO DE LA POLICIA Y BUEN GOBIERNO DEL GOBERNADOR LA TORRE**

Abolida la Constitución, el gobernador Miguel de la Torre dispuso a gobernar, en el sentido más lato de la palabra, en armonía con el régimen de las atribuciones omnímodas que a él había tocado restituir en la Isla. El militarote de las cinco cruces de distinción ganadas en otras tantas batallas, creyó necesario dar principio a su

misión intentando someter a estricta reglamentación la conducta privada de los súbditos en sus relaciones con los demás. Al efecto redactó y publicó, el 12 de diciembre de 1823, un extraño documento, especie de código de orden público y privado, que refirió inmediatamente a la consideración y revisión del ilustre Ayuntamiento de la Capital.

De entre los 66 capítulos de que consta dicho Bando de Policía y Buen Gobierno, extractaremos aquellas disposiciones que han caído en desuso o que en nuestros días serían tenidas por atentatorias a la libertad individual, que eran aplicables a los vecinos de la ciudad capital, tanto como a los de otras poblaciones de la Isla :

Ofrece castigar con toda severidad posible al que blasfemare del santo nombre de Dios, de su Santísima Madre, de los santos y de las cosas sagradas, así como a los que faltaren el respeto a los sacerdotes, o los que profririeren palabras obscenas, «equivocas o malsonantes», o los que cantaren deshonestamente, o los que cometieren faltas de obediencia y respeto a los magistrados ; ordena a los maestros de primeras letras enseñar a sus alumnos, durante dos horas de un día de cada semana, las máximas de la religión católica y la obediencia debida al rey, a las leyes y el respeto a las autoridades ; concede discreción a los alcaldes para permitir bailes de todas clases, incluyendo los que se hicieran en ocasión de las fiestas de cruz y de velar cadáveres de párbulos («baquinés»), permitiendo a los negros bozales bailar solamente en los días de fiesta, en la muralla, de 10 a 12 de la mañana y por la tarde de 3 hasta el toque de retreta ; prohíbe las casas de prostitución, la residencia de gente de mala conducta en las calles principales y la vagancia, exigiendo a los limosneros portar licencia del juez, prescribiéndose se tuviera por vago a toda persona joven o robusta que vendiera frioleras por las calles, debiéndose detenerlas y destinarlas al Ejército o a los trabajos de utilidad pública ; impone responsabilidad a los padres de familia por las violaciones del bando cometidas por sus dependientes ; fija el montante de las multas que debían pagar los artesanos sorprendidos en casas de juego, durante las horas de trabajo y en días laborables ; prohíbe toda clase de juegos, exceptuándose, en los salones de billar, los juegos de damas, ajedrez, tablas reales y chaquete (180) ; impone una multa de 4 pesos a los que jueguen papalotes en poblado, que pagarán los dueños de las casas si los volantines se remontan en las azoteas, y los padres o amos

---

180. Especie de juego de tablas reales, en el cual se van pasando alrededor todas las piezas por las casas desocupadas, y el que más presto las reduce al extremo del lado contrario y las saca, gana el juego.



si fuere en las calles o suburbios; ordena el decomiso de las espadas de marca (181) o sables usadas por personas no autorizadas, prohibiéndose, además, que los artesanos transiten con sus herramientas, excepto cuando vayan «vía recta» a su trabajo, no permitiéndose por ningún caso el uso de machetes en las poblaciones, o el de cuchillos con punta, palos, garrotes y ciertos cuchillos empleados a bordo por las gentes de mar, y la fabricación o composición de armas, excepto a personas conocidas, y la venta de pólvora sin expreso permiso del Gobierno (182); impone 4 pesos de multa a las personas que transiten por las calles después de las diez de la noche, con excepción de los sacerdotes, oficiales del ejército o personas de quienes, por sus buenas costumbres no pueda sospecharse (183), y sólo lo harán por grave necesidad, debiendo informar las causas de la salida a la patrulla, ronda (184) o alcalde; exige el cierre de todos los establecimientos de expendio o diversión públicas a las diez de la noche, requiriendo a estas últimas el despliegue de un letrero o tarjetón que indique la naturaleza de su negocio, y la obligación de mantener las puertas abiertas, no permitiéndose reuniones en cuartos interiores ni ocultos, debiendo los dueños de tales establecimientos prohibir las conservaciones subversivas u hostiles al Gobierno, el que debía ser informado inmediatamente, so pena de ser reputados cómplices (185); prohíbe la fabricación de llaves, excepto a personas conocidas y sólo mediante verificación por la cerradura y de ningún modo sobre estampa o modelo, debiendo los fabricantes dar parte en caso de sospecha; prohíbe el alquiler de casas o cuartos a esclavos, a menos que siendo casados, sea el uno libre y el otro tenga licencia de su amo, entendiéndose que el dueño de la casa pagará, si fuesen fugitivos, los jornales del esclavo; dispone que no podrá alquilarse casa o aposento ni admitir huéspedes o dar alojamiento, sin conocimiento del alcalde de barrio, quien expedirá una papeleta, bajo pena de una multa de 4 pesos, imponiéndose a los dueños de fondas, posadas y cafés la obligación de enviar al Gobierno una relación de todas las personas que se hayan hospedado en ellas el día anterior, expresiva de los nombres, procedencia y nacionalidad, bajo multa

---

181. Espada cuya cuchilla tiene 5 cuartas.

182. Todas estas medidas tienen un propósito político, tendiendo a imposibilitar las rebeliones.

183. *Ibidem*.

184. Llamábase así el conjunto de soldados al mando de un oficial que hacían visitas de inspección nocturna al espacio comprendido entre las murallas y las casas de la ciudad; en las ciudades abiertas hacían la inspección el alcalde u otros funcionarios municipales, acompañados por milicianos.

185. Disposiciones que tenían por objeto dificultar y suprimir las conspiraciones políticas.

de diez pesos por cada falta, prohibiéndose, además, dar alojamiento sin licencia del Gobierno en las casas particulares, ni hospedaje en las públicas, a ningún extranjero; dispone que los alcaldes de barrio llevarán un libro en que asienten todas las novedades que ocurran diariamente en su demarcación, y de las personas que se hayan mudado a otra casa o barrio, y las que ingresen a su vecindario, informando al Gobierno todas las novedades ocurridas durante el día y noche anteriores; obliga a los dueños de casas, bajo pena de 25 pesos, a someter al alcalde de su barrio una relación de todos los vecinos que habiten en ellas, con expresión de nombres, sexos, edades, clases, condiciones y empleos, castigándose cualquiera ocultación con una multa de diez pesos; dispone que ningún individuo desconocido podrá transitar por el interior de la Isla sin licencia del alcalde donde estuviere avecindado, no permitiéndose tampoco variarse el domicilio de un partido a otro sin expreso permiso del Gobierno, debiéndose remitir los infractores a la Capital como sospechosos y en calidad de vagos; dispone la inmediata presentación de extranjeros al gobernador, tan pronto llegaren a cualquier puerto o punto de la costa de la Isla, haciéndose responsable a los alcaldes por la menor falta que se advierta en este punto, prohibiéndose estrictamente la permanencia de extranjeros sin estar provistos de una carta de domicilio o naturaleza; dispone que los alcaldes llevarán una matrícula de los extranjeros domiciliados o naturalizados que existan en sus respectivos territorios; prohíbe a los extranjeros que llegaren a la Isla, que permanezcan en tierra cuando haya salido el buque que los hubiere traído, so pretexto de realizar negocios que deben darse por terminados con la salida de aquél (186); dispone sanciones penales por la ocultación de esclavos, hijos de familia y mujeres casadas, que de propia voluntad se sustraigan de la dependencia de sus amos, padres o maridos, bien sea para vivir separados, internarse o ausentarse de la Isla; dispone la instrucción de los negros bozales en nuestra religión, a fin de que reciban el bautismo al cabo de dos años, so pena de venderlos; obliga, además, a los amos a mantener y vestir a sus esclavos, debiendo retenerles en sus propias casas, donde deben dormir, debiendo los amos percibir los jornales ganados por sus esclavos, a cambio de suministrarles el alimento, vestuario y asistencia médica; dispone el nombramiento de cuatro médicos por el Ayuntamiento de la Capital para asistir a los pobres en cada uno

---

186. Todas las medidas conducentes a proporcionar información al Gobierno acerca del domicilio, cambios del mismo y movimientos de los vecinos y extranjeros, en y fuera de sus domicilios, perseguían un fin político, encaminado principalmente a suprimir movimientos de opinión hostiles al Gobierno.

de sus barrios, y la provisión de medicinas al costo a los pobres de solemnidad; dispone la sujeción de los militares y aforados (187) a los bandos de Policía, prohibiéndose a los primeros dedicarse al comercio y los negocios; dispone el asiento de toda exacción de multa en un libro que deberá haber en el Ayuntamiento, designándose al Mayordomo de propios (188) como depositario de las multas; dispone que el que comprare alguna cosa a hijos de familia, criados o esclavos, además de perder el precio que hubiere dado, sufrirá el castigo que, según la malicia empleada mereciere, incluyéndose en esta prohibición a los soldados, a no ser que vendan efectos de su oficina en que intervenga algún oficial de su cuerpo, y, finalmente, encarga a los alcaldes ordinarios, alguaciles mayores y alcaldes de barrio, tanto en la Capital como en otras poblaciones, rondar en sus distritos por las noches, alternando para ellos los vecinos, a fin de evitar robos y desórdenes, debiendo detener a los sospechosos e informar al Gobierno en cada caso.

El 2 de enero de 1824 se publicó solennemente por bando, es decir, leído de viva voz en las calles, este documento que privaba de muchos de sus derechos individuales a los vecinos de la ciudad.

El Ayuntamiento de San Juan le había devuelto, con algunas adiciones, hacía pocos días, el texto del bando al gobernador La Torre, «tributándole las más sinceras y expresivas gracias por el decidido interés y amor que muestra tanto a los habitantes de esta muy noble y muy leal ciudad, cuanto a los de toda la Isla con el establecimiento de unas reglas de policía cuya tendencia es pro-comunal».

Al año siguiente se ampliaban los poderes de La Torre con las facultades extraordinarias que las ordenanzas militares conferían a los gobernadores de las plazas sitiadas.

## EL HURACAN DE SANTA ANA

Después de las 8 de la noche del 26 de julio de 1825 notaron los habitantes de la ciudad que se acentuaban ominosamente los síntomas ciclónicos que se habían observado desde el día anterior. Densos vapores, arrastrados por ráfagas pertinaces, empezaron a cubrir el cielo. Y mientras la temperatura subía y bajaba la presión atmosférica, la cima de la montaña de Luquillo parecía coronarse de relámpagos que serpenteaban en lo alto, como si fueran chispas de fuego

---

187. Personas que gozaban de fuero privilegiado.

188. Especie de tesorero municipal.

arrancadas al «yunque» por formidables golpes invisibles. A las 11 de la noche se desencadenaba una de las tormentas más furiosas jamás contempladas por los aterrorizados hijos de la Ciudad Murada: negras nubes desgarradas, cuyos extremos tenían un color cobrizo, cruzaban veloces, descargando torrentes de agua sobre las calles, azotando con fuerza inaudita las paredes de las casas, inundando y averiando el palacio de la Fortaleza, destrozando el puente San Antonio, comunicando así la ciudad del resto de la Isla, haciendo astillas los bohíos de la barriada cercana, así como los del barrio situado en los alrededores del fuerte de San Cristóbal, y agrietando un lienzo de muralla en el recinto sur.

Desde las dos y cuarto de la madrugada se había iniciado el tránsito sobre la ciudad del centro del meteoro, suceso que llenó de falsas esperanzas a las gentes, pues media hora después, acometió el viento con redoblado furor en dirección diametralmente opuesta (189) esta vez del sudeste, cuyo efecto de torsión sobre las cosas inanimadas, acabó por arrancar innumerables puertas y ventanas y hasta desalojar de sus sitios los pararrayos colocados sobre macizas columnas a los costados de los polvorines de San Sebastián y San Cristóbal.

La ciudad, que había escapado en muy numerosas ocasiones los efectos devastadores de los huracanes, guardó durante largos años un vivo recuerdo de la tormenta de Santa Ana. Al pasar su centro precisamente sobre ella, hubo de ser sometida a la más dura prueba.

## LA RATERIA RAMPANTE

A pesar de las numerosas disposiciones del Bando de Policía y Buen Gobierno de 1842 que cohartaban y hasta suprimían, en determinadas circunstancias, el derecho individual de locomoción y que facilitaban la exagerada sujeción del vecindario a las autoridades civiles, se desarrolló en San Juan, hacia 1829, una epidemia de ratería que fue necesario extirpar por medio de otro bando, publicado el 7 de septiembre de dicho año.

Reconoce el general La Torre en la introducción de este documento el incumplimiento de muchos artículos del bando anterior dimanado del disimulo y tolerancia de aquellos llamados a exigir su observancia. Apelando a medidas más drásticas, autorizó la prisión en la real cárcel de la ciudad, de toda persona que fuera sorprendida

---

189. Fenómeno conocido en el folklore de la Isla con el nombre de "revirada" o "revirá".

sin la correspondiente licencia para estar en la ciudad, debiendo el detenido mantenerse a sus expensas, y si no tuviere bienes con que alimentarse, se le destinaría a la cárcel correccional de La Puntilla, exceptuándose a los pudientes, a quienes se les conmutaría la pena por una multa de 25 pesos, o dos meses de prisión; dispuso el arresto de todo esclavo que se hallare en la calle después de las 10 de la noche sin estar previsto de una papeleta firmada por el amo, expresiva del objeto de la salida; ordenó que las escaleras utilizadas en el servicio de alumbrado público fueran depositadas en la guardia del Principal, situada en la Casa Consistorial, y que los peones llamados a utilizarlas fueran acompañados de un soldado de la guardia; que los que hubieran cumplido el término de su prisión en La Puntilla deberían presentarse al Juez ordinario, con la licencia del Gobierno, para restituirse a sus casas a fin de que, conociéndoles personalmente, pudieran vigilarse sus movimientos en el futuro.

### **APERTURA DEL PRIMER CONSULADO NORTEAMERICANO EN SAN JUAN**

Durante la última década de la decimoctava centuria maniobraba astutamente Godoy, el primer ministro de Carlos IV de España, para neutralizar la política hostil de Inglaterra, cuyos efectos dejábanse sentir con creciente intensidad en las colonias de América. Bienvenido en aquellos momentos a la Corte española, hubo de ser el enviado especial de la naciente federación norteamericana, mister Thomas Pickney, quien, representando al presidente Washington, encarnaba el espíritu americano de oposición a Inglaterra. Las conversaciones de los representantes de España y de los Estados Unidos cristalizaron en el tratado de amistad, límites y navegación, firmado el 21 de octubre de 1795.

El artículo XIX de dicho tratado permitía la instalación recíproca de cónsules con los privilegios y poderes que disfrutaban los acreditados por las naciones más favorecidas en los puertos de ambos países (\*). Sin embargo, en cuanto a Puerto Rico se refiere, fue necesario al gobierno de Washington aguardar la promulgación de la Cédula de Gracias, el 10 de agosto de 1815, una de cuyas disposiciones consentía el establecimiento de extranjeros en la Isla, para nombrar un representante de los intereses americanos en ella. En

---

\* *Treaties and Other International Acts of the United States of America*, edited by Hunter Miller, Washington, D. C., 1831-42, vol. 2, pp. 318 e. s.

efecto, el 27 de noviembre de 1815, expedía el ministro de Estado credenciales a favor de Mr. John Warner, con el título de agente de comercio y marinos mercantes (\*). Puede inferirse al título conferídole, que las funciones de dicho agente se limitaban a expedir las transacciones comerciales en que participaban sus conciudadanos y a velar por el bienestar de las tripulaciones de los buques mercantes americanos que tocaban en los puertos de la Isla. No fue hasta 1828 que se nombró a Mr. Robert Jaques, de New York, el primer agente consular y comercial de los Estados Unidos en San Juan (\*\*). Atendiendo, sin duda, a la nota del ministro de Estado español, fechada el 24 de marzo de 1829, que disponía la admisión de cónsules norteamericanos en Cuba y Puerto Rico, nombróse a Mr. Sidney Mason, de Nueva York, el 8 de septiembre del mismo año, primer cónsul de los Estados Unidos en la ciudad (\*\*\*).

A juzgar por la extraordinaria rapidez con que el gobierno de Washington se valía de las oportunidades de fomentar el comercio con la Isla que le brindaban las negociaciones diplomáticas, parece ahora explicable su interés en ella, interés que hubo de progresar hasta culminar en la anexión, setenta años después.

---

\* Comunicación de Mr. E. Wilder Spaulding, Chief, División of Research and Publication, Department of State, Washington, D. C., dated January 1, 1944.

\*\* Ibidem.

\*\*\* Ibidem.

### CAPITULO III

#### **BOSQUEJO HISTORICO: EL SIGLO XIX (HASTA LA INVASION NORTEAMERICANA)**

##### **CREACION DE LA REAL AUDIENCIA**

Por decreto del rey Fernando VII, fechado en Aranjuez el 19 de junio de 1831 (190), se estableció en la ciudad de San Juan de Puerto Rico la Real Audiencia y Cancillería o Tribunal de Apelaciones, con jurisdicción sobre todo el territorio de la Isla, razón por la cual se le solía llamar Audiencia Territorial, compuesta de un presidente, que sería el capitán general de la Isla, de un regente, tres oidores, un fiscal, dos relatores, un escribano de cámara y los dependientes que fuere necesario. Era investida la nueva audiencia, en cuanto a su régimen interno, con la misma autoridad y con los mismos sueldos que tuvo la de Santo Domingo y que tenía entonces la de Cuba, cuyos sueldos serían satisfechos de las Reales Cajas de Puerto Rico.

Respondía la creación de la Audiencia de Puerto Rico a la necesidad de ofrecer un remedio a los males ocasionados por las dificultades, gastos y riesgos inherentes a las comunicaciones en el trámite de las apelaciones ante la Real Audiencia de Cuba, que con frecuencia compelia a los puertorriqueños a renunciar a los remedios legales, «viendo perecer su justicia en los fallos de las cortes locales inferiores» (191). Por otro lado, la situación de la tesorería insular había mejorado de tal modo en los años subsiguientes al estableci-

---

190. Texto del decreto reproducido en 1/2/286 e. s.

191. Ibidem.

miento del comercio libre, que sus balances empezaban a arrojar un superávit hacia la tercera década del siglo XIX.

Dispúsose que la instalación de la Real Audiencia en San Juan se verificaría el día 23 de julio de 1832, acordándose tributar honores reales al sello, instrumento que serviría para autenticar los autos y demás documentos de dicho alto tribunal. El real sello había sido enviado desde España, dictando el gobernador La Torre un programa para la ceremonia de su recepción e instalación que lee como sigue :

En el referido día por la tarde se depositará el Real Sello en la Real Aduana, fuera de murallas, decorandose dicho local con toda la suntuosidad que corresponde, y pasará a dicho punto la Compañía de Granaderos y la música del Regimiento de infantería de Granada para la Guardia de honor, que permanecerá allí hasta la mañana siguiente. Uno de los Oidores amanecerá en dicho parage el 24 segun está mandado para estos casos. En la noche del 23 tendrá efecto la función preparada por los Curiales en obsequio de la instalación de la Real Audiencia.

El 24 se adornarán con cortinas todos los balcones de la ciudad, en particular los de las calles de San Justo y Fortaleza, por donde ha de pasar el Real Sello, tomando los Alcaldes cuantas medidas les diete su zelo para que resulte decorado el transito con toda la ostentacion posible. El Regimiento de Granada formará en la carrera á las siete de la mañana, y al pasar el Real Sello hará los honores correspondientes a la Real Persona. A las siete y media pasarán al palacio del Excmo. Sr. Presidente de la Real Audiencia, el Ilmo. Cabildo Eclesiástico, si lo permitiese la hora, el Excmo. Ayuntamiento bajo mazas, los señores Intendente, Teniente-Rey y gefes militares, civiles y de Real Hacienda, los Prelados regulares, empleados, oficiales y demás personas convidadas al efecto. A las ocho saldrá la comitiva procesionalmente, presidida por la Real Audiencia, que llevará á la derecha al Ilmo. Cabildo y á la izquierda al Excmo. Ayuntamiento, quedando el Sr. Regente á la izquierda del Excmo. Sr. Presidente. Llegada a la Real Aduana, se colocará el Real Sello sobre un caballo enjaezado ricamente y volverá en el mismo orden la comitiva, ocupando el Real Sello, el centro, precedido del Palio, y á la derecha el Excmo. Sr. Presidente y el Sr. Regente á la izquierda. Los alcaldes servirán de pala-



freneros, e irá á la inmediación el Canciller, el cual al llegar á la casa de la Real Audiencia tomará el Real Sello, lo conducirá bajo del Palio y colocará en el lugar correspondiente. Verificada esta ceremonia se retirarán las tropas, excepto la compañía de Granaderos y la Música, que después de haber acompañado la procesión, seguirá á la Real Audiencia y comitiva hasta la Santa Iglesia Catedral, colocándose en la plaza para hacer á su tiempo las descargas de ordenanza. Concluida la solemne función en acción de gracias al Todopoderoso por haberse instalado el Tribunal Superior de Justicia de la Isla, reuniéndose en dicho día el plausible motivo de ser los de la Reina nuestra Señora, después del Te Deum regresarán las Corporaciones y toda la Comitiva al Palacio, donde recibirá S. E. el besa-manos, y seguidamente habrá Corte. Al depositarse el Real Sello en la Real Aduana la tarde del 23, saludará la Plaza con 21 disparos. El 24, al salir de dicho parage el Real Sello, al entrar en la Real Audiencia y al entonarse el himno del Te Deum se harán iguales saludos, y además los correspondientes á la solemnidad del día. Por la tarde saldrán las comparsas y máscaras preparadas, y á la noche hasta la hora de las doce tocará en la plaza mayor la música dispuesta por el Excmo. Ayuntamiento las varias piezas escogidas al efecto.

El 25, además de la fiesta de tabla con motivo de ser el día del Apóstol el Sr. Santiago, seguirán las diversiones de máscaras y se quemarán en la plaza mayor los fuegos artificiales que tiene dispuestos la ciudad, y la Plaza hará los correspondientes saludos.

El 26 continuarán las máscaras y en la plaza mayor se elevarán varios globos. El 28 habrá una escogida función en el Teatro; y el 29, por la noche, se concluirán las fiestas públicas con un baile de etiqueta que ha dispuesto el Excmo. Ayuntamiento en las Casas Consistoriales. En las noches del 23, 24 y 25 habrá iluminación general en toda la ciudad, y serán de gala y riguroso uniforme los dos últimos (192).

Instalóse la Audiencia en una vieja casona particular, contigua al edificio de Artillería, en donde funcionó hasta 1867, trasladán-

192. Circular del Gobernador y Capitán General de Puerto Rico, reproducido en I/10/363 c. s.

dose entonces al Cuartel de Santo Domingo, en donde estuvo hasta 1898 (\*).

Enuméranse entre las facultades de la Real Audiencia las de velar, proteger y corregir la administración de justicia en la Isla; examinar a los aspirantes a abogados, escribanos y procuradores; dirimir las competencias de jurisdicción entre los juzgados insulares; proveer a los recursos de queja y protección que se introdujeron por la Iglesia; conocer en apelación de las causas de todos los tribunales inferiores de la Isla, conocer las actuaciones de los gobernadores en interés de quienes por ellas se considerasen agraviados; conocer de las causas que por delitos relativos al ejercicio del Ministerio judicial se formasen contra el gobernador y otros funcionarios públicos.

Hasta 1854 funcionó la Real Audiencia con una sola Sala de Justicia, cuando la segunda fue creada; una Sala de Gobierno o Real Acuerdo en la cual se reunían el Regente, o juez presidente, los Oidores o jueces asociados y el Fiscal de S. M. para entender en materias de aplicación general (incluyendo el nombramiento de los alcaldes mayores), ya por propia iniciativa, ya para emitir votos consultivos, a solicitud del gobernador, acerca de asuntos generalmente relacionados con la administración pública y la orientación e interpretación de la política del gobierno colonial. En estos casos actuaba el Real Acuerdo con carácter de asesor del gobernante.

Componíase la Audiencia de un presidente *ex-officio*, el Gobernador, quien actuó en esta capacidad hasta 1891; un Regente, cinco Oidores, uno de los cuales era el Auditor de Guerra y el Fiscal de S. M.

## VOCES SUBVERSIVAS EN LA GUARNICION DE SAN JUAN

A los sucesos del 7 de junio de 1835, que culminaron en España con la dimisión del ministro Martínez de la Rosa, siguió la agitación revolucionaria de que fueron presa, aisladamente, ciertas unidades del Ejército en la Península. Remoto eco de aquellas voces, oyéronse en la noche del 19 de octubre gritos subversivos lanzados por el capitán Pedro Loaiza y media docena de sus subalternos del Regimiento de Granada, de la guarnición de la ciudad.

Al día siguiente el capitán Loaiza era reducido a prisión, termi-

\* "Expediente relativo a la instalación de la Real Audiencia con motivo del terremoto de Nov. 18, 1867", CXXVII/2/s. p.

nando el incidente con su envío a España y el traslado a Cuba de algunas clases y soldados complicados en la estéril conspiración.

### CLAUSURA DE LOS CONVENTOS

El Decreto de 1835 ordenando la supresión de las comunidades religiosas dio lugar a que fueran definitivamente clausurados en San Juan los antiguos monasterios de dominicos y franciscanos, permaneciendo abiertas al culto las dos iglesias que les pertenecían.

Las propiedades de ambas comunidades habían sido anteriormente confiscados (1821-1824) habiendo sido compelidos los frailes que persistían en ocuparlas a pagar alquileres por sus celdas al Estado. La sala provincial del monasterio de dominicos pagaba un canon mensual de diez pesos, viéndose obligado el provincial a desalojarla y a refugiarse en una humilde celda que rentaba cuatro pesos (\*).

### VUELVE A PROCLAMARSE LA CONSTITUCION DE 1812

Citados por el gobernador, conde de Torre Pando, se reunieron en la Fortaleza, el 21 de septiembre de 1835, las autoridades civiles, militares y religiosas y algunos representantes del comercio y del vecindario de la ciudad, para oír de labios del propio gobernador, la noticia que la reina María Cristina había mandado se publicara la Constitución de 1812, y para expresar su parecer acerca de las medidas que debieran adoptarse en la localidad.

Acordaron los circunstantes que la Constitución de 1812 fuera publicada por bando real a la mañana siguiente, quedando así en vigor en toda la Isla, y que el suceso se pusiera en conocimiento del pueblo por medio de proclamas (193).

Sin duda escarmentados nuestros abuelos por las frecuentes mutaciones del régimen de gobierno, excusaron del acto de publicación de la carta fundamental toda pompa y solemnidad, limitándose la Corporación Municipal a jurarla en manos del Alcalde, el 14 de octubre de 1836, en una sencilla ceremonia.

No anduvieron errados nuestros antepasados, pues apenas habían transcurrido seis meses, aparecía publicada en Madrid, con fecha de abril 18 de 1837, una declaración de las Cortes ordenando que,

---

\* Aniceto Ruiz: *Remitido*, en el "Diario Liberal", mayo 9, 1822.

193. Texto del acta de esta reunión, en I/2/25.

no siendo posible aplicar la Constitución a las provincias ultramarinas de América y Asia, éstas serían regidas y administradas por leyes especiales, análogas a sus respectivas situación y circunstancias, y que en su consecuencia no tomarían asiento en las Cortes los diputados de las expresadas provincias.

Los absolutistas ardían en deseos de arrancar de la fachada de la Casa Consistorial el letrero que daba su nombre a la plaza de la Constitución, pero parecía prudente no herir las susceptibilidades del pueblo. Cerca de media noche, el 17 de junio de 1837, aprovechando la oportunidad de que se celebraba un baile de máscaras en el Teatro, los partidarios del nuevo régimen sustrajeron la consabida lápida conmemorativa, ocultándola tan hábilmente, que ha escapado hasta la fecha a las pesquisas de los cazadores de antigüedades.

Vuelta a las Leyes de Indias, a las reales órdenes y a los bandos de los gobernadores, la ciudad hubo de pasar un tercio de siglo sin ver sus calles engalanadas para expresar su júbilo por actos liberalizadores de similar magnitud.

## FUNDACION DEL CUERPO DE SERENOS

El 16 de octubre de 1837 fue confiada la vigilancia nocturna de la ciudad al Cuerpo de Serenos, curiosa institución transplantada de la Península, cuya misión consistía en proteger la propiedad pública y privada y arrestar rateros y malhechores.

Dispersábanse los serenos por las calles a las diez de la noche, con un capote de color oscuro al hombro, un chuzo (194) en una mano, un farolillo en la otra, pistola al cinto, y haciendo de relojes parlantes y de gratuitos mensajeros del tiempo, anunciaban con mesurados gritos el llegar de cada hora, avisando si llovía o estaba sereno o nublado el cielo.

Según Coll y Toste, el Cuerpo de Serenos fue suprimido hacia 1875 por el gobernador don Laureano Sanz, cuando tenía su cuartelillo en la calle de San Sebastián, esquina a la calle del Mercado.

## LA JUNTA SUPERIOR DE COMPETENCIAS

El 24 de abril de 1838, en cumplimiento de la real orden de 8 de diciembre de 1837, quedó instalada en San Juan la Junta Superior de Competencias.

---

194. Un palo largo y redondo provisto de una punta de hierro en un extremo que se empleaba como arma ofensiva y defensiva.

Fue creada dicha junta para dirimir todas las competencias, no solamente en materia de jurisdicción si que de cualquier otra índole, que se suscitaren entre los juzgados ordinarios y los privilegiados o especiales de cualquier clase que fueren. Quedó compuesta la Junta por el regente de la Real Audiencia, el oidor decano, el auditor de Guerra, el de Marina y el asesor de Hacienda (195).

## LA COMISION REGIA LLEGA A SAN JUAN

Sometidas por disposición constitucional las provincias de Ultramar al régimen de las leyes especiales, aprobó el Consejo de ministros, en julio de 1837, una exposición encaminada a preparar la ejecución del artículo en cuestión de la ley fundamental, enviando a Cuba y Puerto Rico una comisión para indagar el estado de la administración pública de dichas islas, especialmente respecto al ramo de hacienda. En diciembre del 38 decretaba la Corona el nombramiento de una comisión con título de Regia para que se trasladara a Cuba y después a Puerto Rico, bajo la presidencia de los capitanes generales, con el fin de visitar y examinar todos los ramos de la Administración pública, defectos, reformas y mejoras de que fueren susceptibles de cualquier clase; examinar el estado en que se hallaba el cumplimiento de las leyes y reales órdenes; reconocer las cuentas, orden y manejo de los fondos públicos; promover el cumplimiento de las leyes; y proponer, por fin, un plan de administración y arreglo de oficinas, las más convenientes a dichos países y más acordes con el régimen de la Metrópoli. Imponíase a la comisión la obligación de evacuar su encargo en el término perentorio de seis meses en la Isla de Cuba y tres en la de Puerto Rico; cobrarían sus sueldos de las cajas de estas provincias (\*).

La comisión llegó a San Juan en el año 39, compuesta por el general Juan Bautista Topete, don Miguel Cabrera y Nevárez y el Ilmo. señor Agustín Rodríguez. Cumpliendo su cometido, dividió su trabajo en varias secciones, correspondientes a los distintos ramos de la administración insular, incluyendo el de Marina y Ejército. Cifándose literalmente a los fines que les señalaba el decreto de creación, sólo realizó aquellas mejoras de índole puramente administrativa, pasando por alto la oportunidad de incorporar discretamente en el plan de administración aquellas medidas reformatorias que hubieran refle-

---

195. Texto de la real orden de fundación, en XXXIII/-mayo 5 de 1838.

\* Real decreto de 28 de diciembre de 1838.

jado algunas de las liberizadoras aspiraciones y deseos de los habitantes de Puerto Rico.

### **SE INTENTA SUPRIMIR LA VAGANCIA**

El 4 de junio de 1838 el gobernador López de Baños notificó por medio de una circular (196) al Ayuntamiento de San Juan que procediera, dentro de plazo determinado, a citar los vagos o mal entretenidos de la municipalidad, con el objeto de designarlos como tales y amonestarles que se dedicaran a un trabajo o modo honesto de vivir, de todo lo cual se levantaría un acta que debería ser firmada, también, por las personas amonestadas. Transcurridos veinte días, los reincidentes serían amonestados por segunda vez, haciéndoseles saber que, si pasados dos meses persistían en la vagancia, serían detenidos por el Ayuntamiento y puestos a disposición del Gobierno, por el cual serían destinados a trabajos de utilidad pública. El Ayuntamiento procedería, además, a la formación de un expediente y a la lectura de la amonestación en presencia de la Corporación, reunida al efecto, y del cura párroco, quien asistiría como vocal con voto.

En el caso de los vagos delincuentes, el alcalde procedería a sumariarlos y ponerlos a disposición del juez de primera instancia del partido. Disponíase, además, que no se oíría reclamación alguna de sujeto que hubiere sido destinado como vago a los trabajos públicos, debiéndose inhibir la autoridad judicial, por tratarse de un asunto de policía y gobierno, de la exclusiva autoridad del gobernador, quien la ejercía de acuerdo con las facultades omnímodas que le habían sido conferidas por Su Majestad. Por esta razón, sin duda, el gobernador dispuso que se reservaba corregir por otros medios, pasado que fuera el término designado, «a cuantos se encuentren en esta Isla vagando sin domicilio fijo».

### **OTRA CONSPIRACION EN EL REGIMIENTO DE GRANADA**

El fermento subversivo que, como hemos visto, tuvo una mera manifestación verbal en el 1835, no fue totalmente extinguido. Un nuevo brote ocurrió en 1838. La complicidad, esta vez, de oficiales y paisanos puertorriqueños imprimió al movimiento un carácter distinto, imputándoseles haber fraguado una conspiración y sedición militar contra los derechos legítimos de la reina Isabel II.

---

196. N.º 46, Sección 3.ª

De la denuncia correspondiente conoció un Consejo de Guerra de Oficiales Generales, celebrado en San Juan los días 7 y 8 de mayo de 1838. Fueron acusados los paisanos don Juan y don Andrés Vizcarrondo, don Buenaventura Quiñones y don Santiago Bacaró, los capitanes del Regimiento de Infantería de Granada don Pablo Andino y don Lorenzo Vizcarrondo, así como 8 sargentos, 7 cabos y 8 soldados; un total de 29 personas. Todos los acusados fueron condenados a distintas penas, con excepción de don Buenaventura Quiñones, que había fallecido mientras estaba detenido en el Morro (197), los hermanos Andrés y Juan Vizcarrondo que habían huido a Venezuela y el sargento Manuel Lastre, quien fue absuelto.

Por real orden de 28 de julio de 1838 (198) los capitanes Andino y Vizcarrondo fueron absueltos de la condena de diez años en la prisión de Ceuta, y confirmadas las sentencias de pena capital de garrote impuestas a los sargentos Francisco Salinas y Ezequiel Santillana.

### **SUPRIMIDA LA INMUNIDAD DE ACOGERSE A SAGRADO**

Desde el siglo XVI se había practicado en la ciudad la antiquísima costumbre, originada en los pueblos católicos de Europa, de conceder a los perseguidos de la justicia el beneficio del asilo en las iglesias, considerándoseles inmunes, mediante una declaración al efecto autorizada por un tribunal competente, mientras permanecían refugiados en ellas.

No todos los delincuentes disfrutaban de tan extraño privilegio. Excluíanse los asesinos, los homicidas criminales, los mutiladores de iglesias y cementerios, los acusados de adulterio y violación o de cometer delitos contra la propiedad ajena, los reos de lesa majestad y herejía, los falsificadores de moneda, los responsables de fondos públicos o reales.

Las autoridades evitaban celosamente el abuso de esta práctica. Prohibíase a los conductores de reos o acusados pasarlos por caminos inmediatos a las iglesias. Una vez logrado el asilo, el alcalde o el teniente a guerra ordenaba que se cerrara la iglesia, colocando una guardia suficiente para prevenir la fuga del reo. Para extraerlo del templo debía la autoridad que entendía en el caso

197. El 14 de agosto de 1838 fue hallado ahorcado, pendiente de una hamaca tirante, de cuyo centro partía un pañuelo de seda formando lazo corredizo.

198. Texto en I/9/44.

pedir la licencia del sacerdote, dándole la seguridad, bajo juramento, de que no se le causaría daño ni sería extraído el delincuente hasta que el tribunal competente declarare si debía o no gozar del sagrado (\*). La negativa injustificada del sacerdote no era atendida y el reo era extraído de todas maneras, sobre todo en el caso que hubiera cometido uno de los delitos graves a que nos hemos referido arriba. Si el reo era restituído a la inmunidad, las autoridades civiles le permitían disfrutar de ella libremente, vigilándolo, sin embargo, de continuo para prenderlo tan pronto abandonara el templo.

Pero un buen día del año 1837 un sujeto llamado Martín Lanzó, hirió a un Manuel Galvarín, hurtó un caballo e inmediatamente se acogió a sagrado.

El juez de primera instancia que procesó a Martín Lanzó, refirió el punto de inmunidad a la decisión de la Real Audiencia. Esta lo devolvió a dicho juez, dictaminando que a él correspondía determinar sobre el asilo. La causa volvió a la Audiencia, disponiendo ésta que se elevase instancia a la Corona para que resolviera la duda de ley que envolvía el caso en cuestión.

El 1.º de noviembre de 1840 contestó la consulta la Regencia provisional del Reino (199), disponiendo, entre otras cosas, que se legislara expresamente para declarar extinguido y sin efecto alguno el recurso de acogerse a sagrado en el Reino de España.

Y fue así como el esclarecimiento de un punto de ley, suscitado en un tribunal de la ciudad, tuvo la inesperada consecuencia de provocar la abolición de una secular costumbre que había constituido un verdadero obstáculo a la administración de justicia en todas las Españas.

## EL COLEGIO DE ABOGADOS

De conformidad con una real orden fechada el 20 de mayo de 1838, colegiáronse los abogados de la Isla el 27 de julio de 1840, estableciendo su domicilio en la ciudad de San Juan.

La profesión contaba con un corto número de miembros en aquella época, 39 en el 1866 y 54 en 1875.

Al estallar la guerra hispanoamericana, el Colegio de Abogados estaba instalado en el antiguo monasterio de Dominicos. Su biblio-

---

\* Directorio General formado por el gobernador Miguel de Muesas en 1770, reproducido en I/1/92 e. s. V. pág. 100.

199. Texto de la resolución en I/4/246.



teca contenía valiosas recopilaciones de legislación española y una extensa colección de obras jurídicas, principalmente editadas en España.

Al operarse el cambio de soberanía, la validez de sus estatutos fue reconocida durante la administración del general Brooke.

## LA PRIMERA FERIA - EXPOSICION

La celebración de la primera gran exposición mundial en el Palacio de Cristal de Londres en el año 1851, demostró tan patentemente la importancia de estos concursos internacionales en el desarrollo comercial, que indujo a varios gobiernos europeos a seguir el ejemplo, aunque en escala más modesta y con carácter puramente local.

España no permaneció indiferente al movimiento. Hacia fines de 1853 fue publicada una real orden disponiendo la organización de exposiciones públicas, facultando a la Junta de Comercio de Puerto Rico a invertir de sus fondos hasta tres mil pesos para este fin. Dos meses después concedía la reina autorización expresa para celebrar la primera feria de San Juan durante el año 1854.

Así se inició la serie de exposiciones públicas que le siguieron en los años 1855, 1860, 1865, 1871 y 1893.

Animado el gobernador Fernando de Norzagaray por su espíritu progresista, quiso dar pronto cumplimiento a los deseos de S. M., consultando y conviniendo con la Junta de Comercio, el Ayuntamiento de San Juan y la Sociedad Económica de Amigos del País, celebrar la exposición regional en los días comprendidos entre el 8 y el 23 de junio de 1854.

El 15 de abril Norzagaray publicó un prospecto-programa de la feria que había de tener lugar en ocasión de la festividad del Santo Patrono de la Ciudad, en el que se leía en parte :

El día 1.º de junio a las nueve de la mañana se colocará la bandera nacional en el balcon de la casa del Ayuntamiento, y por la noche sacará el Municipio una gran alborada, que terminará en la Real Fortaleza, para tributar en nombre del pueblo puerto-riqueño los debidos respetos y homenaje a S. M. la Reina doña Isabel II, en la persona del Gobernador Capitán General, como su representante en esta Antilla (200).

De acuerdo con el programa, se abrió solemnemente la exposición el 8 de junio de 1854. La producción industrial, fabril y manual, que fue por cierto muy escasa, según Tapia (201), se exhibió en el local de la Junta de Comercio; el ganado caballar, en la plaza de San Sebastián; el vacuno, en el corral de Caballería; el porcino y el lanar, en el campo del Morro. En la plaza Mayor tuvo lugar la feria de efectos de todas clases, frutos y hortalizas. Establecieronse pruebas de fuerza y resistencia para bueyes de trabajo, llevándose a cabo en el campo de Puerta de Tierra. Nombróse un jurado calificador y se designaron premios para las mejores exhibiciones y para aquellas personas que probaren haber contribuido al fomento agrícola y pecuario del país, de una o varias de las maneras siguientes: poseyendo la más numerosa crianza de ganado mular; aclimatando el mayor número de reses lanares, de casta merina; criando el mayor número de vacas de leche en sus fincas; plantando, durante el año 1853, el mayor número de arbustos de café, en exceso de tres mil; sembrando el mayor número de cuerdas de algodón, en exceso de 25; cosechando el mayor número de quintales de arroz, maíz, cacao o añil, en el año 1853; cosechando la mejor clase de tabaco; aclimatando o cultivando árboles frutales, granos o legumbres españolas de utilidad local; elaborando la mejor calidad de azúcar moscabado.

Mirando al porvenir, la Junta de Comercio creó varios premios con el fin de fomentar el comercio y las industrias; uno para el que presentara, teniendo en cuenta las condiciones y pobreza locales, una memoria y plan de cultivo de la caña y elaboración del azúcar; otro para el más idóneo dependiente de casa de comercio; y uno para el que se dedicara, en 1855, al cultivo en mayor escala, del gusano de seda y la cochinilla.

En cuanto a la parte industrial, fueron muy notables las exhibiciones de labores de aguja, demostrándose aún en aquella lejana época, la evidente aptitud de la mujer puertorriqueña para contribuir con sus manos al desenvolvimiento económico del país, en una medida aún no alcanzada. Reveladoras del ingenio y de la iniciativa de una campesina, fueron ciertas prendas de vestir confeccionadas de algodón, cogido, hilado y labrado por ella misma, sin auxilio de maquinarias ni de previo aprendizaje.

La significación de la hazaña realizada por aquella humilde vecina de Caguas, Filomena Ramos, debiera ser meditada hondamente por nuestros contemporáneos, confusos y vacilantes, ante el espec-

táculo de incertidumbre económica que presenta la pequeña isla, agobiada por una población excesiva, impotente para convertir su mayor riqueza potencial, la población misma, en riqueza productiva, precisamente porque el Estado no ha reconocido la importancia económica de la iniciativa individual en cualquier plan encaminado a fomentarla.

Otros ejemplares de labores de algodón, hilado también en el país, fueron exhibidos, así como numerosos éncajes y piezas caladas y bordadas con hilo, seda, cañamazo, felpilla y cuentas. Presentáronse también muestras de papel y sogas elaboradas con la fibra del tallo de plátano y trenzas de hilo de piña, magüey y pita-haya, otras tantas posibilidades industriales que no han sido aprovechadas hasta el presente. El expositor del papel y sogas de hilo de plátanos podía producir un beneficio anual de 60 pesos en el hilo extraído, más el producto de los frutos (202), o de sus derivados, la harina y la fécula, el primero de los cuales dejaría un beneficio de 90 pesos, o sea, un total de 150 pesos por cuerda.

En la sección de ebanistería descollaron un requinto, instrumento de música, enteramente construido con maderas del país, con excepción del mecanismo de las llaves; muebles en cuya construcción se habían empleado ensambladuras, tallados, incrustaciones y fileteados; carrocería y carretonería. La Real maestranza de Artillería, encargada de la construcción de ruedas, montajes y accesorios para la artillería de la Plaza, exhibió un muestrario de maderas del país, consistente de 180 piezas de distintas maderas; varios modelos de maquinarias y piezas de artillería, armones, cureñas, cabrias y armas de cañón corto y largo.

La sección de máquinas incluía un descascarador de arroz y café, ideado y construido en el país, un modelo de una trituradora de piedra, capaz de superar en más de 60 % la labor de 4 hombres; bombas para elevar agua, construidas en la ciudad, con capacidad para extraer 18 pies cúbicos de agua por minuto; y un modelo de trapiche movido por fuerza animal, provisto de un piñón de transmisión que multiplicaba las revoluciones de las masas.

Bálsamos antirreumático y antipirótico, tinta estigmática, aceites esenciales, colorantes, aguas medicinales, jugos de frutas y otros productos preparados con materias primas producidas en el país, fueron presentados por los farmacéuticos de la ciudad y de la Isla.

202. Andrés Viña: "Memoria descriptiva de la primera exposición pública de la industria, agricultura y bellas artes, de la Isla de Puerto Rico, en junio de 1854", reproducida en I/3/173 c. s.

Los licoristas expusieron muestras de licores de pomarrosa, de ron de caña, de coco y de malagueta. Un solo expositor presentó piñas conservadas en su jugo, enseñando así el camino a una industria que floreció en el país más de sesenta años después. Las secciones de agricultura, pecuaria y mineralogía no merecen comentario especial.

Dos prominentes vecinos de la ciudad, don José Julián Acosta y don Jorge Látimer, contribuyeron al buen éxito de la feria con sus colecciones de reliquias indígenas, consistentes de varias hachas e ídolos mamiformes de piedra, fragmentos de ollería, collares de piedra macisa y amuletos (203).

Indició de que estaba ya en la mente de los isleños la explotación en gran escala de las riquezas naturales de la Isla, para lo cual era indispensable la construcción de la red de carreteras que había empezado entonces con la de Cataño a Bayamón, fueron los modelos de puentes de distintos tipos que se presentaron a este concurso.

En cuanto a las Bellas Artes, exhibiéronse 42 obras de pintura, principalmente al óleo, dos o tres dibujos a la pluma y un cuadro en cera, ejecutados por 10 expositores de ambos sexos, predominando entre los asuntos, las imágenes de los santos y los retratos. Este hecho, así como la ausencia de paisajes y marinas, indicaba probablemente la vida de reclusión intramuros que se hacía entonces, tanto como el influjo de las preocupaciones religiosas de la época.

La exposición de 1854, aunque de modestas proporciones y de limitado valor compensativo — sólo se adjudicaron 9 medallas de oro, 38 de plata y 1.923 pesos en premios — (204) sirvió para demostrar que Puerto Rico había sobrevivido definitivamente la primera etapa de su vida (1508-1815), el sistema prohibicionista-aislacionista y que, impelido por el espíritu progresista del siglo XIX, se aprestaba a desarrollar su relativamente enorme potencialidad económica.

## EL ALZAMIENTO DE LOS ARTILLEROS

Por real decreto de 11 de agosto de 1854 se había concedido a todos los individuos de la clase de tropa, del ejército de la Penín-

---

203. La colección del señor Látimer creció en importancia. Poco antes de morir, en 1874, la donó al Museo Nacional de Washington, cuando constaba de 269 objetos, más numerosos fragmentos de ollería. (Otis T. Mason: *The Latimer Collection of Antiquities from Puerto Rico in the National Museum at Washington, D. C., Gov. Printing Office, 1877.*)

204. Viñas: *Op. cit.*

sula, la rebaja de dos años de servicio. La orden no se había hecho expresamente extensiva a las unidades que servían en Ultramar.

Surgió el descontento entre las tropas de guarnición en San Juan, a muchos de cuyos miembros disgustaba el servicio fuera de España, adquiriendo caracteres de violencia entre los cabos y soldados de la brigada de artillería que ocupaba el castillo de San Cristóbal. Conocedoras las autoridades de la actitud de dichos soldados, habían tomado prevenciones para evitar que los artilleros exacerbaran los ánimos de las tropas de infantería: prohibieron a los primeros que frecuentaran las tiendas y cafés de la ciudad y a los individuos de ambos cuerpos, que se comunicaran privadamente entre sí.

El 26 de septiembre recibió el gobernador Norzagaray un anónimo, escrito a nombre de las tropas de la guarnición, demandando el cumplimiento del real decreto en cuestión, so pena de pasar por las armas al propio gobernador y a los jefes de la Plaza y de entregar la Isla «al extranjero».

Y mientras el gobernador Norzagaray trataba de exponer la situación al gobierno de Madrid y obtener su esclarecimiento, era relevado del cargo, nombrándose en su lugar al teniente general Andrés García Camba, quien tomó posesión el 31 de enero de 1855.

Ocho meses después de publicado el decreto, se agotaba la paciencia de los artilleros destacados en San Juan. Durante la primera noche del 18 de abril se apoderaron de las armas, de las baterías y de la puerta del castillo de San Cristóbal, disparando los fusiles al aire y a las casas de la ciudad, y mientras daban vivas al general Espartero y a la reina, pedían a gritos que se les uniera la infantería. La rápida intervención de los oficiales de los tres regimientos de esa arma, el de Valladolid, Cádiz y Madrid, logró mantenerlos en orden. Menos afortunados los jefes y oficiales de la brigada de artillería, trataban en vano de reducir a los suyos a la obediencia.

El gobernador García Camba, quien había pasado la noche sobre las armas, hubiera podido sofocar el movimiento lanzando los regimientos de infantería que le eran leales sobre los amotinados, pero como probablemente dudaba de ellos, prefirió destacar dos, de tal manera que impidieran la salida de los artilleros hacia la ciudad, acuartelando el tercero en el castillo del Morro.

Mientras tanto los sublevados, faltos de municiones, enviaron por la poterna del castillo que salía a Puerta de Tierra, un piquete para procurarlas del polvorín de San Gerónimo. Fueron interceptados por la compañía de granaderos de Valladolid, quienes redujeron a prisión a ocho de los artilleros.

Cundía el pánico entre los habitantes de la población. A la ge-

neral confusión y cierrapuertas que provocaron los primeros disparos de los amotinados, siguió un silencio profundo, interrumpido solamente por los pasos de los piquetes de infantería que rondaban las calles.

Al amanecer del día 14 se vio que los artilleros continuaban sobre las armas, teniendo abocados algunos cañones al pueblo, en la batería más alta del fuerte, el Caballero. Esparcida la noticia con gran rapidez por toda la ciudad, empezaron algunas personas, presas del mayor espanto, a abandonarla desordenadamente. Los artilleros insistían en hablar al gobernador en el castillo; éste, que ya les había hecho saber que no trataría con soldados amotinados, envió al coronel Carlos Fidrich, jefe del Estado Mayor, para comunicarles que si deponían las armas y salían del castillo con sus oficiales, les recibiría. García Camba les aguardaba en la Plaza vecina, de pie, frente a los regimientos de Valladolid y Cádiz, que le servían de escolta. Los artilleros bajaron del castillo sin las armas, formándose a corta distancia de la infantería. Hízoles ver el gobernador la gravedad del crimen por ellos cometido y recordóles sus deberes militares, terminando la arenga prometiéndoles, en nombre de S. M., que no sufrirían pena corporal por aquel delito.

Dispuso el gobernador que dos baterías se alojaran en el almacén del arsenal de la Marina y las otras dos en el cuartelillo de Santa Bárbara, encargando a dos compañías de infantería la guarda del castillo de San Cristóbal.

El mismo día 14 un centinela del arsenal mató de un disparo a un artillero rebajado que se había presentado en ademán amenazante, armado y borracho por aquellos alrededores, decíase que para defender a sus compañeros.

El incidente, relata García Camba (205), produjo en los habitantes de la ciudad el «más terrible pánico», comenzando un éxodo espantoso hacia los campos vecinos que se prolongó durante el día siguiente. Huía la gente precipitadamente en toda clase de vehículos y sobre toda clase de monturas, a pie, y, a través de la bahía, en embarcaciones de vela y remos, dando lugar a numerosos accidentes. Tres mujeres y una criatura perdieron la vida a consecuencia del vuelco de un bote, siendo así que el pánico causara mayor número de víctimas que el motín, si exceptuamos los siete artilleros que fueron más tarde fusilados por sentencia del consejo de guerra que entendió en el caso. Durante la perturbación sólo perdió la vida un hombre y dos fueron heridos.

205. "Levantamiento de los Artilleros de la Isla de Puerto Rico", Madrid, 1856.

## SEGUNDA FERIA - EXPOSICION

Otra vez por iniciativa del gobernador Norzagaray, y sujeta a un plan idéntico al de la celebrada el año 1854, la segunda feria abrió sus puertas al público el 10 de junio del año siguiente, bajo la presidencia del gobernador García Camba, quien había relevado a Norzagaray a principios de año.

Concurrieron a la sección de Bellas Artes 21 expositores, exhibiendo 48 cuadros y dos obras de escultura, revelándose así el efecto estimulante que había surtido la primera feria entre los aficionados del país. Aunque, como en el anterior concurso, casi predominaron los asuntos religiosos, siendo esta vez sólo expedidos por el número de retratos, exhibiéndose algunos paisajes y cuadros de flores y plantas. Los dos ensayos en yeso demostraron que la escultura también tenía en la ciudad sus ignorados devotos.

La sección de agricultura comprendió muestras de cacao, tabaco, café, algodón, arroz, maíz, ajos, cebollas, papas, hortalizas y frutos menores. Un propietario de Trujillo-Bajo certificó poseer diecinueve mil matas de cacao, prueba inequívoca de la feracidad de aquel suelo (206). Las muestras del mejor tabaco cosechado en el año correspondieron a Isabela; los certificados de propiedad presentados a la feria revelaron que había varios cafetales en la Isla con más de diez mil árboles de café, cada uno; la mayor plantación de algodón tenía 26 cuerdas, 70 la de arroz y 88 la de maíz.

En cuanto a la crianza de ganado, sirvió la segunda feria para comprobar que había, cuando menos, un ganadero en la Isla que poseía 220 vacas de vientre; que otro había logrado aclimatar y cruzar, en los llanos de la costa sur, varios ejemplares de la casta senegalesa; que había un criador que poseía 78 yeguas de vientre; y que se adiestraba con esmero a ciertos caballos a desarrollar el paso de *andadura*. Una revelación interesante del concurso nos hizo saber que comenzaba entonces a extenderse a la región montañosa de la Isla la zona agrícola, hasta entonces limitada a los terrenos de aluvión situados en los llanos de la costa.

Aunque las exhibiciones de platería, dorado, ebanistería, carpintería, tonelería, textiles, licorería y armería fueron insignificantes, pusieron de manifiesto la posibilidad de utilizar en la industria numerosas materias primas del país, que pueden sustituir a las importadas. Por ejemplo, un expositor de Río Grande demostró que se

206. Es el árbol de cacao una de las plantas tropicales que requiere, para poder desarrollar su raíz pivotante, una capa vegetal de gran espesor.



puede construir bocoyes de mangle bobo; otros que es factible extraer manualmente buen hilo de la maya; que con el hilo de plátano es posible tejer sogas capaces de resistir usos tan severos como el requerido de las coyundas para bueyes; que se puede utilizar la fibra de yaguas para hacer aparejos, jáquimas y hamacas. Un expositor de Ponce declaró que de la resina del tabonuco se puede extraer un aceite esencial y un barniz; que la corteza del árbol de quina del país rinde un alcaloide antifebrífugo; que la miel y la cera de los apiarios de Humacao eran tan buenas como las de Cuba. También se demostró que nuestras canteras producen excelentes piedras de amolar; nuestros yagrumos, la madera para fabricar clarines; nuestras charcas, sanguijuelas tan útiles a la medicina como las importadas; nuestras montañas, arroz de tan alta calidad como el americano.

### DESARROLLO DEL POBLADO DE CATAÑO

Habiéndose fundado hacia mediados del siglo XIX la «Compañía Puertorriqueña» para explotar el negocio de transporte de carga y pasajeros a través de la bahía de San Juan, cobró impulso el desarrollo del villorio de Cataño, habitado entonces principalmente por pequeños traficantes que vendían en la ciudad los frutos y productos del rico valle del Bayamón. Competía ventajosamente esta región por su mayor fertilidad, con la comprendida entre San Juan y Río Piedras, en el abastecimiento de provisiones de boca, que enviaba a la Capital en abundancia suficiente para permitir el sostenimiento de la «Compañía Puertorriqueña». Comprendiendo sus directores cuán beneficioso sería a la compañía fomentar el crecimiento de Cataño, acordaron, en 1852 (207), conceder a los vecinos de Palo-Seco numerosos solares en Cataño, para inducirlos a radicarse en la aldea que se proponían convertir en un pueblo. Ofrecieron los solares en venta a 60 pesos cada uno, o a un módico arrendamiento, librando a los inquilinos del pago del canon correspondiente durante un período de tres años, y solicitaron del Gobierno que se concediera licencia para que éstos pudieran techar sus casas con yaguas cuando no pudieren costear techumbres de tejamaní. Al mismo tiempo la compañía, que tenía en servicio varios lanchones movidos por una vela latina, redujo a un real el pasaje de un caballo cargado, desde Cataño a San Juan, facilitando así la conducción de



las cargas hasta la plaza del Mercado, evitando descargarlas en la Marina, como se había acostumbrado hasta entonces.

De esa época data la afluencia de pobladores a Cataño, que había de transformarlo en populosa barriada a fines del siglo XIX.

## ORGULLO EDILICIO

Cediendo a las solicitudes del formalismo de la época y conscientes del prestigio de que disfrutaba la más antigua corporación municipal de la Isla, solicitó el Ayuntamiento de San Juan a la Corona, por conducto del gobernador Echagüe, licencia para que los individuos que la componían usaran un distintivo de sus cargos.

Concediólo Isabel II en la forma de una medalla de oro con las armas de la Nación en el anverso y las de la ciudad en el reverso, que sería llevada al cuello, pendiente de un cordón del mismo metal (208).

## LA TERCERA FERIA - EXPOSICION

Celebrada en San Juan (1860), la tercera feria reveló cierto estancamiento en el progreso industrial y agrícola de la Isla. Los productos exhibidos fueron, con raras excepciones, de la misma naturaleza y clase que en las exposiciones anteriores. Permanecían alejados de ella los principales fabricantes de azúcar, absteniéndose también de concurrir un gran número de pequeños industriales del interior, temerosos, según se decía, de que el relativo grado de excelencia de sus productos pudiera servir de base al gobierno para crear nuevos impuestos y contribuciones, o aumentar las ya existentes. Sin embargo, hubo un aumento en el número de expositores y se notó algún progreso en la crianza de animales mediante el cruzamiento con ejemplares importados, así como en el cultivo y preparación del tabaco.

Las enseñanzas que se derivaron de este concurso para el aprovechamiento de las riquezas naturales del país, fueron escasas. Demuéstrase que es posible elaborar en el país almidón de la batata, yautía, apio y chayote; cosechar canela; utilizar la peronía como elemento decorativo; fabricar botones de la concha del coco; utilizar la hierba *zorra* como un textil para la fabricación de canastos; hacer

---

208. Real orden de julio 2 de 1861.

techumbres con algunas maderas preciosas del país, como la tejamaní de ausubo; hacer espumoso chocolate con el cacao nativo; sacar algodón de seda de una planta indígena, y algodón corriente del árbol ceiba hembra; fabricar colchones con la barba del úcar y extraer aceite del maní.

## LA EPIDEMIA DEL COLERA MORBUS EN SAN JUAN

El 7 de diciembre de 1855 aparecieron en la ciudad los primeros brotes de la epidemia que había invadido la Isla por la playa de Naguabo, hacia cerca de un mes.

Apelóse a las enérgicas medidas que se acostumbraba tomar en estos casos: redoblar la vigilancia en las puertas de la ciudad para detener y aislar las personas procedentes de las zonas infectadas; la desinfección de la correspondencia, no sabemos si con vinagre, como se había hecho en 1817, en ocasión de una epidemia de fiebre amarilla; la purificación del aire mediante hogueras de enebro y otras plantas, que se hacían en las esquinas de las calles y en las casas (209).

No faltaron tampoco las misas, procesiones y las rogativas públicas aconsejadas por el obispo, que recorrieron la ciudad entonando a coro la interminable Letanía de los Santos, cuyo impresionante estribillo repetía el eco en las estrechas calles:

*...Sancte Barnaba -- Ora pro nobis,  
Sancte Luce — Ora pro nobis,  
Sancte Marce — Ora pro nobis...*

para apaciguar así la ira divina manifestada en estas ocasiones como justo castigo «por los excesos, vicios y escándalos públicos y privados» de que la Iglesia encontraba culpable a los habitantes de la ciudad.

Desconociéndose por entonces el modo de transmisión del germen que producía la enfermedad y siendo, por lo tanto, inefectivas cuantas medidas dictara la Junta de Sanidad y el celo religioso de los capitalinos, el cólera había hecho más de 500 víctimas en unas tres semanas.

Empleábanse los planes curativos de los doctores Dumas y José

María Vargas, divulgado este último en una *Instrucción Popular*, publicada oficialmente, de los cuales nos ocuparemos en el capítulo dedicado a la historia de la medicina en San Juan (210).

## LA CUARTA FERIA - EXPOSICION DE 1865

Llevóse a cabo en uno de los salones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, poniendo de manifiesto la decadencia del interés público en esta clase de concursos. De las ocho secciones que lo componían, varias quedaron desiertas o casi desiertas, notándose que a algunas de ellas sólo concurrieron uno o dos expositores. De la pobreza de las exhibiciones dejó constancia la *Memoria* (211) redactada al efecto, es un pasaje en que se lee como sigue :

En los demás frutos importantes observamos una sola muestra de tabaco en rama o hilado procedente de las Piedras y otra de maíz y batatas remitida por un vecino de Rincón : de cuantos otros productos traen su origen de la tierra, nada notable figuraba en la Exposición...

exceptuando un muestrario de maderas en forma de bastones, una colección de textiles nativos y algunas muestras de cera y miel, notables, si acaso, por el hecho de proceder de un apiario de Aguadilla, que contaba con 250 colmenas.

Por lo demás, la feria nos hizo saber que para esa época se había iniciado en el país una pequeña industria de fabricación de chocolate al vapor ; que la alfarería tomaba incremento y que los criadores de caballos finos lograban mejorar las cualidades de resistencia y comodidad del paso característico de las monturas de procedencia árabe, que iban dando fama en las Antillas a los caballos de Puerto Rico.

## LOS TEMBLORES DE 1867

Fuera de las consecuencias indirectas que tuvo este fenómeno en el crecimiento de la barriada de Puerta de Tierra y del pánico pro-

210. "Prontuario de Disposiciones Oficiales", redactado por don Francisco Ramos. Puerto Rico. Imp. de González, 1866: 98.

211. Memoria Descriptiva de la Cuarta Feria y Exposición Pública de la Agricultura, la Industria y Bellas Artes, etc., 1865.

ducido en los capitalinos, los temblores del 67 no fueron suficientemente violentos en San Juan para hacerse en verdad memorables. El daño a los edificios se limitó a unas cuantas paredes agrietadas y a la dislocación de unos cuantos ladrillos del campanario de la Catedral, que fueron arrojados al atrio durante una de las numerosas sacudidas.

## LA PROCLAMA DEL GENERAL PAVIA

El 8 de octubre de 1868 circuló en la Capital una proclama suscrita por el capitán general y gobernador superior civil de Puerto Rico, don Julián Pavía, que contenía, a pesar del espíritu tolerante de su autor, una breve exposición de los hechos ocurridos en la rebelión de Lares, una bárbara condenación de los mismos, llena de desprecio y vituperio, y una reafirmación de la lealtad del pueblo de Puerto Rico a la Corona, lealtad que él reconocía ser «inquebrantable, incrustada en vuestro ser por la tradición de los siglos» (212).

Los capitalinos habían permanecido glacialmente indiferentes al gesto de Lares. Los capitalistas y hombres influyentes nada habían contribuido a la asonada que había costado al patriota Betances doce años de preparación que, sea dicho entre paréntesis, se esfumaron en doce horas. Encerrados secularmente con el omnipotente representante de la Corona dentro del circuito de las murallas, se había hecho en la inmensa mayoría de ellos segunda naturaleza el arte de obtener concesiones, ventajas o beneficios del gobierno mediante la súplica humilde, la discusión o la argumentación respetuosas, en cuanto éstas eran toleradas por el férreo régimen. Las autoridades tomaban por lealtad inquebrantable aquella resignación originada en la práctica de los viejos recursos puramente verbales y en el conocimiento de la propia impotencia. Por eso la diatriba de Pavía no produjo motines, ni siquiera violentas discusiones en los lugares de reunión de la Capital. Con mortal indiferencia leyeron las palabras del general que describía a los rebeldes de Lares como «un corto número de industriales quebrados, de agricultores arruinados por sus vicios y vida liviana y licenciosa, en unión de algunos venezolanos y dominicanos que gozaban de generosa hospitalidad».

En realidad, tanto los capitalinos como los demás habitantes de la Isla, tenían sobrados motivos para sentir sus ánimos deprimidos en aquellos aciagos días de 1867. Dentro y fuera de la Isla, y en

---

212. Texto reproducido en I/8/378.

rápida sucesión, habían ocurrido una serie de sucesos que directa e indirectamente afectaron de veras la vida y la economía insulares, conmoviendo el espíritu de sus habitantes. El 10 de abril de dicho año presentaron los comisionados de Puerto Rico, don José Julián Acosta, don Segundo Belvis y don Francisco Mariano Quiñones, a la Junta de Información sobre Reformas Ultramarinas, en Madrid, su magnífico alegato demandando la radical e inmediata abolición de la esclavitud en Puerto Rico; en el mes de junio daba principio en Cuba la conspiración precursora de la guerra de los Diez Años; en julio el gobernador Marchessi ordenaba la captura de Betances y Ruiz Belvis (213); en aquellos días cobraba ímpetu la revolución en España que culminó, al año siguiente, con el destronamiento de Isabel II; el 23 de septiembre abortó en Lares la revolución de Puerto Rico; diecisiete días después proclama Céspedes la independencia de Cuba en Yara; el 29 azota la Isla uno de los más furiosos huracanes que jamás la haya visitado, «San Narciso», destruyendo propiedades cuyo valor se estimó en cerca de trece millones de escudos (214); el 18 de noviembre tembló la tierra, desplomándose varias chimeneas de ingenios, agrietándose numerosas casas y dejando cinco iglesias medio arruinadas. Las contribuciones excesivas, arbitrariamente asignadas a cada pueblo, en forma de cupos para el subsidio, se hacían intolerables. Surgió una muy aguda crisis económica. Y mientras España entraba en la regencia del duque de la Torre y se decretaba la libertad de cultos y otras reformas liberalizadoras, Sanz implantaba su desgraciada política reaccionaria en la Isla.

## SAN JUAN SE UNE A LA ISLA POR EL HILO TELEGRAFICO

En 1864 el gobernador Messina publicó una curiosa circular (215) delineando un plan para la construcción de la primera línea telegráfica en la Isla. Admitía el general que la dificultad mayor para llevarlo a la práctica consistía en arbitrar medios para su sostenimiento, ya que, decía, durante muchos años la correspondencia telegráfica en la Isla no sería suficientemente extensa para sostenerla. El presupuesto de la obra montaba a 45.000 pesos y debía ser cubierto, en parte, por el pueblo, mediante donativos volunta-

---

213. XXXIII/julio 11 de 1867.

214. XII/37.

215. N.º 7, año 1864. V. el texto en *Prontuario*: 417.

rios, recaudados por los alcaldes, ya en maderas duras del país, propias para postes, cortadas en la «lunación oportuna» (216).

El general Messina fue relevado del cargo a fines de 1865, dejando inconcluso su laudable proyecto. Los sucesos de Lares en el 67 pusieron de manifiesto la necesidad de proveer comunicación rápida entre la Capital y el interior de la Isla. En enero del 68 dictaba el gobernador Sanz una resolución para establecer una línea telegráfica entre San Juan y Arecibo, sede de la comandancia militar encargada de cubrir el territorio del interior montañoso de aquella región de la Isla. La resolución fue aprobada en Madrid, por el Poder Ejecutivo, en marzo de 1869.

### **DEROGADA LA INFORMACION DE LIMPIEZA DE SANGRE**

A propuesta del ministro de Ultramar, don Manuel Becerra, el Regente del Reino expidió, el 20 de marzo de 1870, un decreto cuyo artículo único leía :

En todos los territorios españoles de Ultramar, sin excepción, quedan derogados para siempre cuantas disposiciones y prácticas hacen necesaria la llamada información de limpieza de sangre en los diferentes casos y para los distintos objetos, tanto respecto del desempeño de cargos públicos y ejercicio de profesiones, como para todo lo que comprende la legislación civil vigente (\*).

Hacia poco más de tres años que se había decretado (\*\*) la supresión de la anacrónica e inhumana información de limpieza de sangre que se exigía en las colonias españolas a los estudiantes que optaban a los cursos de segunda enseñanza.

Ambos decretos convirtieron en papeles muertos, para siempre abandonados a las incursiones destructoras de la polilla, los voluminosos expedientes de limpieza de sangre amontonados en el archivo del viejo Cabildo de la ciudad, mudos comprobantes del hecho trágico de la lentitud del progreso moral del hombre.

Deberá ser para siempre motivo de orgullo a los capitalinos re-

216. Es este, que sepamos, el primer reconocimiento oficial de la creencia popular de que los árboles para madera deben cortarse durante la luna menguante, creencia que aún en nuestros días no ha recibido corroboración científica.

\* Texto en 1/9/386.

\*\* Real orden de 26 de octubre de 1866.

cordar que uno de los hijos eminentes de la ciudad, don José Julián Acosta, a la sazón residente en Madrid, influyó tesoneramente en el ánimo del ministro de Ultramar, don Manuel Becerra, inclinándolo a actuar en este asunto de interés nacional y colaborando con él tan estrechamente, que recibió y cumplió el encargo de redactar el preámbulo del Decreto derogatorio (\*).

### LA CAPITAL READQUIERE REPRESENTACION EN CORTES

Electos los diputados de Puerto Rico a las Cortes Constituyentes españolas de 1869, fruto de la revolución de septiembre, obtuvieron la representación del distrito de San Juan, los señores Juan Antonio Puig, sacerdote mallorquín de marcadas tendencias esclavistas, que había de ser nombrado más tarde Obispo de Puerto Rico; el jurista y economista Manuel Valdés Linares, oriundo de Venezuela; el hacendado José Ramón Fernández, marqués de la Esperanza, y don Juan Bautista Machicote.

Posteriormente, y por extraño designio del destino, o por destinadas maniobras del Poder, hubo de recaer la representación de la Capital en la Asamblea nacional, en el ex gobernador de Puerto Rico, el general José Laureano Sanz, archiconservador e iracundo procónsul, de triste memoria en la Isla, a quien estaba reservado dar su voto en la sesión del 22 de marzo de 1873, al proyecto de abolición de la esclavitud en Puerto Rico.

El 14 de mayo del mismo año fue electo diputado a Cortes, por el distrito de la Capital, el patriota don José de Celís Aguilera.

### APERTURA DE LA TERCERA DIPUTACION PROVINCIAL

Creada por decreto de 28 de agosto de 1870, la solemne apertura de la Diputación Provincial, por cuyo instrumento Puerto Rico entraba definitivamente en el goce de los derechos políticos y de las funciones administrativas concedidas a las provincias españolas, tuvo lugar en la sala capitular del Ayuntamiento de San Juan, el día 1.º de abril de 1871.

Acompañado por una comisión de cuatro diputados, que había sido destacada para escoltarle desde la Fortaleza, el presidente de la Diputación Provincial y gobernador de Puerto Rico, don Gabriel

---

\* Angel Acosta Quintero: *José Julián Acosta y su Tiempo*, págs. 391-395.

Baldrich y Palau, entró al salón de sesiones cerca de la una de la tarde, para dar lectura a su discurso inaugural y proclamar la apertura de la Diputación.

Por el énfasis que impartió a la necesidad de fomentar la instrucción pública en el país, el discurso del gobernador Baldrich merece un puesto prominente entre las expresiones animadas por un espíritu constructivo que se dejaron oír por los ámbitos de la ciudad, de labios de un gobernante, durante el régimen español.

Si esta corporación, *dijo, en parte*, fuese llamada por su instituto y su legal precepto a juzgar de cosas é instituciones políticas; si la primera Autoridad pudiera en esta solemnidad extenderse en otras consideraciones de orden más elevado, os diría que sin una instrucción popular bien comunicada, sin una enseñanza Nacional fundada en el movimiento científico y literario de España, la patria gloriosa de todos nosotros, no es posible que haya progreso en la acepción legal y política de esta palabra (217).

Luego recordó a los diputados (aunque en forma distinta) que menos de un 12 % de la población de la Isla sabía leer y escribir, añadiendo, en palabras que parecían inspiradas en los nobles principios de la revolución de septiembre :

Este estado de cosas no puede consentirlo ni el Gobierno, al cual corresponde la inspección general de la enseñanza pública, ni la Diputación Provincial que tiene la alta misión de propagar la enseñanza entre todas las clases de la sociedad.

Terminando el discurso, el gobernador Baldrich pronunció la fórmula de instalación que venía al caso :

En nombre de S. M. el Rey (218) queda instalada la Diputación Provincial en Puerto Rico.

Elegido vicepresidente don José Severo Quiñones, pidió la palabra para dar las gracias, diciendo entre otras cosas significativas, las que deseamos conservar aquí para provecho de aquellos que, interesándose en la historia de la ciudad, deberán necesariamente

---

217. Texto del discurso en XXXIII/41/1-Año 1871.

218. Reinaba Amadeo de Saboya, desde el 2 de enero de 1871.



documentarse en la de la Isla, para poder interpretar atinadamente algunos de los episodios de su vida :

El día de hoy, Señores Diputados, es un verdadero día de fiestas para la Isla de Puerto Rico. Al fin después de tantos años (219), de tantos reveses, de tan varios encontrados sucesos, la Isla de Puerto Rico, usando de la gráfica expresión de S. E., va a ejercitar uno de los derechos más importantes que concede a los pueblos el gobierno representativo, el de intervenir de una manera inmediata y directa en las gestiones de sus propios intereses. Al fin, Señores, gracias a Dios y a la justicia y bondad de nuestra causa, la Isla de Puerto Rico va a trabajar con sus propias manos, poniendo a su servicio la actividad e inteligencia de sus hijos, en la grande obra de su porvenir...

Los pueblos nos piden buenas escuelas, buenos maestros; los pueblos nos piden institutos, universidad, museos, academias; los pueblos nos piden puentes, caminos, canales (220), telégrafos, establecimientos públicos de caridad y de beneficencia... Pero para todo esto, Excmo. Señor, se necesitan recursos materiales, muchos recursos y es preciso convenir en que la Provincia de Puerto Rico no los tiene.

Hoy nace la Diputación Provincial a la vida pública, y nace pobre y desnuda; sin hogar donde albergarse, ni sillas siquiera donde sentarse para celebrar tranquilamente sus sesiones. O la Ley está obscuramente redactada, o todos los recursos de la Diputación Provincial quedan reducidos a las rentas o productos de los bienes de la propiedad particular de la Provincia, y éstos en Puerto Rico son ningunos o tan pocos, que ni siquiera valen la pena de enumerarse.

Rechazó el orador, por impolítico, el recurso de arbitrar fondos para la Diputación mediante derrama sobre los pueblos de la Isla, abrumados ya de sobra por las contribuciones corrientes, y prometió que la Diputación sugeriría más adelante los medios convenientes para salvar la dificultad.

---

219. Treinta y cuatro años habían transcurrido desde la última supresión del régimen constitucional en la Isla.

220. Debe referirse el orador al proyecto de canalización para unir al río Loiza con la bahía de San Juan, iniciado en el 1840. V. pág. supra.

Decid Señor, al Gobierno de S. M., *terminó diciendo el orador*, que la Isla de Puerto Rico no tiene más que una sola aspiración: la de sentarse en el banquete nacional al lado de sus hermanas las demas Provincias españolas: que queremos ser ciudadanos españoles y usar de los mismos derechos de que gozan los altivos Aragoneses, los fieros Catalanes, como todos los demas pueblos que cobija la gloriosa bandera de Castilla...

Atendiendo a las indicaciones del vicepresidente de la Diputación Provincial, poco tiempo después le cedía el Gobierno de la Isla el edificio del viejo mercado, situado frente a la esquina noroeste de la plaza Mayor, antiguamente utilizado como cementerio de la Catedral. La Diputación dispuso su reconstrucción en el año 73, a un coste de 30.000 pesos. Convertido el vetusto mercado en el palacio de la Diputación, fue ocupado permanentemente por esta entidad en el 1876.

En el mismo año del 71 le fueron transferidas la propiedad del Asilo de Dementes y el Hospital de la Caridad.

Para dar cumplimiento a la Ley Provincial que prescribía, entre sus funciones, la de atender a la enseñanza pública, la Diputación estableció la Lotería Provincial, cuyos réditos le permitieron acometer la empresa de construir los edificios de las escuelas Pías y el colegio de las Madres, ambos situados en Santurce. Dicho plan fue favorecido por decreto del Gobierno central, fechado en Madrid el 11 de julio de 1874. Era el propósito del Ayuntamiento costear, con el producto de dicha lotería, la construcción de una cárcel, un hospital, una casa de oficios y otros edificios públicos (221).

## EL MOTIN DE LAS PEDRADAS

En el año 1871 era fuertemente agitado el país por la discusión de la doctrina abolicionista, cuya primera gran victoria, la aprobación de la ley de 23 de junio de 1870, concediendo la libertad a los esclavos mayores de setenta años y de los nacidos después del 17 de septiembre de 1868, había enconado a los esclavistas de la Isla. Urdían éstos actuando de acuerdo con sus agentes en Madrid, toda clase de tramas para dilatar la adopción de la humanitaria reforma, llegando hasta provocar escándalos y motines en la Capital y en

221. Texto de la orden en I/12/232.

algunos pueblos, con el doble fin de crear la impresión en España de que los abolicionistas encubrían miras separatistas, y de obstaculizar la administración del gobernador Gabriel Baldrich, quien ya se había declarado «fiel intérprete del Gobierno de la Nación» (222), instrumento de la revolución de septiembre, suprimiendo la previa censura de la Prensa. Cuidábanse los agitadores de exacerbar el sentimiento regionalista tramando riñas entre los hombres de color y los soldados de la guarnición, españoles de pura cepa, originando con ello alarmas y cierrapuertas. Recurrían también al pueril recurso de amarrar latas a los rabos de unos cuantos perros que obligaban a correr estrepitosamente por las calles.

Un día del mes de julio del 71 los esclavistas lograron promover una discusión callejera en San Juan, iniciada maliciosamente por algunos soldados de artillería, cuyos antecedentes levantiscos habían sido astutamente aprovechados por aquéllos. La discusión degeneró en alboroto, y, al intervenir los Voluntarios, en motín. Arrancando los guijarros del pavimento de las calles, el populacho empezó a lanzarlos contra los soldados, mientras daba gritos subversivos. Al día siguiente se repitieron los desórdenes. El gobernador Baldrich, olvidando quizá su propia conveniencia, creó una comisión militar para entender en las acusaciones contra los amotinados, y declaró la ciudad y la Isla en estado de sitio, situación que mantuvo desde el 26 hasta el 31 de julio, cuando se hubo restablecido el orden.

Como única consecuencia de estos sucesos, explotados con vehemencia digna de mejor causa por los conservadores y esclavistas de Madrid, el gobernador Baldrich fue relevado de su cargo, cerca de dos meses después.

## SUPRIMIDO EL AYUNTAMIENTO

La restauración de los Borbones en el trono de España dio al traste con la efímera y tormentosa República española que había visto desfilar cuatros gobiernos distintos en once meses, y trajo de nuevo a Puerto Rico al general José Laureano Sanz, quien descendió sobre la ciudad como si estuviera poseído de ira demoníaca, a comienzos del 1874, a echar por tierra la obra inspirada en los principios republicanos que habían iniciado las municipalidades de la Isla. Valiéndose de una maniobra burda disolvió los ayuntamientos y la

---

222. Decreto suprimiendo la previa censura de la Prensa periódica, de 31 de agosto de 1870.

Diputación, con el solo fin de expulsar a los sustentadores del ideal democrático y sustituirlos por reaccionarios de su propia elección.

## CREACION DEL CUERPO DE ORDEN PUBLICO

Desde los tiempos de la colonización las funciones policíacas habían sido desempeñadas por los mismos gobernadores, por los alcaldes y regidores, y, dentro de ciertas limitaciones, por algunos vecinos blancos de buenas costumbres y de arraigo en la comunidad, que auxiliaban a las autoridades municipales, prestando servicios de patrulla o ronda, principalmente durante las horas de la noche. Siendo así que dichas funciones no estaban claramente delimitadas, sobre todo mientras la ciudad tenía un corto número de habitantes, los gobernadores del siglo XVI actuaban en múltiples ocasiones como si fueran verdaderos agentes y jueces de policía, entendiendo personalmente en casos civiles y criminales (223); manteniendo la moral pública; castigando a los blasfemos, a los amancebados y a los que participaban en juegos de azar; evitando el abuso de acogerse a sagrado; prohibiendo el pastoreo de ganado en el ejido de la ciudad; supervigilando el pesado de las carnes en la carnicería; vigilando y reglamentando la entrada y salida de personas extrañas en la ciudad; en suma, imponiendo el cumplimiento de las ordenanzas y castigando sus violaciones, como había de corresponder exclusivamente, largo tiempo después, a los miembros de la policía.

Todo esto es explicable en una sociedad que estaba en formación, sometida al gobierno personal de un mandatario, quien a su vez recibía instrucciones directas del rey, aún después de haberse creado el Consejo de Indias; mandatario que, debido a la pobreza y pequeñez de la incipiente agrupación urbana y a la escasísima población de la Isla, hubiera permanecido casi ocioso si se hubiera abstenido de intervenir en la ejecución de las ordenanzas. Teniendo en cuenta que hasta el año 1759 el cargo de gobernador fue modestamente remunerado, fluctuando de ordinario el sueldo entre 800 pesos anuales (224), en 1519, y 4.000 en el año primeramente apuntado, y recordando que algunos de los gobernadores eran analfabetos, a

223. Real Cédula de Felipe II nombrando Gobernador de Puerto Rico a Francisco de Solís, reproducida en 1/11/10 e. s. V. también los expedientes de los juicios de residencia de varios gobernadores, especialmente el de Bahamonde de Lugo, reproducido en 1/12/6 e. s.

224. Equivalente de dicha suma computada en maravedíes. V. un documento anónimo en el Archivo de Indias, reproducido en 1/3/118 y varias cédulas de nombramientos de gobernadores.

menudo completamente impreparados para el empleo que habían alcanzado por simple favoritismo, se comprenderá que hombres de esta clase no habían de objetar a aquellas situaciones en que, por el hecho de la confusión de poderes, se exponían a mezclarse en asuntos que estaban muy por debajo de la dignidad del cargo. Imaginémonos a un gobernador amonestando a un transeúnte porque había apostrofado a otro de «¡Bellaco, zote y motilón!», o altercando con el pertiguero de la Catedral porque había permitido colarse en ella a un infeliz esclavo acusado de hurtarles dos reales a su amo.

En el transcurso del tiempo, y a medida que la ciudad iba creciendo en tamaño y en población, los alcaldes, los regidores y los alcaldes de la Santa Hermandad, fueron lentamente asumiendo muchas de las obligaciones meramente policíacas que ejercía el gobernador. En el siglo XVII compartieron éstas con las Milicias Urbanas, especie de guardia nacional, que en tiempos de paz vigilaba el vecindario, imponiendo el orden y prestándole servicios, tales como la guardia de la *casa del rey*, conducción de reos y reparación de caminos (225).

El reglamento publicado en 1817 por el gobernador Meléndez, prescribía la organización de las Milicias Urbanas en compañía de cien hombres, mandados por un capitán y dotados de dos tenientes, tres sargentos y ocho cabos, nombrándose los oficiales por la Capitanía General de entre los primeros vecinos, «más pudientes», que supieran leer, y los ex concejales municipales, con cuatro años de servicio. Estaban obligados a servir todos los hombres de 16 a 60 años, excepto los que gozaban de fuero militar (226). Concedíase el privilegio de anteponer el Don al nombre de todo hijo de capitán de Urbanos (o de regidor) que sirviera en dicho cuerpo, aunque sólo fuera sargento. En los pueblos y villas estaban encargados de los urbanos un sargento mayor, quien recibía órdenes de los alcaldes. Desde el siglo XVIII vestían el uniforme de la infantería de la Plaza, no permitiéndoseles usar la solapa. Los oficiales usaban un galón ancho de oro en el cuello, que era de seda amarilla en el uniforme de los sargentos. Los soldados estaban armados de lanzas y machetes.

Hacia 1840, habiéndose maleado notablemente las Milicias Urbanas, velaban por el orden público los alcaldes primero, segundo y tercero (227). Diez años después el gobernador Pezuela suprimió la prestación de servicios personales por los urbanos para poner

225. R. orden de enero 1.º, 1792.

226. "Prontuario de Disposiciones Oficiales": 506 e. s.

227. XXXIII/2/1-Año 1842.

coto a la explotación a que eran sometidos, haciéndoseles trabajar en beneficio de intereses particulares. Con el desarrollo de la agricultura y de otras industrias, estos abusos se hacían muy lucrativos para los que se dedicaban a tan oscuros manejos.

La complicidad de los artilleros y voluntarios en los desórdenes y motines del 71, y la manifiesta decadencia del *sprit de corps*, de que hacía más de veinte años estaban dando muestras palpables las Milicias Urbanas, indujeron al Gobierno a pensar seriamente en la creación de un cuerpo de policía. En mayo del 72 enviaba a Madrid el gobernador Gómez Pulido un proyecto de creación de un cuerpo de Orden Público, que no empezó a funcionar hasta después de iniciada la segunda administración del gobernador Sanz (1874-1875) (\*), quien tuvo buen cuidado de escoger españoles, o elementos españolizantes, para formarlo. Encargado por entero este instituto del servicio policiaco urbano, diurno y nocturno, en la Capital y la Isla, fue suprimido el Cuerpo de Serenos. Poco tiempo después se fundaba la Guardia Civil, o policía rural, que vino a completar la organización del ramo en la Isla (\*\*).

En 1889 el Ayuntamiento distribuyó el servicio de los guardias de Orden Público en veintinueve puestos que cubrían totalmente la ciudad intramuros, con sus cuatro puertas principales y los barrios extramuros de Puería de Tierra (hasta la 3.ª línea) y La Puntilla, incluyendo la vigilancia de la dársena de los Botes, el muelle de la Aduana, los fosos y pasos de San Cristóbal y San Carlos, los baños de Peña Parada y la carretera que atravesaba la isleta entre la 1.ª y la 3.ª línea.

Concedían las ordenanzas facultad a los guardias de Orden Público para detener en el depósito municipal a los delincuentes y sospechosos de todas clases, debiendo dejar en libertad, citándolos para la hora en que se acostumbraba oír el parte de policía en la Alcaldía, aquellas personas que, siendo conocidas, cometían faltas sin escándalo ni desobediencia; a las que presentaban en el acto un fiador aceptable y las que mostraban la cédula personal del año en curso. Permitíase poner en libertad a los detenidos que, no estando ebrios ni impresentables, encontraban una persona honrada que respondiera

\* V. la real orden aprobando provisionalmente la creación del Cuerpo, fechada 11 de enero de 1873, en I/12/120.

\*\* A fines del régimen español tenía su casa cuartel en San Juan, en la calle San Justo N.º 37.

\*\*\* Instrucciones para la Guardia de Orden Público, sobre detenciones y faltas de Policía, dictadas por la Alcaldía en 1.º de setiembre de 1889, San Juan, Imp. del Municipio, 1889.

por ellos y se comprometiera a presentarles a la hora del parte de policía. Velaban los guardias por la conservación de los objetos de ornato público y la limpieza de las calles, establecimientos comerciales, zaguanes, letrinas, fachadas y patios de las casas, prohibiendo arrojar aguas sucias a la vía pública antes de las doce de la noche; mantenían las calles y aceras libres de obstáculos de todas clases; denunciaban, detenían o corregían en el acto, según la urgencia del caso, a los jefes de familia que ocultaban casos de enfermedades contagiosas, a las personas que construían vallas para obras sin la debida licencia, a los dementes, ebrios, vagabundos, niños desnudos, ausentes de la escuela o que marchaban delante de las bandas de música militares cuando éstas transitaban por las calles; a los blasfemos, ramera (que transitaban en horas prohibidas o que se asomaban a los balcones o azoteas); transcurientes que inspiraban repugnancia por sus enfermedades o suciedad, así como a los limosneros que imploraban la caridad pública sin licencia. Velaban por el buen funcionamiento de los faroles del alumbrado público; sometían a la disciplina los vendedores ambulantes, prohibiéndoles pregonar más de una vez en el mismo sitio, o cerca de los templos en actos solemnes, y emplear instrumentos para hacer ruido, sin la debida licencia.

Actuaban los guardias como inspectores de sanidad pública y de pesas y medidas y, hasta cierto punto, como agentes para evitar la crueldad con los animales; arrestaban soldados desertores y denunciaban la posesión ilícita de materias explosivas o combustibles (\*).

El destacamento de Orden Público de San Juan fue instalado en la Casa Consistorial, mudándose en 1897 al cuartel que para él construyera el Ayuntamiento de San Juan en Puerta de Tierra, en parte del solar hoy ocupado por la Escuela de Medicina Tropical. En 1898 constaba de cerca de 200 hombres y oficiales de servicio en toda la Isla. Al estallar la guerra hispanoamericana se les consideró como tropas auxiliares, concediéndoseles el *plus* o sobresueldo de campaña.

## EL TRANVIA DE CATAÑO A BAYAMON

Ya hemos visto como, desde mediados del siglo XIX, se ideaban medios para obtener comunicación rápida entre la ciudad y el interior de la Isla, a través de la bahía de San Juan, con preferencia a la vía más prolongada que la hubiera comunicado con Río Piedras.

\* Ibidem, págs. 11-21.

Un inteligente comerciante español establecido en Bayamón, don Ramón Valdés, solicitó una concesión para construir y explotar una vía férrea entre Bayamón y Cataño, sobre la carretera que unía ambas poblaciones, siéndole concedido en 1881 (229), por un plazo de setenta años.

La línea, de un metro de ancho, tenía una longitud de siete kilómetros (230), inaugurándose el servicio en 1883, en combinación con unos pequeños vapores del tipo de *ferry-boat*, que funcionaban desde el terminal de la vía en Cataño, hasta la ciudad de San Juan.

Llamábase la empresa Línea Férrea del Oeste. Dominada desde 1888 por el señor Valdés, contribuyó no poco al desarrollo del comercio interior y del poblado de Cataño, que empezó desde entonces a absorber parte del exceso de población de la Capital, especialmente de la clase trabajadora.

## PERSONAS DE LA FAMILIA REAL ESPAÑOLA VISITAN LA CIUDAD

El 9 de marzo de 1893 apareció publicada en la *Gaceta* una proclama del gobernador don Luis Dabán, anunciando al pueblo de Puerto Rico que Sus Altezas Reales los Infantes de España, doña María Eulalia y su esposo, don Antonio María de Orleans, de tránsito para la Exposición de Chicago, dispensarían una breve visita a la ciudad de San Juan.

La Diputación Provincial votó un crédito de cinco mil pesos y el Ayuntamiento otro de veinte mil para los gastos de recepción y alojamiento de los viajeros y para la limpieza y decorado de las calles, incluyendo la reparación del pavimento de cautos rodados de la calle de la Fortaleza, que debería ser transitada por Sus Altezas dos o tres veces durante su estada de doce horas. Y a pesar de que el pueblo protestaba de que el Ayuntamiento quería gastar el dinero «como rico, siendo pobre», el crédito se hizo efectivo, y, pocos días después, vióse obligado el Ayuntamiento a suprimir temporalmente, por falta de fondos, una institución caritativa.

Una mañana del mes de mayo anclaba en el puerto el vapor *Reina María Cristina*, arbolando el estandarte real, por primera vez batido por la brisa de Puerto Rico, trayendo a su bordo a los anunciados personajes.

229. Real Orden N.º 73, de febrero 20 de 1881.

230. Rev. de Obras Públicas, febrero de 1926, pág. 714.



Engalanada la ciudad, los balcones de los edificios públicos lucían sus mejores colgaduras, una profusión de gallardetes decoraba las astas de las banderas, y los pilastres del alumbrado público en la carrera estaban exornados con escudos de España. Para facilitar el desembarco de los regios viajeros se construyó, en la dársena «de los botes», un templete flanqueado por doce columnas que sostenían una elegante cornisa coronada por el escudo real. Amplias cortinas cubrían el espacio abierto entre las columnas. Cuatro piezas de estatuaría fueron colocadas en el vestíbulo que conducía a la escalerilla del lado del mar. El Instituto de Segunda Enseñanza, el Centro de Detallistas, los artesanos, el Casino Español y la Cámara de Comercio levantaron arcos de triunfo en distintos sitios de la trayectoria que seguiría la real pareja. Un cronista de la época ha descrito, en tono festivo, el recargado arco de la Cámara de Comercio, en las palabras siguientes :

Tiene figurones de la Monarquía en un pie y del Comercio en ropas menores; varios escudos, dos caduceos en forma de palos encebados, una palma, una porción de barriles, un serón de ajos, un costal de paja, muchos cajones, un indio, angeles, castillos, anclas, ruedas, catalinas, cables, armas de fuego... (\*)

Llegados al palacio de Santa Catalina, Sus Altezas presenciaron desde el balcón, sombreado por un toldo, el desfile de las tropas de la guarnición, después de haberse celebrado un solemne besamanos en el salón de Corte, generalmente conocido en la ciudad por el nombre de «salón del trono».

Conducidos en una victoria tirada por cuatro corceles ricamente enjaezados, provistos de palafreneros, concurrieron Sus Altezas a un Todéum en la Catedral de N. S. de los Remedios.

Celebróse un banquete en la sala capitular e iluminóse la ciudad con farolillos de gas. Acudieron los alcaldes de todos los pueblos de la Isla a cumplimentar los viajeros. La afluencia de forasteros llegó a sobrepasar los cálculos de los monárquicos más optimistas: a duras penas podía transitarse por las calles. La inusitada demanda de casacas y sombreros de copa obligó a muchos a sacar a la luz del día prendas de vestir ya bien pasadas de moda. Los tipos populares no se quedaron a la zaga, como lo recuerdan estas líneas de un impresionista de aquel día :

---

\* "El Buscapié", San Juan, P. R., 7 de mayo de 1893.

*Pilo suavizó los guantes  
con leche y sebo de vaca.  
Y anda buscando casaca.  
Y bombo. ¡Pobres infantes!*

Sólo un vago recuerdo de vanas pompas dejaron a su paso por la ciudad las reales personas.

## FORMACION DEL PRIMER PARTIDO POLITICO EN SAN JUAN

Firmemente trabado el individuo de la sociedad capitalina entre la Iglesia y el Estado, su desenvolvimiento histórico hubo necesariamente de responder a la condición de inmovilidad a que fue secularmente sometido. Suprimida toda iniciativa en la solución de los problemas fundamentales de la comunidad, resignóse a la más completa obediencia, llegando a considerar como dulce paternalismo el régimen agotador de sus capacidades. Pudiéramos decir que la sociedad se había conservado al vacío, en un medio hecho expresamente estéril, como se logra en los laboratorios de nuestros días un cultivo bacterial cualquiera en un tubo de ensayo.

Es posible que nada de lo que hemos relatado hasta ahora en este bosquejo de la historia de la ciudad haya motivado el asombro del lector reflexivo. Podrá haber habido reprimidas exclamaciones de admiración por el espectáculo de la virtud triunfante que revela la historia de toda comunidad civilizada, con su multitud de episodios que ponen de manifiesto, a través del tiempo, la incesante lucha de ideas, sentimientos e intereses que forman el tejido de la vida humana. Podrá haber habido aprobación de los rasgos de fe, valor, energía, perseverancia, sobriedad, tolerancia y laboriosidad que necesariamente han tenido que manifestarse en el transcurrir del tiempo en aquellos dedicados a la ingente labor de construir una ciudad desde los cimientos, en lucha abierta con la naturaleza y el orden establecido, y de cultivar el espíritu cívico hasta elevarlo a respetables realizaciones. Podrá haber habido condenación silenciosa de los errores de cada siglo que han retardado su progreso, bastardeado los fines de la civilización y embarazado el desarrollo intelectual y espiritual. Pero seguramente experimentará una sensación de genuino asombro el buen lector, conocedor de las características psicológicas de nuestro pueblo, cuando se le informe que ha sido posible a nuestra ciudad vivir exactamente trescientos cuarenta y ocho años sin presenciar la formación en su seno de un partido político. ¿Cómo?

preguntará, se ha podido mantener ahogado durante tan largo tiempo el exuberante emocionalismo nuestro que clama por la lucha sectarista para expresarse a cabalidad; cómo ha podido mantenerse así cerrada la válvula de escape de la afición de nuestras masas por la oratoria lujuriosamente florida, sensual y sofisticada y por cuantos recursos de persuasión derivan su eficacia de la forma más bien que del fondo; cómo hemos podido callar siglos enteros, dejando intocados los resortes del sectarismo ciego (llamado *partidismo* en Puerto Rico), heredero del compadrazgo, de sórdidos intereses y de oscuras camaraderías del tiempo de la conquista y la colonización, conservador de rencillas, egoísmos, odios y de cuantos vicios de carácter el partidismo ha sabido hacer capital.

La explicación es bien sencilla: desde 1521 hasta los días de la revolución de septiembre de 1868, la Ciudad Murada estuvo sometida al riguroso absolutismo de las dos dinastías que rigieron a España durante ese tiempo. No había nombramientos que hacer en la Isla, y cuando los hubo, la mano invisible del César colocaba los peones en el tablero. Verdaderamente, desde el punto de vista de los oportunistas, los partidos políticos no tenían razón de ser. Hubo sí banderías, efímeras agrupaciones sostenidas por un común interés momentáneo, pero su radio de acción y su influencia eran tan limitados, faltando el voto popular, que se disolvían en intrigas personalistas, en *affaires* de cabildo, que no dejaron huellas en las arenas del tiempo.

Así anduvieron las cosas hasta que se convocó al país a elecciones a diputados en Cortes en el 1869. Lo que sucedió entonces lo ha descrito un observador sagaz, José de Celis Aguilera:

Como no había entera libertad ni costumbre para ejercitar estos derechos lucharon los electores con el nombre de Liberales unos, y otros con el de Conservadores; pero no hubo organización, ni principios claramente definidos, ni Partidos, en una palabra; muchos votaron por simpatías y recomendaciones, más que por espíritu de colectividad (231).

La espontánea división de la opinión pública en conservadora y liberal, que apunta Celis Aguilera, denota precisamente la condición que pudiéramos llamar de virginidad del pensamiento político público en aquella ocasión en que se manifestaba por primera vez:

231. "Mi grano de Arena", reproducido en I/9/151 c. s.

sencillamente, los primeros deseaban que las cosas continuaran como estaban; los segundos aspiraban a cambiarlas.

Hubo indecisión en el primer paso que dieron los capitalinos en la senda de la política. Habiéndose citado a los que vagamente se llamaban liberales a una reunión en la sala capitular, en el mes de abril de 1869, fue suspendida porque los que vagamente se llamaban conservadores amenazaron con intervenir, pareciendo prudente a los iniciadores del acto evitar un conflicto.

Continuaron, sin embargo, las conversaciones y acuerdos privados, las gestiones amistosas para aunar voluntades entre los hombres que sustentaban el credo liberal, dándole forma y consistencia paulatinamente, durante el 69 y el 70, no alcanzando todavía una completa definición de propósitos, aunque ya consciente de que formaban una agrupación que quería llamarse partido *liberal*.

La convocatoria para las elecciones a diputados provinciales, publicada en noviembre del 70, actuó como la chispa eléctrica que galvanizó las voluntades de aquel grupo de iniciadores — Baldorioty, Celis, Corchado, Acosta, Goyco, Porrata, Aguayo, Blanco y Díaz — precipitándolos a la acción definitiva. El 20 del mismo mes y año celebraron algunas de las personas citadas una reunión pública, la primera de su índole en la historia de la ciudad, para constituir el primer comité del partido y para elegir candidatos a la Diputación Provincial por el distrito de San Juan. Cuatro días después tuvo lugar la segunda reunión, constituyéndose un comité consultivo, encargado de ilustrar el novel electorado en materia eleccionaria. En esta segunda reunión se acordó dar al partido el nombre de *liberal reformista*.

El 28 de noviembre de 1870 se aprobó en la ciudad de San Juan el programa del partido, documento en que se transparenta claramente el origen de aquella agrupación, al expresar que :

Aceptar ser conveniente que se trate y resuelva con el criterio liberal, a la luz de los principios proclamados por la Revolución de Setiembre, sobre todas las reformas en los ramos de administración política, económica, administrativa y social de esta Isla (282).

Y continúa exponiendo sus tres principios fundamentales :

1.º El de la completa asimilación política en España, mediante

---

232. Bases contenidas en el Manifiesto que publicó el Comité Consultivo del Partido Liberal Reformista, en 1/9/170.

el recurso de hacer extensivo a Puerto Rico el título primero de la Constitución de la Monarquía estatuyendo las garantías constitucionales.

2.º El de la completa asimilación en la gestión económico-administrativa.

3.º El que imponía la necesidad de resolver definitivamente el problema social de la Isla.

Al invitar, en su párrafo último, a los correligionarios de la Isla a constituir comités locales en todos los pueblos y a enviar delegados a la capital, el *Manifiesto* dio principio a la agitación partidarista que ha conmovido desde entonces al pueblo puertorriqueño.

Por su parte los conservadores habían logrado organizarse bajo el nombre de partido *incondicional español*. En 1873, presidido por el marqués de la Esperanza, el partido acordó no concurrir a las elecciones de aquel año, considerando que los avances de sus contrarios colocaban al país «en grave y crítico estado» que podía acentuarse con su participación en la contienda electoral.

Establecida la República en España, logró el partido *liberal reformista*, a través de sus diputados a Cortes y en armonía con el más importante de sus principios, la aprobación de una ley, fechada el 6 de agosto de 1873, declarando la vigencia en Puerto Rico del título 1.º de la Constitución de 1869 que estatúa una amplísima garantía de los derechos individuales. Parecía que por este medio — el primer positivo triunfo de la conciencia ciudadana del pueblo puertorriqueño — se había logrado su completa asimilación con el pueblo español. La ley que despojaba a los gobernantes españoles de Puerto Rico de las facultades que parecían ser heredades de la Edad Media, hubo de advertirse al poco tiempo en letra muerta. Restablecida la Monarquía en España, volvieron sus representantes en la Isla a ejercer poderes dictatoriales. Volvieron las fuerzas corruptoras a actuar con renovada violencia en un pueblo que todavía estaba en formación.

Desde el 73 hasta el 98, el partidismo o sectarismo político se desarrolló con extraordinaria rapidez en la Capital. Analizando el movimiento en sus aspectos generales, puede asegurarse que se caracterizó, en cuanto a los fines, por un constante sentimiento de adhesión a España; por el deseo de mejorar las condiciones del país y de la administración pública, valiéndose de remedios que armonizaran con el pensamiento político y con las instituciones españolas; por la aspiración a obtener la mayor ingerencia posible en el gobier-

no local; por el anhelo de alcanzar las prerrogativas y honores del Poder, más bien que el lucro material.

En cuanto a los medios, la gestión política utilizó desde temprano la tribuna y la prensa. Andando el tiempo, la campaña oral fue definiéndose gracias a dos tendencias, aunque opuestas en el fondo, afines en el interés personalista que las inspiraba: la benévola y la malévola. Utilizaba la primera, sobre todo en labios de los políticos de segundo orden, los recursos puramente persuasivos, olvidándose con harta frecuencia de lo dogmático, para apelar a lo lírico y lo sentimental, hasta convertirle en *sui generis* sensiblería, salpicada de alusiones poéticas a la mujer puertorriqueña, a la vida de hogar, a las flores, al cielo, al paisaje, al canto del ruiseñor, etc. La oratoria malévola, también muy del agrado de las masas, empezó a esgrimir sus armas favoritas, lo mordaz, lo cáustico y el vituperio, cuando la lucha fue tomando un cariz marcadamente personalista.

El abandono a estas tendencias dio pábulo a la relajación de la política de principios que culminó en el *politiqueo*, el arte de inspirar fe en falsas promesas y provocar el acatamiento incondicional a la disciplina del partido, o lo que tanto vale, el hábito de posponer los intereses generales a los intereses particulares. El habitual reincidente, si era un jefe local político, se convertía en un *cacique*; la extensión del mal, en caciquismo, una de las formas más perniciosas de la depravación política, mediante la cual se ejercía influencia que no correspondía en modo alguno a los méritos intelectuales o morales del jefezuelo. Sin embargo, el corto número de doctrinarios que apareció entre los iniciadores del movimiento político pudo sostener a un elevado nivel su actividad pública. Las instituciones, como los hombres, nacen puras; la vida misma se encarga de corromperlas.

El credo asimilista continuó indiscutido hasta el 1880, año en que Baldorioty, desde Ponce, propuso y defendió durante breve tiempo, la autonomía. Los liberales de San Juan permanecían fieles a su ideal asimilista, comenzando a evolucionar hacia el autonomismo cerca de tres años después. Habiéndose desvanecido en el ambiente colonial las conquistas alcanzadas al amparo del liberalismo español, hecho fuerza constructiva por la Revolución de septiembre, los liberales de Puerto Rico fijaron todas sus esperanzas en un plan que contemplaba la posibilidad de obtener el reconocimiento de la personalidad puertorriqueña. A ese reconocimiento debía corresponder el régimen autonómico bajo la bandera española.

En efecto, el 7 de marzo de 1887, quedó constituido el partido *autonomista* en asamblea celebrada en la ciudad de Ponce bajo la

presidencia de Baldorioty de Castro, declarándose entre sus principios :

Que la fórmula clara y concreta de este principio (*el de la descentralización administrativa*) es el régimen autonómico que tiene por bases la representación directa de los intereses locales a cargo de la Diputación Provincial y la responsabilidad también directa de los que tienen a su cargo el ejercicio de las funciones públicas en lo que toca a la administración puramente interior o local (233).

Acordóse, al mismo tiempo, afiliar la agrupación al partido *autonomista* de Cuba, «para recabar más pronto la realización de sus comunes ideales».

Todo esto parecía al gobernador, y a los españoles incondicionales de la Isla, como atentatorio a la integridad nacional. Resuelto el general Romualdo Palacios a frustrar el movimiento liberalizador, comenzó a combatirlo sin tregua, logrando sólo quebrantar el sentimiento de fidelidad a España por recurrir a medios inquisitoriales al tratar de sofocar una supuesta conspiración separatista que se tramaba a través de ciertas sociedades secretas formadas en los campos y pueblos de la Isla. No fue necesario, por lo tanto, emplear en la Capital el brutal procedimiento represivo, llamado *componte*, encaminado especialmente a obtener declaraciones de los sospechosos por medio de torturas corporales.

El 9 de noviembre de 1887 fueron encarcelados en las bóvedas del Morro dieciséis autonomistas apresados en distintas poblaciones de la Isla : Román Baldorioty de Castro, Francisco Cepeda, Antonio R. Molina, doctor Manuel Zavala, Ramón Marín, Santos Negroni, doctor Salvador Carbonell, Santiago R. Palmer, doctor Tomás Vázquez, Pedro María Descartes, Epifanio Presas, Rodulfo Figueroa, Juan Vicente González, Ulises Dalmau, Cristino Aponte y Bruno Negrón.

En la misma fecha recibió el general Palacios su destitución cablegráfica. Mes y medio más tarde eran puestos en libertad los presos del Morro.

Desde el 87 hasta el 97 continuó siendo la autonomía el principal objetivo de la política puertorriqueña, concentrándose principalmente la lucha, durante los primeros años de la década, en la discusión del

233. Principio 3.º adoptado en la sesión del 8 de marzo, 1887. Acta de la asamblea constituyente del partido autonomista puertorriqueño, reproducido en I/6/275 e. s.

procedimiento adecuado. Proponía Muñoz Rivera la fusión de sus huestes con los liberales de la Metrópoli; insistía Barbosa en respetar las viejas normas trazadas en la asamblea constituyente de Ponce.

Obtenida, por fin, gracias a Muñoz Rivera, la unión con la *fusión liberal* española; proyectada en Cuba la intervención armada en Puerto Rico; intensificadas en el extranjero las actividades abiertamente separatistas de numerosos puertorriqueños, empezaba a perfilarse la actitud hostil del gobierno de los Estados Unidos, cuando, el 25 de noviembre de 1897, se firmó el decreto concediendo a Cuba y Puerto Rico el gobierno autonómico.

El 12 de febrero de 1898 quedó instalado el Gabinete autonómico presidido por don Francisco Mariano Quiñones, el cual actuó hasta que fue disuelto el 6 de febrero de 1899, seis días antes de terminar el primer año de su ejercicio, al comenzar la administración del gobernador militar norteamericano, el general Henry.

#### **LA CELEBRACION DEL 4.º CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA**

Como consecuencia de una campaña de la Prensa de San Juan iniciada y sostenida por *El Clamor del País*, se organizó una junta directiva para organizar la celebración del cuarto centenario del descubrimiento, bajo la presidencia del brigadier de Marina, don Patricio Montojo, y compuesta por don Federico Asenjo y don Francisco de Paula Acuña, vicepresidentes; don Alejandro Infiesta, tesorero; don Vicente Balbás y don Ezequiel Martínez Quintero, secretarios.

Uno de los primeros acuerdos de la Junta consistió en autorizar la erección de una estatua a Colón en la ciudad. La construcción del hermoso monumento, de poco más de 42 y medio pies de elevación, con cuarenta toneladas de mármol, fue contratada con el escultor italiano Achille Canessa, erigiéndose al año siguiente en la plaza de Santiago, que tomó desde entonces el nombre de Colón, trasladándose a la plaza de San José el monumento a Ponce de León.

En consecuencia del programa de festejos redactado por la Junta del Centenario, lleváronse a cabo los preparativos para celebrar la Exposición de Puerto Rico, instalada en el edificio que ocupa en nuestros días el Departamento de Sanidad, conocido entonces por el nombre de palacio de Santurce. Sus amplios terrenos fueron hermoseados con jardines y avenidas, construyéndose en su parte posterior un kiosco para colocar el coche de lujo del tranvía de Ubarri



y una casa para alojar un motor de vapor que supliría la fuerza motriz a aquellas máquinas cuyos expositores desearan ponerlas en movimiento. Levantáronse caballerizas y cuadras para ganado vacuno y porcino. Hiciéronse algunas obras para diversión de los visitantes: una montaña rusa de madera, una sala de tiro al blanco, un laberinto, la sala del fonógrafo de Edison y algunos kioscos para el expendio de dulces y refrescos. Proporcionóse un mobiliario espléndido, en su mayor parte construido en el país con sus preciosas maderas, elegante y ricamente tallado a mano, que dio realce a las exhibiciones.

Afluía el público a los terrenos de la Exposición, disfrutando de los nuevos medios de transportación que se le ofreció por la empresa de Ubarri, una flamante locomotora para su tranvía. Competían con él dos omnibuses que acababan de importarse y dos más de gran tamaño, construidos en el país, tirados por caballos, obligándolo a mantener su tarifa de pasajes de un *perro grande* hasta el palacio de la Exposición.

Llegado el día de la apertura, concurrió el gobernador acompañado por el Ayuntamiento en pleno, precedido de los maceros, ostentando los concejales el distintivo de sus cargos colgados del cuello, seguidos por la Diputación Provincial y el Cuerpo Consular. Terminada la ceremonia, giraron una visita a todas las dependencias del concurso. Digamos ahora qué vieron.

Agrupados bajo el calificativo de Obras del Ingenio Humano (234), exhibiéronse ejemplares de impresos escritos en el país acerca de las ciencias políticas, económicas, matemáticas y médicas; de numerosos ensayos literarios, históricos y bibliográficos; de composiciones musicales, sinfonías, fugas, fantasías y bailables. La exhibición de pintura comprendía alrededor de ciento cuarenta cuadros al óleo, figurando entre los expositores Francisco Oller con *El Vellorio*, notable lienzo costumbrista, y cuarenta y cuatro cuadros más; numerosas acuarelas, miniaturas, creyones, dibujos a la pluma, lápiz y carboncillo. La escultura, como en ocasiones anteriores, tuvo un solo expositor en un joven puertorriqueño que exhibió varios bocetos en barro. Cuatro expositores mostraron reliquias de los indígenas de la Isla, concurriendo el doctor Agustín Stahl con su valiosa colección, compuesta por más de un millar de ejemplares que incluía una veintena de «collares» o bandas de piedra y treinta ídolos mamiformes (*cemis*).

La sección industrial comprendía trabajos tipográficos, sellos de

goma, papelería y encuadernación; usuales aplicaciones del dibujo y la plástica a las artes decorativas; fotografía y fototipia; instrumentos de música fabricados en el extranjero, con excepción de algunos de cuerda hechos con maderas del país.

Bajo la clasificación de aparatos e instrumentos de cirugía, exhibióse el material operatorio utilizado por el Instituto Provincial de Vacuna de Puerto Rico, así como el que exponía el desarrollo histórico del proceso de inmunización contra la viruela, conjunto que fue preparado por el doctor José Elías, director de dicho centro.

Entre los ejemplares de las artes gráficas, expusieronse un plano general de la Isla, un cuadro intuitivo de geografía y astronomía, y varios mapas de geografía antigua; también se presentaron modelos, a pequeña escala, de ciertas obras de ingeniería proyectadas o ejecutadas en la Isla.

El grupo correspondiente a las labores de la mujer, mostraba, si se le compara con las exposiciones anteriores, un adelanto considerable en la calidad, cantidad y diversidad de productos, abundando los bordados de la más exquisita delicadeza. A este respecto comenta el señor Infiesta:

El público visitaba con marcada predilección esta sala, cuajada de primores y no ocultaba su satisfacción ni escatimaba sus justas alabanzas... (235).

Figuraban entre los trabajos expuestos finísimos encajes de babillo, descollando ejemplares de Chantilly, Alençon y Valenciennes, cojines bordados en oro, seda y mallas; lujosas casullas, pañolones y sombrillas bordadas en seda; corsés adornados con encajes; abanicos cubiertos con aplicaciones de escama; hamacas de malla, tejidos a punto de aguja; imágenes religiosas y retratos, como los de Alfonso XIII y Cristóbal Colón, bordados en *lausin*; pañuelos bordados al realce; toallas y colchas de guipur y crochet, y una gran variedad de objetos de índole similar, tales como cubrecamas de punto de malla, sombreros confeccionados con plumas de gallina de guinea y con fibras de palma de yarey, tan finas que apenas eran visibles a la simple vista.

El hecho de que un número considerable de estas primorosas labores de mano habían sido confeccionadas por las delicadas manos de señores y señoritas de la buena sociedad del país, a fines del siglo pasado, es muy significativo. Ello revela la existencia entonces

de condiciones, tendencias y aspiraciones distintas a las que imperan en nuestro tiempo en la vida de la familia puertorriqueña. La independencia económica conquistada por la mujer moderna, gracias a la difusión de la instrucción literaria, comercial y científica, la mantiene alejada de la aguja y de los bolillos, contribuyendo a dicho alejamiento su más intensa participación en actividades cívicas, o meramente sociales, que a su vez es cercana consecuencia de la gran movilidad humana que han hecho posible los medios modernos de transporte. Nuevas preocupaciones y condiciones de la vida económica, social y política actúan con cierto efecto centrífugo que tiende a desalojar la mujer del centro sentimental hogareño, cerrándole, ya sea soltera o casada, tenga o no aspiraciones sociales o culturales, el cuarto de costura.

No habremos de ocuparnos de los productos extranjeros de toda índole que fueron presentados en la Exposición.

En cuanto a los nativos, sólo mencionaremos rápidamente aquellos de cuya exhibición se derivó alguna enseñanza de interés para el estadista o el economista. Las muestras de minerales del país no comprendieron ejemplares que no hayan sido más tarde estudiados por los geólogos modernos (236). La riqueza forestal de la Isla estuvo adecuadamente representada por muestrarios de las trescientas clases de maderas que producía, muchas de las cuales, a pesar de las previsoras disposiciones dictadas desde el siglo XVI en adelante, han desaparecido totalmente. La exhibición agrícola reveló, entre otras cosas, que unos cosecheros de Caguas, los señores Solá y Cía., habían logrado producir 980 libras de tabaco por cuerda; que la albegalia o ambarilla, planta silvestre de Puerto Rico, utilizada para la extracción de cierta materia odorífera, tenía un mercado seguro en Europa; que el jengibre, cultivado en el siglo XVII en la Isla, continuaba teniendo valor económico; que se había progresado notablemente en la utilización de ciertas plantas indígenas para la preparación de medicinas, alcoholes, aceites esenciales y otros productos; que un expositor de Ponce demostró la posibilidad de fabricar en el país jabones ordinarios de excelente calidad.

Uno de los exponentes más elocuentes del progreso industrial en la Isla y de la capacidad del obrero nativo que se presentó a los visitantes de la Exposición, fue el coche de lujo para tranvía de vapor expuesto por don Pablo Ubarri, fabricado en el taller de herrería y carpintería que dicho señor poseía en Río Piedras. El coche, con una superficie de cerca de trece metros cuadrados, era según asegura In-

236. V. The New York Academy of Sciences: Scientific Survey of Puerto Rico.

fiesta, muy superior a los trabajos similares fabricados en el extranjero. Su interior, una obra acabada de ebanistería, era de laurel blanco de Puerto Rico, barnizado a la muñeca. Estaba provisto de alfombras, ventanillos de persianas enchapadas de laurel blanco; cortinillas de resorte, cristales para las puertas, exornados con el monograma del propietario; bancos laterales, divididos en veintidós asientos por brazos ricamente tallados que representaban unas cabezas de leones mordiendo los rabos de artísticas quimeras, ostentando el respaldo de cada uno de ellos, el escudo de Puerto Rico calado en madera.

Las exhibiciones del Parque de Artillería y de los cuerpos de Ingenieros Militares y de Artillería comprendía numerosos objetos de valor histórico: un mortero de 9 pulgadas y algunas balas de cañón procedentes del sitio de los ingleses en 1797; un cañón de bronce tomado al pirata Cofresí, un falconete o culebrina extraída de la bahía de San Juan, que probablemente perteneció a una de las naves de Hendricks, un autógrafo del gobernador don Ramón de Castro, una lista de los cañones, armas, municiones y pertrechos tomados a los ingleses en 1797 (237), y algunas armas y banderas que pertenecieron al Cuerpo de Milicias de Puerto Rico (238).

En cuanto a los frutos del país, la Exposición de 1893 ofreció pruebas palpables de la superioridad, indiscutida entonces, de nuestro café sobre todos los cosechados en América. Lo que pudiéramos llamar en nuestra historia de la agricultura la Era del Café, llegaba entonces a su apogeo. Los métodos empleados en la preparación del grano habían sido perfeccionados, hasta convertir a la tahona, según asevera Infiesta, en un verdadero taller, una casa de máquinas con aparatos un tanto complicados y costosos, movidos al vapor (239). Los azúcares expuestos eran también el producto de la modernización de la industria, que ya contaba con el tacho al vacío y la centrifuga, como los dos factores principales en la culminación de su desarrollo. Como producto accesorio de las fábricas de azúcar, exhibiéronse muestras de ron, de tan buena calidad como los de Jamaica.

La exposición de 1893 fue un alto exponente de la cultura de la ciudad y del país: una memorable lección objetiva de cuanto había logrado, en el orden material y cultural, la colonización española de la Isla.

237. Esta relación había sido publicada por Pedro Tomás de Córdoba en sus *Memorias*.

238. Todos estos objetos fueron trasladados a España al terminarse la guerra Hispano-americana y depositados en el Museo de Artillería de Madrid. Es lamentable que no se hicieran gestiones para retener todo este material histórico en la ciudad, perdiéndose así la oportunidad de formar el núcleo del Museo de la Ciudad de San Juan.

239. LXXXVIII/242.

## **LA GUERRA HISPANOAMERICANA. BOMBARDEO DE LA CIUDAD**

Habiendo estallado la guerra entre los Estados Unidos y España el 21 de abril de 1898, el gobernador Macías decretó el mismo día, en San Juan, la suspensión de las garantías constitucionales. Al día siguiente, el Consejo Insular de Ministros publicó una proclama patriótica cuyo último párrafo leía :

Colocados por la naturaleza en el centro de las próximas batallas, nuestra energía presente podrá medirse por nuestra externa templanza. No renunciaremos jamás a la bandera que protegió nuestras cunas y protegerá nuestros sepulcros. Descanse la isla entera en la razón, que es toda de España, dispónganse a secundar con eficacia la acción directora del Gobierno y a sostener con denuesto el nombre augusto y la soberanía indiscutible de la patria.

Al mismo tiempo, el gobernador Macías expidió un bando en el que se declaraba el distrito bajo su mando en estado de guerra, sometía a la jurisdicción militar a todos los que cometieran delitos contra la patria o el orden público, establecía la censura militar, prohibía la difusión de informes de índole militar, y terminaba haciendo un llamamiento patético a la legendaria fidelidad de los puertorriqueños :

Habitantes de Puerto Rico : ha llegado el momento de los heroismos y de contestar, fuertes en la razón y la justicia, a la guerra con la guerra ; Viva Puerto Rico, siempre español ! ; Viva España !

Los preparativos para la guerra se sucedían con febril actividad en la Capital : a propuesta del Consejo de Secretarios, el gobernador prohibió la exportación de ganado de cualquier clase ; el secretario de Hacienda autorizó la venta en pública subasta de un millón de pesetas para el Tesoro Insular, el gobernador nombró una junta, presidida por el general Ortega, para recaudar los fondos procedentes de una suscripción insular con destino a las atenciones de la guerra ; se establecieron impuestos de guerra de dos centavos sobre el franqueo de cada carta y de cinco centavos por cada telegrama dirigido al interior o al exterior, y un descuento de cinco por ciento sobre todos los haberes civiles que se pagaren por las arcas del Estado, de

la Provincia y de los Municipios, desde el día 1.º de junio (240).

En previsión de un ataque al puerto, se colocaron torpedos en la boca del canal de entrada y se echaron a pique los vapores *Manuela* y *Colón* para cerrarla.

El día de la prueba se acercaba.

El 29 de abril era sometido el puerto de San Juan a un bloqueo intermitente por los cruceros auxiliares *Saint Paul*, *Yale* y *Saint Louis*, los cuales, turnándose en la vigilancia del puerto, fuera del alcance de sus baterías, reconocían al mismo tiempo las costas de la Isla. Por el hecho de no arbolar bandera y de sus rápidos movimientos frente a la ciudad, los habitantes los bautizaron con el nombre de buques fantasmas.

Habiéndose situado el *Yale* a tiro de cañón, el día 10 de mayo, disparóle un cañonazo, el primero en la defensa de la Plaza, el capitán de artillería don Angel Rivero, desde el fuerte de San Cristóbal.

Al amanecer del día 12 de mayo mostraban sus perfiles indecisos, entre la bruma del horizonte, los buques de la escuadra del almirante William Sampson, los acorazados *Indiana* e *Iowa*, el crucero acorazado *New York*, los cruceros livianos *Montgomery* y *Detroit*, los monitores *Amphitrite* y *Terror*, el torpedero *Porter* y dos buques auxiliares.

Minutos después de las 5 de la mañana abrió fuego el acorazado *Iowa*, despertando y haciendo abandonar violentamente sus lechos a los habitantes de la ciudad y a los artilleros de la guarnición, quienes, corriendo a sus puestos, presenciaron, como lo relata un testigo ocular:

Una lluvia de proyectiles, trepidando como máquinas de ferrocarril, pasaba sobre nuestras cabezas; era una verdadera tempestad de hierro... (241).

La tempestad de proyectiles, ha escrito otro narrador, barría materialmente el campo del Morro (242).

Al cabo de unos instantes, las baterías de San Cristóbal contestaron el ataque, en el momento que el gobernador del castillo del Morro, capitán José Iriarte Travieso, sacaba de duda al torrero del faro y a otras personas que, de pie sobre el parapeto, discutían regocijadamente acerca de cuales naves de la esperada escuadra de Cervera eran aquellas cuyas borrosas siluetas tenían delante.

240. Textos de los decretos en I/6/43 e. s.

241. XXVIII/69.

242. Gómez Núñez: "La Guerra Hispano-Americana", pág. 67.

Doce minutos después se había generalizado el fuego de todos los fuertes y baterías que miraban al mar. El Morro, San Antonio, Santa Teresa y la Princesa, y las que estaban situadas frente al canal de entrada, San Fernando, Santa Elena y San Agustín, cuyos cañones fueron disparados cuando el *Detroit* se atravesó en la entrada al puerto, o cuando algún buque de la escuadra enemiga se aproximaba a la Isla de Cabras o pasaba, a distancia, frente a la boca del Morro.

Mientras tanto, una gran parte de la población corría despavorida por las calles, llevando algunos aún sus ropas de dormir, otros medio cubiertos con el primer trapo a que pudieron echar mano, mezclando las mujeres entrecortadas invocaciones a los santos con exclamaciones histéricas de «¡ Los Yankis », « ¡ La escuadra americana ! ». Reducidas por completo las convenciones sociales a un común nivel de terror, confundíanse en multicolor tropel los blancos y negros, los ricos y los limosneros, los amos y sirvientes. De los cuatro puntos cardinales acudía la abigarrada multitud, invadiendo el arroyo de las vías públicas, cargada con fíos de ropa o artefactos de cocina, no faltando quien no quisiera dejar por detrás el fiel falderillo o la sociable cotorra; adelantando los vigorosos, perdiendo terreno los inválidos y disneicos, las mujeres con sus hijos al hombro y los hombres con los suyos a las rastra. Cuesta abajo, por las empinadas callejuelas que conducían a la parte alta de la ciudad, cruzándose con los camilleros que ascendían hacia el recinto norte, o cuesta arriba, atrechando desde la Marina por la plazoleta Dabán, los desbordados riachuelos humanos confluían en la plaza de Santiago para formar imponente caudal que inundaba la carretera en dirección a Santurce, precipitándose algunos, en la cercana estación del tranvía de Ubarri, sobre los vagones del tren, por puertas y ventanas, atestándolos de tal manera que, a duras penas, podía la pequeña locomotora con la desusada carga. Los menos afortunados, no todos, por cierto, componentes de la masa paupérrima, seguían a pie o asidos al pescante de cualquier vehículo, o cosa rodante, que fuera por su camino.

Dejando al *Montgomery* hacia el este, para combatir el Cañuelo, y al *Detroit* para practicar sondeos, el almirante Sampson hizo navegar en columna, durante tres horas, al *Iowa*, *Indiana*, *New York*, *Amphitrite* y *Terror*, a marcha lenta, describiendo tres veces, entre el fuerte de San Cristóbal y la Isla de Cabras, un círculo de poco más de 4 millas de circunferencia, mientras cada una de esas naves disparaba andanadas al pasar frente a las baterías de tierra. No dejaba de tener cierto parecido esta formación a la que antaño acos-

tumbraban tomar las pieles rojas de los Estados Unidos, cuando, al asaltar un tren de carretas en los llanos del Oeste, disponían sus caballos de uno en fondo y se lanzaban al ataque girando repetidas veces, al galope, alrededor de su presa. La diferencia estriba en que Sampson tenía su objetivo fuera del círculo.

El hecho que, de los 665 proyectiles disparados, de grueso y mediano calibre (243), una gran parte pasara sobre la ciudad para caer en la bahía y que un relativamente corto número de ellos hiciera blanco en los fuertes, en el cuartel de Ballajá y en las baterías, demuestra que el objeto del bombardeo, como lo ha dicho Sampson, fue principalmente exploratorio: conocer las fuerzas y posiciones de las baterías del puerto.

El fuego de la escuadra abrió una brecha, aproximadamente de 40 pies de ancho, a través del ala norte del cuartel de Ballajá, destruyendo totalmente aquella parte de los pisos segundo y tercero comprendida en ella (244); puso fuera de combate un obús de 24 centímetros e inutilizó momentáneamente a otro, ambos emplazados en San Cristóbal, volándole al primero el tornillo de cierre y destrozando parte del muro del Macho, en el mismo fuerte; silenció la batería del Carmen en el Morro: destruyó el faro instalado en este castillo y perforó uno de los muros del calabozo «del chino». Algunos de los 32 impactos que recibiera el Morro, demolieron las escarpas que miran hacia el mar.

Los daños ocasionados a los edificios públicos y casas particulares fueron pequeños, si tomamos en cuenta el peso total del metal arrojado; recibieron impactos, principalmente de granadas, el Arsenal, el Manicomio, la Intendencia, la Cárcel Provincial, en Puerta de Tierra, el Asilo de la Concepción, Casa Blanca, el palacio de la Fortaleza, el templo de San José, la Catedral y dieciocho casas, correspondiendo el mayor número de aquéllos a las que estaban situadas en la parte alta de la ciudad, cuyos muros, en realidad, interceptaron algunos de los proyectiles lanzados a la bahía por encima del caserío. Ninguno de estos edificios fue totalmente destruido.

El fuego de las baterías de tierra averió la superestructura del puente del *New York*, destruyó un bote y un proyector eléctrico; los impactos sobre el *Iowa* fueron inofensivos. Los americanos perdieron dos hombres y siete fueron heridos; los españoles, dos muertos y treinta y cuatro heridos.

243. De 4 a 12 pulgadas. V. los informes oficiales de los comandantes de los buques que tomaron parte en el bombardeo, XXVIII/apéndice 5.

244. V. F. Alonso: "Album de Puerto Rico", Talleres de A. Lynn e Hijos de Pérez-Morris (sin fecha) año 1898?



Las autoridades españolas no entendieron que el propósito de Sampson había sido llevar a cabo un reconocimiento, aunque, en verdad, tal operación fue desfigurada por el uso excesivo que hizo el almirante de sus proyectiles. El gobernador Macías, en su orden general para el día 18 de mayo, decía al dar cuenta del ataque, que éste había sido rechazado :

sin conseguir el visible intento de dismantelar nuestras defensas, para conseguir el cual se aproximaron repetidas veces sus más fuertes acorazados hasta tiro de fusil del Morro, fiados, sin duda, en la invulnerabilidad de sus costados y en la ventaja que ésta les daba para apagar a tan corta distancia los fuegos de la plaza...

Es la primera vez, que en lucha tan desigual, se ve obligada a confesar su impotencia, retirándose acompañada por los proyectiles de las baterías de tierra, una escuadra numerosa y dotada de todos los poderosos elementos de las marinas modernas (245).

Olvidaba el general Macías que los obsoletos fuertes de San Juan habían sido construidos para resistir el fuego de la artillería ya descartada en su tiempo — el cañón de alma lisa que utilizaba balas esféricas, de corta velocidad y escaso poder de penetración — y que a no ser por el respeto del almirante Sampson por aquellas gloriosas reliquias arqueológicas, sus cañones modernos, de alma estriada que lanzaban proyectiles cilíndricos, aguzados en un extremo, de alta velocidad y tremendo poder penetrativo, las hubiera reducido a escombros, si ese hubiera sido su intento. Afortunadamente para los amantes de las bellas fortificaciones de San Juan, Sampson era precisamente un experto en balística, acreedor a la gratitud de su país por haber impulsado, desde la jefatura del ramo de artillería naval, la modernización del armamento de la flota norteamericana, y sabía a ciencia cierta cual era el poder destructor de sus armas.

Animado por un verdadero espíritu de justicia, exaltó el general Macías el heroísmo de sus tropas en la orden del día a que hacemos referencia, tanto el de las fuerzas regulares como el de los Voluntarios, mencionando especialmente a los auxiliares de artillería, en su mayor parte puertorriqueños, y a los miembros de la sección de ciclistas de Voluntarios. Ciertamente, el valor desplegado por los defensores de la ciudad fue admirable. Habían desafiado a pecho desnudo,

---

245. Orden general de la Capitanía General de Puerto Rico, reproducida en I/6/47.

españoles y puertorriqueños, el poder de la artillería moderna, a pie firme sobre los más altos bastiones de los castillos centenarios, cuyos muros sólo hubieran servido para sepultarlos si el enemigo así lo hubiera ordenado. Ellos ignoraban el verdadero propósito de Sampson; sólo sabían que una flotilla poderosa maniobraba frente a ellos, arrojándoles, sin previo aviso, tonelada tras tonelada de acero; sabían también, porque lo estaban palpando, cuán lastimosa era su preparación — nunca habían hecho ejercicios de tiro con los cañones que estaban disparando — (246) y veían angustiados, cómo sus proyectiles se perdían en el mar, levantando inútiles columnas de agua, dejando ilesos los buques enemigos; pero nada que enseñaren los ojos y confirmara la razón, disminuía el heroico esfuerzo; el fuego de sus cañones arreciaba a cada instante, tanto como era humanamente posible hacerlo, hasta acompañar con él, en último gesto, la retirada de las naves atacantes. Los defensores de la ciudad habían cumplido su deber.

## UN COMBATE NAVAL A LA VISTA DE SAN JUAN

El bombardeo había surtido el efecto de excitar y mantener a un alto nivel el patriotismo de los habitantes de San Juan. Lo inexplicable, lo increíble, desde el punto de vista de las apariencias, había sucedido: durante tres horas la flota americana había cañoneado la ciudad y la ciudad había cañoneado la flota, saliendo invicta del combate. Sólo un comentario podía seguir a la consideración del hecho: «¡Viva España...!» El grito era irreprimible y arrancaba tanto del sentimiento como de la razón.

Por eso, cuando en la mañana del 22 de junio de 1898, el vapor americano *Saint Paul*, armado como crucero auxiliar, se presentó frente a San Cristóbal y el pueblo se apercibiera que se hacían preparativos a bordo de los dos buques de guerra españoles fondeados en el puerto para atacarlo, su entusiasmo patriótico no tuvo límites. Era el entusiasmo que partía de las infundadas esperanzas que el bombardeo exploratorio había hecho concebir. Y mientras las dos naves españolas, el cañonero *Isabel II* y el torpedero *Terror*, levantaban vapor en sus amarras, el pueblo voló a las murallas del recinto norte, escaló las azoteas de las casas cercanas, atestó las ventanas y balcones y ocupó, jadeante, lleno de orgullo, cuanto lugar venta-

joso podía ofrecer el caserío y los accidentes del terreno, para dar rienda suelta a su vivísima emoción.

Y cuando el *Isabel II* salió por la boca del Morro y torció el rumbo hacia el este, en dirección al enemigo, la multitud expectante irrumpió en una salva de aplausos. Los gritos y vivas delirantes se habían de multiplicar cada vez que el cañonero disparaba al *Saint Paul*, sin fijarse el pueblo que el buque americano estaba fuera del alcance de sus cañones. Era la sangre española que corría por las venas de los espectadores, crispando sus manos, haciéndoles morder sus labios y abrir descomunadamente sus ojos; era el espíritu de España encarnado en las entrañas de aquellos que, siendo negros o mulatos, temblaban de emoción junto a sus hermanos blancos.

Poco después de la una de la tarde, el *Terror* se hizo a la mar. El *Saint Paul*, que había permanecido hasta entonces inmóvil, comenzó a navegar mar afuera para poner a su adversario contra el viento. La multitud exclamaba sobre las murallas: «¡El americano se huye! ¡Viva el *Terror*!».

Pero antes de que la voz del pueblo se apagara en el espacio, el *Terror*, poniendo proa al enorme crucero enemigo, se lanzó hacia él, recto como una flecha, levantando montañas de espuma, y tan envuelto en humo — relata el capitán Rivero — que perdí de vista su bandera de combate...

Por unos instantes la muchedumbre, hacinada sobre las murallas, guardaba silencio profundo. El *Terror* avanzaba a toda máquina para lanzar un torpedo.

El *Saint Paul* rompió en nutrido fuego. Contestóle el *Terror*, sin alcanzarle. Un proyectil penetró en el casco del *Terror*, en línea con la última chimenea, explotando en el cuarto de máquinas. Otro dio en el puente, inutilizando el mecanismo del timón a vapor. Mal berido, viró en el acto, enfiló el Morro, e inclinado sobre una banda, navegó velozmente para refugiarse en el puerto.

Presa de sombríos pensamientos, la multitud se dispersaba, entreteniéndose a la discusión del ominoso suceso. Y a pesar de que improvisados estrategas argüían acaloradamente múltiples razones para excusar la derrota que acababan de presenciar y a pesar del entusiasmo que generaba en ellos el elogio unánime que tributaban al comandante La Rocha, pesaba sobre todas aquellas gentes, como una losa, un triste presentimiento de la catástrofe que se avecinaba.

**EL «ANTONIO LOPEZ» INTENTA ROMPER EL BLOQUEO**

Poco antes de las once de la noche del 27 de junio de 1898 fue informado el capitán de navío don Eugenio Vallarino, comandante naval de la Isla, por el gobernador Macías, que el transatlántico *Antonio López* llegaría alrededor de esa misma fecha, cargado con el material de guerra que había sido solicitado para reforzar las defensas de la Plaza. Vallarino leyó el despacho, y, según afirma el capitán Rivero, se fue a dormir (247).

Al amanecer del día siguiente el *Antonio López* estaba a la vista del puerto hacia el oeste.

Todo lo que ocurrió durante aquella mañana fue una consecuencia del hecho de que el oficial responsable de proteger la entrada del transatlántico, el capitán Vallarino, abandonando su deber, se había acostado a dormir aquella noche.

Efectivamente, en ausencia de instrucciones, el vigía de San Cristóbal anunció al *Antonio López*, impartiendo así el aviso al *Yosemite*, buque bloqueador, un vapor mercante armado. Cuando el *Antonio López* estaba a la altura del Dorado, el *Yosemite*, situado cerca del Morro, comenzó a cañoncarlo, compeliéndolo a vararse en la Ensenada Honda.

Todo esto ocurría mientras el *Yosemite* maniobraba dentro del alcance de las baterías del Morro, que permanecían silentes, por falta de instrucciones.

Los tres cañoneros españoles, el *Isabel II*, el *Concha* y el *Ponce de León*, habían pasado la noche fondeados, el primero, en el canal; los otros, en la bahía. No habían recibido órdenes de proteger al *Antonio López*. Cuando las recibieron y se hicieron a la mar, ya el *Yosemite* había cumplido su misión.

A la hora undécima disparó el Morro, alejándose el atacante a sitio seguro en el horizonte.

Sin ser molestado por el *Yosemite*, se procedió al alijo del *Antonio López*, bajo la dirección del capitán de artillería don Ramón Acha, nacido en Puerto Rico. El material de guerra salvado era considerable: 10 piezas de artillería, municiones, medio millón de raciones de tropa e innumerables accesorios. Esta vez fue el comandante del *Yosemite*, Mr. W. H. Emory, quien se quedó dormido.

---

247. Op. cit., pág. 163.

## **EL MORRO IZA BANDERA BLANCA**

Desde el 28 de junio las aguas de San Juan habían dejado de ser teatro de operaciones navales. El ejército invasor, a las órdenes del general Nelson A. Miles, había desembarcado en Guánica, dando inmediatamente comienzo a su misión de rendir por tierra la Isla. Las poblaciones de Yauco, Ponce, Coamo, Guayama, San Germán, Utuado, y otras de menor importancia, habían sido ocupadas. Cuando las tropas se disponían a avanzar sobre el pueblo de Aibonito, el día 13 de agosto, fue transmitida a los comandantes del Ejército norteamericano la orden de suspender las hostilidades en todos los frentes, firmada en Washington, el día anterior, por el presidente William Mac Kinley. España había sido vencida.

Los detalles de la evacuación fueron acordados durante las trece sesiones que celebró la Comisión conjunta nombrada al efecto por la reina María Cristina y el presidente Mac Kinley. Fueron los comisionados españoles el general Ricardo Ortega (presidente), el capitán de navío Eugenio Vallarino, el auditor de División José Sánchez de Aguila, el comandante de Ingenieros Rafael Ravenna (secretario). Los norteamericanos, el general John R. Brooke (presidente), el contralmirante W. S. Schley, el brigadier general William Gordon y Edward Hunter (secretario). Reuníanse a intervalos en la sala del trono de la Fortaleza, comenzando el 10 de septiembre y terminando el 16 de octubre de 1898.

Gracias a la firmeza desplegada por el general Ortega, obtuvo éste la conformidad de los comisionados norteamericanos a su proposición de diferir la entrega de la artillería pesada emplazada en los fuertes de la ciudad. Alegaba el general español que la Plaza de San Juan no había sido tomada por las armas y que correspondía, de acuerdo con las costumbres de la guerra, al Ejército español mantener la posesión de dichos cañones. El punto, insistentemente rebatido por el general Brooke, presidente de la Comisión americana, fue finalmente referido a la Comisión de la Paz reunida en París. Obtenida por España una decisión favorable, la artillería pesada de los fuertes de San Juan fue removida y trasladada a Cádiz en el 1904.

## **REPATRIACION DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS**

Exigida por el tratado de paz la evacuación inmediata de las fuerzas militares que prestaban servicio en Puerto Rico, el general

Ortega, gobernador militar de la Plaza, desplegó notable celo para llevarla a cabo. El 14 de septiembre abandonaron el puerto los pequeños buques de guerra españoles del apostadero de San Juan, el *Terror*, *Isabel II*, *Ponce de León* y *Concha*; el batallón de infantería número 3 y una batería de montaña embarcaron en el vapor *Isla de Panay*, el 2 de octubre. Permitióse a las tropas españolas evacuar la ciudad con todos los honores de la guerra: portar sus armas y llevar sus banderas desplegadas, batir los tambores y tañer los clarines. El día 16, saludado por una salva de 21 cañonazos, y acompañado por los miembros del Gabinete insular y de la Corporación municipal, el capitán general Macías embarcó en el *Covadonga*, recibiendo el último homenaje de las tropas de la guarnición tendidas a su paso.

## LA TOMA DE POSESION DE SAN JUAN

La ceremonia simbólica del traspaso de la soberanía de la Isla a los Estados Unidos de América hubo de celebrarse en la mañana del 18 de octubre de 1898, siendo caracterizada por una severidad puritana, cuáquera sencillez y espartano laconismo. Reuniéronse en el salón del trono de la Fortaleza, de un lado el mayor general Brooke, comandante en jefe de las fuerzas de ocupación, acompañado por los generales a su mando, Sheridan, Grant y Gordon y por el contralmirante Scheley, y del otro lado, los miembros del Gabinete insular. A la hora convenida, sin que mediaran discursos ni alocuciones de ningún género, el presidente del Consejo insular, Luis Muñoz Rivera, acompañó del brazo al general Brooke hasta la plazoleta situada frente al palacio, seguidos por el secretario de Gracia y Justicia, Juan Hernández López y el contralmirante Scheley; el secretario de Fomento, doctor Salvador Carbonell y el general Gordon; el secretario de Hacienda, Julián Blanco y Sosa y el teniente coronel Hunter, abogado castrense. En aquellos instantes la ceremonia adquiría nueva significación: los representantes del pueblo de Puerto Rico conducían a los representantes del pueblo de los Estados Unidos a officiar en el altar de la patria de Washington, en el momento mismo en que aquélla extendía su soberanía a la Isla.

Colocados en la plazoleta en orden de precedencia, frente a las tropas americanas que ocupaban la calle de la Fortaleza, los miembros de la comitiva y el último alcalde español de la ciudad presenciaron, rígidos y en absoluto silencio, el acto de izar desde la calle, al tope del asta de la bandera del palacio de Santa Catalina, desnuda

por la generosidad del invasor, el pabellón nacional de los Estados Unidos que ondeaba por primera vez sobre el escudo de España, pieza central del cornisamento del palacio. Las tropas presentaron armas, la banda de música militar entonó el «Star Spangled Banner», los cañones de los fuertes dispararon el saludo de ordenanza a la Unión Americana, los corazones de los invasores latieron con el ritmo acelerado de patriótico regocijo, los corazones puertorriqueños sintieron la natural congoja que acompañaba aquel desprendimiento visible y sensible de raíces que durante siglos habían estado penetrando en el fondo de su tierra nativa. Sombríos debieron parecer aquellos hombres que miraban de pie hacia un destino desconocido. Dispersas en remotos rincones del hogar puertorriqueño, madres y abuelas enjugaron lágrimas y exhalaban hondos suspiros.

Los norteamericanos habían tomado posesión de la nueva tierra sin pronunciar una palabra...





## SEGUNDA PARTE



## CAPITULO IV

### EL REAL PRESIDIO DE SAN JUAN O PLAZA MILITAR PERMANENTE

#### HISTORIA

La construcción del vasto sistema de fortificaciones abastionadas (248) que circunda la ciudad de San Juan, originalmente inspirada en los principios de la escuela hispanoholandesa de la arquitectura militar, y mejorada en el siglo XVIII por la adopción de los principios de Vauban (\*), abarcó a intervalos de duración muy variable, un largo período de trescientos setenta y cuatro años, desde 1533 hasta 1897 (249). Comenzando por la necesidad de proveer medios para la defensa de la incipiente urbe atacada por los indios caribes y amenazada por los corsarios extranjeros que merodeaban en aguas de la Isla, el proceso histórico envuelto en el desarrollo de la ingente obra defensiva que convirtió a San Juan en una de las más formidables plazas fuertes del Nuevo Mundo, respondió a determinados fines de la política imperial española durante los siglos XVII y XVIII.

---

248. Llamábase abastionadas o abaluartadas porque consistían de lienzos o cortinas de murallas en cuyas intersecciones de valor táctico se construyeron bastiones; es decir, obras de figura pentagonal que sobresalían del encuentro de dos cortinas. Los bastiones estaban formados por muros, dos de los cuales, los flancos, partían de las cortinas, cuando el bastión era adyacente a otra obra, y por dos muros (caras) que, partiendo de los extremos de los flancos se unían en un ángulo en el punto más distante de la base (gola) del pentágono. El quinto muro, en los bastiones aislados, cerraba parcialmente la gola, dejándose ésta generalmente abierta, cuando el bastión formaba parte de una fortificación mayor. Entonces la línea imaginaria que unía la base de los flancos se llamaba gola.

\* J. O.: Observaciones Sobre las Ventajas que ofrece la Isla de P. R., etc., año 1833, (inédito).

249. Orden de la Audiencia fechada en marzo 28 de 1533 sobre construcción de la fortaleza.

El primer aspecto, el de atender a necesidades puramente locales, comprende la construcción de un fuerte situado en la orilla este del canal de entrada al puerto, en el sitio hoy ocupado por el palacio del gobernador, y de otro en el extremo noroeste de la Isleta, llamada punta del Morro.

El segundo aspecto, el de acudir a la solución de problemas militares relacionados con la política internacional de España, en cuanto al Nuevo Mundo se refiere, abarca la progresiva fortificación de la Plaza hasta completar el circuito de las murallas; el mejoramiento de las obras del Morro con el doble fin de convertirlo en una ciudad defensiva para rechazar ataques por mar y en una ciudadela, o recinto en el interior de la plaza, que serviría de último refugio a su guarnición; la construcción del castillo de San Cristóbal, con sus obras auxiliares completas, expresamente diseñado para la defensa por el lado de tierra, y la provisión de recursos defensivos contra operaciones de sitio, hasta hacer la Plaza técnicamente inexpugnable.

En cuanto a la construcción de las obras de fortificación, puede dividirse en tres períodos que abarcan los dos aspectos de la política española en el Nuevo Mundo anteriormente esbozados: el primero comprende desde 1533 a 1589; el segundo, de 1589 a 1765 y el último, de 1765 a 1898. Si diéramos convencionalmente a cada uno de estos períodos el nombre del monarca bajo cuyos auspicios se inició, llamaríamos al primero el de Carlos V, el de Felipe II al que le sigue y el de Carlos III el último.

A las apremiantes demandas (\*) de los vecinos de la Capital para que se fortificara la ciudad, daba oído Carlos V, demorando, no obstante, la acción mientras pedía opinión y consejo a los expertos militares de la corte y a los que estaban de servicio en las Indias. Sin duda respondiendo a una encomienda de esta índole, escribíale Blasco Núñez Vela, en una carta sin fecha, probablemente del año 1537 (\*\*), comunicándole su parecer que los fuertes que se proyectaba construir en San Domingo, La Habana y San Juan deberían ser destinados exclusivamente al propósito de defenderlas de los indios, ya que argüía, en el caso de agresión por armadas extranjeras, ningún fuerte podía brindar mejor protección a los pobladores que los espesos breñales y selvas del interior de las islas (\*\*\*). Refugiándose en ellas, dejarían la defensa de las costas a la Armada

\* V. Carta de la Gama al emperador, fechada el 29 de noviembre de 1529, en X/245 y Herrera: *Crónica General de las Indias*, Libro 7, Cap. 6, año de 1530.

\*\* Año en que el almirante Núñez Vela visitó la ciudad con una armada de treinta velas.

\*\*\* VIII/42/54 c. s.

española. Como se ve, el criterio de Núñez Vela era francamente navalista, si le fuere permitido al autor emplear este neologismo. Coincidió aquel criterio, tres siglos y dos tercios más tarde, con la opinión del Estado Mayor del Ejército norteamericano, implícita en la política que adoptó para la defensa de la recién ocupada Isla.

Sin embargo, Núñez Vela hizo recomendaciones específicas acerca del tipo de fuertes que debieran construirse: pequeños baluartes de trazado muy sencillo, armados con cañones montados sobre ruedas para que pudiera desalojárseles rápidamente en caso necesario. Situaba los baluartes a la entrada de los puertos, cerca de alguna colina u otra elevación del terreno que los dominara, a fin de que la infantería pudiera batirlos desde ellos si fueran tomados por el invasor (\*). Compréndese que Núñez Vela concebía este fortín como un simple punto artillado para hacer la primera resistencia, preparado de antemano para servir como una especie de trampa o garlito en que se haría caer al enemigo para extinguirlo desde las alturas cercanas. Ya veremos cómo, sin adelantarlo documento alguno conocido por el autor, las recomendaciones de Núñez Vela fueron seguidas, casi al pie de la letra, por el constructor de la primera fortaleza erigida en San Juan. Veremos, asimismo, en el curso de este capítulo, que el criterio navalista del citado estratega fue abandonado completamente. Antes de que el desastre de la Invencible Armada, en 1589, hiciera patente la necesidad de suplir con las defensas terrestres el poder de la Marina española, entrado ya en su fase decadente, don Francés de Alava recomendaba, en 1585, que se artillara el canal del puerto, colocando dos cañones en la casa de los Ponce (Casa Blanca) y otros dos en La Puntilla. Fue así como, por primera vez, se aconsejaba proveer cuatro puntos defensivos, el Morro, Casa Blanca, la Fortaleza y La Puntilla, a lo largo de dicho canal (\*\*).

Dióse principio a la defensa de la ciudad entre 1533 y 1534, construyéndose el fuerte, sucesivamente llamado la Fuerza, la Fuerza Vieja y fortaleza de Santa Catalina, que consistió primeramente en un cubo (cuatro muros en cuadro), cuyo muro oeste se flanqueó por una torre redonda, terminándose la obra el 25 de mayo de 1540 (250).

---

\* Ignoramos si estas recomendaciones fueron hechas por Núñez Vela después de haber sido designado inspector de fortificaciones en Puerto Rico, por no estar fechado el documento en que se le menciona como tal (VIII/34/53).

\*\* Diego Angulo Iníguez: *Bautista Antonelli. Las Fortificaciones americanas del siglo XVI*. Madrid, 1942, pág. 24.

250. Mencionada por Juan López de Velasco en su Descripción, reproducida en I/10/89.

De acuerdo con la *Memoria de Melgarejo* (251), la fortaleza tenía, en 1582, muy buenos aposentos y salas, un patio de piedra labrada y dos aljibes. Estaba provista de una soberronda o pasillo que circundaba la azotea y la torre, a lo largo de la cual podía la guardia vigilar y hacer fuego, estando parcialmente oculta por el pretil (252). Tenía también una torre del homenaje (lo que indica que aún no había sido construida la segunda torre en la esquina sudoeste del edificio), desde cuya altura, según una antigua costumbre militar, el *castellano* o gobernador del castillo, hacía juramento, en algún momento crítico, de guardar fidelidad y de luchar con valor. Frente a la puerta de la fortaleza había un revellín, cuyo vértice abierto se cerraba por una puerta, la cual, a su vez, estaba protegida por una *mediabola*, o parapeto de forma semicircular, que miraba hacia la actual calle de Allen. Destinada a resistir ataques por mar, el muro que le da frente se construyó de piedra labrada; los demás de tapicería, material que se creyó suficientemente fuerte para resistir posibles asaltos de indios caribes y de negros sublevados. Estimábase que tenía el fuerte capacidad para doscientos hombres.

Durante una visita que hiciera a San Juan el cronista de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, criticó la posición de la Fuerza, diciendo que «aunque la edificaran ciegos no la pudieron poner en parte tan sin provecho», sugiriendo que se artillara la punta del Morro y se levantara en ella una torre franca, es decir, exceptuada de derechos y contribuciones, para usos exclusivamente militares, tales como el emplazamiento de cañones y servir de atalaya o vigía.

Las torres de la Fortaleza fueron construidas, de acuerdo con los principios de la arquitectura militar del siglo XVI, para flanquear los muros del fuerte. En ellas se colocaban pequeños cañones que se disparaban a través de aspilleras perforadas en el muro de la torre. Tenían estas estructuras el inconveniente que se llenaban de humo cuando se disparaban los cañones, hecho que, como veremos más adelante, al tratar de la torre del Morro, indujo a Menéndez Valdés a construir una batería fuera de ella (\*).

Es de interés notar que el «frente» o unidad defensiva de la

251. Cap. 32, reproducido en I/1/77 c. s.

252. Menéndez de Valdés (Archivo de Indias: Patronato 18, N.º 13, R.º 2), asegura que desde las pequeñas elevaciones del terreno que dominaba la fortaleza, se podía matar la gente en la ronda con mosquetes o arcabuces.

\* Cuando se restauró el edificio en el 1938, gobernando el almirante William Leahy, se reveló el hecho de que las torres estuvieron en un tiempo coronadas por almenas. Como, según los holandeses, ellas estaban rematadas por estacadas en 1625, el almenado fue posterior a ese año, tapiándose de nuevo en una fecha desconocida.

Fortaleza, la cortina flanqueada por dos torres, corresponde a una etapa en el arte de la fortificación, anterior al de la cortina flanqueada por dos bastiones, tal como se construyó en el Morro medio siglo después. Fue el bastión un paso de adelanto en el arte que hubo de revolucionar radicalmente.

## EL FUERTE DEL MORRO

Afortunadamente, Oviedo fue atendido. En efecto, en 1539 se autorizó un crédito para comenzar las obras, en una fecha que nos ha sido imposible precisar. Siendo la punta del Morro, en su estado natural, un promontorio de más de 120 pies de elevación de superficie muy quebrada, con rápidos descensos hasta llegar a nivel del mar, parece lógico suponer que los primeros trabajos consistieron en la nivelación de uno o más planos adecuados para el emplazamiento de la artillería. Según se infiere de la lectura del informe de Menéndez Valdés, lo primero que se hizo fue artillar el plano más bajo del promontorio del Morro, situado en su extremo norte, emplazamiento que se conoció mucho más tarde con el nombre de la Batería Flotante. A corta distancia de este sitio se levantó la primera estructura permanente para fortificar el promontorio, un cubo o torreón abovedado, construido hacia 1540.

Escribe al respecto Menéndez Valdés:

Este sitio (*el promontorio del Morro*) es muy importante para defensa de la entrada en él (*puerto*), y tiene una plata-forma baja sobre una roca y en ella tres piezas. Súbese de allí por unos escalones a una bóveda donde solían estar las piezas (*los tres cañones situados en la plata-forma*). Quitáronse de allí antes de que yo viniese (1582) por no estar en lugar conveniente y también porque dañaba el humo. Encima (*i. e. más allá*) de esta bóveda o cubo hice una plata forma y al lado (*al costado*) de ella, donde tengo plantadas tres piezas, ha de ser menester terraplenar (*llenar de tierra*) la dicha bóveda porque no le derriben de las naos... Esta artillería solamente juega a la mar (253).

Ignorada por nuestros contemporáneos la ubicación de dicho torreón, un hecho casual ha venido a revelárnosla. Durante las exten-

253 Informe de Menéndez Valdés — Archivo General de Indias, Patronato, 18. N.º 13, R.º 2. pág. 7.

sas obras de restauración del fuerte llevadas cabo por el comandante militar de la Isla, el coronel John W. Wright, en 1938, dicha bóveda fue descubierta al removerse los escombros del derrumbe producido por un proyectil de la escuadra de Sampson durante el bombardeo de 1898, en el túnel que conduce a la Batería Flotante. Dicho túnel atraviesa la bóveda de norte a sur. Estaba la bóveda, como lo había recomendado Menéndez Valdés, cegada con tierra, con excepción del espacio ocupado por el túnel de ladrillo, que había sido también parcialmente destruido por el cañonazo de 1898.

Construida de piedra y ladrillo, tiene la bóveda 26 pies de diámetro, con 23 pies de luz. Levántase su pavimento a 36 pies sobre el nivel del mar y dista 84 pies de la roca en que termina el promontorio del Morro (254).

La escalera que daba acceso a la Batería Flotante fue reconstruida en 1938.

Esta torre y la batería auxiliar son, sin duda, las obras a que se refieren las cartas del obispo Bastidas de 1544 (255) y de Cristóbal de Salinas al emperador, fechada en junio 20 de 1554 (256), y el plano que la representa en sección vertical, más o menos sobre el sitio que ocupa (\*).

Infiérese de dicho plano que las mejoras a las obras aludidas por la inscripción «fuerza que se ha hecho superior», consistieron en la construcción de una plataforma al aire libre y a un nivel más bajo que el cubo, provista de un parapeto semicircular con cañoneras para seis cañones, montados sobre ruedas (dibujados en dicho plano) que apuntaban a todas las direcciones posibles en un ámbito de 180°. Además, se fabricó una casa para el lombardero y municiones, y una garita para la guardia. Al terminarse las obras de 1582, el ingeniero mayor hizo erigir una gran cruz en el campo del Morro, en un sitio que no determina el plano, pero que suponemos fue el mismo en el que se levantó más tarde una pequeña capilla, *El Calvario*.

Los frecuentes ataques de los franceses, holandeses e ingleses a los puertos del Mar Caribe, decidieron al Consejo de Indias a formular un amplio plan de fortificaciones para protegerlos. Nombróse para llevarlo a cabo al maese de campo don Juan Tejeda y al

254. Comunicación del general W. W. Bressell, Jr., Comandante del Departamento de las Antillas, fechada en Nov. 27, 1946.

255. II/329.

256. II/342.

\* Archivo de Indias, Sevilla, plano fechado "17 de (ilegible) 1582".



notable arquitecto militar Juan Bautista Antonelli, nacido en la Romanía, fiel servidor de Felipe II. Para cumplir su cometido fue necesario a los comisionados hacer dos viajes a las Antillas, uno en 1586 y otro en 1589. Sin duda alguna tenía el plan por principal objetivo la defensa del Istmo de Panamá, a través del cual fluía en abundancia el oro del Perú. Ocupando el Istmo, en su parte más estrecha, un punto más o menos central al sur de las Antillas, entre las ciudades de Veracruz y San Juan de Puerto Rico, trazó Antonelli las fortalezas de San Juan de Ulúa en Veracruz, el Morro de La Habana y el de San Juan de Puerto Rico, como si hubiera deseado establecer la primera línea defensiva de aquel vital punto, contra posibles ataques del lado del Atlántico. Las inmediaciones del camino que conducía a la ciudad de Panamá, en el Pacífico, y la de Nombre de Dios en el Caribe, fueron protegidas por el ingeniero rumano con las fortalezas de Panamá, Río de Chagre, Portobelo y Nombre de Dios. Cerca de 450 millas al este de ellas se levantaron las formidables fortificaciones de Cartagena. Ambos grupos de plazas fuertes ofrecían, además, amplia seguridad a las naves que seguían el derrotero minuciosamente trazado a la *flota del convoy*, que circulaba entre los puertos del golfo de México, del mar de las Antillas y España, desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XVIII.

En lo que a Puerto Rico se refiere, consideróse la cuestión en una reunión especial del Consejo de Indias, llamada Junta de Puerto Rico, celebrada, podemos inferir, a fines de 1586 o principios de 1587. Acordóse en esta reunión solicitar del Gobernador de Puerto Rico, don Diego Menéndez de Valdés, enviara una descripción de la ciudad y «una relación del estado y fortificación della y de las armas que ay y de la fuerza que conviene hazer». Menéndez de Valdés recibió esta real cédula el 19 de febrero de 1587, evacuando el informe solicitado dos días después (\*). Basándose en dicho informe y en el plano que le acompañaba, así como en el sometido en el 85 por don Francés de Alava, se acordó, presumiblemente por la Junta de Puerto Rico, el plan de fortificaciones para su ciudad capital, encargándose a Antonelli de trazar los planos de las distintas obras. El 19 de abril de 1588 propuso S. M. lo que debía hacerse en diversas fortificaciones, como consecuencia de las plantas presentadas por Antonelli en la Junta de Puerto Rico (\*\*). El 23 de noviembre se instruyó a Tejeda, entre otras cosas, que construyera

\* V. este documento en el Archivo General de Indias — Patronato 18, N.º 13, R.º 2.

\*\* Documento citado por Angulo Iníguez, ob. cit., pág. 84.

un fuerte en el morro de San Juan, «encima del fuertecillo que guarda el puerto» (es decir, detrás de la bóveda primitiva); que hiciera el paredón, con sus traveses, que proponía Menéndez de Valdés para defender el cerro de Santo Domingo (\*) (situado entre el monasterio de los Dominicos y la playa norte de la Isleta) y la caleta de los Frailes, al pie de dicho cerro; que se pusiera un tramo levadizo en el puente del Agua y que cerrara el Boquerón con algún navío viejo (\*\*).

Debemos a las recientes investigaciones del historiador español don Diego Angulo Iñíguez (\*\*\*) la aportación de datos necesarios para rectificar la aseveración de Torres Vargas, repetida por todos nuestros historiadores, de que la planta del Morro fue trazada por Antonelli en 1584.

De acuerdo con el señor Angulo Iñíguez, Tejeda y Antonelli parece no estuvieron en Puerto Rico durante su primer viaje al Mar Caribe en 1586 (\*\*\*\*). Habiendo tocado en Cartagena, Costa Firme y Cuba, partió el segundo desde La Habana para España, quedándose probablemente el primero en esa ciudad, a donde iba destinado como gobernador de Cuba.

Hízose a la mar la segunda expedición en Sanlúcar de Barrameda el 18 de febrero de 1589, formando parte de ella Tejeda, Antonelli, Sebastián Rodríguez de la Torre, aparejador (o maestro de obras), 12 canteros y 18 albañiles. Dispersa la flota de cuatro navíos, naufragó en la costa de Puerto Rico el que conducía a Tejeda y Antonelli, «perdiéndose buena parte del material y las herramientas» (4).

Permaneciendo los comisionados en San Juan alrededor de un mes, trazó Antonelli la planta del hornabeque del Morro y algunas otras obras menores, saliendo ambos para Santo Domingo en el mes de abril, a cuyo puerto entraban el día 25 (5). Compréndese claramente que la pérdida de materiales y herramientas, ocurrida en el naufragio, fue motivo suficiente para que los comisionados variaran sus planes, desistiendo del encargo que traían de construir el fuerte nuevo del Morro. Veremos en seguida cómo esta misión fue confiada al capitán Pedro de Salazar, un año y medio después.

\* *Informe* de Menéndez de Valdés, pág. 12 de la copia tiposcrita.

\*\* Angulo Iñíguez, ob. cit., pág. 26.

\*\*\* Ibidem.

\*\*\*\* Ibidem, pág. 20.

a Ibidem, pág. 28.

b Ibidem, pág. 28.

Encontró Salazar el frente de tierra del Morro defendido por un trincherón de tierra y fajina, de siete pies de profundidad, que se extendía de orilla a orilla de la parte más ancha de la punta de tierra que se deseaba defender (257). El trincherón, construido antes de la visita de Tejeda y Antonelli, estaba desprovisto de guardia y defensa, lo que indica claramente que no tenía salientes para facilitar la vigilancia, ni entrantes para defenderse de ataques por los flancos. En otras palabras, era simplemente una gran trinchera trazada en línea recta para defender provisionalmente la entrada a la plataforma en donde estaban emplazados los seis cañones de bronce de que hemos hablado antes (258).

En 1587 el capitán Diego Menéndez de Valdés, como hemos visto antes, había informado al presidente del Real Consejo de Indias que, antes de intervenir él en el asunto, se había desartillado el cubo abovedado, mudándose de lugar los cañones porque el humo de los disparos hacía muy incómoda la permanencia de los artilleros en él. Menéndez de Valdés construyó una plataforma más arriba del cubo y a su lado, donde plantó tres piezas (259).

Emprendiendo su tarea en 1591, el capitán Pedro de Salazar obtuvo del Cabildo 400 hombres para las obras, realizando en el Morro las primeras modificaciones para transformarlo en una obra abastionada, ajustándose al plano que dejara Juan de Antonelli. Cegó el antiguo trincherón y lo sustituyó por una cortina central en cuyo flanco derecho construyó un bastión, o «caballero», llamado así por su posición dominante, al que dio nombre de *Austria*, en honor de la dinastía reinante, y en el izquierdo, otro que fue bautizado con el nombre de *Tejeda*, en recuerdo del funcionario de que ya hemos hablado. Cada uno de estos bastiones, en realidad, medios bastiones (260), los unió, respectivamente, a las orillas este y oeste de la punta del Morro por dos lienzos de muralla que formaban ángulos muy abiertos con respecto a los flancos de los baluartes. Así quedó completamente cerrado y fortificado el espacio del lado de tierra del promontorio del Morro, en forma de hornabeque, o sea, dos medios baluartes trabados con una cortina. Construyó de cantería y tapiería los muros del caballero de Austria y la cortina adyacente del lado del mar, poniéndole cañoneras; la cortina central y el caballero

257. V. la descripción en la carta de Pedro de Salazar al Rey, fechada el 10 de agosto de 1591, reproducida en I/4/317.

258. *Ibidem*, pág. 317.

259. Diego Menéndez de Valdés: documento citado.

260. V. la descripción del capitán Fernando Miyares y González, en IV/103.

de Tejeda los hizo de tapicería (261). Cavó un foso a todo el largo de estas murallas y levantó un revellín frente a la puerta de entrada, colocada en medio de la cortina central. Cegó el cubo original, construido unos cincuenta años antes (\*).

Con excepción de las dos casetas para municiones colocadas cerca de las golas de los bastiones y de la caseta para el cuerpo de guardia, situada a la izquierda de la puerta de entrada, no construyó cosa alguna en el interior del fuerte. Al parapeto en semicírculo o *media bola*, que encontró Salazar artillado con seis cañones, agregó otros terraplenando los riscos del promontorio en tres niveles distintos, construyendo en los dos más altos barbetas o parapetos sin cañoneras, para situar las baterías. Al terminar Salazar su obra, quedó el promontorio del Morro terraplenado en cuatro niveles diferentes, que, en orden descendente, se enumerarán como sigue: a) el de los caballeros o bastiones; b) el de la plaza de armas, con sus casetas de guardia y municiones; c) el de las baterías oriental, occidental y de la media bola; d) el del emplazamiento en el extremo mismo del promontorio, a sólo 15 ó 18 pies sobre el nivel del mar, llamado largo tiempo después, la *batería flotante*.

La importancia de la obra de Salazar estriba en que, al disponer la defensa del fuerte por el lado de tierra, dio los primeros pasos para dotar a la Plaza de una ciudadela, previsión que había de ser muy pronto justificada en ocasión del ataque de Cumberland, primero, y de Hendricks después. Al mismo tiempo, hizo Salazar posible la disposición de la artillería del fuerte en tres órdenes de fuego, aumentando así su volumen y efectividad considerablemente.

Después del ataque de Drake (1595) se dio nuevo impulso a las obras del Morro. El momento no podía ser más propicio. La arquitectura militar española había llegado a su más alto desarrollo hacia fines del reinado de Felipe II. El asalto de Drake a San Juan había revelado claramente las deficiencias del fuerte del Morro y la necesidad de remediarlas cuanto antes. Ordenóse con este fin, en 1597, al gobierno de México, el envío de un «situade» de seis millones de maravedíes y se autorizó al capitán Antonio Mosquera, gobernador de la Isla, a emplear hasta doscientos esclavos en los trabajos (262).

261. V. el plano del capitán Pedro de Salazar, Arch. General de Indias, Simancas, fechado en agosto de 1598.

\* Así lo da a entender Salazar cuando escribe al Rey que hizo esplanar cuantas fortificaciones, reductos y trincheras había hecho hacer Menéndez Valdés. Aunque la bóveda no fue construida por éste, bien pudo creerlo Salazar al hacerse cargo de las fortificaciones de la Ciudad. (V. la carta citada).

262. VI/106.

Mosquera edificó un caballero, al que puso su nombre, sobre uno de los terraplenes que había dejado Salazar descubierto, probablemente el que está situado detrás del caballero de Austria; suplementó con un aljibe la provisión de agua que suplía el pozo construido antes de la llegada de Salazar, y dejó colocado su escudo sobre el revellín, en recuerdo de sus labores. Hacia 1598, asegura Layfield, el Morro era ya un fuerte poderoso (263).

El capitán Alonso de Mercado, quien había sido enviado a la Isla con 3.000 hombres para desalojar a Cumberland, se dedicó a reparar los daños que aquél había infligido al fuerte del Morro, proyectando, al mismo tiempo, varias mejoras y la continuación de la fábrica, para todo lo cual preparó una exposición, acompañada de planos, que remitió a la Corona. Estos papeles fueron referidos a la consideración experta de Tiburcio Spanoqui o Hispanochi, ingeniero mayor del rey, quien evacuó un informe al respecto, fechado en Valladolid el 22 de febrero de 1603 (264).

De la lectura de este informe se desprende que el capitán Mercado proyectó la construcción de un muro interior, un través para protección del baluarte o bastión de Austria, un bastión bastante alejado de los ya construidos, situado detrás del caballero de Tejeda, casas para municiones y cuartel para la guarnición. Fue así como empezó a llenarse de edificaciones el recinto del fuerte que todavía consistía principalmente de los distintos terraplenes y nivelaciones para la artillería y para facilitar la comunicación interior. Continuaban las baterías colocadas sobre simples parapetos: faltaban los enormes espaldones que habían de protegerlas, más tarde, contra tiro directo y de rebote, haciendo el fuerte verdaderamente formidable.

Testimonios de las reparaciones llevadas a cabo en el hornabeque del Morro por el gobernador Mercado y por su sucesor, Sancho Ochoa de Castro (1602-1608), son las dos lápidas conmemorativas incrustadas en los muros de escarpa de los bastiones de Austria y de Ochoa. La primera nos permite inferir que en 1606 la reconstrucción se suspendió cuando la obra había alcanzado unas dos terceras partes de la altura de dicho bastión; la segunda, cuando sólo se había concluido una tercera parte de la misma.

En 1608 el gobernador Gabriel Roxas, capitán de galeones, como hombre de mar al fin, concentró su atención en el baluarte o caballero de Austria, destinado a jugar papel principal en caso de ataque

---

263. I/1/151.

264. V. texto en I/3/50-51.

por mar, terminando su construcción y mejorándolo a tal extremo, que algunos autores creen que fue construido por él. Hizo las casamatas, o fuertes bóvedas para emplazar cañones, situadas en el costado este del fuerte.

En 1625, concluida la reedificación del hornabeque, el resto del fuerte continuaba casi en el mismo estado en que lo dejamos a fines del siglo XVI. Permanecían sin amurallar los costados del mar y del canal del puerto; conservaba sus cuatro bastiones, Austria, Tejeda, Mercado y Mosquera, estando aún en pie el cubo primitivo, pero, como hemos dicho antes, completamente cubierto con tierra. Habíase construido detrás de la cortina central, a toda su longitud y a un nivel más bajo que ésta, un terraplén de 32 pies de ancho para emplazar la *batería baja*, nombre que servía para distinguirla de las baterías de los baluartes, y había desaparecido el revellín que construyera Salazar a la entrada (265). La casamata utilizada como almacén de pólvora, detrás del caballero de Tejeda (volada por una explosión accidental en 1628), había sido ampliada. El resto del promontorio continuaba en su estado natural. Así encontraron las hueses del general Hendricks el castillo cuando lo sitiaron en 1625.

Dicho sitio hizo evidente la necesidad de terminar la fortificación de la punta del Morro, trazándose, diez años después, la muralla que la circunda (266). Estas obras terminaron en 1639.

Según el canónigo Diego de Torres Vargas (267), el fuerte del Morro había costado, hasta el año 1647, un millón novecientos mil ducados. Habiéndosele asignado a la Isla por Felipe IV la función de llave y vanguardia de todas las Indias Occidentales, en un documento fechado en 1643 (268) creando la Capitanía General de Puerto Rico, dedicóse la Corona, aún con mayor cuidado que en el pasado, a hacer este fuerte inexpugnable, dictado que compartió, implícitamente, con el resto de las fortificaciones de la Plaza, en opinión de una junta de notables para tratar asuntos de Indias, celebrada en casa del duque de Medinaceli, en 1677 (269).

Entre los años 1655 y 1669 el gobernador José de Novoa y Moscoso llevó a cabo extensas obras de reparación en los edificios del fuerte, los cuarteles, oficinas y comandancia (casa del castellano),

265. V. el plano de O'Daly.

266. V. Plano de la ciudad y bahía de San Juan, British Museum, Additional M. S. 32,450 Y., año 1625.

267. Francisco Díaz: *Relación Histórica Artillera*, reproducida en I/2/164, e. s.

268. Cédula de nombramiento de gobernador de Puerto Rico a favor de don Agustín de Silva, citada en IV/44.

269. Biblioteca Nacional, Madrid: Colección de papeles de Indias (1-126).

restaurando también las murallas, plataformas y casamatas (270). Colocó a la entrada, sobre el foso, un puente levadizo para sustituir al fijo con un tramo levadizo, destruido por los españoles para evitar que fuera usado por los sitiadores holandeses en 1625, y construyó una estrada o camino cubierto, para la defensa del foso. Mejoró las obras exteriores, empezó el murado de la playa de Caves, a la orilla del canal del puerto, entre el Morro y la ciudad, para cuya sola operación reunió 2.500 carretadas de piedra.

En la época en que fue construido el puente levadizo, acostumbrábase tomar precauciones especiales para proteger esta clase de estructuras. Colocábanse obstáculos a la entrada, tales como estacadas, trincheras y revellines. Una numerosa guardia vigilaba el paso por el puente. Para evitar sorpresas, sólo se permitía la entrada de un solo vehículo a la vez. Si éste conducía paña, hierba o alguna otra gramínea, la guardia examinaba cuidadosamente la carga, introduciendo en ella sus lanzas para convencerse de que no había personas ocultas. En 1741 se creó el cargo de teniente-portero, quien tenía la obligación de cuidar se cerrara y abriera la puerta del fuerte, situada en el extremo interior del puente, a las horas convenidas (\*).

Hacia 1680 las murallas del fuerte cerraban un espacio triangular, formando un polígono de veinte y tres caras, protegido del lado de tierra por otra fuerte muralla, el muro exterior del foso (contraescarpa), que fue reforzado. Sufrió alguna modificación el trazado del bastión de Mercado y se le agregó en este mismo lado, el frente del Atlántico, una media bola fortificada, cerca del extremo del promontorio, en el cual se construyó el baluarte. Para esta época aparece, por primera vez, construido un muro dentro del perímetro de las murallas del fuerte: un espaldón, en ángulo, cuyo vértice miraba hacia el sur, colocado cerca del extremo norte del fuerte, sin duda, destinado a proteger del fuego de buques atacantes los edificios construidos en su interior. Estos consistían de nueve casas, tres de las cuales estaban agrupadas y las demás dispersas. Parecía el interior del fuerte un pueblito diseminado entre los riscos de un pequeño cerro (271), cuyas casas estaban cubiertas con techos de dos aguas.

En el siglo XVIII el gobernador interino Domingo Pérez de Nandares comenzó a acumular materiales para edificar un polvorín en el campo del Morro (1743); pero su intento fue desaprobado.

Habiendo tomado los ingleses las islas de Martinica, Santa Lucía,

270. V. su *Memoria* en I/3/279.

\* Reglamento del Real Presidio, art. 15.

271. Plano de Puerto Rico, puesto en planta por don Luis Venegas Ossorio, año 1678.

Granada y la ciudad de La Habana en 1762, reteniéndola hasta el año siguiente, deseaba Carlos III frustrar los designios británicos en las Antillas, estableciendo en Puerto Rico una plaza fuerte de primer orden. No andaba equivocado el rey al sospechar que los ingleses continuaban y continuarían mirando, por largos años, con ojos codiciosos a Puerto Rico. En las negociaciones que precedieron la conferencia de paz entre Gran Bretaña, Francia y España, celebradas en Versalles en septiembre de 1783, el primer ministro Shelburne llegó a insinuar al representante español que le cedería Gibraltar, entonces furiosamente disputádole por España, a cambio de Puerto Rico.

El activo y patriótico Monarca, que hubo de completar las obras defensivas de Puerto Rico comenzadas por sus antecesores, comisionó en 1765, al mariscal de campo don Alejandro O'Reilly, para estudiar y llevar a cabo la reforma total del establecimiento militar de la Isla. Llegado O'Reilly a la Capital, fue acompañado en el reconocimiento prolijo de sus fortificaciones por el gobernador Benavides, el comandante de Ingenieros don Tomás O'Daly, el Teniente de Rey don Pedro Carrasco y el sargento mayor don Pablo Castelló (\*). En cuanto a las fortificaciones, ordenó O'Reilly al comandante de ingenieros don Tomás O'Daly que preparara un proyecto de obras, que recibió la real aprobación el 25 de septiembre del mismo año (272).

Evidentemente el plan de O'Reilly-O'Daly estaba basado en la teoría de que, haciendo inexpugnable el lado de tierra, único frente por donde podía ser atacada la ciudad, ésta se haría igualmente inexpugnable. Confiábase para la protección del lado del mar en el fuerte del Morro, en las defensas naturales y en las condiciones meteorológicas, que reducían a cuatro el número de meses (marzo a junio) favorables para desarrollar operaciones navales y de sitio en gran escala. En armonía con esta apreciación del problema, planearon las formidables fortificaciones de San Cristóbal, sus obras exteriores y las del recinto oriental. Perseguíase al construir una plaza de primer orden en San Juan, además de los fines ya apuntados, el de sacar «incalculables utilidades para la Navegación, comercio y provisión de los demás puntos de su dominación» (\*\*).

Encargado O'Daly de dirigir las obras, empezó las del castillo

---

\* Memoria sobre el estado actual de la Fortificación, etc.

272. Ibidem.

\*\* Juan Margello: *Informe al Comisionado Regio don Juan Bautista Topete sobre el Plan de Defensa de la Isla de 1792, rectificado por Rl. orden de 6 de julio de 1818 y el nuevo Plan de la misma de 1823*. Puerto Rico, 18 de Diciembre de 1839 (inédito).



del Morro en 1766, condenando la batería baja y trasladándola a la cortina norte del castillo, que mira hacia el océano Atlántico, protegiéndola con parapetos de 18 pies de espesor; demolió los viejos edificios dispersos dentro del recinto para sustituirlos por otros de cantería con azoteas, colocados de tal manera que desaparecieron como construcciones independientes, adosándolos a los muros u otras obras viejas del castillo; colocó garitas de piedra en los salientes; subió el nivel del caballero de Mercado; puso cañoneras a los dos paredones que defendía la punta del promontorio; construyó una batería intermedia que miraba hacia la punta del castillo, a lo largo de la cresta del barranco situado en el centro del castillo; reemplazó el puente levadizo de mediados del siglo anterior por un hermoso puente de arcos de piedra, que aún perdura; edificó un aljibe a prueba de bombas debajo de la plaza de armas, con capacidad para dar agua a la guarnición del fuerte durante un año. El aljibe, diseñado no sólo para suplir agua a la guarnición sino a los refugiados que se acogieron a la ciudadela en un caso extremo, era tan vasto que se acostumbraba mantener en él un bote para facilitar las operaciones de inspección y limpieza. Construyó O'Daly el revellín de San José en el sitio que en nuestros días limita por el sur con el cementerio de San Juan, persiguiendo con ello el objeto de evitar a un posible enemigo el empleo, como posición ofensiva, de un gran barranco de cerca de 250 pies de largo y 18 de profundidad que, situado entre la costa del actual cementerio y el castillo, cortaba casi perpendicularmente la mitad septentrional del campo del Morro. Diseñó también O'Daly un *camino cubierto*, especie de trinchera protegida del fuego que necesariamente habría de hacer un enemigo que asaltara el fuerte, entre el revellín y el barranco (273). Las obras duraron diez años, terminándose en 1776.

Resumiendo, el comandante O'Daly dejó el polígono e interior del castillo casi exactamente con el trazado en que lo encontró la guerra hispanoamericana. Utilizó el antiguo terraplén de la batería baja para construir el edificio, adosado a la cortina del frente de tierra, en que están la bóveda de entrada al castillo, la capilla, oficinas y otras dependencias, cuyas puertas abren actualmente a la plaza de armas del castillo, espacio aún utilizado por las tropas de su guarnición para formarse rutinariamente. Salvo algunas pequeñas

273. V. el Plano del Castillo del Morro y todas sus inmediaciones levantado por orden del Mariscal de Campo don Alejandro O'Reilly, por don Thomas O'Daly el 17 de Mayo de 1765.

obras, sólo faltó a O'Daly, para dejarlo en el estado que lo conocemos hoy, construir las bóvedas de San Antonio.

Un militar español, el capitán Fernando Miyares y González, escribiendo en el año 1775, asegura que el fuerte del Morro se hallaba en el día en un «bellísimo estado» para impedir la entrada al puerto de las naves enemigas, y agrega:

...sus tres principales baterías de cañones que por la natural pendiente del terreno hacia la mar, logran la situación de anfiteatro (*superpuestas*), y corren por todo lo largo del castillo, tienen sus fuegos en tal disposición que pueden seguir la Nave, por toda la canal. Se continúan sus obras con el maior esfuerzo; pues desde que se concluyó el frente de tierra, es el único objeto, por lo que se reunieron en él todas las fuerzas (274).

Observa luego Miyares, indudablemente refiriéndose a las obras ejecutadas en su tiempo (1766-1777) que ha sido preciso, debido a las irregularidades del terreno y a la necesidad de aprovechar los muros del antiguo recinto, dejar algunos ángulos muertos, es decir, sitios que no tienen defensa por ser imposible dirigir a ellos el fuego de las cañoneras inmediatas. Tal hecho, sin embargo, no influía en la efectividad del castillo como obra defensiva destinada principalmente a impedir la entrada de naves enemigas al puerto. Para ello contaba con tres órdenes superpuestos de baterías hacia la mar «que dirigen sus fuegos cruzados como el castillo antecedente» (San Cristóbal). Las tres líneas u órdenes de fuego, cuyas baterías estaban dispuestas en anfiteatro, es decir, superpuestas, cumplían el fin de proveer, con la mayor eficacia posible, el fuego de la artillería contra un ataque por mar. En vista de que los cañones antiguos de cargar por la boca no podían inclinarse hacia abajo para ser disparados porque se perdía la precisión del fuego, se hizo necesario colocarlos a la altura del blanco deseado. Por esta razón se construyeron las baterías en anfiteatro, asignándose, a cada una de ellas una misión determinada. La más baja, la *batería flotante*, se construyó, lo más aproximadamente posible, a la altura del casco de un buque de aquel tiempo; la segunda, un poco más alto que la cubierta y la tercera, en línea con la parte media de la arboladura. De acuerdo con esta disposición la batería flotante impediría el desembarque de una fuerza enemiga en los alrededores del fuerte, disparando a sus lanchas y botes, pudiendo al mismo tiempo, dis-

parar directamente a la línea de flotación de sus naves; los disparos de la segunda línea de fuego barrerían la cubierta, siendo éste singularmente efectivo contra los cañones de cubierta, sus artilleros y la base de los mastiles; el fuego de la tercera línea, la más alta de las baterías, emplearíase para destruir el velamen y la arboladura. Para dicho propósito usábanse con preferencia las balas de cadena, cuyo uso para este fuerte recomendara insistentemente Menéndez Valdés en su citada carta. Era la bala de cadena una esfera de hierro partida en dos mitades unidas interiormente por una cadena. Al ser disparadas, separábanse en el espacio las dos mitades, surtiendo, al dar en el blanco, un efecto similar al de las *boleadoras* empleadas por los gauchos para derribar animales. Entroszábase con gran fuerza la cadena rompiendo las jarcias, vergas y velas. Hacia fines del siglo XVIII usáronse también balas candentes para incendiar naves. Tanto el Morro como San Cristóbal estaban provistos de los hornillos necesarios para calentarlas.

En cuanto al frente de tierra de dicho fuerte, podía también cruzar sus fuegos con los del caballero de San Cristóbal, hecho que se demostró en ocasión del sitio de los ingleses en 1797, cuando el fuego de los cañones del Morro contribuyó a obstaculizar los movimientos del flanco izquierdo del enemigo apoyado en los alrededores de la ensenada del Condado (275).

Hacia 1788, según Iñigo Abbad, la comunicación con la batería flotante era (y es) subterránea, pudiendo salir por ella la guarnición, recibir socorros y comunicaciones exteriormente con el castillo del Cañuelo (276). Una gruesa cadena se conservaba en este fortín, lista para cerrar la entrada al puerto en caso de necesidad. Pendía un extremo de una pesada argolla empotrada en el muro oriental del Cañuelo y el otro de una ranura tallada en la roca viva del acantilado, debajo de la batería de San Fernando, frente al canal del puerto.

Para esa época (1774-1782) fue derribada la capilla del Calvario situada en el campo del Morro, empleándose sus materiales en la obra del Hospital de Pobres que levantaba con ejemplar celo el obispo Jiménez Pérez.

El minado del glacis, o campo del Morro, debió hacerse a fines del siglo XVIII en obediencia a la real orden del 12 de febrero de 1797 que disponía la construcción del sistema de minas de la Plaza,

275. Sir Ralph Abercromby en carta al Hon. Henry Dundas, reproducido en I/5/317.

276. III/215.

sistema que aún estaba inconcluso en 1833 (\*). Consistía el del Morro en una galería o túnel principal que atravesaba el glácis en toda su longitud, del cual partían ramales, respectivamente, hacia la derecha y la izquierda, terminando en sitios adecuados, previamente dispuestos de tal manera que las minas quedaban distribuidas en toda su extensión, debajo de aquellos lugares en que el enemigo probablemente colocaría sus baterías para abrir brechas en los muros más cercanos del fuerte. Como estos lugares eran escogidos de acuerdo con ciertas reglas fijas, en relación con el trazado del fuerte, no era difícil localizarlos. La mina o túnel principal, así como sus ramales, eran de suficiente altura para permitir a un hombre caminar por ellas de pie. En el extremo de cada ramal, y formando un ángulo con ellos, había otro túnel, más estrecho y de menos luz, por el que sólo se podía avanzar de rodillas. Cerca del extremo de los túneles laterales y colocados en ángulo recto con él, estaban las recámaras u hornillos de mina, recesos que se llenaban de pólvora atacada, cuya explosión servía distintos propósitos, de acuerdo con la posición de la mina: impedir al enemigo la construcción de aproches y de obras de zapa; volar sus baterías y, en último caso, destruir las murallas del recinto o del fuerte mismo, con el fin de inutilizarlas para el enemigo.

Para que el efecto de la explosión de las minas fuera vertical y destruyera lo que el enemigo hubiera colocado en el terreno, encima de ellas, el túnel que conducía a la recámara era tapiado con sacos de arena en una distancia igual al doble de la que separaba la bóveda de la mina de la superficie del terreno. Para sujetar los sacos de arena en su sitio durante la explosión, se insertaban gruesos tablones en unas ranuras previamente abiertas en las paredes de las galerías. Estas ranuras colocadas a intervalos de 20 pies, se conservan aún en buen estado en las minas del fuerte de San Cristóbal. Los ingenieros calculaban de antemano el número de barriles de pólvora que era necesario colocar en cada una de las recámaras para que su explosión abriera un cráter en el terreno de encima. Colocábanse los barriles en la recámara, unidos por una mecha que a su vez estaba enlazada a otra más gruesa y larga que salía a la galería en donde era prendida.

Por extraño que parezca, lo cierto es que son escasos los datos obtenibles en Puerto Rico acerca de la historia de este fuerte durante el siglo XIX.

\* J. O.: *Observaciones sobre las Ventajas que ofrece la Isla de Puerto Rico, etc.*, 1833 (inédito).

Algunas obras se llevaron a cabo durante su primer tercio, contándose entre ellas las bóvedas de San Antonio, situadas entre el baluarte de este nombre y el caballero de Tejeda.

Cuando, a principios de 1884, decidió el Ministerio de la guerra instalar en los fuertes de las costas de la Península el servicio de semáforos, acordóse, a poco, la colocación del aparato correspondiente al mismo y el establecimiento del servicio semafórico eléctrico en el castillo del Morro de San Juan (\*). Dispúsose, unos días después, que el coste de instalación, montante a cuatro mil pesos, fuera sufragado por la Isla, ordenándose que tal cantidad fuera consignada en su presupuesto (\*\*). Luego de redactar un reglamento provincial para su funcionamiento, la instalación recibió aprobación oficial en 1885 (\*\*\*).

Las últimas obras realizadas en el fuerte durante la soberanía española consistieron en las modificaciones estimadas necesarias, que se hicieron en 1896, en los emplazamientos de tres baterías para montar cañones modernos, dos de los cuales se armaron con cinco cañones Ordóñez, de 15 centímetros y una con dos obuses del mismo tipo, de 24 centímetros (\*\*\*\*).

## OTRAS CONSTRUCCIONES DEL SIGLO XVI (1582 - 1587)

El capitán Diego Menéndez de Valdés, en el informe de 1587 a que nos hemos referido, relata que hizo el baluarte de Santa Elena en la primera punta situada en el canal del puerto, entre el Morro y la Fuerza, lugar desde donde pasan los navíos «a tiro de mosquete y aún de arcabuz». Menéndez de Avilés, adelantado de la Florida, a su paso por Puerto Rico, había anotado el valor táctico de este sitio.

Entre el baluarte de Santa Elena y la Fortaleza, para defender una pequeña playa comprendida entre aquel baluarte y la punta que le sigue, en donde se había de construir más tarde el bastión de San Agustín, Menéndez de Valdés hizo levantar una plataforma para artillería, a la que se le dio más tarde el nombre de batería de San Gabriel, condenada por O'Daly en 1771.

Para proteger la caleta de Santa Catalina, que está junto a la Fortaleza, y obstaculizar el desembarque por ella, se construyó en

\* Real orden de 20 de septiembre de 1884.

\*\* R. O. de 25 de septiembre de 1884.

\*\*\* Reales órdenes de 16 de julio y 1.º de septiembre de 1885.

\*\*\*\* XXVIII/56.

la playa un muro almenado (277), con su puerta, a pesar de que la playa o desembarcadero de dicha caleta podía defenderse con la mosquetería de la Fortaleza. Las defensas de La Puntilla consistían de una trinchera cavada en su extremo y del fuego de artillería que podía hacerse desde el muro situado en la caleta de Santa Catalina.

Trasladándonos ahora al extremo este de la Isleta, veremos como estaban, en 1587, los alrededores de la calzada o puente del Agua y la costa norte de dicha Isleta. El fortín a que nos referimos en la página 30, situado como a 20 pasos de la puerta del puente, hacia la ciudad, fue construido por Menéndez Valdés, pintándolo de colorado, razón por la cual Layfield lo llamó el «fuerte rojo». Plantáronse en él dos falcones pedreros y dos piezas de hierro colado de 8 y 9 quintales, respectivamente, que barrían la calzada. El cabo de guardia tenía en su poder la llave de la puerta. Exigíase a los vecinos un permiso escrito, expedido por el gobernador, para poder transitar por el puente. El fortín, llamado *baluarte* por Menéndez de Valdés, servía también, por medio de tres troneras dispuestas con este fin, para defender el Boquerón o la pequeña abertura entre las rocas que comunicaba la ensenada del Condado con el mar. En la punta del Boquerón, en donde está en nuestros días el castillo de San Gerónimo, Menéndez de Valdés hizo construir una trinchera y una plataforma para 6 cañones. Esta posición, reforzada pocos años después con cetos de gruesos maderos, debió ser colocada para evitar desembarcar por la caleta en que está hoy el balneario del Escambrón. Propuso Menéndez de Valdés la construcción de una trinchera artillada en la playa del actual balneario, «disfrazada que no se eche de ver de fuera». Siguiendo por la costa norte de la Isleta, cuya playa oriental se llamaba entonces «de cabrón», no encontramos fortificación alguna, salvo algunas trincheras para defender los pasos por donde podía efectuarse un desembarque, hasta llegar a la caleta de los Frailes, situada detrás del monasterio de Santo Domingo. Una pequeña colina, el Morrillo, o pequeño morro, separaba el monasterio de la playa de dicha caleta. En la falda de esta colina se cavó un gran foso, defendido en la orilla misma del mar por una plataforma con parapeto, cortado por troneras, para 6 cañones. Estaban, además, provistas todas estas caletas de la Isleta de ciertos obstáculos, tales como tabloncillos atravesados por un gran número de gruesos clavos salientes, para estorbar el paso del enemigo.

Llegado a la ciudad el impulsivo capitán Pedro de Salazar, en

---

277. Diego Menéndez de Valdés: Documento citado, ítem 14, pág. 9.

1591, hizo destruir, por creerlas inútiles, todas las obras, reductos y trincheras construidas por el gobernador Diego Menéndez de Valdés (278). Sin embargo, la experiencia ganada en los ataques de los ingleses y holandeses, demostró que Menéndez había actuado con buen criterio, eligiendo las posiciones que había fortificado con asombroso acierto. Lo extraordinario es que este oscuro veterano de las guerras de Flandes e Italia viera el problema de la defensa de San Juan en relación con el factor geográfico antillano. Con singular penetración y con un avanzado criterio estratégico. Menéndez Valdés argumentó, en 1587, un plan de defensa de la ciudad basado en la posición de Puerto Rico con respecto a las demás islas del archipiélago, en la accesibilidad de su puerto principal por efecto de los vientos reinantes y otras condiciones que afectaban la navegación en el mar Caribe (279).

Ya fuere fortín, baluarte o reducto, *Santa Elena* fue reconstruido entre 1591 y 1598, como se infiere del relato de las operaciones de Drake, inserto en la *Biblioteca Histórica* de Tapia, y de la relación de la campaña de Cumberland, en la obra *British Battles by Land and Sea* (280), por J. Grant. Al tomar la ciudad, Cumberland proyectó retenerla para la Corona inglesa, preparándose a destruir algunas de sus fortificaciones. Aunque no lo mencionan los documentos coetáneos, parece posible que ordenara desmantelar el reducto de Santa Elena, puesto que no aparece representado en los planos holandeses de 1625, ni se le menciona en los relatos de Laet y de Larrasa. No es hasta 1678 que le vemos de nuevo en el plano de don Luis Venegas Ossorio. En 1765 su importancia había sido plenamente reconocida, habiéndosele convertido en un verdadero fuerte, cuyos muros formaban un polígono de once lados, con cuatro salientes que miraban al canal del puerto y un hornabeque cerrando el lado de tierra.

## FORTIN DEL CAÑUELO

La conveniencia de fortificar el islote situado a la entrada del canal del puerto había sido discutida por el previsor estratega, don Diego Menéndez de Valdés, en 1587. Aunque con juicio vacilante, sugiere se construya un torreón en él, haciendo ver, sin embargo,

278. Carta a S. M., reproducida en I/4/321.

279. Doc. cit., pág. 17.

280. V. pág. 185 e. s.

que éste podía ser atacado y tomado desde la ribera opuesta de la bahía (desde las cercanías de Palo Seco), dando entonces ocasión al enemigo a utilizarlo contra los fuertes de la Isleta.

No obstante, se le protegió con una fuerte estacada de madera rolliza durante el último tercio del siglo XVI. Entre 1608 y 1610, el gobernador Gabriel de Rojas empezó a edificar allí un cuadrilátero con muros almenados, que llamó fuerte de San Juan de la Cruz, terminándolo su sucesor en el gobierno, don Felipe de Beaumont y Navarra. Durante el ataque de los holandeses, en 1625, fue tomado por éstos, desalojándolos algunos días después el capitán Andrés Boteello, quien se vio precisado a incendiarlo para conseguirlo, arrojando al interior del fuerte, desde las lanchas con que lo atacaba, numerosas *alcancías* u ollas llenas de alquitrán encendido. Este revés dio lugar a que los holandeses dieran al peñón el nombre de «Isla de la mala Suerte». Quedando el fortín medio destruido por el fuego, fue restaurado después de 1647, no volviéndose a saber de él hasta el año 1678, en que aparece en el plano de don Luis Venegas Ossorio, reconstruido, a juzgar por el dibujo que lo representa. En 1765 estaba este fuerte en servicio, como se desprende del texto del nombramiento del subteniente don Thomas Maisonet como teniente del mismo :

...a cuyo cargo, cuidado y responsabilidad ha de estar la custodia y defensa de él; y la de toda su artillería, pertrechos y municiones como también la de su conservación, limpieza y aseo, mediante el diario servicio, subordinación y fatiga correspondiente a la tropa empleada de guarnición vajo de su orden en el propio destino (281).

A mediados del siglo XIX su pequeña guarnición era parcialmente sostenida por el «rematador» del derecho de pasaje público entre San Juan y Palo Seco, mediante un curioso arreglo que imponía a éste tal obligación, a cambio de los beneficios que él recibía por la vigilancia y mantenimiento del orden en aquel paraje, especialmente en cuanto se refería al tránsito de pequeñas embarcaciones entre ambos puntos (282). Como el producto de este derecho ingresaba, desde el siglo XVIII, en las arcas de la ciudad en concepto de «propios» (fondos municipales) el arreglo en cuestión fue sancionado por el Gobierno.

281. O. 3/3/137.

282. VII/legajo de 1848.



La guerra hispanoamericana encontró al fuerte del Cañuelo des-artillado.

Algunos de los lugares de la Isleta provisionalmente fortificados por Diego Menéndez de Valdés, y aun otros no previstos por él, fueron mejorados antes de empezarse el murado de la ciudad. En 1598 existía ya un fortín en la punta Escambrón. Durante la primera década del siglo XVII el gobernador Gabriel de Roxas hizo reconstruir de piedra el fortín de madera en el Boquerón, sitio del actual castillo de San Gerónimo, y reedificó de cantería la cabeza de puente conocida por el nombre de fuerte de San Antonio, para la defensa del puente del Agua; durante la segunda mitad del mismo siglo se habían construido tres reducos en esa costa: uno en la punta del Escambrón, otro en el sitio actualmente ocupado por el castillo de San Cristóbal y el tercero, la Perla, entre aquél y el Morro (283).

## EL MURADO DE LA CIUDAD

La hostilidad de Inglaterra, Holanda y Francia hacia España, intensificada por la decadencia de la nación descubridora, iniciada durante el primer cuarto del siglo XVII, tuvo por consecuencia que sus enemigos se acercaran peligrosamente a Puerto Rico. Franceses e ingleses, disfrutando de la protección encubierta de sus respectivos gobiernos, desarrollaban planes de colonización en las Antillas Menores, una de las cuales, San Cristóbal, distaba sólo 170 millas de la costa oeste de Puerto Rico. En 1635 los holandeses tomaban posesión de Curazao e islas adyacentes. Y como si todo esto no fuera suficientemente alarmante para Puerto Rico, flave y vanguardia de las Indias Occidentales, aventureros ingleses y franceses se apoderaron de la Isla de Santa Cruz, situada tan cerca de la Isla como lo está San Juan de la ciudad de Aguadilla. Verdaderamente, había llegado la hora de cercar la Capital. Otras ciudades del seno antillano, por razones similares, habían sido, o estaban en vías de ser muradas: Cartagena, La Habana y Santo Domingo. Felipe IV no había de estar remiso para dar su aprobación al plan del gobernador Enrique Enríquez de Sotomayor, quien había pasado una buena parte de su administración de los asuntos de la Isla (1631-1635) tratando de alejar, con incierto provecho, a los obstinados usurpadores.

Evidentemente dos razones hubieron de decidir al gobernador

283. Plano del Public Record Office, London, M. P. G. 599.



Enríquez a empezar el murado por la parte oeste de la ciudad: la posibilidad de que los extranjeros que ocupaban las Antillas Menores extendieran sus operaciones a Puerto Rico, desembarcando por la costa este, fijándose en algún lugar de la Isla y marchando algún día hacia San Juan por tierra; la creencia, largo tiempo debatida, de que un desembarque por la costa norte de la Isleta era casi imposible porque la ininterrumpida cadena de arrecifes que la bordea, desde la punta del Morro hasta el Boquerón, mantiene las aguas continuamente agitadas, constituyendo los arrecifes en sí un obstáculo considerable.

En cuanto al primer temor, creemos era justificado. El probable buen éxito de una expedición naval operando desde una base remota, como se había demostrado ya en ocasión de las dirigidas por Drake, Hendricks y Cumberland, necesariamente requería el ataque a la Plaza de San Juan, ya fuere forzando la entrada al puerto, ya acometiendo por la Isleta. Pero un ataque dirigido, por ejemplo, por residentes de la vecina isla de Santa Cruz, actuando por su propia cuenta, o con la protección disimulada de su gobierno, podía muy bien internarse utilizando embarcaciones pequeñas que sólo sirvieran para transportar el enemigo a las playas más cercanas de Puerto Rico, desde cuyo punto podían avanzar por tierra hacia su capital. Así no sería necesario emplear las naves de alto bordo, indispensables para un ataque a las fortificaciones de la ciudad, cuyo empleo, además, requeriría la cooperación abierta, o la beligerancia, de los gobiernos interesados en la empresa. Sin duda, lo que las autoridades españolas de Puerto Rico esperaban de los osados aventureros ingleses y franceses de las pequeñas islas del Caribe, eran operaciones puramente subrepticias.

La segunda razón, la creencia en la inaccesibilidad de la costa norte de la Isleta, era de antiguo arraigo. Apenas exploraron los españoles a la Isleta notaron, como lee el plano del licenciado Figueroa dibujado en 1519, que «todo lo que forma esta raya es peña tayada», es decir, costa acantilada, refiriéndose a la ribera norte de la Isleta. Venegas Ossorio, en su plano de 1678, es mucho más claro y terminante:

«Toda esta costa, *dice*, corre del este al oeste y en una legua a la mar. No pueden llegar embarcaciones a tierra por pequeña que sea, por ser costa brava y corren mucho las aguas.

Relegada al futuro la conveniencia de murar la costa norte de la Isleta, comenzó su obra el gobernador Enríquez cercando la caleta

de Santa Catalina o de San Juan, desde cerca de su extremo norte hasta la Fortaleza (284). Construyó, con este objeto, una muralla real terraplenada, imponiendo así una pauta a los que continuaron la obra, es decir, un muro de escarpa (cuya cara exterior era inclinada al 3 por 1), hecho de tierra, revestido de piedras, unidas con mezcla real (una medida de cal y otra de arena), provista de troneras, con un espesor de 5.9 metros en su parte más alta y, por término medio, 7.5 metros de altura. Continuó don Iñigo de la Mota Sarmiento, sucesor de Enríquez en el gobierno de la Isla, el murado de los recintos sur y este hasta enlazarlo con el reducto de San Cristóbal, quedando terminada la puerta de San Justo en 1639 (\*).

En 1678 (285) las fortificaciones de la Plaza comprendían las obras siguientes: empezando por el recinto sur, anotaremos que en él se abría una puerta y que en él se apoyaban cuatro baluartes que miraban a la bahía, San Pedro, dos a la derecha e izquierda, respectivamente, de la puerta de San Justo, el semibaluarte de San Justo y baluarte de San Justo o del Muelle y el de la Palma. Tenía además un semibaluarte, el de la Concepción, situado detrás de la capilla del mismo nombre. El recinto oriental comprendía el baluarte de Santiago, situado en la esquina sudeste de la ciudad, unido por una cortina al baluarte llamado «de la cortadura», porque sus muros defendían un zajón que se había abierto a través de un risco situado entre el espacio arbolado (en donde se construyó después la plaza de Santiago) y el mar, al sur del reducto de San Cristóbal. Otra cortina unía este bastión con el baluarte nordeste de San Cristóbal, que había sido colocado como parte del murado, fuera del reducto del mismo nombre. La cortina o lienzo de murallas que unía los baluartes de Santiago y de la Cortadura, estaba perforada en su centro por la puerta de Santiago, protegida en frente por un revellín que, a su vez, tanto como todo este recinto, estaba reforzado por otra línea paralela de murallas que se extendía en toda su longitud, desde la orilla del mar hasta la ribera de la bahía. Este era, por lo tanto, el único flanco de la ciudad protegido por una doble línea de murallas. San Cristóbal no era entonces un castillo sino un reducto, cuyo muro del lado este, era semicircular, siendo rectos los demás, situado en la parte más alta del promontorio. Tenía este reducto, en su flanco sur, un semibaluarte que miraba al puerto, protegido del lado del

284. II/475.

\* J. O.: *Memoria sobre el estado actual de la Fortificación de Edificios militares de la Plaza de Puerto Rico con una breve historia de su origen e indicación de las obras que faltan para completar su sistema de Defensa, (1839).*

285. Plano de Luis Venegas Ossorio.

mar por espaldones. Bien se comprende, al estudiar este plano, que la primera estructura que se erigió en San Cristóbal, antes de murarse la ciudad, fue el reducto de que estamos tratando, cuya evidente misión era defender la entrada a la ciudad por el lado de tierra. Posteriormente, en una época que no nos ha sido posible determinar, se construyó el semibaluarte cerrado por la gola, a continuación del muro sur de dicho reducto, quedando éste convertido en el *caballero*, estructura que no fue variada en su trazado esencial cuando se construyó el castillo en el siglo XVIII. Es por esta razón que el capitán don Angel Rivero escribe en nuestros días, que San Cristóbal no es en realidad un castillo, «sino un baluarte con su caballero, cerrado por la gola, que contiene en su interior un cuartel defensivo» (286).

Continuando con nuestra descripción, diremos que en el lado norte de la ciudad sólo se había construido, hasta 1678, un bastión y un muro para proteger el reducto de San Cristóbal del lado del mar, quedando sin murar toda esta línea hasta la ciudadela del Morro. Defendíanla un cubo (San Sebastián), cerca de San Cristóbal, y dos bastiones, los de la Perla y Santo Domingo. Por el lado oeste solamente se había cercado la esquina sur, el baluarte de Santa Catalina, quedando abierta la costa del canal del puerto hasta el Morro (\*).

Ya hemos visto cómo el gobernador Novoa y Moscoso había dado los primeros pasos, hacia 1660, para cerrar con una muralla la playa situada entre el Morro y la Fortaleza, obra que estaba terminada en 1764 (287), hasta el fuerte de Santa Elena, quedando abierto el espacio comprendido desde este sitio hasta el Morro, construyéndose en él la Batería de San Fernando (288), hacia 1771. Los baluartes de Santa Elena y San Agustín defendían esta costa. Consecuentes con la antigua creencia acerca de la invulnerabilidad natural de la costa norte de la Plaza sólo se construyeron, en ese año, líneas de tierra y fajina entre el barranco del campo del Morro y la colina de Santo Domingo, situada detrás del monasterio, llamado El Morrillo por algunos autores del siglo XVI.

Ejercíase la vigilancia diaria del murado por medio de patrullas,

286. XXVIII/53.

\* En el primer cuarto del siglo XIX, el perímetro de la ciudad comprendía unos 4,400 metros de muros continuos de fortificación, incluyendo las murallas de los fuertes y de las obras externas del recinto oriental.

287. V. el plano titulado "Port et Ville de Porto Rico dans L'isle de ce nom", París, año 1764.

288. Plano de la Plaza de San Juan, por don Thomas O'Daly, fechado el 31 de agosto de 1772.

mandadas por un oficial, que recorrían en horas del día y de la noche cada uno de los recintos, llamándose a este servicio *la ronda de la muralla*. Exigíase el exacto cumplimiento de este servicio, arrestándose a los oficiales que faltaban a él (\*).

## LAS PUERTAS DE LA CIUDAD

Tres puertas se abrieron en los recintos cuando se construían las murallas durante la primera mitad del siglo XVII: primero la de San Juan, en el recinto oeste, a unos 300 pies al norte de la Fortaleza; después la de San Justo, en el centro del recinto sur, frente al edificio que hoy ocupa el Banco Popular; la de Santiago, última construida en dicho siglo, en el recinto este, frente a la esquina nordeste de la plaza llamada de Colón en nuestros días, en el espacio actualmente comprendido entre la esquina noroeste del antiguo edificio del Casino de Puerto Rico y la vía del tranvía eléctrico. La primera puerta fue construida por el gobernador Enrique Enríquez de Sotomayor, hacia 1635; las otras dos, por don Inigo de la Mota Sarmiento, de 1635 a 1641, quien dejó sus armas esculpidas en ellas a ambos lados del escudo real.

Estaban colocadas estas puertas en las cortinas de los baluartes, defendidas por obras de distintas clases. La de San Juan tenía a su frente, construido sobre la orilla del mar, una barrera de material, que aún queda, provista de una garita. Algunas estaban protegidas por matacanes (289), pequeñas obras que proyectaban de la muralla, con el suelo aspillero, por cuyos agujeros se podía observar y hacer fuego al enemigo; otra, la de Santiago, por un ancho foso, salvado por un puente levadizo que funcionaba por un juego de gruesas cadenas y poleas. Para facilitar su defensa, dejábase inmediatamente detrás de las puertas un espacio abierto para que pudieran manobrar sus defensores y colocarse en él la casa o puesto de guardia. La de Santiago tenía para dicho fin la plaza del mismo nombre, y la de San Juan un espacio más reducido, de forma irregular. La de San Justo perforaba la muralla, de tanto espesor en este sitio, que el espacio comprendido entre sus dos caras era suficientemente holgado para permitir la construcción en él de un aposento para la guardia.

---

\* Informe del gobernador Juan José Colomo, fechado 15 de noviembre de 1748, reproducido en I/5/136-137.

289. XXVIII/54.

Las preocupaciones religiosas de los siglos XVII y XVIII, tan claramente puestas de manifiesto en el hecho de que los nombres de las distintas obras de fortificación de la Plaza recordaban, con una sola excepción, a algún santo o misterio de la Iglesia, obraron con mayor intensidad al tratar de conferir protección religiosa a las puertas de la ciudad, como si se hubiera intentado por tales medios librarla de uno de los males capitales, la invasión enemiga. Las tres puertas construidas en el siglo XVII, de acuerdo con la descripción de Torres Vargas (290), tenían una capilla encima, bajo la advocación del santo que les daba nombre, cuya imagen, en el caso de las de San Juan y San Justo, estaba pintada en lienzo y esculpida en la de Santiago. «Está el glorioso Santo», dice Torres Vargas, refiriéndose a ésta, «de busto sobre un caballo de buena escultura». Habíase colocado, además, sobre cada puerta, debajo de las armas reales, en las dos que construyó Mota y Sarmiento, una inscripción tomada del Salterio, libro del Antiguo Testamento que contiene las alabanzas de Dios y de Jesucristo. Leía la de Santiago, *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit* (Si el señor no guarda la ciudad, en vano vela quien la custodia). La de San Justo y Pastor era una profesión de la fe ciudadana: *Dominus mihi adjutor quem timebo?* (El Señor es mi ayuda, ¿a quién temeré?) *Benedictus qui venit in nomini Domini* (Bendito el que viene en el nombre del Señor), decía la de la puerta de San Juan, aludiendo a la función que ella desempeñaba de dar ingreso a la ciudad a los viajeros que desembarcaban en el antiguo puerto, la caleta de Santa Catalina o San Juan.

En consonancia con las normas del gobierno teocrático de la época, celebrábanse misas en las capillas portales el día del santo de cada una y en otras ocasiones durante el año.

En el siglo XIX dos puertas más fueron abiertas, ambas en la cortina norte: la de San José (291), para dar acceso al cementerio, situada en la cortina que une los baluartes de Santa Rosa y de Santo Domingo, y la de Santa Rosa, que abría al Matadero, colocada en la cortina entre los baluartes de las Animas y de Santo Tomás.

La conveniencia de abrir la sexta puerta en las murallas, cediendo a las exigencias del progreso comercial, empezó a considerarse por el Municipio hacia 1871, año en que se ordenó estudiar la posibilidad

290. II/491.

291. Llamada así en el plano del capitán de Ingenieros, D. Francisco Coello. (1851), razón por la cual creemos errónea la designación de Santa Rosa que le ha sido dada por algunos autores, Elizaburu, i. n., en *El Libro de Puerto Rico*: 1054.

de hacer una segunda apertura en la cortina de San Justo (292), llevándose a cabo la obra en 1894, frente a la calle de la Tanca, entre los baluartes de San Pedro y de San Justo, o del Muelle, al derrumbarse la puerta de San Justo. La nueva puerta, que se mantuvo siempre desprovista de hojas, llamada de San Rafael o España, era en realidad una entrada como leía su inscripción, mucho más ancha que las anteriores, estando la amplia apertura dividida por una gruesa columna central coronada por un bloque de mármol, montado al aire, en una de cuyas caras estaba tallado el escudo de España y el de Puerto Rico en la otra (\*).

Las disposiciones que regían con respecto a la utilización de las puertas por los vecinos de la ciudad, variaron considerablemente en el curso del tiempo, ajustándose, sin embargo, hasta bien entrado el siglo XIX, al propósito tácito de auxiliar a las autoridades a mantener el vecindario bajo su estricta vigilancia. En tiempo de paz manteníanse abiertas, aunque vigiladas por una guardia, cerrándose sus macizas hojas de ausubo al toque de retreta, hora en que se ponía el sol (293). Los centinelas armados de rifle con bayoneta calada, apostados en las puertas de San Justo y Santiago fueron vistos en la octava década del siglo XIX por personas que aún viven (\*\*). Cuando había epidemias en la Isla redoblábase la vigilancia y se obligaba a las personas que transitando por ellas, portaban cartas, a abrirlas y rociarlas con vinagre (294).

En tiempos de guerra, durante el siglo XVII, practicábase la costumbre de no abrir las puertas de la ciudad sin que un pelotón de Milicias montadas reconociera primero el campo de la Isleta.

Mientras la puerta de San Juan era la entrada a la ciudad, fue escenario en distintas ocasiones, como en la llegada de gobernadores y obispos, de aparatosas ceremonias. Solían subir los mitrados a pie, bajo el palio, por la caleta de San Juan, para cantar un tedeum en la Catedral, que le quedaba en frente. Largo tiempo después, cuando se construyó, en el siglo XVIII, un muelle casi frente a la calle de San Justo y se empezó a generalizar el uso del puerto interior para el desembarco de pasajeros, los gobernadores recién llegados hacían su entrada ceremonial por la puerta de San Justo. En ella recibía el entrante las llaves de la ciudad, de manos del gobernador saliente,

292. V. Archivo del Ayuntamiento.

\* R. H. Todd: "Más allá de dos generaciones desaparecidas en San Juan" ("El Mundo", San Juan, P. R., 7 de noviembre de 1937).

293. XIX/471.

\*\* Todd, loc. cit.

294. I/2/294.

o del alcalde, quienes aguardaban acompañados por los funcionarios públicos vestidos de lujo. Tomando las llaves de la bandeja de plata en que se le ofrecían, abría con ella la puerta y se dirigía a la Catedral para dar gracias a Dios por su feliz arribo, mientras las campanas de todas las iglesias de la ciudad repicaban alegremente, echándose al vuelo durante tres minutos, las tres mejores campanas de la iglesia mayor. Las tropas de la guarnición formaban a lo largo de la carrera, que había de ser precisamente por las calles de San Justo, Fortaleza y Santo Cristo. En el siglo XIX se redujo la ceremonia a términos puramente simbólicos, suprimiéndose el acto de abrir la puerta por el recién llegado gobernador. En esta época los asistentes vestían de frac.

Abandonada la puerta de San Juan como entrada a la ciudad, continuó siendo, hasta que se construyó el acueducto, atracadero de los aguadores de Bayamón, quienes traían en lanchas y botes agua del río a la Capital. Para suprimir la antigua costumbre practicada por las mujeres del pueblo de bañarse en el canal, detrás de la Fortaleza, el gobernador Méndez de Vigo destinó a baños públicos para mujeres las aguas vecinas a la puerta de San Juan y el Matadero, imponiendo una multa de cuatro pesos a las contraventoras (\*). En 1853 esta puerta fue cerrada al público por considerarse innecesaria para el tránsito. Sus viejas hojas de ausubo claveteadas, construidas en 1794, volvieron a abrirse a fines del siglo.

Fue la puerta de Santiago teatro de actividades cívicas y homenajes públicos. Celebróse en ella, por ejemplo, la exaltación al trono de Fernando VI, a principios de 1747, mediante una ceremonia llamada *el reconocimiento*, en la cual el Cabildo de la Ciudad reconoció simbólicamente la autoridad del nuevo Monarca. Con este fin construyóse un tablado alfombrado frente a la puerta de Santiago. Trasladóse a él don Clemente Dávila, alcalde de la ciudad, portando el estandarte real, acompañado por el gobernador Juan José Colomo, el Cabildo, Milicia de caballería y los vecinos distinguidos. Desmontándose la comitiva, subió al tablado, en donde el alcalde levantó en alto tres veces el estandarte, mientras exclamaba: «¡España, España por el rey don Fernando Sexto!» Procedió entonces el gobernador Colomo a tirar al pueblo, que se arremolinaba en su derredor, numerosas monedas de oro y plata, conmemorativas del acontecimiento, exornadas en el reverso con el escudo de la ciudad. Hecho esto, encaminóse el cortejo a la plaza de las Carmelitas. Montaba el gobernador un caballo cubierto de rico jaez de

---

\* Bando de Policía y Buen Gobierno de 1841.



terciopelo carmesí con guarniciones, estribos y bridas de plata. Precedíale un negro tocando alegremente un clarín; asistíanle a los estribos cuatro criados negros de librea, llevando collares de plata, y dos más a la trasera, cuyas gorras lucían el escudo de su amo. Un octavo criado montado conducía los sacos de monedas (\*).

Recuérdase también las fiestas celebradas en honor del apóstol Santiago, patrón del Ejército, cuya imagen conservada, desde el siglo XVII, en la capilla de la puerta de su nombre era conducida, la víspera de ese día, a hombros de los artilleros de la Plaza, depositándola, hasta el día siguiente, en la Catedral, después de hacerla pasar frente a la Fortaleza para recibir los honores que le eran tributados por la infantería de la guarnición. Era esa la única noche del año que permanecían abiertas las puertas de la ciudad, a pesar de no estar previsto el caso en el Real Reglamento del Presidio. Creyéndose la ciudad protegida en tan fausta ocasión por el santo mismo, consentíase al oficial portero, por el capitán general, simbolizar la creencia por el acto de colgar del brazo de la imagen las llaves de todas las puertas de la ciudad (\*\*). A mediados del siglo XIX guardábase la efigie del apóstol Santiago en la capilla de la Concepción, celebrándose su aniversario en la Catedral, como se había hecho antiguamente, llevándose la imagen a ella. Para esta época parece haber cesado la participación del elemento militar en la forma que lo había hecho en el siglo anterior, quizá por las dudas que acerca de su propiedad dejara prendidas en el ambiente el gobernador Gaspar de Arteaga, quien la suprimió durante su administración (1670-1674).

Durante el sitio de los ingleses al mando de Abercromby, el obispo Zengotita destacó en la puerta de Santiago un sacerdote para ofrecer auxilio espiritual a los heridos y moribundos que llegaban a ella procedentes del campo de operaciones.

## LOS TRABAJOS DE FORTIFICACION EN EL SIGLO XVIII EL CASTILLO DE SAN CRISTOBAL

En agosto de 1772 O'Daly había terminado su magna obra (295): la conversión del viejo reducto de San Cristóbal en un fuerte di-

\* *Relación Verídica en la que se da noticia de lo Acaecido en la Isla de Puerto Rico a fines del Año 45 y Principios de el 47 con el Motivo de Llorar la Muerte de N. Rey y Señor Don Phelpe Quinto y Celebrar la Exaltación a la Corona de N. S. D. Fernando Sexto*, etc., reproducido en 1/5/148 e. s.

\*\* VI/159.

295. Plano de la Plaza de San Juan, por don Thomas O'Daly, fechado el 31 de agosto de 1772.

señado primariamente para la defensa del costado de tierra de la Plaza; secundariamente, para auxiliar al fuerte del Morro en la defensa de la costa y del puerto. La combinación de ambas funciones en la misma unidad defensiva explica el hecho de que San Cristóbal exhiba ciertas estructuras características de la época medioeval, como por ejemplo, el grande y elevado baluarte plano o caballero, algunas de cuyas troneras fueron planeadas para facilitar hacer fuego contra las naves enemigas. Como el Morro, tiene este fuerte tres órdenes de fuego, hecho que comprueba su doble misión de defensa costanera y terrena. El papel principal que jugaron las baterías del caballero de San Cristóbal durante el bombardeo de la Plaza por el almirante Sampson, en 1898, demuestra claramente que este fuerte había sido diseñado para cumplir con un cometido de esta naturaleza.

Para llevar a cabo sus planes, destruyó O'Daly el reducto levantado en el siglo anterior, y, conservando los muros exteriores y el viejo semibaluarte del norte, que les protegían por los costados septentrional y oriental, construyó otro muro aproximadamente paralelo en el costado del poniente, cerrándolo al sur hasta dejar un espacio terraplenado y murado por todas partes (un baluarte cerrado por la gola) que formaba un polígono irregular de once lados, de 180 varas de largo y un ancho máximo de 40. La parte superior de esta obra, la más alta del fuerte, llamado el baluarte plano, caballero o *Macho*, con una elevación de 41 varas, estaba coronado de baterías que dominaban la ciudad, el puerto interior y Puerta de Tierra, hasta el puente del Agua. En lo más alto del promontorio en que está enclavado el castillo, una rampa de hormigón daba acceso al patio o plaza del mismo (que no debe confundirse con la plaza de armas), aproximadamente de la mitad del tamaño de aquélla, en la cual podía formar un batallón. Rodeada por los muros del baluarte plano y debajo del caballero estaba la plaza de armas, en donde se acostumbraba formar la guarnición para hacer ejercicios, con sus cuarteles abovedados, oficinas y otras dependencias. Protegiéronse por este costado los muros exteriores del fuerte y todo el recinto oriental a que estaban enlazados, con otras obras de complicado trazado que incluían lunetas, reductos y contraguardias. Una parte de estas obras formó, en el siglo XIX, la tercera línea defensiva. Apoyábanse estas fortificaciones en una línea de murallas, paralelas a las del recinto oriental, dejando entre ambas un foso seco (el segundo foso), de 270 varas de longitud por 30 de ancho, que atravesaba en este punto la Isleta, desde el mar por el norte hasta la bahía por el sur. ¡Un formidable obstáculo!

Construyóse en el glacis de San Cristóbal un parapeto provisto

de varias flechas, o pequeños ángulos salientes, destinados a ser ocupados por la infantería para dilatar o repeler un ataque al muro de contraescarpa (muro exterior del foso).

Las obras exteriores adosadas a San Cristóbal y al recinto oriental se extendieron a todo el ancho de la Isleta en un plano inclinado, cuyo punto más alto, el ocupado por el fuerte, con unos 100 pies de elevación, descendía gradualmente hasta la orilla de la bahía. Comunicábase el fuerte de San Cristóbal con las obras exteriores por un puente de piedra que lo unía a la gola del revellín de San Carlos (\*). En ambos extremos el puente se expandía en espacios iguales a seis veces su ancho, para colocar en ellos tropas que lo defendieran en caso de un asalto. Consistían estas obras de dos revellines (296), el de San Carlos que ocupaba lo alto de la loma, cuyas dos caras estaban formadas por muros almenados de 18 pies de espesor, y el del Príncipe, situado en la parte baja de la falda. Estaban enlazados estos dos revellines por un rediente (obra de dos caras cuyo ángulo saliente miraba a Puerta de Tierra) (297). Otro rediente cerraba el espacio entre el revellín de San Carlos y el mar. Tanto los revellines como los redientes estaban separados de la campiña por un foso paralelo a sus escarpas o muros exteriores que llamaban el contrafoso, para distinguirlo del segundo foso de que ya hemos hablado. Con sólo una excepción, las obras exteriores estaban abiertas por detrás, de manera que si eran tomadas por el enemigo, los cañones de San Cristóbal podían desalojarlo. Con este fin se construyeron varias de las troneras de la batería baja del fuerte que mira a tierra, perfectamente alineadas a determinados puntos de las obras exteriores. La precisión admirable con que podía dirigirse el fuego de los cañones colocados en estas troneras a los puntos vulnerables de dichas obras, constituye uno de los verdaderos triunfos de O'Daly como arquitecto del fuerte de San Cristóbal. Asegura Iñigo Abbad que estas fortificaciones estaban en gran parte abiertas a pico en la roca viva, así como sus cuarteles y aljibes (los de San Cristóbal), todo construido a prueba de bomba. El revellín del Príncipe, llamado así en el plano de O'Daly, fue construido por él, ampliando y mejorando el viejo revellín de Santiago que cubría la puerta del mismo nombre, dando salida, por el puente levadizo colocado sobre el segundo foso, a los contrafosos y al camino cubierto que atravesaba

---

\* Muchas de las obras del frente de tierra fueron ejecutadas por el ingeniero don Juan Francisco Mestre, dentro y fuera, del Proyecto de O'Daly.

296. Ibidem.

297. Iñigo Abbad ha confundido en su descripción este rediente por un revellín, razón por la cual asevera (pág. 215) que había 3 revellines en esa línea.

el revellín y el campo de Puerta de Tierra. Entre estos dos revellines, escribe Miyares y González, *se haya una plaza de armas, llamada de la Trinidad, por constar de tres baterías en amphiteatro, que siguen la irregularidad del terreno, teniendo así esta, como los revellines, su foso que se comunica con el principal. Toda esta obra está guarnecida de un camino cubierto con sus trabersas correspondientes y estacadas* (298).

La comunicación subterránea y el minado del fuerte se obtenían por medio de cinco galerías o túneles, con una longitud total de 1.380 pies, teniendo las mayores de 7 y medio a 9 pies de ancho y de 4 y medio a 5 las más estrechas. Dos de ellos ofrecían comunicación directa entre el patio de entrada y el muro de contraescarpa o muro exterior oriental, pasando ambos por debajo del baluarte plano y de la plaza de armas; un tercer túnel comunicaba la entrada de la rampa del baluarte plano con su cortina oriental; el cuarto, colocado fuera del fuerte, con entrada en el patio de uno de los pabellones para oficiales, daba acceso subterráneo a la extremidad sur del fuerte; el quinto atravesaba en casi toda su extensión longitudinal la plaza de armas, terminando en su extremo norte en un pozo de escuchar, y en el sur, en el muro defensivo, a menos de 30 pies de distancia de la galería a que nos hemos referido antes. El túnel longitudinal tenía un ramal que terminaba en el postigo. Una contramina, tallada en la roca viva pasaba por debajo del foso del castillo, hasta llegar a un risco inaccesible situado debajo del baluarte norte, en donde se dejó una abertura para ventilar dicho túnel. De la contramina salían ramales que quedaban debajo de los zapadores enemigos, protegiendo así, si se abría una brecha en los muros exteriores del fuerte, el caserío de la ciudad. La contramina ofrecía segura comunicación con las contraminas de las obras exteriores (\*). Dos de estos túneles, el del norte, con nueve pies de ancho (que corría paralelamente a la cortina norte del fuerte) y el del sur, de 7 y medio pies de ancho, eran en realidad galerías de altura y anchura suficientes para permitir el paso de pequeños carros de municiones, tirados por mulas, y de piezas pequeñas de artillería. A cada 20 pies de distancia las paredes de estas galerías estaban provistas de ranuras verticales para colocar tabloncillos que servían de sostén a los sacos de arena con que se tapiaban cuando se deseaba volarlas. La galería del norte se bifurcaba en su extremo, dando uno de sus ramales acceso al primer

298. Op. cit., pág. 40.

\* Archivo de Indias — Audiencia de Santo Domingo, 2503. Carta del Gobernador de Puerto Rico, acerca del trabajo hecho en las fortificaciones, desde el 6 de marzo, 1776.

foso, y el otro, a un pozo de escuchar, dejando entre ambos un espacio que podía utilizarse como un hornillo de mina o como un depósito para municiones. Utilizábanse los pozos de escuchar, que tenían de 20 a 25 pies de profundidad, para facilitar a los defensores del fuerte la tarea de percibir los ruidos ocasionados por los trabajos de zapa del enemigo. Con este fin bajaba al fondo del pozo un centinela y sentándose en él, observaba cuidadosamente una porción de azogue vertido en un plato. Los golpes del zapapico de los minadores hacían vibrar levemente el azogue, revelando así su presencia.

En cuanto a las obras exteriores, el rediente del norte y el revellín de la Princesa, estaban provistos de una escucha o túnel estrecho que corría paralelamente a sus muros exteriores y por una mina, con su hornillo, que salía al glacis, cerca de 225 pies de distancia. La longitud total de las galerías y minas de ambos fuertes, San Cristóbal y la Princesa, era de 2.810 pies.

Hacia 1782 (299) se hizo cegar parte del barranco del campo del Morro, prolongándose el trozo de muralla construido por O'Daly entre ese obstáculo y la cantera de Santo Domingo, hasta el fuerte de San Cristóbal por el este. En el recinto oeste se concluyó el muro que casi unía la batería de San Fernando con el Morro, completándose así el cerco de la ciudad. Queda así comprobado, gracias a este plano, que la construcción de las murallas de la ciudad abarcó un período de cerca de 147 años. Al terminarse la construcción del camino cubierto del recinto del norte, quedó éste compuesto de las obras siguientes, empezando desde las cercanías del Morro: baluartes de San Antonio, de Santa Rosa, de San José, de Santo Domingo, de las Animas (frente a la plaza del Mercado), de Santo Tomás y de San Sebastián. El viejo fortín de la Perla quedaba fuera de las murallas, ya convertido en un revellín que cubría la cortina que unía los baluartes de las Animas y Santo Tomás. Aproximadamente en el punto medio de la cortina que unía los baluartes de Santa Rosa y Santo Domingo, se abrió la puerta de San José, llamada en nuestros días la puerta del cementerio, protegiéndose más adelante esta cortina, y la playa que le queda en frente, con la batería de San José.

De 1782 a 1794 (300) se empezaron a construir las numerosas obras que reforzaban las defensas exteriores del lado de tierra, lla-

299. V. el plano de Puerto Rico publicado por don Tomás López, geógrafo de los Dominios de S. M., en Madrid, 1785.

300. V. el plano geométrico de la bahía y ciudad de San Juan, levantado por el capitán don Cosme de Churrucá, en 1794.

madas la línea del Abanico, porque constituían, como veremos más adelante, la tercera línea defensiva de la Isleta.

En 1796 se construyó la batería de San Francisco de Paula, cuya obra se apresuró por el general de Castro en previsión del ataque de Abercromby a la ciudad. Se situó ésta en la parte baja del terreno, entre los baluartes de Santiago y San Pedro, cerrando completamente el paso al camino que comunicaba la puerta de San Justo con Puerta de Tierra, por la orilla de la bahía. Esta batería, situada en parte del espacio ocupado después por el edificio de los hornos militares, consistía de un muro que cubría toda la cortina que unía los dos baluartes ya mencionados, con un saliente, frente al baluarte de Santiago, que llegaba hasta la misma orilla de la bahía (\*). La muralla oriental de dicho saliente estaba almenada, siendo su parte más fuerte, para la defensa de Puerta de Tierra. Terminada esta obra, no quedó un pie de tierra, en todo el costado este de la ciudad, que no estuviere fortificado. Estas construcciones fueron iniciadas por el general de Castro y continuadas por su sucesor, don Toribio Montes.

Para esta época se construyó una batería en la isla de Miraflores al este de la bahía de San Juan.

Casi agotadas las medidas defensivas y como consecuencia de las lecciones aprendidas durante el ataque de Abercromby, e inmediatamente después de la partida de este general, se fortificó un islote situado en el extremo este de punta Salinas, al oeste de San Juan. Fue cerrado el extremo de dicho islote por un foso seco que protegía un pequeño cuartel defensivo y un terraplén para seis cañones (301).

## LOS OBREROS DE LAS FORTIFICACIONES

Empleóse en la primera obra del siglo XVI, la Fortaleza, el corto número de obreros adiestrados, carpinteros, canteros, albañiles y herreros que vivían en la ciudad, utilizándose los esclavos negros como peones. Al emplear Salazar los 400 hombres que solicitó del Cabildo para la construcción del hornabeque del Morro debió agotar los recursos humanos disponibles en la municipalidad de San

\* Fue este sitio uno de los dedicados, en 1841, a baños públicos para hombres, siendo el otro conocido por el nombre de Peña-parada en la costa norte de la Isleta. (Bando de Policía de 1841).

301. Plano titulado "Small Fort Covering Punta Salinas and Coast West of San Juan", by Captain Henry B. Margeson, U. S. Inf., Dec. 18, 1937.

Juan, que sólo contaba entonces con unos ochocientos habitantes blancos, razón por la cual creemos que los vecinos blancos y los esclavos negros trabajaron en ella, probando los primeros su ineptitud, como se infiere del hecho de que Salazar pidiera en 1591 cien negros a S. M. Seis años después fueron destinados doscientos esclavos a la fábrica del mismo fuerte. Enviáronse canteros y otros obreros diestros de España. Andando el tiempo, hízose costumbre dar igual empleo a los desertores, presos de baja estofa de la cárcel pública de la ciudad, extranjeros vagabundos, los contrabandistas, bucaneros y filibusteros apresados en la Isla, como se hizo en 1673 con los forajidos que mandaba Beltrán D'Ogeron al caer prisioneros durante su asalto a Arecibo. Para las grandes obras que habían de acometerse de acuerdo con el plan O'Reilly-O'Daly, enviáronse a la ciudad 700 confinados en 1760, contándose entre ellos criminales, delincuentes políticos y religiosos procedentes de España, Venezuela y Colombia (\*). Repitiéronse las importaciones de confinados para las obras exteriores realizadas por los gobernadores de Castro y Montes (1796-1809).

### **LAS TRES LINEAS DEFENSIVAS DE LA ISLETA**

No satisfechos los incansables ingenieros militares con las obras soberbias que habían terminado hacia 1788, concibieron la idea de fortificar la Isleta entera, construyendo tres líneas defensivas: la primera a todo el largo de la costa oriental de la Isleta, desde la punta del Escambrón en el norte, hasta los manglares del Caño de San Antonio en el sur; la segunda, atravesando la Isleta, más o menos a la mitad de la distancia comprendida entre la primera línea y la ciudad, y la tercera, reforzando las obras exteriores del fuerte de San Cristóbal.

La construcción de estas líneas empezó, como ya hemos visto, por la tercera o última, a fines del siglo XVIII, de 1780 a 1798, constituyendo por sí sola un poderoso núcleo defensivo, descrito por el capitán Rivero, en los términos siguientes:

---

\* Agustín Navarrete: "Orígenes de la Población de Puerto Rico", en "Conferencias Dominicales dadas en la Biblioteca Insular de Puerto Rico", San Juan, P. R., 1913, vol. 1, pág. 103. Brau: VI/185, escribe que se enviaron 445 forzados que cumplían condena en España, Cuba y Venezuela, para estos trabajos.

...era y es un primoroso trazado de baluartes, redientes y flechas (302) con fosos de perfil corriente y de diamante, y además con numerosos glacis de varios órdenes de fuego para infantería y un fortín en su interior (303).

Todas estas obras, que eran abiertas por la gola, estaban provistas de una doble escalera de piedra adosada a los muros de contención de la gola que servían para conducir al terraplén, o parte alta de la obra. En cada caso las dos escaleras convergían en el principio de la capital o bisectriz del baluarte, de tal manera que si éste fuera tomado por el enemigo, al utilizar las escaleras ya dichas para dirigirse hacia el foso del castillo, se vería obligado a reunir sus hombres, aunque sólo fuera momentáneamente, al pie de las escaleras, punto en donde podía ser sometido a un fuego destructor. Eran precisamente estos puntos los que estaban cubiertos por las troneras a que nos hemos referido antes.

Según el citado plano de Churrucá, en 1794 ya se había construido la tercera línea que consistía de un muro de cerca de 900 pies de largo que, partiendo del norte del revellín del Príncipe, corría de oeste a este paralelamente con la orilla de la bahía, más o menos al centro de la garganta que forma en este sitio la Isleta, corriendo entonces hacia el norte unos 530 pies, hasta llegar a un promontorio situado en la costa al este del fuerte de San Cristóbal. En otras palabras, la tercera línea defensiva bordeaba una pequeña planicie, ligeramente elevada, que había en Puerta de Tierra, desde donde se dominaba la mitad oriental de la Isleta. En la esquina formada por los lienzos sur y este de la tercera línea se construyó el fuerte del Abanico, teniendo un trazado similar al de un revellín, con la diferencia de que en su vértice tenía un muro en forma de un arco de círculo, razón por la cual se le dio el nombre, sirviendo una de sus caras para defender la costa, y la otra, la campiña de Puerta de Tierra. En el otro extremo de la línea, en el promontorio se levantó el fuerte de la Princesa. Dentro del espacio comprendido por los muros de la tercera línea quedó encerrado entonces el revellín de San Carlos y el rediente del norte. Durante más de medio siglo otras varias obras, principalmente destinadas para emplearse en caso de sitio, fueron edificadas gradualmente en este espacio (incluyendo las escarpadas del glacis). Conocíase generalmente este lugar, por el pueblo

302. Obra compuesta de dos caras y dos lados, colocada a las extremidades de los ángulos entrantes y salientes del glacis, para estorbar aproches.

303. Rivero: op. cit., pág. 54.



de San Juan, con el nombre de batería de la Princesa. Algunas de estas edificaciones, realizadas entre 1810 y 1813, fueron dirigidas por don Luis Huertas, arquitecto de Reales Obras. En 1851 (304) habían alcanzado sus fortificaciones tal desarrollo que hacían a la ciudad, por el costado de tierra, absolutamente inexpugnable. Para que el lector pueda formarse una idea de su magnitud, baste decir que, si trazamos una línea imaginaria de este a oeste a través del fuerte de San Cristóbal y de las fortificaciones del Abanico, veremos que se interponían en ese espacio, entre la ciudad y el campo de Puerta de Tierra, once muros, tres de los cuales tenían un espesor de 18 pies, cada uno, sin contar las numerosas paredes interiores de los cuarteles y otras dependencias del fuerte de San Cristóbal que dicha línea atraviesa. Todavía insatisfechos con la perfecta protección que ofrecían esas obras, durante la primera mitad del siglo XIX se cavó un gran zanjón defensivo o *cortadura*, que partiendo desde la costa norte, a unas cien yardas al este del fuerte de la Princesa, atravesaba en línea recta la Isleta en toda su anchura, yendo a morir en los manglares de su costa sur (\*).

La segunda línea, de trazado más sencillo, consistía de una trinchera con troneras y su foso, estando terminada en 1794 (305), con un saliente en su extremo sur, apoyado cerca de los manglares de la bahía, que permitía defender el campo hasta la punta Escambrón. Al llegar esta línea a la playa, corría hacia el oeste en un espacio de casi 1.400 pies para proteger contra un desembarco la playa norte de la Isleta. En cuanto a la costa oriental de la misma, sus defensas se limitaban, durante el período comprendido entre 1785 (306) y 1794, a dos fuertes: el viejo fortín de San Antonio, mejorado por O'Daly en 1776, protegiendo el puente del mismo nombre, y el nuevo castillo de San Gerónimo, terminado en 1788 bajo la dirección del ingeniero militar don Ignacio Mascaró de Homar (307), en el sitio del vetusto fortín del Boquerón (1608-1635). El fuerte, al mando

---

304. Plano de San Juan, por el teniente coronel capitán de Ingenieros don Francisco Coello, año de 1851.

\* Construyóse una media-luna entre los revellines de San Carlos y el Príncipe, llamada de la Trinidad, provista de bóvedas subterráneas, a prueba de bomba, para alojar la guardia y los pertrechos. (Informe de T. O'Daly, 1776. Archivo de Indias, Audiencia de Santo Domingo, 2506A).

Deseo expresar mi reconocimiento al Mayor General, Edward H. Brooks, Comandante del Departamento de las Antillas, por haberme facilitado la información precedente, y la relativa a las contraminas del Castillo de San Cristóbal.

305. Plano de Churruca.

306. Plano de don Tomás López.

307. V. hoja de servicios de este oficial en V/105.

de un teniente, prestaba servicio en 1742 (\*). Era San Gerónimo un cuadrilátero alargado, con las esquinas redondeadas, de muros almenados, con una casa para el comandante y una batería alta que miraba al este. Subíase a ella por una rampa. Al comenzar este período estaba ya terminado, hacía tiempo, el polvorín de San Gerónimo, construido en 1768 para almacenar la pólvora destinada a los dos viejos fuertes arriba mencionados.

De 1795 a 1800 emprendiéronse los trabajos de construcción de la primera línea, intensificándose la obra después del sitio de Abercromby, en 1797. Consistía principalmente de un parapeto de piedra de 4.220 pies castellanos de longitud, provisto de un baluarte en cada uno de sus extremos y de dos flechas hacia el centro, en su mayor parte de 18 pies de espesor, con troneras sólo en los lugares de mayor valor táctico, que enlazaba los tres puntos de apoyo en la defensa de esta costa: el baluarte de la punta Escambrón, al norte, el castillo de San Gerónimo en el centro, y el fuerte de San Antonio, en su extremo sur (308). Protegía esta larga muralla las playas de la caleta de Escambrón y de la ensenada del Condado y, aunque estaba guarnecida por las baterías del Escambrón en su extremo norte, la de San Ramón en el centro, y el fuerte de San Antonio en el sur, y aunque en cualquier punto de ella se podía emplazar cañones, había sido principalmente diseñada como una posición de infantería. Por eso sus extensas e ininterrumpidas rectas, la más larga en todo el sistema de fortificaciones de la ciudad. Fue en esa época, en 1799, que se construyeron las casamatas de la batería de San Ramón.

Durante el sitio de los ingleses en 1797, el castillo de San Gerónimo fue duramente castigado por la artillería. Su comandante, Ignacio Mascaró, relata en un parte al general de Castro que el castillo, salvo en el frente de la ciudad, no ofrecía a la vista otra cosa que escombros, sobre todo en el muro que mira a Santurce, cuyos merlones o bloques de material, entre cañoneras, habían quedado destruidos; que la rampa y la casa del oficial estaban inútiles, entrando las balas a su interior por ser tan continuos los cañonazos, algunos de los cuales dieron en el cuerpo de guardia (309).

Al reconstruirse el castillo, en 1799, no se alteró su trazado esencial. En el siglo XIX se amplió y restauró la casa del oficial, convir-

---

\* Real Reglamento de 1741, Art. 17.

308. V. el plano levantado por el comandante de Ingenieros de la Plaza, don Manuel Walls, fechado en 29 de noviembre, 1867.

309. Parte fechado el 25 de abril de 1797, reproducido en I/1/180.

tiéndose en una pintoresca mansión de rasgos moriscos, que fue arrasada por el ciclón de San Ciriaco en 1899.

El fortín o cabeza de puente de San Antonio existió, como lo dejara O'Daly, hasta el 1894, año en que fue derribado para construir el puente metálico del mismo nombre, a su vez sustituido, hacia 1927, por la hermosa estructura de concreto que conocemos en nuestros días. Conservando hasta el 1894 una bien definida función militar, tenía el puente tramos de madera que podían cortarse rápidamente. Para entrar en él por el lado de la ciudad, era necesario atravesar el fortín, el cual tenía, sobre el estribo del primer arco, una pesada puerta de dos metros de ancho. Era el pequeño fuerte de forma cuadrangular, coronado por un parapeto, almenado del lado que miraba al puente.

Resumiendo cuanto hemos dicho en relación con el tiempo invertido en la ejecución del plan de O'Reilly y O'Daly, anotaremos que las obras se realizaron con grande y continua actividad en el tercio de siglo comprendido entre 1776 y 1799, año en que cesaron los envíos de fondos del Tesoro de México. Las construcciones subsiguientes fueron costeadas por la Isla y por la Corona.

## LAS OBRAS DEL SIGLO XIX

Con excepción de la batería de Santo Toribio, edificada en 1805 en el extremo sur de La Puntilla, por el gobernador Toribio Montes, y reconstruida por Pezuela (1849), en forma de un corto parapeto cuyos dos extremos se expandían en un semicírculo, la atención de los ingenieros militares se concentró, durante este siglo, en el propósito de mejorar las defensas extramuros en la Isleta. Este espacio de tierra, que se extiende desde la primera hasta la tercera línea defensiva, fue gradualmente convertido, desde 1851 hasta 1897, en un campo atrincherado, dotado de numerosas obras provisionales y permanentes, varias de las cuales serían utilizadas en caso de sitio. En 1867 se había terminado el camino cubierto (especie de trinchera protegida del fuego de la costa oriental de la Isleta) que le atravesaba de este a oeste, desde la tercera hasta la segunda línea, desapareciendo parte de esta obra al construirse la carretera de San Juan a Río Piedras (310); dos caponeras (galerías colocadas cerca de la playa de la Isleta para flanquear el foso de la segunda línea); la

310. V. el plano de la Junta de Obras del Puerto, Dirección Facultativa, fechado 31 de julio de 1895.

línea de contraataque (un parapeto con su foso), construida entre el polvorín de San Gerónimo y la primera línea, que podía utilizarse para apoyar un contraataque si las fuerzas enemigas, venciendo la resistencia de la primera línea, lograban desembarcar, ya por la caleta del Escambrón, ya por la ensenada del Condado. Detrás de la segunda línea, entre la carretera y la orilla del mar, se levantó el edificio de la Escuela de Tiro. También se hizo la trinchera de la tercera línea, con un foso de 45 pies de ancho, situado a 1.450 pies detrás de la segunda línea. No debe confundirse esta trinchera con las obras de la tercera línea defensiva, adosadas al castillo de San Cristóbal, que ya hemos descrito.

Una modificación del plan defensivo de 1765 surgió conjuntamente de la necesidad de modernizar los emplazamientos de la artillería y de la crisis en las relaciones con los Estados Unidos, que empezaba a vislumbrarse en 1896. El plan confiaba la defensa del recinto norte exclusivamente a los castillos del Morro, San Cristóbal y la batería de Santa Teresa; utilizaba para la protección del canal del puerto las baterías de San Fernando, San Antonio, Santa Elena y la Concepción (dotándola de una sola pieza); confirmaba la decisión tomada, a mediados del siglo, de abandonar el recinto sur y encargaba de la defensa del lado de tierra al castillo de San Cristóbal y sus obras exteriores, y, para obstaculizar un asalto a la Isleta por la ensenada del Condado, exigía la conservación de tres baterías en la primera línea: la de este mismo nombre, la del Escambrón y la de San Ramón.

Para llevar a cabo dicho plan se remodelaron todos los bastiones, emplazamientos aislados y revellines afectados por él, adaptándolos a las necesidades de la artillería moderna y se construyeron, además, un hospital, el cuerpo de guardia, depósitos y una cisterna en el fuerte de la Princesa.

## **MAGNITUD DEL SISTEMA DEFENSIVO**

Si aceptamos que la magna obra de fortificar la ciudad había terminado hacia 1850, tenemos que el sistema completo, para esa época, consistía de una ciudadela o último refugio defensivo, el Morro; un castillo, seis fuertes, once baluartes, cuatro semibaluartes, tres revellines, ocho emplazamientos para baterías independientes, una contraguardía, cuatro polvorines, el cerco de la ciudad, tres

líneas defensivas, ocho casas de guardia (311) y numerosos edificios, incluyendo Casa Blanca, el cuartel de Ballajá, el Hospital Militar, pabellones y polvorines. Todas estas construcciones y sus terrenos anexos, los glaciés de los dos castillos y el campo atrinchado de la Isleta, ocupaban un área total de cerca de 266 acres (\*). Si recordamos que el área de la ciudad intramuros era aproximadamente de 62 acres, comprendemos con cuanta razón exclamaba un día don Pedro Tomás de Córdoba que en esta ciudad todo era de interés militar.

Asumiendo que los muros de escarpa con que se hizo el murado tenían una altura de 7 y medio metros, el volumen del material empleado en la fabricación de todas las fortificaciones, desde 1533 hasta 1897, excluyendo los millares de toneladas de tierra utilizados para terraplenar los bastiones, puede estimarse en un mínimum de cuatrocientos mil metros cúbicos de tierra, piedra, cal y arena.

Descompónese esta cifra de la manera siguiente :

Metros cúbicos

3.891 metros de muros de escarpa de los recintos norte, sur, este y oeste, con una altura de 7,5 metros, un espesor promedio de 5,76 metros (que toma en cuenta el talud del muro) ... ..	168.091
Obra de mampostería en el Morro (**) ... ..	68.500
Murallas de San Cristóbal (**) ... ..	34.100
Obras exteriores, incluyendo San Carlos, Trinidad, Santa Teresa, Princesa y Abanico (**) ... ..	70.000
2.362 metros de parapeto en la 1.ª y 2.ª líneas defensivas, y en la línea de contra ataque ... ..	30.280
<i>Total</i> ... ..	<u>370.971</u>

Si a este total se suma el número de metros cúbicos de materiales utilizados en los fuertes de San Gerónimo y Santa Catalina, y las

311. Las de los puestos de Santo Toribio, Santo Tomás, Santa Gallo, San Sebastián, San Agustín, Puerta de San Juan, La Palma y San Antonio.

\* V. "Plano del terreno exterior de la Plaza con indicación de la parte que ha de conservar el ramo de guerra y la que se ha de entregar a la Admón. Civil", por el Cmdt. de ingenieros de la Plaza, Manuel Walls, Puerto Rico, 29 de Nov. de 1867 y "Military Reservation of San Juan, P. R." (and the city of San Juan), basado en la delimitación de la zona militar, practicada en 1903. (Orden general N.º 60 del Ministro de la Guerra, 1903).

\*\* V. "Valoración de las Fortificaciones de la Plaza de San Juan", por el Departamento de Ingenieros, fechado el 21 de septiembre de 1898, reproducido en XXVIII/655-6.

baterías de Santo Toribio y San Francisco de Paula, excluidos del cómputo anterior, se comprenderá que el total debe aproximarse, si no excede, a los cuatrocientos mil metros estimado arriba.

Como no es fácil apreciar a primera vista la magnitud de la tarea que fue necesario realizar para acumular, principalmente durante los siglos XVII y XVIII, materiales en tan vastas cantidades, diremos que si se deseara moverlos de una sola vez, se necesitarían cien mil camiones, conduciendo cuatro metros cúbicos cada uno. Colocados estos camiones a 20 pies de distancia, cubrirían un espacio de un poco más de 609 kilómetros de longitud.

Sólo por estos medios podrá el lector formarse una idea del carácter ciclópeo de las construcciones con que quiso España situar en Puerto Rico una plaza fuerte y una base militar de primer orden para la defensa del archipiélago de las Antillas y de las costas de Norte, Centro y Sud América que le circundan.

## FINANZAS DEL PRESIDIO MILITAR

La primera libranza para sufragar gastos de construcción de las fortificaciones de la ciudad fue expedida por la Audiencia de la Española, fechada en 1533, autorizando al gobernador Francisco de Lando a disponer de la suma de cuatrocientos pesos de la Caja Real de Puerto Rico, entonces llamada *el arca de tres llaves*, para aplicarlos a la fábrica del fuerte, que había de conocerse más tarde, por el nombre de Real Fortaleza de Santa Catalina. Por su parte el Cabildo de la ciudad contribuiría con cien pesos.

Si a primera vista nos parece exigua la cantidad de 500 pesos para dar comienzo a una obra de tal importancia, mudaremos de parecer cuando recordemos que en 1541 se podía sostener con esa suma a cien esclavos negros trabajando durante dos meses, ya que sólo ganaban dos pesos y medio mensuales, cada uno (312). Siguiéron otras asignaciones reales; el Cabildo aprobó en 1536 un impuesto sobre mercancías, que pagó el vecindario, hasta que el fuerte quedó terminado a un coste de ocho mil pesos.

Ya hemos visto cómo el Cabildo ayudó al capitán Salazar a construir el hornabeque del Morro, proporcionándole 400 peones.

Pero cuando la Corona se dispuso, a fines del siglo XVI, a llevar a cabo las obras en gran escala, intentó descentenderse de los auxilios municipales acudiendo al Tesoro de México, en cuyo virreinato

---

312. Carta de Juan de Castellanos, citada en X/251.

estaba incluida la Isla desde 1574, para sufragar las erogaciones que aquéllos imponían. Sin embargo, el Tesoro insular y el municipio de San Juan continuaron ayudando en ocasiones imprevistas, como cuando la asignación era insuficiente, dejaba de ser enviada, o cuando, siéndolo, se perdía en tránsito por efecto de algún siniestro. Es muy significativo el hecho de que, una vez tomada esta resolución, ordenándose el envío desde México de seis millones de maravedíes en 1597, la Corona jamás intentara desarrollar un plan para el fomento de las riquezas naturales de la Isla con el fin expreso de relevar de tamaña obligación al pueblo de su más importante colonia al norte del ecuador. En una fecha anterior, 16 de septiembre de 1586, se había dispuesto una asignación de 2.686.275 maravedíes, de la misma procedencia, para el sostenimiento de la guarnición de San Juan. No expresa, sin embargo, el documento de donde se ha tomado este informe, si parte de dicha suma podía utilizarse en la fábrica de los fuertes. Las asignaciones mexicanas no siempre fueron suficientes para hacer frente a los gastos de construcción y conservación. En distintas ocasiones los gobernadores de la Isla se vieron precisados a idear remedios para tales necesidades. En 1665 Novoa y Moscoso impuso un tributo a los corrales de cerdos, montante a medio real por cabeza, para reponer los montajes inservibles de la artillería de la Plaza (313); en 1755 se dedicó el producto de la alcabala del viento a la reconstrucción de los puentes de San Antonio y Martín Peña, y la de sus obras defensivas (314).

Dábase en el país el nombre de «situado» a las asignaciones del Tesoro de México, probablemente por corrupción del vocablo «situación», que solía usarse antiguamente en lugar de la voz «asignación». Destinábanse dichos fondos al pago de los gastos de construcción de fortificaciones y edificios anexos, de la maestranza de artillería, de los sueldos de los oficiales y soldados de la guarnición, del gobernador y de los oficiales reales, del sostenimiento del hospital militar, del apostadero naval y otros servicios que correspondían a la Real Hacienda. Contribuyó tal sistema a fomentar el parasitismo insular, posponiendo el desarrollo de la riqueza y tendiendo a paralizar la iniciativa privada. Habíase acostumbrado al pueblo a esperar el situado como a un bien bajado del cielo, recibíéndole con muestras de regocijo, siendo conducidas las talegas de dinero desde el desembarcadero hasta las oficinas de Real Hacienda,

---

313. I/3/277.

314. I/5/369.

a lomo de mulas ricamente enjaezadas, acompañadas por una murga callejera (\*).

Al decretarse la aprobación del gran proyecto de fortificaciones de 1765, se ordenó una subvención anual de cien mil pesos al Tesoro de México, efectiva durante los años 1766 a 1771, ambos inclusive. En 1772 se subió a 150.000 pesos, hasta el 75, volviéndose a aumentar a 225.000 pesos en 1776 (cuando, al estallar la revolución de las colonias inglesas de Norteamérica, se hacía más urgente la necesidad de fortificar las Antillas). Esta cantidad se mantuvo, cuando menos en el texto de la real orden que la asignaba, hasta 1783. Desde el año siguiente, hasta 1816, permaneció estacionaria en cien mil pesos anuales. Sin embargo, durante el período de 50 años comprendido entre 1766 y 1816, no se recibió en Puerto Rico el subsidio correspondiente a 24 años, corridos desde 1800 hasta el 1816, sin duda porque la agitación revolucionaria en México, iniciada a principios del siglo, culminó en la lucha armada en 1810 y fructificó en la independencia el año 21. Mientras tanto, las obras del presidio militar de Puerto Rico continuaron, siendo su coste sufragado por anticipos del Tesoro de la Isla (315).

Los datos obtenibles en los archivos y en la literatura histórica de Puerto Rico acerca del ramo de construcción de fortificaciones, distan mucho de ser completos. Ellos comprenden, parcialmente, el período de 1540 a 1816, año en que aún no se habían concluido algunas obras exteriores. De otro lado, no aparece dato alguno desde el año 1660 hasta el 1765. Aunque en este período no se fabricaron obras de mayor importancia, es posible que se hicieran ampliaciones o reparaciones a las ya construidas. El cómputo del caudal invertido que ofrecemos a continuación es, por lo tanto, incompleto:

	<u>Pesos</u>
Año 1540 Construcción de la Fuerza (fortaleza de Santa Catalina (**)) ... ..	8.000
1635-1647 Murado de los recintos: parte de los del este y oeste y el del sur, según Torres Vargas (316)	275.000

\* Alejandro Tapia: *Mis Memorias*.

315. Estado preparado por la Comandancia de Ingenieros de Puerto Rico el 15 de enero de 1816, reproducido en 1/5/367-369.

\*\* Carta de Juan de Castellanos al emperador, fechada de 12 de abril de 1546, en II/332.

316. II/453. Hemos calculado el ducado en 12 reales de vellón.



1640	Invertido en el fuerte del Morro hasta este año, según el gobernador Novoa y Moscoso (317) ... ..	1.200.000
	Adiciones y reparaciones en dicho fuerte realizadas por el mismo gobernador (318) ... ..	75.242
1766-1776	Obras dirigidas por don Tomás O'Daly; y	
1776-1816	Obras posteriores a O'Daly (319) ... ..	3.862.714
1824-1834	Según P. T. de Córdoba ( <i>Memoria</i> , 1838, página 221) ... ..	217.238
1834-1839	Reparaciones y construcción del presidio (*)	67.048
1896-1897	Valoración de las obras nuevas en las baterías del Escambrón, San Ramón, San Fernando, San Antonio, San Cristóbal y otros baluartes, según la comandancia del Departamento de Ingenieros (XXVIII/655-6) ... ..	225.900
	<i>Total, obras de fortificación</i> ...	5.931.142
17?	Cuartel de la tropa ... ..	13.000
1857-1864	Construcción, cuartel de Ballajá ... ..	475.000
1897-	Construcción, hospital de fiebre amarilla ...	36.500
	<i>Total, obras del presidio militar</i> ...	6.455.642

No incluye el total las cantidades gastadas por el gobernador Diego Menéndez de Valdés, de 1582 a 1587, para construir el baluarte de Santa Elena; las defensas del puente del Agua y numerosas obras provisionales en la Isleta; los reductos de la costa norte, los que habían sido terminados durante el siglo XVII, ni las obras ejecutadas entre los años 1839-1896.

Si a los gastos de construcción y conservación de fortificaciones y cuarteles, agregamos los ocasionados por el artillado de la Plaza, desde 1776 hasta 1898 (1.320.000 pesos); por la construcción de la flotilla de las *fuerzas sutiles* y reparaciones del arsenal de Marina, desde 1826 a 1834, ambos servicios auxiliares del presidio de San Juan, el total invertido sube a 8.110.546 pesos. Tomando en cuenta

317. I/3/280.

318. *Ibidem*.

319. Comandancia de Ingenieros de Puerto Rico: "Estado de lo Invertido en las Fortificaciones", etc., reproducido en I/5/367-369.

\* J. O.: *Memoria sobre el estado actual de la Fortificación y Edificios Militares*, etc., 1839. (Inédito).

las lagunas que existen en dicho cómputo, puede suponerse que el total gastado, desde 1521 a 1898, debe aproximarse a ocho y medio millones.

## LA FORTALEZA COMO RESIDENCIA DE LOS GOBERNADORES

El cronista Torres Vargas (320) asevera que, desde los tiempos de Juan Ponce de León, los gobernadores siempre se intitularon alcaides de la Fuerza, hasta que este cargo pasó, por delegación durante el gobierno de don Gabriel de Roxas (1608-1614), a un oficial del fuerte del Morro. A pesar de tal afirmación, no parece razonable suponer que aquellas personas que no siendo militares de profesión, fueron nombrados gobernadores a partir de 1540 (año en que se terminó de construir la Fortaleza) ocuparan la casa destinada al alcaide de la misma. Con una sola excepción, los gobernadores de la Isla fueron personas civiles desde 1540 hasta 1580. Parece natural creer, si tenemos en cuenta que desde un principio la Plaza fue considerada *fortaleza de frontera*, requiriendo, por lo tanto, de especial vigilancia, que durante este período los gobernadores delegaren en militares las funciones de la comandancia de dicho fuerte. Aun los mismos gobernadores que eran militares empezaron a delegar esta alcaidía *ad honorem* en un subteniente, hasta el 1630, año en que el rey, por primera vez, lo hizo cargo independiente y retribuido con un sueldo de 600 ducados anuales, nombrando para ocuparlo al capitán Agustín de Salduendo (321).

Al intensificarse la lucha entre Inglaterra y España, creyó prudente la Corona confiar la gobernación de la Isla a oficiales del Ejército, escogiendo para ello a veteranos de las guerras europeas. En 1580 empezó la sucesión interminable de esta clase de funcionarios. Es indudable que al recaer en ellos la gobernación ejercitaran, al mismo tiempo, las funciones de la comandancia del fuerte, hecho que llevaba consigo el privilegio de residir en él. Así se infiere de la crónica ya citada de Torres Vargas, quien al referirse al gobierno del capitán Diego de Menéndez Valdés (1582-1593) da a entender que él habitó la casa del alcaide del fuerte y afirma que, habiéndose adelantado en su tiempo la construcción del castillo del Morro, quedó la Fuerza Vieja o Fortaleza como morada de los gobernadores. Así lo reconoce Layfield, en 1598, cuando le llama «Palacio del Rey».

---

320. II/471.

321. II/475.

Los atractivos como lugar residencial que ofrecía la casa del alcaide de la Fortaleza eran múltiples: ocupación gratuita, cercanía a la ciudad, belleza de los alrededores. Ya hemos visto, al principio de este capítulo, cómo se la describía en la *Memoria de Melgarejo*, en 1582. Medio siglo después, decía de ella Torres Vargas:

...es de las mejores que hay en las Indias, aunque entre los palacios de los Virreyes del Perú y México, porque aunque en fábrica y aposentos puedan escederle, en el sitio nunca podían igualarsele por estar en la bahía y entrada del puerto... colocada con tal disposición que se compiten lo agradable y lo fuerte, porque también tiene debajo de unos corredores que caen en el brazo de mar, plataforma con artillería, y puertas de un lado y otro, con vista de arboledas y isletas como se podía pintar en el país más vistoso de Flandes (322).

Gobernando don Sancho Ochoa de Castro se abrió expresamente una vena de agua junto a la Fortaleza, construyéndose una fuente que tomó el nombre de su constructor, conservándolo aún en tiempos de Torres Vargas (\*). Al construirse la cortina oeste de las murallas, la fuente fue salvada por un arco, bajo el cual aparece una lápida conmemorativa, fechada en 1607, fecha en que se edificó la fuente.

Hacia 1640, estando ya firmemente establecida la costumbre de que los gobernadores habitaran la casa del alcaide en la Fortaleza, el gobernador Agustín de Silva y Figueroa, que era a la vez arquitecto e ingeniero militar, formó un proyecto, basado en un plano, para reformarla.

Como el edificio había sufrido seriamente en el incendio de la ciudad por los holandeses, en 1625, es probable que las extensas reparaciones proyectadas por el gobernador Silva obedecieran al propósito de adaptarlo definitivamente al uso que se le había dado. Habiéndole sorprendido la muerte en este empeño, tocóle al gobernador Fernando de la Riva y Agüero (1643-1648), ponerlo en ejecución.

Fue probablemente en esta época que se construyó un cuadrante solar sobre la azotea, cerca de la torre austral. Montado sobre un

---

322. II/468.

\* II/470.

prisma cuadrangular, de piedra, ostenta el dibujo de un cuadrante, o reloj de sol, en cada una de sus cuatro caras (\*).

Doce o quince años después, el gobernador José Novoa y Moscoso dio principio a la larga lista de ampliaciones, cambios y reformas que había de sufrir el edificio, construyendo la Contaduría de Real Hacienda en la planta baja y ampliando la vivienda (323). En el siglo XVIII era tan clara la evidencia de que los moradores del palacio lo habían alterado a su antojo, que Iñigo Abbad comenta a este respecto :

Un superior que procede al albedrio de su autoridad ¿se detiene acaso a levantar, destruir y reedificar un edificio? Solo consulta su capricho y obra segun la idea que se forma de las cosas.

No obstante, tenía ya la Fortaleza, nombrada así por antonomasia, salones y habitaciones dignas de un palacio de aquella época. Era su capilla servida por el capellán del Ejército, el prior del monasterio de Santo Domingo y por sus frailes, uno de los cuales decía misa en ella todos los días (\*\*).

En 1800 se agregó, en la esquina sudeste del edificio, un ala para oficinas de la secretaría de gobierno y capitanía general, ampliada veintiséis años después, colocándose en su planta baja el cuerpo de la guardia de honor del capitán general y el de la Maestranza de artillería. El 27 de noviembre de 1822 se designó, por real orden, este palacio como residencia exclusiva de los gobernantes de la Isla.

He aquí como lo describe Pedro Tomás de Córdoba en el año 1845 :

...es un edificio muy capaz por el desahogo y comodidad de las habitaciones y por su extraordinaria solidez, como que sus paredes maestras tienen el espesor de una muralla y sus lucez o claros son precisamente las troneras de piezas de 24 (324). Hay en él dos hermosos salones... (*Está*) enclaus-

\* Examinado recientemente el cuadrante por el doctor Honorato de Castro, catedrático de la Universidad de Puerto Rico, encontró que funciona defectuosamente. (V. la *Revista del Colegio de Ingenieros de Puerto Rico*, enero de 1942). Es de interés anotar que si el defecto del instrumento se debe a una determinación errónea de la latitud del lugar, esta hipótesis parece plausible ya que, como hemos visto en la página 74 la posición astronómica de la punta del Morro no se fijó con exactitud hasta el año 1794.

323. 1/3/280.

\*\* Reglamento del Real Presidio, año 1741, Cap. 2.

324. Piezas que disparaban proyectiles de 24 libras de peso.

trado el patio con corredores y viviendas, tribuna a la capilla (*una ventana con celosía abierta en el muro de la capilla, desde donde el gobernador podía asistir a los oficios divinos sin ser visto por los concurrentes*) y una gran porción de terreno en anfiteatro para jardines y huerta (325).

El edificio conservaba en su fachada los viejos muros levantados después del incendio de 1625, lo que le daba, hasta ser convertidos en hermosas fachadas en 1846, un aspecto sombrío, más propio de una cárcel que de un palacio (\*).

Un año después acometía el gobernador, conde de Mirasol, la empresa de convertir la enorme casona en un verdadero palacio, dejándolo en el estado que estaba al ocurrir el cambio de soberanía.

El conde reconstruyó casi totalmente el edificio, con excepción del costado oeste, dotándole de la hermosa fachada oriental; amplió la escalera principal, coronándola con una cúpula; hizo la puerta cochera que daba acceso al patio interior, construido sobre el viejo aljibe, cubierto de losas de Canarias; decoró al fresco la capilla, instalada en la torre del norte, y embelleció los salones con pavimentos de mármol y aplicaciones de estuco, y las galerías que dan al patio interior, con magníficos cristales de color.

Dedicóse singular cuidado al decorado del Salón del Trono, como podrá juzgarse por la nota que transcribimos en seguida:

El salón de Corte se compone de un rectángulo y dos porciones curvas en sus cabezas en una de las que está el Solio con el retrato de S. M. la Reina, de cuerpo entero, entre dos prismas de medios octógonos formando torrecillas góticas con baquetillas y adornos dorados y tallados con arcos y crestería, sobre el fondo jeneral de caoba, rematando estas agujas en trofeos militares. La parte de cúpula la forman calados de caoba en las cinco ochabas que, disminuyendo á su union superior, concluye con los dos mundos enlazados y las correspondientes columnas, haciendo fondo, rayos de luz dorados. La gradería de dos escalones está forrada de damasco carmesí, igualmente que todo el fondo del ancho jeneral del Solio hasta la cornisa, insertando en ella dos plin-

325. Pedro Tomás de Córdoba: "Descripción de la Ciudad de San Juan", en "Revista de España, de Indias y del Extranjero", Madrid, 1845. Reproducida en 1/9/17 e. s.

\* Colonel Flint: *Description of the City of San Juan*, London, 1834. V. Págs. 38-45.

tos salientes sobre los que estan colocados dos leones de medio tamaño natural, bronceados, teniendo á su espalda dos columnas de bronce con cintas y adornos de plata, rematando en lanza y alabarda de dos hojas, para recibir los colgantes de drapería.

La decoración del Salon de pilastras jónicas, con cornisa arquitrabada, tallados sus miembros y plafon, por el que corre una greca de gusto romano relevado, para dejar en su centro y extremos tres florones para las arañas, es toda de blanco y oro alternativamente, siguiendo la época del renacimiento. Doce puertas juegan formando su decoración, tres figuradas con espejos y sus marcos del jenero gótico, las demas presentan sus capialzados y mochetas de cuadros de ensamblaje de ebanistería, ocultando en sus caras laterales las puertas, que se doblan por el centro: el pavimento de loza de Jenova con tres adornos correspondientes á los plomos de los florones del techo y una greca que corre en derredor de los muros, de loza y pizarra. Sobre las puertas, y de alto relieve, están unas conchas que abarcan el ancho y tocan el arquitrabe, donde estan simbolizadas Castilla, España, el escudo de armas de Puerto Rico, Minerva protejiendo las artes, la Paz, la Justicia, la Constancia, la Fidelidad, la Fortaleza, la Caridad, Marte y la Vigilancia.

Ningún mueble embaraza el salón, pues solamente se halla en el testero, enfrente del Sólío, una consola dorada totalmente, y llena de minuciosos tallados, apoyada en dos águilas que sostienen un reloj, y además hay cinco divanes, de terciopelo carmesí, adaptados á los huecos de balcón dejándole espedito y franco.

Cuatro medias columnas istriadas y equidistantes en los testeros, con grupo de bujía, sostienen candelabros de bronce antiguo, y tres suntuosas lámparas de á veinte luces en que compite al gusto con la rigidez del antiguo, pareciendo producto de Herculano y Pompeya, particularmente la del centro, hacia que el Salon, la noche del Domingo, estuviese iluminado por ochenta bujías de colores, presentando un carácter majestuoso y difícil de encontrar igual por estas Antillas, pareciendo providencial el pensamiento de haberle inaugurado con un baile de Corte, á lo que corresponden los jénios que de alto relieve se hallan esparcidos en el friso del

alquitrales, enlazados por colgantes de flores, concluyendo en el grupo central sobre el Sólido (326).

## LA CASA BLANCA

Aunque en el sentido estricto de la palabra este no era un edificio militar, creemos que es propio referirnos a él en este capítulo.

Habiendo muerto Juan Ponce de León en 1521, ordenó más tarde el rey Carlos I de España, se construyera una casa fuerte en la Isleta para recompensar a la familia del conquistador por la que se vería compelida a abandonar en Caparra al trasladarse al nuevo asiento. Cuando se reconocieron en su hijo Luis, tres años después, los títulos y dignidades que había disfrutado su padre, correspondió a aquél el de alcalde de la Fuerza, razón por la cual se hubo de conceder a la Casa Blanca los privilegios de una fortaleza, hasta que le fueron suspendidos por una real cédula del año 1531 (327). Siendo don Luis menor de edad, servía dichos cargos su cuñado García Troche, albacea de Juan Ponce de León.

Originalmente construido de madera, bajo la dirección de García Troche, en 1525 (328), el edificio fue reemplazado por un cubo de 24 pies por cada lado, cuyos muros de tapiería estaban almenados. Las armas del conquistador, esculpidas en piedra, adornaban la entrada principal.

Ocupado el edificio por los descendientes de Ponce de León durante un largo período de tiempo, fue utilizado, a intervalos frecuentes, como vivienda por los gobernadores de la Isla, antes que se generalizara por ellos la costumbre de residir en la Fortaleza. El gobierno de la Isla empezó a mirarle con ojos codiciosos a medida que el transcurrir del tiempo alejaba los descendientes del tronco epónimo. En 1773 fue utilizado como cuartel provisional por el batallón de Bruselas. Seis años después era vendido al Estado, interviniendo en la negociación el gobernador José Dufresne. Después de haber derribado una gran parte de la fábrica, Dufresne la dedicó a Maestranza de Ingenieros Militares. Al llegar a este punto, nos informa Pedro Tomás de Córdoba (329) que :

326. "Gaceta del Gobierno de Puerto Rico", Núm. 141, Jueves 23 de noviembre de 1848, pág. 3.

327. Report relating to the ownership of lands and buildings on the Island which constitutes the principal part of the City of San Juan, Puerto Rico. Bureau of Public Works, Department of the Interior, San Juan.

328. X/219.

329. I/9/19.

Sufrió mucho deterioro en los años 1779 (*refiriéndose, sin duda, a las demoliciones que ordenara Dufresne*), 1819 y 1825 (*año de la devastadora tormenta de Santa Ana*), pero en el siguiente se recalzó la piedra ligera sobre que está construido, y se hizo en él una completa recorrida para conservarlo.

El mismo autor asegura que los capitanes generales mostraron interés en la conservación de la antiquísima casona, como un medio de perpetuar las tradiciones históricas del país (330).

En el siglo XIX la comandancia de Ingenieros agregó un ala terrera en el costado oeste del patio, clausuró la puerta que daba a la calle de San Sebastián, e hizo demoler una parte del muro que la separaba del caserío llamado «La Cantera», ubicado en el costado oriental del solar. El caserío había tomado el nombre de la cantera de piedra caliza situada en el mismo sitio, de la cual se había extraído, en el siglo anterior, el material utilizado en la construcción del Hospital de la Caridad.

Para terminar, puede decirse de Casa Blanca que, mientras habitó en ella la virtuosa familia del conquistador, mantuvo incólume los ideales cristianos que había trasplantado de la casa solariega de Caparra, la cual, como lo expresó el autor en otra ocasión, nos enseñó a hacer de nuestros hogares un baluarte de nuestro tenaz individualismo, conservatorio de nuestra espiritualidad, relicario de remotas hidalguías.

## ARMAMENTO

Terminada la Fortaleza, empezó a atenderse el problema de armarla. En 1540 Sebastián Ramírez, procurador en la corte, solicitó artillería y municiones para San Juan. Poco tiempo después recibió su alcaide, Pedro de Espinosa, cincuenta y siete ballestas, treinta y nueve arcabuces, cuatro falcones (piezas de artillería antiguas) de bronce, de dos cañones, con sus cureñas; un medio sacre (cañón que disparaba balas de 2 a 3 libras); dos bombardas (máquinas de metal con un cañón de gran calibre); pólvora, pelotas de piedra y de plomo (proyectiles) y 28 capacetes (piezas de armadura que

---

330. En 1939 obtuvo el comandante norteamericano de la Plaza, coronel John W. Wright, medios amplísimos del gobierno de los Estados Unidos para restaurarlo completamente, así como los fuertes, bastiones, murallas y cuarteles del obsoleto presidio militar. Inspirado, como estuvo, en elevados propósitos culturales, el coronel Wright se hizo acreedor a la gratitud de los habitantes de la ciudad.



cubrían la cabeza) (331). En 1551, gobernando el licenciado Caraza, se destinaron a San Juan diez piezas de bronce de la flota de Parfán para artillar la Fortaleza y el Morro, a fin de proteger el tesoro que dicha flota desembarcó en la ciudad, dejando los cañones en los fuertes cuando se hizo de nuevo a la mar. En 1575 la Fortaleza y el Morro estaban armados con 15 cañones (332), agregándosele tres piezas más hacia la octava década de dicho siglo (333). En 1582 el primero de estos fuertes tenía una plataforma con doce piezas.

En los tiempos de Menéndez Valdés, de acuerdo con sus propios informes, la Isleta entera estaba defendida por 26 piezas, distribuidas en el puente del Agua, el Boquerón, la caleta de los Frailes, el Morro, la batería del canal del puerto, y la Fortaleza, siendo el Morro y la Fortaleza los dos lugares más fuertemente artillados, contando con 6 piezas el primero y 7 el segundo. El peso de estas piezas fluctuaba entre 6 y 33 y medio quintales. Compréndese, por la distribución de la artillería, que en esa época el propósito de las fortificaciones era evitar la entrada al puerto de un enemigo, puesto que 17 de las 26 piezas se destinaron a este fin.

Llegado a la ciudad el capitán Pedro de Salazar, en 1591, y habiendo hecho en el Morro las obras que ya hemos descrito, lo artilló con 24 piezas, para espanto del tímido gobernador que parecía no estar muy de acuerdo con tamañas defensas. Para este tiempo Felipe II obsequió al Morro con un trofeo de la batalla de Lepanto: un cañón de 40 libras de calibre marcado con las armas del Gran Turco. Según Torres Vargas, esta pieza perteneció a la galeaza real rendida por Don Juan de Austria en la celeberrima batalla naval. Pidió Salazar al rey 200 picas y un polvorista y dio 50 arcabuces, que trajo de Lisboa, a la compañía de infantería que mandaba el capitán Francisco Gómez. No se detuvo ahí el impulsivo Salazar: proyectó armar a los paisanos con arcabuces, si fuere necesario.

Cuando Drake atacó la ciudad, en 1595, encontró la Plaza artillada con 68 piezas, 32 de las cuales defendían el fuerte del Morro y su plataforma exterior en «el cerro de los ahorcados» (cerca del sitio donde mucho más tarde se construyó la batería de San Fernando). Las demás piezas protegían las caletas de los Frailes, de

---

331. II/186.

332. López de Velasco, en 1/10/89.

333. Cap. 32 de la *Memoria de Melgarejo*.

Santa Catalina, del Cabrón y del Morrillo y las posiciones de Santa Elena, el puente, el Tejar y el Boquerón (334).

Cerca de tres años más tarde, cuenta Layfield, el conde de Cumberland tomó 80 piezas, el total que había en la Isleta, las mejores que él había visto, según él mismo confiesa.

Antes de pasar al siglo XVII, nos referiremos a las distintas clases de armas y equipos usados en la ciudad, empezando por las conocidas en el siglo XVI. Cuéntanse entre las más antiguas la ballesta, especie de arco de flecha mecánico para arrojar saetas o pelotas de barro endurecido, provista de una caja de madera similar a la del fusil, con un canal por donde salían los proyectiles, impelidos por la fuerza de un muelle de hierro o de acero. Para armar la ballesta, es decir, para atraer la cuerda del arco hasta montarla en la nuez, se usaba un instrumento que llamaban gafa; el arcabuz, predecesor del mosquete, arma de fuego con cañón de hierro cuya boca se expandía al doble del diámetro del cañón, con caja de madera, que se disparaba por medio de una mecha móvil. Entre las variedades de esta arma recordaremos el arcabuz toequizca, con una longitud de cerca de dos metros, que, como los de otra clase de cañón más corto, se disparaban apoyándolo sobre un soporte, uno de cuyos extremos se encajaba en la tierra, teniendo el otro una horquilla de hierro en la que se ajustaba la caja del arma. Disparaba pequeñas pelotas de hierro o de plomo y pedrezuelas. Otra de las armas de fuego era la espingarda, especie de escopeta de chíspe, con un cañón muy largo. Usábase también el mosquete de mecha, inventado en España hacia 1540, más largo y de más calibre que el fusil de alma lisa. Como el arcabuz, mientras éste conservó el cañón de gran longitud, se disparaba apoyándolo en una horquilla. Empleábanse como proyectiles balas de una onza y media de peso.

Entre las armas blancas, usábase la espada y el puñal; entre las punzantes, la lanza, generalmente de 15 pies de longitud; la pica (lanza larga con hierro pequeño, agudo en el extremo superior del asta); el chuzo (palo armado con un pincho de hierro); la alabarda, especie de lanza de seis pies y medio, más o menos, de largo, provista de una moharra o punta de lanza, uno de cuyos lados era una pequeña cuchilla aguda y el otro un hacha en forma de media luna; el gorgúz, pequeña lanza que se arrojaba como un dardo. El equipo del soldado se componía de la armadura, que incluía el morrión o pieza para cubrir la parte superior de la cabeza, hecha en forma de casco, adornado con plumas y otras cosas; el escudo, la adarga (escu-

do de cuero, ovalado o de forma de un corazón); la rodela (escudo pequeño redondo, ajustado al brazo izquierdo, usado especialmente en combate a espada); petos acolchados de algodón para proteger el pecho contra flechas; vasos de cuerno para llevar la pólvora, llamados frascos; el eslabón y el pedernal, utilizados para producir las chispas con que se prendía la mecha de las armas de fuego. Casi todos estos tipos de armas continuáronse usando durante el siglo XVII. En el mismo año en que los holandeses atacaban a San Juan, se mejoraban en España las armas de fuego, proveyéndolas de un mecanismo para sujetar el pedernal de tal manera que, al chocar éste con el rastrillo, incendiara el cebo (armas de chispa). Aplicóse esta invención al mosquete; más tarde, al fusil de chispa. Un fusil de este tipo y de alma lisa (cañón sin estrías) de calibre de 18 y 19 milímetros, fue utilizado en la defensa de la Plaza contra los invasores ingleses de 1707. Era su manejo tan complicado que era necesario ejecutar doce movimientos para cargarlo (\*). En 1840 se inventó el gatillo de percusión. Pero las armas de chispa, fusiles y pistolas, así como las lanzas y chuzos, continuaron en uso en la Plaza largos años después de esta fecha.

Nada sabemos con respecto al artillado de la Plaza a principios del siglo XVII. Sin embargo, un pasaje de la narración del sitio de los holandeses en 1625, escrita por Larrasa (335), nos informa que el Morro fue reforzado con seis piezas gruesas, de 18 libras la menor, que se salvaron de un galeón de la flota de Tomás de la Paspurú, perdido poco antes a la entrada del puerto.

En 1642 el gobernador Riva Agüero se quejaba del estado de abandono en que estaba la artillería del Morro, cuyos montajes estaban deteriorados. Cinco años después la Plaza contaba con cien piezas, 86 de bronce y 14 de hierro colado (336). En 1677 ya se consideraba inexpugnable, tanto por la solidez de sus obras como por la potencia de sus cañones.

En cuanto al material del arma de artillería que había en la Plaza durante los siglos XVIII y XIX, ofrecemos el siguiente cuadro demostrativo:

---

\* General Ricardo Ortega: *Don Ramón de Castro*, en V/23.

335. I/4/230.

336. II/491.

Año	Cañones	Obuses	Pedrerros	Mortero	Total de piezas de artillería	Observaciones
1771	202	—	—	14	216	Armamento existente después de la guerra de España con Inglaterra (1756-63) (1)
1793	422	4	3	35	464	(2)
1797	376	4	3	35	418	Durante el ataque de Abercromby (3)
1802	385	6	5	39	435	Aumento ocasionado por posible ataque de los ingleses (4)
1804	402	10	3	39	454	(5)
1844	426	—	—	—	426	(6)
1898	27	16	—	—	43	25 cañones de 15 cm., 2 de 16 cm., 10 obuses de 24 cm. y 6 de 21 cm. (7) y (8)

Todas las piezas a que se hace referencia en la tabla, con excepción quizá de algunos pedrerros y de las que corresponden al año 1898, eran del tipo de avancarga o de cargar por la boca, que disparaban balas esféricas de hierro fundido. Dice al respecto el capitán Ángel Rivero:

Estas piezas, en su mayoría, fundidas en Sevilla, de bronce obtenido con el fino cobre llevado de México, eran bocas de fuego de dibujo caprichoso y elegante, con arabescos abiertos a cincel y sus asas figurando, casi siempre, dragones y otros animales mitológicos... (\*).

Estaban montados en cureñas con ruedas sólidas, construidas ambas cosas con las maderas duras del país, por resistir éstas mucho

(1) Teniente Coronel F. Díaz, *Relación Histórica Artillera*, en I, 2/164 e.s.

(2) *Ibidem*, pág. 166

(3) P. T. de Córdoba, *Memorias*, en V/184.

(4) 1/13/278.

(5) P. T. de Córdoba, *Memorias*, 1838, pág. 223.

(6) Díaz, *op. cit.* I/2/171.

(7) XXVIII/56-57.

(8) En 1846 llegó a San Juan, procedente de Londres, el primer cañón moderno, que disparaba balas huecas y de mayor alcance que los antiguos. Diósele el nombre de "El Miliciano" e instalóse en la batería de Santa Bárbara en el Morro.

\* XXVIII/50.

mejor que las ruedas de rayos, los efectos de la excesiva humedad atmosférica tropical (\*\*). Para proteger los afustes y cureñas de las inclemencias del tiempo, ordenó Felipe V que se construyeran sobre las baterías unos cobertizos de teja, montados sobre pilares (\*\*\*). Hay constancia de que los morteros estaban en uso hacia 1840. Aún en 1898 había dos piezas de esta clase en servicio en el castillo de San Gerónimo. Después de 1854 empezó a generalizarse en Europa el uso del cañón de retrocarga (que se cargaba por la culata). Es posible que la real orden de 21 de mayo de 1872 que disponía el cambio de armamento del Cuerpo de Artillería, exigiera la introducción de numerosas piezas del tipo moderno en la Plaza, pero hasta la novena década del siglo XIX no se modernizó el material del arma, reteniéndose aún numerosas piezas del tipo antiguo. En 1894 se subastaron en San Juan más de treinta piezas de bronce, entre cañones, morteros y pedreros, declarados inútiles, los cuales eran reliquias del siglo XVIII (337).

Acostumbrábase apilar al aire libre, a lo largo de las murallas y baterías de la Plaza, las bombas, balas rasas y granadas, dispuestas para su uso inmediato, pintándolas de negro para conservarlas.

## LOS ALMACENES DE POLVORA

La realización del vasto plan de O'Daly en el siglo XVIII, hizo imperativo la construcción de almacenes *ad hoc* para guardar los miles de quintales de pólvora y de otros efectos requeridos por la fuertemente artillada Plaza. Con tal fin se levantaron cuatro grandes edificios, tres de los cuales tenían una longitud aproximada de 240 pies castellanos, incluyendo el muro defensivo, siendo el cuarto, Santa Bárbara, un poco menor. Construidos de piedra y ladrillo, los muros estaban reforzados por contrafuertes de gran solidez. Tenían el

---

\*\* Díaz: op. cit.

\*\*\* *Reglamento del Real Presidio*, año 1741, cap. 72.

337. Acostumbrábase dar un nombre a las piezas de la Plaza. Recordaremos los de algunos pedreros: "El Gavilán", "El Grillo", "El Mochuelo"; los de algunos cañones, "Deplorable", "Asustado", "Tirano", "El Suave", "Arrebato", etc.

techo plano exteriormente, de dos aguas muy inclinadas para que las bombas que cayeran en ellas rodaran fácilmente al suelo. Interiormente el techo era abovedado a prueba de bombas. La ventilación se obtenía por medio de pequeñas ventanas bloqueadas en el corazón del muro, de manera que no había comunicación directa entre sus caras interior y exterior, puesto que la apertura se ensanchaba paralelamente a los lados del bloque de material. Hacíase esto para evitar que se arrojaran bombas incendiarias a través de las ventanas, pues permitiendo éstas pasar al aire, el bloque inferior cerraba el paso a cualquier objeto sólido que tratara de introducirse a través de ellas. No era ésta la única precaución para hacer los polvorines a prueba de incendio. Utilizábase solamente clavos de cobre y cubríanse las ventanas con rejillas del mismo metal, por no expedir éste chispas, como el hierro u otros metales. Usábanse las rejillas como una doble precaución para obstaculizar la comunicación con el interior del edificio. Un modo favorito de incendiar un polvorín en aquel tiempo consistía en amarrar una mecha encendida al rabo de algún animal pequeño como un ratón, introduciéndolo luego por una puerta o ventana. Acosado por la mecha ardiente, el animal se lanzaba en rápida carrera por entre las cajas o barriles de pólvora, causando casi siempre su explosión. Debido a la intensa humedad atmosférica, que por varias razones debió ser mayor en el siglo XVIII que en el presente, fue necesario proveerlos de un sistema rudimentario de ventilación, que, en opinión de algunos observadores, consistía de dos torres de piedra en forma de pirámides truncadas, situadas cerca del centro, a ambos lados del edificio. Créese que se comunicaban estas torres con el interior de los almacenes, estableciendo entre ambas una moderada circulación de aire, sirviendo, al mismo tiempo, para la colocación de pararrayos.

Estaban enclavados los polvorines en lugares adecuados para el suministro de pólvora a los principales sectores de la Plaza. Atendiendo a la urgencia relativa de su construcción, edificóse primeramente, en 1768, el de *San Gerónimo*, para suplir a los fuertes más distantes de la ciudad, los situados en la costa oriental de la Isleta; siguió el de *Miraflores* hacia 1776, otro puerto destacado, aún más distante que el anterior y de segundo orden; en 1783 el de *Santa Elena*, para suplir el recinto norte, siempre considerado como el de menor importancia en el plan defensivo de la ciudad. Protegióse además el de *Miraflores* con una cortadura o foso a través de la

pequeña península que le dio el nombre, convirtiéndola en una isleta, estableciéndose una avanzadilla a la entrada del camino de Miraflores a San Juan (338).

A pesar de las precauciones tomadas al construir estos edificios, la pólvora se humedecía, haciéndose necesario la práctica de asolearla a intervalos. Si tenemos en cuenta que parte, cuando menos, de la pólvora permanecía ahnacenada largo tiempo, a veces cien años, o más, hemos de comprender que su efectividad disminuía considerablemente (339). Para asegurar la conservación de la pólvora requeríase al gobernador de la Plaza, asistido del sargento mayor, de los oficiales reales y de otros funcionarios, visitar los polvorines dos veces al año, quienes debían dictar las medidas que fueren necesarias (\*).

Por efecto del crecimiento de la ciudad en el siglo XIX, dos de los polvorines, Santa Elena y San Sebastián, quedaron situados, el primero, a peligrosa distancia de la zona urbana; el segundo, dentro de ella. En 1870 se prohibió usar el de Santa Elena para almacenar pólvora. En 1847 prohibiéndose la construcción de obras alrededor de una faja de 80 yardas de ancho del de San Sebastián, y, atendidas las protestas del vecindario, clausuróse finalmente en 1880 (340).

De acuerdo con el Reglamento del Presidio, observóse hasta los últimos momentos de la soberanía española en la Isla, la disposición que exigía confiar las tres llaves de cada uno de los polvorines, respectivamente, al gobernador militar de la Plaza, al comandante principal de artillería y al oficial de administración militar encargado de efectos.

## LOS CUARTELES DE LA CIUDAD

Durante el siglo XVI no había cuarteles para la escasa guarnición. En 1591 informa el capitán Pedro de Salazar a Su Majestad que ha albergado su tropa en seis casas que estaban desocupadas, y agrega en su pintoresco lenguaje :

---

338. V. Plano de la Ciudad de San Juan y sus alrededores (1884), copiado en 1901 por don Armando Morales.

339. Díaz: *Relación Histórica Artillera*, en I/2/178 y XXVIII /507.

\* Real Reglamento del Presidio, año 1741, artículo 69.

340. Este polvorín fue demolido en el siglo actual para construir en su solar la escuela pública Lincoln.

...el gobernador pone pies en pared que las e de pagar porque dije que así es usanza de las Indias: yo callo y lo remito a Vuestra magestad, para que en ello dispense, aunque con muy poca costa se podrian hacer casas donde la gente se metiese (341).

Esforzóse el gobernador Gabriel de Roxas por mejorar esta situación construyendo, durante la primera década del siglo XVII, unas casas de madera dispersas en el promontorio del Morro para alojar una de las dos compañías de la guarnición en el recinto del fuerte, de manera que al terminar su obra, parecía éste un «razonable pueblo» (342).

La otra compañía y los refuerzos llegados de la Península, de tarde en tarde, a la ciudad, durante el siglo XVII, continuaron viviendo en cuarteles improvisados, hasta la centuria siguiente. El Real Reglamento del Presidio de San Juan, expedido el 12 de febrero de 1741, disponía se reedificaran y ampliaran las casas-cuarteles del Morro, dándoles capacidad para las cinco compañías destinadas a él y proveyéndolas de «camas al uso del País» (*barbacoas*) para el alivio de las tropas. Pero tal disposición no pudo cumplirse hasta que fue incluida en el proyecto de O'Daly, más de un cuarto de siglo después. Empezó entonces a generalizarse entre la tropa la costumbre de «arrancharse», es decir, que cada soldado, tomando por su cuenta y riesgo una negra o mulata, se instalaba en un rancho a vivir con ella, llamándola su *casera*. La inevitable prole que resultaba de estas uniones, así como su pareja progenitora, habían de ajustar sus gastos a la cortísima entrada de cuatro pesos mensuales que recibía como sueldo el soldado (343). Tal costumbre fue tolerada aún por el mariscal de campo, don Alejandro O'Reilly, que vino al país para implantar la reforma militar, quien asevera en su *Memoria*:

Hice arrancar inmediatamente las dos compañías del refuerzo, acuartelar y arrancar todos los solteros del Fixo y recoger las armas de cada compañía en los armeros que hice poner en la casa elejida para cuartel de sus solteros ... (344).

En una fecha desconocida, pero anterior a 1772, construyóse en el extremo sud del campo del Morro, en el solar que había de

---

341. I/4/319.

342. II/471.

343. II/541.

344. II/516-545.



ser ocupado hacia 1844 por el Asilo de Beneficencia, un Cuartel para la Compañía de Caballería, generalmente conocido con el nombre de Cuartel de Milicias. Tenía el edificio 60 varas de largo y 12 de ancho, con un techo de dos aguas, probablemente cubierto de tejas (\*). En 1838 el caserón estaba en estado ruinoso, razón por la cual el gobernador López Baños ideó el proyecto de reconstruirlo para instalar en él una casa de reclusión para mujeres (\*\*). Desaparecido el cuartel de Caballería, el Ayuntamiento permitió utilizar como cuartel de Milicias una casa de su propiedad que estaba en estado ruinoso, situada casi directamente detrás del bastión de las Animas, en el sitio en donde se construyó más tarde la plaza del Mercado. Dicho cuartel, llamado de San Carlos, no debe confundirse con el del mismo nombre que estuvo ubicado frente a la plaza Mayor. En 1858 realizáronse ciertas obras en el cuartel de la Guardia de Municipales para convertirlo en el de Caballería (\*\*\*).

De 1765 al 88 la Plaza sólo tenía cuarteles para medio batallón: las casas-cuarteles del Morro, alojándose, como en antaño, la mayor parte de los soldados y casi toda la oficialidad, en las casas de los vecinos (\*\*\*\*). Al construirse frente a la plaza Mayor, durante este período, el cuartel para los presidiarios importados en la ciudad para las obras militares, hubo de ser utilizado, a intervalos de tiempo, para alojar soldados cuando el movimiento de tropas hacía la adopción de esta medida indispensable. Terminadas las obras de O'Daly y las exteriores de la Princesa, en el primer cuarto del siglo XIX, utilizóse parte del cuartel de presidiarios o de los Desterrados para fines militares, denominándosele cuartel de San Carlos, habiendo sido reedificado y conservado con el producto de un impuesto de ocho reales de plata por libra de harina importada (346).

Don Alejandro Tapia nos lo describe, tal como existía en 1837:

Componíase de la planta baja y otro piso. El costado que da a la Plaza Principal no tenía puertas sino ventanas con rejas de hierro, el que da a la calle de San Francisco contaba tres puertas. Por la primera, hacia la Plaza, se entraba a la planta baja, que era depósito de cureñas y enseres de artillería; por la del centro, se subía al presidio; y por la de mas allá, al cuartel de Artillería, cuya brigada componíase de dos

\* Plano de O'Daly, año 1772.

\*\* Archivo Municipal, expediente sobre construcción de una casa para recluir mujeres.

\*\*\* Archivo de la Jefatura de Obras Públicas, Leg. 119, año 1858.

\*\*\*\* III/216.

346. XXXVI/82.

compañías, ambas completadas con la que se llamó artilleros segundos... Era en verdad bien triste espectáculo el de las ventanas de un presidio en el centro y plaza principal de la población! (347).

Abandonado como institución penal en el 37, al construirse el presidio detrás de la capilla del Cristo, parte de aquel edificio continuaba utilizándose como cuartel de artillería en 1845, ocupando éste también las casas contiguas hacia el sur. El edificio tenía bastante capacidad y buen aspecto (348), permitiendo abandonar el cuartel provisional de Artillería que se había levantado en La Puntilla.

La perspectiva de un ataque de los ingleses a fines del siglo XVIII, volvió a inspirar serios temores con respecto al problema de albergar los soldados en la ciudad. No obstante la aseveración de Pedro Tomás de Córdoba de que en 1805 fueron construidos, entre la primera línea y la Plaza, doce barracones cubiertos de paja para asilar las tropas de la guarnición, especialmente a las Milicias Regladas de la Isla (349<sup>a</sup>), estos barracones fueron edificados varios años antes, puesto que once de ellos aparecen claramente representados, precisamente detrás de la segunda línea, en el plano de Churruca, levantando en 1794. Es posible que se atribuyera al gobernador Toribio de Montes la construcción, en 1805, de los barracones que él pudo haber ordenado restaurar y ampliar. Desmantelados por un huracán en 1819, fueron destruidos casi todos por un incendio en 1822, no siendo reconstruidos hasta después de 1860. Otras barracas fueron levantadas con posterioridad a 1835, en La Puntilla. Utilizábanse estos barracones principalmente para aclimatar en ellos a las tropas recién llegadas de la Península (349<sup>b</sup>).

Después de la clausura de las comunidades religiosas, habilitáronse también como cuarteles los monasterios de San Francisco y Santo Tomás de Aquino; el primero, por órdenes del gobernador Latorre, hacia 1838, siendo utilizado hasta 1898; el segundo, habilitado algún tiempo después, dejó de usarse como cuartel antes que se abandonara el de San Francisco.

El tiempo se había encargado de demostrar que todos los medios empleados hasta mediados del siglo XIX — el «arranchamiento», la

347. XX/95.

348. I/9/41.

349 a Descripción de la Ciudad en 1845, en I/9/19.

349 b J. O.: *Observaciones sobre las Ventajas que ofrece la Isla de Puerto Rico, etc.*, año 1833 (inédito).

edificación de cuarteles en los fuertes, la construcción de barracones y barracas provisionales y la habilitación de los monasterios — habían actuado como simples paliativos del mal. Las autoridades admitieron que no podría posponerse por más tiempo la construcción de un cuartel de primer orden para la gran plaza militar de San Juan de Puerto Rico. En efecto, en 1857, dio comienzo la obra del cuartel de Ballajá, una soberbia estructura de tres plantas, en forma de cuadrilátero, con anchos balcones de arquería que miran a un patio interior embaldosado, cubriendo un aljibe. Con una superficie de algo más de 7.700 metros cuadrados, el cuartel tenía capacidad para alojar dos batallones. Terminado en 1864, dedicóse a la infantería, colocándose en su pórtico la sugestiva inscripción, «La Milicia es una Religión de Hombres Honrados».

La última obra de esta índole que acometiera el Gobierno español en la ciudad fue el cuartel defensivo de San Román, situado detrás de la primera línea, cerca de la ensenada del Condado. El costado que daba al mar y la azotea estaban terraplenadas, de manera que pudiera ser ocupado aun bajo el fuego de la artillería enemiga.

## OTROS EDIFICIOS MILITARES

Hacia mediados del siglo XIX ya se había construido la *Sala de Armas* (llamada en nuestros días la Casa Roja) destinándola a depósito de armas y útiles de parque (350); el parque-maestranza de artillería, situado frente a aquel edificio, en una dependencia del palacio de Santa Catalina. Fabricábanse y reparábanse en ella las cureñas y accesorios para los cañones, y hacíanse cuantos trabajos de montaje, armería, carpintería, herrería y carretería eran necesarios para operar y conservar debidamente la artillería de la Plaza. Como cada uno de los distintos talleres estaba dirigido por un competente operario, con rango de sargento, excepto los de montaje y armería, que lo eran por maestros mayores, y como cada uno de ellos tenía asignado un aprendiz de plaza sentada, la maestranza venía a surtir el efecto de una reducida, pero excelente escuela de artes y oficios, en donde numerosos artesanos de la ciudad aprendieron cabalmente sus respectivos oficios.

## LA GUARNICION DE SAN JUAN

Antes de construirse la Fortaleza la defensa de la ciudad estaba principalmente confiada a sus propios vecinos. Hacia 1531 Blasco Núñez Vela se oponía a la fortificación extensa de la misma, entre otras razones, por la escasez de soldados, especialmente de artilleros y artificeros competentes, haciendo constar que de los residentes, sólo los esclavos alistaban (351), hecho que demuestra que el servicio militar no era en aquella época obligatorio. En consecuencia propuso a la Corona armar el vecindario, cuyos hombres capaces de cargar armas, deberían ser divididos en tres grupos numéricamente iguales, a saber: ballesteros, arcabuceros y piqueros (a quienes se les daría, además, una rodela). Los vecinos recibirían una elemental instrucción militar, y, el primer domingo de cada mes, «so pena de un peso de oro», se reunirían para pasar revista («alarde») en determinado sitio de la ciudad.

A una de estas revistas, que tuvo lugar el 30 de noviembre de 1541, asistieron 71 hombres, 26 de los cuales estaban montados y armados con lanzas y adargas, algunos con rodelas y ballestas. Los 45 restantes eran de infantería, portando espadas, rodelas, lanzas, puñales y algunos arcabuces (352). Mandaba esta compañía el capitán Francisco Vázquez, asistido por el alférez Francisco Caro y el sargento Alonso López.

Menéndez Valdés reglamentó más cuidadosamente la instrucción militar del vecindario. Estableció la práctica de celebrar ejercicios de alarma o «rebatos», ordenando que se disparara determinado número de cañonazos para avisar a los habitantes de la ciudad y de sus alrededores, ya fuere la alarma efectiva o acordada por vía de ejercicio. Enseñólos a tirar con los arcabuces y mosquetes, empleando para ello «mucha munición». En su tiempo (1582-87) había 187 vecinos, entre ellos casados y solteros que podían portar armas, pero eran tan pobres, dice, que si no les hubiese consentido salir al campo a trabajar sus haciendas, se hubieran muerto de hambre. Por esta razón faltaban muchos a los rebatos, a pesar de que generalmente atendían a los avisos, ya fuere de día o de noche, con tanta presteza «como si viniesen a ganar perdones» (353). En resumen, Menéndez Valdés contaba con 40 hombres de la guarnición de San Juan, reforzados por 70 soldados que le dejó la real armada, 26

351. VIII/42/54 e. s.

352. II/186.

353. Menéndez Valdés: Manuscrito citado, pág. 17.

paisanos que acudían de los alrededores de la ciudad y 25 de las villas de San Germán y Coamo, que hacía concurrir de cuando en cuando, logrando así reunir en ocasiones hasta 250 hombres, entre soldados y vecinos.

El armamento de la infantería consistía de 200 arcabuces y 30 mosquetes, y un número de alabardas repartidas entre los vecinos.

Menéndez Valdés solicitó del rey una guarnición de 200 soldados y las provisiones de boca necesarias para sustentarlos, porque de otro modo no hubiera sido posible hacerlo, «por ser como es la tierra más pobre que ay en el mundo».

A la llegada del capitán Pedro de Salazar, en 1591, el número de hombres disponibles para la defensa de la Plaza subió a 384, de los cuales 310 eran soldados y 74 vecinos armados. De estos últimos, 50 criollos servían en la infantería, calificándolos Salazar de «buena gente». Queda así comprobado que desde el siglo XVI los criollos de Puerto Rico demostraron aptitud militar...

Que la guarnición había aumentado muy poco desde 1591 al 98, se infiere del hecho que las tropas que se rindieron al conde de Cumberland sumaron escasamente 400 hombres.

El próximo refuerzo considerable de la guarnición se hizo en el 1599, cuando el capitán Alonso de Mercado dejó en el presidio de San Juan 400 soldados de los tres mil que llegaron bajo su mando.

Durante el siglo XVII los efectivos de la guarnición fluctuaron entre las tres compañías veteranas (aproximadamente unos 300 hombres), mandadas en 1625 por los capitanes Amézquita, Moxica y Pantoja, aumentándose en 1647 a 400 hombres de infantería con dos capitanes, subordinados a un sargento mayor de la Plaza, encargado del pormenor del servicio y de distribuir las órdenes del gobernador. El castillo del Morro continuó siendo mandado por el alcaide hasta que el cargo fue abolido por el Real Reglamento de 1741. En dicha fecha la guarnición de la Plaza consistía de 400 hombres, 336 infantes, agrupados en 4 compañías, y una compañía de artilleros con 64 hombres (\*).

Hacia la mitad del siglo XVII, estando España en plena decadencia, la guarnición de San Juan reflejaba fielmente aquel triste estado de cosas. Las comunicaciones con la Península y con México eran tan tardías y distantes que los gobernadores tenían que recurrir a me-

\* Reglamento para la Guarnición de la Plaza de Puerto Rico, castillos y fuertes de su jurisdicción. Año 1741. (Impreso en Madrid, en la Oficina de los Herederos de Juan de Ariztia) Archivo General de Indias — Audiencia de Santo Domingo, 2499.

didas aleatorias para poder sustentar la guarnición, sin tener un solo real en el Tesoro de la Isla. A intervalos semidesnuda, la soldadesca no vacilaba en dejar desierta la Plaza cuando, so pretexto de arribada forzosa, llegaba a la Aguada algún navío extranjero con cargamento de ropas, alejándose los soldados hasta aquel puerto para permutar piezas de vestir por algún producto del país (\*). En 1758 debía la Real Hacienda cerca de 63.000 pesos por concepto de sueldos atrasados a la tropa (354). Empeñado el Tesoro por largo tiempo a numerosos vecinos, cuyos créditos no habían sido liquidados, no era tarea fácil levantar fondos en la localidad. Los gobernadores se veían obligados a empeñar su crédito personal, en algunos casos hasta dejarlo exhausto (355). La penuria del fisco era tan aguda que no era posible reponer las bajas ordinarias de la guarnición, extinguiéndose ésta paulatinamente hasta el extremo que no hubiera habido a quien poner de centinela en las murallas, si el gobernador don Fernando de la Riva Agüero no se hubiera decidido a cubrir las numerosísimas vacantes con voluntarios naturales del país. Por otro lado, justificaba la conducta de Riva Agüero el hecho de que, estando sirviendo en la guarnición de San Juan numerosos soldados portugueses, se desconfiaba de su lealtad a España, en vista del movimiento separatista que se había iniciado en Portugal hacia esa época. Aunque la medida violaba las Ordenanzas Militares, fue aprobada, después de una áspera negativa, por Felipe IV, atendiendo a las recomendaciones que al efecto le hiciera su maestre de campo, Diego de Aguilera y Gamboa (356). Fue así como los criollos de Puerto Rico fueron formalmente admitidos a servir en el Ejército español.

La corrupción administrativa que caracterizó a este siglo agravó la situación del Presidio de San Juan. En las postrimerías de la centuria era corriente la falta de la mitad de los soldados asignados a la Plaza porque los gobernadores y los oficiales reales los incitaban veladamente a desertar para repartirse, entre todos los sueldos de los desaparecidos (357).

El almirante Villalobos hizo ver al rey la necesidad de mantener completa la guarnición de la ciudad, gravemente expuesta a perderse si no se atendía con regularidad al pago de sus haberes, me-

---

\* Gabriel de Villalobos: *Grandezas de Indias*, año 1690, Cap. 9 N.º 1, reproducido en I/3/312 c. a.

354. *Memoria* de Bravo de Rivera, en I/6/381.

355. José Novoa y Moscoso: carta al rey, en I/3/284.

356. Coll y Tosté, en I/12/326.

357. Gabriel de Villalobos: *Grandezas de Indias*, parcialmente reproducido en I/2/312.

dante el envío oportuno de los situados de México y la supresión de los abusos de los funcionarios reales.

Sin embargo, no se logró mejorar estas condiciones durante el siglo XVIII, hasta la llegada a la Isla del mariscal de campo don Alejandro O'Reilly, enviado expresamente para efectuar una total reorganización de las defensas de la Isla.

En 1781 el gobernador había ofrecido destinar al pago de la tropa dos mil ducados sobrantes del fondo insular de sueldos y pensiones (358). Otros remedios se pusieron en práctica, hasta que O'Reilly, en 1785, atacó el mal en su raíz, obteniendo del gobierno la seguridad de que no faltaría desde el año siguiente el envío de los fondos necesarios del Tesoro de México para atender puntualmente cada año a los gastos del sostenimiento de la guarnición, arreglo, que, con una sola excepción, se mantuvo en pie durante catorce años consecutivos. Reglamentó, además, O'Reilly la contabilidad militar y el modo de llevar los libros de *vita et moribus* para eliminar fraudes y errores; hizo nombrar un oficial encargado de la percepción y distribución de los caudales destinados al Ejército en la Real Tesorería; estableció, de acuerdo con una real orden, la escala de sueldos de jefes, oficiales y soldados; ordenó el pago mensual de sus haberes y prohibió estrictamente a los capitanes la viciosa práctica de anticipar a los soldados, a cuenta de los *situados*, los efectos que necesitaban para sí y sus familiares, ya fuere suministrándoles los géneros que guardaban en sus propias casas, ya fuere valiéndose de algún tendero, quien les abonaba una comisión que fluctuaba entre un 10 y un 15 por ciento (359).

No se limitó el mariscal a atender el aspecto económico de la vida de la guarnición. A su llegada a la Isla, escribe él mismo :

Toda la tropa veterana de Puerto Rico estaba sin uniformidad alguna en su vestuario : cada uno compraba y llevaba lo que quería : muchos, cuando no estaban de servicio, usaban de sombrero de paja por la calle, y cuasi todos de calzon ancho que le baxaba hacia los tobillos. El exercicio estaba igualmente descuidado : ninguno lo sabía : daban los oficiales por disculpa de su omisión, que esperando de día en día quien les enseñase el nuevo no habían practicado el antiguo...

Con el producto de las comisiones usurarias, indebidamente cobradas por los capitanes a sus pobres soldados, utilidades que ellos

358. VII/Expedientes del año 1731.

359. A. O'Reilly: *Carta al Marqués de Grimaldi*, en I/8/125-130.

espontáneamente ofrecieron devolver al ser amonestados por O'Reilly, costeó éste un vestuario nuevo para la tropa, consistente de un uniforme de bramante y un sombrero con galón. Recogió en un cuartel las armas dispersas en los ranchos que habitaban los soldados, obligóles a hacer ejercicios diariamente y los sujetó de tal manera al orden y a la disciplina, que a su partida de la Isla nadie hubiera dicho que eran las mismas tropas que él había encontrado a su arribo a la ciudad.

Volviéndonos a referir al número de las tropas de la guarnición de San Juan, durante el siglo XVIII, empezaremos por decir que, de acuerdo con el Real Reglamento del Presidio de Puerto Rico de 12 de febrero de 1741, ésta consistía de un batallón de infantería de cuatro compañías con 336 plazas y una compañía de artillería con 64. Además de la oficialidad de dichas unidades, asignaba al Batallón de infantería su Estado Mayor, compuesto por su comandante, el gobernador de la Isla, un ayudante, un capellán (el prior del convento de Santo Domingo) y un médico cirujano. Creóse, además, el Estado Mayor de la Plaza, integrado por el gobernador, un sargento mayor y un ayudante de la Plaza, teniendo bajo sus órdenes inmediatas el guarda-almacén de armas, pertrechos y víveres, el sobrestante para las obras de fortificación y cuatro plazas de bajon (\*) y chirimía (\*\*), «que se destinan para acompañar el Santísimo Sacramento» (\*\*\*). Completaban la oficialidad de la guarnición un ingeniero y tres tenientes, uno para cada uno de los castillos del Morro, San Juan de la Cruz (El Cañuelo) y San Antonio del Puente.

Acercándose a su fin la construcción de las fortificaciones que exigía el plan O'Reilly-O'Daly y los subsiguientes, dejóse ver la necesidad imperiosa de aumentar la guarnición para hacerse cargo de las nuevas obras. Celebróse el 8 de septiembre de 1792 una Junta de Generales para acordar un plan de defensa para la ciudad e Isla de Puerto Rico, acordándose que la guarnición de la Plaza en tiempo de paz consistiría de 2.702 hombres, 125 piezas de artillería y 24 lanchas cañoneras de las fuerzas sutiles, y en tiempo de guerra de 3.224 hombres e igual número que el anterior de piezas de artillería en los fuertes y en las lanchas. Pero, como los fondos del

---

\* Instrumento de viento compuesto de una larga pieza de madera a la cual se encaja un tubo de latón encorvado a cuyo extremo libre se ajusta la pipa de caña con que se toca, produciendo un sonido bajo.

\*\* Instrumento de viento, hecho de madera, a modo de clarinete, provisto de una boquilla con lengüeta de caña.

\*\*\* Real Reglamento, art. 13.



situado no eran suficientes para cubrir los gastos que imponía el incremento de la guarnición, se propuso crear impuestos al comercio de varios puntos de América, medida que no llegó a ponerse en vigor por la difícil situación política, precursora de la revolución de las colonias. Con gran dificultad pudo seguirse atendiendo a los gastos de la guarnición, recurriéndose a La Habana para que la socorriese en los mayores apuros. Decidido el rey a modificar el dispendioso plan de 1792, lo refirió, en 1818, a la Junta de Generales de Puerto Rico para que lo enmendara, en vista de la miseria del país y escasez del Erario. La referida Junta actuó en el mismo año recomendando, entre otras cosas, que la guarnición de la ciudad se limitara a 2.046 hombres de infantería y artillería; que las bajas que ocurrieran en tiempo de guerra en la tropa veterana española se cubriera con naturales del país; que se destinara a servicio en la Capital una compañía de zapadores-minadores; y que la tropa española fuera relevada cada tres años (\*).

Al llegar a este punto, hemos de referirnos al Batallón Fijo de San Juan. Acostumbrábase dar, durante el siglo XVIII, el denominativo de *fijo* a ciertas unidades tácticas, batallones y regimientos, permanentemente destacadas desde España a las guarniciones de América. La de San Juan de Puerto Rico, existente desde 1742 (360), año en que, como hemos visto, se organizó un batallón con este carácter en cumplimiento del Real Reglamento del Presidio de San Juan, estaba compuesta exclusivamente por peninsulares, como las de otras plazas de Indias. Cualesquiera otras tropas adicionales, piquetes o compañías, asignadas de cuando en cuando a la Plaza, eran conocidas como tropas de refuerzo.

Desde el 1742 hasta el 1790 los reemplazos del Fijo se hicieron con tropas peninsulares y criollas, tal como fue dispuesto por Felipe V en el Real Reglamento de 1741, cuyo artículo 12, lee :

Considerando la dificultad que ay en los Reclutas, y en consecuencia de la gran confianza que tengo del zelo, valor, y destreza de los naturales de la Isla, y Ciudad de San Juan de Puerto Rico: Permito, que en cada Compañía de Infantería del Batallón, y en la de Artilleros, aya la mitad de Soldados, hijos de la misma Isla, que sean descendientes de Españoles, con la calidad de que sean solteros, no exerzan

---

\* Juan Margello: *Informe sobre el Plan de Defensa de la Isla de 1792, rectificado por Rl. orden de 6 de Julio de 1818, etc.*, Puerto Rico, 18 de diciembre de 1893 (inédito).

ningun Oficio, debiendo aloxarse, como todos los demás, en los Cuarteles, y hacer el servicio de la propia forma, que los Soldados nacidos en España.

En ocasión de repatriarse ciertas tropas españolas en 1749, se consintió a los oficiales y soldados aceptables que lo desearan, se quedaren en la ciudad para servir en el Fijo. Continuóse sin interrupción esta política desde 1761 hasta 1787, destacando sucesivamente a San Juan fuerzas de los regimientos españoles de *Aragón, España, León, Toledo, Vitoria, Corona, Bruselas y Nápoles*. De acuerdo con una revista celebrada en 1788, la guarnición se componía de 1764 hombres, 1.670 de los cuales pertenecían a la infantería, 84 a la artillería y 10 minadores. Los hijos del país servían regularmente en las Milicias Disciplinadas de infantería y caballería (361) y en la Milicia Urbana.

En 1792 el Batallón Fijo de la ciudad de Santo Domingo en la Antilla vecina, fue agregado provisionalmente al Fijo de Puerto Rico, volviendo a perder éste su condición de unidad casi exclusivamente criolla.

Del estado de este cuerpo en aquella época, escribe O'Reilly como sigue :

Los soldados (*entonces principalmente españoles*) del batallón Fijo de Puerto Rico estaban quasi todos casados, con muchos hijos, y sin mas auxilio que su Presbítero: vivían separados en chozas propias o alquiladas. Los sargentos atendían únicamente al cuidado de sus familias y hasta los oficiales entregados a su comodidad e intereses ponían todo su conato en hacer valer sus empleos (362).

361. 1/11/135.

362. Como nota de interés para aquellas personas aficionadas a la historia militar de las Antillas, apuntaremos aquí que la inclinación del soldado en Puerto Rico, cualesquiera que fuere su nacionalidad, a formar familia numerosa, a la sombra de sus cuarteles, ha persistido a través de los siglos y en circunstancias enteramente distintas. Cuando el Regimiento de Puerto Rico, una bien disciplinada organización del Ejército de los Estados Unidos, compuesta enteramente por puertorriqueños, fue enviado a la Zona del Canal de Panamá, en 1917, se creó a las autoridades militares un problema, por el hecho de que un elevado porcentaje de sus soldados había formado, en la paz de la vida de guarnición, numerosas familias. Un crecido número de familiares siguieron a los soldados a la Zona del Canal, formando cerca de los puestos militares verdaderas poblaciones puertorriqueñas. Se ha observado también que, con frecuencia, soldados norteamericanos que sirven en la Isla han sucumbido al impulso que convirtió en meros padrazos a tantos soldados peninsulares y criollos. Si tales hechos revelan que el ambiente de Puerto Rico estimula inevitablemente los instintos paternales y domésticos del hombre, es punto que referiremos al sociólogo y al filósofo determinista.

Parce probable que debido a la dificultad de efectuar reemplazos con españoles, tal como fue previsto en el Reglamento, se utilizaron criollos con este fin. El precedente había sido sentado, hacía más de siglo y medio, por el gobernador Riva Agüero, al admitir temporalmente los hijos del país al servicio militar. La ocasión de utilizar puertorriqueños en mayor número había de presentarse en 1788, cuando se ordenó se destinaran a La Habana los hombres del Regimiento de Nápoles que estaban sirviendo en el Fijo de San Juan. Quedó éste tan mermado, que el 1.º de octubre de 1790 (363), ordenó Carlos IV su reorganización, dando entrada en él a los hijos del país. El real gesto cristalizaba el sentimiento de confianza que inspiraba a la Corona la lealtad y el valor de los puertorriqueños. Sin embargo, es muy significativo el hecho de que, en ese mismo año, se enviara a San Juan un regimiento español completo, el *Canabria*, con 1.366 veteranos. En 1795 se creó, por real orden, el tercer batallón del Fijo, quedando entonces fijada la guarnición en 2.063 hombres de infantería, más la brigada de artillería.

El regimiento justificó ampliamente, durante los veinticinco años de su existencia, la confianza que había depositado Carlos IV en los hijos del país: jugó un papel importante en la defensa de la ciudad durante el asedio británico de 1797, siendo el Fijo el único regimiento de veteranos presente en aquella contienda (364); auxilió con denuedo a las tropas españolas en la reconquista de Santo Domingo (1809-1822) y en la guerra de Independencia de Venezuela, a donde fue destacado a las órdenes del general Morillo, desapareciendo lentamente en campaña, hasta quedar extinguido en 1815. Comenta al respecto Pedro Tomás de Córdoba, abogando por su restablecimiento:

Hace tres años que se estingió el Regimiento, y el mismo tiempo hace que no han cesado las quejas, los lamentos, recursos y exposiciones (de los puertorriqueños) y no cesarán hasta que se vean reintegrados a la posesión de un cuerpo que siempre vieron como el símbolo de su lealtad.

La Corona no accedió a los deseos de sus vasallos de Puerto Rico. La tea revolucionaria extendía por el Continente americano el fuego libertador. Valero, general del Ejército de los rebeldes de

---

363. V/285.

364. Es motivo de orgullo regional recordar de nuevo que en esa ocasión no participaron tropas veteranas peninsulares.

Venezuela y Colombia, nacido en Puerto Rico, agitaba ante Bolívar y Santander la idea de independizar a las Antillas españolas. En Puerto Rico comenzaba a vislumbrarse el sentimiento separatista. El patriotismo español de los puertorriqueños empezaba a mostrar síntomas de debilitamiento, alejando para siempre la posibilidad de que se restableciera el regimiento que ellos habían amado con orgullo regional.

A principios del siglo XIX, cuando se empezaron a artillar las obras exteriores fue necesario subir la dotación de artillería a 420 hombres, creándose una brigada de artillería con 230 plazas y dos compañías adicionales de artilleros segundos, o sirvientes de pieza, alistados de entre los miembros de las Milicias.

Era la pobreza imperante el obstáculo principal para dotar la Plaza de una guarnición adecuada. En 1809 las tropas estaban semidesnudas, según ciertos informes contenidos en las instrucciones de los Municipios de la Isla al diputado Power. Durante varios meses del año 1815 no pudo abonarse a la tropa ni siquiera la mitad de sus sueldos. En 1841 las cuatro compañías de artilleros y auxiliares se fundieron en un batallón con 400 hombres y oficiales.

La crisis económica se hizo tan aguda en 1818 que el gobernador don Salvador Meléndez convocó, en el mes de septiembre, una Junta de Autoridades para estudiarla y tomar el acuerdo de crear una Caja Militar, es decir, un fondo separado del caudal de Real Hacienda, que sería destinado exclusivamente al pago de los haberes de la guarnición. Las manifestaciones hechas por el capitán general, los jefes militares y funcionarios públicos que asistieron a la primera reunión de la Junta, revelaron que el regimiento de infantería de la guarnición carecía de oficiales para el servicio y que si para el siguiente día no había oficiales, el coronel del regimiento se vería obligado a entrar de guardia; que no se podía responder en semejante conflicto de la seguridad del territorio; que la Plaza estaba reducida a menos de la mitad de la guarnición que le correspondía en tiempo de paz; que el recinto se hallaba abandonado y «todo caminando a su ruina»; que la guarnición siempre estuvo lo menos a medio haber y en ese día se le adeudaban ocho meses, no ya de sueldos, sino de aquellos pequeños abonos que se le hacía, prorrateando entre los soldados las sumas disponibles diariamente para gastos militares, que había en la Real Hacienda; que durante este año sólo se había dado a la guarnición, a cuenta de sus haberes, dos reales y dos libras de pan diarios a los oficiales subalternos, tres reales y dos libras de pan a los capitanes y un peso y cuatro libras

de pan a los jefes (comandantes, tenientes coroneles y coroneles (365).

La guarnición soportaba estas penalidades sin menoscabo de la disciplina, alentada, de cuando en cuando, por las exhortaciones del gobernador y capitán general. En realidad, no poco contribuía al estoicismo de la maltratada tropa la benignidad del clima de la Isla y su maravilloso ambiente físico, que parece embotar el filo de todas las formas de violencia. En los años 1824 y 26 el rey quiso recompensar la fidelidad y adhesión a su persona, concediendo ascensos a innumerables jefes y oficiales de la guarnición (366).

Después de mediados del siglo XIX la guarnición de la Capital se componía de un batallón de Artillería, alojado en el Cuartel de San Francisco; dos batallones de Infantería, uno en el Cuartel de Ballajá y otro repartido entre los castillos y los barracones de Puerta de Tierra, también ocupados por una compañía de Ingenieros (367).

Por real orden del 22 de abril de 1878 se fijó la guarnición de Puerto Rico en 3.571 hombres. Por otros datos puede estimarse que de ese total correspondían a la Plaza de la Capital cerca de dos mil hombres, reduciéndose en poco menos de doscientos hombres, en el 80. Dos años más tarde se hizo extensiva a la Isla la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, fechada en agosto 28 de 1878.

Poco antes de estallar la guerra Hispanoamericana la guarnición de la ciudad consistía de dos batallones permanentes de infantería, el *Alfonso XIII* y el *Patria*, con un total de 1.706 hombres, y el 12.º Batallón de artillería de Plaza, con 700 hombres. Una vez declarada la guerra se formaron, además, cuatro batallones provisionales, destacándose algunos de ellos a otras poblaciones de la Isla (368).

Además de las tropas regulares del Ejército español sirvieron en la ciudad, en distintas épocas, unidades y destacamentos de las Milicias Disciplinadas. Antes de 1741, la guarnición de San Juan estaba reforzada por dos compañías de milicias de blancos, una de pardos libres, una de morenos criollos y otra formada por esclavos prófugos procedentes de las Antillas Menores extranjeras que se habían refugiado en San Juan, solicitando que se les declarara

365. Acta de la reunión de la Junta de Autoridades celebrada en San Juan el 5 de septiembre de 1818, reproducida en I/13/113-124.

366. Vea la lista de ascensos en I/12/189 e. s.

367. CXXVII/2/s. p.

368. XXVIII/46.



libres (369). En 1759 servían dos compañías de soldados milicianos; con 164 hombres que prestaban servicios gratuitos (\*). Hasta que O'Reilly tomó a su cargo la reorganización de las Milicias, éstas eran poco menos que una legión de campesinos semidesnudos, carentes de los más elementales principios del arte militar, no mereciendo, según el mariscal, el nombre que ostentaban. Su labor reformadora fue completamente eficaz. Para resistir, como lo hicieron brillantemente, el ataque de los ingleses en 1797, se reunieron en la Capital y sus alrededores, veinte y tres compañías de milicianos de las tres armas. Una de ellas, mandada por Pedro de Córdoba estaba formada enteramente por morenos de Cangrejos. Hacia 1810 el gobernador Meléndez organizó en San Juan dos batallones de Milicias Urbanas, urgido por la alarmante situación creada en el seno antillano por la revolución de las colonias de Costa Firme. Las Milicias Disciplinadas fueron torpemente suprimidas por el gobernador Sanz en 1870, por el solo hecho de que un oficial de dicho cuerpo estuvo complicado en la asonada de Lares; la Urbana lo había sido ya en 1855.

La Milicia Urbana había sido organizada por el gobernador Gaspar de Arredondo, en 1691, asignándose a la ciudad tres compañías con 225 hombres de infantería, una de las cuales estaba formada por pardos libres, y una de caballería con veinte hombres (370). Realizó así el propósito de organizar, por primera vez, el servicio militar obligatorio en la Isla, cuya escasísima población había ya formado núcleos, fuera de la Capital en San Germán, Aguada, Arecibo, Coamo y Ponce. Como lo indica su nombre, la Milicia Urbana tenía por objeto la vigilancia y protección de esos pequeños núcleos de población. En el siglo XVIII, al aumentar la población rural de la Isla, se establecieron las Milicias Disciplinadas, conservándose el primitivo cuerpo de la Urbana.

## LAS ZONAS MILITARES DE LA ISLETA

De acuerdo con las *Leyes de Indias* (371), que en este punto confirmaban disposiciones militares mucho más antiguas, establecióse una faja de terreno de 300 pasos de ancho, inmediatamente

369. IV/34.

\* Memoria de Bravo de Rivero, en I/6/384.

370. XXXIII-Año 1834.

371. Revista militar efectuada en julio de 1700, en I/7/88; Ley XII del Libro 4.º, Título 7.º de la Recopilación.

detrás de las murallas de fortificación, en la cual se prohibía la construcción de casas. Llamóse a esta faja, en distintas épocas, zona estratégica o zona militar. Durante toda la duración del régimen español, las autoridades militares atendieron con celo inquebrantable a la observancia de las disposiciones que se referían a dichas zonas. Otras, de mucho mayor extensión, fueron creadas a medida que progresaba la construcción de las fortificaciones: el espacio comprendido entre las obras exteriores del recinto oriental y el puente de los Soldados se convertía en el campo de fuego de sus cañones; por idéntica razón La Puntilla entera debía ser vedada. Naturalmente, mientras el crecimiento de la ciudad intramuros era lento, la actitud del gobierno militar no chocaba con los intereses de la comunidad en general, ni de los vecinos en particular. Empezamos a encontrar referencias a las *zonas polémicas* cuando, en el siglo XIX, el área intramuros se había edificado totalmente y la ciudad pugnaba por extenderse hacia La Puntilla y Puerta de Tierra. En una ciudad en la que, como escribía Pedro Tomás de Córdoba, se podía decir «que todo es militar», el conflicto de intereses suscitado, de una parte, por la necesidad de expansión creada por el progreso, y de otra, por la necesidad de atender a la seguridad de la Plaza, hubo de asumir proporciones de lucha abierta entre ambos bandos. Poco a poco los vecinos iban invadiendo las zonas prohibidas, hasta que una real orden del 2 de noviembre de 1884 (372) obligaba a los dueños de los edificios construidos en las demarcaciones militares a demolerlos a sus expensas, si así lo exigiera el servicio del Estado, negando expresamente el derecho a reclamar indemnización o reintegro. Siguió un período de largo expedienteo y argumentación en el que los vecinos y los militares demandaban y negaban, respectivamente, las oportunidades de expansión. Uno de estos expedientes, instruido a consecuencia de una exposición hecha por la Junta de Comercio de Puerto Rico, en 1849, para que se permitiera construir edificios de mampostería en La Puntilla, fue referido a Isabel II. La reina concedió el permiso, haciendo constar, sin embargo, que la población que se forme «no ha de disminuir el valor defensivo de la Plaza» (373). Quería decir con esto S. M. que al fabricarse los edificios en la diminuta península de La Puntilla, éstos limitarían casi completamente el campo de fuego de los cañones situados en la mitad oeste del recinto sur. Tal situación requería, para poner el nuevo caserío «al abrigo de un golpe de

---

372. XXXIII-Año 1834.

373. Real orden del 23 de julio de 1849. V. el texto en I/10/63..

mano», un remedio inmediato: fortificar el extremo mismo de La Puntilla. El proyecto de dichas obras, dirigido por el Ingeniero general del Ejército, fue ejecutado el mismo año por el gobernador Pezuela. En otras partes de la ciudad, comprendidas en la zona militar, se concedieron permisos provisionales para edificar, sujetándose dicha propiedad usufructuaria a estricta reglamentación en 1851. El Estado iba vulnerando lentamente los derechos de la Municipalidad al ejido de la ciudad, con el único fin de mantener en él una servidumbre militar que respondiera a los fines del plan defensivo acordado. De acuerdo con las exigencias de dicho plan, dividióse la Isleta por una línea imaginaria que corría desde la puerta de Santiago, casi paralelamente con el camino carretero que conducía al puente de San Antonio. El espacio situado al norte de dicha línea, destinóse a campo de operaciones y ejercicios militares; el situado al sur dedicóse a la urbanización, como propiedad del Estado. En 1867 se subastaron por el Estado ciertos solares ubicados en dicha zona, sujetos a servidumbre militar, consistente en la prohibición de abrir en ellos zanjas, hacer desmontes o terraplenes, o alteración alguna en el terreno, sin el permiso de la autoridad militar, la cual se reservaba el derecho de concederlos o negarlos «según la influencia que dichos trabajos pudieran tener sobre la defensa de la Plaza», y en la obligación impuesta a los propietarios de demoler las construcciones, tal como hemos visto se decretara en 1834.

Un nuevo plan de zonas polémicas fue redactado en 1880 y aprobado por real orden del 17 de agosto del mismo año. Al año siguiente, otro decreto contenía las reglas necesarias para su cumplimiento. En 1885 se concedió autorización para utilizar un espacio para aislar variolosos, situado junto a las murallas entre los baluartes de Santa Elena y San Agustín (374). Por real orden del 6 de septiembre de 1888 se ampliaron los límites del barrio de La Puntilla hasta comprender el sitio llamado La Carbonera, situado al sur de las murallas que unían los baluartes de la Concepción y la Palma. El texto de dicha orden revela diáfanoamente el sumo cuidado que dedicaba el Ministerio de la Guerra, en Madrid, al estudio de cualquier cambio propuesto que afectara las zonas polémicas de la ciudad. Desde antes de 1888 se consideraba la conveniencia de derribar las murallas del recinto oriental y la construcción de nuevas obras de fortificación que pudieran sustituir su acción defensiva.

Acerca del levantamiento de las servidumbres, véase el apartado titulado «El Derribo de ciertas Obras de Fortificación».

---

374. XXXIII-Año 1885.



## CONSERVACION DE LAS OBRAS DEFENSIVAS

Desde los viejos tiempos ha existido la creencia popular de que las fortificaciones de la ciudad son eternas como las montañas. Se les atribuía el poder de resistir indefinidamente la acción destructora del tiempo. Lo cierto es que los agentes desintegradores jamás cesan en su tarea: desde la acción erosiva del aire y de la lluvia, en todas las gradaciones de su intensidad, hasta la acción demolidora del huracán y del terremoto. No participaba el Gobierno de las infundadas creencias de los profanos. Por el contrario, en la lejana fecha de cuatro de julio de 1718, ya se había aprobado un reglamento para la conservación de las fortificaciones y edificios militares, prescribiendo detalladamente el modo de hacer las reparaciones. De las palabras que citamos a continuación puede inferirse la grave atención que merecía dicho reglamento:

Es mi ánimo, decía Felipe V, que el Gobernador y demás oficiales del Estado Mayor de la Plaza (*de San Juan de Puerto Rico*) el Ingeniero de ella, y los Oficiales reales, tengan cada uno un exemplar del expresado Reglamento para su observancia, en la parte que tocare á sus respectivos manejos... (\*).

Disponía luego que las reparaciones serían acordadas por la Junta de Hacienda, compuesta por el gobernador y los oficiales reales, previo reconocimiento practicado por el ingeniero de la Plaza, confirmado por un segundo examen practicado por dicho funcionario, acompañado por «los Alarifes o Carpinteros, para que a punto fijo declaren, si es preciso, ó no el reparo que hubiere manifestado» (\*\*).

Veamos ahora cómo la previsión de los reglamentistas fue justificada por los hechos.

El 12 de diciembre de 1760 se desplomó de improviso la vieja cortina provisional, construida en el siglo anterior, que flanqueaba en un corto trecho el reducto de San Cristóbal. Once años después ocurrió lo mismo al lienzo de muralla de la Puerta de San Juan. El terremoto de 1787 causó averías de alguna importancia a los fuertes, derribó las murallas que cerraban la playa de los Caves,

---

\* *Real Reglamento del Presidio de Puerto Rico*, año 1741, artículo 76.

\*\* *Ibidem*, art. 78.

situada entre el Morro y La Fortaleza (\*), y agrietó las paredes de San Gerónimo, que estaba entonces siendo reconstruido.

El trabajo de reparación y conservación de los fuertes y murallas sólo cesaba cuando la penuria del Tesoro lo exigía. En diversos períodos de la historia de la ciudad transcurrieron largos años en los que las fortificaciones permanecieron prácticamente abandonadas.

Refiriéndose a la fortaleza del Morro, escribe el gobernador Novoa y Moscoso al rey, en 1680 :

...y no siendo razon dexarla, como se ha dejado mas de cincuenta años, en que no se ha puesto piedra, ni palada de cal, como lo mostraban sus ruinas, lo ha sido y va rapando... (375).

En otras ocasiones el clamor de los gobernadores movía a la Corona a la acción, y los medios eran facilitados. Cuando no los eran, incumbía a ellos, por patriotismo, intentar subsanar la omisión. En el siglo XVIII el Tribunal de Hacienda actuaba, en cierto modo, como un centro encargado de determinar la propiedad y urgencia de las erogaciones de los fondos públicos. Siendo considerada la conservación de los fuertes como de vital importancia, es de suponerse que desde que dicho tribunal fue creado, se atendió con regularidad a la tarea de proveer los fondos para tal objeto.

En 1796 el gobernador Castro hizo llevar a cabo una reparación general de las líneas defensivas en espera del ataque de Abercromby. Al año siguiente fue reparada la avería ocasionada por la explosión de una bomba que derribó tres bóvedas del Morro.

El 11 de noviembre de 1808 se derrumbó, por efecto de la acción destructora del tiempo, parte de la cortina de San Juan. En 1835 fue restaurado el polvorín de Miraflores, cuya techumbre había sido inutilizada por los ciclones y por el efecto de la humedad en la vigería. Años después, en el 67, los temblores del mes de noviembre averiaron seriamente el cuartel de Santo Domingo, teniendo que ser reparado.

---

\* Esta misma cortina, por estar cimentada en los terrenos blandos de una playa, sufrió derrumbes durante la voladura de rocas en el Canal del puerto, operaciones incidentales a la obra de profundizar dicho canal que se llevó a cabo en el primero y segundo cuartos del siglo XX. La cortina fue totalmente reconstruida de hormigón armado durante la restauración de las fortificaciones realizadas, gracias a las gestiones del historiador militar norteamericano coronel John W. Wright, entre los años 1937 a 1940.

375. Reproducida en 1/3/271 e. s.

## EL DERRIBO DE CIERTAS OBRAS DE FORTIFICACION

Más o menos durante doscientos cincuenta años las murallas de la ciudad permanecieron intactas, salvo aquellos derrumbes ocurridos por causas naturales de que hemos escrito en las páginas anteriores.

La agitación pública a favor de realizar modificaciones en las obras militares, por razones de conveniencia para la población civil, empezó hacia el último tercio del siglo XIX. Ya hemos visto cómo el progreso comercial exigía la apertura de una nueva puerta en el recinto sur. En 1879 se instruyó un expediente para derribar la primera tronera del baluarte de San Francisco de Paula y una parte del muro oriental de la batería que miraba a la carretera central, aprobándose por real orden del 2 de agosto de 1883. Dichas obras impedían la comunicación rápida entre el barrio de la Marina, el muelle y los suburbios de Puerta de Tierra y Santurce. La solicitud que motivó la instrucción de este expediente, apoyada por una vigorosa campaña de la Prensa local, inició la prolongada lucha de los vecinos de la ciudad encaminada a obtener la necesaria autorización para derribar las murallas, revellines, baluartes y otras obras situadas entre el castillo de San Cristóbal y la puerta de España. Las pretensiones del vecindario eran sometidas a detenido estudio en los ministerios de Ultramar y de Guerra y en la oficina del Ingeniero general del Ejército, en Madrid, luego de exigir informes prolijos de las autoridades locales. Examinábase y pesábase la cuestión, en sus implicaciones políticas, militares y económicas, en un dilatado expedienteo que duró cerca de veinte años.

Por fin, en 1894 obtuvo el gobernador Dabán autorización para derribar la puerta de San Justo, y el 27 de abril de 1897 la reina aprobó el plan de ensanche de la ciudad, cuya realización exigía el derribo de algunas fortificaciones, con arreglo a las bases siguientes:

«1.º El Ramo de Guerra entregará al Ayuntamiento de San Juan para que proceda a su derribo, en la parte que necesite, el recinto fortificado de dicha plaza, desde el baluarte de San Justo, siguiendo hacia el Este, los de San Pedro Mártir, el de Santiago y la parte de cortina marcada con los números 11 y 12 en el plano formado con fecha 30 de septiembre último por el Comandante General de Ingenieros de la Isla, incluso la media luna de Santiago, camino cubierto y accesorios, con los caminos de servicio, fosos, rampas, puentes y terrenos ocupados por dicho recinto. 2.º Se entregará a la Hacienda para su venta el espacio Y de dicho plano en la zona del recinto Este y venderá la ya entregada X del plano,

para formar los solares del ensanche. 3.º En el barrio de la Marina se venderán en pública subasta por la Hacienda los terrenos reservados a Guerra, excepción hecha del almacén de materiales de Ingenieros militares y de la batería de Santo Toribio. 4.º El producto de la venta de estos terrenos se depositará en el Tesoro con destino exclusivo a las fortificaciones y edificios del Ramo de Guerra. 5.º El terreno comprendido entre la primera y segunda línea avanzada, en parte entregado a la Hacienda en mil ochocientos sesenta y siete, volverá a ser de Guerra, exceptuando lo adquirido por el Ayuntamiento. 6.º El ramo de Guerra se hará de nuevo cargo del solar destinado a Jardín del Ayuntamiento situado al pie de la escarpa de la cortina 7-8 baluarte de la Palma 7 y derecha de San Justo 8. 7.º El Ayuntamiento de San Juan desalojará el baluarte de Santa Rosa que sólo ocupa provisionalmente con un hospital de variolosos, estableciéndolo en otro solar de su propiedad. 8.º De los terrenos procedentes de la demolición y de los vendidos se cederán gratuitamente al Ayuntamiento los necesarios a calles y vías públicas, con arreglo al plano de ensanche. 9.º Los materiales utilizables procedentes del derribo continuarán siendo propiedad del Estado y se utilizarán en las obras que están a cargo de los Ingenieros militares. 10.º Cuantos gastos origine el derribo serán de cuenta de la Corporación municipal. 11.º Como con las obras proyectadas y ya ejecutadas quedan batidos convenientemente los aproches de la plaza, una vez artilladas las baterías de costa se procederá al derribo y venta de terrenos en las zonas del fuerte Este, hasta la segunda línea avanzada y terrenos de la Marina. 12.º En proporción al adelanto de las obras proyectadas en la primera línea avanzada y de acuerdo con el ramo de Guerra, pero nunca antes de artillarse el Escambrón y la primera línea avanzada se levantarán las servidumbres que pesan sobre la primera, segunda y tercera zona del recinto Este, hasta la segunda línea avanzada; quedando desde luego suprimidas las prohibiciones y limitaciones que para construir en dichas zonas polémicas se hallan establecidas. 13.º Aunque se verifique el derribo, subsistirán la primera y segunda zona de la primera línea y de las baterías de San Antonio y fuerte de San Gerónimo, aprobadas por Real orden de 5 de mayo de 1881, no permitiéndose en ellas edificación alguna, según dispuso la Real orden de diez y nueve de Septiembre de 1894. 14.º Antes de proceder al derribo, la Junta de Autoridades nombrará una Comisión de que formarán parte el Comandante de Ingenieros de la Plaza, el Arquitecto del Estado y el del Municipio y el personal competente que dicha Junta considere necesario para marcar sobre el

terreno con hitos bien visibles las calles, plazas y terrenos para jardines que se entregan al Ayuntamiento para vía pública, y todas las manzanas que la Hacienda ha de vender en pública subasta en todos los barrios y zonas del ensanche, ya procedan de los terrenos que ahora se le entregan, ya de los entregados en épocas anteriores, así como los reservados a Guerra; redactando dicha Comisión una Memoria, donde conste la situación, linderos, superficie exacta y valor aproximado de dichas manzanas, con objeto de que el Gobernador General de la Isla tenga reunidos todos los datos referentes al ensanche» (\*).

La aprobación despertó singular entusiasmo en todas las clases sociales. Proyectóse primeramente construir un parque en parte del espacio que ocupaban los muros y baluartes. Los jóvenes y señoritas de la buena sociedad ofrecieron sus servicios gratuitamente para coadyuvar a la obra demolidora. Los primeros, en número de doscientos, organizaron diecinueve brigadas de honor que bautizaron con los nombres de *Ortega, Lealtad, Rey, Reina, Regente, Colón, Matilde, Pura* (en honor de la hija del gobernador), etcétera. Proveyéndose de palas y picos en la Casa Consistorial, uniformándose con un ancho sombrero de jipi-japa y una camisola (bajo la cual las tendencias aristocráticas de aquel tiempo imponían, con el menor pretexto, el rígido cuello postizo, o permitieron el uso de un fino pañuelo anudado a la garganta). Las señoritas, por su parte, formando grupos de aguadoras, acudieron, amables y solícitas, en sus primaverales *toilettes*, provistas de lindas canastillas, adornadas con flores y lazos, a mitigar la sed y a ofrecer delicado sustento a aquellos jóvenes obreros del civismo. Colocóse la primera brigada bajo la dirección de la señorita Pura Marín y de León, primogénita del gobernador Marín. Improvisóse un campamento de tiendas de campaña a lo largo de la calle de San Francisco, frente a la plaza de Colón, para proteger del sol a las aguadoras.

Pareció político a las autoridades españolas de la Isla imprimir cierta solemnidad al acto de sacrificar al progreso de la ciudad un jirón del famoso Presidio de San Juan, secular exponente del poderío de España en el Nuevo Mundo. Dio comienzo la tarea el 29 de mayo de 1897, previamente declarado festivo por el gobernador Marín y anunciado al público por el alcalde, doctor José M. Marxuach (\*\*), en un ambiente que contribuían a hacer alegre un sol

\* XXXIII/mayo 14 de 1897, pág. 1, cols. 1 y 2.

\*\* Hoja suelta fechada en 27 de mayo de 1897. (Colección privada de libros y documentos de don Acisclo Marxuach).

espléndido y el esperanzado júbilo de la población. Arbolóse una hermosa bandera nacional sobre la puerta de Santiago, empavesáronse las naves ancladas en el puerto y cubriéronse de colgaduras los balcones de las residencias que circundaban la plaza de Colón. Mantenido a raya la multitud en la esquina nordeste de dicha plaza, ascendieron el terraplén que cubría la bóveda de la vetusta puerta el gobernador y capitán general Marín, el general Ortega y la comitiva oficial, para presenciar la colocación del primer cartucho de dinamita. Descendió la comitiva, despejáronse los alrededores y el gobernador hizo explotar aquella primera carga. Arremolináronse entonces al pie del terraplén las brigadas de honor y los trabajadores para comenzar la labor de remover en carretillas de mano las piedras y la tierra de la enorme obra.

No fue tarea fácil demoler una estructura que frente a la plaza de Colón tenía más de veinte varas de ancho, rellenar los fosos y contrafosos y hacer desaparecer la enorme masa del revellín de Santiago, de los baluartes y cortinas ya mencionados.

## EL ARSENAL DE LA MARINA

Cuando en 1528 se dispuso fuera aparejada en San Juan una flotilla de una nao gruesa y tres carabelas para combatir un corsario francés que asoló y quemó la villa de San Germán, se abrió uno de los primeros capítulos de la historia naval de la ciudad.

Las numerosas ventajas que ofrecía el puerto de San Juan para construir, aprovisionar y servir de base de operaciones a una armada, no fueron echadas a olvido.

El valor del puerto de San Juan, en relación con la estrategia naval española del siglo XVII, fue reconocido por la Corona en 1645, cuando se le designó como «punto de internada» de la armada de Barlovento, destinada a la vigilancia y protección de la parte oriental del mar de las Antillas (376). Deseando ampliar este servicio, en vista del incremento de la piratería en las Antillas, la Junta de Autoridades celebrada en el palacio del Duque de Medinaceli, en 1677, para entender en asuntos de las Indias, propuso el establecimiento de sendos apostaderos en los puertos de San Juan de Puerto Rico, Cartagena, Puertobelo y Vera Cruz, a cada uno de los cuales se destinarían dos fragatas de no más de 150 toneladas y dos buques auxiliares.

Imponíase a las naves de estos apostaderos la obligación de patrullar determinados sectores de las costas, hasta cubrir todo el seno antillano, correspondiendo a los buques del apostadero de San Juan la vigilancia de todas las islas de Barlovento y las costas de tierra firme bañadas por el Caribe, desde la punta de Araya, en Cumaná, hasta el puerto de Cartagena (377). Insistía uno de los miembros de la Junta, don Diego de Portugal, en que las fragatas que se apostaran en San Juan y en Cartagena tuvieran 300 toneladas, cada una, para que pudiesen hacer frente a las naves enemigas de alto bordo. Es de notarse que esta disposición hacía resaltar una vez más la importancia militar de los dos puertos en que descansaba la defensa del Istmo de Panamá por el lado del Atlántico.

Ordenóse en 1794 que los buques de guerra destinados a San Juan, y otros puertos de la Isla, fueran socorridos por la Real Hacienda. Dos años antes la Junta de generales de Indias había acordado confiar la defensa naval de la Plaza a una flotilla de treinta pequeñas embarcaciones de muy poco calado, montando un total de cuarenta piezas, compuesta de las unidades siguientes:

- 8 lanchas cañoneras, con una pieza de a 24 lbs. cada una.
- 6 lanchas obuseras, con una pieza de a 24 lbs. cada una.
- 4 lanchas bombarderas, con un mortero de a 24 lbs. cada una.
- 6 botes de auxilio, con obuses de a 6 lbs. cada uno.
- 2 gánguiles, con 4 cañones de a 8 lbs. cada uno.
- 4 lanchas parapetadas, con 2 cañones de a 8 lbs. cada una (\*).

Todas estas embarcaciones deberían ser expresamente construidas para que pudieran internarse en los «caños» (canales) y deslizarse por entre los manglares de la bahía de San Juan, razón por la cual se les dio el nombre de *fuerza sutil*. Su misión principal consistiría en estorbar el paso de tropas enemigas que intentaren llegar a la Isleta, a través del caño de San Antonio o de la ensenada del Condado. También jugarían un papel importante en obstaculizar operaciones enemigas en la ensenada e Isleta de Miraflores. Ya hemos visto en páginas anteriores que estas fuerzas prestaron excelentes servicios durante el sitio de Abercromby. Fue, sin duda, por esta razón que la Junta de Guerra de 1818 acordó elevar a 46 el número de piezas de artillería de la fuerza sutil y a 52 el de sus pontones y lanchones de transporte, fuerzas que requerían un per-

377. Biblioteca Nacional, Madrid, Manuscrito de Indias 1-126, reproducida en parte en I/3/217.

\* Plan de Defensa aprobado en 1792.

sonal de 936 marineros y artilleros (\*). Habiendo desaparecido casi por completo hacia el fin del primer cuarto del siglo XIX, fueron reorganizados por el gobernador Latorre, formando una flotilla compuesta por una goleta, doce lanchas y algunos botes y falúas, contruidos en el Arsenal.

Decidiéndose a fines del siglo XVIII que el apostadero naval fuera un establecimiento permanente, necesario, entre otras razones, para la construcción y conservación de las fuerzas sutiles, construyóse en 1800 el edificio del Arsenal, situado en La Puntilla, ampliándose en 1825 con un tinglado, cuerpo de guardia, un muelle saliente y una espaciosa cisterna (378). Fue embellecida la fachada principal con una hermosa portada, coronada con el escudo nacional, cuyo friso, sostenido por cuatro columnas, estaba exornado con los signos del Zodíaco. En 1845 contaba el Arsenal con importantes auxeos: amplios almacenes, talleres de construcción, casas para empleados, cuadras para la dotación, cocinas y tinglados para útiles.

Sin embargo, durante los tormentosos años del primer cuarto del siglo XIX, disponía el gobierno a menudo de los buques asignados a San Juan para operaciones en costa firme, o en otros lugares levantados en armas contra España. En 1818 aconsejaba Pedro Tomás de Córdoba (379) se destinaran a San Juan un bergantín y dos goletas de guerra para combatir el contrabando activísimo que se realizaba en aquella época por «infinitos puntos» de la costa. Proponía que las tripulaciones se alistaran de la matrícula del país; que las naves se construyeran en él, pues con las magníficas maderas de sus bosques podían construirse anualmente dos buques de guerra, aun de gran tamaño, como corbetas y fragatas.

El sabio consejo fue desoído, privándose así al país de la oportunidad de desarrollar una industria transformadora de sus ricas materias primas, recurso entonces, como hoy, esencial para el progreso económico de la Isla.

Conservóse el Arsenal hasta el cambio de soberanía. En 1897 su dotación consistía de 339 hombres, entre oficiales, números de infantería de marina, maquinistas y marineros.

---

\* *Informe de la Comisión nombrada por la Junta de Guerra en 9 de octubre de 1818, incluido en el informe de Juan Margello al Comisionado Regio don Juan Bautista Topete. Año 1839.*

378. P. T. de Córdoba en I/9/23.

379. *Primera Memoria*, reproducida en I/4/164 e. s. V. pág. 181.



## INSTRUCCION DE OFICIALES EN SAN JUAN

Desde la reorganización militar de la Isla, en el último tercio del siglo XVIII, permitiéndose a un corto número de jóvenes, escogidos preferentemente entre los hijos de jefes y oficiales del Ejército, ingresar en calidad de *soldados distinguidos*, agregados a los batallones de la guarnición de la Plaza, con el fin de cursar estudios, más prácticos que teóricos, del arma de Infantería. Luego de servir un período de seis a diez años, los jóvenes recibían el nombramiento de subtenientes, generalmente en el mismo batallón en que habían hecho su aprendizaje. En 1812 funcionaba esta escuela, considerablemente alterada, como una unidad docente y con el nombre de Academia de Caballeros Cadetes, bajo la dirección del coronel don Federico García de St. Just (\*). Sin embargo, hacia 1823 la Academia no debió contar con los servicios de un instructor, viéndose obligados los alumnos a estudiar las asignaturas no profesionales en las cátedras de aritmética y álgebra que sostenía la Sociedad Económica. Los cadetes continuaban siendo asignados a los batallones de la guarnición como soldados distinguidos. Por orden del Ministro de la Guerra, fecha 1.º de julio de 1874, creóse en la ciudad, al año siguiente, la Academia de Infantería, ideada con el doble propósito de proveer oficiales subalternos a las tropas de la guarnición y ayudar a la pobremente retribuida clase militar a educar sus hijos. Del total de dieciséis alumnos, asignáronse cuatro en calidad de soldados a cada uno de los batallones de la guarnición, reuniéndolos periódicamente en una sala del Cuartel de Ballajá para recibir la instrucción teórica. Dirigía la academia el capitán general de la Isla, asistido por el comandante del batallón que estuviera alojado en el mencionado cuartel, siendo don Manuel Cortés de Bernabe uno de los primeros oficiales en desempeñar el cargo de subdirector. Consistía el auxilio acordado a los hijos de militares en que se les pensionaba, mediante examen por oposición; se les permitía ingresar a la Academia al cumplir los catorce años (dos años antes que a los hijos de los paisanos); y se les concedía dos terceras partes de las plazas, o sea diez, asignándose las seis restantes a los hijos de los civiles (\*\*).

\* V. su hoja de servicios, en V/142.

\*\* Pagábanse 30, 22 1/2 y 15 pesos mensuales, respectivamente, a los hijos de militares muertos en campaña, a los hijos legítimos de jefes y oficiales del Ejército y la Armada y a los de oficiales generales, en la proporción de dos, siete y uno, para cada una de estas clases. (XXIX/71-72).

Comprendía el plan de estudios, dividido en tres años, las asignaturas siguientes:

*Preparación académica.* — Algebra, geometría (elemental y descriptiva), trigonometría rectilínea, nociones de psicología, lógica y ética; historia de España; elementos de cosmografía; nociones de física y química; dibujo lineal y francés.

*Preparación profesional.* — Ordenanzas militares; reglamentos de contabilidad militar y tácticos (para la instrucción del soldado); la compañía, la guerrilla, el batallón y la brigada; topografía (teórica y gráfica); geografía histórico-militar de España y Portugal; fortificación de campaña y nociones de la permanente; arte de la guerra; armas portátiles y principios de balística; procedimientos jurídico-militares; táctica superior, nociones de artillería e instrucción práctica del artillero.

*Preparación física.* — Gimnasia, esgrima y equitación (\*).

Los graduados eran inmediatamente propuestos para ascensos a alférez de infantería, hubiera o no vacantes de esta clase. En virtud de una real orden, se reorganizó la Academia de Infantería en 1885 con el objeto de unificar su plan de estudios y régimen de enseñanza con el de la Academia general militar de Toledo, a fin de, según reza la orden en cuestión, «fundir en un mismo espíritu» a los alumnos de ambas, disponiéndose, además, que los alumnos de la Academia de Puerto Rico (así como los de Cuba) que aprobaran los dos primeros cursos pasarían a la de Toledo, en clase de internos, a estudiar el curso preparatorio para el ingreso en una de las academias de la Península, la de aplicación, de Estado Mayor, Artillería, Ingenieros o Caballería, o el tercer año de Infantería. Después de ascender a oficiales, exigiáseles servir dos años, por lo menos, en el Ejército de la Península (\*\*). Funcionó la Academia de Infantería durante veintitrés años, clausurándose honrosamente en 1898, el 12 de mayo de cuyo año sus alumnos se distinguieron por su valor y serenidad mientras el almirante Sampson bombardeaba sus cuarteles. La instrucción militar del país era suplementada por los centros de enseñanza militar de España, asignándose cuatro plazas a los hijos del país, en 1890, para la Academia General Militar, número que se

\* XXIX/72/73, y doctor Gabriel Ferrer Hernández, op. cit., págs. 102-105.

\*\* Domingo Arecco y Torres: *Recopilación de Disposiciones Oficiales*, tomo I. Mayagüez, 1889. V. págs. 7-8.

elevó a doce en 1892. Un año después fueron concedidas tres plazas para la Academia de Ingenieros y administración Militar.

## LA INSTRUCCION DEL SOLDADO

No fue hasta el siglo XVIII que se hizo un esfuerzo por mantener la guarnición de la ciudad en un estado de instrucción y disciplina comparable con el que se había logrado impartir a las tropas de la Península. En el Reglamento de 1741 se dispone que se imparta instrucción teórica y práctica a los artilleros, y añade que el gobernador dispondrá que :

...un día cada mes se disparen tres tiros al blanco con una de las piezas medianas que huviere en la Plaza, y con la pólvora mas deteriorada que se hallare en ella, mandando que cada uno de los Artilleros apunte la pieza que se huviere de disparar en presencia de sus oficiales (*quienes los instruirian al respecto*) (\*).

Ordena luego el rey que, de cuatro en cuatro meses, dispare un tiro al blanco cada uno de los artilleros, asignando a los tiradores premios de diez a dos pesos, en orden de mérito.

La patente insuficiencia de tales ejercicios (aun habiéndose usado buena pólvora en vez de la deteriorada) no fue motivo para que se tratara de corregir, probablemente por falta de medios, tan deplorable situación. Ciento cincuenta y siete años después, el capitán Rivero aseguraba, a guisa de explicación por la ineffectividad del fuego de las baterías de la Plaza contra la flotilla de Sampson que la bombardeaba, que los artilleros jamás habían hecho ejercicios de tiro con los cañones que habían en aquella ocasión disparado.

En 1845 instalóse en el Asilo de Beneficencia, bajo la dirección del teniente Antonio Tomás, la Escuela Central para impartir la instrucción elemental a veinte soldados de cada uno de los regimientos (o sus fracciones) que servían en la ciudad. Desde el 40 funcionaba una escuela de primeras letras para los artilleros de la Plaza, con un haber anual de 183 pesos (\*\*).

\* Art. 66.

\*\* J. O.; *Memoria sobre el estado actual de la Fortificación*, etc., año 1839.



## TERCERA PARTE



## CAPITULO V

### EL GOBIERNO DE LA CIUDAD.—ECONOMIA Y HACIENDA PUBLICA.—EL COMERCIO.—LA MONEDA

#### EL GOBIERNO DE LA CIUDAD

La institución del Consejo Municipal o Ayuntamiento, trasplantada de España a Caparra en 1509, fue restablecida inmediatamente en el nuevo asiento de la Isleta. En el año 1511 se logró asegurar la ingerencia continua de un representante de la Corona en los asuntos municipales mediante el simple expediente de nombrar a Juan Ponce de León regidor perpetuo del Consejo de la villa de Caparra, titulada entonces Ciudad de Puerto Rico. No satisfizo a la Corona el hecho de que los oficiales reales fueran, como diríamos en nuestros días, miembros *ex officio* de la Corporación.

Para poder apreciar justamente el proceso de la iniciación y desarrollo de la institución municipal en Puerto Rico, parece indispensable tener en cuenta no solamente la naturaleza del régimen de gobierno metropolitico que imperaba en los tiempos de la colonización, sí que las condiciones, la calidad y cantidad de la población, cultura, extensión territorial, vías de comunicación, aislamiento geográfico y otros factores íntimamente relacionados con el estado selvático de una isla que empezaba a ser sometida al régimen español. Desde los primeros tiempos se advierte en las crónicas cierta confusión de las funciones municipales e insulares. Con frecuencia se utilizaban funcionarios municipales para ejercer funciones propias del gobierno insular. Francisco de Lizaur, nombrado por Ponce de León contador del Ayuntamiento de Caparra en 1509, es dos años después utilizado por la Corona para instituir las Reales Cajas, la oficina destinada a la administración de sus bienes en la Isla y origen

del centro en que había de expandirse, siglos después, el Departamento de Hacienda insular. A menudo vemos al gobernador desempeñando atribuciones puramente concejiles. Desempeñaba atribuciones policíacas, haciendo cumplir las ordenanzas, reparando las calles y plazas, castigando personalmente a los blasfemos, velando por la moral pública y hasta actuando, a veces, como un inspector de Pesas y Medidas, como cuando supervigilaba el pesado de las carnes en la carnicería de la ciudad. La razón es obvia: había muy poco que gobernar fuera de la pequeña comunidad urbana. Primero, un puñado de españoles agrupados en un rincón del término municipal de una villa enclavada en la jungla; después, dos o tres agrupaciones dispersas por la Isla. No es de extrañarse que los alcaldes se tomaran, a su vez, atribuciones propias del gobernador. Es posible que tal situación sugiriera a la Corona la conveniencia de confiar a ellos el gobierno de la Isla.

El Ayuntamiento o Cabildo secular de la Ciudad de San Juan componíase, en 1551, de dos alcaldes ordinarios, dos de la Santa Hermandad (encargados de velar por el orden público, teniendo autoridad para castigar delitos leves), cinco regidores perpetuos y un escribano. Presidía el gobernador las reuniones del Cabildo. Aunque no lo hemos podido comprobar, es muy posible que para esta época formara también parte del cabildo un procurador, ya que los había antes de dicha fecha, correspondiéndoles promover los intereses de la comunidad, tanto localmente como ante la Corte.

En el siglo siguiente la composición del Cabildo fue aumentada a diez regidores, un alguacil mayor y un álferez mayor, el abanderado de la milicia de la ciudad; un depositario general, que llevaba las cuentas de ingresos y egresos de los caudales y granos; un procurador, síndico general, quien, además de ejercer las funciones del procurador, actuaba como una especie de abogado de la ciudad, representándola cuando sus derechos eran invadidos y elevando quejas por los agravios que se le hicieran; un fiel ejecutor, que era un regidor encargado de asistir al repeso de las carnes, granos u otros comestibles y mercancía de expendio público; un mayordomo de propios, que administraba los fondos municipales, y un escribano (380).

En el siglo XVI los regidores o concejales eran elegidos por los vecinos; los alcaldes por los regidores, durante el término de un año. Como los gobernadores estaban sujetos a ser residenciados (381).

Cuando se declararon comprables en América los cargos de re-

---

380. II/452.

381. II/179.



gidores, tesorero, alguacil mayor y fiel ejecutor, la ciudad de San Juan no quedó exenta de la viciosa práctica. Las atribuciones de los alcaldes ordinarios fueron ampliadas por Carlos V, desde 1537 a 1544, cuando ordenó que los partidos de Puerto Rico y San Germán fueran regidos por los respectivos alcaldes ordinarios de la ciudad y villa de dichos partidos (382). Es así como, en el siglo XVI, los alcaldes de San Juan y San Germán actuaron de gobernadores de la Isla. El gobierno de estos funcionarios no fue satisfactorio, a pesar de que sólo actuaban por un año, quejándose los oficiales reales de que los alcaldes no cooperaban con ellos, que no se cumplían las ordenanzas y de que todo andaba «como entre compadres»; puesto que, siendo los alcaldes-gobernadores hechura de los regidores, quedaba de hecho establecido el compadrazgo político entre éstos y aquéllos. En 1542 los vecinos solicitaron que el gobierno fuera ejercido por el Ayuntamiento. Al año siguiente el obispo Bastidas censuraba el régimen, asegurando que los regidores estaban divididos, de lo que resultaba haber «grandes pasiones sobre el nombramiento de Alcaldes». Y cierra el párrafo con reveladora impaciencia: «venga gobernador» (383).

En el siglo XVIII subsistían los cargos de alcaldes, dos ordinarios y dos de la Santa Hermandad, doce regidores, el procurador síndico general y los otros ya mencionados, habiéndose agregado dos maceiros en el 1770, época caracterizada por el formalismo oficial (384).

Acostumbrábase encomendar a los regidores de las distintas actividades ordinarias del gobierno municipal. En 1822 éstas se agrupaban como sigue, encargándose cada uno de los doce regidores de una o varias de ellas: alumbrado y cárcel pública; carnicería y vacuna; redacción de las ordenanzas; policía de «salubridad y comodidad» de los cuatro barrios en que estaba dividida la ciudad (San Juan, San Francisco, Santo Domingo, Santa Bárbara y un sub-barrio, la Marina); obras en el Ayuntamiento; inspección de las escuelas de primeras letras; festividades municipales; custodia y conservación del archivo; administración de fondos de propios y autenticación de libramientos; vigilancia de los pueblos del partido y administración de correos terrestres. A principios de siglo había aprobado Carlos IV el nombramiento de un regidor que actuaría como Padre-general de menores y defensor de huérfanos, cargo de carácter filantrópico destinado a ofrecer protección a los niños desvalidos de la

---

382. Cédula de enero 2 de 1537, reproducida en I/8/146.

383. II/327.

384. IV/7.

ciudad (\*). El personal del ayuntamiento incluía, además, cuatro comisarios de barrio, tres alarifes (maestros de obras) y contrastes, dos de los primeros para albañilería y carpintería y uno de los segundos para platería. Un número de jueces de hecho se turnaban en la censura de la Prensa y en la determinación de las violaciones de la mal llamada Ley de libertad de Imprenta. En virtud del crecimiento y progreso de la comunidad, aumentaba y se diversificaban las actividades edilicias. A las ya enumeradas, agregáronse, hacia 1840, las de conservación de calles y del paseo de Puerta de Tierra, la administración del teatro y de la lotería municipal y la creación de una Junta de Subasta. Por este tiempo el gobernador López de Baños reglamentó la expedición de pasaportes por los alcaldes para viajar por la Isla. Exigió que en la forma impresa que se usaba al efecto se expresara si el viajero iba a pie o a caballo, si conducía carga y que se describiera la montura. Si el viajero cambiaba de caballo en el tránsito, el alcalde del pueblo donde esto ocurría debía hacerlo constar en el pasaporte, dando las señas de la nueva montura. Quería López de Baños que los ojos del gobierno no se apartaran un sólo instante de los súbditos isleños, por humildes que éstos fueran. En 1848 el gobierno exceptuó a los concejales del servicio de patrullas, guardias y bagajes, que venían prestando en virtud de una antiquísima disposición. El servicio de patrullas nocturnas para proteger la propiedad se había hecho, hasta esa fecha, bajo la dirección de los alcaldes por turno riguroso, quienes nombraban entre los vecinos un comandante de la ronda (385).

El gobernador Méndez de Vigo distribuyó, en 1842, los cargos que habían de desempeñar los alcaldes de la ciudad, asignando al alcalde primero la obligación de presidir las sesiones del Ayuntamiento, de la Junta de partido de enseñanza pública y la Comisión de la Casa de Beneficencia; representarlo en actos públicos y atender a la correspondencia con todas las ramas del gobierno. Al alcalde segundo correspondía, además de la supervisión de ciertos servicios municipales corrientes, intervenir en los sumarios civiles y en los juicios verbales y de conciliación; tocando al alcalde tercero encargarse de todas las demandas, requisitorias, bandos, conducción de presos y de varios servicios administrativos.

Por espacio de dos años escasos (1812-1814) funcionó el Ayuntamiento constitucional, suprimiéndolo Fernando VII y sustituyéndolo temporalmente por los alcaldes ordinarios, regidores y demás

---

\* R. C. N.º 791 de 10 de marzo de 1803.

385. Circular N.º 56 del gobernador Méndez de Vigo, año 1841.

capitulares que cesaron al instaurarse el régimen constitucional, si estaban libres de tacha legal y de opiniones subversivas (\*).

Deseando la Corona mejorar la administración de justicia en la Isla, decretó (real cédula de 10 de agosto de 1815) se crearan los alcaldes mayores letrados, o justicias mayores, suprimiéndoles al año siguiente y sustituyéndolos por alcaldes reales. Al cesar de nuevo, en 1823, los Ayuntamientos constitucionales que habían sido instalados en 1820 por elección parroquial, restableciéronse los antiguos cabildos. Ocho años más tarde se llevó a cabo una reorganización municipal, creándose el cargo de alcalde mayor subdelegado de Real Hacienda. Esta disposición amplió considerablemente, desde el punto de vista de la Corona, las atribuciones y el prestigio del cargo, equiparándolo, en cuanto a sus funciones como delegados de Real Hacienda se refiere, con el cargo de intendente de Nueva España. Investióronse con facultades judiciales, actuando como jueces sujetos a la Real Audiencia; con atribuciones políticas administrativas, actuando en el primer caso como gobernadores subalternos bajo la dirección del gobernador de la Isla, y en el segundo, sirviendo como subdelegados de Real Hacienda, con sujeción al intendente. Al mismo tiempo, se ordenó que los alcaldes de las villas y el de la Capital cesaran en el ejercicio de la jurisdicción contenciosa, pasándose ésta al gobernador y a su asesor. Los alcaldes mayores subdelegados de Real Hacienda fueron nombrados por la Corona y enviados a la Isla (386).

El Ayuntamiento de la ciudad se componía, en 1832, de cuatro alcaldes, el primero, el segundo y dos de la Santa Hermandad, un síndico procurador general, un alguacil mayor, un fiel contraste, dos regidores, cuatro alcaldes de barrio, un alarife de albañilería y uno de carpintería (387). En el 36 fue agregado el cargo de contador judicial. Cinco años más tarde cesaron temporalmente los alcaldes y síndicos. Estando en gestación el proyecto de llevar a cabo una reorganización completa del régimen municipal de la Isla, el gobierno suspendió en 1845 las elecciones para concejales mientras se recibía de España la resolución definitiva sobre este particular.

El 24 de agosto de 1847 fue aprobado, en Madrid, un reglamento para la ejecución de los dos decretos de 27 de febrero de 1846 y el 31 de julio de 1847, sobre organización de los Ayuntamientos de

---

\* Volvióse a la vieja práctica de confiar el nombramiento de los alcaldes a los gobernadores, práctica sostenida por las sucesivas leyes de organización municipal, hasta el año 1897.

386. Reales órdenes de 17 y 23 de marzo de 1832, reproducidas en I/3/43-45.

387. I/11/367.

la Isla de Puerto Rico. En cuanto a la ciudad de San Juan se refiere, disponía dicho reglamento que los concejales, asociados a igual número de electores, eligieran el nuevo Ayuntamiento. Los electores eran nombrados por el gobernador, asociado a cuatro vecinos inteligentes de su elección. Al disponerse que no podrían ser nombrados electores aquellas personas que se hallaren bajo la vigilancia de las autoridades, que fueren de color, o que tuvieran intervenidos sus bienes, se mantenían en pie los prejuicios de índole política, racial y económica que habían de contribuir a neutralizar la eficacia del municipio, institución básica del Estado español. Más adelante se dispone que en la Capital podrán ser elegidos para el Ayuntamiento «los vecinos bien acomodados», a juicio de los electores.

Reservábanse, además, al gobernador los poderes y atribuciones que se enumeran a continuación: el de nombrar anualmente el alcalde y sus tenientes de entre la lista de elegidos por su orden numérico; el de nombrar los regidores y síndicos de entre los elegidos restantes; el de aprobar el nombramiento de depositario de los fondos municipales; el de presidir las sesiones del Ayuntamiento, pudiendo reemplazarlo el alcalde cuando aquél estuviere ausente; terminar los expedientes sobre la validez o nulidad de la elección de los miembros del Ayuntamiento; conceder licencia a los concejales para ausentarse de la jurisdicción de la ciudad; suspender el Ayuntamiento, o a cualquiera de los concejales, por falta grave; exigir a los alcaldes el fiel cumplimiento de sus deberes y obligaciones; autorizar al alcalde a publicar los bandos que éste estimara conveniente al ejercicio de sus atribuciones; alternar con el alcalde en la concesión o negación de permisos para toda clase de diversiones públicas, así como las funciones religiosas; aprobar los gastos y obras acordadas por el Ayuntamiento (388).

Sabido todo esto, no es de extrañarse que dicho Directorio o reglamento exigiera a los Ayuntamientos proponer al gobernador lo que conceptuaban conveniente sobre el nombramiento del secretario, escribientes y otros empleados de la Corporación; sobre la formación o reforma de las ordenanzas municipales; sobre las obras de utilidad pública que debían costearse de los fondos comunes; sobre los pleitos que considerasen conveniente entablar o sostener y hasta sobre la formación de paseos y mejoramiento de las entradas y salidas de la ciudad (389). El artículo 49 de dicho instrumento lee textualmente:

388. Ramos: *Prontuario de Disposiciones Oficiales*.

389. III/264.

No podrán acordar ni aun deliberar sobre otros asuntos que los que quedan expresados, bajo la responsabilidad inmediata del Presidente, conforme al artículo 34, ni publicar sus acuerdos sin previo permiso del Gobernador Capitán General.

Una circular del gobernador Pezuela, del año 1850, reorganizando la administración municipal, limitaba los deberes de los corregidores y alcaldes a meras atribuciones policíacas, si se exceptúa el de estimular el fomento de la agricultura; daba al gobierno el poder de nombrar los corregidores y alcaldes de las poblaciones de la Isla y los regidores de los municipios de San Juan y de las ciudades principales. No contento con semejantes medidas centralizadoras, ideó el gobierno un procedimiento, el expediente gubernativo reservado, para lograr veladamente la inmunidad de sus agentes en los municipios, los corregidores y alcaldes, mediante el cual las quejas elevadas al gobernador por la conducta oficial de dichos funcionarios, eran referidas a ellos mismos para su informe.

Hacia la segunda mitad del siglo XIX el corregidor de San Juan actuaba, como lo habían hecho los alcaldes en épocas anteriores, de juez de paz y juez local, conociendo, dentro de ciertas limitaciones, de todas aquellas cuestiones que, excediendo de 200 pesos de valor, exceptuando los negocios de comercio, fueran susceptibles de ser terminadas por avenencia de las partes; de las demandas criminales, injurias o faltas livianas, punibles con un máximo de diez pesos de multa o diez días de arresto. Incumbía, también, al corregidor proceder a formar las primeras diligencias del sumario por delitos cometidos en su distrito, arrestar al delincuente y admitir las informaciones que se le pidieran con respecto a la jurisdicción voluntaria, hasta el auto de aprobación exclusivo que debía dictarse por Juez Letrado (\*). Las facultades de los corregidores o alcaldes sufrieron mengua más tarde al crearse los juzgados municipales de primera instancia para los distritos de San Francisco y Catedral, que funcionaron hasta 1898, absorbiendo las funciones judiciales de aquéllos.

Creadas anteriormente las tenencias de alcaldía, figuraron en la Ley de Ayuntamientos de 1866, concediéndose a San Juan dos tenientes alcaldes, uno para el distrito de San Francisco y otro para el de Catedral. Abortada la elección de Ayuntamientos en 1871, el gobernador Baldrich suprimió los detestados corregidores y nombró de oficio los miembros de la corporación. Restablecido por elec-

---

\* III/268.

ción popular en 1873, fue otra vez disuelto y reorganizado por el gobernador Sanz al año siguiente.

Por efecto de una circular de la Diputación Provincial, fechada en septiembre 25 de 1873, empezó a funcionar la nueva Ley de Ayuntamientos del 13 de diciembre del año anterior, promulgada por las Cortes Constituyentes. De tendencias mucho más liberales que la anterior, como que reflejaba el ideario republicano triunfante entonces en España, esta ley establecía los ayuntamientos de elección popular. Meses después, sin embargo, en medio de la confusión política y administrativa que había dado lugar a que desfilaran por la Fortaleza seis gobernadores en el término de dos años incompletos, los suprimía, en un raptó de ira, el general Sanz, nombrando de oficio a sus sustitutos. Restituídos, quedó el de San Juan compuesto por un alcalde corregidor, diez regidores, cinco tenientes de alcalde, uno por cada uno de los cinco distritos en que se dividió el término municipal de la ciudad, y diez concejales (390). En 1890 una Junta Municipal de Asociados entendía en asuntos de índole contributiva municipal.

Para que el lector pueda formar una idea de la lentitud del progreso de las instituciones liberales en la Isla, aún en pleno siglo XIX, bastará que le informemos que en 1876 algunos vecinos de la ciudad formularon una petición solicitando que las sesiones del Cabildo fueran públicas (391). No fue hasta fines del 97 que se concedió a los Ayuntamientos la facultad de elegir a los alcaldes de entre sus concejales (\*).

El 18 de octubre de 1898, al implantarse la soberanía norteamericana en la Isla, publicó el general John R. Brooke, jefe del Departamento Militar de Puerto Rico, una orden general estableciendo el gobierno militar, el noveno apartado de la cual, leía como sigue:

Las leyes provinciales y municipales, hasta donde afectan la determinación de derechos privados, correspondientes a individuos o propiedades, serán mantenidas en todo su vigor, a menos que no resulten incompatibles con el cambio de condiciones realizado en Puerto Rico, en el cual caso podrán ser suspendidas por el jefe del Departamento. Dichas leyes serán

390. Vea los nombres de sus componentes en la Gaceta de Gobierno, 27 de septiembre, 1873.

391. VII/-Legajo de 1876.

\* Art. 56 de la Constitución Autonómica.

administradas materialmente tales como existían antes de la cesión a los Estados Unidos (392).

No obstante, los concejales del Ayuntamiento de San Juan acordaron, en sesión celebrada el mismo día, declinar sus cargos, siguiendo el ejemplo señalado por el alcalde, don Fermín Martínez Villamil, ya que habiendo terminado la soberanía de España en la Isla, terminaba la misión de ellos como concejales, en su calidad de súbditos españoles (393).

Las múltiples vicisitudes, los continuos cambios, restricciones y reorganizaciones del régimen municipal de la ciudad que hemos narrado rápidamente, muestran en alto relieve un aspecto de la lucha secular que libraron desatinadamente los dirigentes de la Metrópoli y los gobernantes de la Isla para esterilizar el germen de autonomía latente en la primordial institución representativa de las colonias de América.

El hecho de que durante algún tiempo, especialmente en el siglo XVIII, los gobernadores de la Isla juraran sus cargos ante el Cabildo de la ciudad, carece de la significación que le han atribuido algunos autores. Tales actos de naturaleza puramente ceremonial, meros arrastres de los tiempos de la colonia embrionaria, distaban mucho de significar el reconocimiento formal, por el gobernante, de la potestad comunal.

Evidentemente interesaba a la Corona rodear al Cabildo de la ciudad de cierta aureola de respetabilidad, aunque sólo fuera para utilizarla en ocasiones imprevistas, como un medio para tolerar que se remediaran localmente situaciones difíciles creadas por la muerte súbita, la venalidad o la incompetencia de algunos gobernadores. Así, en 1725, el rey autorizó al Cabildo a que procesara al gobernador Granados por delitos cometidos durante su administración, que había expirado el año anterior. La distancia a Madrid y la enorme dificultad de comunicaciones, antes de la Era del Vapor, hicieron algunas veces inaplazable la intervención del Cabildo en la solución de los problemas del gobierno de la Isla. Cuando, en el siglo XVII, el Cabildo nombró gobernadores interinos, no hizo más que valerse de un expediente para no dejar acéfala la administración insular; cuando, en raras ocasiones, algún ministro redactaba una real orden,

392. Orden general N.º 1 del Cuartel General del Departamento de Puerto Rico, reproducida en XXVIII/414 c. s.

393. Acta del 18 de octubre de 1898, libro de Actas del Ayuntamiento de San Juan, año 1898.

basándose en recomendaciones del Ayuntamiento, no hacía más que ratificar el convenio tácito de mantener la corporación como un medio regulador que se utilizaría exclusivamente a voluntad de los dirigentes en la Corte.

Según las instrucciones redactadas por el gobernador don Salvador Meléndez, en 1814, los alcaldes ordinarios quedaron reducidos a meros instrumentos de la voluntad del gobernante. No solamente los llama *delegados del gobierno*, si que dispuso dependieran inmediatamente de él, debiendo sujetarse estrictamente a las disposiciones contenidas en cualesquiera de las formas de expresión de la voluntad ejecutiva: órdenes, circulares, bandos y demás providencias, especialmente las conocidas por el nombre de bandos de policía. Exigía, además, refiriéndose sólo a aquellas disposiciones que afectaban al alcalde de la Capital, la puntual presentación anual de las cuentas de los mayordomos de fábricas o encargados de las obras municipales; prohibir la permanencia de extranjero alguno, bajo ningún pretexto, a excepción de los naturalizados, domiciliados o permitidos por el Gobierno, debiendo remitir a disposición del Gobierno a los que no satisficieran estos requisitos, así como el que les ocultara o abrigara; prohibir las tiendas de pulpería sin expreso permiso del Gobierno, válido por sólo un año, así como las que fueran tenidas por extranjeros domiciliados; llevar un registro de las tiendas que había en el término municipal; perseguir los vagos, ladrones y desertores, recayendo en el alcalde la facultad de juzgar a los ladrones; evitar la propagación de doctrinas subversivas por los emigrados de costa firme; preparar y remitir al Gobierno un informe anual de la riqueza y producción de su partido y un censo de población; llevar un libro de aquellas multas cuyo importe debía ingresar en Real Tesorería; pedir licencia al gobierno, para separarse del territorio de su jurisdicción; participar al Gobierno, cuando ocurriera la necesidad, de reunir al pueblo extraordinariamente; prohibir las galleras en despoblado; sujetarse a la autoridad del intendente para todo asunto relativo a Real Hacienda; informar al Gobierno acerca de las novedades de toda índole que ocurrieran (394).

## ECONOMIA Y HACIENDA PUBLICA

Al referirnos al régimen contributivo en boga durante el siglo XVI, hemos necesariamente de tratar acerca de aquellos impues-

---

394. Instrucción a los alcaldes ordinarios, fechada el 22 de octubre de 1814. Reproducida en 1/13/309 c. s.



tos y tributos que pesaban sobre la población de la ciudad, aunque no fueran precisamente de índole municipal. Durante un largo período de tiempo los fondos municipales eran tan escasos que con frecuencia los funcionarios reales y capitulares afirmaban que la ciudad no tenía *propios* (395). Véase obligada la Corona, de cuando en cuando, a ceder el producto de algunos de sus tributos a la ciudad para que ella pudiera atender a las necesidades más apremiantes. Por otro lado, el cuadro de economía del siglo sería incompleto si borraríamos de él cuanto atañe a aquellas fuentes de ingresos, que siendo del Estado, o de la Iglesia, pesaban sobre todos los habitantes de la Isla. Cuéntanse entre éstos los diezmos y primicias, las penas de cámara, los derechos de rescate, el almojarifazgo, la alcabala, la capitación de dos ducados por la introducción de indios procedentes de otras Antillas.

Llamábase *diezmos* al tributo de la décima parte de los frutos que pagan los fieles a la Iglesia, y *primicias* al tributo de media fanega pagada al cosechar frutos en cantidad de seis fanegas en adelante. Habiendo cedido estos tributos a la Corona el papa Alejandro VI en 1501, a condición de que fueran invertidos en el sostenimiento y propagación de la fe católica en el Nuevo Mundo, los Reyes Católicos pactaron con el obispo Manso la aplicación de los diezmos a la Iglesia de Puerto Rico, con excepción de los del oro, plata, perlas y piedras preciosas, los cuales ingresarían en la Real Hacienda, y los de la cal, teja y ladrillo se aplicarían a la construcción de los templos (\*). Recaudábanse en la Isla, como en otras partes de Indias, durante algunas épocas, por la Real Hacienda, y en otras partes por los cabildos, aplicándose al pago de salarios de curato, concediéndose cien castellanos anuales a cada clérigo (396). Durante el siglo XVI pagábanse los diezmos, generalmente en especie, de los granos, cereales, tubérculos, legumbres, frutos (aunque se comieran en la casa del que los cosechaba); semillas, hierbas, algodón, tabaco, caña de azúcar (una caña por cada diez cosechadas); hortalizas (cobrado por hojas); manteca, miel, cera y enjambres, animales de crianza (potrancos, muleros, borricos y becerros, corderos, cabritos y lechones), así como de las crías de las aves domésticas, aunque éstas se comieran en la casa del que las criaba. Los animales de herradura pagaban el diezmo cuando eran herrados por primera vez; los domés-

395. Los fondos propios sólo importaban 1,640 pesos en 1769; 3,032 pesos en 1775 y 16,557 pesos en 1876.

\* Constituciones Sinodales hechas por el Obispo López de Haro, edición de 1920, páginas 86-90.

396. Real Cédula de 26 de febrero de 1511, reproducida en I/2/49.

ticos y aves, cuando los polluelos abandonaban la madre; el queso, cuando se hacía, pagándose las primicias sobre este producto sólo cuando se vendía (397). Cobrábanse diezmos *corporales* sobre los ingresos procedentes del trabajo y *reales* sobre el producto de los bienes raíces. Con el nombre de décimas corporales, extendióse el diezmo a los indios concedidos en los repartimientos; pero la medida rigió durante poco tiempo, siendo objetada por los oficiales reales, alegando que si se mantenía, «se destruiría y despoblaría la isla».

De 1512 en adelante, los diezmos reales se dividían en cuatro partes, dos para la Corona y dos para la comunidad. En el mismo año los diezmos de la Iglesia fueron distribuidos por el obispo Manso, de acuerdo con el plan siguiente, que hemos reducido a porcentajes para mayor claridad: el 25 % para gastos de representación del prelado, e igual cantidad para el dean y Cabildo, repartiéndose el 50 % restante entre el rey (11,11 %), servicio parroquial de la Isla (22,22 %), construcción de iglesias parroquiales en la Isla (8,33 %), sostenimiento de los hospitales de la Isla (8,33 %). Destinó también para la construcción de la Catedral todos los diezmos tributados por el segundo contribuyente (o diezmero en orden de importancia, de la dicha iglesia) y de cada una de las demás iglesias de la Diócesis, y todos los diezmos de cal, ladrillos y tejas para dicha obra y demás iglesias de la Isla (\*). A mediados del siglo XVII fue acordado por el sínodo diocesano de San Juan que se pagara el diezmo del jenjibre y del melado, de quince uno; del casabe y del azúcar, de veinte uno; de los granos, frutos y legumbres, el ganado y aves domésticas, a razón de uno por diez. Para facilitar el cobro de los diezmos sobre ganado vacuno y caballar, se permitía pagar en dinero, valorándose los animales, de acuerdo con la demarcación geográfica convenida, como sigue: en la costa norte, desde el río Toa hasta el Loiza, a dos pesos por cada becerro, y desde allí hasta el río Sibuco, por el norte, y hasta Caguas, por el sur, a doce reales por cabeza, y a un peso en cualquiera otra región de la Isla que no incluyera la jurisdicción de San Germán. Los potros y potrancos, mansos o monteses, de toda la Isla, se tasaban en veinticinco reales; las bestias mulares, en cincuenta; los jumentos, en veinticinco. Fuera de un radio de seis leguas de la Capital se descontaba a los diezmadores de ganado el costo de conducción de los animales, concediéndose facilidades especiales a los pobres para conducir el ganado diezmadado a la Capital. Las primicias de los fru-

397. Real Cédula de 5 de octubre de 1501, reproducida en I/10/311 c. s.

\* Edicto de erección de la Iglesia Catedral de San Juan.

tos, excluyéndose a las crianzas, se pagaban uno en llegando a siete, medidas por fanegas o quintales; en maíz, arroz, jenjibre, cacao y azúcar, por arrobas; en el casabe por cargas, no pagándose primicias por fracciones de estas medidas cosechadas. Acostumbrábase pagar este tributo en Pascua de Resurrección (\*). Considerábase tan grave el pecado de retener los diezmos y primicias que la absolución en este caso quedaba reservada al Obispo de San Juan (\*\*). Los diezmos recaudados en 1758 importaron en la Capital y pueblos de su jurisdicción, 18.653 reales y 10 maravedíes (398); en 1778 subieron los de la Isla a 17.000 pesos y 2.500 las primicias en el partido de Puerto Rico (399). Estos se cobraron hasta 1815, año en que la Cédula de Gracias disponía la exención de diezmos y alcabalas durante quince años, estableciéndose el *subsidio* en su lugar. En cuanto a las primicias, intentóse suprimirlas en 1814, y, por orden del gobernador Prim, en 1848, sujeta a aprobación por la Corona (400). Evidentemente, la disposición no fue aprobada, puesto que en 1858 una real orden imponía a Real Hacienda el cobro de las primicias hasta entonces percibidas y administradas por el Cabildo de la Catedral y la vicaría de San Germán (401).

Acostumbraban nuestros antepasados expresar su creencia en la infabilidad del cobro y en la buena condición de las rentas eclesiásticas, diciendo :

De los vivos, mucho diezmo; de los muertos, mucha oblatada (\*\*\*) ; en buen año buena renta, y en el mal año doblada.

Las penas de cámara o multas judiciales que se imponían a los contraventores de las reales ordenanzas y que se aplicaban a la cámara real o fisco, se destinaron, por concesión real, desde los tiempos de la conquista, a la construcción y conservación de puentes y caminos (402), por un período de cuatro años, prorrogado después en distintas ocasiones. Invirtióse el producto de dichas multas, durante el primer cuarto del siglo XVI, en las calzadas y terraplenes que comunicaban a la isla principal con la Isleta de San Juan. En

\* *Constituciones Sinodales*, 1647, págs. 86-90.

\*\* *Ibid.*, pág. 130.

398. Memoria de Bravo de Rivero, en I/6/379.

399. III/364.

400. V. el texto de la orden en I/2/145.

401. Texto en I/8/284 c. 3.

\*\*\* Ofrenda que se acostumbraba dar por los difuntos, generalmente consistente de un pan o rosca. Solía ponerse en la sepultura antes de dársele al cura, dejándola allí mientras se decía la misa.

402. Real cédula de 26 de febrero de 1511, en I/2/50.

1850 se fundieron las penas de cámara y los gastos de administración de justicia en un solo fondo, incluyendo las multas impuestas por los alcaldes (403).

Otros tributos pesaron sobre los hombros de los colonizadores del siglo XVI: uno sobre la sal, otros sobre el azúcar y corambe (los cueros de reses vacunas sin curtir) impuestos en 1544 y elevados por el Cabildo, algunos años después, a medio real de plata por cada cuero y cada arroba de azúcar exportada que, junto con un impuesto del uno por ciento de avalúo sobre todas las mercancías que entraran en la ciudad, se dedicó a la reparación del puente del Agua y a la construcción de un conducto para llevar el agua de la fuente Aguilar a la ciudad. En 1551 Felipe II autorizó el cobro de un derecho de importación (almojarifazgo) de uno por ciento, para ayudar a la fábrica de las fortificaciones, y en el 68 permitió se cobrara sisa en el vino, aceite, y otras cosas, para costear dichas obras.

A los impuestos corrientes en el siglo XVII, se agregó uno de tres pesos por cada testamento para el fondo de Manda-pia forzosa (404); se decretó el estanco del tabaco (1646), produciendo un tributo de 8.000 reales anuales; se impuso un tributo de medio real por cada cerdo beneficiado en la ciudad y se crearon otras fuentes de ingreso para suplir la falta de los situados durante los períodos de 1637 a 1644 (405) y 1658 a 1660 (406).

Factor importante del sistema fiscal, especialmente durante el siglo XVIII, los tributos llamados *alcabalas* influyeron adversamente en el desarrollo de la economía de la ciudad. Consistía la alcabala de un tributo de cierto tanto por ciento del precio que pagaba a Real Hacienda el vendedor, solamente al realizarse una venta, pagándolo ambos contratantes en el caso de una permuta. Cobrábase alcabala cada vez que un artículo, o sus derivados, eran vendidos o permutados, ya fuera en la forma original o en la de sus derivados. Quiérese decir con esto, por ejemplo, que si un minero vendía una porción de hierro a un calderero, pagaba aquél al fisco la alcabala, pagándola a su vez el calderero si, transformando el hierro en un caldero, lo vendía. Si el comprador a su vez fundía el caldero y hacía un hacha con el metal, volvía el fisco a cobrar alcabala, si el hacha era vendida, operación que se repetía sucesivamente cada vez que se vendía el metal original bajo una forma distinta. Pagábase la

---

403. *Prontuario*: 434.

404. XXXVI/80.

405. II/441.

406. I/3/284.

alcabala del 2 %, llegando a subir  $\frac{1}{2}$  % más en 1778, eximiéndose del tributo a los esclavos autorrescatados licitamente. En 1777 se impuso alcabala a toda clase de censos, contratos enfiteúuticos y de compraventa de solares. Veintiún años más tarde el rey libró de la alcabala a las carnes, frutos y géneros del abasto de la ciudad, para premiarla por su defensa contra Abercromby (407); pero no se cumplió la real voluntad hasta 1809. También se exoneraron los contratos de manumisión de esclavos y su introducción en la Isla. Las ventas clandestinas estaban sujetas al pago de este tributo, una vez que la operación era descubierta.

Llamábase *alcabala del viento* al tributo que pagaban los forasteros por los géneros que vendían en la ciudad.

En 1720 una real cédula reglamentó los derechos de importación que debían pagarse por alcabala antigua y moderna. El Ayuntamiento recaudaba y distribuía el producto de la alcabala del viento cuando le fue cedida, rindiendo cuentas a la Corona. Exigíase al gobernador que concurriera en los gastos de propios y que interviniera los libramientos (408). La recaudación de alcabalas estaba sujeta a un arancel y a las disposiciones de las Leyes de Indias, libro octavo, título 3.º de la Recopilación. Prorrogada la gracia de la alcabala del viento al Ayuntamiento por diez años, en 1734, se le concedió, además, la de cobrar un maravedí por cuartillo de aloja (bebida compuesta de agua, miel y especies), y ocho por el de aguardiente. Por fin se suspendió la concesión en 1755, estancándose el tributo de aloja y dedicándose, como hemos visto ya, una pequeña pensión al Cabildo secular y destinándose el balance (unos mil pesos) a la conservación de las casas del Ayuntamiento y de las obras de fortificación de los puentes de San Antonio y de Martín Peña.

Antes de prohibirse la fabricación de ron de caña, en 1747, la industria era una fuente de ingreso para el fisco. Al permitirse de nuevo, en 1765, fue gravada con un impuesto de dos pesos fuertes por barril. A principios del siglo XIX el aguardiente tributaba doce pesos por cada 600 cuartillos, por derecho de saca y 18 pesos por derecho de menudeo, lo que hacía un total de cinco centavos por cuartillo (409). Por real cédula del 8 de noviembre de 1765 se impuso el 6 % de derecho a todos los artículos manufacturados, de origen nacional, y el 7 % a los de origen extranjero, además de los que tuvieran que pagar al ser introducidos en España previamente.

407. XI/38.

408. Real cédula N.º 16 del 13 de diciembre de 1730.

409. I/8/119.

Las mercaderías venidas de España pagaban el 6 % de alcabala, además de los derechos a que nos hemos referido.

De los 45 ramos, o fuentes de ingreso, con que contaba la Real Hacienda en 1790, treinta procedían de la aplicación de leyes, reales órdenes y disposiciones estatutorias que afectaban la población de la Isla en general; catorce procedían de la aplicación de legislación similar que afectaba a determinados grupos o clases de la población, y uno (las asignaciones del Tesoro de México para el Presidio de San Juan), tenía el carácter de inversión de fondos reales en la Isla de Puerto Rico. Diecinueve de los ramos de la primera clase, aquí anotados, tenían carácter contributivo (diezmos, alcabalas y papel sellado; derechos incidentales a la navegación, el comercio, la agricultura, la fabricación de ron y el tráfico lícito de esclavos) y siete se referían a ingresos de carácter penal (multas, comisos, penas de cámara, almirantazgo y tráfico ilícito de esclavos). De las ramas de la segunda clase, cinco recaudaban fondos que participaban de la naturaleza de cesiones, incautaciones y limosnas (el producto de bulas, bienes mostrencos, medias-anatas, reales novenos, vacantes de dignidades de la Iglesia); nueve procedían de descuentos de sueldos de personas civiles, militares y religiosas, para fines benéficos (montepíos, hospitalidades y anticipaciones a España); dos procedían del arrendamiento de propiedades reales (réditos de la hacienda del Plantage y del Hato del Rey) y uno recaudaba el producto de la venta de propiedad pública, o real, como se le llamaba entonces (venta de medicinas de la farmacia del Real Hospital a los civiles) (\*). El régimen absolutista del gobierno queda revelado en el hecho de que el mayor número de los ramos de Real Hacienda correspondía a exacciones del tipo de contribución directa.

En 1794 pagábase por introducción de mercancías en la ciudad los impuestos siguientes: 7 % de almojarifazgo de salida de España; 7 % de entrada a la Isla; 4 % de alcabala del mar; 2 % de Corso. Total, 20 %. De acuerdo con estos datos, una mercancía de cien pesos de valor llegaba a manos del consumidor, suponiendo que el importador y un intermediario se conformaran al venderlas con un beneficio de 25 %, y que se pagaran las alcabalas sucesivas, a un coste de 196,98 pesos. Una idea del coste de las mercancías secas en aquel tiempo, puede formarse por la tabla de precios de ciertos efectos introducidos de contrabando en la Isla que publicó O'Reilly en sus *Memorias* (410). Los lienzos costaban de tres reales a dos

\* Para una relación detallada de los ramos de Real Hacienda, véase P. T. de Córdoba, *Memorias*, Madrid, 1838, pág. 96, e. s.

pesos la vara, según su calidad; los pañuelos ordinarios a cuatro reales cada uno; los medianos a seis y los de seda, a dos pesos; los sombreros ordinarios, para hombres, a seis pesos y los finos, a diez; los machetes ordinarios, a un peso cuatro reales y los finos a dos pesos cuatro reales. Si estos eran los precios de las mercancías introducidas de contrabando, es lógico suponer que las importadas legalmente costaban mucho más.

Nada demuestra de manera tan clara el carácter casi prohibitivo del sistema económico de la época, como el hecho de que el importe anual de los once reales derechos de todas clases, vigentes en 1765, sólo montaba a la pequeña suma de 10.804 pesos.

Otra fuente de ingreso con que contaba la Real Hacienda era el tributo llamado de «marca de negros». Consistía en el pago de una suma para autorizar la introducción de esclavos negros. Para evidenciar el hecho del pago de dicho impuesto, los agentes del Tesoro marcaban el hombro del esclavo con un hierro candente (el «carimbo»). Su importe fluctuó entre cuarenta pesos por cabeza, cuando se creó dicho tributo, y veinte en 1778, aboliéndose seis años más tarde. Desde 1784 al 89 estuvo en vigor el tributo de seis por ciento por cada esclavo importado, cuyo valor fuera estimado en ciento cincuenta pesos.

El producto del impuesto de tierras, establecido en 1775, por mutuo acuerdo entre el gobernador Muesas y el Cabildo de la ciudad, fue destinado a sufragar los gastos de armamento y vestuario de las Milicias Disciplinadas. En el 78, al concederse la propiedad de las tierras a quienes las ocuparan, el rey fijó la contribución en un real y cuartillo por cada cuerda de tierra de estancia (terrenos arables) y tres cuartos de real por cuerda de hato (terrenos de crianza) (411). En el decenio de 1775 a 1784 produjo muy cerca de cuarenta y nueve mil pesos (412).

En 1780 se impusieron tributos a las riñas de gallos y a los naipes, destinándose, en el 82, el producto del primero a la ciudad, exclusivamente.

Las corrientes de ideas liberales, inspiradas en la orientación racionalista del siglo XIX, provocaron en las Antillas españolas agitación en contra de los absurdos tributos. En Puerto Rico instruyóse a su diputado Power que solicitara la exoneración de la alcabala de 2 % sobre los efectos, con excepción de la venta de esclavos,

---

411. R. D. en 1/13/60.

412. I/1/270.

casas y haciendas. Los cubanos, más afortunados o más agresivos que los nuestros, tributaban mucho menos.

En 1815, por una disposición contenida en la Cédula de Gracias, se exoneraba, por quince años, de diezmos y alcabalas los azúcares y los nuevos ingenios y trapiches, cuando el cosecho llegare a ser abundante. En el 18 se concedió la exención de los contratos de compra-venta de esclavos. Por fin, en 1860, fue suprimida la onerosa carga.

Como un medio para cubrir el déficit de la Real Tesorería el intendente Ramírez impuso, en 1815, una contribución, por una sola vez, del 4 % de los alquileres de casas, almacenes, tiendas y bodegas, siendo esta la primera vez que se apeló a tal recurso.

En cuanto a los impuestos municipales, en el mismo año 1815, se incorporó a Real Hacienda el destinado a composición de calles; creándose un impuesto de consumo para establecer y sostener el alumbrado público de la ciudad (413). En el 22 se estableció un tributo de un peso por cada negro bozal que se introdujera en la ciudad, para costear la fundación de una escuela lancasteriana (de enseñanza mutua) y para continuar la obra de la alameda de Puerta de Tierra. Al año siguiente la Junta Municipal de Beneficencia proyectaba la fundación de una lotería municipal para subvenir a sus gastos, estableciéndose seis años después. Habiendo logrado acreditarse, proyectóse ampliarla en el 70, hasta que sus ingresos fueran suficientes para hacer frente a la construcción de una cárcel, un hospital, una casa de oficios y otros edificios públicos, pero fue suprimida por orden del Presidente de la República en julio de 1874 (414). A mediados del siglo el fondo de propios se alimentaba del producto del arrendamiento de los pasajes y corrales de pesca en la bahía de San Juan y en la boca de los ríos situados en la costa oriental de la Isla; de los réditos de los capitales impuestos a censo de cinco por ciento; del producto de los impuestos de carnicería (derogado en 1883), solares y casillas portátiles; de los arbitrios sobre la fuente de Miraflores, calles, harinas, pan, alumbrado, etcétera, y de la cantidad de cien pesos anuales cedidos por el rey. A fin de estimular la inmigración se libró a los extranjeros, en 1848, de impuestos municipales durante cinco años. Para facilitar el cobro del impuesto sobre pasajes se sometió a subasta pública el servicio de pasajes a Palo Seco, Pueblo Viejo, Martín Peña, Loiza, Sibuco y Boca Habana. Por este tiempo se creó el derecho de acueducto a

413. VI/228.

414. V. el texto de la orden ejecutiva en I/12/232. La primera lotería del Gobierno se había fundado en 1814; la lotería provincial en el 76. Ambas funcionaron en San Juan, la última hasta que se efectuó el cambio de soberanía.



favor del Ayuntamiento (1848). Durante la segunda mitad del siglo XIX, los gastos ordinarios de la municipalidad pasaron de 200.000 escudos. Hacia 1873 se creó el fondo de pensiones municipales para viudas y huérfanos, y un año después, la caja de ahorro de los empleados municipales. Para poder sostener el creciente presupuesto de la ciudad, creáronse numerosos impuestos y tributos, desde el 76 hasta el 93: uno de seis pesos anuales por cada perro doméstico; sobre los frutos y productos vendidos en la plaza del Mercado; sobre la reparación y pintura de edificios (derechos de andamiaje y vallas); licencias de bailes y patentes por la operación de casas de banca, establecimientos mercantiles, fábricas y talleres, así como por la práctica de las profesiones; sobre la venta de pescado y vendedores ambulantes; sobre las alcantarillas, licencias para construir casas y sobre metro lineal de solares y fachadas en los barrios de Puerta de Tierra y la Marina; sobre la leche, la cerveza y el carbón vegetal de expendio público; sobre el depósito de animales realengos y, finalmente, en 1894, un impuesto de consumo sobre los vinos y artículos de primera necesidad (415).

Restablecida ya la Monarquía, expidióse en el 76 una real orden disponiendo que los presupuestos municipales se formaran con el concurso de los contribuyentes mayores del término municipal, en número igual al de los regidores. El resultado de esta medida lo hemos visto en el párrafo anterior que refleja, sin duda alguna, el esfuerzo hecho por los contribuyentes ponentes para que se diversificaran las fuentes de ingreso, hasta incluir en ellas todos los niveles sociales.

El presupuesto municipal para el año 1876-77 merece un comentario especial. Habiendo arrojado un total de 152.275,63 pesos de gastos ordinarios, montaron los extraordinarios a la suma, probablemente sin precedentes hasta entonces en la historia de la ciudad, de 456.148 pesos (416). Inspirado por un laudable espíritu de progreso, acometió el Ayuntamiento ese año la iniciación, la continuación y la terminación de valiosas obras: la reparación de la plaza del Mercado y del teatro, la construcción de la puerta de España, de varias secciones del alcantarillado, de un camino afirmado desde la puerta de Santiago al suburbio de Puerta de Tierra, del Hospital Civil, de la cárcel pública, de una casa para escuela de artes y oficios, del acueducto, del lazareto en la isla de Cabras

---

415. Para expedir el cobro de este impuesto utilizábanse unos inspectores llamados *vigilantes*.

416. XXIX/129.

y otras de menor importancia. Para hacer frente a tan vasto plan de construcciones, contaba el Ayuntamiento con ingresos extraordinarios de 436.343,20 pesos, la partida mayor de los cuales correspondió al acueducto, montante a cerca de 335.000 pesos. Los regidores que así impulsaron el progreso de la ciudad fueron los señores León Acuña, Miguel G. Ledesma, Ricardo Hernández, Francisco Barreras, Conrado del Valle, Juan Carreras, Eustacio Zalduondo, Guillermo Rubert, Antonio Acha y Juan Borrás.

El presupuesto de gastos municipales ordinarios de la ciudad en el año económico 1883-84 alcanzó a 234.802, repartido como sigue:

	<i>Pesos</i>
Gastos del Ayuntamiento . . . . .	19.645
Policía de Seguridad . . . . .	26.889
Policía urbana y rural . . . . .	35.944
Instrucción pública . . . . .	21.268
Beneficencia . . . . .	15.830
Obras públicas . . . . .	14.250
Corrección pública . . . . .	10.467
Censos, pensiones, etc. . . . .	38.473
Imprevistos . . . . .	3.000
Resultas de ejercicios cerrados . . . . .	<u>49.036 (417)</u>

Analizando la distribución de los fondos que precede, saltan a la vista los hechos reveladores del espíritu de aquellos tiempos: la exigua suma dedicada a instrucción pública; las relativamente grandes cantidades destinadas a la sujeción policíaca del pueblo, y a los censos y pensiones; las relativamente pequeñas cantidades empleadas en los servicios municipales, conservación y limpieza de calles, parques y jardines, ornato público, alumbrado y otros.

El impuesto territorial sobre la riqueza urbana, agrícola y pecuaria con que se substituyó el subsidio en 1869, fue suficiente, en cuanto a la ciudad de San Juan se refiere, para atender a sus gastos. En el año económico de 1888-89, el presupuesto de la ciudad tenía un superávit de 8.861 pesos; en consecuencia, se eximió a los braceros y jornaleros del repartimiento municipal.

En virtud de la orden general número 16 del Gobierno Militar norteamericano, fechada en noviembre 26 de 1898, fueron abolidos los derechos reales y otras contribuciones sobre las propiedades

417. J. Jimeno Agius: *Población y Comercio de la Isla de Puerto Rico, 1895*, reproducida en 1/5/279 e. s. V. pág. 303.

transferibles por muerte, herencia o legado. Once días después corrió igual suerte el impuesto de las cédulas personales, mediante el cual, exigíase a los súbditos de Puerto Rico llevar consigo un documento que le identificaba, en el que se hacía constar su nombre, lugar de origen, edad, estado civil, profesión u ocupación y lugar de habitual residencia.

## EL COMERCIO

Al fundar la Casa de la Contratación, en Sevilla, en el año 1503, creó la Corona un centro para organizar, supervisar y fomentar el comercio de España con las Indias. Ejercía, por lo tanto, la supervisión de la navegación entre España y el Nuevo Mundo; llevaba un registro de las mercancías del comercio de Indias; entendía en la expedición de licencias de pasajeros y en las causas que emanaban de dicho comercio, y, en general, en todos los asuntos de Indias, excepto en los de carácter político. En otras palabras, desempeñaba la misión de llevar a la práctica la política comercial de la Corona, en relación con las colonias de América.

A través de la agencia de la Casa de Contratación establecida en la ciudad, el comercio exterior de San Juan estuvo, desde los primeros tiempos, sujeto a la más rígida reglamentación. La supervisión del tráfico comercial se inspiraba, principalmente, en el absurdo propósito de excluir a los extranjeros de toda participación en él. Un siglo de experiencia no bastó para iluminar la mente de los monarcas españoles: al abdicar Felipe II, en 1598, hizo estipular en el acta que no se autorizaría el libre comercio con las Indias españolas a sus naturales. Seis años después, se niega enfáticamente a Inglaterra el derecho a comerciar con las Indias (418). En 1649 España niega a Cronwell el comercio libre con América. Precisamente, desde ese mismo año hasta 1880, once oscuros años en la historia del país, ni un solo buque mercante ancló en los puertos de la Isla.

La Corona había hecho esfuerzos infructuosos por fomentar el comercio de la ciudad: dispuso (1510) que los navíos que fueran a España hicieran escala en San Juan, lográndose por unos cuantos años que todos los buques destinados a Indias tocaran en él. Tal medida perjudicaba a los armadores y fue cayendo en desuso hasta olvidarse por completo.

---

418. Tratado de Paz entre España e Inglaterra, año 1604.

En 1510 se había permitido comerciar con la Española, declarándose el tráfico libre al año siguiente. Trasladada la ciudad a la Isleta, empezóse a enviar a España jeníbire, azúcar húmero y corambre (419). No tardaron mucho los corsarios franceses e ingleses en amenazar el floreciente comercio con sus depredaciones en aguas de la Isla, paralizándolo casi por completo a mediados del siglo (420). Ya, en 1533, el Cabildo se quejaba de que el puerto no era visitado por buques mercantes. Sin embargo, gracias a las obras de fortificación que se llevaron a cabo en la ciudad durante el siglo XVI, se alojaron los corsarios de las aguas de la Isla. El conde de Cumberland anota que vio 18 buques cargando jeníbire y azúcar en el puerto de San Juan, razón por la cual lo calificó de rico. Hacia su último cuarto se había desarrollado un activo tráfico, en frutos menores, llevados a la Capital en canoas y piraguas desde las riberas del río Bayamón. (421), viéndose muy frecuentadas por estas embarcaciones las caletas de Santa Catalina y del Tejar.

En el siglo XVII había decaído considerablemente el cultivo de jeníbire y sólo había siete ingenios (trapiches de bueyes) y habiendo muy poco que exportar, había menos que importar. En realidad no existía el comercio, como lo demuestra el hecho de que en 1644 no había una sola tienda en la ciudad, viéndose obligados los vecinos a recurrir al préstamo y a la permuta de las mercancías corrientes, para suplir sus necesidades. El costo de los tejidos y efectos traídos de «la otra banda» era elevadísimo; una vara de bayeta valía cinco pesos, dos la de tafetán y cinco un par de medias; una libra de cera, veinte reales y una mano de papel, cuatro (422). El comercio continuaba siendo prácticamente nulo; la agricultura se reducía a producir frutos alimenticios para la escasa población de la Isla. Las naves españolas, que eran las únicas que visitaban, de tarde en tarde, el puerto, eran sometidas a un verdadero saqueo por el fisco; al exigírseles el pago de los derechos que anotamos a continuación: el de *avería* (montante al 12 %, que se cobraba para el fondo de avería, destinado a sufragar gastos de salvamento de buques o de sus cargamentos); el de *tonelada* (el 1 % sobre los 12 de avería, destinado a la construcción de galeones); el de *palmeo* (cobrado por medir en palmos cúbicos la carga del buque cuando iba en fardos); el de *visita* (cobrado por el reconocimiento de las merca-

419. III/120.

420. II/341.

421. VIII/21/260.

422. Carta del Obispo López de Haro en II/439 c. s.

derías para fijar el importe de los derechos o determinar si eran de lícito comercio); el de *reconocimiento de carenas* (cobrado por el registro del casco de las naves para determinar si podían continuar el viaje); el de *habilitación* (cobrado sobre el importe de las provisiones y enseres comprados en el puerto para continuar el viaje); el de *reconocimiento de licencias* (cobrado por el examen de las licencias de navegación expedidas por la Casa de la Contratación); y el del *seminario de San Telmo*.

Si a estos derechos agregamos los de importación (almojarifazgo), cobrados dos veces, al salir la mercancía del puerto de Sevilla y al ser introducida en el de San Juan, se comprenderá por qué el comercio languidecía al borde de la ruina. El pueblo se defendía de las asfixiantes trabas permutando, con los contrabandistas extranjeros, animales, cueros, maderas rollizas, frutos y granos por las ropas, telas y artículos manufacturados que aquéllos introducían por los puntos desiertos de la costa.

Hacia el último cuarto del siglo XVII el contrabando había sustituido, casi por completo, al comercio lícito. El propio gobernador de la Isla terminó por patrocinarlo abiertamente en 1688, auxiliado por otros funcionarios, dando así lugar a que los holandeses establecidos en Curaçao participaron en él con gran actividad, a pesar de que tres años antes su antecesor, el maestre de campo don Gaspar Martínez de Andino, había sido condenado por contrabandista. Aprovechándose del Tratado del Asiento (para la trata de esclavos, concertado en 1713), los ingleses fomentaron el contrabando, compartiéndolo con los holandeses y dinamarqueses, durante casi todo el siglo XVIII. Hacia el primer cuarto de dicho siglo el contrabando se había entronizado de tal manera que hasta los curas participaban en él, teniendo la Corona que imponer castigos especiales a los culpables. No obstante haberse confiado la vigilancia de las costas a las Milicias Urbanas y a las brigadas de guardas de hacienda, el tráfico ilícito florecía. Apelóse también a medios judiciales, incluyéndose *causas de comisos* contra los propietarios infractores, estando las sentencias sujetas a la real aprobación. Toda clase de mercancías podían ser comisadas, ya fueran tomadas en el mar, en un puerto o en tierra, incluyendo la persona de los esclavos y las naves en que eran conducidas. Parte del precio del comiso ingresaba en la Real Hacienda; otra parte se destinaba al juez que entendía en la causa, dividiéndose ésta, desde 1788, entre el que aprehendía la mercancía e iniciaba el proceso y el juez que dictaba la sentencia. Más tarde se asignó una parte a los asesores.

Un modo frecuente de efectuar el contrabando consistía en pre-

sentar registros falsos, en cuanto a la cantidad y calidad de los géneros declarados. Cuando las autoridades abrigaban sospechas de que los registros habían sido falseados, ordenaban abrir las bodegas de los buques y cotejaban los registros con la carga. El comiso de los géneros no estaba sujeto a reclamación posterior.

La necesidad del pueblo compelió al rey a aprobar una solicitud de los vecinos para que se les permitiera, en 1737, importar harina de Curaçao (423). Durante todo el año siguiente no llegó un solo buque al puerto.

Alguna mejoría se obtuvo con el establecimiento de la Compañía Barcelonesa de N. S. de la Montserrat, en 1755, aunque no se lograra con ella extirpar el contrabando, recurriendo el gobernador Vergara, en 1766, a la concesión de patentes de corso para combatirlo (424). Pocos años más tarde, haciendo un nuevo esfuerzo para destruirlo, se prohibió el comercio costanero con el puerto de San Juan. Para esa época era tan onerosa al fisco la persecución de los contrabandistas en la Isla, que el rey indultó a los naturales del país sentenciados por participar en el comercio ilícito (425). El comercio con España se había reducido al envío de algún café y malagueta.

No pudiendo la corona soportar por más tiempo la pérdida de los ingresos que le ocasionaba el contrabando en las Antillas, declaró, por fin, en 1775 el comercio libre entre ellas y España, y otras provincias de América. Pero lo que se llamaba entonces comercio libre estaba en realidad maniatado por tantas restricciones, que seguía haciendo lucrativo el ilícito, a pesar de que en 1777 se permitió traficar con Mallorca. Por otro lado, al limitar el comercio libre sólo al puerto de San Juan, en el 78, se ofrecían nuevas oportunidades a los infractores. La total falta de caminos carreteros y puentes en la Isla duplicaba el coste de las mercancías distribuidas desde la capital a los pueblos del interior. A fin de estimular la fabricación de azúcar para impulsar el comercio, se prohibió en esta época destilar aguariente de caña, excepto de la purga de azúcar (426).

La situación permaneció inalterada hasta bien entrado el siglo XIX. En 1809 informaba don Pedro Irizarri al Ayuntamiento de la Capital:

Como de España ni de otra parte del Reino no viene lencería alguna para vestirse estos habitantes, los contrabandistas se

---

423. I/1/15.

424. I/2/192.

425. R. C. N.º 368 de 1773.

426. Real orden de 20 de enero de 1778. V. texto en I/13/60-63.

dirigen a las colonias extranjeras y a buena plata compran allí; e introducen aquí furtivamente sus mercaderías y aunque conocemos que las gruesas sumas que nos arrebatan de las manos engrosan el comercio extranjero, dejando el nuestro de frutos en inacción y sin dinero que circule entre nosotros; en parte les vivimos agradecidos en medio de tantas miserias por que cubre nuestras carnes... (427).

Tolerado el comercio con extranjeros, el gobernador Montes dispuso, en 1809, que éste sólo se efectuase por el puerto de San Juan. La medida tenía por objeto principal facilitar la vigilancia de numerosos buques mercantes norteamericanos que habían acudido a la Isla al declararse de nuevo abiertos al comercio exterior con los puertos de los Estados Unidos. La tolerancia de este estado de cosas recibió finalmente sanción legal en 1815, al promulgarse la Cédula de Gracias. Del 16 al 18, el aumento comercial fue tan notable que indujo a la Corona, entre otras razones, a concertar un tratado con los Estados Unidos el 22 de febrero de 1819, ratificando el del año 1795 sobre límites y navegación, obteniendo este país, desde entonces, facilidades para comprar la mayor parte de la producción azucarera de la Isla. Destináronse numerosos barcos de vela norteamericanos para conducir el azúcar desde San Juan primero, y luego desde otros puertos de la Isla, directamente a los del Atlántico, principalmente a los de New Haven, Nueva York y Baltimore. En 1824, un tercio de un milenio después del Descubrimiento, florecía el comercio libre en todas las Américas. Diez años más tarde el comercio de la Isla alcanzaba un valor de siete millones de pesos, llegando a trece en el 60.

## LA ESTRUCTURA COMERCIAL

Sin duda, como consecuencia indirecta de la animación en los negocios que resultaba del tráfico comercial llevado a cabo por las dos compañías mercantiles, la catalana y la guipuzcoana, hacia el último cuarto del siglo XVIII, el cultivo del tabaco en la Isla tomaba incremento, produciendo más de veintiocho mil arrobas. La cantidad se consideraba suficiente, en aquel tiempo, para servir de base al comercio de exportación. Pero, en armonía con el espíritu de la época, la Corona estableció en la Isla la Real Factoría, o sea, el

monopolio absoluto de aquel producto. Afortunadamente para el país, el militar que gobernaba la Isla, coronel Juan Dabán, era un sagaz estadista, no tardando en idear los medios para librar, en parte, la industria del asfixiante monopolio, sin incurrir él en la censura de la Corona. Encontrando en Holanda un mercado para el tabaco de mascar, que no se consumía en España, logró con tal pretexto, permitir a los cosecheros cierta libertad de acción, aunque las ventas continuaban haciéndose por la Real Factoría. En 1791 ésta obtenía un beneficio de cerca de ciento treinta mil pesos (428).

Sin embargo, los veinticinco años que transcurrieron antes de la llegada del intendente Ramírez al país, hubieron de presenciar renovados incidentes de la lucha por mantener las viejas ideas y prácticas del hermetismo comercial. En 1807 el gobernador seguía sosteniendo que los buques mercantes extranjeros sólo podían hacer escala en San Juan. Manteníase en vigor el real privilegio de las harinas, con gran perjuicio del consumidor, no sólo porque conservaba alto su precio, si que, por el hecho de que vendiéndosele a un solo especulador, éste acomodaba la distribución a su conveniencia, causando así la escasez en determinadas regiones de la Isla. Frecuentemente fue necesario racionar el pan al vecindario por medio de *papeletas del regidor*. En una ocasión, como una medida para evitar la posibilidad de que no hubiera harina disponible para preparar el pan de la comunión, se asignaron a Catedral dos barriles (429). En 1811 fue suprimido el abasto forzado de carnes, práctica que había inmovilizado su comercio, aunque los puestos libres no fueron autorizados hasta el año 1834.

La reorganización aduanera realizada por el intendente Ramírez en 1813, puede considerarse como el segundo paso de importancia sancionado por el gobierno para fomentar el comercio. Redactó y publicó éste un reglamento de Aduanas y un arancel de derechos de aduana, por primera vez concebido con el fin expreso de impulsar el desarrollo del comercio insular; exoneró a las embarcaciones del tributo de alcabala; libró de derechos a las maquinarias y utensilios agrícolas y permitió la carga y descarga de buques sin previo permiso del gobernador; continuó tolerando el comercio con los Estados Unidos y con las colonias extranjeras de las Antillas y reglamentó, dentro de un criterio proteccionista, el comercio extranjero (430). Había logrado Ramírez reestablecer el comercio sobre las bases más racionales que jamás habían sido permitidas por la Corona.

---

428. VI/198.

429. XI/18.

430. III/344.



Los resultados de tan hábiles gestiones no tardaron en evidenciarse. Los ingresos de aduanas pasaron de ciento seis mil pesos en el primer semestre de 1815. Pocos años después (1826) la aduana de la ciudad tenía su edificio permanente. En el 49 era declarada de primera clase, autorizándosele a tramitar todo el comercio de importaciones y exportaciones y guiar los productos domésticos, nacionales y extranjeros, para cualesquier puerto habilitado de la Isla. En el mes de enero de 1873 las recaudaciones de aduanas excedieron de 275.000 pesos.

Otra institución, el Consulado de Comercio o tribunal encargado de la administración de justicia en los pleitos mercantiles, fue transplantada de España por el intendente Ramírez en 1813, contribuyendo al desarrollo comercial del país. Conocía privativamente el consulado de todos los pleitos y diferencias que ocurrían entre los comerciantes o mercaderes y sus auxiliares sobre sus transacciones de índice comercial, incluyendo fletamentos de naves, factorías y otros extremos, guiándose en sus decisiones por las disposiciones de la cédula de creación, las ordenanzas de los consulados de la Península, las leyes de Indias, o en su defecto, por las de Castilla. Componíanlo jueces, escogidos entre los comerciantes, que procedían a estilo llano, verdad sabida y buena fe guardada, sólo utilizando dictamen de letrado en los casos en que no eran suficientes sus conocimientos y experiencia. Desempeñaba, además, el Consulado de Comercio ciertas funciones consultivas y de promoción del comercio, la industria y la economía insulares. Amplióse su esfera de acción en 1824, hasta que fue instalado el Tribunal de Comercio, el primero de marzo de 1832, creándose el cargo de Juez avenidero en el 37. Diez años después, abrióse la matrícula de comerciantes para evitar que éstos eludieran la jurisdicción del Tribunal de Comercio y la severidad de las leyes de quiebra. El *Diario Económico*, fundado también en la ciudad por el incansable reformador, cumplió su cometido de discutir públicamente los problemas económicos del país, y al exponer los principios de la reforma que él impulsaba, ilustró al pueblo y lo hizo consciente de un aspecto de su vida que había permanecido ignorado hasta entonces.

Despertado ya el espíritu emprendedor de los capitalinos, se construyó en el 1835, un edificio en el extremo norte de Isla Grande, con fácil acceso al fondeadero del puerto, para depósito mercantil; se instaló una fábrica de chocolate en el 38, proyectándose, tres años después, una de jabón; creóse la Junta de Fomento y Comercio de Puerto Rico, tomando a poco el acuerdo de celebrar exposicio-

nes anuales de industria y comercio, durante la celebración de los días de San Juan y San Pedro.

Aunque desde 1812 don José de Andino había propuesto la fundación de un banco, la idea había estado agitándose infructuosamente cerca de treinta años. En el 41 fue nombrado un miembro del Ayuntamiento vocal de la junta que había de redactar las bases para establecerlo en la ciudad, proyecto que había de permanecer en estudio durante más de diez años. Una institución de índole similar, la Caja de Ahorros de San Juan Bautista, fue fundada en el 65, funcionando hasta quebrar en el 79. Habiase propuesto en el 66 la fundación de un banco de emisión y descuento con el capital de 700.000 escudos. Como no se cubriera la suscripción del capital social, por real orden de octubre 12 del 69 se dejó el proyecto en suspenso. En ese año fue denegado por el Consejo de Ministros, en Madrid, una instancia de un comerciante de Valencia, don Tomás Casaña, para que el banco de Puerto Rico se fundara a su nombre, ofreciendo suscribir el capital de 700.000 escudos en Europa y solicitando permiso para elevarlo más tarde a cinco millones de duros, en el entendido que los capitalistas de la Isla podrían suscribirse en cualquier cantidad en exceso del capital original (431). Persistiendo en la necesidad de crear un banco, propuso el marqués de la Esperanza, en 1875, que éste fuera establecido por los tenedores de los bonos que habían sido expedidos por el Tesoro de Puerto Rico para indemnizar a los poseedores de los esclavos manumitidos. Frustrado tal empeño, fue necesario a los habitantes de la ciudad esperar hasta el 1890 para ver, en el Banco Español, realizado el proyecto que habían estado acariciando durante cerca de ochenta años. El buen éxito de esta institución sirvió de estímulo a los inversionistas isleños, fundándose el Banco Popular en el 93, y el Territorial y Agrícola al año siguiente. En el 98 el Banco Español demostraba la buena marcha de sus negocios manteniendo, a pesar de la guerra, la práctica de pagar dividendos semestrales.

Volviendo a la relación de los acontecimientos culminantes en el interesante período del desarrollo económico de la ciudad, comprendido entre los años 1885 y 1890, anotaremos que en el 52 quedó instalada la Sociedad de Seguros de Vida «La Mutua», siguiéndola en el 58 «La Tutelar», compañía española organizada con idéntico fin. Fundáronse en el 54 las cátedras de agricultura, náutica y comercio, con el apoyo del benemérito general Norzagaray, gobernador de la Isla, quien también impulsó la celebración de las expo-

---

431. Texto de la Real Orden en 1/10/23.

siciones regionales. A pesar de que en el 64, menos de cincuenta años después de haberse puesto a prueba la eficacia del comercio libre, el valor de las importaciones y exportaciones de la Isla se acercaba rápidamente a la suma de quince millones de pesos, el gobierno negaba a la Mala Real Inglesa autorización para establecer en San Juan la estación principal de sus líneas en el Atlántico central. Ocho largos años hubieron de transcurrir antes de que fuera posible, para subsanar en parte tan serio error, modificar el servicio de los transatlánticos españoles para comunicar a San Juan con los puertos del norte de España, La Coruña y Santander. En el 76 se hizo extensiva a Puerto Rico cierta enmienda al Código de Comercio, disponiendo que los individuos, sociedades o empresas dedicados al comercio que no pudieran cubrir sus deudas en la fecha del vencimiento, podían constituirse en estado de suspensión de pago por un término de tres años (432). La medida, que tendía a suavizar el rigor de la ley de quiebras, produjo resultados muy saludables, sin debilitar la posición ética del comerciante, cuidadosamente protegida por las leyes (\*). Al establecerse el servicio directo de la Transatlántica española entre los puertos de San Juan y La Habana, en 1881, recibió un nuevo impulso el comercio de la ciudad. Dos años después el total de sus importaciones y exportaciones se aproximaba a siete millones seiscientos mil pesos (433), habiendo contribuido notablemente a este incremento el progreso alcanzado en la construcción de la carretera militar de San Juan a Ponce, que iba convirtiendo a la Capital en un centro de distribución de las mercancías importadas. Mientras tanto, los norteamericanos desarrollaban con energía su comercio con la Isla, llegando en el 90 a absorber el 40 % de las exportaciones (434). En el 87 existía ya una cámara de comercio, según cierto documento del Archivo Municipal de San Juan (435). Al año siguiente, fue autorizado por real orden el servicio de cambio-cartas (giros) entre la Península y las Antillas. Hacia la última década del siglo funcionaban en la ciudad varias pequeñas fábricas y talleres, cuya relación puede consultarse en la matrícula de comercio para el año 1890 (436).

432. Real Orden N.º 398, de junio 25 de 1876.

\* Puede juzgarse de la severidad del Código de comercio por el hecho de que en 1880 fue aprisionado por quiebra don Leonardo Igaravidez, Marqués de Cabo Caribe y ex diputado provincial, siendo recluso por gracia especial en el Castillo de San Cristóbal.

433. Agius: *Población y Comercio de Puerto Rico*, en I/5/311.

434. XL/135.

435. Reinstalada en el 99 por orden del general Henry.

436. VII/-legajo 75, pág. 31, años 1890-1902.

## LA MONEDA

Aunque los datos obtenibles en los archivos y bibliotecas de la Capital acerca de la clase de numerario que ha circulado en ella, a través de los siglos, distan mucho de permitir llegar a determinaciones precisas en esta materia, podemos, sin embargo, afirmar que desde 1521 a 1898, nuestros antepasados utilizaron, en la transacción de sus negocios, las monedas correspondientes a siete distintos acuerdos o sistemas monetarios: el metálico de cuño español que rigió sin interrupción desde 1521 a 1780; el de la primera emisión de papel moneda provincial, en 1780; el de la segunda emisión de papel moneda provincial, 1812; el de la macuquina, 1813-1857; el de la plata de cuño español o peso fuerte, de 1857 a 1867; el metálico de cuño mexicano, de 1867 a 1895, y el provincial, de 1895 hasta la invasión americana. El sistema metálico de cuño español de los siglos XVI y XVIII, incluía la moneda de oro, plata y cobre, acuñada en la Península, y otras acuñadas en México y Santo Domingo. Contábanse entre las denominaciones corrientes de dicho sistema, el *toinin* (la tercera parte del *adarme*), el *adarme*, el *maravedí* de cobre, cuyo valor era igual a una cuarenta y cuatro avas parte del real de plata, hasta el 15 de julio de 1536, y a una treinta y cuatro avas parte del mismo, desde esa fecha en adelante; el *cuarto*, igual a dos maravedíes; el *real de plata* o real de vellón, equivalente a un octavo de peso; el *real de a ocho*, igual a ocho reales de plata; el *peso* de plata castellana era igual a ocho reales, y el *peso fuerte* o *grueso*, tenía diez reales; el *escudo* de oro valía dos pesos, y el de plata, ocho reales de plata, o sea un castellano; el *ducado* cuyo valor fluctuó entre 375 maravedíes (hasta el año 1550), 400 (de 1566 en adelante) y 562 maravedíes (desde 1680 en adelante); el *doblon* valía dos escudos de oro (cuatro pesos); el *marco*, equivalente a 65 ducados, hasta el año 1550 y 68 ducados después de esta fecha (437). A mediados del siglo XVII la moneda circulante en San Juan era principalmente de cobre, inferior a la de España, cotizándose el real de ocho a dos reales de premio (438). Para conmemorar la ascensión al trono de Fernando VI fue acuñada, en 1747, alguna moneda de oro y plata que ostentaba en el reverso el escudo de la ciudad de

437. Doctor A. F. Pradeau, en comunicación de la American Numismatic Society, de 7 de octubre de 1937.

438. III/443.

San Juan (439). En 1754 se prohibió la circulación de moneda extranjera. En el dicho siglo circulaba también moneda cortada, ordenándose en el 66, que se calculara la pérdida que resultaría al reducir dicha moneda a la redonda y prohibiendo se cortara el vellón.

Como la mayor parte de la moneda que circuló durante este primer período (1521-1780) procedía del situado de México, parece admisible suponer que una parte considerable del numerario circulante consistía de piezas acuñadas en México. El circulante fue muy escaso hasta varios años después del florecimiento económico ocasionado por la Cédula de Gracias. En 1644 no llegaba a cuarenta mil pesos en toda la Isla.

La primera emisión de papel moneda fue motivada por la interrupción en el envío del situado de México. Habiendo faltado en 1780, precisamente cuando las obras de fortificación subsiguientes a las del plan O'Daly estaban en su apogeo, acordó el gobierno, en el mismo año y para obviar la necesidad de suspender dichas obras, emitir papel moneda. Como siguiera faltando el subsidio mexicano hasta el 1790, con la sola excepción del año 89, autorizáronse otras emisiones de papel, hasta sobrepasar la suma de un millón de pesos. Habiéndose resumido el envío del situado durante los años 91 a 98, ambos inclusive, es de suponerse que estos ingresos distanciaran la desvalorización del papel moneda, puesto que las rentas generales de la Isla distaban mucho de bastar para su amortización. Pero una más larga interrupción en el envío del situado empezó en el 1799, prolongándose hasta 1816, como consecuencia de la grave situación que había de culminar en la revolución mexicana, haciendo absolutamente imprescindible, en el 1812, una nueva emisión de papel moneda. Autorizada por el intendente Ramírez, montó a medio millón de pesos. No obstante, el progreso de la insurrección de México, que dio lugar a la rápida mengua del valor de este papel, la emisión quedó totalmente amortizada en el 16 (440), parte con impuestos y arbitrios, parte por medio del crédito.

Para ayudar a conjurar la crisis del papel moneda, el intendente Ramírez había autorizado, en 1818, que se introdujera la moneda *macuquina* de Venezuela, bajo la base de que su valor oficial sería el que le diera la común aceptación. La introducción se hizo como negocio lucrativo por individuos o entidades privadas, a través de algunas de las aduanas de la Isla, limitándose la importación por la de la Capital, en 1838, y disponiéndose el reconocimiento de las

---

439. I/5/169.

440. III/378.

monedas en la Aduana por una junta nombrada al efecto, autorizándosele a proceder a la inmediata inutilización de las piezas que fueran encontradas faltas de ley o peso (441).

Pertenecía la macuquina al tipo de moneda recortada; es decir, que consistía de un pedazo o planchuela de plata o de oro, de forma irregular, a menudo un polígono de cuatro, o más, lados en el que estaba impreso el cuño oficial, teniendo por divisa las columnas de Hércules, con el lema *Non plus ultra*. Desprovista del cordoncillo que en la moneda redonda sirve tan eficazmente para evitar alteraciones del peso de la pieza, la macuquina podía ser recortada a capricho, disminuyéndose su valor con facilidad. Por esta razón su circulación daba lugar a frecuentes protestas y altercados, hasta que en 1846 los cobradores del comercio rehusaban abiertamente recibir los medios y reales macuquinos. Las denominaciones de esta moneda que alcanzaron mayor circulación en Puerto Rico fueron el peso, la peseta, el real y el medio, siendo el valor de la peseta dos reales, y medio real el del llamado *medio*. Comparada con otras monedas, un peso de la plata española o un dólar americano, de plata, equivalía a un peso doce y medio centavos macuquinos; un medio escudo de oro español (equivalente a un peso de plata fuerte) valía un peso con 9 tres cuartos centavos de plata macuquina, mientras que un dólar, oro norteamericano, valía un peso y 6 y un cuarto centavos de plata macuquina (442). Juntamente con la macuquina circularon las pesetas morillas (acuñadas también en Venezuela, por orden del general Pablo Morillo), sus falsificaciones (procedentes de los Estados Unidos e introducidas de contrabando en la Isla) y la moneda de calderilla, remitida desde La Habana, en 1851. Dos años después, el gobernador Norzagaray ordenaba que se pusiera en circulación la moneda de cobre, ya que el pueblo generalmente rechazaba las piezas más pequeñas de la macuquina, sugiriendo, poco tiempo después, que fuera retirada de la circulación. Accedió la Corona a indicaciones subsiguientes promulgando el decreto de 5 de mayo de 1857, disponiendo el canje de la macuquina por moneda fuerte de cuño español, con el descuento oficial del doce y medio por ciento con que circulaba entonces. Para cubrir el déficit que resultare y los gastos de la operación de canje, se impusieron arbitrios de medio real fuerte sobre quintal de azúcar exportada; dos sobre quintal de café; tres sobre quintal de tabaco; cuatro sobre bocoy de melado;

441. Aviso publicado por la Intendencia, agosto 6, de 1839, reproducido en I/8/358.

442. V. tabla de equivalencias de la macuquina con las monedas de oro y plata de España, Inglaterra y Norte, Centro y Sud América, en I/13/317-19.

ocho sobre bocoy de ron y tres por ciento sobre los sueldos y pensiones (443).

A fin de facilitar al público la recogida de esta moneda en San Juan, se instalaron nueve cajas de cambio, repartidas en las plazas Mayor y Santiago, el Mercado, la Aduana y calles principales, limitándose a cien pesos la cantidad que cada una de estas cajas podía cambiar, reservándose a la Tesorería general la facultad de canjear sumas mayores. Para transar discusiones o reyertas que el cambio de esta moneda de mala calidad pudiera suscitar, el gobernador Cotoner ordenó que el alcalde de la ciudad y el fiel contraste del Ayuntamiento se constituyeran en audiencia permanente durante las operaciones de canje, autorizándolos a inutilizar en el acto cualquier pieza falsa que fuera presentada, y a remitir las dudosas al administrador de Aduana para su resolución definitiva. Concedióse un término improrrogable de siete días para el funcionamiento de las cajas de cambio (444). Teniendo la macuquina en el momento de terminarse el canje un valor total de 1.761.147 pesos, tuvo el Tesoro insular que cubrir un déficit de 215.466 pesos (445).

Durante los diez años siguientes, 1857 al 1867, circuló la plata del cuño español o peso fuerte, cuyas subdivisiones inferiores, acuñadas en cobre (la *calderilla*) eran de tan ínfimo valor que bien pudiera llamársele la moneda de la miseria. En efecto, valía un peso fuerte 20 reales de vellón y tenía 85 piezas de cobre de dos cuartos (ochavos grandes, llamadas *perras grandes* en el país), 170 piezas de un cuarto (ochavos chiquitos o *perras chiquitas*) y 340 piezas de un ochavo (446). En 1865 circulaban monedas de oro, plata y calderilla, cuyo valor se computaba con referencia al *escudo*, unidad imaginaria que valía medio peso. En cuanto a las de oro, las *onzas* y *doblones*, valían las primeras 32 escudos; las segundas dos, cuatro, ocho y diez escudos. Componían las de plata, el *peso*, con un valor de dos escudos; la *peseta*, el real y sus fracciones (447). La circulación del peso fuerte fue iniciada con la remesa de 1.350.000 pesos que hizo el Tesoro de la Península para el cambio de la macuquina.

Para esta época el numerario circulante era insuficiente para cu-

443. V. texto del decreto en I/2/115.

444. Bando del gobernador Cotoner, fechado 27 de julio de 1857, reproducido en I/2/116-9. El bando fue leído por el escribano público en los parajes de costumbre, escoltado por una compañía y la banda de música del Regimiento de Valladolid.

445. I/1/168.

446. Prontuario: 342.

447. XXXIII/ abril de 1865.

brir las necesidades del país, razón por la cual continuaba siendo lucrativo el contrabando de moneda extranjera, que había sido estimulado por las criminosas prácticas inducidas por el manejo de una moneda de fabricación defectuosa como la macuquina. El hecho fue que, antes del 67, ya circulaban monedas norteamericanas, mexicanas y francesas, hecho que reconoció el gobierno de la Isla al autorizar su circulación en el 66. Hacia el 70 predominaba la mexicana. Entre las monedas de oro extranjeras, circulaban en la ciudad las «águilas» americanas de veinte pesos de valor, y las piezas de 20 francos franceses y entre las de plata, el «dollar» y sus fracciones y el «napoleón» francés de cinco francos. El 20 de noviembre de 1867 fue aprobada en Madrid la determinación que había tomado el año anterior el gobierno insular de permitir circular la moneda extranjera (448). Y aunque la real orden en cuestión no mencionaba la moneda mexicana, ésta continuaba introduciéndose ilícitamente en crecientes cantidades, hasta que en el 81 recibió su importación sanción legal, mediante un arreglo conocido por el nombre de negociación Hermúa, que, por ciertas oscuras razones, continuó siendo favorable a los contrabandistas (449). Durante un período de aproximadamente un cuarto de siglo, la Isla había sido inundada por más de seis millones ochocientos treinta mil pesos mexicanos, lícita e ilícitamente introducidos.

Circulaban profusamente hacia el 1875 la onza de oro californiana (de 20 pesos), la española (de 16 pesos) y la colombiana del mismo valor, así como las fracciones de las dos primeras: la media, el cuarto y el octavo de onza, siendo el valor de las fracciones de la onza californiana, 10, 5 y 2 ½ pesos, respectivamente, y 8, 4 y 2 pesos el de las españolas (\*).

Por real decreto de 6 de diciembre de 1895 quedó prohibida la circulación de la moneda mexicana, creándose, para sustituirla, una moneda especial, llamada *provincial*, o sea, el peso español de dimensiones y ley idénticas a las de la moneda de cinco pesetas. Ostentaban estas piezas en el reverso el escudo de España, orlado con la inscripción «Isla de Puerto Rico», y el perfil de Alfonso XIII en el anverso. Sus denominaciones principales eran el peso de cien centavos, la pieza de cuarenta centavos, la peseta de veinte, el vellón y sus fracciones, en moneda de bronce. Prometía dicho decreto autorizar la circulación de la moneda provincial de Puerto Rico

448. V. texto de la orden en I/2/146.

449. Real orden de agosto 1.º de 1881.

\* XXIX/90.



en la Península e islas adyacentes. Hízose la recogida del peso mexicano por el noventa y cinco por ciento de su valor nominal, o sea, noventa y cinco centavos por cada peso. Creóse al efecto un billete de canje, para facilitar las operaciones del mismo, redimible por su pleno valor, dentro de un período de tres meses, a contar después de terminado el canje de la moneda mexicana. Admitióse el pago en las transacciones oficiales y privadas por medio de las monedas de oro, nacionales y extranjeras que circulaban legalmente en los dominios españoles, con una prima de veinte por ciento sobre su valor nominal. Realizado el canje, quedaron circulando en la Isla, 6.426.898 pesos de plata provincial y 69.084 en oro (450).

---

450. *Estado de las cantidades invertidas en el canje de la moneda mexicana*, reproducido en 1/7/27. Por orden ejecutiva de febrero 1.º de 1898, la moneda provincial fue canjeada por la americana con un 60% de descuento.





## CAPITULO VI

### LA RELIGION EN LA CIUDAD

#### BOSQUEJO HISTORICO

Al trasladarse la ciudad a la Isleta la organización de la Iglesia católica en la Isla había recibido considerable impulso. Diez años antes habíase erigido la diócesis de la isla de San Juan por virtud de la bula *Romanus Pontifex* y estaban en vigor numerosas disposiciones reales encaminadas a fomentar el culto y las prácticas religiosas de la población, incluyendo la relativa a la erección de una capilla en Caparra. En 1513 llegaba a la Isla su primer obispo, Alonso Manso. Habiendo solicitado don Diego Colón al rey que se estableciera la Inquisición en las Indias, Manso fue nombrado inquisidor el 19 (\*). Habíase también atendido al aspecto económico, contando la diócesis con los diezmos y primicias como su fuente principal, aunque insuficiente, de ingresos.

De manera que cuando la ciudad se instaló en su nuevo asiento los primeros pasos del obispo Manso se encaminaron indudablemente a la tarea de escoger un solar para la Catedral y de enclavar sus cimientos. Graves ocupaciones recayeron en el Obispo al año siguiente, al serle confiada la gobernación de la Isla por don Diego Colón, a la sazón gobernador de la Española (\*\*).

No volveremos a tener noticias fidedignas acerca de la vida religiosa de la ciudad hasta el 1524, cuando el inquisidor general de España, don Alonso Manrique, asignó sueldos a los inquisidores, fiscal, alguacil, escribano y portero del Santo Oficio en las Indias,

---

\* *Autógrafos* publicados por la Duquesa de Berwick, extractados en I/1/134.

\*\* II/175.

correspondiendo al obispo Manso, el de trescientos ducados de oro anuales (451).

En el año 1529 el obispo electo de la Española, don Sebastián Ramírez de Fuenical, en ocasión de una breve estada de trece días en San Juan, escribe al emperador que se había terminado de techar la Catedral; que ésta tenía capacidad para todos los feligreses de la ciudad, aunque su población se aumentara en doscientos vecinos, unos mil habitantes, más o menos, y que se continuaba la fabricación del monasterio de Santo Domingo, ya ocupado por más de veinticinco frailes (452).

Volviendo a referirnos al establecimiento de la Inquisición en la Isla, apuntaremos que no encontró ésta un apoyo decidido en el ánimo de los españoles expatriados en las Indias. A pesar del temible aparato de que se había rodeado el Santo Oficio, los colonos de la Isla murmuraban, sin amedrentarles su cárcel, instalada temporalmente, según una antigua tradición, en el monasterio de los Dominicos (creencia fácilmente explicable, si tenemos en cuenta la Orden regia en España), ni asustarle el sambenito o mísero capote y su ridículo capucho con que se cubría a los penitentes reconciliados. Los colonos, envalentonados por la enorme distancia que los separaba de la Metrópoli y estimulados por la tácita promesa de libertad que les ofrecía el espectáculo de los mares y tierras desiertas del Nuevo Mundo censuraban a su antojo. Contra las habillitas de los rebeldes fulminó el obispo una carta monitoria fechada el 6 de marzo de 1528, dirigida a las autoridades reales y municipales y al pueblo de la colonia, requiriéndoles a cesar toda oposición al Santo Oficio, so pena de excomunión mayor, advirtiéndoles expresamente que se abstuvieran de encubrir o defender a los herejes y a las personas que los protegieran. La carta episcopal debió ahogar las murmuraciones que habían continuado largo tiempo, bien podemos imaginarlo, a la sombra misma de la sala de tormento, cuya existencia, aunque no comprobada por documento alguno, es lógico suponer, ya que sabemos con certeza que hubo en la ciudad un quemadero de la Inquisición (453), permitiéndonos hacor la razonable inferencia que si se practicó la crueldad máxima, nada debió impedir que se consintiera aplicar aquellas torturas que sólo envolvían menor crueldad por el hecho de que no privaban de la vida al peni-

451. Auto del Inquisidor General de España, fechado en Madrid, 24 de diciembre de 1524, reproducido en I/3/146.

452. Carta reproducida en I/5/28 e. s.

453. II/461. Según Torres Vargas el quemadero estaba situado fuera de las murallas, cerca de la puerta de San Cristóbal.

tente. Por otro lado, la cárcel de la Inquisición existía desde antes de mudarse la ciudad a la Isleta (\*). Asevera Miyares y González que existió hasta fines del siglo XVII, destinándose sitio para las sentencias de fuego, cerca del Charco de las Brujas, fuera de las murallas (\*\*).

Ciertos hechos ocurridos durante la incumbencia del obispo Manso nos inclinan a sospechar que el Santo Oficio fue utilizado en San Juan como un instrumento de intereses ajenos a la Iglesia, con el fin, quizá, de sostener el absolutismo político. Nos referimos a aquellas causas civiles arbitrariamente intervenidas por el Tribunal de la Fe. En 1520, mientras se ventilaba un pleito en cobro de dinero, según parece, contra Juan Fernández de Varas, en su calidad de fiador de su hijo, en cierto contrato de arrendamiento por éste celebrado con los oficiales de Real Hacienda de la Española, el Santo Oficio de Sevilla ordena al inquisidor Manso intervenir, exigiendo la inhibición de los tribunales civiles. En el mismo año, mientras el juez de la Gama entendía en ciertos pleitos civiles contra Sancho Velázquez, intervino el inquisidor Manso, dictaminando el arresto de Velázquez y el secuestro de sus bienes. Seis años más tarde, el inquisidor Manso ordenó la prisión, en la cárcel de la Inquisición en la ciudad, del tesorero Blas de Villasante. Hacíale cargo el contador Miguel de Castellanos por octubre y noviembre de 1528 ante escribano público. En una partida Villasante había recibido un tanto por la décima parte de cierto ingreso que tocaba a don Luis Colón; había dispuesto de los indios asignados al conuco real para dedicarlos a trabajar en las minas, y había mostrado negligencia en el cobro de las deudas de un Tomás Castellón, cuya heredera, según reza un documento coetáneo, era su propia mujer (454). Repuesto Villasante por la Audiencia, los oficiales reales dispusieron su salida para España a fin de que se presentara ante el Consejo. Opúsose Manso, amenazando con excomulgar a los oficiales reales si persistían. Al examinar estos hechos, nótese, en primer lugar, que el Santo Oficio, un tribunal expresamente fundado en España para sofocar la heterodoxia, carecía de jurisdicción en pleitos civiles; en segundo lugar, que los acusados en estos casos o eran funcionarios reales o partes en algún negocio en que la Corona estaba interesada, y en tercer lugar, que las gestiones y decisiones del Santo Oficio re-

---

\* II/278.

\*\* IV/21.

454. II/287.

sultaron, al fin y a la postre, ser generalmente favorables a los acusados.

La evidencia documental relativa al tema que nos ocupa, aunque escasa, nos induce a creer que la Inquisición en Puerto Rico, ya fuere por el peculiar efecto morigerador del medio ambiente, ya por el influjo de la natural bondad del obispo Manso, estuvo caracterizada por una relativa lenidad. Así se infiere de la carta del obispo Bastidas al emperador en la que califica el Santo Oficio de la ciudad como una judicatura entre compadres, indicándole, sin rodeos de clase alguna, que, para el bien de la Isla, debiera suprimirse (455). A pesar de la vasta jurisdicción territorial del tribunal inquisitorial de San Juan, que comprendía a todas las Indias, hecho que hace presumir que los autos de fe debieron ser frecuentes, no han llegado hasta nosotros sino en contados casos, los documentos probatorios de la naturaleza de las sentencias y de los castigos aplicados. Sin embargo, un pasaje de la *Descripción de la Isla* por Torres Vargas, quien, al bosquejar el episcopado de don Nicolás Ramos, asevera que al ejercer el oficio de inquisidor el obispo se mostró «severo y riguroso», quemando y penitenciando algunas personas, nos permite creer que tal conducta fue tenida, a juicio del cronista, por excepcional. Numerosos sambenitos y estampas alusivas a los castigos y penitencias impuestas por el Santo Oficio de San Juan, así como listas de los penitenciados, aparecieron colgados de las paredes de la Catedral, para atemorizar a los fieles, a la llegada de los invasores holandeses en 1625.

La severidad del inquisidor Ramos ha quedado comprobada por las declaraciones que bajo su propia firma él hizo a Felipe II (456) al relatarle varios incidentes en el proceso inquisitorial que él siguió a una partida de negros brujos renegados que se dedicaban a celebrar cultos paganos en las inmediaciones de San Juan. El inquisidor hizo azotar y desterrar a algunos de los acusados y compelió a tres de ellos a abjurar. Este documento es de gran valor porque prueba indirectamente que, cuando menos en los tiempos del inquisidor Ramos, se practicaba la aplicación de tormentos y amenazas para compeler a los delincuentes a confesar.

Habiendo reincidido las tres negras que abjuraron, el inquisidor, cumpliendo con ciertos preceptos de ley, relegó la ejecución de la sentencia al brazo seglar, procedimiento equivalente a condenar los

---

455. II/297.

456. Carta fechada en Santo Domingo el 23 de julio de 1594, reproducida en I/3/48 e. s.

acusados a la hoguera (457), tocándole actuar, como lo veremos en seguida, al gobernador Diego Menéndez de Valdés. A este respecto escribió el inquisidor Ramos en la carta ya citada :

diego menendez no fue mas que executor de lo que yo le mandé y como mero executor so Pena de excomunión sin pedirme cuenta del proceso estaba obligado a executar y hacer Justicia so pena de quedar descomulgado.

Es significativo el hecho de que a la cruelísima severidad del obispo Ramos siguiera la decisión de privar, en 1589, al obispo de San Juan, del oficio de inquisidor general de las Indias, quedando la Isla sometida a la jurisdicción del Santo Oficio de Cartagena de Indias (458). Puede haber influido en esta decisión un incidente del juicio de residencia del gobernador Menéndez Valdés por su sucesor, el coronel Pedro Suárez. Habiendo éste referido al Consejo de Indias su dictamen relativo a la ejecución de la sentencia del Santo Oficio por el dicho Menéndez Valdés, celebrado en el caso de los negros brujos a que nos hemos referido antes, mediante el cual se demandaba la retribución por el gobernador del valor de las esclavas quemadas, el inquisidor Ramos, instalado ya en su nueva diócesis de Santo Domingo, conminó a los amos de las esclavas y al juez residenciador a que desistieran de su empeño, considerándolo *ipso facto* excomulgados. Alegaba el obispo Ramos que el coronel Suárez acobardaba con sus actuaciones a los jueces reales para que no osaren ejecutar las órdenes de los inquisidores; que Suárez no disponía de un asesor letrado, y a renglón seguido fulminaba una severa censura del régimen militar que imperaba en la colonia borinquense, cuando escribía :

Es una gran falta pensar que con sola las armas se a de gobernar la República, pues las letras son de tanta o mas ymportancia...

Parece razonable pensar que cuando el Real Consejo de Indias consideró esta delicada cuestión, prometedora de futuros conflictos entre las autoridades militares y las eclesiásticas de la Isla, se ventilaran allí opiniones que llevaran al ánimo de los funcionarios com-

---

457. Havet: *L'Hérésie et le bras séculier au moyen âge...* (Œuvres complètes, vol. II, Paris, 1896).

458. X/302.

petentes la conveniencia de suprimir el Santo Oficio en San Juan, como realmente se hizo muy poco tiempo después.

Subsistió, sin embargo, en San Juan, durante más de un siglo el cargo de Comisario de la Santa Inquisición. En 1770 el gobernador don Miguel de Muesas ordenaba a los tenientes a guerra de la Isla que obedecieran a dicho funcionario y que le prestasen todo el auxilio y ayuda que les pidiera, «so pena de castigarles como haya lugar» (\*). Lejos de restringirse la jurisdicción del Tribunal del Santo Oficio, en el 66 se dispuso que él conociera privativamente del delito de poligamia, insistiéndose en ello en el 88, a fin de evitar competencias entre las jurisdicciones real, eclesiástica y del Santo Oficio (\*\*).

Fruto de las revolucionarias Cortes generales y extraordinarias reunidas en la Isla de León el 24 de septiembre de 1810, la abolición de la Inquisición en todas las Españas fue decretada el 22 de febrero de 1813, habiendo estado en vigor en Puerto Rico durante 294 años. El Ayuntamiento de la ciudad dirigió a Fernando VII una comunicación felicitándole y pidiéndole que aceptara benigneamente las gracias «que rinde a V. M. como nuevo testimonio del sumo aprecio y profundo respeto que siempre ha tributado a sus obras admirables» (\*\*\*). Sin embargo, durante la reacción absolutista de 1823, lograron los realistas restablecer la Inquisición, funcionando arbitrariamente bajo el nombre de Juntas de Fe, que actuaron durante varios años. Al revivir el gobernador Miguel de la Torre el *Directorio* de Muesas, en 1826, mantuvo en vigor las disposiciones concernientes a la Inquisición, pero sus efectos fueron débiles, como correspondía a una institución agonizante, que había de extinguirse por completo.

Las intenciones sinceramente moralizadoras que animaban al obispo Manso quedaron puestas de relieve en la campaña contra la usura que emprendiera en 1533. Las condiciones de la libre contratación parecían intolerables al buen pastor, aunque en verdad muchas de ellas no sorprenderían a los hombres de nuestro propio tiempo: vendíase a pregón animales y esclavos por las calles y plazas, ya fuere de contado, ya a crédito, aumentándose el precio, en el segundo caso, a medida que se extendía el plazo; exigíase precios excesivos en las ventas a crédito; hipotecábanse casas y esclavos,

---

\* Muesas: *Directorio General*, en I/1/107.

\*\* Reales Cédulas Nos. 270 y 571 de 8 de septiembre, 1766 y 10 de agosto de 1788, respectivamente.

\*\*\* Carta reproducida en I/7/380-381.



disfrutando el acreedor de los servicios del esclavo, y corriendo el deudor (como en nuestros días) todo el riesgo; ejecutábanse las hipotecas, obligando a los deudores a incurrir en grandes gastos, perjudicándoles gravemente, de todo lo cual se suscitaban discordias, «juramentos falsos, destrucción en lo espiritual y temporal» (459).

Habiendo fallado la campaña regeneradora emprendida en el púlpito por el obispo y los predicadores del monasterio de Dominicos, publicó el prelado un edicto, el 20 de enero, exigiendo, dentro de cierto término, la presentación ante él o su provisor, de los usureros, para que confesaran sus pecados y recibieran el merecido castigo. Naturalmente, nadie acudió al ingenuo llamamiento. El hecho, censurable si acaso, por el fundamento senilmente simplista del criterio de un hombre que ejercía la primera autoridad moral en el país, es de interés como exponente del espíritu y de las costumbres de aquellos tiempos.

Muerto el obispo Manso en 1539, sucedióle en el 40, a propuesta de la Audiencia de la Española, el obispo de Venezuela, don Rodrigo de Bastidas. Distinguióse el obispo Bastidas por haber señalado al Consejo de Indias, en 1544, la conveniencia de fundar en San Juan una cátedra de gramática; por haber impulsado del establecimiento del sacerdocio nativo en América, ordenando en la Catedral, por primera vez en el Nuevo Mundo, cuatro tonsurados procedentes de familias criollas (\*); por las observaciones sagaces que hacía a las autoridades de la Metrópoli acerca de la administración pública en la Isla; por haber convocado la primera junta del clero insular o sínodo diocesano, en 1548, para ordenar y reglamentar la marcha de los asuntos eclesiásticos, y por haber combatido la prosperidad material de la comunidad de dominicos, fomentada en detrimento de la espiritual, cuando la denunció a Carlos V por poseer «estancias, vacas, ganados, negros e indios» y por proyectar, como si todo eso no hubiera sido bastante, la instalación de un ingenio de caballos (460).

En 1559 dióse énfasis a otro aspecto del sectarismo militante, redoblándose la vigilancia para evitar se introdujeran luteranos, moros, judíos y libros de doctrina heterodoxa, especialmente los publicados por los luteranos. Como la censura de la letra impresa era entonces una función inquisitorial, establecióse la práctica de visitar e inspeccionar las naves que llegaban al puerto por un representante

459. II/182.

\* Agustín Navarrete ("Borinquen", vol. V, pág. 257), citado por E. T. Blanco en "La Catedral de San Juan Bautista de Puerto Rico" ("Alma Latina", julio de 1936).

460. Carta al emperador, fechada en septiembre 1.º de 1548, en I/8/106.

del Santo Oficio, quien procedía como lo hemos visto en un capítulo anterior (\*).

Al terminar la vacante de catorce años ocurrida en la sede de San Juan, comenzada en 1589, llegamos al siglo XVII. Sin detenernos en los acontecimientos de menor importancia que ocurrieron en la diócesis de San Juan durante los primeros cuarenta y cuatro años de dicho siglo, pasamos al 1645 para considerar detenidamente los resultados del sínodo diocesano celebrado en el mes de mayo de dicho año por convocatoria de fray Danián López de Haro, Obispo de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, a cuya diócesis estaban agregadas las islas y provincias sudamericanas de la Margarita, Cumaná, Cumanagote, Santo Tomé de la Guayana, la Trinidad, la Nueva Andalucía, la Nueva Barcelona, San Felipe de Austria y las islas de Barlovento (Barran, Santa Cruz, las Vírgenes, San Martín, Angilla, El Sombrero, San Vicente, Eustasia, Saba, San Cristóbal, Nieves, La Redonda, Monserrate, Illon, Itaria, La Barbada, Guadalupe, Deseada, Marigalante, Todos los Santos y Dominica). Llevóse a cabo el sínodo con la mayor solemnidad imaginable, en la catedral de San Juan, durante los días treinta de abril y primero y dos de mayo, asistiendo todos los sacerdotes de la Isla, dean y Cabildo eclesiástico, comisarios del Ayuntamiento y Cabildo secular de la ciudad, los procuradores de las demás clerecías, islas y provincias que formaban parte de la diócesis de San Juan y un gran concurso de otras personas. Fue precedida tan solemne ocasión por tres días de ayuno con oraciones y limosnas, confesión y comunión, preces, letanías e imponentes actos dispuestos en el Ceremonial y Pontifical Romano, para implorar las gracias y auxilios del Espíritu Santo. Convocada esta junta de sacerdotes en vista del hecho de que la diócesis no tenía constituciones sinodales o código eclesiástico diocesano, ni memoria de haberse celebrado sínodo en la ciudad (461), su misión consistió en redactar y promulgar, para llenar ese vacío, una serie de disposiciones o acuerdos, tocantes al servicio de Dios, culto divino, reformación de las costumbres, saneamiento del procedimiento judicial eclesiástico y buen gobierno del Obispado de San Juan.

Fruto de las labores de aquella magna asamblea fueron las *Constituciones Sinodales* publicadas en Madrid en 1647, un verdadero código eclesiástico, compuesto de 185 artículos, llamados «cons-

\* V. la página 92.

461. Sin duda los papeles referentes al sínodo celebrado en tiempos del obispo Bastidas fueron destruidos en la quema de la ciudad por los holandeses, en 1625.

tituciones» en el texto (462). Es este, sin duda alguna, el documento más notable relacionado con la historia de la ciudad en el siglo XVII que ha llegado a nuestras manos, por cuanto revela, con gran riqueza de detalles, la posición teológica, jurídica y política de la Iglesia en aquel tiempo, conteniendo numerosísimos datos acerca de los cultos, interno y externo, y de sus fundamentos teológicos; doctrinación de blancos e indios; reglamentación religiosa de la grey, del clero y de las cofradías; administración eclesiástica, finanzas de la Iglesia y construcción de templos.

En cuanto al primer punto, nos enseña este libro que no ha ocurrido variación alguna en los elementos esenciales o fundamento teológico de los cultos interno y externo. Estatuye la obligación de los amos de los esclavos, de los encomenderos de los indios y de los curas de doctrinar, respectivamente a sus servidores y feligreses, pudiendo los curas, por buena razón, delegar en los sacristanes, quienes enseñaban la doctrina todos los domingos, después del mediodía, y todos los días de cuaresma, después de la Salve; prohibía a los párrocos y doctrinarios cobrar estipendio alguno por la administración de los sacramentos; exigía a los doctrineros conocer el idioma de los indios que fueran a doctrinar, mantener escuela pública para sus hijos y visitar a los indios enfermos y especialmente a los moribundos; aconseja a los párrocos la benevolencia en el castigo de los indios, excluyendo expresamente la encarcelación por ellos o sus encomenderos, para evitar que los así castigados se suicidaran o volvieran al paganismo; prohíbe a los párrocos el trato o contrato con los indios para fines de beneficio pecuniario; imponía a los indios la obligación de celebrar, como fiesta de precepto, todos los domingos, más once días que enumera, empezando con el primer día de Pascua de Navidad y terminando con la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, incluyendo el día de San Juan Bautista; imponía, además, una multa de veinte pesos a los amos de los indios que les obligaran a trabajar en esos días; declaraba que los indios no podían ser forzados a trabajar contra su voluntad, si no era en el servicio que estaba tasado y determinado por las leyes; mandaba que donde hubiere encomienda de indios se construyera iglesia o ermita a costa de los encomenderos, quienes dedicarían a dicho fin no más de la cuarta parte de los frutos de la encomienda durante cada año que durare la fábrica del templo; prohibía a los negros y mulatos residir

---

462. Una reimpresión fue ordenada en 1920 por el obispo de Puerto Rico, Mons. Guillermo A. Jones, publicándose por la imprenta del Seminario de San Juan, un libro de 170 páginas.

en los pueblos y estancias habitados por los indios; prohibía el bautismo de negros e indios adultos que no estuvieran catequizados y, a los que permanecían en este estado, se les prohibía dedicarse al oficio de pescar perlas; ordena catequizar a los bozales tan pronto llegaban al país, cerciorándose los visitadores si los negros habían recibido el bautismo, rebautizando a aquellos individuos cuyos casos ofrecían dudas.

En cuanto a la reglamentación religiosa de la grey, la disposición que choca más abiertamente con las costumbres de nuestro tiempo es la que imponía a los curas la obligación de asentar en un libro o padrón los nombres de sus parroquianos que hubiesen cumplido con el precepto pascual y los de aquellos que, por malicia o descuido, hubieren faltado a él, debiendo el fiscal eclesiástico exigir la comparencia de éstos ante el provisor. La Iglesia ofrecía toda clase de oportunidades a los abstinentes para enmendarse, pero amonestaba a los remisos, castigaba con excomunión mayor a los rebeldes y con excomunión de anatema e invocación del brazo seglar, a los incorregibles. Hacía inscribir el nombre y apellido de las personas excomulgadas por esta o cualquier otra causa, en una tablilla colocada en sitio visible de las iglesias de la ciudad, exigiéndose a los párrocos o sacristanes leer en voz alta los nombres allí inscritos durante la misa mayor, para que el pueblo los conociera y se guardara de tratar con ellos. Otra disposición extraordinaria aprobada por el sínodo a que nos referimos, limitaba, de conformidad con el espíritu de una pragmática de 1624, la provisión de escuelas de gramática en la Isla a la ciudad de San Juan exclusivamente, debiendo haber una sola, adjunta al Seminario. En 1649 el colegio tenía 24 estudiantes de gramática y 12 artistas (463).

A pesar de su vasta extensión geográfica, la diócesis de San Juan era pobre. En ningún año, desde su fundación hasta el 1645, las rentas del Obispado llegaron a doscientos cincuenta mil maravedíes o sea la mitad de lo que para alimentos estaba señalado a los obispos. Tan escasos eran los ingresos, que el sínodo de 1645 impuso a las islas y provincias de la diócesis la obligación de costear los gastos de viaje incurridos en las visitas pastorales, ya fuere de fondos públicos, ya fuere a prorratio entre los feligreses, disponiéndose que cuando la visita se extendiera a todo el ámbito de la demarcación, los gastos de viaje se repartieran por partes iguales entre la isla Margarita y la provincia de Cumaná.

---

463. Gil González Dávila: *Teatro Eclesiástico de la Primitiva Iglesia de las Indias Occidentales*, 1649, pág. 283. (Estudiaban los "artistas" latín y retórica).

En el siglo XVIII los vecinos se habían encargado voluntariamente del sostenimiento de las iglesias y del curato, aunque cumpliendo su cometido tan negligentemente en algunos pueblos de la Isla, que el gobernador Muesas ordenó en 1770 a los tenientes a guerra que compelieran a los vecinos a que proveyeran «todo lo necesario a la mayor decencia del culto divino» y que satisficieran a los curas sus rentas, «apremiándolos y ejecutándolos sin estrépito, ni figura de juicio» (464).

Sin embargo, continuóse abrumando a los vecinos, a tal punto que en 1795 el propio obispo de Puerto Rico, don Francisco de la Cuerda, remitió al Gobierno central un informe sobre los gravámenes que sufrían los feligreses para las atenciones de sus respectivas iglesias. El informe fue referido a la Junta de Real Hacienda de Puerto Rico a fin de que se estudiara la manera de suprimirlos, indicándose una forma de contribución más adecuada (465). No obstante, la situación no fue remediada. Durante la primera década del siglo XIX, los vecinos continuaban pagando el salario anual de 330 pesos del párroco y sacristán de cada iglesia parroquial; las obvenciones o réditos de estola por la administración de los Sacramentos y demás funciones parroquiales, tales como entierros, aniversarios, derechos de túmulo (erigidos para la celebración de honras fúnebres), volaciones, matrimonios, misas cantadas, procesiones, vísperas, etc. (466). El arancel de los derechos parroquiales y eclesiásticos, aprobado por el sínodo de 1645, fijaba los derechos por entierro solemne en 58 reales de plata; por un entierro llano, 18 reales de plata; por el entierro de menor de siete años, 18 reales. Cada uno de los clérigos del acompañamiento, si revestidos de sobrepellices, recibía tres reales de plata, y sólo dos reales por asistir a la Vigilia y Misa cantada de un entierro. Acostumbrábase también en la ciudad pagar una limosna de cinco reales de plata por cada misa rezada. Exigíase a los vecinos costear con su trabajo y expensas la edificación de las iglesias parroquiales, así como conservarlas, adornarlas y alhajarlas de oro y plata, sin recibir por ello el auxilio de fondos reales señalado en las Leyes de Indias.

Al refundirse los diezmos en la contribución del Subsidio, en 1815, se dio el primer paso para modernizar el sistema económico de la Iglesia. Desaparecidos temporalmente los diezmos como con-

464. *Directorio General* por Miguel de Muesas, art. 1.º apartado 6.

465. Real Cédula N.º 716, de 18 de octubre de 1798.

466. Informe dado por el alcalde don Pedro Irizarri al Ayuntamiento de la Capital, año 1809, en XI/11.

tribución directa para su sostenimiento, desaparecieron los colectores encargados de la pintoresca y primitiva misión de recaudar por las llanuras y montañas el tributo en especie, entre otros, de los labradores de la tierra, los criadores de animales y los que con sus propias manos cosechaban el fruto de los árboles, o hacían el pan de cazabe o de maíz. Tocóle entonces a los Ayuntamientos pagar la contribución de curas y sacristanes, y a Real Hacienda satisfacer la asignación fija por los conceptos de personal y de fábrica. Continuó, sin embargo, el Cabildo eclesiástico percibiendo y administrando las primicias, probablemente la más antigua de las formas de contribución eclesiástica establecida en la Isla.

En 1858 la reina Isabel II decidió que era indispensable abolir el sistema contributivo de la Iglesia en Puerto Rico y promulgó una real cédula mediante la cual cesaba ésta como agente recaudador de los ingresos que todavía administraba, asumiendo el Estado la obligación de sostenerla totalmente por medio de asignaciones fijas en el presupuesto insular (467). Al efecto, hízose cargo la Real Hacienda de la recaudación de las primicias, del pago de las asignaciones señaladas por los conceptos de personal, fábrica y demás atenciones del culto divino. Contábanse entre éstas una de 12.000 pesos anuales como única renta del Obispo de Puerto Rico, disponiéndose que ingresaran en el Tesoro cualquier otro emolumento de la mitra; 3.000 pesos al dean del Cabildo de Catedral; 2.500 a las Dignidades, 2.000 a los canónigos; 1.500 a los racioneros y 1.200 a los medio racioneros.

Asignáronse en total 37.000 pesos anuales para el sostenimiento de la Catedral, repartidos como sigue: 22.600 pesos para su Cabildo, 6.000 para ministros inferiores y subalternos, 3.000 para la conservación del edificio, 4.000 para la capilla de música y 2.300 para la parroquia del Sagrario, creada por dicha real cédula en sustitución de la antigua parroquia capitular (468). Suprimiéronse las obveniciones parroquiales o derechos de estola o pie de altar, sustituyéndose por una partida fija de cien mil pesos que sería repartida entre todos los pueblos de la Isla, en proporción a su riqueza y con arreglo a las normas adoptadas para el repartimiento del subsidio.

El sistema, sujeto a alteraciones en cuanto al importe de las dis-

---

467. V. el texto de la real cédula de 20 de abril de 1858, en I/8/224 c. s.

468. Los gastos autorizados para la Catedral en el presupuesto del año fiscal de 1890-91, sumaron 38,400 pesos. El hecho de que el presupuesto de instrucción pública de la ciudad de San Juan para el año 1894-95 arrojara un total de 27,432 pesos, debe auxiliar, con singular virtud, a los que se afanan por obtener una interpretación precisa de los ideales y propósitos del antiguo régimen en el siglo pasado.

tintas partidas, estuvo en vigor hasta el cambio de soberanía, no habiendo funcionado tan eficazmente como lo esperaron sus autores. Once años después de iniciado, afirmaba el brigadier Luis Padial en su inolvidable interpelación en las Cortes Constituyentes, que las iglesias estaban casi arruinadas (469).

## LA CATEDRAL DE SAN JUAN

Habíamos empezado a relatar la historia de la Catedral de San Juan cuando recordamos, al principiar a elaborar el tema que nos ocupa, que el obispo Manso eligió un solar para dicho templo en el año 1521. Asevera Coll y Toste que se levantó en él un ranchón de madera techado de paja, y aunque no cita la fuente informativa de donde tomó este dato, la evidencia circunstancial confirma ampliamente su aserto (470). Cinco o seis años más tarde, la tormenta de 4 de octubre de 1526 derribó la iglesia, que era indudablemente el edificio de madera a que se refiere Coll y Toste. Comenzada poco tiempo después la reedificación, terminóse de techar en 1529, estando de paso en la ciudad el obispo Fuenleal. El nuevo edificio estaba construido de tapias en 1530, según el testimonio de nueve declarantes en la información tomada a los vecinos de la ciudad por el gobernador Lando (471). En 1533 el obispo Bastidas ordenó que se aplicara a la fábrica de Catedral la suma de 4.000 pesos que, como resultado de la investigación de las cuentas de la Iglesia que él practicara, fue declarada como un alcance o saldo deudor del obispo Manso. De modo que entre los años 1528 y 1539 había levantado el templo de tapias, madera y tejas que dejara a su muerte el obispo Manso. Estando por esta causa la sede vacante, acordóse por el Cabildo eclesiástico y los oficiales reales, en 1539, reconstruir de cantería parte del templo, para librarse de las continuas reparaciones de la obra de madera a que les obligaba las condiciones del clima (472). El acuerdo se comenzó a ejecutar en agosto o septiembre de 1540 (473) por el lado este del edificio, que

---

469. V. el discurso de interpelación en la sesión del 13 de noviembre de 1869, en I/4/33 c. s.

470. I/10/341.

471. Cartas y Relaciones Históricas y Geográficas sobre Puerto Rico, 1493-1598, compiladas por R. W. Ramírez de Arellano, págs. 20 a 35.

472. II/328.

473. V. carta de ciertos miembros del Cabildo Eclesiástico al Emperador, año 1542, en II/324.

incluía la torre, pidiendo el obispo Bastidas, en 1543, una limosna al rey para continuarlo. Utilizóse para la obra la piedra de una cantera situada cerca del ingenio de agua llamado la Trinidad, a la orilla del río Toa, piedra «muy buena, blanca y liza» (474). En 1544 se suspendió la fábrica por falta de fondos (475). En tiempos del dicho obispo (1542-67) debió construirse, o por lo menos comenzarse, la capilla mayor, según opinión de Torres Vargas (476), fundada en el hecho de que en el testero principal de dicha capilla estaban labrados en piedra los escudos de armas de Carlos V y del obispo Bastidas. El propio prelado escribía al emperador, en 1548, que él llevaba ya invertidos seis mil castellanos en el edificio perpetuo, queriendo evidentemente decir, obra de piedra (477). Un año después esta parte del edificio llegaba a la altura del cornisamento, todo de cantería, perfectamente construido (478). Suspendiéronse las obras al terminarse las dos capillas laterales inmediatas a la mayor. Reanudáronse, ocupando la sede fray Diego de Salamanca (1577-87), quien edificó a sus expensas las gradas que miran a la caleta de San Juan. Refiriéndose a la penuria del templo, escribía dicho prelado a Felipe II de España :

...La pobreza desta yglesia es tan grande que sin duda movería a compasion a vuestra magestad y a quien la viere, tan de cerca como yo, aunque de diez años a esta parte vuestra magestad le a hecho merced de tres mil ducados librados en bienes de difuntos ynciertos y no le ayudan porque los juezes oficiales de la casa de la contratación de sevilla no le an dado ni un maravedi, diziendo que no los ay: suplico a vuestra magestad por Reberensaia de dios, sea servido hazerle alguna merced, con efecto a mandar le aya en lo que vuestra magestad le a hecho (*¿los tres mil ducados a que se refiere antes?*) que bastaria para Repararla aora y si se dilata no bastará despues mucho mas cantidad para hazerla de nuevo, demas que no ay frontil ni casulla ni alba ni mantel para cubrir el altar que no esté echo pedazos, ni libro del Recado nuevo para el coro, ni alta, ni organo, ni cosa que pueda suplir la falta de prebendados y clérigos, ni los mismos al-

---

474. Memoria de Melgarejo, año 1582.

475. I/8/105.

476. II/460.

477. Ibid. 334.

478. Ibid. 335.



canzan un bribario, pues con dos o tres Rezan los mas... (479).

Afirma luego el obispo que las rentas de la Catedral no bastaban para comprar vino, harina y cera para decir misa, ni aceite para la lámpara del Santísimo Sacramento, teniendo que emplear también dichos ingresos en sustentar los esclavos donados por el rey para edificar el templo, de los cuales veinte estaban inútiles por su avanzada edad.

Sin embargo, en los diez años siguientes progresó la construcción del edificio considerablemente, si hemos de juzgar por el testimonio del cronista inglés Layfield, quien escribe en 1598 al respecto :

La iglesia catedral es tan buena como cualquiera de las catedrales de Inglaterra y tal vez mas perfecta y mas hermosa : tiene columnas proporcionadas formando dos naves laterales y la nave principal llega hasta el altar mayor. Es mas oscura que las iglesias comunes en las provincias inglesas, pues tiene pocas ventanas, muy estrechas y sin vidrieras, como estan todas las ventanas de la población. La mayor cantidad de luz se recibe por las puertas, dando la puerta principal hacia el mar, desde ella se distinguen los barcos entrando y saliendo... las otras dos puertas estan al lado de la principal. Hay otra lateral que conduce a la casa de los obispos, y otra que lleva al coro... La silla del obispo está levantada tres pies sobre los demás y hecha a propósito. A cada lado se ven asientos para seis prebendados y sitios para cantantes y coristas... A cada lado de la puerta del coro hay un pobre confesionario, sobre el organo esta levantado el púlpito, bastante bueno y en lugar apropiado. A cada lado de las puertas laterales hay una pila de agua bendita... En el rincón suroeste, cerca de la puerta principal hay una hermosa pila bautismal, muy bien trabajada y adornada. Además de la imájen de San Juan hay otras cuantas, en particular urnas, habiendo prohibido su Señoría (*el Conde de Cumberland*) despojarlas (480).

La anterior descripción tiene el mérito de informarnos que el templo en el año 1598 se ajustaba en sus líneas generales al plano del edificio actual : una nave central que, arrancando desde la puerta

479. V. el texto completo de esta carta en I/11/199.

480. I/5/52.

principal, llegaba hasta el altar mayor, flanqueada por dos naves laterales. A pesar de que el autor guarda silencio con respecto a la clase de los materiales empleados en edificarlo, sabemos con certeza que en su tiempo, aproximadamente la mitad oriental del edificio, hasta el crucero, incluyendo las dos capillas laterales cercanas a la mayor, sólo estaba construida de piedra. Desde el crucero hasta la fachada occidental los muros exteriores eran de tapicería.

Durante el siglo XVII la Catedral recibió varios donativos considerables. En 1609 el obispo Martín Vázquez de Arce le dejó al morir su fortuna de veinte mil ducados, aunque poco aprovechó para las obras del templo, porque cuando el Cabildo hubiera podido tomar posesión de ellos, ya estaban repartidos entre los prebendados (481).

En 1615 Felipe III concedió cuatro mil ducados para reparar los daños causados al templo por el huracán del 12 de septiembre de dicho año, destechándolo parcialmente. Con esa suma, junto con ciertas cantidades aportadas por los prebendados, se reparó el crucero o espacio en que se cruzan la nave mayor y la transversal, construyéndose con este fin un arco y dos pilares (482).

Al llegar a este punto en los anales de la construcción del templo, debemos referirnos a la instalación, en fecha desconocida, durante la segunda mitad del siglo XVI, de una estatua de alabastro del obispo Manso, a cuyos pies yacía un cordero, colocada en un nicho al lado derecho del Evangelio (483). Aunque Torres Vargas no hace comentario alguno acerca del mérito artístico de dicha estatua, parece razonable suponer que lo tuvo, debiendo haber sido esculpidas, sin duda alguna, en Europa. El hecho tiene importancia en la historia artística de la ciudad por tratarse de la primera pieza de estatuaria que poseyó. Desgraciadamente, el monumento fue destruido por los holandeses en 1625.

Dos años después el obispo poeta don Bernardo de Balbuena legó sus bienes, que debieron ser cuantiosos por haber llegado rico al país, con el encargo, según afirma Torres Vargas, de que se edificase, como en efecto se hizo, una capilla a San Bernardo para Sagrario de la Catedral, dotando la lámpara de aceite que pudiera gastar cada año (484). Siguieron otros donativos de los obispos López Agurto de la Mata y fray Alonso de Solís, que fueron sin duda empleados, en 1641, a solicitud del gobernador Iñigo de la

---

481. Torres Vargas en II/461-2.

482. II/463.

483. II/459.

484. II/463.

Mota Sarmiento, en la reconstrucción del crucero, aprovechándose las obras que en él se habían hecho en el 15. Al ejecutarse estas obras, deseándose ampliar las gradas del altar mayor, se demolieron las bóvedas situadas a ambos lados de dicho altar que guardaban los restos del obispo Manso y los de Vázquez de Arce, colocándose las cenizas en el mismo altar mayor, al lado de la epístola (485).

En 1644 el cuerpo del templo, desde el crucero hasta la puerta principal, estaba construido de buenas maderas; tenía un retablo pobre y el atrio estaba cercado de muros de piedra, adornado por unas cuantas palmeras (\*).

De acuerdo con Miyares y González, la parte del templo comprendida entre el crucero y la fachada principal (oeste), estuvo en el suelo desde mediados del siglo XVII, porque

sospechando alguna ruina los señores Prebendados de aquel tiempo, y esperanzados en levantarla en mejor forma la deshicieron, y se fue quedando en esperanza su fábrica... (486)

hasta que, como veremos más adelante, se procedió a la reconstrucción. No obstante el estado de atraso en que se hallaba la edificación del templo para esta época, el rey había reconocido la importancia de nuestra Iglesia Matriz, concediéndole un escudo de armas, consistente de un cordero con diadema, atravesado con una cruz y colocado sobre unos islotes, orlado todo por un círculo, teniendo por lema *Joannes est nomen ejus* (487).

Otra capilla, la de los Santos Mártires, fue construida durante la prelación del obispo Benito de Rivas, entre los años 1664 y 68. La quinta, edificada entre los años 1706-1713, por el canónigo don Juan de Ribafrecha, fue dedicado a la Virgen de los Dolores (488).

Llegados al siglo XVIII encontramos el templo, durante los primeros años del mismo, como lo describe Miyares y González en el pasaje ya citado. Apenado por su lastimoso estado, el obispo Pedro Miguel de la Concepción y Urtiaga logró conseguir la ayuda del gobernador Granados, procediendo a la reedificación desde el crucero hasta la fachada principal entre los años 1706 y 1708. Cubrióse con tejas la parte reedificada, para lograr cabalmente lo cual, el

---

485. II/462.

\* Carta del obispo Damián López de Haro a Juan Díaz de la Calle, de 27 de septiembre, 1644, en I/4/81-87.

486. IV/60.

487. Torres Vargas en I/4/263.

488. IV/60.

celoso prelado hubo de despojar su propia casa de algunas tejas. Hacia el último cuarto de esta centuria encontramos que el templo contaba con dos órdenes de capillas «muy decentes» (489), constando cada uno de dichos órdenes, uno en el costado norte y otro en el costado sur, de tres capillas, siendo la sexta y última levantada por el obispo Mariano Martí hacia 1768, no habiéndonos sido posible precisar la fecha. Consérvanse en nuestros días las tres del costado sur: la de San José, la Inmaculada Concepción y las Animas, habiendo desaparecido las del norte, con excepción de la Providencia, estando ocupados los espacios correspondientes a las otras dos por el baptisterio y el vestíbulo noroeste. A mediados del siglo a que nos estamos refiriendo, utilizábanse en la Catedral doce altares (\*).

En 1775, escribe Miyares y González, que el templo había sido ideado «con todos los reales de la arquitectura gótica» y agrega que la bóveda de la capilla mayor estaba repartida en lazos de bastante primor, conservándose el mismo estilo en el crucero, pero compelidos sus sacerdotes por la necesidad de celebrar el culto y por la falta de medios, decidieron cubrirla con un techo de madera y tejas. En ese mismo año proyectábase el abovedado desde el crucero hasta la fachada oeste, y la construcción del nuevo coro. Estaba construido el cuerpo inferior de la torre, comenzado, sin duda, desde el siglo XVI; la sacristía mayor servía también de sala capitular. Continuaba considerándose como provisional cuanto se había hecho para cobijar el edificio, desde el crucero en adelante, hasta fines del siglo XVIII. En 1785 se preparó un presupuesto para la reedificación total, montante a poco más de 75.000 pesos, cantidad que no estaba disponible, a juzgar por una real orden expedida en agosto de 1789, disponiendo que se redujeran los reparos de la Catedral «a sólo lo muy preciso».

Habiendo fracasado todas las gestiones que se hicieron durante más de veinte años para realizar las obras de Catedral con cargo a la Real Hacienda, decidióse, dentro del primer lustro del siglo XIX, apelar a los recursos locales, ordenándose por el gobernador don Toribio de Montes, de acuerdo con una afirmación de don Pedro Tomás de Córdoba (490), la imposición de un arbitrio de un maravedí sobre cada libra de pan amasado en la Provincia. Comenzadas las obras, sufrieron una interrupción durante la administración del go-

489. III/213.

\* *Relación Verídica*, etc., (anónima) año 1747, reproducida en I/5/148-193.

490. *Memorias*: Vol. III, pág. 164.

bernador Meléndez, quien dispuso del producto del arbitrio sobre el pan, en 1811, para ensanchar la Real Cárcel, situada a espaldas de la Casa del Cabildo (491). Atendiendo a una solicitud del Cabildo de Catedral, dicho tributo fue de nuevo destinado a su primitivo fin por orden de las Cortes generales y extraordinarias, dictada el 2 de septiembre de 1811, fijándose el arbitrio en dos cuartos en libra de pan (492).

Exactamente qué obras fueron realizadas con el producto de este tributo nos ha sido imposible determinar. Sólo sabemos que fue insuficiente para dar cima a la obra y que ésta permaneció inconclusa, adoleciendo aún de las averías ocasionadas por los temblores de 1787, hasta después de haber llegado al país, en 1849, el obispo Gil Esteve. Animado por el ferviente deseo de terminar la tarea comenzada hacía más de cuarenta y cinco años por el gobernador Montes, monseñor Gil Esteve procedió con extraordinaria rapidez, logrando, menos de un mes después de su arribo, que se nombrara una junta presidida por el gobernador Pezuela para entender en la reedificación parcial del templo. Como primera providencia para allegar fondos, dispuso la Junta la venta en pública subasta del solar adyacente a la catedral y propiedad de ésta, que había ocupado el antiguo cementerio. Según informes suministrados por el historiógrafo don Enrique T. Blanco, la subasta produjo 18.818 pesos macuquinos; el proyecto de las obras, concebido dentro del estilo toscano, fue confiado al comandante de ingenieros don Manuel Soriano y su ejecución al arquitecto y maestro de las obras de fortificación, don Manuel de Zayas. Construyóse una nueva capilla mayor de mampostería, la bóveda de ladrillos del crucero, de forma elíptica, y su cúpula con linterna. Hízose de sillería la ornamentación arquitectónica de las nuevas edificaciones; ampliósse el ábside, instalándose en su semicírculo posterior el coro de los canónigos y un maciso facistol, detrás del altar mayor; flanqueáronse las dos tribunas del crucero con ocho elegantes columnas de estilo dórico, destinándose una de dichas tribunas al órgano y la otra a la orquesta; edificóse una nueva sacristía detrás de la tribuna norte del crucero, sobre la cual se instaló la sala capitular, levantóse un nuevo altar mayor de mármol blanco, coronado por una hermosa figura de bulto de la Inmaculada y flanqueada por las de San Pedro y San Juan Bautista; hermoseáronse los pavimentos y la obra de madera e hierro. Construyóse el cuerpo superior de la torre, reedificándose en 1867

---

491. V. I/12/84 y I/6/316.

492. XXXV1:91.

a consecuencia de las averías que sufriera por los temblores de dicho año (493). Después de decorarse el templo en 1850, se llevó a cabo su solemne apertura al culto, en 1852 (494). Al año siguiente fue abierta la puerta, en una de las dependencias del templo, que le da salida a la calle de San José.

## EL MONASTERIO DE LOS DOMINICOS O DE SANTO TOMAS DE AQUINO

En un amplio solar situado en la parte despoblada al norte de la ciudad, donado por Juan Ponce de León a la Orden Dominicana (495), que colindaba con el suyo propio, empezaron a clavarse los cimientos del monasterio en una fecha aún no determinada que varía, según distintos autores, entre los años 1523 y dos o tres años subsiguientes. Sin embargo, don Federico Asenjo la fija, sin citar el documento original, precisamente en el 15 de enero de 1523 (496). Sea como fuere, el hecho es que el monasterio empezó a construirse siendo su primer prior fray Antonio de Montesinos, muy poco tiempo después que el obispo Manso levantara el edificio provisional de la Catedral. Si recordamos que Manso fue el primer inquisidor de Indias y, como hemos visto anteriormente, la venerable Orden de predicadores mendicantes, *Dominicanum ordinis predicatorum mendicantium*, administraba la inquisición en España, así como en Portugal e Italia, comprenderemos por qué la premura en construir la casa de Puerto Rico y por qué recibió el favor real desde los tiempos de su fundación. El emperador, el inquisidor y los dominicos, fieles a la inflexible severidad de su fundador, andaban por el mismo inverosímil sendero de combatir la heterodoxia con la violencia.

En 1524 el emperador dio a la orden una limosna de cuatro mil pesos, pagada a razón de 500 pesos anuales, durante ocho años. Los oficiales reales informaron al emperador, en 1532, que este crédito estaba a punto de agotarse y suplicaron fuera extendido, ya que

---

493. V/311.

494. E. T. Blanco: *La Catedral de San Juan Bautista de Puerto Rico*, en "Alma Latina", julio de 1936. Contiene minuciosos datos acerca de la historia de la construcción del templo, algunas ilustraciones y un plano a escala del mismo.

495. Angel Paniagua: *Ponce de León, su Nombre, su Patria, su Linaje, y sus Blasones*, San Juan, P. R. 1913, en XIII/2/109.

496. XXXVI/49.

los frailes habían invertido en la obra cerca de doce mil pesos (497). Es, por lo tanto, el más antiguo edificio permanente, de carácter religioso en la ciudad, y su iglesia una de las más antiguas del Nuevo Mundo. La fábrica había progresado suficientemente en 1529 para dar albergue a veinticinco frailes (498). Al año siguiente sus paredones de tapiería eran bastante fuertes para inducir a las mujeres y a los niños de la ciudad a buscar tras ellos refugio seguro al ocurrir un asalto de indios caribes al puerto de San Juan. Para esta época las celdas estaban terminadas, pero no se había comenzado la construcción del templo (499). Cuando el obispo Bastidas vino de Santo Domingo a visitar su diócesis en 1548, encontró el monasterio terminado, «de grandor bastante para un pueblo de dos mil vecinos». Para sostenerlo empleaban los dominicos mancebos isleños, negros e indios, que cultivaban sus estancias y criaban ganado (500). Tal incremento habían tomado sus negocios agrícolas e industriales, a pesar de su voto de pobreza, que el Cabildo eclesiástico confiaba al emperador, al año siguiente, su temor de que la Orden de predicadores mendicantes «se quedara con todo» y que habían iniciado una litis para obligarlos a pagar diezmos de sus ganados y labranzas, alegando que esta omisión perjudicaba mucho a la Iglesia (501).

Para esta época adorábase en el dormitorio del monasterio una imagen de Nuestra Señora de Belén, colocada después en la primera capilla del lado de la epístola, que hubo de jugar un papel conspicuo en la historia de las creencias en la ciudad de San Juan. «Era», escribe Torres Vargas un siglo más tarde, «un cuadro pequeño como de tres cuartas y antiquísimo, pero tan lindo y lucido como si acabara de hacerse...» (502). En idénticas condiciones estaba en 1775 (503). Dábase por seguro en el siglo XVIII, que jamás había podido ser identificada la sustancia sobre la cual estaba pintada la imagen. Al tratar de averiguarlo, en 1718, el obispo José Escalera desprendió un pequeño fragmento de una de las esquinas del cuadro, deshaciéndose éste y desvaneciéndose como por encanto

497. II/296.

498. Carta del obispo electo de la Española a S. M., fechada en marzo 1.º de 1529, reproducida parcialmente en I/5/28.

499. Información de Francisco Lando, en *Cartas y Relaciones Históricas*, compiladas por R. W. Ramírez, págs. 21-34.

500. II/334.

501. II/335.

502. II/454.

503. IV/80.

de entre sus dedos. Atribuíase por la tradición la presencia de este cuadro en el monasterio a una aparición misteriosa, desapareciendo de su altar de igual manera cuando los holandeses quemaron la ciudad y reapareciendo en él cuando el invasor se hubo retirado (504). Atribuíansele infinito número de milagros, siendo el más atrevido el de la resurrección de una vecina de la ciudad, doña Juana Guilarte, seis horas después de su muerte. Tal renombre había adquirido la venerada pintura, que habiéndose acordado la celebración del capítulo de la Orden de Dominicos para el año 1766 en la ciudad de Santo Domingo, su General, según reza un acta levantada en Roma el 7 de marzo de 1764, revocó el acuerdo, ordenando que se celebrara en la casa de San Juan de Puerto Rico, a causa de guardarse en ella la susodicha imagen, la primera aparecida en las Indias, «y a quien los Angeles en lugar de los religiosos le cantaban la divina Psalmódia en el mismo convento», a la hora de las primeras oraciones antes de amanecer (505).

De parecida antigüedad era un crucifijo, tenido también por milagroso, donado al monasterio por algunos descendientes de Juan Ponce de León, razón por la cual se le llamaba el Cristo de los Ponce.

En enero de 1552 se pide al emperador una limosna de 500 ducados para cierto edificio del monasterio, y en marzo el obispo Bastidas reitera su aviso de que les ha puesto pleito en cobro de diezmos. Contesta significativamente el emperador, o su ministro, escribiendo al margen de esta carta: «Que se vaya a su obispado» (506).

Los frailes continuaron su obra, calificándola López de Velasco de «suntuosa», en 1571 (507). Coincidiendo con la decadencia de la ciudad como centro inquisitorial hasta la llegada del obispo Ramos, en 1591, la comunidad de dominicos se arruinaba, contando en 1582 con diez frailes que se sostenían en parte implorando la caridad pública (508), en vez de los veinticinco que había podido sostener cómodamente en los buenos tiempos del inquisidor Manso. Sin embargo, veintitrés años más tarde, Layfield nos dice que el monasterio no estaba terminado aún, pues tenía un claustro sin techar, aunque sí lo estaban las celdas y la sala de la comunidad. Poseían una biblioteca con libros ricamente encuadernados, obser-

---

504. IV/79.

505. IV/77.

506. II/339.

507. I/10/87.

508. Memoria de Melgarejo, en I/1/88.



vando este autor que los libros se apolillaban y perdían por la acción del clima (509).

En cuanto a la construcción de la iglesia del monasterio, el actual templo de San José, sólo sabemos que estaba en los cimientos en el año 1532 (510), que en el 48 estaba inconcluso, habiéndose construido la capilla mayor de bóveda, fundada por Juan García Troche, alcalde y contador real de la Isla y yerno de Juan Ponce de León, razón por la cual hizo esculpir en el testero norte de dicha capilla las armas del Conquistador; que en 1625 sólo se había construido la parte posterior hasta el crucero. Terminóse la edificación entre 1635 y 1641, por el gobernador Íñigo de la Mota Sarmiento, a expensas de la infantería del Real Presidio de San Juan. Con este auxilio, ideado primordialmente para reparar los daños causados al edificio durante el asedio de los holandeses en 1625, logró el gobernador, además, reconstruir el crucero y construir la capilla del Rosario que debía ser destinada a panteón de los gobernantes de la Isla (511) dejándola con tres naves y dos órdenes de capillas. Terminadas las obras, recobró la comunidad su antiguo auge, contando en 1647 con treinta religiosos ordinarios y casa de noviciado que había logrado restablecer, en el 45, el provincial de la orden, fray Jorge Cambero, recibiendo en ella instrucción los novicios en artes y gramática. Interesado en la difusión de la cultura en su ciudad natal, fray Cambero abrió generosamente las puertas de este centro de enseñanza a la juventud de San Juan, poniendo así de manifiesto la conveniencia de que los cargos de responsabilidad de la colonia, tanto los del brazo seglar como los del eclesiástico, fueran servidos por los naturales del país.

Los dos huracanes de agosto y septiembre de 1738 y el de octubre de 1740 averiaron el templo tan seriamente que estuvo amenazando ruina cerca de treinta años, hasta que, apiadado Carlos III por las súplicas de los priores, concedió una limosna para ayudar a reedificarlo. Duraron las obras desde 1769 a 1774, lográndose cubrir de bóveda toda la iglesia, siendo las de la capilla mayor y crucero de hermoso estilo gótico, quedando el edificio como lo conocieron nuestros abuelos (512). Aunque las naves estaban separadas por arquerías, en vez de columnas, daba el interior una impresión de elegante solidez.

---

509. I/5/53.

510. II/296.

511. VI/157.

512. IV/83 y 84.

La importancia del templo del monasterio en la práctica del culto divino en la ciudad puede inferirse del hecho de que, en 1765, sostenía quince sacerdotes de misa, sólo dos menos que la Catedral.

Para esta época el grupo de los edificios de la comunidad consistía de la iglesia, el monasterio y dos salas adyacentes que proyectaban fuera del costado oeste del mismo: la mayor, en la esquina noroeste, y otra más pequeña hacia el centro de dicha fachada (513). Parece permisible suponer que uno de estos locales fuera entonces ocupado por la casa de novicios y el otro pudo haber sido utilizado como cárcel de la Inquisición en el siglo XVI. Habiendo funcionado ya, durante más de una centuria, la casa de novicios como una escuela de artes y gramática, propuso el gobernador don Miguel de Mue-sas, en 1770, su conversión en una universidad, recibiendo la desapro-bación del Gobierno Supremo. Sin embargo, por real orden de 24 de agosto de 1788 se autorizó a los dominicos de San Juan a enseñar filosofía (514). Bien seguro debió sentirse el Gobierno de que los discípulos de Santo Tomás de Aquino, al transmitir sus principios filosóficos, darían preferencia al aspecto teológico, sin insistir demasiado en el humanismo y naturalismo de la filosofía tomista, cuya difusión podía eventualmente influir en el desenvolvimiento del pensamiento político liberal en la colonia.

Era notable, además, la iglesia del monasterio, por conservarse en ella las cenizas de dos de los hombres más eminentes en la historia de la Isla: Juan Ponce de León, fundador de la colonia bori-quense y el capitán Juan de Haro, gobernador y defensor de la ciudad cuando fue atacada por Hendricks. Muerto el primero en La Habana, en 1521, sus restos fueron trasladados a San Juan en el 1559 por su nieto Juan Troche y Ponce de León, siendo sepultados en una fosa situada debajo del escudo de armas del Conquistador, esculpido en el testero norte de la capilla mayor. Leía la inscripción de su lápida:

Aquí yace el muy Ilustre Señor Juan Ponce de León, pri-mero Adelantado de la Florida, primer Conquistador y Go-bernador de esta isla de San Juan. Este entierro y capilla es de sus herederos y el patronazgo de ella, de Juan Ponce

513. Plano de las fortificaciones del Morro y sus inmediaciones, por don Thomas O'Daly, fechado en 17 de marzo de 1765.

514. Manuel Elizaburu: *La Institución de Enseñanza Superior en Puerto Rico, etc.*, re-producido en I/10/144-169. V. pág. 147.

de León, su nieto, y de sus hijos y de doña Isabel de Loaysa, su mujer (515).

Sepultóse también en esta iglesia al capitán Juan de Céspedes, gobernador de la Isla, fallecido en el 1581.

Por real orden de 2 de noviembre de 1820 se dispuso la ejecución de la ley que disponía la supresión de las casas de las órdenes monacales, tocando al gobernador Gonzalo de Aróstegui llevarla a efecto el 12 de febrero de 1821. En consecuencia, quedaron suprimidos los monasterios de Santo Tomás de Aquino y de San Francisco, desatendiéndose por el Estado la subsistencia de aquellos frailes que rehusaron secularizarse. Hubo protestas, documentadas y sentimentales, consiguiéndose que fueran restituidos en sus monasterios y otros bienes, en febrero del 24, ocupándolos en el mes de octubre. Hacia 1830 ingresaban en el monasterio de los Dominicos cerca de cuarenta y siete mil pesos anuales, por el solo concepto de censos, voluntariamente impuestos sobre sus bienes inmuebles, principalmente, por los vecinos de la ciudad (516). Influyó considerablemente en la munificencia pública hacia los dominicos la bien arraigada devoción que inspiraba al vecindario el antiquísimo culto de N. S. de Belén y, en menor grado, el del Cristo de los Ponce y el de Santo Domingo, que tenía altar particular en el monasterio (517).

Durante el siglo XIX el culto de N. S. de Belén sufrió los efectos de las ráfagas demolidoras del positivismo, sosteniéndose, a fines del mismo, gracias a la devoción de la familia Sárraga, dedicándole una fiesta especial todos los años en los días de Reyes, a la que daban singular carácter los niños ataviados como los Reyes Magos y los cánticos propios de aquella ocasión, acompañados de castañuelas, maracas y huesos (518).

El 9 de agosto de 1838 clausuráronse definitivamente los dos monasterios de la ciudad, incautándose la Real Hacienda de sus bienes y colocándolos al cuidado del coronel Francisco de Paula Castro. Cinco años más tarde fueron convertidos en cuarteles, tomando el nombre de Santo Domingo el de los dominicos. En 1897 alojábanse en los viejos claustros la Real Audiencia Territorial y el Colegio de Abogados. La iglesia, en mal estado de conservación,

515. Los restos del Conquistador fueron trasladados el 12 de agosto de 1908 a la capilla de San José en la Catedral de San Juan.

516. V/318.

517. II/454.

518. "El Buscapié", edición de enero 22, 1893.

fue entregada en 1858 a los Padres Jesuitas, quienes la dedicaron a San José. Por real orden de 16 de septiembre de 1861 se concedieron seis mil pesos para la adquisición de ornamentos, vasos sagrados, compra de un órgano y reparaciones de dicho templo. Iniciáronse éstas, a fines del año siguiente, bajo la dirección del R. P. José Lluch, rector del Seminario Colegio (519). Durante el bombardeo del 12 de mayo de 1898, un proyectil penetró cerca del tragaluz de la fachada oeste, saliendo por el costado sur de la misma, sin causar mayores daños.

## LAS ERMITAS DE LA CIUDAD

Fue la ermita de Santa Bárbara la primera construida, como puede inferirse de las declaraciones de los informantes que concurrieron a la encuesta abierta por don Francisco Mannel de Lando, en 1530 (520). Edificada de tapias, antes de dicho año, en la parte alta de la Isleta, señoreando la costa, en lugar entonces despoblado, estaba situada en el extremo norte de la actual calle del Doctor Betances, antiguamente llamada de la Cruz. Al erigirle en aquel solitario lugar, en honor de la patrona de la artillería, el arma prometida que se pedía entonces a voces para defender la ciudad, no parece aventurado creer que los devotos de aquella época buscaban en ello un medio de preservar o de aminorar, cuando menos, los efectos de posibles ataques a la ciudad por el frente más expuesto a tales contingencias. Era la ermita lo que pudiéramos llamar la primera avanzada de la *defensa religiosa* de la naciente urbe. Ya hemos visto, en el capítulo que trata de las fortificaciones, con cuan meticuloso cuidado el culto de los santos, tan en boga en los siglos XVI y XVII, se preocupó de proporcionar a la ciudad esta índole de protección, dando el nombre de un santo a cada una de las obras defensivas y a las puertas de la ciudad, conservando en ellas sus imágenes, celebrando en ellas el culto correspondiente y consagrándolas con inscripciones tomadas de las Sagradas Escrituras.

Como nos lo dice el cosmógrafo López de Velasco, en 1571 había dos ermitas, cuyos nombres él calla (521). Habiendo sido la obra de la Fortaleza terminada en 1540, bien podemos suponer

519. Oficio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País al Gobernador, fechado el 18 de enero de 1863, reproducido en I/1/146.

520. En *Cartas y Relaciones Históricas y Geográficas sobre Puerto Rico*, págs. 20-35.

521. *Descripción de la Isla de San Juan*, en I/10/86-95. V, pág. 88.

que la segunda ermita a que se refiere López de Velasco fuera la que se levantó contigua a este fuerte, bajo la advocación de Santa Catalina. A principios del siglo XVII contaba la ciudad con dos más, las de Santa Ana, casi frente a la puerta de San Justo, y la de San Sebastián, quedando así protegidos por la Cruz de la Cristiandad antes de que lo fueran por las murallas, los flancos norte, sur y oeste de la ciudad. Estaba la de San Sebastián construida de piedra con techos de tejas (522), en la calle que actualmente se conoce con el mismo nombre, en el sitio en que después se construyó el polvorín.

Al murarse el recinto oeste, la ermita de Santa Catalina quedó situada fuera de la muralla, razón por la cual el gobernador Iñigo de la Mota Sarmiento la hizo demoler, ordenando que se construyera una capilla, junto a la muralla, dedicada a Santa Catalina, cerca del Hospital de la Concepción (523). Aunque fue dedicada a la Concepción, se le construyó un altar a Santa Catalina, celebrándosele una fiesta en su día. La reconstrucción de la Fortaleza en 1642, llevó los muros de sus dependencias hasta la ermita, hecho que indujo a utilizarla como capilla particular de los gobernadores. Sin embargo, los holandeses la encontraron, de acuerdo con un plano antiguo, ya situada detrás del hospital de la Concepción en 1625 (524), dibujo que contradice la aseveración de Torres Vargas de que fue construida en aquel sitio cuando se levantaron las murallas del recinto oeste. El gobernador Agustín de Silva y Figueroa construyó, en 1641, dos altares laterales, colocando en uno de ellos un Santo Cristo y Santa Catalina mártir, en el otro, adornando su altar con un retablo que le costó 600 ducados. Dudamos, sin embargo, que ésta fuera la misma imagen que se venerara en la antigua ermita de la Fortaleza. (Catalina de Siena, la santa militante del siglo XIV, había desplegado en la consecución de sus afanes reformadores de la Cristiandad tan eminentes habilidades diplomáticas y políticas, que bien hubiera podido servir su vida de ejemplo y estímulo a los gobernantes que ejercían en el país el vicepatronato real). A principios del siglo XVIII fue socorrida la capilla con una limosna de veintidós pesos mensuales (525); en el 70 se le asignaron, de Reales Cajas, el equivalente de dos plazas de soldados (526). Habiendo sido severamente averiada por la tormenta de

---

522. IV/96.

523. II/455.

524. Plano holandés de 1625.

525. IV/92.

526. Real Cédula N.º 365, de 27 de julio de 1772.

los Angeles en 1837, fue restaurada dos años después. En el siglo XIX se custodiaba en ella la efigie del apóstol Santiago, patrono de las Indias, otra adición a la capilla de los gobernadores que se consideró muy propia, sacándosele todos los años, el día de su aniversario, en suntuosa procesión hasta la Catedral.

Dos hechos inconexos, la fortificación del frente norte de la ciudad, durante los siglos XVII y XVIII y el deterioro natural de los edificios de las ermitas, provocaron entre los fieles la situación de incertidumbre y desaliento que hubo de culminar en la decadencia de determinados cultos de dulía que habían impulsado el sostenimiento de las ermitas en aquellos parajes. Por otro lado, los ataques de Drake, Cumberland y Hendricks demostraron que las ermitas de Santa Bárbara y San Sebastián, por estar situadas en la parte alta de la ciudad, eran «preciso objeto de los Navíos enemigos, por estar enteramente descubiertos a sus fuegos» (527), siendo necesario abandonarlas. Habiéndolas visitado el obispo Martínez de Oneca (528), podemos asegurar que la clausura de ambos pequeños templos ocurrió entre los años 1757 y 1775.

Estando en formación el barrio extramuros de Cangrejos, construyóse allí una ermita antes de 1729, año en que fue visitada por el obispo Pizarro (529). Veinticuatro años después fundóse la minúscula capilla del Santo Cristo de la Salud, adosada a la muralla, en el extremo sur de la calle del Cristo.

Volviéndonos a referir a la ermita de Santa Ana, la fecha de cuya erección es incierta, agregaremos que también fue visitada por el obispo Martínez de Oneca en 1757 (530); que hacia 1771 se reconstruyó, fundándose en ella la cofradía de la Sagrada Familia (531); que mientras se desarrollaba el plan de fortificaciones propuesto por O'Daly, se discutió si la posición del edificio podía ser perjudicial en caso de asedio a la ciudad, hecho que estimuló el interés del vecindario en la ermita, temiéndose se ordenara su demolición, defendiéndola el vecino Juan de la Rosa, con tal ahínco, que logró interesar en ella al Real Consejo de Indias (532). Para este tiempo el edificio era de pobre arquitectura. Encontrándose muy deteriorado hacia mediados del siglo XIX, fue restaurado completamente, dejándose en el estado en que lo conocemos hoy, siendo cos-

---

527. IV/96.

528. V/313.

529. VI/170.

530. V/313.

531. R. C. N.º 357 de 13 de noviembre de 1771

532. IV/94.

teada la obra por suscripción pública. A fines de la misma centuria, hizose cargo del templo la Orden de Redentoristas.

La ermita del Santo Cristo de la Salud, uno de los rincones más pintorescos de la ciudad, es una minúscula bóveda que proyecta sobre la muralla del recinto sur, con un vestíbulo formado por tres arcos cubiertos por un techo plano, dos de los cuales laterales y uno frontal, que se abre sobre el extremo meridional de la calle del Cristo, sobre cuyo arco se levanta una espadaña, de un solo hueco, para una campana. El altar, único que podía alojar el reducido espacio, está colocado al fondo de la bóveda, consiste de un retablo y de una mesa revestida de láminas de plata repujada (producto de la fundición de los exvotos depositados por los fieles en la capilla), formando tres cuadriláteros adornados con tres medallones centrales, incluidos en un ancho borde, también repujado, estando todo cubierto por arabescos del mejor gusto. El retablo, de forma semicircular, sigue estrechamente el contorno interior de la bóveda, estando dividido en catorce paneles, dando valor a los dos centrales, que están superpuestos, un cuadro que representa una escena de la Crucifixión de N. S. Jesucristo, y un tríptico en el que aparecen incluidos en medallones las imágenes pintadas al óleo, de Santa Catalina, flanqueada por los de San Luis Rey de Francia y Santo Tomás.

Atribuyóse tradicionalmente la erección de la ermita a la piadosa gratitud de don Tomás Mateo Prats, quien, en ocasión en que se celebraban las fiestas de San Juan, en el año 1758, invocó al Santo Cristo de la Salud en el instante en que, desbocándose el caballo que montaba el joven Baltasar Montañez, uno de los participantes en las carreras del día, saltó por sobre el muro, cayendo el jinete ileso al precipicio. Sin embargo, el examen de un documento depositado en el archivo diocesano de la Capital (533), demostrativo de que el jinete en cuestión perdió la vida en el accidente, ha convencido al autor de que la ermita del Cristo no fue erigida para conmemorar el alegado milagro de la salvación de Montañez. Fue erigida precisamente para evitar la repetición de accidentes como el que costó la vida a éste, levantando un obstáculo frente al bajo parapeto en donde terminaba la calle. Dice al respecto el documento citado, después de relatar el arribo al país del gobernador don Felipe Ramírez de Estenoz, acompañado por su secretario don

---

533. Legajo de la capilla del Cristo. Copia de un papel impreso en Puerto Rico, en el año 1821, firmado por Antonio Pereira.

Tomás Mateo Prats, pocos meses después del suceso de 1753, que tanto conmovió a la sociedad de la Capital :

...obtuvo (*Prats*) la licencia de colocar el cuadro de Jesús crucificado que había traído su piedad, y con ella la plausible caridad de estorvar los desastres dichos, bajo una bóveda de poca anchura ; pero que fuera capaz a abrigar devotos.

De acuerdo con este pasaje, la ermita fue en sus primeros tiempos un santuario que consistía sólo de una pequeña bóveda que alojaba la imagen regalada por Prats. Del relato que sigue se desprende que en ese estado, es decir, la bóveda sin el vestíbulo que se conserva aún en nuestros días, se mantuvo largos años el santuario. Relevado Ramírez de Estenós del gobierno de la Isla y nombrado para el de Caracas, murió desempeñando el de Campeche, pasando su viuda a Madrid, desde donde siguió demostrando vivo interés por el santuario instalado en San Juan durante la administración de su difunto esposo. Enviábale limosnas, sabiendo, como reza el papel en cuestión, que el público miraba el Santuario «como objeto de sus consuelos espirituales, y que la fe lo aclamaba milagroso». En una fecha indeterminada, entre 1773 y 1780, el teniente coronel de Ingenieros, don Juan Francisco Mestre, levantó el vestíbulo de arcos con azotea, completando así el edificio de la capilla. Aclarado el verdadero motivo que inspiró a Prats la erección del santuario, no debe extrañarse que los autores del siglo XVIII que se refieren a este hecho, Iñigo Abbad (534) y Miyares González (535), no mencionen el milagro de la salvación de Montañez, que la tradición verbal acogió ingenuamente.

El culto del Cristo de la Salud cobró extraordinario auge. Más de un siglo después de fundado, escribía don Manuel Ubeda y Delgado, que era muy frecuentada por la veneración que le ofrecía el pueblo (536).

## EL MONASTERIO DE SAN FRANCISCO DE ASIS

Habiendo abortado en 1526 el plan iniciado por los franciscanos para fundar casa en la ciudad, los recursos de cuyo medio millar de habitantes a duras penas eran suficientes para sostener la comu-

534. III/23.

535. IV/95.

536. XXIX/120.



nidad de dominicos ya establecida en ella, transcurrió más de un centenar de años antes de que insistieran en sus propósitos. Para ese tiempo, desaparecidos del escenario insular los últimos vestigios de la raza aborigen, habíanse apagado los fuegos de la larga y enconada controversia librada por el egregio dominico, fray Bartolomé de las Casas, apoyado, entre otros, por sus hermanos en la Orden de Predicadores, frente a los gobernantes de Indias, industrialistas y capitalistas de la época, sostenidos abiertamente, de cuando en cuando, por la opinión de los franciscanos.

En 1633 un funcionario municipal de la ciudad, don Francisco de Villanueva y Lugo, encontrándose de paso en Santo Domingo, indujo a los franciscanos a establecerse en San Juan. La ocasión era propicia para los frailes de la orden seráfica. Siendo el proyecto apoyado por el obispo de Puerto Rico, Agurto de la Mata, concediéndoseles, por fin, real autorización para realizarlo el 11 de septiembre de 1641.

Instaláronse en un amplio solar cedídoles por la ciudad en la calle que hubo de ser conocida más tarde por el nombre de San Francisco, el 3 de octubre de 1642. Construyeron un rústico ranchón techado de yaguas para servirles de albergue, ya que la inesperada muerte del gobernador don Agustín de Silva, en 1641, les había privado del ofrecimiento que les hiciera de dar principios a la obra del monasterio aunque tuviera que salir a pedir limosna (537). Entre 1644 y 1648, según se infiere del texto de la placa de fundación encontrada hace unos veinte años bajo el altar mayor de la iglesia del monasterio, instalaron el altar de San Francisco en la capilla provisional, durante el pontificado de Inocencio X y el reinado de Felipe IV de España, siendo gobernador de la Isla don Fernando de la Riva Agüero (1648-48) y padre guardián, fray Tomás de Lara (538). Encontrando los franciscanos un entusiasta protector en el gobernador don Diego de Aguilera y Gamboa, comenzó a construir la iglesia y el monasterio de piedra y tapiería en 1650, y, excediendo su autoridad como capitán general de la Isla, obligó a los soldados de la guarnición a trabajar en la obra, terminando la iglesia en 1653. Dos años antes se había solicitado de

537. II/488.

538. Lee la placa, en traducción castellana que agradecemos a Monseñor Rafael Grovas, Prelado Doméstico de S.S. en Puerto Rico: — "Para alabanza y gloria de la Suma Trinidad — Siendo Pontífice Máximo Inocencio X — de España y de las Indias el Rey Católico Felipe IV — Don Fernando de la Riva Agüero, Caballero de Santiago y Representante del Rey, la Ciudad de Puerto Rico en Honor del Padre y Seráfico (San Francisco) esta Sacra (iglesia) titular edificó y la otra casa (el monasterio) Fray Tomás de Lara, Ministro, el 4 de Octubre".

Felipe IV permitiera alhajar la nueva iglesia con algunos ornamentos de la capilla de N. S. de la Concepción (539).

El edificio del monasterio, terminado en 1670, con fachada principal de dos plantas que daba a la plazuela de San Francisco, era de muy sencilla arquitectura, de largas líneas rectas, casi totalmente desprovisto de ornamentación, estilo renacimiento español de los siglos XVI y XVII, característico de las misiones españolas del Nuevo Mundo.

Adosado por su costado sur al templo, extendíase hacia el este en largos salones divididos en celdas y otras dependencias, provistas de anchas ventanas cerradas por balaustres torneados. Constituía la iglesia de tres cuerpos, uno central (la nave, con bóveda redonda) un poco más elevado que los otros, y dos laterales, de techo plano, para las capillas. Sobre el cuerpo lateral del norte, en la fachada de la plazuela, había una espadaña con huecos para cuatro campanas.

A fin de aliviar la estrechez de los franciscanos de San Juan, concedióles Felipe V una limosna anual de 280 pesos para costear el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento y el vino de consagrar, en la medida de «arroba y media a cada uno de los sacerdotes» (540). Subsistiendo los motivos de pobreza que habían movido la compasión de su padre, Carlos III ordenó a los oficiales de Real Hacienda de Puerto Rico, en julio de 1765, que suplieran al monasterio «la cera que necesita para las Misas, Monumento de Jueves Santo, y renovación del San Tisimo» (541). Durante la década siguiente, había prosperado la comunidad, contando con diez sacerdotes de misa y siete legos y sirvientes, pudiendo sustentar tantas personas como los dominicos (542).

Al celebrarse en San Juan la ascensión al trono de Fernando VI, en 1747, la comunidad contribuyó a los festejos con un solemne *Tedéum*, procesión alrededor del monasterio, un refresco abundante, a pesar de la pobreza de los frailes, y un sermón predicado por fray Andrés de Bilches, ex lector de Artes, predicador apostólico y misionero en la provincia de Quito. La elocuencia desplegada por el predicador en esta ocasión ha sido exaltada por un comentarista coetáneo en términos de ingenuo entusiasmo :

---

539. VI/157.

540. Bravo Rivero: *Memoria*, en I/6/380.

541. Real Cédula de 1.º de julio de 1765, en I/4/5.

542. O'Reilly: *Memoria* en I/8/122.

*Inclito orphee en que tan permanentemente  
lucero de los Escolástico el esmero  
todos vos contemplamos el primero,  
nos lo ha dado a entender docto y prudente,  
eres en los discursos elocuente  
y de ti aprender pudo el docto Homero...*

La propagación de las doctrinas de los franciscanos iba fructificando. En 1766 establecióse en San Juan un capítulo de la Venerable Orden Tercera, el cual, de acuerdo con los designios de su fundador, San Francisco, estaba formado por personas que eran más del claustro que del mundo, pero que continuaban viviendo en él, entregados a la sobriedad y a la modestia en el vestir y comer; dedicados a la oración y a las obras piadosas con mayor fervor que el corriente en los legos. A poco de fundada, hízose cargo la cofradía de la modesta capilla de San Francisco, contigua a la iglesia del mismo nombre.

Hacia 1830 la prosperidad material de la orden seráfica casi igualó, por pequeño margen, a la de los dominicos, llegando a recaudar 46.445 pesos fuertes (543) por concepto de censos, siendo el montante de tal ingreso anual, para ambas comunidades, muy cerca de 93.300 pesos fuertes. Más adelante, en las páginas que dedicamos al convento de las Carmelitas, trataremos de impartir a nuestros lectores una idea precisa acerca del sorprendente hecho de que la prosperidad económica de los conventos de San Juan, en la época de que estamos escribiendo, sobrepasó proporcionalmente a la del Fisco, analizando al mismo tiempo, aunque someramente, algunas de las causas que la fomentaron, no descuidando, sin embargo, dejar traslucir el probablemente más curioso de los efectos de la amplia distribución de la riqueza, imperante entonces, en la vida religiosa del país.

El proceso de la secularización de los franciscanos fue idéntico al de los dominicos, quedando sus detalles narrados en los párrafos que tratan de aquella Orden. En 1845 el monasterio de franciscanos servía de cuartel a la guarnición de la ciudad, utilizándose durante la última década del siglo como cuartel de artillería. La iglesia, convertida en parroquia en 1858, los límites este y oeste de la cual estaban comprendidos entre las calles de San Justo y el puente de San Antonio, estaba deteriorada, lográndose, por una suscripción pública, en 1877, sustituir el antiguo pavimento de ladrillo por uno

---

543. V/319.

de losa. A fines del siglo el estado del templo era ruinoso. El edificio fue derruido muchos años después de la invasión norteamericana, destinándose el solar a domicilio de la Academia Católica.

### EL CONVENTO DE SANTA TERESA DE JESUS DE LAS CARMELITAS CALZADAS

Faltando a la ciudad un convento hasta mediados del siglo XVII, veíanse obligadas a expatriarse las doncellas que deseaban tomar estado religioso, teniendo a menudo que emprender largos viajes, cuando, no pudiendo ingresar en el convento de la vecina Isla de Santo Domingo, érales necesario ir a México, Lima o La Habana. Como no todas las aspirantes se resignaban a imponerse semejante sacrificio, crecía en la ciudad el número de jóvenes solteras, sobre todo entre las pertenecientes a la clase distinguida, que, careciendo de una dote, contemplaban en el claustro un refugio decoroso para sus defraudadas esperanzas de contraer matrimonio con los hombres de igual calidad. Por su parte, los jóvenes de la buena sociedad buscaban más amplios horizontes en el real servicio de los virreinos del Nuevo Mundo y aun en la misma Europa, en Flandes o en la Península. En 1616 el Cabildo de la ciudad, desiendo amparar a un medio centenar de aspirantes a la vida conventual, descendientes de nobles y conquistadores de la Isla, elevó un suplicatorio a Felipe III solicitando que mandara a dar licencia para instalar un convento en la vieja Real Casa, entonces ocupada por un hospital, y para utilizar en las obras de reparación ciertos materiales de construcción destinados a las fortificaciones de la Plaza (544). Muerto Felipe III en 1621, siguió el asunto largo expedienteo. Era éste el procedimiento usual en aquellos tiempos, especie de compás de espera impuesto, en estos casos, por las autoridades de la Metrópoli, mientras en las colonias se reunían los fondos necesarios para llevar a cabo las obras. En 1623 insistió en la solicitud de licencia el doctor Bernardo de Balbuena, obispo de la Isla. En el 42 los dos Cabildos, el eclesiástico y el secular, así como un número de vecinos ofrecieron aportar dieciocho mil pesos de a ocho reales de plata, para fundar el convento. El gobernador, capitán Juan de Bolaños, vecino de San Juan, que había sido ese mismo año designado *ad interim* por el Cabildo de la ciudad y quien en este asunto debió sentir el influjo de la entidad que lo exaltó al cargo, recomendó a Felipe IV

---

544. V. el texto de la real cédula de 1.º de julio de 1646, en I/3/252 c. s.

la aprobación de la licencia solicitada de su padre veintiséis años antes. Pero el Monarca continuaba inflexible, a pesar de las nuevas instancias hechas por los cabildos: el secular, recordándole sus servicios al contribuir con sus propios fondos a las obras de la defensa de la ciudad, cada vez que había sido necesario; el eclesiástico, aduciendo conveniencias de orden espiritual. Así las cosas, una viuda rica de la ciudad, doña Ana de Lanzós, concibió la idea de realizar el tantas veces postergado proyecto. Pertenecía doña Ana a un antiguo y noble linaje gallego (545), estaba emparentada con familias patricias de la Isla y su difunto esposo, el capitán Pedro Villates y Escobedo, descendía de una familia hidalga de la Península. El 25 de junio de 1645 otorgó doña Ana escritura de fundación del convento, donando la suma de cincuenta mil pesos, computados en el valor de la casa en que residía y en un ingenio de azúcar en el valle de Canóbana. Fue así como ella realizó su extraordinario propósito de abrazar la vida claustral, convirtiendo su propia casona en convento, llevando tras de sí al claustro seis de sus parientas o amigas que descaban profesar, y conservando el recuerdo del ambiente hogareño a que ella renunciaba, exigiendo que se coronara a perpetuidad el retablo del altar mayor de la iglesia del convento con las armas de sus padres y abuelos. Estipulóse, además, que las seis profesas que nombrara doña Ana serían eximidas de la obligación de dar dote o caudal alguno; que, en atención a la pobreza de muchas de las familias principales de la ciudad, se limitaría la dote de las otras profesas a doce mil reales de plata y a cuatrocientos reales, de la misma moneda, el importe del sustento del año de noviciado (\*).

Referido el expediente a la consideración e informe del Real Consejo de Indias, y siendo recomendado favorablemente, Felipe IV concedió la licencia el 1.º de julio de 1646, «considerando que la Ciudad de Puerto-rico es Plaza fuerte, y que ay caudal suficiente para la fábrica y dotación... y que no se ha de gastar en esto cosa alguna de mi Hacienda Real». Exigió el rey que se limitara a diez mil pesos el montante de la inversión para casa del convento; y que se destinara a la dotación y sustento de las monjas el balance del donativo de la señora Lanzós y los dieciocho mil pesos ofrecidos originalmente por los cabildos; nombró patrona y fundadora a la señora Lanzós y negó el permiso para utilizar la antigua Casa

545. García Carratta: *Diccionario Heráldico y Genealógico de Apellidos Españoles y Americanos*, vol. 46, pág. 152.

\* Escritura de fundación otorgada ante el escribano público, don Juan Tizol, reproducida en 1/3/254.

del Rey, la cual debería continuar siendo utilizada como hospital militar; mandó que se asegurare la cobranza de los donativos ofrecidos por los cabildos, que se obtuviera licencia del Consejo de Indias para nombrar las monjas fundadoras que se hubieren de traer a la ciudad de otras partes, y que se eximiera del pago de media anata al despacho de fundación (546). Posteriormente concedió el rey licencia a tres monjas carmelitas de Sevilla para que pasasen a San Juan a fundar el convento (\*). En 1650, y en vista de que no pudieron venir a Puerto Rico las monjas de Sevilla, decidió trasladar tres monjas del convento de la Regina Angelorum en la ciudad de Santo Domingo, las madres Valdelomar, Otañe y Ayala, ofreciéndoles el gobernador don Diego de Aguilera una escolta de veinte mosqueteros de la guarnición para protegerlas, durante la travesía, de las naves piratas que infestaban en aquel tiempo el Mar de las Antillas (547).

Celebróse la ceremonia de fundación y clausura el 1.º de julio de 1651, ante el Dean de la Catedral, don Juan Marcelo, vicario general del Obispado, estando presente la fundadora, sor Luisa de Valdelomar, la patrona, doña Ana de Lanzós, y los miembros de los dos cabildos de la ciudad. Inspeccionada la casa por el dean, y encontrándola suficiente y con la debida cabida y decencia, pidió a la madre Valdelomar que expresase lo que creyera conveniente para formalizar la fundación y clausura. Postrándose ante él, la madre Valdelomar exhibió la licencia que tenía consigo para ejercer el cargo de abadesa-fundadora, expedida por Fr. Juan de Berdecí, prior del monasterio de Predicadores de la ciudad de Santo Domingo y vicario del convento de la Regina Angelorum de la misma ciudad, solicitando en seguida que fuera confirmada en dicho cargo. Poniendo entonces su mano derecha sobre un misal, hizo la abadesa juramento solemne de prestar obediencia al obispo y de guardar clausura perpetua. Luego de prestar igual juramento la madre Otañe, procedióse a la bendición del edificio, celebrándose acto seguido la misa. Terminada ésta, el dean condujo procesionalmente a la abadesa a la puerta de la portería y penetrando ella en el convento, el dean cerró con llave la puerta en señal de posesión (\*\*).

Habilitado el convento, fue su fundadora, la señora Lanzós, la

546. Documento citado.

\* II/455.

547. VI/157.

\*\* Acta de fundación y clausura, otorgada ante el notario Eugenio Díaz, reproducida en I/3/257-8.

primera en tomar el velo, empezando la institución una prolongada lucha contra la pobreza. El caudal del convento se acrecentaba muy poco con las reducidas dotes de las jóvenes del país que ingresaban en él. Tuvo el Monarca que venir en su auxilio, concediéndoles, el 20 de noviembre de 1691, una limosna de cien ducados anuales por el término de veinte años. Esta imprescindible ayuda fue prorrogada en 1713 por Felipe V. Al extinguirse, sin embargo, en el 33, estaba este rey entregado a una de las estériles guerras de su tiempo, razón por la cual, quizá, olvidándose de las pobres carmelitas en el remoto Puerto Rico, dejó pasar dos años sin remediarlas, prorrogándoles la limosna por sólo cinco años en noviembre de 1735 (548), unos cuantos meses después de ascender al trono de la recién conquistada Sicilia, su hijo el infante don Carlos. Evidentemente, el donativo fue renovado en su forma antigua el año 37, ya que Carlos III lo concedió de nuevo en 1757, por veinte años más (549). A pesar de que para esta época las carmelitas poseían algunas tierras, no mejoraban de posición porque, según Inigo Abbad, éstas producían poco (\*). Tal era la penuria que las acosaba, que en el año 1747 sólo contribuyeron a los magnos festejos celebrados en honor de Fernando VI con una misa cantada en su capilla, y en el claustro, con la recitación de palabras de encomio y regocijo (550). Así, humildemente, llegó la comunidad de quince monjas y tres novicias hasta el 1775, año en que se escribía de ellas:

...son observantísimas de su santo instituto, y ha sido siempre este convento, tenido y estimado por un relicario de virtudes... Tiene cortísimas rentas; y a sus religiosas les obliga la suma escasez a hacer doble mérito en la penitencia; de modo que a no ser por el socorro real (*a que nos hemos referido antes*) padecería maiores miserias (551).

Estando a la vista las naves inglesas de Abercromby, dispúsose, el 17 de abril de 1797, que se utilizara como hospital de sangre el convento de las carmelitas, ordenando el general Castro que saliesen de la ciudad «con el decoro correspondiente» (\*\*). Idéntico destino

548. Real cédula N.º 36 de 6 de noviembre de 1735.

549. Real cédula N.º 157 de 4 de junio de 1757.

\* III/258.

550. I/5/187.

551. IV/90.

\*\* Diario del sitio de 1797, reproducido en I/13/202-236.

se dio a los dos monasterios de la ciudad. Otra gran conmoción hubo de sufrir la comunidad cuando, el 15 de mayo de 1820, se presentó en la portería del convento un funcionario para exigir que las monjas prestaran juramento de fidelidad a la Constitución de 1812, que acababa de restablecerse. Es de imaginarse la turbación de aquellas buenas señoras al verse repentinamente puestas frente a los grandes acontecimientos del mundo. Pero el baluarte de los añejos privilegios aristocráticos se rindió sin oposición al sople renovador del siglo XIX.

En armonía con la situación económica de la comunidad en el siglo XVIII, el convento y su iglesia, ubicados en la plazuela de la Catedral, eran de pobre arquitectura, de modestos techos y desnudos paredones. Durante el primer tercio del siglo XIX tomaba notable incremento en la Isla la producción de café y tabaco, iniciándose al mismo tiempo la aplicación del vapor a la fabricación de azúcar, innovación que hacía lucrativa esa industria. Como todas esas industrias estaban en manos de numerosas familias del país, o de españoles que residían permanentemente en él, empezó a hacerse posible al público ayudar a las carmelitas y a los monasterios; las aspirantes a la vida conventual podían contar con una dote; aumentaban los censos concedidos a las comunidades monásticas. En 1830 contaban las carmelitas con una renta de 95.836 pesos fuertes de capitales a censo (552). Si tenemos en cuenta que en el mismo año sólo tres de las 33 fuentes de ingreso de la Real Hacienda en la Isla (los derechos de importación y exportación y el subsidio) montaron, respectivamente, a sumas mayores que el producto de los censos de los tres conventos de la ciudad, comprenderemos hasta qué punto era excesiva la aportación voluntaria del pueblo de la Isla a su sostenimiento. Parece de difícil explicación en nuestros días que se contribuyera para este solo fin, dentro de las múltiples exigencias del culto divino, con una suma casi igual al 95 % del *subsidio*, o sea, la contribución impuesta a prorrata entre los pueblos de la Isla, después de 1815, para sufragar los gastos públicos (553). Motivo de mayor sorpresa será para nuestros lectores saber que los censos de los conventos equivalían en ese año a un poco más de 20 % del producto total de las rentas reales de la Isla en el expresado año 1830.

Dirigidas por el obispo Gutiérrez de Cos, pudieron las carme-

---

552. V/321.

553. V. P. T. de Córdoba: *Memorias*, págs. 142 y 143, para una relación de las rentas de Real Hacienda en 1830.



litas ampliar el edificio del convento y mejorar sus condiciones de solidez y comodidad. Al mismo tiempo convirtieron su vieja iglesia en un bonito templo, con fachada principal de orden toscano, de una sola nave, embellecida por treinta columnas y dos líneas laterales de altares (554). En 1871, don Francisco Gutiérrez fue nombrado síndico administrador del convento (\*).

Una desagradable sorpresa aguardaba a las monjas en los días aciagos de la guerra hispanoamericana. Temiéndose que la escuadra bloqueadora bombardeara de nuevo la ciudad, dispuso el gobernador el traslado de las carmelitas, ofreciéndoles galantemente la casa de la Convalecencia en Río Piedras. El 13 de mayo de 1898 fueron acomodadas las atónitas religiosas en un coche del tranvía de Ubarri y conducidas al pueblo vecino. Cuéntase que las viajeras, especialmente las de mayor edad, expresaban su emoción con exclamaciones de infantil asombro al contemplar las muestras de progreso y los cambios, para ellas incomprensibles, que se habían operado en la ciudad y sus alrededores durante su larga noche de clausura.

## EL SEMANARIO CONCILIAR

En 1712 el obispo fray Pedro de la Concepción y Urtiaga solicitaba de Carlos III autorización para fundar un colegio-seminario, para que de él, escribía, «salgan ministros científicos y tomerosos de Dios, para que apascienten estos pueblos cuyos habitantes naturalmente, son de condiciones fieras, altivas e indevotas, por falta de cultivo» (555). Al año siguiente, por el Sínodo Diocesano convocado por dicho prelado, aprobáronse ciertas constituciones relativas a la fundación del colegio-seminario en la ciudad (\*\*). El proyecto

554. P. T. de Córdoba: *Descripción de la Ciudad de San Juan en 1845*, en 1/9/22.

\* Por encontrarse el antiguo convento de las Carmelitas en estado ruinoso, acordó el obispo don Jaime H. Blenk, en el año 1903, trasladarlo a San Germán. El 1.º de mayo de 1909 se trasladaron provisionalmente los restos de las monjas, que hasta entonces habían sido enterrados en la cripta del convento, a un nicho de la Capilla de las Almas de la Catedral, mientras se terminaban las obras del nuevo convento que se habilitaba en una casa contigua a la iglesia de San Mateo, en Santurce, edificio que ocuparon el 16 de julio de 1910. La iglesia y el antiguo convento de la calle del Cristo fueron secularizados y dedicados a usos comerciales.

555. Carta del obispo Urtiaga al Consejo de Indias, reproducido en *Epistolario del Historiador don Salvador Brau*, en 1/10/222-255.

\*\* IV/72, 73 y 74.

fue obstaculizado por el capitán general de la colonia, según un escrito autorizado por las autoridades eclesiásticas (\*).

La incompetencia del clero de la Isla, en aquel tiempo, ha quedado puesta de manifiesto en las palabras del mismo prelado cuando afirmaba que «de todos los curas que tiene esta ysla no ay uno siquiera que tenga licencia para predicar». Absteníanse de enseñar la doctrina cristiana y vivían «ofendiendo con sus escándalos y lamentable ignorancia a sus ovejas». Intentó el prelado remediar la situación fundando un seminario en San Juan, pero su petición hubo de quedar en suspenso, en espera de que se reunieran los fondos necesarios. Continuaron afanándose por la creación del centro de estudios religiosos los obispos de la Cuerda en 1791 y Zengotita en 1801, alcanzándose tan sólo en dicho año el establecimiento de una cátedra de latinidad, que sirvió el doctor Juan Francisco Ximénez, como preparatoria de los estudios que se iniciarían más adelante (556). Un puertorriqueño nacido en San Juan, cuyo espíritu público lo hizo memorable en la historia de la ciudad, don Miguel Giorro (o Xiorro), respondió al último de estos llamamientos, legando en el mismo año el usufructo de dos casas para el seminario; una en la plaza principal, frente al palacio Consistorial, y la otra a espaldas de aquélla, con frente a la calle de la Fortaleza (557). Utilizáronse inmediatamente estas rentas para costear la cátedra que desempeñaba el doctor Ximénez. Funcionó la cátedra durante la primera década del siglo XIX, dándosele el nombre de Colegio Conciliar. Percibía el colegio, además, para esta época y continuó percibiéndolo después de la apertura formal del Seminario, el producto de la *trigésima* que pagaban de sus rentas los prebendados, párrocos y demás eclesiásticos de la Isla, procedentes de la recaudación de diezmos, primicias y derechos de estola (558). Pocos años después, el primer obispo puertorriqueño, don Alejo de Arismendi, compró el solar y renovó con calor, pero sin buen éxito, las gestiones para construir el edificio, a pesar de que había contribuido de su propio peculio a la adquisición del magnífico solar. Necesitábanse cuarenta mil pesos y no había que contar con los auxilios de la Corona. Ocurriósele al gobernador de la Torre la idea de construir en la

\* *Sinodo Diocesano de Puerto Rico*, Puerto Rico. 1917, pág. 150.

556. V/320.

557. XXXVI/75. Derribada la casa durante la prelación de Mons. Jones, su solar está ocupado por el edificio de la firma González Padín.

558. Texto del nombramiento de fray Angel de la Concepción Vázquez como rector del Seminario, en 1/3/340-341. V. también *Instrucciones del Cabildo de San Juan al diputado don Ramón Power*, en XI/36.

ciudad un teatro para dedicar su producto a edificar el seminario. Siendo necesario levantar primero los fondos para construir el teatro, formó en 1824, una sociedad por acciones, con el producto de la venta de las cuales, se daría comienzo a la obra. Los vecinos de la ciudad suscribieron acciones por valor de muy poco más de cinco mil pesos. Para reembolsar a los accionistas, impuso el gobernador un arbitrio de un maravedí por libra de pan. Fracasado el complicado proyecto, siguió siendo el Seminario sueño favorito de religiosos y seglares.

Dispúsose a realizar la impropia labor un virtuoso clérigo, nacido en el Perú y exaltado a la silla episcopal de Puerto Rico en 1825, el doctor don Pedro Gutiérrez de Cos. Renunciando a su propia comodidad, ofreció dedicar a la obra, con apostólica abnegación, sus rentas y economías particulares, logrando convencer a Fernando VII de la viabilidad del proyecto. Aprobado finalmente por éste en 1828, veintitún lustros después de iniciado, comenzó la fábrica del edificio en 1830, en el solar contiguo al Obispado, terminándola el 5 de julio de 1832, durante la administración del general de la Torre. No contento con cuanto había alcanzado, el obispo Gutiérrez de Cos hizo una invitación al público para proveer doce becas gratuitas para estudiantes pobres. Infiérese de lo que al respecto han escrito don Eduardo Neumann (559) y el doctor Coll y Toste (560), que la invitación del prelado no surtió efecto y que se dedicó a tal objeto el legado hecho por Giorro en 1801. Celebróse la apertura de los cursos de estudio el 12 de octubre de 1832 (561), bajo la rectoría de un respetable puertorriqueño, el franciscano fray Angel de la Concepción Vázquez, quien haciéndose imprescindible por su actividad y celo incomparables, llegó a desempeñar, además, los cargos de administrador, mayordomo, celador, profesor y vigilante.

Afortunadamente para el país, el Seminario abría sus aulas moralizadoras precisamente en los instantes en que un gobernante mediocre y superficial, el general don Miguel de la Torre, comprometía el prestigio de su cargo con la práctica de hábitos viciosos, fácilmente imitados por el pueblo, hasta el extremo de que su administración mereciera el calificativo de «Gobierno de las tres B» (baile, bebida y baraja). No parece aventurado suponer que esta circunstancia enardeciera los ánimos de los dos hombres, el obispo Gutiérrez de Cos y fray Angel de la Concepción, ambos americanos, que

---

559. XLIII/2/8.

560. *Biografía* de Miguel Xiorro y Velasco, en I/13/172-174.

561. XLIII/2/8.

en aquellos días luchaban denodadamente por fundar el Seminario. ¿Intentaban esos nobles americanos, fideicomisarios de otro americano (Giorro), oponer la escuela al desenfreno del español; la doctrina cristiana y la fisolofía al torpe régimen que ellos debieron secretamente repudiar?

Hacia mediados del siglo XIX, algunos años después de la muerte de fray Angel de la Concepción, empezó el plantel a decaer, imponiéndose la necesidad de reformar su programa de estudios. El ocupante de la sede de Puerto Rico, monseñor Gil Esteve y Tomás, no vaciló en realizarla, proyectando, al mismo tiempo, su ampliación, de manera que incluyera el curso completo del bachillerato en filosofía. Aprobáronse ambos planes por el Gobierno central en 1851. Con el fin de adaptar el edificio a las nuevas exigencias, el prelado hizo ampliarlo convenientemente, aunque conservándolo con una sola planta, durante los años 1852 a 1856. Para este tiempo dos eminentes puertorriqueños, don José Julián Acosta y don Román Baldorioty de Castro, ingresaron en el profesorado del plantel, desempeñando el primero la cátedra de geografía comercial y agrícola, y el segundo la de botánica.

Sin descansar sobre sus laureles, el enérgico benefactor del Seminario Conciliar promovió un expediente para que se declarase que los estudios de Segunda Enseñanza y los grados de bachiller en filosofía expedidos por el Seminario de la ciudad fueran reconocidos, o incorporados, como se decía entonces, por todas las universidades del Reino. El 22 de mayo de 1855 impartió Isabel II su aprobación a esta solicitud, exigiendo, sin embargo, que el Seminario observara las disposiciones que regían en la Península respecto de los libros de texto, programas, duración y orden de los estudios, con sólo los cambios que exigía la diferencia de clima; que remitiera a la Universidad de La Habana las listas de alumnos matriculados y las calificaciones obtenidas en los exámenes, así como una relación anual de los grados de bachiller conferidos (562).

Convertido ya en un centro acreditado de segunda enseñanza, hecho cuyas implicaciones políticas aclararemos en el capítulo que trata de la instrucción pública en la ciudad, hiciéronse cargo del Seminario Colegio los Padres Jesuitas en 1858, durante la prelación del capuchino, don Pablo Benigno Carrión de Málaga, a cuyos desvelos se debió el establecimiento de la casa de la Compañía de Jesús en la ciudad. Conservaron los jesuitas en vigor las doce becas para seminaristas costeadas con las rentas del antiguo legado de

562. V. el texto de la real orden de 22 de mayo de 1855, en I/4/256-257.

Giorro. Una nueva ampliación del edificio, auspiciada por el obispo Carrión, le dotó de una planta alta en 1865. Diez años más tarde, el franciscano don Juan Antonio Puig y Montserrat, Obispo de Puerto Rico, expulsó a los jesuitas del Seminario, dedicándolo, con sólo treinta y cinco alumnos, exclusivamente a la enseñanza de la carrera eclesiástica (563).

## CULTO Y CLERO

Al establecerse la Iglesia en la Isla inicióse el culto con el Ritual Romano, celebrándose los oficios divinos según la costumbre de la Iglesia de Sevilla (\*). Los primeros ornamentos y vasos sagrados fueron regalados por el rey a la rústica ermita de Caparra, encomendando a los oficiales de Sevilla que los hicieran conducir a la flamante aldea (564).

La intervención del Monarca en el nombramiento de los cargos eclesiásticos hizose sentir desde los primeros tiempos. Por virtud del real patronato, el rey proponía a los sacerdotes que habían de desempeñar los cargos parroquiales en los pueblos de la Isla. El curato de la Capital conservóse agregado al Cabildo eclesiástico.

Ya hemos visto en las páginas anteriores cuan humilde y lentamente se desenvolvía la vida religiosa de la ciudad durante los primeros lustros de su establecimiento en la Isleta. En 1530 la Catedral carecía de beneficiados; el obispo proveía los cuatro sacerdotes de misa (565). Escribió el Obispo de Venezuela al emperador Carlos V, en 1533, que debido a la decadencia senil del obispo Manso, sus deudos y criados se aprovechaban de las rentas, estando las iglesias «muy mal servidas» (566). No eran los curas generalmente dignos de absoluta confianza, manteniéndose sumisos y obedientes mientras la sede estaba ocupada, tornándose levantiscos y agresivos cuando estaba vacante. Imputábales el gobernador Bahamonde Lugo, en 1560, que vivían en impropia soltura, con más libertad que en parte alguna, atreviéndose a desacatar la justicia y hasta elevar quejas al Obispo de la Española y a buscar remedio en su

563. XLIII/2/266.

\* Edicto de erección de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Puerto Rico, año 1512, en II/361-376.

564. X/211.

565. *Cartas y Relaciones Históricas*, pág. 34.

566. II/297.

Real Audiencia (567). Las intromisiones del Santo Oficio en los asuntos civiles influían perniciosamente en el ánimo de los eclesiásticos, en cuanto a sus relaciones con las autoridades civiles y militares de la colonia se refiere. Estas condiciones, peculiares al régimen y al estado de general ignorancia en que se mantuvo el sacerdocio, según el obispo Urtiaga, durante el siglo XVIII, se revelaron de nuevo con motivo de la expulsión de los jesuitas de España en 1767. Para sofocar la agitación reprobatoria producida por este acontecimiento, fue necesario expedir en Madrid una real cédula ordenando a los eclesiásticos que se abstuvieran de hacer «declaraciones y murmuraciones contra el Gobierno» (568). Sin embargo, en el mismo siglo, algunos sacerdotes brillaron bajo el cielo de la ciudad por su ilustración y hombría de bien. En 1793 el presbítero doctor José María Ruiz elevó una instancia al Gobierno central sobre establecer en la ciudad cátedras de jurisprudencia (569). En épocas anteriores y posteriores a ésta, contribuyeron algunos eclesiásticos a difundir la instrucción en la ciudad, de modo tan decidido y abnegado, que dejaron colocados muy alto sus nombres en la historia de la cultura en la Isla. Debe recordarse también, en abono del sacerdocio de aquel tiempo, la patriótica conducta observada por muchos de sus miembros durante el sitio de los ingleses en 1797.

Refiriéndonos ahora al sostenimiento del culto, añadiremos a lo dicho en páginas anteriores (570), que mientras se permitió a los miembros de las órdenes religiosas regir parroquias, ellos percibían los diezmos, prohibiéndoseles en 1757 el ejercicio de la cura de almas (571). Las capillas, ya fueren edificios aislados, ya incluidos en el ámbito de una iglesia, podían ser dotadas por personas particulares. A principios del siglo XIX contribuían los esclaristas al sostenimiento del culto, pagando a nombre de sus siervos, ciertos derechos llamados *capitacione*s. Para esa época, la fábrica de las nuevas iglesias era costeada exclusivamente por el vecindario (572). En virtud del plan para el sostenimiento del clero y culto, puesto en vigor por la real orden de 20 de abril de 1858, los gastos de reparación de los templos se cubrían mediante asignaciones presupuestales. Como hemos indicado ya, fue así como se proveyó para la

---

567. V. Pliego de descargo de la residencia del gobernador Bahamonde, en I/12/23.

568. Real cédula N.º 287, de 23 de marzo de 1768.

569. Real cédula N.º 645, de 23 de agosto de 1793.

570. V. las págs. 339 a 342.

571. X/290.

572. XI/36.

reparación y rehabilitación de la iglesia de Santo Domingo en el 61. De igual modo se restableció, por real decreto de 1876, la canonjía magistral de la Catedral, nombrándose para desempeñarla al presbítero don Eugenio Natter (573).

Hasta fines de la dominación española conserváronse con celo, en la ciudad, las prácticas religiosas. Cumplíase estrictamente con el precepto de decir y oír misa los domingos y fiestas de guardar. A este respecto, dispusóse por el Sínodo Diocesano de 1647, que los sacerdotes se prepararan debidamente para ofrecer el sacrificio de la misa, precediéndola por un examen de conciencia y, de vez en cuando, por la confesión, la cual debía hacerse de rodillas, en la sacristía, antes de ponerse las vestiduras sagradas (574). Para mantener el debido decoro del servicio del Altar, dispósese también que los clérigos se ocuparan de lavar personalmente los lienzos utilizados en él, cuando menos una vez mensualmente (575). Cuidábanse particularmente de hacer llevar el Viático a los moribundos, sin que fuera motivo para desistir a prestar sus auxilios la distancia, la inconveniencia de la hora del día o de la noche, ni la posición social del enfermo (576). Enumeraremos, entre otras manifestaciones del culto externo, las procesiones, las rogativas (a veces ordenadas por los reyes mismos) (577), las solemnidades celebradas el día del santo tutelar en cada una de las iglesias y de las capillas de la ciudad; las ofrendas, cánticos y oraciones promovidas por los cultos de dulía, y los rosarios de la aurora.

Celebrábanse procesiones de tabla y extraordinarias. Las de *tabla* o de obligación, tenían lugar con motivo de los más notables aniversarios de la Iglesia. Asistían el gobernador, los dos cabildos y otras autoridades civiles, militares y eclesiásticas, escoltadas por alguna tropa de la guarnición que marchaba a los acordes de una banda de música militar. Puede juzgarse de la antigüedad de estas costumbres por una disposición de Felipe V contenida en el artículo 32 de su Reglamento para el Presidio y Guarnición de la Plaza, promulgado en 1741 :

573. XXXIII/-Año 1876.

574. Obispo López de Haro; *Constituciones Sinodales*, pág. 63

575. *Ibidem*: pág. 64.

576. Vea la *Historia*, de Inigo Abbad, pág. 407, una relación de los durísimos servicios de esta índole prestados por los sacerdotes en el siglo XVIII.

577. V. un real decreto de 1849 sobre rogativas para el alivio de la Iglesia Católica, en XXXIII/-Año 1849.

Atendiendo a la costumbre inmemorial, que ay en el Presidio de Puerto-Rico, de salir en Procesión el Viernes Santo de todos los años el Entierro de Christo, acompañado de la Virgen, con el Titulo de la Soledad, Patrona del mismo Presidio; se continuará en adelante esta piadosa, y loable devoción con la mayor pompa, y ostentación que sea possible, contribuyendo para ello los Oficiales, y Soldados de Infantería y Artillería á sueldo por libra (\*), segun el gasto que se hiciere, el qual se regulará en Junta de todos los Oficiales, que se tendrá á este fin el Miércoles de Ceniza de cada año, en presencia del Sargento Mayor de la Plaza, para que con anticipación se entregue el importe al Mayordomo, á fin que prevenga todo lo correspondiente á la Funcion, en conformidad de lo que en la propia se acordara.

Debemos a un autor francés que visitó la ciudad hacia 1788, la descripción de ciertas procesiones nocturnas que presenciara durante su estada en ella. Celebráronse dos veces por semana, caminando los fieles, portando linternas, de dos en fondo, precedidos de unos frailes que cantaban letanías a la Virgen, al son de la guitarra. Cerraba el cortejo el pertiguero, llevando un estandarte y rodeado de personas agitando campanillas. Duraban estas procesiones de tres a cuatro horas (\*\*).

En los momentos de mayor peligro, durante el ataque de Abercromby a la ciudad, en 1797, los vecinos de la ciudad se lanzaron a la calle procesionalmente, emprendiendo ardiente rogativa, acto que comentó el padre Juan Manuel Echevarría en el poema que escribiera en 1851:

*Bien estorbarlo procuró el averno,  
Mas fué inútil su afán: la grey piadosa  
Al templo del Señor con celo tierno  
En confuso tropel, corre anhelosa,  
Y la Señora del Empíreo eterno  
Llevada en procesión, le ruega ansiosa,  
Disipe aquel vapor que viene oscuro  
A empañar de su gloria el cielo puro (\*\*).*

\* Es decir, en proporción a lo que cada uno ganaba.

\*\* XVIII/162.

\*\*\* *Gloriosa defensa de la ciudad de Puerto Rico durante el asedio británico que sufrió en 1797.* Imprenta del Boletín Mercantil, 1897.



Aún durante el primer tercio del siglo XIX celebrábanse procesiones todos los días de Semana Santa, con excepción del sábado. El Domingo de Ramos salía de Catedral la que simbolizaba el episodio de Jesús orando en el huerto; el lunes, auspicada por los dominicos, la del Redentor atado a la columna; el martes, recorría las calles la del *Eccehomo*, confiada a los franciscanos; el miércoles, correspondía a la Catedral organizar la solemne procesión de tabla, precedida por los personajes llamados *Hermanos y devotos*, representados en los tiempos de la infancia de Tapia por un solo asistente, disfrazado con un hábito de franciscano, encapuchado, con el rostro también cubierto, que tañía una larga trompeta (578); el viernes tocaba a los dominicos la patética representación del entierro de Jesús, y el sábado tenía lugar, a las seis de la mañana, en el atrio de la Catedral, la que recordaba a los regocijados fieles el encuentro de la Virgen y su Divino Hijo.

Observábanse el Jueves y Viernes Santo de la manera más rigurosa: suspendíase el tránsito de vehículos, izábanse las banderas a media asta, rompíase expreso el paralelismo de las vergas de las naves surtas en puerto, amarrándolas desordenadamente a sus mástiles; enmudecían las campanas, sustituyéndose sus vibrantes voces por el ruido seco de las matracas; portaban las tropas sus armas en la posición de duelo prevista por los reglamentos; tocábanse, a la sordina los instrumentos de música militar; invadían las calles el jueves las cofradías, portando farolillos y rezando el rosario (579). Posiblemente hasta el año en que fue demolida, en el siglo XVIII, la capillita del Calvario, erigida en el campo del Morro, se practicó la costumbre de hacer en ella una estación del Vía Crucis (580). En virtud de distintas disposiciones regias, durante los siglos XVIII y XIX, la llave del Sagrario era depositada solemnemente por el Cabildo secular en las manos del gobernador, después de la ceremonia del Jueves Santo (581), o en ausencia del primer magistrado de la Isla, era guardada por quien presidiera el Cabildo en dicho día (582). En 20 de abril de 1790 expidióse una real cédula estableciendo ciertas reglas de precedencia para la custodia de la llave (583), evidentemente, a fin de evitar posibles contro-

---

578. XX/41.579. Tapia: *Ibidem*, pág. 43.

580. VI/132.

581. Real cédula N.º 440 de 1777.

582. Real cédula N.º 563, de 1788.

583. Real cédula N.º 601.

versias entre aquellos funcionarios que podían aspirar al honor de conservarla. Las expresiones populares del sentimiento religioso que evocaban los días santos tomaban a menudo la forma de canciones lastimeras, repetidas, *sotto voce*, en los zaguanes y rincones de la ciudad :

*Morirse quiere mi Dios  
en una cruz enclavado,  
por perdonar los pecados  
de sus infinitos hijos.  
Al ladrón le dió la gloria  
de morir al lado de El,  
y a María la ordenó  
que a San Juan cual hijo amara;  
y al que le dió la lanzada,  
con alegría perdonó.*

Acostumbrábase en la antigüedad, hasta que fue prohibido en 1824 (\*), quemar el Sábado Santo, en ciertas esquinas de la ciudad, un muñeco de paja o trapo que llamaban Judas, tosca efigie del Tscariote, que se convertía en el blanco de las mofas y maldiciones inconscientes de los chiquillos de las calles mientras era lanzado a la hoguera.

La participación obligatoria de las fuerzas armadas de la ciudad en numerosas funciones religiosas aumentaba el esplendor y la solemnidad que las caracterizaba. Las salvas de artillería y de fusilería que se acostumbraban disparar mientras se entonaba el Te-deum por algún beneficio extraordinario; la concurrencia de tropas y de sus bandas de música a las procesiones y otros ejercicios, patentizaban a los fieles la estrecha unión existente entre la Iglesia y el Estado. Reflejábase tal estado de cosas aun en los más pequeños detalles del ceremonial religioso. Por ejemplo, en el curioso reglamento de campanas vigente en el año 1842, disponíase que por la muerte de una persona de la familia real o del gobernador de la Isla, se tocaría un doble general de todas las campanas de la ciudad, cuatro veces por hora durante veinticuatro horas; que el repique de Viático destinado al gobernador fuera continuo, desde la salida del mismo desde el templo que lo enviaba, hasta su regreso, echándose al vuelo la campana mayor, con anuncio de salida de tres repi-

\* Bando de Policía y Buen Gobierno del general Latorre: cap. 23.

ques (tocándose sólo dos para el segundo cabo, el regente de la Real Audiencia y el intendente) (\*). Celebrábase con repiques generales el nacimiento de los príncipes, la coronación y cumpleaños del rey y la entrada del gobernador a la ciudad, repicando en la Catedral, durante tres minutos, las campanas de San Pedro, San Pablo y la Concepción (584).

Como en nuestros días, el culto que se daba a los santos se basaba principalmente en la creencia popular de que era posible obtener de ellos gracias y mercedes mediante ciertos actos de reverencia, tales como la recitación de oraciones, ofrendas de dinero, flores, cera, aceite; la adoración por medio de actitudes corporales, expresivas de sumo respeto; la imposición de penitencias y sacrificios y la propiciación por conducto de actos similares.

En armonía con el propósito que perseguía el pueblo al dar a ciertos santos el culto por las bondades de las gracias con que Dios les ha dotado, o la devoción activa a un santo determinado, se basaba principalmente en la esperanza de obtener como retribución algún beneficio material o espiritual. El culto a un santo determinado aumentaba en intensidad o entusiasmo en proporción con el número y mérito de los milagros que el santo realizaba. Según el canónigo Torres Vargas, algunos milagros fueron comprobados en la ciudad durante los siglos XVI y XVII. Por ejemplo, en el tiempo del obispo Manso nombróse por el Cabildo eclesiástico abogado del cazabe a San Patricio, precisamente porque teniéndose por notorio milagro el hecho de que, habiéndose echado a la suerte el nombramiento de un protector de este alimento, en vista de que los plantíos de yuca estaban siendo arrasados por una plaga de hormigas, la suerte favoreció tres veces consecutivas al mencionado santo (585). Acordaron los dos cabildos celebrar fiestas solemnes el día de San Patricio, haciéndolo la ciudad con misa, sermón y procesión. Como es natural suponer, el sermón que se predicaba en ese día tenía por tema el elogio del santo y la evidente conveniencia de darle culto. No es aventurado pensar que era éste, el panegírico vehemente, el medio más eficaz con que contaba la Iglesia para mantener viva la veneración del pueblo. Para hacer inteligible a las masas la naturaleza de las relaciones concebibles entre los fieles y los santos, era necesario que el predicador atribuyera a estos efectos, sentimientos

\* El reglamento había sido formulado en 1794. (V. R. C. N.º 764 de 23 de julio de 1801.

584. Artículo 4.º del Reglamento de Campanas, reproducido en el *Prontuario de Disposiciones Oficiales*, págs. 78-81.

585. II/459.

y pasiones humanas. El labrador, haciéndose eco del púlpito, se encargaría de decir, cuando amarillaban sus plantas de yuca, que San Patricio estaba enfadado. Acudiendo a los sacerdotes, éstos le proponían entonces la conveniencia de consumir algún sacrificio expiatorio o propiciatorio, según el caso. Celebrábanse oficios, procesiones y rogativas, ordenábase la recolección de dádivas u otros actos similares. Cuando la yuca empezaba a reverdecer, el sacerdote interpretaba la significación del fenómeno asegurando a los creyentes que así dábales el santo a entender que sus congéneres «no se enojan, pero se obligan» (586). Tal afirmación justificaba rotundamente, de parte de la autoridad eclesiástica, los numerosos actos del culto encaminados a inducir en el santo una actitud propicia a los deseos legítimos del creyente. Como consecuencia, durante largas centurias, nuestros hombres y mujeres, de todas las esferas sociales, elevaron cánticos y preces, ofrecieron flores, cera y aceite, impusieron censos a sus casas y haciendas para honrar, deleitar o aplacar la ira de los bienaventurados pobladores del ciclo; marcharon, a veces descalzos, tras sus imágenes por calles y plazas, animados de un fervor que, con alguna frecuencia, no era enteramente desinteresado. No es de extrañarse, en vista de la profunda ignorancia de la población y del clero de la Isla durante las primeras dos centurias de la ocupación española, que los cultos de dulia degeneraran, entre las clases más atrasadas, en fanatismo de la peor especie, llegando a convertirlos en formas *sui generis* de idolatría pagana, desnaturalizando las creencias cristianas y encauzándolas por sendas muy parecidas a las frecuentadas por los pueblos primitivos cuando buscan satisfacer sus instintos y sentimientos religiosos. A juzgar por las sumas de dinero, relativamente enormes, con que el vecindario contribuía a sostener estos cultos individuales, hecho que se refleja en el importe de los réditos de los censos sobre bienes raíces que se imponían con estos fines, el mal tomó proporciones suficientes para retardar el progreso moral, social y político de la comunidad.

## EL PALACIO EPISCOPAL

Nada dicen las viejas crónicas acerca de la primera residencia que ocupara el obispo Manso al trasladarse la ciudad a la Isleta.

---

586. El canónigo Torres Vargas en su *Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico*, II/459.

Si tenemos en cuenta que el primer edificio de la Catedral se construyó de madera, parece razonable suponer que no se emplearan mejores materiales para dar primer albergue a su pastor. Si sabemos que desde los primeros tiempos la casa del obispo estuvo contigua al templo hasta el año 1737, como veremos más adelante. En 1625 fue parcialmente destruido cuando los holandeses incendiaron la ciudad, siendo entonces, sin duda alguna, un edificio de tapiería. Reconstruido en una fecha desconocida, estaba techado de tejas a principios del siglo XVIII, como lo revela el hecho de que su morador, el obispo Urtiaga, utilizó parte de su techumbre para cobijar la Catedral.

Debiendo encontrarse en estado ruinoso hacia la tercera década de dicho siglo, resolvió el obispo don Sebastián Pizarro abandonarlo, trasladándose a una casa que compró en el sitio actualmente ocupado por el obispado. De acuerdo con una real cédula fechada el 8 de abril de 1737 (587), la compra se había realizado ya, donándolas el prelado a la dignidad Episcopal. Coll y Toste nos informa que esas casas pertenecieron a doña María de Amézquita y Ayala, descendiente del capitán Amézquita, el héroe del Morro en 1625 (588). Durante la prelación del diligente monseñor Jiménez Pérez fueron reconstruidas, dejándolas más o menos con la amplitud en que las encontró el siglo XIX. Al segregarse los anejos de la diócesis de Puerto Rico, en virtud de la real cédula de 4 de agosto de 1791, limitándola al territorio de la Isla, el palacio Episcopal parecía demasiado amplio para sus reducidas necesidades. Algunos años después destinóse la planta baja a oficina de la curia.

---

587. R. C. N.º 46 del año citado.

588. 1/13/72.



## CAPITULO VII

### LA INSTRUCCION PUBLICA Y LA CULTURA

#### LA INSTRUCCION PUBLICA EN LA CIUDAD

Dos generaciones de criollos habían nacido, crecido y envejecido bajo la umbrosa arboleda del peñón de la Isleta, sin recibir el pan de la enseñanza. Carlos V y Felipe II, absortos en la tarea de afianzar el Reino edificando castillos y bastiones, no coadyuvaron a la obra de construir escuelas. En realidad, no fue hasta el siglo XIX que se generalizó en el mundo el propósito de sustituir a la Iglesia por el Estado como agente propio de la enseñanza pública.

Aunque indudablemente para esta época estaba abierta para los seglares la escuela de los dominicos, el obispo Bastidas había sugerido a Carlos V, en 1544, la conveniencia de abrir una cátedra de gramática en San Juan (\*), estando reservado al vecindario de la ciudad hacer los primeros esfuerzos por resolver el vital problema. Dos vecinos, Antón Lucas y Francisco Ruiz, dejaron al morir, el primero en una fecha desconocida, pero anterior a 1582; el segundo en 1589, el usufructo de sus modestos capitales para beneficio de la enseñanza. Adivínase en ambos casos la afortunada indicación de algún bien intencionado confesor que logró inclinar la voluntad de aquellos hombres hacia un fin tan laudable. La íntima relación existente entre las dos primeras escuelas embrionarias y la Iglesia está indicada por hechos corroborativos: la sostenida en el legado de Lucas estaba instalada en el hospital de Sant Alifonso, institución eclesiástica, fundada por el obispo Manso. Enseñábase en ella gra-

---

\* Carta al Emperador, reproducida en II/327-328.

mática, probablemente por algún sacerdote (589). La de Francisco Ruiz, también de gramática, existía gracias al donativo de cien ducados anuales hecho por éste a la Catedral. El local de esta escuela y el osario de los difuntos estaban juntos y contiguos a dicho templo (590). Como insinuaba en un dístico que hizo colocar sobre la puerta el profesor del minúsculo plantel, en 1640, allí donde habitaban las Musas, dábanse sus servidores en prenda a la Muerte, ironía que parece revelarnos la inconformidad de aquel maestro de vanguardia con los alrededores antihigiénicos de la vetusta casa.

Lejos de considerarse como fortuito el hecho de que la Iglesia asumiera en la ciudad la tarea de la enseñanza pública, nuevas razones la obligaban a continuar en el Nuevo Mundo la secular tarea emprendida en el viejo. En primer lugar la catequesis, impulsada con redoblado vigor en las tierras paganas de América poco después del Descubrimiento, la llevaba naturalmente por el camino de la escuela; en segundo lugar, inducía a perseverar en él las tendencias propias de los gobiernos teocráticos del siglo XVI, enfrentados al problema de desarrollar un vasto y remoto imperio colonial. En cuanto a Puerto Rico se refiere, dos factores, el económico y el político, debieron inclinar la Corona a no alterar en la Isla la práctica de impartir la instrucción al pueblo a través de lo que pudiera llamarse el filtro eclesiástico, medio que los poderes políticos no tardaron en utilizar para retener los gérmenes del pensamiento liberal, que una cultura dilatada y sin freno alguno, necesariamente había de fecundizar en la colonia: la pobreza de la ciudad y la conveniencia de acondicionar bien la instrucción a las exigencias de su carácter casi exclusivamente militar. Creíase entonces, no sin algún fundamento práctico, que se comprometía peligrosamente la seguridad de una remota plaza de frontera, cuyos habitantes en su mayoría habían nacido fuera del territorio de la Península y sujeta a frecuentes ataques por enemigos extranjeros, si se permitía a los criollos adquirir aquellos conocimientos que propendían a la formación de un criterio liberal. Y como ésta se hubiera debilitado por efecto de las sollicitaciones de mentes abiertas a nuevas experiencias, tal actitud mental podía, en un momento dado, culminar en actos perjudiciales a la integridad nacional. El hecho de que aun actuando tales prejuicios en el caso de las colonias vecinas, la Española y Cuba, se impulsara en ellas la instrucción hasta el extremo de fundarse universidades en ambas, nos inclina a creer que el

---

589. Memoria de Melgarejo, cap. 37, en 1/1/89.

590. II/454.



factor económico fue decisivo en el caso de Puerto Rico. Pero como la pobreza de la Isla hasta el primer cuarto del siglo XIX, era consecuencia del papel militar que se le había asignado en la política imperial de España en el Nuevo Mundo, en último análisis, el atraso de la instrucción pública obedecía principalmente a causas de índole política.

Sin duda, como resultado del desarrollo espontáneo de las instituciones auxiliares de la Iglesia, dióse el tercer paso hacia mediados del siglo XVII, erigiéndose en 1647 el Convento de Santo Tomás de Aquino en Estudio General, centro que impartía enseñanza de tipo universitario (\*). Mientras tanto fundaba fray Jorge Cambero su Casa de Estudios de Artes y Gramática para los novicios y los vecinos de la ciudad. En 1649 contaba la escuela con 24 estudiantes de gramática castellana y 12 de artes (591), debiéndose entender por éstas, el estudio de la lógica, la gramática y la retórica latinas, supervivencia del *trivium* mediocval. Como en esta época continuaba abierta para «los hijos de los vecinos» (592) la escuela de gramática de la Catedral, eran estas dos las únicas aulas disponibles durante este período del siglo XVII.

Llegados a la centuria siguiente, observamos que continúa la Iglesia tratando de satisfacer las necesidades de la instrucción pública, aún ajenas al interés del Estado, excepto en cuanto se refería a la intervención del rey en su calidad de patrono de la Iglesia en Indias. Al principiar su segunda década, dio comienzo el obispo Urtiaga a sus infructuosas gestiones para fundar el Seminario. La población de la Isla estaba sumida en la más profunda ignorancia. Escribía al respecto don Alejandro O'Reilly, en el año 1765 :

...conviene saber que en toda la Isla no hay mas que dos escuelas de niños; que fuera de Puerto Rico (*la ciudad de San Juan*) y la villa de San Germán, pocos saben leer; que cuentan por épocas de los gobiernos, huracanes, visitas de Obispo, arribo de flotas o situados; no entienden lo que son leguas, cada uno cuenta la jornada a proporción de su andar...

Por edicto de 23 de enero de 1773 el obispo Ximénez Pérez, aprovechándose de la circunstancia de que estaban funcionando las

\* Doctor Antonio Cuesta Mendoza: "Los Dominicos en el Puerto Rico Colonial", México, 1946.

591. Gil González Dávila: "Teatro Eclesiástico de la Primitiva Iglesia de las Indias Occidentales", etc. Madrid, 1649, pág. 283.

592. Torres Vargas, en II/434.

clases de latinidad en los dos monasterios de la ciudad, suprimió las clases de gramática que se daban en la escuela de la Catedral y creó en su lugar una cátedra de moral para los clérigos y tonsurados. Nombró para desempeñar dicha cátedra al doctor Antonio de Mena, quien debía dictarla diariamente en la sacristía del templo, de diez a once de la mañana, autorizándosele a multar con ocho pesos, destinados para obras pías, a los que dejaran de asistir sin legítima causa (593).

Algo alcanzó a disfrutar la ciudad de los empeños progresistas de Carlos III. El mismo año en que murió, 1788, se autorizaba a la Universidad de la Española a graduar en Filosofía y Teología a los estudiantes del Colegio de Santo Tomás de Aquino y del Monasterio de San Francisco (\*). Afortunadamente, estas escuelas monásticas funcionaron durante cincuenta y un años después de recibir tan estimable concesión. Al finalizar el siglo XVIII encontramos que la enseñanza en la ciudad permanecía exclusivamente en manos de los religiosos, con la única excepción de cuatro señoras a quienes, por gestiones del Cabildo de la ciudad ante el gobernador don Ramón de Castro, hacia 1799, se les consintió enseñar, en sus casas, a un corto número de niñas, el catecismo y rudimentos de costura, recompensándolas el Ayuntamiento con cincuenta pesos anuales a cada una. Aunque los programas de la enseñanza religiosa estaban aún fuertemente inspirados en el escolasticismo, debemos a la Iglesia el inapreciable servicio de impedir que se extinguiera totalmente, durante más de dos siglos, la llama del saber en la ciudad, manteniendo las cátedras de gramática, lógica, física y metafísica y teología escolástica y moral.

Al llegar a este punto, hemos de ceder algún espacio a la recordación de los esfuerzos que se empezaron a hacer, desde 1769, para fundar una universidad en la Capital, a pesar de que la inmensa mayoría de la población estaba compuesta por analfabetos. En dicho año el doctor Nicolás Ruiz se afanaba por convertir la Escuela de Novicios del monasterio de Santo Tomás de Aquino en la Universidad de N. S. de Belén, siendo apoyado, al año siguiente por el gobernador Muesas y los doctores Francisco Manuel de Acosta y Miguel de Mena. Fracasadas estas gestiones, continuó la ciudad muchos años más sin poder ofrecer a sus habitantes medios de instrucción superior. Hacia 1793 el presbítero doctor José María Ruiz elevó al Gobierno central una instancia para establecer cátedras de juris-

593. V. el texto del edicto en I/8/65.

\* Reales Cédulas, de agosto 24 y julio 5 de 1788.

prudencia (594). Dos años más tarde, al ceder España a Francia su parte de la isla de Haití, se solicitó inútilmente por los miembros de su Cabildo secular, Pizarro, Dávila, Xiorro, Córdova y Quiñones (595), el traslado a San Juan de la antigua Regia y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, establecida en el Convento Imperial de Predicadores de la Ciudad de Santo Domingo.

Con encomiable celo renováronse las gestiones de los puertorriqueños por la fundación de la Universidad, alcanzando un decreto aprobatorio de las Cortes en 1821, cuyos efectos fueron frustrados al abolirse el régimen constitucional en 1823. Volviendo a la carga los hijos del país, solicitaron de nuevo su creación en 1838, esta vez a través del Ayuntamiento de Guayama, encontrando el apoyo del gobernador don Miguel López de Baños. Referida la petición por la Real Sociedad Económica de Amigos del País a su Comisión de Instrucción Pública, ésta sugirió la conveniencia de agregar a la universidad en proyecto las cátedras de latín, filosofía y teología que funcionaban en el Seminario Conciliar; de inducir al Consulado de Comercio a crear una cátedra de navegación o de comercio, o ambas; y de utilizar para local el monasterio de Santo Domingo, y su templo, como aula magna; de limitar el número de facultades a dos, las de medicina y derecho (civil y canónico). Propuso, además, el plan siguiente para arbitrar los medios necesarios a su sostenimiento: un impuesto sobre cada res beneficiada diariamente en la Capital y en la Isla, de tres pesos por cabeza, en el primer caso, y de medio real en el segundo; el impuesto de calles, una vez se terminara el empedrado de la Capital; derechos de matrícula y de aprobación de curso, montantes a 8 pesos cada uno; contribución mensual por cada uno de los pueblos de la Isla, distribuida proporcionalmente según su riqueza, fijándose el *mínimum* en siete pesos (596).

Aunque el proyecto abortó, las fuerzas que lo combatían en la sombra no lograron extirpar del corazón de los puertorriqueños el anhelo de fomentar la enseñanza superior. Por el contrario, excitaron su celo hasta elevarlo a la altura del más puro altruismo. En 1879 el doctor Calixto Romero, secundado por varios médicos y abogados, elevó una instancia al gobernador solicitando autorización para abrir en la Capital un establecimiento privado que incluía

594. V. la real cédula N.º 645 de 23 de agosto de 1793.

595. Manuel de Elizaburu: *La Institución de Enseñanza Superior de Puerto Rico*, reproducida en I/30/144-169. V. la pág. 152.

596. Acta de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de 18 de septiembre de 1838.

la segunda enseñanza y la universitaria, con cátedras de derecho, medicina, cirugía, filosofía y letras. Para obtener el reconocimiento académico de la Universidad de La Habana, proponíase que los alumnos fueran examinados anualmente en San Juan por profesores de aquel centro. Ofrecíanse los solicitantes a desempeñar dichas cátedras *sin remuneración alguna* y a costear, por medio de suscripciones voluntarias, los gastos de los otros catedráticos que fuesen necesarios, las dictas de los examinadores que fuesen enviados de La Habana, y el local y material que se necesitase.

Muerto el proyecto por el dictamen adverso de los vocales de la Junta Superior de Instrucción Pública, los señores José Pérez Moris y Ramón Martínez Gandía (597), por la resolución desfavorable del gobernador Despujols (\*) y finalmente por la negativa rotunda de Alfonso XII, fundamentada en la supuesta ilegalidad del procedimiento propuesto por el doctor Romero y sus compañeros (\*\*), las aspiraciones de los hijos del país quedaron en suspenso, hasta que el cambio de soberanía operado en 1898 les ofreció amplias oportunidades para realizarlas.

La negativa terminante de la Corona a que un grupo de respetables súbditos de la provincia de Puerto Rico se dedicara de motu propio, gratuitamente y por razones exclusivamente humanitarias, a la enseñanza superior, precisamente para cumplir con un deber hasta entonces olvidado por ella, ha dejado una mancha indeleble en la historia del régimen español en la Isla, a pesar de que el mismo monarca, dos años después, autorizara el acuerdo de la Diputación Provincial que creaba el Instituto Civil de 2.<sup>a</sup> enseñanza. Evidentemente, tenía el gobierno los efectos de una gestión privada inspirada en tan elevados ideales cívicos que, en aquellas angustiosas circunstancias, había necesariamente de influir en la concepción de doctrinas políticas hostiles al régimen.

## LA ENSEÑANZA EN EL SIGLO XIX

Quizá lográramos hacer una lúcida introducción al tema recordando que, en el período de 1792 a 1808, ganaba terreno en la infortunada corte de Carlos IV la creencia en la conveniencia de no

---

597. V. el texto del informe en I/5/274.

\* Comunicación del Gobierno General de la Isla de Puerto Rico—Secretaría, Negociado 1.—Número 128, fechado el 12 de febrero de 1880.

\*\* Real orden de 11 de marzo de 1880.

difundir ni adelantar la instrucción en América. Esto sólo hubiera sido bastante para conservarla en la ciudad de San Juan en los moldes casi medievales en que se había establecido. Habían de practicarse o tolerarse numerosas antiguallas durante muchos años más: el método absurdo del aprendizaje de memoria; el prejuicio de raza que excluía a los negros de las aulas, no abolido hasta 1812; el concepto vetustísimo de la disciplina escolar, arraigado en el empeño de hacer continuamente evidente la inferioridad del discípulo frente a su maestro, razón por la cual exigíasele a aquél cruzar los brazos en presencia de éste, llamándole «Su merced»; el castigo corporal, generalmente aplicado por medio de la palmeta, largo tiempo tenida por aceptable sustituto del foete, y no siempre dirigida a las palmas de las manos, y a veces reforzada por el pellizco o el tirón de orejas (598).

Continuaba la instrucción pública, aún no considerada como una de las funciones vitales del Estado, relegada como mera obra filantrópica a los eclesiásticos y municipales. Cuando se comenzaron a consentir escuelitas de primeras letras en el siglo XVIII, el obispo expedía los nombramientos de los maestros, práctica que se continuó hasta el año 1848 (\*). Como veremos más adelante, desde el primer cuarto del siglo XIX empezó a considerarse conveniente reforzar la licencia episcopal por otras concedidas por las autoridades civiles.

La instalación de una pequeña escuela de dibujo por don Juan Fagunto en 1800 y los legados de don Miguel Xiorro, en el año siguiente, testimoniaron el interés de las personas particulares en la educación de la juventud.

Durante el primer cuarto del siglo recibió la enseñanza algún impulso a través de la real Sociedad Económica de Amigos del País, organismo fundado por el intendente Ramírez, que encarnaba un sutilmente concebido propósito de transacción entre las viejas normas de gobierno y el espíritu liberal del siglo, mediante el cual, numerosos hijos del país y vecinos de la ciudad, tuvieron la oportunidad de influir en el desarrollo económico y cultural de la colonia. A través de su comisión permanente de instrucción pública, la Real Sociedad de Amigos del País generalizaba y facultaba la enseñanza de las primeras letras, sin perjuicio de las funciones que

---

598. Los castigos corporales fueron abolidos por el Decreto de las Cortes generales y extraordinarias, fechado el 8 de septiembre de 1813. Sin embargo, el uso de la palmeta no fue suprimido en Puerto Rico hasta el año 1845, por orden del gobernador don Rafael Aristegui y Vélez, Conde de Mirasol.

\* LXXIV/66 e. s.

competían a los Ayuntamientos, abogaba por la enseñanza de la moral cristiana en las escuelas primarias y trataba de mejorar los métodos de enseñanza, adoptando los extranjeros, especialmente el ideado por Lancaster, o de enseñanza mutua, que beneficiaba principalmente a los huérfanos y desvalidos; impulsaba la fundación de clases o escuelas de matemáticas, física experimental, química, botánica, agricultura práctica y economía política. En resumen, desempeñaba muchas de las funciones que habían de corresponder más tarde a la Junta Superior de Instrucción Pública. Todavía en esa época andaban buscando los que se preocupaban por el bien público, medios extraordinarios para sostener la enseñanza. En 1809 el alcalde don Pedro Irizarri sugería literalmente desvestir las Milicias Disciplinadas del país para vestir catedráticos y colegas, al suplir, por conducto del diputado Power, que se dedicaran los fondos procedentes de los derechos de tierras, destinados a vestuario de las Milicias, al establecimiento de una universidad y de un seminario (599).

Entre el 13 y el 19 fundáronse las cátedras de geografía, comercio y matemáticas por el intendente Ramírez en la Sociedad de Amigos del País, y en el último de estos años, las de teología en el monasterio de los Franciscanos, y las de medicina en el hospital Real (1814), dictadas por el doctor José Espaillat, gracias a su propia iniciativa. En el mismo año concedióle licencia el provisor del Obispado para utilizar, por primera vez, el cadáver de un condenado a muerte para ilustrar sus lecciones de anatomía, viéndose obligado, por las condiciones del clima, a emplear solamente su esqueleto para tal propósito (\*).

El buen éxito de las lecciones del doctor Espaillat lo movieron a solicitar de Fernando VII la aprobación de varias medidas para continuar las cátedras de medicina en el hospital Real y para promover los intereses de la profesión médica, contándose entre éstas, el establecimiento de la Sociedad Médica. Denegada en esta ocasión la súplica relativa al establecimiento del Protomedicato, concedió el rey permiso para que se admitieran cuatro estudiantes, subvencionados con fondos municipales, en el Colegio de Cirugía de Cádiz. La falta de recursos impidió hacer uso de esta concesión (\*\*). Por real orden de 30 de junio de 1820, S. M. instruyó al gobernador

---

599. XI/25.

\* LXXXII/legajo de mayo de 1814.

\*\* Doctor Gabriel Ferrer Hernández: *La Instrucción Pública en Puerto Rico*. Imp. de José González Font, Puerto Rico, 1885.

que, en unión de la Diputación Provincial y del Ayuntamiento de la ciudad, propusiera el medio de establecer un Protomedicato Provisional que ejerciera la superintendencia de las facultades de medicina, cirugía y farmacia (600). Sin embargo, hasta 1849 no se inició la práctica de revalidar los títulos, de las dos primeras profesiones mencionadas, ante la Subdelegación de Medicina y Cirugía.

Hacia 1820 el Municipio de San Juan sostenía, cuando menos, una escuela primaria gratuita (601). Tres años después abría otra en el ex monasterio de Santo Domingo, a cargo del maestro don Manuel Domínguez (\*). Existían, además, algunas escuelitas domésticas de doctrina cristiana y de primeras letras, con que se ganaban el pan varias piadosas y modestísimas mujeres, ejerciéndose la supervigilancia de ellas a través de uno de los regidores, el Diputado de Escuelas, cargo creado a instancias del gobernador Meléndez, en 1809 (\*\*). Las autoridades hacían objeto de su eterna vigilancia aun a estas tristes chozas en donde se enseñaba a rezar y deletrear. Debían aquellas mujeres, para poder dedicarse a sus elementales menesteres, obtener licencias del Ilustrísimo Señor Obispo, del Excelentísimo Señor Gobernador, Jefe Superior Político de Puerto Rico, y la anuencia de la Excelentísima Diputación Provincial, así como someterse a la inspección de un regidor de la Excelentísima Corporación Municipal (\*\*\*)

Compelida por la penuria a valerse de medidas aleatorias para tratar de satisfacer las necesidades de la enseñanza pública, abrió la Diputación, con el concurso de la Jefatura Política, en 1828, una clase de física experimental. Dedicóse a este fin uno de los salones del ex monasterio de San Francisco, dedicándose otro a lecciones de filosofía, que continuaron los franciscanos al reabrirse su monasterio, en octubre del 24.

Cobrando aliento con la reimplantación del régimen constitucional, el diputado de Escuelas de San Juan, don Francisco Tadeo de Rivero, redactó en 1820, el primer reglamento escolar adoptado en la ciudad y en la Isla. Destinado a las escuelas primarias, con-

600. Acta del Ayuntamiento, fechada el 16 de octubre de 1820.

601. Fco. Tadeo de Rivero: *Instrucción metódica, sobre lo que deben enseñar los maestros de primeras letras para la educación y enseñanza de los niños*, reproducido en I/6/6-20. V. pág. 17.

\* LXXIV.

\*\* Doctor Gabriel Ferrer Hernández: Op. cit., pág. 20.

\*\*\* V. el edicto del obispo Mariano Rodríguez de Olmedo de 25 de agosto de 1820, concediendo licencia a Celestina Cordero y Molina para que pueda enseñar la doctrina cristiana a las niñas de la escuela que pretende establecer en San Juan, reproducido en L/23.

tenía un plan para enseñar, en un curso de cuatro años, a los niños de seis a diez años de edad, los elementos de religión, moral, lectura y escritura, gramática, «naciones de política», de la Constitución del Reino y de urbanidad (incluyendo expresamente el comportamiento en la mesa). Para la enseñanza de la religión elemental recomendaba el Catecismo de Ripalda, y el compendio de Fleury o Pouget para los más adelantados. La enseñanza de moral no requería textos, confiándola a la voz y al ejemplo del maestro, quien procuraría que sus discípulos fueran generosos y comedidos, valientes, caritativos, amigos consecuentes...

y nada rencorosos ni vengativos con ninguno;

que aborrecieran el chisme y que les infundieran principios de honor y noble emulación. En cuanto a urbanidad, exigía el reglamento que se acostumbrara a los niños que:

se traten entre sí con respeto y decoro, a que sean deferentes en cuanto a etiqueta, cediéndose los mejores puestos, y la primera entrada en cualquier pieza, a que tributen la debida consideración a la edad mayor y veneración a los sujetos de caracter y dignidad, a que no viertan expresiones groseras y descompuestas...

Debía enseñárseles a que se presentaran en público con madura compostura, sin hacer movimientos extraños con el cuerpo, sin recostarse sobre los muebles, reírse descompasadamente, ni hacer aspavientos por cosa alguna que vieran u oyeran. Adelantándose a su tiempo, disponía Rivero en su reglamento la enseñanza de rudimentos de administración pública, que en nuestros días enseñamos bajo el nombre de *gobierno civil* o «cívics», como se le llama en los programas en inglés, exigiendo el pedagogo puertorriqueño la adopción de un Catecismo de la Constitución, que todos los alumnos debían aprender de memoria, para obtener un conocimiento exacto de «las obligaciones que les impone nuestra sabia Constitución» (602).

Bien pudo sentirse orgullosa la ciudad de haber producido en 1920 un código de enseñanza que proscribía el castigo corporal; que ponía bajo uno de los brazos de sus niños el catecismo de Dios y bajo el otro, el catecismo del Estado; que basándose en el concepto de que la civilización es el arte de vivir en ciudades, requería a la

---

602. Tadeo de Rivero, op. cit.



infancia prepararse a practicarlo, acostumbrándola a preferir aquellos modales y normas de conducta personal indispensables a la conservación de la paz individual y comunal, y a la realización del ideal de cultura ciudadana: hacer grata la existencia, a pesar de la encarnizada lucha que ella impone (\*).

Sin embargo, el brillo de esta victoria contra el oscurantismo ganada por el Ayuntamiento de la ciudad, fue empañado poco tiempo después al negar la licencia a un grupo de artesanos para fundar una escuela nocturna.

Pero como la historia de la cultura ha sido ennoblecida por los destellos aislados de almas superiores, para esta época empezó su sencillez apostolado de la enseñanza el maestro Rafael Cordero (1790-1868), hombre de color, tabaquero de oficio, que enseñaba gratuitamente, en su casita de la calle de la Luna, las primeras letras a ricos y pobres, inspirado en sentimientos de tan grande abnegación, que solía desear que la noche borrara el recuerdo de las obras meritorias que hacía durante el día. Contábanse a Baldorioty de Castro y Alejandro Tapia entre el número de sus discípulos.

Reduciendo a una feliz síntesis los anhelos filantrópicos del humilde maestro Cordero, escribió Fernández Juncos:

*Trabajo y caridad fué su bandera  
Fué su choza de huérfanos amparo  
Y dió de tolerancia ejemplo raro,  
En tiempos de opresión injusta y fiera.*

Hacia 1821 inauguróse bajo la dirección de Vicenta Erickson, profesora contratada en las Antillas danesas, una escuela de niñas costeada por la Sociedad de Amigos del País (\*\*).

Seguía la instrucción desarrollándose lenta, esporádica y precariamente por el esfuerzo privado y el eclesiástico, cuando en 1824 se presentó a la Sociedad Económica un bachiller en letras, don José Manuel García, proponiéndole dar unas lecciones públicas de gramática castellana, contentándose con recibir por toda retribución las cuotas de un peso mensual fijadas para cada alumno. En 1825 se ofrecieron en la casa de los Curas o casa Parroquial, durante un corto tiempo, cursos de filosofía, latín, derecho civil y canónico, y teología. Estaba formado el claustro, bajo el rectorado del presbítero doctor José Gutiérrez de Arroyo, por siete presbíteros, dos de

\* El Ayuntamiento costó la impresión de la "Instrucción Metódica" de Rivero.

\*\* Libro de Actas, sesión de 15 de junio de 1821.

los cuales eran doctores, y uno bachiller. El único miembro seglar, el licenciado Pablo Arroyo Pichardo, enseñaba derecho civil (\*), quien en el 23 había dictado esta misma cátedra bajo los auspicios de la Económica. Los profesores servían gratuitamente, percibiendo algunos una retribución mínima. Conmovedor nos parece el espectáculo del ingenuo regocijo experimentado por aquellos buenos hombres, y por el pueblo de la ciudad, al inaugurarse esta escuela. Como si no se tratara de celebrar un triunfo debido al natural ejercicio de derechos ciudadanos y del cumplimiento de deberes cívicos, ellos exaltaron la bondad del gobernador que *no se había opuesto* a que se diera cumplimiento a la real orden que autorizaba la instalación del plantel de enseñanza. Hasta tal punto había logrado el régimen absolutista desvirtuar la conciencia ciudadana.

Desde el punto de vista del gobierno, la época no podía ser más desfavorable para impulsar la instrucción pública. La revolución de las colonias de América había alcanzado sus más grandes victorias, amenazando envolver la isla misma de Puerto Rico, baluarte inexpugnable en el Mar de las Antillas. De tarde en tarde merodeaban por sus costas pequeñas naves tripuladas por insurgentes colombianos. En 1817 una de ellas atacó el puerto de Fajardo. Otra, una corbeta, fue avistada en febrero de 1825. Realizando un asalto nocturno, el 17 del mismo mes, al puerto de Aguadilla, los insurgentes tomaron la batería que lo defendía, siendo repelidos en la madrugada. Estos hechos no tuvieron importancia militar, pero debieron tender a fortalecer entre las autoridades españolas de la Isla la creencia en la efectividad de la vieja política colonial que contaba con la ignorancia de los colonos como factor en la preservación de la integridad nacional.

La Corona no compartía cabalmente con tan errado parecer. En 1828 ordenaba Fernando VII al gobernador de La Torre que propusieran medidas para establecer colegios en Puerto Rico. Los deseos del soberano se estrellaron contra la roca de los prejuicios locales, cuidadosamente conservados a través del régimen centralizador que concedía al gobernador funesta ingerencia en los asuntos municipales.

La ineficacia de esta política debió ser patente a los políticos españoles hacia fines del primer tercio del siglo XIX, cuando el Continente americano entero, con excepción de las Antillas, había logrado su independencia. En Puerto Rico disminuyó por algún tiempo la resistencia del gobierno a la propagación de la enseñanza. Consin-

---

\* J. J. Acosta, en III/411.

tióse, según relata don Manuel de Elzaburu (603), al doctor Sanjurjo abrir una cátedra de derecho, algunos de cuyo corto número de alumnos obtuvieron la licenciatura en las Universidades de La Habana y Madrid. En 1834 se concedió licencia al filántropo gallego, Padre Rufo Manuel Fernández, para iniciar en San Juan cursos de física y química. Incansable en su noble propósito, fue reuniendo poco a poco los instrumentos y material adecuado hasta formar sendos laboratorios para facilitar la enseñanza de estas disciplinas. Siguió a dicha innovación, unos cuantos meses después, la apertura del Seminario Conciliar de que ya hemos hablado. Por esta época funcionaban en la Capital dos escuelas privadas, la de don Julián Blanco y la del Padre Bobadilla, descendiente de una distinguida familia de Santo Domingo.

El 1.º de marzo de 1822 inauguráronse las clases de aritmética, álgebra y dibujo costeadas por la Económica, nombrándose profesor a don José Basabé, quien fue sustituido algunos meses después por don José Pérez. La academia de dibujo todavía funcionaba veintidós años después, ignorando el autor el año en que fue suprimida.

Iba entonces tomando impulso la instrucción elemental. Desde la segunda década del siglo XIX mostrábase en España serio interés en la adopción del sistema pedagógico ideado por el educacionista inglés Joseph Lancaster (1778-1838), que consistía en utilizar los alumnos mayores o más adelantados de una clase como instructores o monitores de los más jóvenes o más atrasados. De esta manera un pequeño grupo de alumnos podía enseñar a un gran número de sus compañeros los rudimentos de lectura, escritura y aritmética. Impresionado Fernando VII por las evidentes ventajas económicas de un sistema que permitía reducir el número de profesores sin perjuicio de los alumnos, dictó varias órdenes para que se establecieran en las capitales de las provincias escuelas normales de enseñanza mutua. Tratando de dar cumplimiento a estas disposiciones, en el 1821, el gobernador don Gonzalo de Aróstegui, aprovechándose del generoso ofrecimiento que le hiciera el recién llegado secretario del Gobierno político y oficial de Infantería, don Ramón Carpegna, de dirigir gratuitamente la proyectada escuela normal de enseñanza mutua de San Juan, ordenó prematuramente a los alcaldes de la Isla que pasaran a la Capital a recibir instrucciones del señor Carpegna en el nuevo método que se deseaba implantar (604).

603. *La institución de enseñanza superior en Puerto Rico — Sus precedentes y los antecedentes de su fundación*, reproducido en I/10/144-166. V. pág. 153.

604. Circular del Gobernador a los Alcaldes de la Isla, fechada el 28 de septiembre de 1821.

Dificultades de todo género hicieron imposible la realización inmediata del proyecto. En primer lugar, los medios propuestos para sostener la escuela eran inseguros e insuficientes. La propuesta del Ayuntamiento de San Juan de imponer un arbitrio de un peso por cada negro bozal que se introdujera en la Isla, no obtuvo más que la adhesión condicional de la Diputación Provincial, refiriendo ésta su aprobación definitiva al Gobierno Supremo (605). Al año siguiente la Real Sociedad de Amigos del País sólo pudo contribuir al establecimiento de dicha escuela con la pequeña suma de 352 pesos (606). Por otro lado, don Ramón Carpeña no asumiría la dirección del proyectado plantel hasta cesar en su cargo de secretario del Gobierno político. Y aunque esto ocurrió el año 23, al expirar el período constitucional, no pudo realizar la apertura de su escuela hasta el 10 de abril de 1832 (607), una vez obtenida la conformidad de los padres de los alumnos a sostenerla.

En 1835 la Real Sociedad de Amigos del País elogió en términos inequívocos, la obra de Carpeña, iniciador del sistema de enseñanza mutua en la Isla, reconociendo que había conseguido sobradamente el noble propósito que se propuso de mejorar la educación pública y que :

...sus alumnos hacen notables progresos en sus modales, moralidad y solidez en la instrucción... que sin colaboradores que la hayan ayudado ha tenido que suplirlo todo por sí para formar instructores y superinstructores de entre los niños... (608).

Declarándolo «digno de presidir y formar nuestra juventud», la Sociedad Económica sintetizó el alto aprecio que gozaba Carpeña en el país, aprecio que permaneció inquebrantable hasta que fue sucedido en la dirección de la escuela por don Basilio Núñez, algunos años después.

Durante corto tiempo (1836-1838?) funcionó el Liceo de San Juan, fundado por algunos padres secularizados del Orden de las Escuelas Pías, que vinieron de Cataluña con ese fin. Tenía inter-

605. Aviso del Ayuntamiento de la Capital, fechado el 4 de febrero de 1822, reproducido en I/7/147.

606. VII/, legajo del año 1823.

607. VI/242 y Acta de la Sociedad Económica de Amigos del País, julio 13, 1832, en I/8/178.

608. Acta de la Sociedad Económica de Amigos del País, de 22 de abril de 1835, reproducida en I/8/179.

nado y externado, exigiásele a sus alumnos vestir uniforme y observar rigurosa disciplina, mantenida con la ayuda de severos castigos, tales como la imposición de ayunos, encierros en el calabozo y la privación de asistir a fiestas y espectáculos públicos. Obligábase a los semi-internos a permanecer quince horas, de las veinticuatro del día, en el plantel. Además de las asignaturas de la enseñanza primaria, enseñaban retórica, latín, francés, italiano, matemáticas, dibujo, música, agrimensura práctica, contabilidad, cálculo mercantil, geografía universal y cosmografía (\*).

En 1838 creó el gobernador López Baños la Comisión Provincial de Instrucción Primaria, probablemente el primer paso dado en la Isla para estructurar la enseñanza como función del Estado. No pudiendo aún deshacerse de la tradicional influencia, puso el gobernador a presidir esta primera comisión de instrucción pública a un sacerdote, el doctor Juan Francisco Jiménez, persona idónea, nombrando secretario al educacionista Tadeo de Rivero (609). Hacia 1842 funcionaban en la ciudad cinco escuelas primarias, dos de las cuales eran públicas, una dirigida por don Juan P. Monclova y la otra por don Francisco Boneta, y tres privadas, respectivamente sostenidas por don Francisco Jiménez, don Juan de la Cruz Coca y don Ramón Castans (610). Las dos escuelas públicas eran sostenidas por el Ayuntamiento, exigiéndose a los alumnos, aun aquellos más pobres, comprar sus libros de texto. En 1846 el gobernador Arístegui ordenó a los Ayuntamientos proveer fondos para la compra de dichos libros. Limitadas estas escuelas a la enseñanza de varones, la de las niñas seguía confiada a maestras particulares, notoriamente incompetentes (611), hasta que en 1849 se celebró la apertura de un colegio para niñas de las Hermanas del Oratorio de San Felipe Neri. Para este tiempo continuaban expidiéndose licencias municipales para enseñar doctrina cristiana.

Un efímero curso de derecho fue creado por real orden en el 40. Hay noticia de que se graduara un solo alumno, don Benito Alonso Díaz. Al año siguiente, la Real Subdelegación de Farmacia de Puerto Rico fundó la Facultad de Farmacia, de la cual se graduaron más de doscientos estudiantes en un período de cuarenta y siete años (612); instituyó un curso de farmacéutica, de cuatro años,

\* XX/92-93.

609. I/8/4.

610. Acta de la Junta especial celebrada por la Comisión Superior Provincial de Instrucción Primaria el 15 de enero de 1842.

611. XXXIII/-Año 1849.

612. Elizaburu, op. cit., pág. 154.



durante los cuales los alumnos practicaban en las boticas de la ciudad, estudiando al mismo tiempo, historia natural, química, farmacopea y toxicología.

El 30 de abril de 1841 el Padre Rufo donó el gabinete de física y química, que había tenido la heroicidad de reunir probeta a probeta y matraz a matraz durante diez largos años, a la Real Sociedad de Amigos del País. La donación, hecha con el fin de conservar para la ciudad ese único y poderoso auxiliar de la enseñanza científica, hubo de influir, más que otro acontecimiento alguno desde su fundación, en modificar, cuando menos entre los alumnos que frecuentaban el laboratorio, el lirismo de la juventud de aquellos tiempos, poniéndolos, llenos de asombro, en contacto con las realidades de la naturaleza. Bien podemos imaginar que tales revelaciones hubieron de inclinarlos a abandonar la senda del pensamiento puramente subjetivo que habían trillado hasta entonces. El padre Rufo acompañó la donación de una oferta de continuar enseñando la química, libre y voluntariamente, como lo había hecho hasta entonces, auxiliado esta vez por sus cuatro alumnos más adelantados, y de sufragar, de su propio peculio, los gastos para el entretenimiento del laboratorio, mientras la Sociedad de Amigos del País trataba de levantar los fondos necesarios. Con este fin la Sociedad acordó aumentar en un peso la cuota mensual de sus socios y fijar, en igual cantidad, la contribución por cada alumno de la clase de química, exceptuándose a los alumnos meritorios indigentes (613). Acordó, asimismo, alquilar un edificio de capacidad suficiente para instalar las clases de matemáticas, francés y dibujo que venía costeando, y el laboratorio recién adquirido, para establecer la enseñanza de química.

Recompensó la Sociedad al doctor Rufo Manuel Fernández aclamándole socio de mérito y expresándole sus sentimientos de consideración, respeto y gratitud por las distinguidas virtudes que le adornaban e inmensos beneficios que reportarían al país el establecimiento de la cátedra de química debida a su generosidad.

Infírese de la lectura de las actas de la Sociedad de Amigos del País, que no pudo llevar a cabo el proyecto de instalar las cuatro cátedras aludidas en un solo edificio. En 1842 fue trasladado el laboratorio a la morada de uno de los aventajados alumnos del Padre Rufo, don Cayetano Mañuz, quien se comprometió a ceder parte de ella por un canon mensual de catorce pesos, obligándose, además, a su conservación y limpieza.

---

613. Acta de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de 22 de julio de 1841.

Habiendo aprobado Isabel II, en noviembre de 1843, la incorporación al Seminario Conciliar de las cátedras costeadas por la Sociedad, el laboratorio fue trasladado a este plantel de enseñanza en abril del año siguiente. Todavía, casi a mediados del siglo diecinueve, tenía la Corona difundir el estudio de las artes liberales en Puerto Rico, aventurándose a hacerlo sólo bajo la vigilancia eclesiástica. Y aun así, la petición que hiciera la Sociedad para que se exonerara de derechos de importación a un reducido número de efectos pedidos a Europa para el laboratorio, recibió la real negativa, condenándolo por largo tiempo a la insuficiencia de su equipo (614).

El programa de estudios ofrecido en el local del Colegio Seminario Conciliar, cuando este plantel fundió sus cátedras con las costeadas por la Sociedad de Amigos del País, comprendía las asignaturas siguientes: latinidad (gramática, incluyendo prosodia); francés (gramática y ejercicios de lectura y traducción al castellano); retórica (hasta lectura analítica de los clásicos); aritmética (hasta la teoría de combinaciones y permutaciones); geometría plana (elemental); lógica (hasta la hermenéutica); física elemental (hasta la mecánica); cosmografía (incluyendo nociones de los componentes impalpables del globo terráqueo); moral (privada y pública); metafísica (incluyendo nociones de teodicea), y, finalmente, teología dogmática (incluyendo los sistemas escolásticos acerca de las diversas especies de gracias). Agregóse a estos estudios por la Sociedad de Amigos del País, en 1844, el del idioma inglés, nombrándose profesor a don Arturo O'Neill.

En junio de 1844 propuso el Padre Rufo ante la Sociedad de Amigos del País la fundación de un Colegio Central para la enseñanza de cursos científicos y literarios. El proyecto recibió la aprobación de su presidente, el gobernador don Rafael Aristegui y Vélez, Conde de Mirasol. El ardiente deseo que entretenía hacía muchos años el país de fundar un colegio de segunda enseñanza, quedó plenamente demostrado por la facilidad con que el secretario de la Sociedad, don Nicolás Aguayo, recaudó con dicho fin treinta mil pesos entre los vecinos de la ciudad y de los pueblos de la Isla. Sin embargo, el proyecto permaneció irrealizado hasta terminar las administraciones de Aristegui y de Prim, tocándole, por cierto, a un hombre de marcadas aficiones académicas, el gobernador don Juan do

---

614. Consistía éste de unas cuantas baterías y botellas de Leiden, un sencillo aparato para generar electricidad estática, una pequeña máquina neumática, un electróforo, una pila de Volta, una pila galvánica, una bomba para la compresión de líquidos y otros varios instrumentos y enseres. (Acta de la junta pública celebrada por la Sociedad Económica de Amigos del País en 27 de julio de 1844).

Pezuela, desautorizarlo en 1849, ordenando poco después la devolución de los fondos recaudados. El hecho de que el gobernante que así actuaba estuviera adornado con una vasta ilustración, lo salvaba del cargo de incomprensión, dejando ver diáfananamente el avieso móvil político que lo impulsaba.

Quizá movido por el deseo de cohonestarse con los atribulados puertorriqueños, trató Pezuela de impulsar la instrucción primaria en el país, disponiendo que los cargos de maestros se proveyeran por oposición y clasificando las escuelas en tres clases, correspondiendo a la ciudad, entre otras poblaciones principales, las de primera clase. En el año 51 fundó, contribuyendo con fondos de su propio peculio, una de esas extrañas instituciones importadas que, tal como fue utilizada en Puerto Rico la Sociedad de Amigos del País, sirvieron para descargar sobre los hombros de algunas personas privadas de la colonia muchas de las funciones consultivas y administrativas de la enseñanza pública que realmente correspondían al Estado. Nos referimos a la Academia Real de Buenas Letras, especie de consejo de instrucción primaria y arcópagó literario a la vez, entre cuyas atribuciones se mezclaban aquellas encaminadas a estimular el cultivo de la literatura y las destinadas a ejercer la superintendencia de la instrucción primaria, incluyendo la observación del cumplimiento de las disposiciones oficiales acerca de la materia y la del régimen interior de las escuelas públicas, así como «el examen de las doctrinas que vierten en las explicaciones». Seguía reservándose el gobernador, sin embargo, la importante misión de conceder títulos de profesores de 1.ª clase.

En cuanto al desempeño de su misión conservatoria de las bellas letras, asegura Tapia que la Academia solía celebrar certámenes a puerta cerrada, premiándose sus miembros mutuamente y, salvo rara vez, se imprimieron las obras premiadas (615). Un folleto de ochenta páginas, publicado en el 51, contiene la colección de poemas premiados en la sesión pública que celebró la Academia el 19 de noviembre de dicho año. No mejor éxito pudo lograr la híbrida institución como agencia directiva de la enseñanza, siendo abolida en 1865, transfiriéndose a la Junta Superior de Instrucción Pública, que la sustituyó, la asignación municipal que disfrutaba.

Aproximándonos a la sexta década del siglo XIX, anotaremos que seguían funcionando el colegio de 2.ª enseñanza dirigido por los Jesuitas en el Seminario; que la Junta de Fomento y Comercio sostenía en la Capital cátedras separadas de agricultura, náutica y



comercio (1854), ya que en el presupuesto insular del año anterior no había cantidad alguna consignada para instrucción pública. Estos cursos fueron ampliados con la contribución de la Sociedad de Amigos del País y la Real Subdelegación de Farmacia acordándose en 1858, establecer las cátedras de química y de mecánica industrial (\*). En realidad perseguíase con ello el fin de crear una escuela industrial autorizada, a condición de que el Estado no contribuiría con cantidad alguna, por Real orden de 20 de junio de 1855, cuyo curso completo comprendería matemáticas puras, geografía, mecánica aplicada, física, química, dibujo e idiomas (\*\*). Pero las cátedras de mecánica aplicada y de geografía comercial y agrícola, costeadas por la Sociedad, no se pudieron inaugurar hasta el 1.º de mayo de 1864 (\*\*\*). Según Elzaburu, cursaron estos estudios, entre otros, dos hombres que contribuyeron después grandemente al progreso cultural del país: el doctor Calixto Romero y don Federico Asenjo (\*\*\*\*). Desgraciadamente, las cátedras sostenidas por la Junta de Fomento y la Sociedad de Amigos del País respondían sólo al propósito de ofrecer oportunidades a la juventud para instruirse, pues a pesar de estar sujetas a un plan que tenía la aprobación oficial, no podían expedir títulos a sus graduados. En vista de que sólo se sometieron a examen trece alumnos de las cátedras costeadas por la Real Junta de Comercio en el período comprendido entre 1869 y 1874, éstas fueron suprimidas por real orden de 11 de marzo de 1874, al cumplir la fundación su vigésimo año. Contribuyó, pues, a la clausura de estas cátedras la escasez de alumnos. La de botánica no los tuvo nunca, prefiriendo los estudiantes de farmacia hacer estudios prácticos y teóricos en las farmacias de la ciudad y pueblos de la Isla; la de agricultura contaba con seis o siete alumnos, y la de comercio con treinta. La de náutica sólo logró presentar a exámenes finales siete alumnos del 64 al 67, examinándose seis en agricultura durante todo el período de 1864 a 1869 (\*\*\*\*\*). Por otro lado, como lo demuestran los expedientes reservados y públicos existentes acerca de estas materias, las autoridades insulares vivían bajo el perenne temor de que los profesores que desempeñaban estas cátedras, Baldorioty de Castro y Acosta, transmi-

\* Acta de la Junta Pública de la Sociedad Económica, año 1859, reproducida en I/13/255.

\*\* Elzaburu; op. cit. pág. 151.

\*\*\* XXXVI/68.

\*\*\*\* Op. cit., pág. 151.

\*\*\*\*\* *Memoria* del general José Laureano Sanz al Ministro de Ultramar, relativa a las Cátedras de Agricultura, Náutica y Botánica, año 1870.

tieran, a sus alumnos las ideas liberales que ambos profesaban, calificadas por un capitán general de «máximas altamente perjudiciales al orden social» (\*) y de «ideas yankees», por otro (\*\*). Imputábase a ambos profesores el propósito de independizar a Puerto Rico para erigirlo en un estado anexionado a los Estados Unidos.

En cuanto a la enseñanza elemental, se fundó en el 60 el Asilo-colegio de San Ildefonso, gracias a la iniciativa de don Julio L. de Vizcarrondo, a las gestiones entusiastas del gobernador del Obispado, don Jerónimo Usera, y a la colaboración de varias señoras de la buena sociedad. El año anterior las damas colaboradoras, una de las más entusiastas de las cuales era la esposa estadounidense del iniciador, doña Harriet de Vizcarrondo, *née* Brewster, habían elevado una instancia, favorablemente recomendada por el gobernador don Fernando Cotoner, solicitando permiso para establecer dicha casa de caridad con objeto de atender a la educación de los niños pobres. La intervención de la compatriota de Washington y de su insigne consorte, el abolicionista don Julio de Vizcarrondo (quien había ya sufrido el ostracismo por haber defendido los derechos de sus coterráneos), hubo de inducir a las autoridades de la Metrópoli a considerar el minúsculo proyecto con una circunspección que calificaríamos de singularmente extraña en nuestros tiempos. De conformidad con lo consultado por el Consejo de Estado en pleno, reunido en Madrid en noviembre de 1860, dignóse Isabel II conceder su real permiso, disponiendo que la casa se rigiese por un reglamento dictado por el Ministro de Guerra de Ultramar (\*\*\*). Efectivamente, la real licencia llegó a la ciudad acompañada del reglamento, contentivo de aquellas inexcusables disposiciones encaaminadas a colocar el humilde asilo bajo la sujeción gubernativa: nombrábase al gobernador de la Isla viceprotector del establecimiento; disponíase que dos de los vocales de la junta directiva fueran miembros del Cabildo de Catedral; que la enseñanza sería principalmente religiosa; que la junta general sería presidida por el gobernador y que las cuentas serían intervenidas por los vocales que a su vez fueran miembros del Cabildo.

En el 61 fundó el obispo don Benigno Carrió de Málaga la Casa de Párvulos, dotándola a su muerte, diez años después. Abrióse al público en el 65, bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad,

\* *Ibidem.*

\*\* Comunicación reservada del gobernador Rafael Echagüe, fecha de 14 de enero de 1862.

\*\*\* Comunicación N.º 255 del Ministro de Guerra y Ultramar, Sección de Ultramar al Gobernador Capitán General de Puerto Rico, fecha 28 de noviembre de 1860.

quienes también asumieron en el 66 la del Asilo de San Ildefonso. En 1864 funcionaban en el distrito de la Capital 33 escuelas elementales y primarias, 29 de las cuales eran públicas (municipales) y cuatro privadas, con un total de 33 maestros y 650 alumnos. El importe total de sus dotaciones sólo alcanzaban a 10.032 pesos anuales (\*). Como puede inferirse del análisis de estos números, tratábase de escuelitas de un solo profesor que enseñaba un número promedio de 20 alumnos en cada una (24 escuelas para niños con 485 alumnos y 9 para niñas con 165 alumnas). No poseían locales *ad hoc*, ni material didáctico adecuado. De las 9 escuelitas para niñas, una era privada y 8 subvencionadas por el Ayuntamiento. Estaban instaladas en las respectivas casas de las maestras, todas las cuales, una señora de elevada alcurnia y siete morenas o pardas, sólo enseñaban a pequeños grupos de niñas a rezar, repetir de memoria el catecismo y coser. Creemos que entonces se daba el nombre de «auxiliares» a estas escuelas elementales. Hacia fines de la sexta década una de las tres escuelas privadas para varones, la de don Fernando de Sárraga, preparaba para la enseñanza superior. Otra, la Escuela Superior Pública, creada de acuerdo con un decreto del gobernador Marchesi en 1866, se distinguía de las primarias en que la enseñanza de las asignaturas elementales era más completa e incluía otras, tales como historia, geometría, etc. Según Coll y Toste, la Escuela Superior tenía carácter de normal (\*\*). (No fue hasta 1890 que, por real disposición, se fundó la Escuela Normal Superior de Maestros, inaugurada al año siguiente). Un corto número de maestros se dedicaban a la enseñanza a domicilio o en sus propios hogares (\*\*\*). En el 78, cuando la ciudad había alcanzado una población de 25.000 almas, el Ayuntamiento sostenía 17 escuelas, una de las cuales era para adultos, 8 para niños e igual número para niñas. Dedicábanse 15 de estas escuelas a la enseñanza elemental, incluyendo la de adultos, y 2 a la superior. Las únicas escuelas ubicadas en Cangrejos eran dos elementales. Había, además, 6 escuelas particulares, todas intramuros (\*\*\*\*). En 1880 dispuso el Ayuntamiento costear una beca para ingeniería mecánica. Poco después, la autonomía municipal en materia de instrucción era coartada por la disposición que requería que los aumentos de sueldos

---

\* De una tabla estadística por J. J. Acosta, en III/415.

\*\* I/10/2.

\*\*\* V. el informe del alcalde de la Capital don Ulpiano Valdés al gobernador, fechado el 22 de julio de 1874, reproducido en I/12/50-52.

\*\*\*\* XXIX/133.

de los maestros de las escuelas municipales debían ser autorizados por real orden.

Antes de seguir adelante, creemos oportuno recordar que la reforma del gobernador Messina, estructurada en su Decreto orgánico de 1865, realizó el propósito de dar ingerencia dominante y permanente al Estado en materia de instrucción pública. Propuesto con arreglo a la real orden de 11 de enero de 1853, tenía por objeto ajustar el plan oficial de instrucción pública de Puerto Rico al promulgado por la Corona para la Isla de Cuba, en 1844. Seis años antes, al crearse la Junta Provincial de Instrucción, había empezado el Estado a recoger de las manos piadosas de la Iglesia los vestigios de la misión educativa que había desempeñado durante siglos en la Isla. Al crear Messina la Junta Superior de Instrucción Pública, sólo restaba a la Iglesia la influencia moral que le era dado ejercer con energía en un estado que la reconocía constitucionalmente. En efecto, dos de los miembros de la primera junta nombrada, el rector del Seminario y el redactor del *Boletín Eclesiástico*, eran sacerdotes. Hasta la terminación del régimen español tuvo la Iglesia sus representantes en varias otras juntas y comisiones relacionadas con la enseñanza pública.

El interés en el estudio de las artes que contribuyeron a despertar las exposiciones regionales y las embrionarias academias de dibujo del pintor don Francisco Oller y la de música de don Felipe Gutiérrez, abiertas hacia el 71, culminó en una resolución del Ayuntamiento, aprobada en el 73, disponiendo subvencionar estudiantes de música y pintura en Europa.

En 1884 el gobernador Dabán expidió una circular a los alcaldes sobre la conveniencia de poner en vigor la ley que hacía la enseñanza obligatoria. Por supuesto, el primer ejecutivo de la Isla se limitaba a recordar el hecho, a sabiendas de que el país distaba enormemente de poseer los medios necesarios para cumplir con semejante disposición.

## EL INSTITUTO CIVIL DE 2.ª ENSEÑANZA

Exprofeso hemos dejado un lugar aparte a la historia de esta institución, por dos razones principales: 1.º) porque ella revela con meridiana claridad, la obstinada resistencia que ofreciera la camarilla gubernamental a la propagación de la enseñanza superior en la ciudad, y 2.º) porque ella pone de relieve la intensidad de la lucha sostenida por los hijos del país para frustrar los designios de sus gobernantes.

La ingente contienda comienza en abril de 1873, año de la emancipación de los esclavos, cuando el diputado don Nicolás Aguayo y Aldea, aprovechándose de la caída de la Monarquía en España y amparándose en la Ley orgánica de Instrucción Pública, propuso a la Diputación Provincial la creación del Instituto. Bien fundadas esperanzas habían concebido Aguayo y sus compañeros en vista de las medidas que se habían tomado en España, desde el 66, para democratizar e impulsar la enseñanza superior, tales como la derogación del decreto que exigía a los candidatos a ingreso en los institutos de 2.ª enseñanza la información de limpieza de sangre. Aprobada la propuesta de Aguayo, gracias a la presión que ejercieron los diputados republicanos y a la anuencia del representante del gobierno de la República española en la Isla, el general don Rafael Primo de Rivera, celebró, sin aguardar la aprobación del Gobierno Supremo la solemne apertura del plantel el 1.º de noviembre de 1873, bajo la dirección de don José Julián Acosta. Seleccionados los catedráticos por oposición, llevada a cabo tan festinadamente que no pudieron participar los aspirantes de la Península, correspondieron a los puertorriqueños la mayor parte de los puestos.

Muy poco puede decirse de una institución que sólo subsistió seis meses y algunos días, pues derrocada la República de España, cayó con ella, clausurándose el 12 de mayo de 1874. A ello había de atender, con prontitud digna de una causa mejor, el general Sanz, simpatizador inconfeso en Puerto Rico del movimiento reaccionario que en España preparaba la inminente restauración de los Borbones.

Pero los liberales puertorriqueños y españoles, capitancados en la Diputación Provincial por Celís Aguilera, continuaron propulsando la reapertura del Instituto con honrosa persistencia. El 5 de noviembre de 1879 presentaron a la Diputación una moción solicitando la creación de un Instituto Civil de Segunda Enseñanza (616). Las vicisitudes que sufriera la moción en el proceso parlamentario reflejaban claramente la enconada contienda entre liberales y conservadores o incondicionales que defendían abiertamente las tendencias oscurantistas del estéril régimen colonial. Junto al gobernador Despujols laboraba activamente en contra del proyecto un astuto y acaudalado hombre de negocios español establecido en la Isla, don Pablo Ubarri. Valiéndose ambos de su influencia personal cerca de algunos miembros del Parlamento y del Gabinete español, alcanzaron que se promulgara la real orden de 11 de marzo de 1880.

616. José de Celís Aguilera: "Mi grana de arena", reproducido en I/9/151-152, V. pág. 252.

Basándose en razones enteramente fútiles, la orden desautorizaba la fundación del Instituto.

Contestaron los puertorriqueños a este atentado con una petición al Gobierno, insistiendo en su derecho de fomentar la enseñanza superior en el país, y presentando de nuevo, el 6 de noviembre de 1880, la moción cuyo propósito había recibido la real desaprobación en el mes de marzo. Volvió a insistir Ubarri, vicepresidente de la Diputación Provincial, que ésta carecía de facultades para acordar la instalación inmediata del Instituto. Amparándose en la actitud obstruccionista de Ubarri, el gobernador Despujols se abstuvo de actuar, contentándose con pedir a la Diputación que aclarase en qué sentido se había tomado el acuerdo, ya que Ubarri le había informado que en la sala de sesiones se había hablado de proponer al Gobierno su instalación, mientras que su transcripción, tal como fue redactada posteriormente, solicitaba del Gobierno la instalación inmediata. Con esta maniobra consiguió el Gobierno de la Isla dilatar un semestre la discusión del acuerdo. Reanudada en la sesión de 4 de abril de 1881, los diputados liberales sostuvieron que no se había alterado la redacción del documento tal como había sido aprobado. Pretendió Ubarri poner fin dictatorialmente a la acalorada discusión suscitada. Protestando Celís de semejante abuso de poder, alegaban que Ubarri había extraviado la discusión, que el acuerdo de noviembre 6 había sido aprobado y lo que realmente les atañía era redactar la aclaratoria solicitada por el gobernador. Leída la carta de Despujols, propuso Celís se le contestara que el propósito del dictamen de 6 de noviembre era la creación del Instituto de 2.ª enseñanza «porque estaba en la conciencia del País que era ya una necesidad reconocida» y que esto se haría llenando todos los requisitos legales, para estudiar los cuales se había nombrado una comisión compuesta por los diputados Palacios, Berrios y Elzaburu. Dicha proposición fue aprobada por unanimidad.

Mientras tanto, continuaban los impulsores del proyecto vigorizando la opinión pública en su campaña de Prensa, aunando esfuerzos y generando energías combativas en sus reuniones en el *Parnasillo* de Elzaburu, en su casa de la calle de la Cruz. Planeaban en aquel crisol en que se iba formando la personalidad puertorriqueña, la estrategia que habían de seguir en las sesiones de la Diputación, fuertemente unidos por el propósito de frustrar las maquinaciones de Ubarri y de sus adláteres.

El 5 de abril presentaron de nuevo los diputados liberales la combatida moción, votando en contra el grupo de incondicionales capitaneados por Ubarri.

Transcurridos unos meses, relevó en el mando al intransigente Despujols, don Segundo de la Portilla, el 7 de julio de 1881. En Madrid había subido al Poder, desde febrero, el partido fusionista, ocupando la cartera de Ultramar don Fernando de León, quien desde un principio manifestó inclinación a complacer a los puertorriqueños que deseaban la fundación del Instituto. En noviembre asumía la presidencia de la Diputación Provincial el señor Skerret, co-firmante de la moción de 6 de noviembre de 1880. La ocasión era verdaderamente propicia. En septiembre del 81 el gobernador Portilla escribió al ministro De León recomendando la apertura del Instituto, prohibiéndolo abiertamente durante varios meses siguientes en sus conversaciones privadas. Siendo ya de conocimiento público su actitud y la del Ministro de Ultramar, cedieron algunos de los incondicionales de la Diputación, presentando ellos mismos una moción el 9 de noviembre de 1881, firmada, entre otros, por el propio Ubarri, favoreciendo la creación del Instituto (617).

El 25 de abril de 1882 firmaba Alfonso XII la orden autorizando la instalación del consabido Instituto. Disponíase en ella que el nombramiento del profesorado y del director se verificaría por el Ministerio de Ultramar, previa oposición en el caso del primero, cuyos ejercicios tendrían lugar en Madrid (bajo la dirección del Ministerio de Fomento), excepto en caso de los profesores suplentes, que serían examinados en San Juan de Puerto Rico. El director, quien debía ser catedrático del Instituto, sería propuesto por el gobernador de la Isla. Disponía, además, que el Instituto sería el único centro de segunda enseñanza con carácter oficial, exigiendo la incorporación de los estudios del Colegio de los Jesuitas y de otros que hubiere en la Isla, al expresado Instituto (618).

Difícilmente podríamos encontrar en la historia de la ciudad una serie de sucesos que encarnaran con mayor perfección el espíritu de la dominación española de la Isla. A sólo cuatro lustros de nuestro siglo, el siglo de la democracia triunfante, de la justicia social y de la célula fotoeléctrica, tuvieron nuestros padres que bregar denodadamente durante ocho largos años para obtener licencia del Gobierno del Reino para abrir la primera y única escuela pública de enseñanza secundaria en la ciudad y en el país.

El 28 de noviembre de 1883, de nuevo bajo la dirección de don José Julián Acosta, abrió el Instituto sus puertas a la juventud, «legado incontestable de la administración del General de la Portilla»,

617. Celis Aguilera: *Mi grano de Arena* (artículo titulado "Aniversario").

618. V. el texto de la orden en la precitada obra de Arecco y Torres, págs. 660-661.

como aseguró Acosta en su discurso inaugural, y de la tenacidad inquebrantable de un grupo de puertorriqueños y españoles liberales: Hernández Costa, Elzaburu, Celis Aguilera, Skerret, Acosta, Baldorioty de Castro, Brau, Fernández Juncos, Citrón, Corchado y otros.

Designados los catedráticos interinos (619), empezó a funcionar el Instituto unos cuantos días después de asumir la gobernación el General don Miguel de la Vega Inclán, sucesor de Portilla. Nombráronse algún tiempo después en Madrid, mediante oposición, los catedráticos en propiedad, entre ellos algunos puertorriqueños (620). Dirigía el establecimiento don Alberto Regúlez y Sanz del Río, doctor en filosofía y letras. El profesorado peninsular, distinguido también por su competencia, colaboró en el empeño de aquéllos por acrecentar el prestigio del primer centro docente del país, coronando así la obra máxima realizada por España en pro de la instrucción pública en la ciudad.

Gestionóse a poco la incorporación al Instituto de los establecimientos privados de segunda enseñanza en las principales ciudades y pueblos de la Isla, lográndolo en San Juan el Colegio de los Jesuitas y en el 95, el de los escolapios.

Hacia 1896 poseía el Instituto en su local de la calle del Cristo en el edificio de la Diputación Provincial, un rico y variado equipo, para facilitar la enseñanza de las ciencias: una colección de sólidos en madera, muchos de los cuales estaban formados por secciones movibles, para el estudio de la geometría del espacio y de la descriptiva; una colección ilustrativa de las unidades de pesas y medidas del sistema métrico; el gabinete de física, con sus secciones de óptica, mecánica y electricidad; el gabinete de química, con abundante material para efectuar análisis cualitativos y cuantitativos y para realizar experimentos de química inorgánica. Las colecciones de historia natural comprendían numerosísimos ejemplares disecados de las faunas de la tierra, del aire y del agua; extensas series de ejemplares de mineralogía, geología y paleontología, integrada esta última por más de 400 fósiles; material para el estudio de la geografía, consistente en globos, mapas y relieves; instrumental y acceso-

---

619. Estuvo formado el primer cuerpo de profesores por distinguidos profesionales, en su mayor parte puertorriqueños, don Gabriel Ferrer Hernández, don José Gómez Brioso, don Eliseo Font y Guillot, don Esteban García Cabrera, don Manuel García Salgado, don Juan Z. Hernández, don José Neve, don Angel Navajas y don Pedro Goico.

620. En 1892 don Rafael Janer y Soler, licenciado en ciencias, fue nombrado para la cátedra de agricultura, y don Manuel de Terán y Massani, licenciado en filosofía, para la de geografía e historia.



rios de agrimensura y topografía (621). La biblioteca, aunque pequeña, contenía varias de las obras representativas de la erudición francesa y española del siglo XIX.

Para esta época el plan de estudios del Instituto comprendía las asignaturas siguientes: Lenguas (dos cursos de latín y castellano); inglés y francés; retórica y poética; geografía e historia (de España y universal); matemáticas (aritmética, álgebra, geometría y trigonometría); ciencias (física, química, botánica, zoología y mineralogía); filosofía (psicología, lógica y ética); agricultura teórica (622).

En cuanto al régimen interior del Instituto, imponíase al director, entre otras obligaciones, la de suspender a un catedrático por incumplimiento de su deber, por observar conducta inmoral o por infundir en sus discípulos «ideas perniciosas», debiendo dar cuenta al gobierno de la Isla. Créase, por disposición reglamentaria, una junta de Profesores y un Consejo de Disciplina. Entendía la primera en la redacción de los presupuestos de ingresos y egresos, en la formación de los horarios de clase y programas de estudio y en cualesquiera otros asuntos de índole facultativa o administrativa. La Junta de Profesores se constituía en Consejo de Disciplina cuando era menester, conociendo sólo de las faltas graves, mediante juicio verbal y sumario. No podía el Consejo imponer otras penas que las establecidas, a saber: amonestación pública en la Cátedra, encierro por ocho días, no permitiendo al castigado ir a su casa por la noche, pero asistiendo a clases; pérdida del curso y expulsión temporal o perpetua. Las dos últimas penas debían ser confirmadas por el Gobierno de la Isla.

Sosteníase el plantel con el producto de los derechos de matrícula, grados y títulos, y con una asignación variable en el presupuesto de la Provincia para cubrir el déficit que hubiera en cada año, por insuficiencia de estos ingresos, para cubrir los gastos anuales del establecimiento (\*). Puede calcularse que hacer y aprobar el curso completo de bachiller costaba a un alumno alrededor de 170 pesos.

Requería el reglamento al director y catedráticos, usar para la Cátedra exámenes y otros ejercicios, toga, birrete, medalla y cordón.

Clausurado temporalmente durante los días de la invasión ame-

---

621. Para una detallada relación de las colecciones del Instituto véase "La Exposición de Puerto Rico — Memoria redactada, según acuerdo de la Junta del Centenario", por Alejandro Infesta, Puerto Rico, 1895, págs. 262-267.

622. Programa aprobado por el director del Instituto Civil de 2.<sup>a</sup> Enseñanza, don Jaime Comas, el 12 de mayo de 1896.

\* *Reglamento del Instituto Provincial*, reproducido en la obra citada de Arecco, págs. 662-671.

ricana, el general Brooke ordenó su reapertura desde el 1.º de noviembre de 1898, funcionando por corto tiempo hasta el año siguiente. Su clausura definitiva privó a la ciudad de una escuela cuyo programa de estudios, por su bien equilibradas tendencias científicas y humanistas, hubiera podido servir para orientar el de las escuelas similares fundadas posteriormente.

## OTROS PLANTELES DE ENSEÑANZA

Como hemos visto al tratar del Seminario Conciliar (\*), desde el año 1858 hiciéronse cargo interinamente los Padres de la Compañía de Jesús del Seminario-Colegio en que se había convertido el Seminario Conciliar, dedicándolo, al mismo tiempo, a la instrucción de aspirantes a la carrera eclesiástica y a los estudios de segunda enseñanza. Eximióse a los alumnos del Colegio de la obligación de vestir traje eclesiástico. En esta forma el plantel subsistió 17 años. Expulsados los jesuitas del seminario en 1875, continuaron su labor docente, ocupando una parte del local de la Diputación Provincial. Conseguido el apoyo decidido de Ubarri, el viejo campeón de la Compañía que veía en ella un medio de asestar un golpe mortal a las aspiraciones de los puertorriqueños que continuaban alimentando la esperanza de fundar un instituto civil, éste les prometió obtener de dicha Corporación los fondos necesarios para construirles un edificio *ad hoc*. En efecto, destináronse para este fin unos doscientos mil pesos procedentes del producto de la Lotería Provincial. En 1878, cuando aún no se había terminado la construcción del magnífico edificio en Santurce (\*\*) (el segundo de su clase edificado en la ciudad) los jesuitas ofrecían un curso de bachillerato en artes distribuido en cinco años, como sigue: *Primer curso*: gramática latina y castellana; doctrina cristiana; aritmética elemental. *Segundo curso*: continuación del estudio de latín y castellano; nociones de geografía; geometría elemental. *Tercer curso*: análisis gramatical y traducción latina; griego (elemental); nociones de historia; aritmética y álgebra. *Cuarto curso*: elementos de retórica y poética (composición castellana y latina y comparación de trozos selectos de ambas lenguas); traducción del griego; historia de España; geometría y trigonometría rectilínea. *Quinto curso*: psicología, lógica y éti-

\* V. la pág. 373.

\*\* El mismo utilizado en 1944 para oficinas del Departamento de Sanidad.

ca; física y química (elementales); nociones de historia natural y francés (\*).

Al abrirse el Instituto Civil de 2.<sup>a</sup> Enseñanza en el 83, encontróse el Colegio de Jesuitas en abierta competencia con el instituto oficial en la tarea de formar bachilleres. Aprovechándose éste de la situación dominante que le brindaba la incorporación del Colegio, comenzó a desaprobar con tanta frecuencia los discípulos de los jesuitas que se presentaban a examen, que el Gobierno decidió retirarles la facultad de expedir títulos de bachilleres. Vencidos, los jesuitas clausuraron su escuela en 1885. Según Coll y Toste habían graduado 221 bachilleres en el período comprendido entre 1858 y 1878.

El 23 de octubre de 1883 invadía las calles de la ciudad una multitud encabezada por los dirigentes liberales que manifestaba su patriótico regocijo al conocerse la noticia de que el gobierno de Madrid había cableografiado su aprobación a la solicitud del gobernador, Marqués de la Vega Inclán, de que se planteara en San Juan la Escuela Profesional. Debida a la iniciativa de don Federico Asenjo, la Escuela Profesional era en parte el fruto del paradójico afán del gobernador Despujols que había combatido la fundación del Instituto Civil, precisamente el plantel que hubiera servido de preparatoria a los alumnos del establecimiento que él se empeñara en patrocinar.

El 2 de noviembre se nombró la comisión que había de instalarla.

Durante el corto período de menos de cinco años que funcionó, la escuela ofreció cursos de comercio, agrimensura, aparejadores y maestros de obra, aplicaciones industriales y de maquinistas de vapor, funcionando en el 87 bajo la dirección de don Aureliano Jiménez Sanz y actuando de secretario don Federico Asenjo. Contáronse entre el número de sus catedráticos a don Jaime Annexy Cayol y el coronel de artillería, don Juan José Potous.

Indicio de la desorientación imperante en materia de instrucción, o de la insuficiencia crónica de medios, la *Profesional* fue suprimida cuando el Instituto Civil había ya graduado numerosos bachilleres, heredando este plantel el material didáctico que aquella poseía. Hacia el 95 el Instituto incluyó en su programa, además de bachillerato, cursos para peritos de comercio, química y mecánica.

Una de las instituciones que honraron la ciudad durante el último cuarto del siglo XIX por el móvil que la inspiró, por el altruismo y generosidad de los hombres que coadyuvaron a su realización y por la finalidad constructiva que perseguía, la Institución libre de

\* XXIX/88-89.

enseñanza popular, fundada en 1888 por el catedrático don Jaime Comas y Montaner, atendió expresamente a la enseñanza gratuita de la clase obrera, ofreciéndole, en el local del Instituto provincial, clases nocturnas, desempeñadas graciosamente por un grupo de benefactores de la instrucción pública. Formaban la *Institución libre* un regular número de socios que la sostenían, a duras penas, con sus cuotas y donativos, auxiliados por subvenciones de la Diputación Provincial y del Ayuntamiento.

Desde el segundo curso diéronse clases de geometría y aritmética, gramática castellana y dibujo (lineal, decorativo y del natural) (623). Al iniciarse el cuarto año se fijó una modesta gratificación a los profesores.

Contaba el plantel con una excelente colección de modelos de escultura, en yeso, muchos de los cuales eran copias de originales existentes en el Museo del Louvre de París. Utilizábanse estos modelos en las clases de dibujo. Poseía también el material de dibujo que había pertenecido a la Sociedad de Amigos del País y sendas colecciones de dibujos al creyón, modelos en yeso y de estampas y modelos para el dibujo industrial.

Matriculáronse para el primer curso 557 alumnos, mostrando éstos, desde el primer momento, su preferencia por las clases de dibujo. Entre los años 1895 a 1897, la asistencia diaria a la sección de artes gráficas alcanzó un promedio de 110 alumnos, demostrando así la natural inclinación de la clase obrera de San Juan por adquirir conocimientos inmediatamente aplicables a los distintos oficios que practicaban. La sección de dibujo del natural, para hombres y mujeres, estaba a cargo de don Rafael Cabrera y Montilla; la de dibujo lineal, decorativo e industrial, al cuidado del profesor don Jaime Annexy y Cayol (624).

Memorable es, verdaderamente, la octava década del siglo XIX en la historia de la instrucción pública en la Capital. Década de la luz, pudiera llamársele, si olvidamos, como quien olvida una mera pesadilla, que en ella estuvo, por paradójico que parezca, comprendido el año de las inverosímiles persecuciones políticas, conocidas localmente por el nombre de *compontes*. No sólo alcanzó notable progreso la instrucción pública si que la actividad intelectual de la ciudad llegó al máximo de su desarrollo durante el siglo XIX. De los

---

623. Cedieron su tiempo para estas clases don Jaime Comas, don Manuel Tenés, don Francisco Oller, don Francisco Villarsa, don Rafael Cabrera y don Jaime Annexy.

624. Para una relación de los trabajos presentados por la *Institución Libre de Enseñanza* popular a la Exposición de 1893, véase *La Exposición de Puerto Rico*, por Alejandro Infesta, págs. 130 e. s.

288 impresos y libros que, según la *Bibliografía* de Céigel y Morales Ferrer, fueron publicados en la ciudad hasta el año 94 (con exclusión de las publicaciones meramente informativas, tales como memorias e informes y papeles oficiales sobre asuntos administrativos) 145, o poco más del 50 %, fueron publicados durante la octava década del siglo, revelando así la extraordinaria dedicación de sus habitantes, en ese período, a las bellas letras y a la literatura didáctica y científica. En el corto lapso comprendido entre 1880 y 1888 alcanzóse mayor progreso educativo que en ningún otro momento durante los cuatro siglos que habían visto ondear el pabellón español sobre la ciudad. Por decreto del gobernador Despujols destináronse cinco mil pesos del presupuesto insular para la compra de efectos escolares, siendo esta, probablemente, la primera vez, que nosotros sepamos, que se dispuso de fondos del Estado para atender a esta clase de gastos. Habíanse fundado cinco centros docentes, públicos y privados, de importancia, y una asociación, La Sociedad Protectora de la Inteligencia (1886), que con la contribución de algunos Municipios, de la Diputación y de sus propios socios pudo, durante un período de más de dieciséis años, becar un corto número de jóvenes para estudiar profesiones en España y cursos de segunda enseñanza en el Instituto Civil de San Juan. El primero de estos centros, considerándolos en el orden cronológico, el colegio de señoritas del Sagrado Corazón de Jesús, continuó en Puerto Rico la respetable obra docente emprendida en Francia por la Madre Magdalena Sofía Barat, a fines del siglo XVIII; el segundo, la Escuela Profesional; inmediatamente después y en el mismo mes, el Instituto Civil de Segunda Enseñanza; en octubre de 1888, la Institución Libre de Enseñanza Popular. Pero antes de ocuparnos del quinto, la Institución de Enseñanza Superior del Ateneo Puertorriqueño, hemos de ceder algún espacio a recordar la instalación del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Acordada su apertura en abril de 1880 por la Diputación, dispuso éste ceder provisionalmente a las Madres la mitad de su propio edificio, local en que los Padres Jesuitas habían reabierto su colegio después de abandonar el Seminario Conciliar. Obligóse, además, la Diputación a construir para la Congregación de las Madres un edificio adecuado, con capacidad para ochenta alumnas internas, obra que había terminado hacia el 84, a un coste de cerca de cien mil pesos (actual local del Asilo Insular de Niñas); a cubrir el déficit de la cuota mensual de gastos hasta que se cubriese el número de 40 alumnas; a cubrir los gastos de reparación del edificio, hasta que el número de alumnas llegara a 50, y a abonar el importe del pasaje a las Madres destinadas al Colegio. Aceptó

la Diputación el requisito de que la vigilancia e inspección del plantel, tanto en materia religiosa como pedagógica, fuera ejercida por el obispo, y que la instrucción (primaria y secundaria) sería impartida de acuerdo con el plan de estudios establecido por la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús (\*). Poco tiempo después acordó la Diputación que las Madres instruyeran gratuitamente a quince niñas pobres (\*\*).

Volviendo al tema de la Institución de Enseñanza Superior, empecaremos por referirnos al período histórico de 1880 a 1890.

Tan fructífero momento histórico merece un examen, aunque somero, de sus antecedentes. En el período que nos ocupa, y hasta el año 85, reinó Alfonso XII, monarca amado por su pueblo. A la muerte del soberano, empezó la Regencia de doña María Cristina de Austria. Regía el tolerante código político de 1876. Del 81 al 83 estuvo en el Poder un partido liberal, el fusionista, formado por elementos constitucionales y centralistas. Uno de los primeros actos del Gobierno presidido por Sagasta consistió en afianzar la libertad de la enseñanza, derogando la disposición que protegía la religión del Estado y la Monarquía de los ataques de la cátedra seglar. En el 84 la opinión pública española era sacudida por la cuestión universitaria, suscitada por el célebre discurso de Morayta, heterodoxo y racionalista, culminando en los motines estudiantiles de noviembre. Inicióse la Regencia de María Cristina con un Gabinete y Cortes liberales (1886). En ese mismo año abortaba una sublevación militar a favor de la República. En el 87 planteóse la reforma del Ejército, duramente combatida por los conservadores. Seguían los liberales en el Poder, cuando, en octubre de 1888, se fundaba en San Juan de Puerto Rico la Institución Libre de Enseñanza Popular. Reflejo de la inestabilidad política ocasionada en España por la lucha entre liberales y conservadores, fue el hecho de que durante el período que estamos estudiando (1883-1888) seis gobernadores ocuparon la poltrona de la Fortaleza: Vega Inclán, Fajardo, Dabán, Palacios, Contreras y Ruiz Dana. Aunque el espíritu intensamente reaccionario de algunos de estos hombres entorpeció el movimiento de opinión que respaldaba el progreso de la instrucción en la ciudad,

---

\* Coll y Toste: *Historia de la Instrucción en Puerto Rico hasta el año 1898*, páginas 141-3. En el año en que escribimos, 1944, el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús funciona en su magnífico local propio en Santurce, siendo, con excepción del Seminario Conciliar, el más antiguo plantel de enseñanza de la ciudad. En 1936 inauguró un colegio de estudios superiores, autorizado por la Legislatura Insular a conferir títulos de bachiller en Artes y Ciencias y diplomas de curso secretarial.

\*\* *Memoria de la Diputación Provincial de Puerto Rico correspondiente al primer Período Semestral del año económico de 1894 a 95* — Puerto Rico, 1894, pág. 3.

lo cierto es que el frecuente cambio de gobernantes (ninguno de los cuales subsistió más de dos años y días) y la permanencia de los liberales españoles en el Poder, desde 1885 a 1890, que realizó el milagro de dar vigencia al Decreto de 5 de julio de 1887, haciendo extensivas a Cuba y Puerto Rico las disposiciones inspiradas por el propósito de respetar la libertad de la enseñanza privada, favorecieron decididamente a los puertorriqueños progresistas que forcejaban por dotar a la ciudad con centros adecuados de instrucción.

El 24 de agosto de 1888 presentó el Ateneo Puertorriqueño al Gobierno de la Isla las bases del proyectado centro de enseñanza superior, bajo la dirección y administración de su Junta Directiva, cuyo centro tenía por objeto la preparación de alumnos, en el local del Ateneo, para obtener títulos de carreras universitarias, especiales y de aplicación. Los gastos serían sufragados con los fondos del Ateneo y con el producto de las suscripciones voluntarias que se obtuvieran dentro y fuera de la Isla (625). Establecieronse cuatro facultades, que empezaron a funcionar de acuerdo con el programa de estudios siguiente:

De *Filosofía y letras* (metafísica, historia universal, literatura general y lengua griega); de *derecho* (metafísica, literatura general y española, e historia crítica de España); de *medicina* (ampliación de la física, química general, mineralogía, botánica y zoología); de *ciencias* (análisis matemático, geometría, química general, mineralogía y botánica).

Creáronse, además, cátedras de francés y alemán.

No teniendo la Institución de Enseñanza superior carácter oficial, se acordó incorporarla a la Universidad de La Habana, la institución española de esta índole más cercana a Puerto Rico. En el presupuesto del Reino para el año 1888-89 se incluyó un artículo disponiendo que se autorizara al Ministro de Ultramar que dispusiera de los fondos necesarios para sufragar los gastos que ocasionara la traslación del tribunal de exámenes que, constituido por la Universidad de La Habana, una vez al año, había de trasladarse a San Juan de Puerto Rico (\*).

Abiertas las clases de la Institución de Enseñanza Superior con 33 alumnos, celebráronse los primeros exámenes ante los catedráticos enviados por la Universidad de La Habana, en el mes de agosto de 1889. Hacia el 92 agregó-se una escuela de parteras, que ofrecía dos cursos de obstetricia, el 1.º bajo la dirección del doctor José de

625. Bases de la Institución, reproducido en 1/10/166-9.

\* Elizaburu, op. cit., pág. 163.

Jesús Tizol y el 2.º confiado al doctor Ricardo Hernández, graduándose doce parteras en el 95. La escuela profesional del Ateneo no hubiera podido funcionar sin la ayuda de fondos públicos. Desde el 88 la Diputación Provincial le concedió una subvención anual de dos mil pesos y el Gobierno Central otra de siete mil, en 1893, cantidades que se hicieron efectivas hasta que se efectuó el cambio de soberanía en el 98. Es posible que la esperanza de permanencia y seguridad que ofrecían a dicho centro docente del Ateneo las referidas subvenciones, inclinaron a los jóvenes estudiantes de la ciudad a abandonar las cátedras que sostenía la Sociedad Económica, clausurándose éstas, por falta de alumnos, en 1893.

El penúltimo plantel docente fundado en la ciudad durante la dominación española, la Escuela de Artes y Oficios, tuvo un largo proceso formativo, para no dejar de poseer la característica inherente a las instituciones coloniales. Transmitido a Puerto Rico el interés por la enseñanza técnica, universalmente despertado durante la segunda mitad del siglo XIX, por el buen éxito de las escuelas de esta índole fundadas por iniciativa privada en los Estados Unidos, así como en Francia por los Hermanos de la Doctrina Cristiana, empezó a considerarse en San Juan, desde 1879, la conveniencia de transformar la Escuela de Adultos en una de artes y oficios (\*). En 1882 se recibió una real orden indicando a las autoridades la conveniencia de establecer tal escuela en la Provincia. Cinco años más tarde todavía se discutía la necesidad de dotar a la ciudad con una escuela gratuita para los artesanos, quienes, hasta entonces sólo habían recibido, en número escaso, los beneficios de la instrucción práctica que les ofrecían las maestranzas de artillería e ingeniería del Ejército y los talleres del tranvía de Ubarri. Por fin creada por la Diputación Provincial en abril de 1895, gracias a la persistencia de su vicepresidente, don Manuel Egozcue, la Escuela de Artes y Oficios empezó a funcionar satisfactoriamente en un local anexo al edificio del Asilo de Beneficencia, bajo la dirección de don Jaime Annexy y Cayol, el 2 de enero de 1898, dotado de amplios talleres de carpintería, tipografía, mecánica, etc. Debiéronse estas obras a la generosidad del Estado, que relevó a la Diputación provincial del pago del 50 % que debía satisfacerle por el producto de la rifa de billetes de la Lotería provincial ascendente a cerca de 50.500 pesos (\*\*). Impor-

\* Aunque parece probable, no hemos podido comprobar nuestra creencia de que la Escuela de Adultos existente en 1879 fuera la misma que funcionaba en el Presidio de San Juan en 1893.

\*\* Doctor Francisco R. de Goenaga: *Desarrollo histórico del Asilo de Beneficencia y Manicomio*, San Juan, 1929, pág. 35.



táronse de los Estados Unidos, Alemania y Bélgica el equipo y maquinarias para la enseñanza de carpintería, tipografía, encuadernación y electrometalurgia, obteniéndose de una firma de la ciudad los motores y calderas. En realidad, este nuevo equipo y maquinarias sirvieron para ampliar algunos de los talleres de igual índole que, desde hacía varios años, funcionaban en el Asilo de Beneficencia y Manicomio, fundado en 1844. En 1894 dichos talleres proporcionaban con sus productos economías a la Administración, especialmente el de tipografía y encuadernación, que ya cubrían las necesidades del servicio provincial (\*).

El plan de estudios, teórico y práctico, incluía las asignaturas y oficios que se enumeran a continuación:

*Instrucción teórica:* Nociones de aritmética, álgebra, geometría (aplicada a los estudios de las artes); mecánica, física y química (aplicada a las artes).

*Instrucción artística:* Dibujo lineal, natural, geométrico y decorativo; modelado y vaciado en yeso, barro, cemento y carbón mineral; pintura decorativa.

*Oficios:* Carpintería práctica, tipografía, encuadernación, sastrería, zapatería, mecánica, cerrajería, cantería, albañilería, modelado, tabaquería.

*Industrias:* Nociones de química industrial.

Clausurada al principio de la guerra Hispanoamericana, la Escuela de Artes y Oficios no pudo reabrirse por haber sido destruidos sus talleres en un incendio durante el mes de junio de 1899.

El 1.º de octubre de 1895 empezó a funcionar el Instituto de Santurce, regentado por los Padres Escolapios, en el local construido por iniciativa de Ubarri para colegio de los jesuitas. Invitados por la Diputación Provincial a instalarse en San Juan, acordó la Corporación concederles una subvención anual de seis mil pesos. Limitada la edad de admisión a trece años, ofrecía en su externado cursos de enseñanza primaria y secundaria, suplementados por los alumnos del internado que lo desearan, con la enseñanza de música, dibujo y gimnástica (626).

Al desaparecer la Diputación Provincial con la instalación del gobierno norteamericano en la Isla, el Instituto de Santurce perdió la subvención, abandonando los Padres Escolapios la ciudad en 1900.

---

\* Memoria citada de la Diputación Provincial, pág. 5.

626. Prospecto de las Escuelas Pías en San Juan de P. R., en I/10/375-8.

## ASPECTOS VARIOS DE LA INSTRUCCION

Siguiendo la vieja práctica, continuaban asignándose libros de texto, cuidadosamente expurgados, mediante declaratorias expedidas en Madrid, probablemente por el Consejo Superior de Instrucción, y comunicadas a la Isla en reales órdenes. Entre el 70 y el 76 se incluyeron en la lista de libros favorecidos la «Gramática y Ortografía» de la Real Academia Española, ésta con carácter de texto único y obligatorio, «El Valiente Pepito» y la «Bella Anita» (627). No era, por cierto, tal medida la única que tenía por objeto imprimir una determinada orientación, que pudiéramos llamar dinástica, a la enseñanza; las disposiciones dictadas por el gobernador en 1892 para cubrir vacantes en el profesorado de las escuelas públicas por concurso y oposición, tendían a mantener cerrada la puerta que excluía de las aulas a todas aquellas personas cuyas opiniones políticas no eran gratas al régimen. Veinte años antes el general Sanz había pedido al alcalde de la ciudad que le informara detalladamente acerca de las ideas políticas que sustentaban cada una de las personas dedicadas en la ciudad a la enseñanza, pública y privada, aun aquellas pobrecitas mujeres del pueblo que enseñaban a coser y rezar en sus humildes aposentos. Conducida la pesquisa por los inspectores del cuerpo de Orden Público, evacuó su informe el alcalde el 22 de julio de 1874, haciendo constar, en cada caso, el resultado de las averiguaciones con anotaciones como las siguientes: «se carece de datos para conocer su españolismo», «buen españolismo», «se le supone hasta enemigo de España», «ningún españolismo», etc. (628).

Durante varios días, comenzando el 1.º de enero de 1894, celebróse bajo los auspicios del Ayuntamiento de la ciudad, el Congreso provincial pedagógico. El acontecimiento revistió interés, no sólo por el hecho de que fue el primer congreso de esta índole reunido en la ciudad, sino porque en él se discutió la necesidad de que las erogaciones escolares fueran atendidas por el Estado (629).

Muy cerca ya de la invasión norteamericana, funcionaban en la ciudad 18 escuelas públicas y 4 privadas, con un total de 1.570 alumnos. En el 98 se concedió la jubilación a los maestros de instrucción pública, por real orden N.º 821.

627. Real Orden N.º 77 de 18 de febrero de 1876.

628. V. el informe ya citado del alcalde don Ulpiano Valdés.

629. Consúltase el Archivo Municipal de San Juan para los pormenores de esta reunión.

## LA CULTURA DE LA CIUDAD

Instalados los caparrenses en la Isleta, su corto número estaba formado por unos cuantos oficiales reales y municipales, algunos sacerdotes, contados terrícolas, vaqueros, estancieros, mercaderes, mineros, criados y hombres de oficio, tales como canteros, carpinteros, albañiles y calceteros. No habiendo escuelas y siendo la inmensa mayoría de esta gente analfabetos, con la rara excepción de algún oficial real o munícipe, y, por supuesto, los escribanos y sacerdotes, la cultura hubo de difundirse con extrema lentitud. Ocho años más tarde, sumáronsele varios escribanos, algunos frailes, un médico y un boticario (630). Sin embargo, en 1569, el gobernador Bahamonde y Lugo aseguraba que él no era letrado, «ni lo a abido en esta ysla» (631).

Cuando empezaron a llegar a la ciudad los militares y arquitectos encargados de ubicar y diseñar las fortificaciones, ellos fueron, junto con los eclesiásticos, los primeros transmisores externos de la cultura. Los consejeros en esta materia de Carlos V y de Felipe II que, residiendo en San Juan, o visitándola para estudiar sobre el terreno sus necesidades militares, a saber, Núñez Vela, Menéndez de Valdés, Tejeda, Antonelli, el capitán Salazar, y aunque con otros fines, el cronista Oviedo, indudablemente contribuyeron a la ilustración de la incipiente urbe, ya poniendo en práctica sus conocimientos técnicos, ya esparciendo involuntariamente entre los aldeanos del peñón los puntos de vista, las ideas y nociones propias de hombres de mundo, agudos observadores, navegantes, ingenieros y militares veteranos de las guerras de Flandes. Por su parte, los eclesiásticos actuaban como los conservadores de la ciencia de su tiempo. Es así como, en 1581, el presbítero Juan (Troche) Ponce de León, nieto del conquistador, pudo calcular la posición astronómica de la Isla, siguiendo las instrucciones que al efecto recibiera de Felipe II, para la observación del eclipse de luna del 15 de julio de dicho año (632). Al año siguiente el mismo sacerdote, con la colaboración del bachiller Antonio de Santa Clara, redactó la primera completa memoria geográfica de la Isla escrita en la ciudad (\*). Contenía en sus cuaren-

630. Información de Lando.

631. Pliego de descargo de don Francisco Bahamonde y Lugo, reproducido en I/12/12-23, pág. 16, apartado 9.

632. VIII/18/129.

\* V. *La Memoria y Descripción de la Isla de Puerto Rico*, mandada hacer por S. M. el rey don Felipe II, el año 1582, reproducida en I/1/75-91.

ta y un capítulo de datos acerca del clima, topografía, población, etnología y geología de la Isla; descripción de sus ríos, montañas, puertos y costas, así como de sus árboles, yerbas y frutas; animales, silvestres y domésticos; de sus minas y salinas. Algunos datos acerca del comercio, la historia y los edificios de la ciudad de San Juan completaban este valioso e interesante documento, que debió servir durante muchos lustros, como la más auténtica fuente de información en estas materias.

Alternándose los militares y los sacerdotes en la producción de opúsculos que, aun sólo siendo principalmente informativos, reflejaban la cultura general y la especializada de sus autores, escribió el gobernador Diego Menéndez de Valdés, en 1587, su luminoso *Informe* (\*) sobre las fortificaciones que se construían en su tiempo y los cañones con que se les armaba. Déjase ver en sus veinticinco páginas que Menéndez era un táctico consumado y un estratega capaz de concebir el problema de la defensa de Puerto Rico como un corolario de la defensa del seno antillano.

Contóse entre los primeros intelectuales españoles que, no perteneciendo a ninguna de las dos clases aludidas, pudieron influir en la cultura de la colonia por efecto de su contacto personal con los colonizadores, al eximio poeta Juan de Castellanos, autor de «Elegías de Varones Ilustres de Indias». En una época no bien definida, pero que puede fijarse como comprendida en el segundo tercio del siglo XVI, el poeta visitó el Boriquén e hizo amistad con muchos de sus pobladores. Según se desprende de ciertos pasajes de sus *Elegías*, visitó los pequeños pueblos de la Isla entonces en formación, algunos de los cuales desaparecieron poco tiempo después debido al desaliento que produjo en los pobladores el agotamiento de las minas de oro y la necesidad, para poder subsistir, de acometer la dura labor de labrar las tierras. Como el mismo Castellanos escribe:

*Vanse poblando nuevas poblaciones  
Las quales conocí con gran provecho,  
Pero ya muchas dellas se han desecho* (633).

Despréndese de la narración que el poeta trató asiduamente algunos de los pobladores de la Isla, influyendo, aunque él no lo diga, en la cultura de aquel medio, por el efecto sutil de su interesante personalidad y por la transmisión de sus conocimientos y pensamientos.

\* Archivo General de Indias, Patronato 18, N.º 13. R.º 2.

633. V. los cantos relativos a la conquista del Boriquén.

La exactitud y la riqueza de detalles que avaloran esta parte de su precioso poema épico presupone una indagación minuciosa, entre los participantes o testigos, de algunos de los hechos que él narra y que aún vivían cuando él estuvo en Puerto Rico. Refiriéndose a la expedición punitiva despachada en 1534 contra los caribes de la Dominica, dice de su comandante, Juan de Yúcar :

*Persona que de mí fué conocida.*

Y poco más adelante, en la misma estrofa, hablando de los capitanes que sirvieron en dicha expedición, asegura que :

*El uno de ellos fué Juan de Avendaño,  
Que me dió larga cuenta deste daño (634).*

Más estrechos lazos, aun los del parentesco, le unieron a sus contemporáneos que habitaban la ciudad en el tiempo de su estada en ella. Por propia declaración sabemos que su homónimo, alcalde y oficial real, nombrado tesorero en 1531, era pariente suyo :

*Castellanos, persona generosa  
En quanta clara parte nos reparte  
Y aqueste generoso caballero  
Fue después en la Isla tesorero (635).*

Alejado luego de nuestras playas, tomó el poeta parte en la conquista de Nueva Granada, abrazó la religión y fue beneficiado de Tunja. En el territorio de la futura República de Colombia conservó la amistad de algunos antiguos pobladores del Boriquén que habían emigrado a él. Esta circunstancia, unida al mérito intrínseco de su poema, en el que tanto exaltó el valor de los conquistadores del Boriquén, nos inclina a creer que su libro fue conocido en Puerto Rico poco tiempo después de publicarse, aunque parcialmente, en 1589 (636).

## EL COMPLEJO POLITICO - RELIGIOSO

La influencia de la Iglesia, ejercida a través de los gobiernos teocráticos del siglo XVI, fue, sin duda alguna, uno de los más efec-

634. Antepenúltima estrofa del Canto Quinto.

635. Estrofa 51.<sup>a</sup> del Canto Quinto.

636. V. el tomo 4.<sup>o</sup> de la "Biblioteca de Autores Españoles", editado por Rivadeneyra.

tivos factores en el proceso de la formación de la sociedad que se desarrollaba en la Isleta. En virtud de su calidad de Vicario y delegado de la silla apostólica, intervenía el Rey de España en todo lo concerniente al gobierno espiritual de las Indias, tanto en lo económico de las cosas eclesiásticas como en lo jurisdiccional y contencioso, reservándose la Santa Sede sólo la potestad del orden; es decir, el poder de imponer y mantener las normas de conducta, disciplina, liturgia y doctrina que debían observar tanto los individuos como las instituciones de la Iglesia. Exigíase a los obispos jurar ante un escribano de cámara y guardar los derechos y regalías del patronato regio (\*). El Gobernador de Puerto Rico, en su calidad de vicepatrono, ejercía por delegación muchas de las regias facultades y servía de intermediario entre el soberano y la autoridad eclesiástica local. Necesitábase de la real licencia para erigir iglesias, conventos u otros lugares piadosos, mediante previo consentimiento del vicepatrono.

Coadyuvó la Corona a que la sociedad se fundara a prueba de infieles y herejes, nacionales y extranjeros, sosteniéndose la exclusión absoluta de tales elementos perturbadores aun por la liberalizadora Cédula de Gracias promulgada en 1815. Favorecida la gestión eclesiástica por la ingerencia personal del rey en la tramitación de los asuntos coloniales y por el poder coercitivo de la Inquisición, logró, por virtud del dogma, el culto divino y la instrucción religiosa, influir decisivamente durante tres siglos en el individuo, la familia y la sociedad. No era necesario a la Iglesia disponer del poder temporal (como cuando los jerónimos y el obispo Manso actuaron de gobernadores de la colonia). Bastábale el apoyo de la Corona para poder irradiar sutiles influencias de gran valor formativo, aplicadas con tenacidad, entre otros, a los fines de estimular la piedad filial y elevar el prestigio de la familia, hasta colocarla en uno de los más altos lugares en la jerarquía de los valores sociales. Iban tan lejos el rey, patrono de la Iglesia, y el gobernador de la Isla, su vicepatrono, interviniendo directamente en la reglamentación del culto y fijando normas de conducta individual, prohibiendo, por ejemplo, a sus gobernados, blasfemar, comer carne en cuaresma y requiriéndoles recibir los sacramentos y observar múltiples disposiciones de índole religiosa y política encaminadas a formar hábitos y costumbres que necesariamente habían de contribuir a cimentar el hogar cristiano, tales como favorecer la inmigración de hombres casados,

---

\* *Registro de Legislación de Ultramar*, pág. 156.

excluir a los descendientes de los penados, fortalecer la patria potestad, reglamentar el matrimonio y combatir el amancebamiento.

Arraigáronse en la sociedad de la Isleta ciertas normas de conducta privada que tuvieron, sea cual fuere su valor ético, una benéfica influencia en su desarrollo, por cuanto sus efectos fueron palpablemente constructivos. El sincero acatamiento por la mujer criolla del dogma que en el siglo XVI convirtió al matrimonio en un sacramento: su devota dedicación a la tarea de formar y conservar el hogar cristiano; su subordinación económica e intelectual al esposo, y el efecto de las limitaciones impuestas por las costumbres, las leyes, la penuria y el escaso progreso material de aquellos tiempos, circunstancias todas que tendían al aislamiento de la mujer en su casa, fueron otros tantos factores que contribuyeron a fomentar la integridad y respetabilidad del hogar. Tal régimen moral, basado quizá en una especie de astuta transacción con la debilidad humana, dictada por el espíritu de conservación, inducía a hacer generalmente tolerable la infidelidad del cónyuge masculino, mientras que exigía la más exquisita pureza al femenino. Podía ella vivir felizmente, ignorando o no, las relaciones amorosas ilícitas de su marido, sostenida por la íntima convicción de que manteniendo la integridad de la familia, ella honraba el sacramento matrimonial; vivía él confiado en la creencia de que caer en flaquezas fuera del hogar no era un obstáculo insuperable a su racial inclinación a cultivar la espiritualidad bajo el techo doméstico. Lo históricamente cierto es que el régimen moral que consentía tolerar la infidelidad del esposo y compenía a condenar, sin apelación posible, la falta de la esposa, logró conservar el hogar incólume, o lo que tanto vale, logró la salvación de la prole, como si la sabiduría de nuestros antepasados les hubiera llevado a oponerse inquebrantablemente a tolerar la perversión de ambos cónyuges, sabedores de que, en tal caso, perdía la madre el poder de infundir a sus hijos el amor a la virtud, la noción del deber y el sentido del honor, quedando la familia destruida para siempre.

Desconocida por completo la enseñanza laica y siendo de orden espiritual los objetivos que perseguía la Iglesia, no es de extrañarse que los medios empleados en su consecución no tendieran a desarrollar en la grey aquellas cualidades individuales, de valor económico, que hubieran contribuido a fomentar la prosperidad material de la colonia: la iniciativa, la actividad, el espíritu emprendedor. Efectos aún más intensamente paralizadores de la iniciativa individual deben atribuirse al régimen político absolutista. La interven-

ción de la Corona, aun en los asuntos de carácter privado (637), acostumbró a los súbditos de la colonia a esperar todo del gobierno. La actitud fatalista inducida por el rigor de este régimen, por la mezcla de la raza blanca con la indígena y la negra que, a pesar de haber sido catequizadas, conservaban su psicología pagana, y por la general incomprensión de la prédica frecuente desde el púlpito acerca de la bondad de la humildad, de la futilidad de las realizaciones humanas y de la impotencia del hombre ante la Providencia, encontró en nuestro enervante ambiente físico un medio adecuado a su permanencia. De aquí el gradual desplazamiento de las cualidades prácticas del individuo por las modalidades negativas, la apatía, la docilidad y la resignación, que alejaban cada vez más al individuo del campo de la iniciativa, apresándolo en el inmovilizador rutinarismo, característico del pueblo de la ciudad, hasta bien entrado el siglo XIX. Consecuencia de todo esto en una sociedad católica, tomó inusitado auge la creencia en la virtud de lo sobrenatural, como lo demuestra el firme arraigo que alcanzaron en la ciudad (hecho a que nos hemos referido en páginas anteriores) los cultos de dulía, basados en la esperanza que entretenían los fieles de obtener gracias por la intercesión milagrosa de los santos. Por otro lado, las preocupaciones aristocráticas propias de un régimen monárquico, respetadas por la Iglesia, hacían que las clases elevadas miraran con desprecio las ocupaciones mercantiles y manuales. Preferíase la posición social y oficial a la independencia económica. Mirábase la riqueza con cierta indiferencia. La esclavitud de las razas de color, concebida como un medio para librar del trabajo al hombre blanco, perpetuaba su alegada condición de superioridad.

Dos rasgos característicos del sistema económico vigente en distintas épocas del período comprendido entre los siglos XVI y XIX — el régimen comercial prohibitivo y la transmisión de la propiedad territorial exclusivamente en usufructo — pueden considerarse consecuencias inmediatas del complejo. El primero, al excluir del tráfico con la Isla las naciones extranjeras, aumentaba el aislamiento material e intelectual de la colonia, condición necesaria a la prosperidad de las extrañas normas de gobierno y organización social; el segundo comprendía dos aspectos igualmente perjudiciales a la salud económica de la comunidad: la tenencia de las tierras en usufructo y la vigencia de la ley de vinculaciones. Estuvo en vigor la primera de estas disposiciones hasta 1778, prestándose su ejercicio a odiosos y

---

637. Véase, por ejemplo, los expedientes de los juicios de residencia de los gobernadores del siglo XVI.



estériles privilegios, así como el desarrollo del latifundio usufructuario. En virtud de la ley de vinculaciones, sujetábanse o gravábanse los bienes a vínculo, es decir, con prohibición de enajenarlos, sucediendo en ellos los descendientes u otros parientes en el orden d<sup>e</sup> terminado por el fundador, o destinándose al sustento de obras pías y benéficas. Quedaba así inmovilizada una parte de la propiedad territorial en *manos muertas*, como se llamaba entonces a esta clase de poseedores. Perpetuado en ellos el dominio, precisamente porque no podían enajenar los bienes, permanecían numerosas fincas, urbanas y rústicas, indefinidamente sustraídas a la libre contratación, o, cuando menos, a la irrestringida actividad comercial e industrial. Fueron las comunidades religiosas de la ciudad opulentas manos muertas que gozaron del usufructo de valiosas propiedades hasta la tercera década del siglo XIX, que habían adquirido mediante legados testamentarios y censos impuestos por los fieles.

Consecuencia de la inevitable pobreza del Estado en semejante sistema económico, relegáronse al individuo las funciones de la beneficencia pública, con excepción de las más apremiantes, sólo atendidas hacia 1840, originándose la costumbre característica de acudir a ellas mediante suscripciones, iniciadas de continuo por los propios necesitados o por tal cual persona caritativa que intercedía en su favor. Con su gracejo característico, escribía al respecto el poeta Padilla, en 1885 :

...Aquí se hacen maravillas  
Con ese remedio... único;  
no conoce nuestra náutica  
otros puertos ni otros rumbos,  
y a ese solo pone proa  
si hay mal tiempo y si hay barrunto;  
aquí hacen las suscripciones  
como hacen el pan de cuco,  
al pico de Tenerife  
a la erupción del Vesubio...

para el manco, para el mudo, el infante y el caduco; para el vestido, el desnudo, el maestro y el alumno, para el casado, el viudo, el discreto y el palurdo; para los sabios, los brutos, los reos y el verdugo (\*).

El otro factor del complejo social que estamos analizando, debe

---

\* Julio del año 1886, en *Escritos de Puerto Rico*, pág. 61.

su origen a la función militar que se le asignó a la Isla, y especialmente a la ciudad de San Juan, en la política imperial de España. Mientras las cajas reales de México pudieron subvenir a las necesidades de construcción y conservación de la plaza fuerte de San Juan, no interesó seriamente a la Metrópoli fomentar la economía de la colonia. Murada la ciudad, quedaron los criollos encerrados dentro del cerco de piedra, restringidos sus derechos de locomoción, de reunión y expresión del pensamiento, supeditadas sus aspiraciones a las conveniencias y necesidades del Real Presidio. Su gobernante era al mismo tiempo jefe de la Plaza militar y el presidente de su Ayuntamiento. La sombra del César estaba eternamente presente en las deliberaciones. Reforzáronse las líneas defensivas de la fe, las ermitas convenientemente colocadas alrededor de la ciudad, con las líneas defensivas de cal y canto. Los recintos y las hornacinas portales quedaron bajo la protección de los santos. Cada una de las obras de fortificación fue igualmente consagrada. Cada una de sus piedras recordaba a Dios y al rey. Dentro del doble cerco languidecía la mediatizada comunidad, secularmente satisfecha con ejercer su derecho de petición.

Reducido el horizonte de las legítimas esperanzas individuales, menoscabada la propia confianza por la oposición de las autoridades a dejar germinar el espíritu de asociación, debilitadas las iniciativas por efecto de la posibilidad de alcanzar ocasionales privilegios del gobernante de la colonia y de obtener gracias por la vía sobrenatural, encerrábanse los hombres en sí mismos, convencidos de la ineficacia de toda gestión colectiva. Vese claramente que el régimen político-religioso ejercía en la sociedad una fuerte acción centrípeta que hubo de engendrar el ciego individualismo que la caracterizó hasta fines del siglo XIX. Consentíase al individuo vivir lánguidamente para sí, considerándose una intromisión su interés en la cosa pública. Viviendo para sí, manteníasele moralmente disgregado, atento a sus propias inclinaciones, egoístas o altruistas, intelectuales o utilitarias, *siempre que ellas no constituyeran un obstáculo, no importa cuan leve, al plan del Estado*. Así condicionada la búsqueda de la felicidad personal, ¿qué de extraño tiene que tardara siglos en manifestarse el espíritu de asociación?

A principios del siglo XIX sólo habían existido en la ciudad, evidenciando la presencia en ella de iniciales esfuerzos asociadores, unas cuantas cofradías o hermandades religiosas; de la segunda mitad de la centuria en adelante, una que otra asociación de artesanos, una sociedad secreta de índole separatista, el Ateneo Puertorriqueño, las beneméritas asociaciones encaminadas a auxiliar estudiantes po-

bres, la sociedad de socorros mutuos los Amigos del Bien Público, fundada en el 73, para ofrecer socorro a sus asociados, tales como gastos de entierro, montepío a viudas y huérfanos, pensiones a inválidos y auxilio cuando ocurrían catástrofes (\*) y, desde 1875, la Sociedad Anónima de Crédito Mercantil, precursora del Banco Español de Puerto Rico, fundada por el Marqués de la Esperanza. En el 81 ya era motivo de preocupación para los intelectuales de la ciudad la necesidad de desarrollar el espíritu cooperativo. El 24 de noviembre pronunciaba el doctor Gabriel Ferrer Hernández, en el Ateneo, un extenso discurso, *La cooperación como elemento de progreso*, en el que planteaba seriamente la cuestión a sus convecinos. Para esa época se leía, en el mismo sitio, una Memoria intitulada *Influencia y aplicación de las ciencias físico-matemáticas en el desarrollo moral, intelectual y económico de una sociedad que quiere vivir la vida del siglo XIX*, tesis en que alienta la aspiración de los hombres cultos de la ciudad, expresada por su autor, a utilizar los principios del positivismo en boga para romper las cadenas del régimen político-religioso. Mientras tanto, un movimiento de opinión en la Metrópoli favorecía el desarrollo del espíritu de asociación, haciendo fijar la vista del Gobierno Central en la observación del mismo fenómeno que se operaba en las colonias. El 13 de junio de 1888 publicase el real decreto estableciendo normas para el ejercicio del derecho de asociación en las Islas de Cuba y Puerto Rico (\*\*). En 1893 se fundaron en San Juan dos asociaciones, la de Socorros Mutuos y la cooperativa El Ahorro Colectivo, que, contribuyendo a romper la resistencia del público a formar asociaciones de provecho pecuniario, quebrantaron la vieja práctica del aislamiento individual. Daba comienzo el agrietamiento del vetusto edificio levantado en la Isla por los Austrias, los Borbones y el Papado...

## LA CULTURA CORRESPONDIENTE AL ANTIGUO COMPLEJO SOCIAL

Las peculiares condiciones del medio a que nos hemos referido, dieron lugar a la formación de una modalidad de la cultura española. El régimen restrictivo que entorpecía el desarrollo intelectual, favorecía el de las facultades sensibles y espirituales. La religión, edu-

---

\* En los primeros veinte años de existencia esta sociedad había satisfecho 74.760 pesos por concepto de auxilios de toda índole.

\*\* *Ley para el ejercicio del derecho de asociación*, Imp. del Gobierno San Juan, P. R., 1888.

cadora por excelencia de la bondad, hacía a los habitantes de la ciudad más sentimentales que argumentativos. En cambio, las restricciones políticas tendían a hacerlos más argumentativos que ejecutivos. De estas dos tendencias encontradas había de surgir con el tiempo la actitud colectiva de la indecisión, característica del complejo local. El espíritu conservador de la mujer prosperó admirablemente al calor del baluarte de la política conservadora que era la Ciudad Murada. Elevóse el sentimiento materno hasta sublimarse. Decíase en el siglo XVII que nuestras mujeres eran virtuosas y de «lindo juicio». Lejos de exhibir síntomas de visible deterioro en las dos centurias siguientes, estas bellas cualidades hicieron segunda naturaleza en las mujeres de la buena sociedad capitalina, plasmándose en sus personas y realzando sus atractivos físicos hasta dotarlas de tan singular encanto, que provocaba la admiración de los visitantes extranjeros cultos. En 1834 escribía el coronel Flinter que poseían ellas en alto grado ese aire seductor y elegante que distinguía a las damas de Cádiz. Andaban con la gracia peculiar de las mujeres de Andalucía. Fascinaban con sus modales agradables. Sin tener las ventajas de la brillante educación de las señoras de Londres o París, era de ellas una grande vivacidad, una soltura de modales que sólo podía encontrarse en Inglaterra en la más refinada sociedad. Hablaban con facilidad, sustituyendo con su talento e ingenio los encantos artificiales de una esmerada educación. Sin embargo, muchas hablaban el francés y pintaban con notable acierto. Eran esposas afectuosas, madres tiernas, fieles amigas; trabajadoras, frugales y económicas dueñas de casa (\*). Fueron ellas el óptimo fruto del complejo político-religioso.

Las primeras valiosas manifestaciones de las artes plásticas llegaron a la ciudad por conducto de la Iglesia: el óleo de N. S. de Belén, original o copia de la escuela holandesa, en el siglo XVI; la estatua del obispo Manso, en el siguiente. Poseía también la Catedral ornamentos y objetos sagrados de valor artístico. Layfield ha escrito de una pila bautismal de primorosa factura. Evidentemente sólo a través de poderosas organizaciones como la Iglesia, el Ejército y el Gobierno, podía la pequeña ciudad ponerse en contacto con las altas manifestaciones de la cultura. Expresiva de la erudición literaria, la oratoria sagrada floreció en ella antes que las bellas letras. Un escritor de fines del siglo pasado lo hizo notar, recordando al canónigo Torres Vargas y a los Padres Ayala y Gíménez,

---

\* Coronel Flinter: *An Account of the Present State of the Island of Puerto Rico*, London, 1834, V. págs. 81-82.

cuya palabra, dice «era casi divina» (638). La música, auxiliar del altar, lo fue también de la cultura ciudadana, conmoviendo a los feligreses, bajo la bóveda de la Catedral, las notas de su órgano desde la decimosexta centuria y las voces de su coro y de su capilla, mientras alentó el espíritu de España en la urbe. Por otro lado, la obra moralizadora y morigeradora de la autoridad civil realizada por los obispos de la diócesis; así como el trato personal de los habitantes de la ciudad con ellos, fueron motivo de frecuente inspiración para el vecindario. Algunos de nuestros prelados fueron sazonados frutos de la más elevada cultura española, hombres que por su preparación intelectual o por sus nexos de sangre, habían adquirido o heredado las facultades y condiciones de la mente y del espíritu que les hacían capaces de asumir actitudes comprensivas de lo bueno, lo justo y lo bello. Muchos de ellos cultivaron las ciencias eclesiásticas; algunos llegaron a ser eminentes hombres de letras. El obispo Nicolás de Ramos y Santos (1531-1599) escribió en lengua latina eruditas obras de teología, dejando al morir algunos escritos inéditos que pudieron haber sido compuestos mientras él residía en la ciudad. El doctor Bernardo de Balbuena residió varios años en San Juan, desde 1623 hasta que le sorprendió la muerte. Poeta bucólico de distinción, hizo labor cultural en la ciudad, publicando la primera edición de su *Bernardo* en Madrid, mientras desempeñaba el episcopado de Puerto Rico, en 1624, y formando una biblioteca particular que fue destruida al incendiar los holandeses la ciudad al año siguiente. Abundan en el episcopologio puertorriqueño apellidos de la nobleza española y no faltan los de importancia histórica en los anales de la nación descubridora. El obispo Rodrigo de Bastidas y Rodríguez de Romera era hijo del descubridor de Tierra Firme, primer Adelantado y gobernador de Santa Marta; el obispo Fr. Francisco Díaz de Cabrera y Córdoba era hermano de don Fernando, gobernador de Flandes; Fr. Pedro de Soler y Vargas descendía de Jofre de Loíza, conquistador de Córdoba; el obispo Vázquez de Arce, sobrino de don Rodrigo, presidente del Consejo Real de Castilla. Otro, don Francisco Andrés de Carvajal, fue confesor de una reina, Doña Isabel de la Paz (639).

Para esta época, hemos de inferirlo de la relación de los hombres distinguidos nacidos en la Isla y en la ciudad que escribiera Torres

---

638. V. "El Buscapié", San Juan, Puerto Rico, enero 22, 1893.

639. *Sinodo Diocesano del Obispado de Puerto Rico*, celebrado en el año 1917 por el doctor don Guillermo A. Jones, O. S. A. Puerto Rico, Imp. Fernández & Cía., 1917, páginas 133-158.

Vargas hacia 1647 (640), la sociedad que había estado formándose en la Isleta durante un siglo, había desarrollado ampliamente el tipo de cultura propia de las peculiares condiciones locales que hemos tratado de pintar en párrafos anteriores. Cultura capaz de formar y encauzar rectos sentimientos y de acerar la noción del deber y del honor, que habían de cristalizar en recios y austeros caracteres. Del seno de esta sociedad, así cultivada por la Iglesia, salieron en abundancia capaces y leales servidores de la Corona y de la Tierra: gobernadores y altos funcionarios coloniales, comandantes militares y navales, canónigos, deanes y prebendados que se esparcieron por tierras de la Madre patria, las Antillas, la Florida, Nueva España, las Filipinas, Nueva Granada y la propia isla que los viera nacer.

Un funcionario civil de la Isla, residente en su capital, el licenciado Diego de Larrasa, escribió en 1625 una crónica del ataque y sitio de la ciudad de San Juan por el general holandés Boudoyne Henrico, que él presenciara. Aunque esta relación sólo tiene 16 páginas y media, constituye por su objetividad, la sobriedad del estilo, la exactitud de los detalles y la veracidad de sus afirmaciones, una valiosa contribución a la cultura capitalina.

La cultura científica hubo de manifestarse de nuevo, hacia 1629, cuando se comenzaron, durante la administración de don Juan de Haro, los trabajos geodésicos, mediante los cuales pudo determinarse que la Isla tenía un perímetro de 136 leguas (641).

Si tenemos en cuenta que el presbítero Ponce de León y el Bachiller Santa Clara, al escribir su relación geográfica de la Isla, no hicieron más que contestar un cuestionario-circular que por orden de Felipe II había sido enviado a los gobernadores de distintas regiones de América, habremos de conceder a la *Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico* escrita por el canónigo Diego de Torres Vargas, en 1646, la prioridad como composición literaria original producida en la ciudad. Aunque Torres Vargas había sido educado en Salamanca, su obra debe considerarse como una de las primicias de la cultura literaria de la Capital, no sólo porque el autor nació en ella, si que por estar tan saturada de su amor a la Madre-Isla tan robustecida por el conocimiento de los hombres y cosas en ella tratados, que el sentimiento regionalista y las facultades de observación y de crítica y el fino sentido humorístico que ella revelan, son

---

640. II/478-9.

641. II/448. V. también el ensayo titulado *Datos Históricos acerca del Estudio de la Geografía de Puerto Rico*, Revista de Obras Públicas de Puerto Rico, enero 1928, pág. 1,485 e. s.

indudablemente frutos del acervo cultural de su comunidad nativa. Aunque incluida su *Descripción* en sólo cuarenta y seis páginas (642), los límites son suficientemente amplios para demostrarnos que el autor estaba familiarizado con las obras de la erudición greco-latina de la antigüedad, con la española de su propio tiempo y aun con la extranjera, como la del holandés Juan de Laet. En realidad la *Descripción* contiene, esparcida en sus páginas, la primera bibliografía de la Isla acopiada en la ciudad, de que el autor tenga noticia. Por otro lado, la multitud de datos históricos, geográficos y estadísticos que abarca relativos tanto a Puerto Rico como a las Islas y fundaciones de Tierra-Firme comprendidas en la jurisdicción de su Obispado, hacen del breve ensayo una aportación valiosísima al estudio de las Antillas en el siglo XVII. A pesar de que a veces el canónigo cede la pluma al párroco de aldea fronteriza para interpretar o comentar algunos hechos, con menoscabo del sano juicio, el opúsculo de Torres Vargas logra impresionarnos por la seriedad del propósito, a la vez informativo y tácitamente vindicatorio del lar patrio, que lo inspiró.

Desde el siglo XVII existían cuatro instituciones o corporaciones de diverso carácter que, directa o indirectamente, podían irradiar y sostener los principios de la cultura (en algunos casos especializada) en la ciudad: el Cabildo de Catedral, el Gobierno de la colonia, el Cabildo de la ciudad y la Comandancia militar. Además del gobernador, había dos oficiales reales, el tesorero y el contador; la Comandancia militar, ejercida por el gobernador, era auxiliada por el alcaide de la fortaleza y el sargento mayor.

Si incluimos en el número de los dirigentes y auxiliares de todas estas instituciones y corporaciones al obispo, los priores de los conventos y los oficiales subalternos que servían en la guarnición de la Plaza, veremos que dichos cargos apenas llegaban, en el siglo XVIII a sesenta. En otras palabras, las clases ilustradas, cuando la población de la ciudad sumaba unas 4.500 almas, estaba representada por el 1 1/3 por ciento del total. No existe evidencia documental indicativa de que hubiera otras clases cultas.

El Cabildo de Catedral estaba compuesto hacia mediados de la 18.<sup>a</sup> centuria por el dean o presidente, el arcediano, el chantre (encargado del coro), tres o cuatro canónigos y dos racioneros (643). Siendo generalmente elegidos para estos cargos los eclesiásticos que se distinguían por su saber o por su elevado carácter, como que

---

642. V. su reproducción en II/447-493.

643. *Memoria de Bravo de Rivero*, 1.<sup>o</sup> de marzo de 1759, reproducida en I/6/377 e. s.

habían de hacerse cargo colectivamente del gobierno de la diócesis cuando la sede estaba vacante, sus gestiones ordinarias redundaban en beneficio de la cultura espiritual e intelectual de la comunidad. A este respecto ha escrito con acierto nuestra ensayista J. Paniagua Serracante, que el sentido de nuestra Catedral es doblemente trascendente en nuestra historia: centro de verdadera cultura y de la más alta espiritualidad (644).

No poco influjo en la vida espiritual de la ciudad, tan huérfana entonces de otros estímulos, puede atribuirse a la acción inspiradora e indirectamente disciplinaria del carácter de los fieles, ejercida por efecto de la fidelidad litúrgica y la imponente gravedad con que se celebraban en la Catedral los actos y ceremonias del culto. La continua exteriorización de sentimientos de humildad, devoción y respeto y el acatamiento a la autoridad, visibles en el ceremonial eclesiástico, indudablemente habían de reflejarse en la urbanidad y compostura de los feligreses.

En cuanto a la influencia cultural del Gobierno Superior de la colonia en el siglo XVIII, podemos inferir de la aridez de la gestión gubernativa en este período y de la preparación intelectual de sus dirigentes, que fue muy escasa. Aunque durante todo este tiempo los gobernadores fueron oficiales de grado superior en el Ejército: maestros de campo, sargentos mayores, coroneles y capitanes, debemos evaluar su preparación con suma reserva. Cuando estaban en servicio activo, los primeros ejercían el mando de cierto número de tropas; los segundos, aunque sólo eran oficiales de regimientos, encargados de su instrucción y disciplina, actuaban como fiscales y servían las distintas ramas de la administración militar. Crefaseles, aunque con sobrada indulgencia, aptos para desempeñar elevados cargos en la administración civil. La actuación de los capitanes generales no se generalizó hasta el siguiente siglo. Los únicos otros cargos de la rama civil del gobierno en aquella época, eran el tesorero y el contador de Real Hacienda, oficina principalmente encargada de administrar los fondos del situado (645). En 1761 Carlos III para remediar «la falta de sugeto letrado que se padece en la Isla de Puerto Rico con quien pueda asesorarse el Gobernador y Capitán Gral. de ella», nombró un asesor con título de Teniente de Gobernador y Auditor de la gente de Guerra de la ciudad e Isla de San Juan de Puerto Rico (646).

---

644. *Nuestra Herencia Espiritual*, San Juan, P. R., págs. 160-161.

645. Bravo de Rivero, op. cit.

646. Transcripción de la real orden de creación de dicho empleo, en I/3/289-292.



En realidad, sólo en una sociedad oscurecida por la ignorancia, podían los limitados recursos de ilustración de que disponían los gobernadores, surtir algún efecto beneficioso. Otro tanto puede decirse de la corporación municipal. De más saludable alcance debió ser la presencia en la urbe, hacia fines de este período, de los miembros de la comandancia militar que dirigían los servicios técnicos de la Plaza. Ya hemos visto como ellos contribuyeron, sobre todo en el siglo XIX, a difundir el conocimiento de las matemáticas a través de las cátedras que con frecuencia desempeñaban.

Sea como fuere, influido o no por cualesquiera de los agentes anotados, aparece por primera vez, en el año 1747, un criollo anónimo, ni cura, ni militar, de nuestra ciudad, cultivando a su modo el arte por el arte. Cronista en prosa y verso de los acontecimientos trascendentes que conmovieron la colonia, la muerte de Felipe V y la exaltación al trono de Fernando VI, el autor da todo lo que tiene, lo innato, lo heredado, lo adquirido y lo circunstancial, para relatar bajo el epígrafe de *Relación Verídica*, las exequias oficiales del primero y las fiestas dedicadas al segundo en la ciudad. A pesar de que en él ya se asoma un indicio de diferenciación entre el peninsular y el criollo, su composición es un himno a la lealtad del nativo a España, a sus monarcas y representantes en la Isla. Afortunadamente para él, en cuanto sus propias palabras puedan servir de fundamento al juicio de la posteridad para medir su carácter de súbdito español, deja deslizar una nota de protesta del régimen político en medio del vocerío de sus propias desmedidas alabanzas y las de otros que recoge en su escrito :

Nosotros los Americanos, dice, pudiéramos alegrarnos si tales hombres (los buenos gobernantes) pudieran eternizarse en otras regiones, al paso que otros se hacen eternos contra toda ntra voluntad... (647).

Documento de considerable interés para el estudio de los orígenes de nuestra literatura, la *Relación Verídica* permite al crítico atisbar primordiales manifestaciones del sentimentalismo, del amor al terruño, del temperamento lírico, de la pasión por la hipérbole y la adjetivación que había de caracterizarla, plasmando con precisa fidelidad el espíritu del complejo político-religioso que la iba pro-

---

<sup>547</sup>. *Relación verídica en la que se da noticia de lo acaecido en la Isla de Puerto Rico a fines del año 45 y principios del 47 con motivo de llorar la muerte de N. Rey y Señor don Phelipe Quinto y celebrar la exultación a la Corona de N. S. D. Fernando Sexto.* (Códice anónimo publicado por Coll y Toste en I/5/148-193. (V. la pág. 149).

duciendo. Así canta cuando escribe en prosa, llamando a la Madre-Isla la «diosa Cybeles de la América», describiéndola como «una carta de favor que mueve las voluntades de los Príncipes» :

porque, aunque no tenga Thesoros, ni le acompañen riquezas, tiene suabes ayres, rios caudalosos, flores muchas y rui-señores en abundancia.

Primitiva obra de empeño en nuestras letras, la *Relación Verdica* está cuajada de ingenuidades, y, como convenía al gusto literario de su tiempo, de alusiones a las deidades y héroes de las mitologías griega y latina, y tachonada de exabruptos poéticos vaciados en sonetos, acrósticos y octavas reales obligadas por los pelos a gemir, más bien que a cantar, atroces ditirambos y falseamientos de la verdad histórica :

*Quanto la Tierra, gran Philipo, gira  
mausoleo es debido a tu memoria*

escribe feamente el planidero boricua, para elaborar su creencia de que hasta los bosques, las avecillas silvestres y el mar del Boriquén se habían unido al duelo del pequeño y exótico Felipe V de España.

Celebradas las exequias en el mes de diciembre de 1746, cuatro meses después, el poeta anónimo de la ciudad aconseja a su pueblo :

*Suspende el llanto presto  
pues tiene la fineza por aora  
para dejar el llanto buen pretexto  
al ver que con las luces de su Aurora  
sale a lucir el sol Fernando Sexto...*

Hemos, sí, de agradecer al que probablemente fue el Néstor de las bellas letras sanjuaneras (o para decirlo más propiamente, el primero de sus *dilettanti*), la innata versatilidad que le permitió manejar con igual atrevimiento, aunque con escasa belleza, muy distintos metros y utilizar la prosa descriptiva con una precisión fotográfica que auguraba hermosos frutos al escritor costumbrista escondido en el poetastro.

La *Memoria* sobre la Isla de Puerto Rico elevada a Carlos III por el Mariscal don Alejandro O'Reilly en 1765 (\*) aunque no es

---

\* Reproducida en 1/8/108-124.

un documento que pueda propiamente atribuirse a la cultura de la ciudad, por haberla escrito su autor estando de paso por ella, refleja, en cierto modo, la cultura coetánea de la ciudad, por cuanto los datos relativos a la realidad puertorriqueña contenidos en el texto y los estados estadísticos que la acompañan, revelan el esmero con que las autoridades se habían ocupado en reunirlos.

En 1775 tocóle dar nuevo impulso al cultivo de las letras nativas a un miembro de la otra clase culta de la ciudad que alternaba en estas faenas con los eclesiásticos, don Fernando Miyares González, capitán de Infantería del Cuerpo de Milicias Disciplinadas de la Isla, quien, documentándose en los archivos del obispado y de la secretaría del Gobierno y en las notas que había preparado el Padre Pablo Calderón de la Barca, del clero de la Capital, y valiéndose de la tradición oral para llenar las lagunas que encontrara en el curso de sus investigaciones, compuso un tratado que tituló, *Noticias Particulares de la Isla y Plaza de San Juan Bautista de Puerto Rico. Comprendidas desde la conquista, hasta fines de Diciembre de 1775*.

Tienen las *Noticias Particulares* el mérito de ser obra espontánea, compuesta, como la de Torres Vargas, para obedecer un íntimo impulso de escribir para ilustrar. En las 85 páginas de la copia tiposcrita de este tratado, que poseemos, se incluyen descripciones de la Plaza e Isla, de sus fortificaciones y noticias acerca del estado eclesiástico, militar y económico de la Isla, así como una comparación de dichas condiciones con las antiguas; breves descripciones de los pueblos de la Isla; notas acerca de la botánica nativa, especialmente en cuanto se refiere a las propiedades medicinales de ciertas hierbas, resinas, gomas, frutas y plantas. Contiene, además, sendas listas de los gobernadores y obispos de la Isla, hasta 1769 y 1772, respectivamente.

Precisamente en el mismo año en que el capitán Miyares y González terminaba su obra, llegaba a la ciudad Fr. Inigo Abbad y Lasierra, monje benedictino que pertenecía a una familia intelectual catalana. Maestro en artes y doctor en teología y cánones (648), poseía Fr. Abbad la cultura necesaria para emprender la redacción de una historia de la Isla, tarea que llevó a cabo durante su estada en ella hasta el 1786.

El resultado de las investigaciones del sabio benedictino, la *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista*

---

648. Fr. Ramón de Huesca: *Teatro Histórico de la Iglesia del Reino de Aragón*, tomo 9, págs. 289-293.

*de Puerto Rico*, no fue un libro de gran extensión, si juzgamos por la edición publicada en 1866 por la imprenta de don José Julián Acosta, en San Juan de Puerto Rico. Despojada esta edición de las copiosas notas del editor, queda el texto de Fr. Abbad reducido a unas 170 páginas, abarcando aquéllas casi el doble de dicha extensión.

Sin embargo, el escrito de Fr. Abbad, a pesar de la evidente deficiencia de la parte histórica, merece el dictado de notable por cuanto en él expone su autor, a la luz de sus conocimientos filosóficos, las primeras observaciones realizadas y publicadas en la ciudad, para explicar el fenómeno social que se desarrollaba en la Isla. Pensando en algunos pasajes más como un filosofador de la Historia que como un narrador, el benedictino trata de precisar los factores políticos, étnicos y climatológicos, para definir el carácter y la psicología del pueblo que estudia, permitiendo al lector sospechar que él conocía las doctrinas deterministas de sus coetáneos, especialmente las de Montesquieu.

La última de las obras informativas acerca de la Isla, publicada en la ciudad y escrita a la moda antigua por un funcionario, tratando de abarcar todos los aspectos de la realidad insular, física e histórica, fue redactada y dada a luz por el coronel de Infantería y secretario del gobierno de la Isla, don Pedro Tomás de Córdoba, entre los años 1831-1833. Es dicha obra, *Memorias geográficas, Históricas y Estadísticas de la Isla de Puerto Rico*, en seis volúmenes, el postrero esfuerzo de la cultura intelectual típica del complejo político-religioso, antes de entrar en la etapa creativa de la literatura regional. Como si no hubiera querido romper la continuidad ideológica con el pasado, Córdoba enlaza efectivamente su obra con el siglo XVIII, reproduciendo la *Historia* del Padre Abbad en el primer tomo y continuando el relato de los gobiernos de la Isla donde la dejara el benedictino. Inserta en ella también su *Memoria* de 1818. Dejemos al propio autor decir que otras cosas contiene la más voluminosa de las colecciones de esta índole jamás editada en la ciudad :

...la parte descriptiva de Puerto Rico, según se halla en el día; la de la Capital, villas y pueblos por el orden de departamentos militares... la parte política y civil, la de justicia, hacienda, eclesiástica y militar, con reflexiones sobre las mejoras que en mi opinión (la de un apto instrumento del régimen) conviene a la isla y una relación, aunque breve, de la botánica relativa al territorio.

Los diversos aspectos de la administración pública están elucidados por medio de abundantes datos estadísticos y catálogos de los gobernadores, obispos e intendentes.

## EL PERIODISMO EN EL SIGLO XIX

Muy poco, es verdad, había dado de sí la ciudad en la secular Era inédita, la oscura era huérfana de imprentas, comprendida entre 1508 y el primer lustro del siglo XIX; trescientas páginas, digamos, de producción literaria en trescientos años.

Más afortunadas las otras islas de las Antillas Mayores, la Española vio funcionar la imprenta desde 1600 (649) y Cuba desde 1707. En la primera de estas fechas, Puerto Rico concentraba sus recursos y esfuerzos en levantar los dos grandes baluartes del horna-boque del Morro; en la segunda, estaba ya por finalizar la gestación del plan que había de sellar su destino como base estratégica en el seno antillano.

Establecida por fin la imprenta en la ciudad entre 1801 y 1806, según una determinación irrefutable que debemos a la diligencia del investigador don Lidio Cruz Monclova (650), la vibración de la portentosa máquina comienza a producir desajustes infinitesimales, pero lentamente progresivos, en el vetusto y crujiente artificio del complejo político-religioso que había dado su peculiar fisonomía a la sociedad del peñón de la Isleta. Hacia 1808 empieza a publicarse la *Gaceta de Gobierno* en la imprenta de la Capitanía General, en formato hasta ahora desconocido, teniendo algunos años después, el de un panfleto en octavo, de ocho páginas, que salía los miércoles y sábados. En 1841 el gobierno le imprime vida publicando sus decretos y disposiciones y haciendo que fuere obligatoria la suscripción a los Ayuntamientos de la Isla.

Si analizamos el movimiento periodístico de la ciudad durante los noventa años transcurridos entre 1808 y 1898, tal como éste puede apreciarse por la multitud de informes contenidos en el Catálogo de Periódicos de Puerto Rico publicado póstumamente por Antonio S. Pedreira, estaremos en posición de hacer algunas deduc-

---

649. Para un interesante resumen de las opiniones publicadas acerca de este punto, véase *La Imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo*, por Emilio Rodríguez Demorizi, en "Clio", rev. de la Academia Dominicana de la Historia, año XI, N.º 60, julio a octubre, 1943.

650. *Nuevas consideraciones sobre dos viejos temas: Introducción de la imprenta y la aparición de la Gaceta de Puerto Rico*, "El Mundo", San Juan, Puerto Rico, 26 de diciembre de 1943.

ciones que nos pondrán de manifiesto su significación social, cultural y política (651).

En primer lugar, salta a la vista el hecho de que el desarrollo de la Prensa fue muy lento durante los primeros sesenta años de este período, es decir, desde 1808 a 1868, habiéndose publicado en la ciudad de San Juan un total de 16 periódicos que pueden clasificarse, en cuanto a su periodicidad, como sigue :

Diarios, bi- y tri-semanarios y mensuales	11
Semanarios .....	2
Desconocida .....	3

A partir del 68, diversas causas dieron impulso al periodismo en la Capital: el progreso general de la colonia, sobre todo el aumento de la riqueza y de las escuelas públicas; la elección de diputados de Puerto Rico a Cortes, del 69 en adelante, práctica que adquirió permanencia después de los infortunados ensayos de gobierno constitucional en el primer cuarto del siglo XIX; la formación de partidos políticos después de la sexta década del mismo, entonces requerida para orientar al pueblo en el ejercicio del poder electoral; la discusión pública del magno problema de la abolición de la esclavitud; y la necesidad de contrarrestar las tendencias fuertemente reaccionarias de la mayor parte de los capitanes generales que actuaron en este período. Anotamos a continuación las cifras correspondientes a las tres décadas comprendidas desde el 68 al 98 :

Número de diarios, bi- y tri-semanarios	54
Semanarios .....	55
Periodicidad desconocida .....	38
Total .....	147

De acuerdo con estos números, vieron la luz de la Capital 163 periódicos de todas clases durante los noventa años transcurridos entre la instalación de la imprenta y el cambio de soberanía. La cifra es impresionante como exponente de la prosperidad material y cultural y del desarrollo de la conciencia política que se había alcanzado en la Capital. Sin embargo, no podríamos juzgar de la efectividad de un periódico determinado, como instrumento de progreso, sin conocer, cuando menos, la duración de su vida, la índole de las

funciones educativas (doctrina) e informativa que desempeñaba.

En cuanto a la duración o tiempo de publicación, ofrecemos en seguida los datos relativos al número de años durante los cuales fueron publicados, individualmente, los periódicos de la ciudad, en el período de 1808 a 1898:

90 años .....	1
59 años .....	1
39 años .....	1
21 años .....	1
10 años .....	3
9 años .....	1
8 años .....	2
7 años .....	1
6 años .....	3
5 años .....	2
4 años .....	3
De uno a 3 años y medio.....	19
De 1 día a varios meses .....	50
	<hr/>
	88
Duración desconocida .....	75
	<hr/>
Total de periódicos .....	163
	<hr/>

Encuéntranse agrupados bajo el encabezamiento de «duración desconocida» un número considerable de voceros anodinos que, sin duda, desaparecieron en unos cuantos días o meses después de iniciada su publicación.

La insuficiencia de medios materiales, la parcialidad de intereses representados, la ineffectividad de la gestión periodística, la incapacidad de muchos periodistas para vencer la resistencia pasiva del medio, hasta imponer su producto, y la acción sofocante del régimen colonial, pueden ser algunas de las revelaciones que se desprenderían del examen crítico del hecho de que el 78% del total de los periódicos publicados, cuya duración es conocida, sólo lograron sostenerse durante períodos que fluctuaron entre un solo día (la primera tirada) y tres años y medio, máximo que, por cierto, alcanzó una sola publicación de las comprendidas en este grupo.

De los 14 diarios que vieron la luz en el período nonagenario que nos ocupa, siete sólo duraron algunos meses y los siete restan-

tes, períodos que fluctuaron de uno a 75 años. Siendo la *Gaceta de Puerto Rico* el único de esta clase, convertido en diario desde 1823, los otros tuvieron corta vida, siguiéndole en el 90, con diez años, *La Correspondencia de Puerto Rico*. El primero publicado en la ciudad (1821), *El Diario Liberal y de Variedades*, sólo alcanzó algunos meses.

Veamos, ahora, cuales fueron, dentro de la época que nos ocupa, los periódicos de más larga vida. En primer lugar, la *Gaceta de Gobierno* (1808-1898), con noventa años; el *Boletín Instructivo y Mercantil de Puerto Rico*, convertido en el *Boletín Mercantil* al descartarse discretamente lo de «instructivo» (1839-1898), con cincuenta y nueve años; el *Boletín Eclesiástico* (1859-1898), con treinta y nueve años; el *Buscapié* (1877-1898), que llegó a los veintinueve años; los tres que alcanzaron y quizá sobrepasaron, cada uno, la década completa de vida, *El Clamor del País* (1883-1894), *La Integridad Nacional* (1885, reanudado el 88 hasta 1898); *La Instrucción Pública* (1881-1891); *La Nación Española* (1882-1891?); *La Revista de Agricultura, Industria y Comercio* (1885-1893), estas dos últimas con nueve y ocho años, respectivamente. *La Correspondencia de Puerto Rico*, que cumplió su séptimo año en el 98 y *La Revista de Puerto Rico*, *Don Cándido* y un semanario, que llegaron a completar seis años.

Bastará dar una mirada a la precedente agrupación, para darnos cuenta de que las fuerzas modeladoras del viejo complejo político-religioso seguían actuando en el siglo XIX. En efecto, la longevidad de los tres periódicos que reflejaban con mayor fidelidad la vigencia de los factores en la vida social de la población, hace este aserto inescapable: *La Gaceta*, el *Boletín Mercantil* y el *Boletín Eclesiástico* eran los órganos, ya oficiales, ya extraoficiales del Estado y la Iglesia. *La Gaceta* excedía su cometido de papel meramente informativo en materias de administración pública, dando cabida en sus columnas a aquellas noticias del extranjero, especialmente las de España, cuya difusión interesaba al Gobierno; el *Boletín Mercantil* sostenía resueltamente la política de los capitanes generales; el *Boletín Eclesiástico* era el palenque de la doctrina católica. La multitud de periódicos que, en cuanto a su duración, podemos calificar de nati-muertos, párvulos o meramente adolescentes que irrumpieron a través de ciento sesenta puertas abiertas en el transcurso de estos noventa años, representaban una buena parte del esfuerzo material y el forcejeo intelectual, generalmente más verbalista que conceptuoso, con que contribuía la ciudad colo-



nial a sacudir el yugo político, desterrar la ignorancia y fomentar el bienestar público.

Podrá preguntárenos si había necesidad de fundar un periódico católico en el muy ortodoxo San Juan de 1859. Sin duda, lo era. La masonería, a manera de cosa introducida de contrabando, había efectuado uno que otro débil agarre en los pueblos costaneros de la Isla, desde principios del siglo, siendo perseguida sistemáticamente hasta que desaparecieron sus contadas logias. Revivido con energía el movimiento masónico en Cuba, precisamente hacia el 59, y constituida la Gran Logia Simbólica de Colón, dio ésta en seguida principio a la campaña para extenderla a Puerto Rico, fundando, a poco, algunas logias en el país. Surgió entonces al estadio de la Prensa *El Boletín Eclesiástico*.

Así planteada la lucha entre las corrientes (652), liberales y conservadoras, apareció el 77 en la palestra el notable escritor peninsular, don Manuel Fernández Juncos, con su *enfant terrible*, *El Buscapié*. Armado de los recursos literarios que la inteligencia y la ilustración pueden poner al servicio de la bondad y de respetables aspiraciones ciudadanas. *El Buscapié* cumplió su cometido, auxiliado por Matías González García y José Pablo Morales, de orientar la opinión hacia el norte liberal, fustigando primero los desmanes del régimen y abogando después por la autonomía, mientras enseñaba el ágil manejo del idioma castellano, ilustraba complaciendo y divertía ilustrando con la sátira, el cuento, el cuadro costumbrista y el soneto intencionado, el artículo de fondo y el ensayo de crítica literaria. Destacábase junto a Fernández Juncos en el cultivo del ensayo costumbrista, el doctor Abelardo Morales Ferrer, de quien escribe un crítico anónimo en el propio *Buscapié* (653):

Ve y siente bien la campiña de Puerto Rico, estudia los tipos con maestría, hay viveza, color y modernismo elegante en todo el cuadro.

Hacia la última década del siglo aparecieron artículos de amena colaboración, ilustrados con dibujos de Cuchí, fotgrabados en Barcelona. Indicio de que el semanario había logrado rebasar los estrechos límites provinciales, publicaba anuncios escritos en inglés y en francés.

---

652. José G. Torres: *La Masonería Puertorriqueña*, en *El Libro de Puerto Rico*, página 876.

653. Tomo de 1894.

El triunfo del *Buscapié* nos inclina a creer que el ingenio irónico, por cuanto le es dable obligar a sus víctimas a refugiarse en una tolerancia real o simulada, era el único instrumento de oposición al régimen que podía sobrevivir, casi indemne, las iras de los procónsules del último cuarto del siglo XIX.

A desafiarles gallardamente se presentaron, armados de otros instrumentos cuyo manejo no era precisamente conducente a la longevidad, *El Agente* y *El Clamor del País*, los primeros voceros de la opinión pública que, después de *El Progreso* (1870-1874) actuaron como órganos de partidos políticos puertorriqueños, enfrentándose el primero, en enconada lucha, a la propaganda de las doctrinas conservadoras y reaccionarias del *Boletín*, y el segundo a las de éste y de la *Integridad Nacional*, fundado en el 85. Félix Padial, Federico Asenjo y Salvador Brau, auxiliados por Celis Aguilera, Tapia, Corchado, Julián Blanco, Ferrer Hernández, Goico, Julio Vizcarrondo, Acosta, Ormaechea, Alonso y otros menos conocidos, se lanzaron a la arena política para defender, ya el credo liberal reformista, ya el autonomista, en una época en que casi puede decirse que cada artículo llevaba consigo el peligro de una denuncia por delito de imprenta. Sufrieron ambos periódicos frecuentes denuncias y algunas supresiones temporales e incautaciones policíacas. Asegura Pedreira que *El Clamor* solamente, sufrió más de cuarenta procesos en doce años de vida (654). Si agregamos a los peligros de la persecución fiscal el de los duelos en el campo del honor, podremos formarnos una idea clara de la vida azarosa que llevaba el periodista capitalino de aquella época. Iniciada la torpe costumbre desde que se intensificó la lucha entre los partidos políticos, tomó tal arraigo que en 1877 don Aristides Simonpietri dio a la estampa una traducción del *Código de duelo* por el conde de Chateauvillard (\*) siendo aquella tolerada por las autoridades, hasta que la suprimió el jefe del gobierno militar, general George W. Davis, en 1899, mediante una orden disponiendo que toda persona que diera muerte a otra en duelo sería culpable de asesinato (655).

Un colega coetáneo resumió así, al desaparecer *El Clamor*, su amplia labor patriótica :

...fué durante largos años el verbo casi único de la opinión liberal en el país; hizo brillantes y memorables campañas, y

654. LXV/119.

\* Tipografía El Comercio, Ponce, P. R.

655. Orden General N.º 129, de 24 de agosto de 1899.

fué, por último, la manifestación más amplia y vigorosa del talento de Salvador Brau que llenó de choques brillantes y clamores enérgicos durante cuatro lustros el campo de nuestras contiendas políticas (656).

Reflejáronse los desatinos del régimen colonial en el servicio informativo, evidentemente considerado como de importancia secundaria por la Prensa de aquella época, sobre todo en lo que se refiere a la vida cotidiana de la comunidad. El sistema restrictivo de la libertad de palabra había surtido el efecto de acostumbrar a los informadores profesionales del público, los redactores, a utilizar con demasiada frecuencia la perifrasis, el soslayo y la omisión capciosa, compeliéndoles a ocultar o disfrazar la verdad que pudiera no ser grata a las autoridades, buscando la inmunidad en el rodeo, la vaguedad intencionada y la imprecisa relación de los hechos. Contraídos estos hábitos defensivos por los individuos de la profesión, llegó a desarrollarse por ellos, con raras excepciones, una aparente incapacidad para tratar objetivamente las cuestiones de hecho. El cultivo del subterfugio, excelente escuela de inexactitud, había dado sus frutos.

Consecuencia de estas condiciones peculiarísimas del medio, la crónica social abandonó, hacia las postrimerías del siglo, el lenguaje austero, entregándose a la hipérbole y al encomio tontamente exagerado de los miembros de las clases privilegiadas. No bastando el adjetivo sobrio, apelóse al superlativo, hasta que por fuerza de costumbre, los vocablos llegaron a perder su verdadero significado, habituándose el lector a entender, por ejemplo, que «distinguidísimo», significaba sencillamente, la mayor parte de las veces, un hombre decente; «bellísimo rostro», una cara bonita; «cultísimo caballero», una persona de maneras agradables; «ilustre» equivalía a benefactor o idóneo servidor de la comunidad, y «opulento» a acomodado. La mención de una mujer realmente bella exigía al cronista compararla, cuando menos, a alguna pieza de estatuaría de Praxiteles, y para salvar el escollo que pudicra presentar a la narración una referencia cualquiera a una mujer verdaderamente fea, debía el escritor echar mano de cuantos superlativos cuadraban a la descripción de excelencias intelectuales y morales. Con secreto rubor debieron las feas de aquellos tiempos ver sus nombres en las crónicas de los periódicos esmaltados con frases reveladoras, tales como «virtuosísima dama» o «espiritual señorita», fórmula ésta que se

---

656. *El Buscapié*, 24 de julio de 1894.

usaba con predilección en el caso de las señoras o señoritas que también eran flacas o desgarbadas.

En 1890 fundó don Ramón B. López un diario noticioso, *La Correspondencia de Puerto Rico*, iniciador del periodismo netamente informativo y comercial en la ciudad. Cinco años más tarde aparecía *El Telegrama*, primer periódico que dispuso de servicio cablegráfico en la ciudad (657).

Tres periódicos de la época, *La Instrucción Pública*, *La Revista de Agricultura, Industria y Comercio* y *La Revista Puertorriqueña*, realizaron memorable labor constructiva y cultural. El primero, un semanario fundado el 89 por don Abelardo Font y Guillot, defendió los intereses del magisterio y contribuyó al progreso de la instrucción pública en el país. El segundo, una revista mensual, fundada en el 85 y dirigida por don Federico Asenjo, se interesó por impartir una orientación racional a las tecnologías empleadas en la explotación de la riqueza insular, a fin de estructurar nuestra economía sobre una base más científica que la preponderantemente empírica utilizada hasta entonces. Para tratar de lograr su propósito rodeóse Asenjo del pequeño número de ingenieros, economistas, agrónomos, botánicos y hombres cultos, de ideas afines, que no vacilaban arros-trar la indiferencia pública por una serie de reformas cuya utilidad, aunque generalmente reconocida, sólo una exigua minoría se proponía llevar a la práctica. La tercera, *La Revista Puertorriqueña*, dedicada al cultivo de las letras, las artes y las ciencias, fue fundada en el 87 por don Manuel Fernández Juncos. Aunque disponía de las plumas de los mejores poetas y prosistas del país, la colaboración de los autores puertorriqueños no bastó a llenar las 5.600 páginas que publicara hasta su desaparición en el 93, teniendo que recurrir a la reproducción de artículos de la prensa literaria de la Península, a la traducción de ensayos por escritores extranjeros y a la colaboración de algunos autores residentes en el exterior. Rindiendo servicios de inapreciable valor a la cultura de la ciudad, dio a conocer, vertidos en lengua castellana, numerosos trabajos literarios y científicos de notables autores europeos, tales como Smiles, Heine, Daudet, Gautier, Bourget, France, Maupassant, Stendhal, y familiarizó a sus lectores de la localidad con el movimiento literario de América y Europa, publicando jugosas críticas de libros coetáneos, tarea por la que demostró su director singular competencia y afición. Al hacernos conocer las corrientes mundiales de ideas a través de sus páginas, *La Revista Puertorriqueña* aceleró el proceso local de la

cultura, continuando la obra de contados colegas del pasado, gracias a la cual había vivido la tercera década del siglo XIX. Al mismo tiempo publicó, en serie, algunas de las obras más sólidas de la bibliografía coetánea puertorriqueña: *Puerto Rico y su Historia y La Pecadora*, de Brau; *El campesino puertorriqueño*, de Francisco del Valle Atilés; *Piccola*, de Zeno Gandía; *La Mujer*, de López Tuero; los estudios etnológicos de Stahl y otros muchos de menor extensión.

## EL LIBRO EN LA CIUDAD

No hubo de disfrutar, por cierto, del tránsito libre por la Ciudad Murada el más recio y duradero vehículo del pensamiento humano utilizado en la era moderna: el libro. Con exquisito cuidado habían de encauzarlo el Estado y la Iglesia por aquellos canales que convenían a la conservación del complejo político-religioso, alma y vida de la sociedad. Actuando la censura eclesiástica desde los primeros tiempos a través de los funcionarios del Santo Oficio y, posteriormente, la censura oficial, impuesta en sus principios por medio de disposiciones reales y después por los tribunales ordinarios o por el Tribunal de Imprenta, evitábase a la población con «paternal» solitud, el contagio de aquellas ideas que podían surtir un efecto disolvente.

Recordamos la prohibición expresa, dictaminada en el siglo XVI, contra las obras de los luteranos; la fulminada contra los ensayos acerca del regicidio y tiranicidio, y las obras de los enciclopedistas y revolucionarios franceses, en el siglo XVIII, y contra la literatura subversiva de los agitadores americanos de la centuria siguiente. En 1793 se recibió en San Juan una real cédula exigiendo celar la introducción de libros, papeles y cartas «perjudiciales a la pureza de la Religión y quietud pública que pudiesen introducir en esta Isla los Franceses» (\*). La Ley de Imprenta de 1822 prohíbe la discusión de la cuestión social. Desde mediados del siglo XIX el Gobierno de Madrid, no contento con las viejas medidas de prevención, adoptó las de promoción: con cargo a los gobiernos coloniales, comenzó a distribuir libros, revistas y otras publicaciones cuya lectura contribuiría a fomentar el patriotismo español, la cultura hispánica y a favorecer la realización de los fines dinásticos. Fue así como, en

---

658. LXV/61

\* R. C. N.º 644 de 7 de junio de 1793.

el curso de unos cuantos años, llegaron a la Secretaría de Gobierno en San Juan, numerosos ejemplares de obras tales como «Breves Consideraciones sobre el tema Dios, Patria y Rey», «Sátiras de Juvenal», «Historia del Derecho en Cataluña, Mallorca y Valencia», la «Revista de España», la «Madre Patria», «El Mágico Prodigioso» y otras muchas.

Con creciente frecuencia desde los tiempos de los gobiernos constitucionales, el libro llegó a la ciudad, con o sin el *Imprimatur*, ya fuese a través de la Real aduana, ya bajo la capa del contrabandista.

En 1838 publicó don Graciliano Alfonso, «con permiso del Gobierno», según reza la advertencia del impresor, el señor Dalmau de la calle de la Fortaleza, una versión del griego al castellano de las *Odas*, en aquella época todavía atribuidas a Anacreonte. Que existía entonces alguna demanda por libros, lo comprueba el hecho de que, como dice Tapia, dicha imprenta tenía una pequeña librería, primera y única abierta en la ciudad, que pasó después a ser propiedad de Gimbernat. El mismo autor nos ha dejado en sus *Memorias* (659) una corta lista de los libros que vendía la única librería ya mencionada y algunas tiendas que también incluían libros entre sus abigarradas existencias: libros de lectura para principiantes, catecismos, devocionarios, *El Quijote*, *Gil Blas*, *Robinson Crusoe*, *Viaje de Enrique Vanton al país de los monos*, algunas traducciones de los noveladores ingleses y franceses de la historia, de la moral cristiana y del romanticismo, Chateaubriand, Genlis, Walter Scott; las obras filosóficas del Padre Arnat, los manuales de moral práctica del Padre Osuna y otros autores absolutamente insospechables. En el 52 se daba a la estampa el *Catecismo de Geografía*, por don Francisco Pastrana, primera obra de esta índole que sirvió de texto en las escuelas de la ciudad (660). Las importaciones de libros, incluyendo los escolares, sumaron un poco más de diecinueve toneladas durante los años 1863 y 64 (661). En la última década del siglo la luz de la antorcha del pensamiento podía penetrar hasta los hogares más humildes de la urbe. Uno de sus libreros vendía ediciones económicas de los grandes autores a doce centavos y medio el tomo: *El Novum Organum* de Bacon, *La Doctrina de la Ciencia* de Fichte, los *Diálogos* de Platón y otras obras fundamentales, eran adquiribles en esa forma. También se vendían a cincuenta centavos, cada uno, los tomos de la *Biblioteca Clásica Española*.

---

659. LXV/24-25.

660. X/30.

661. III/348.

Otra importante librería de la misma época, la de don José Julián Acosta (\*) ofrecía un surtido de 863 obras, 92 de las cuales eran de medicina, 62 de religión, y 709 de cualquier otro género. Infiérese de la lectura de este catálogo que la influencia literaria extranjera que actuó con mayor fuerza en el desarrollo de la cultura de la ciudad fue la francesa: 185 de las obras anotadas corresponden a traducciones de autores franceses, incluyéndose entre los nombres de Balzac, Chateaubriand, los dos Dumas, Cantú, Flammarión, Fénelon, Pascal, Saint Victor, de Kock, Prevost, Rousseau, Saint Pierre, Verne y Zola. Los autores de otras nacionalidades ocupan un lugar secundario en la lista, estando limitados a un corto número de las traducciones de Amicis, Andersen, Eckmann, Kant y Washington Irving.

La primera mención de una biblioteca en la ciudad la debemos al inglés Layfield, quien, refiriéndose a su visita al monasterio de Dominicos, en 1598, escribió:

Tiene una biblioteca con libros admirablemente encuadernados, pero allí se apolillan y pierden (662).

En el siglo siguiente los franciscanos también formaron una colección de libros. Sin duda, ambas bibliotecas consistían principalmente de obras de ciencias eclesiásticas. Mayor variedad hubiéramos podido esperar en la del obispo Balbuena, poeta y hombre de cultura general, destruida, como ya hemos dicho, en 1625. Aparentemente no se hicieron nuevas acumulaciones de libros hasta 1813, cuando la Sociedad de Amigos del País comenzó a solicitar donativos de libros a sus asociados, práctica que no abandonó, y aunque poco fructuosa, logró formar una pequeña biblioteca que se fundió en el 99 con las colecciones de las Escuelas Profesionales y Normales, de Intervención de Hacienda y Tesorería, de la Diputación Provincial y del Instituto de 2.<sup>a</sup> Enseñanza, para formar la Biblioteca Insular (663). Asegura Tapia que había (entre los años 40 y 50) algunas bibliotecas particulares dignas de mencionarse. La falta de una biblioteca pública y la escasez y carestía de libros era obstáculo insuperable para la juventud estudiosa de mediados del siglo XIX.

\* Catálogo General de las obras que se hallan de venta en la librería de José J. Acosta, Fortaleza 21, Puerto Rico — un folleto de 56 págs.

662. En *Hakhytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes*, colección de documentos publicados por Samuel Purchas, Londres, 1625. V. una traducción errónea de este pasaje en 1/5/53.

663. M. Fernández Juncos: *Bibliotecas Públicas de Puerto Rico*, en XIII/1/128-135.

Para tratar de remediar tan graves inconvenientes, el Padre Rufo Manuel Fernández donó, en 1843, a la Sociedad de Amigos del País, unos cuantos libros con el fin de establecer el núcleo de la deseada institución (664). Hubieron de transcurrir siete lustros antes de que los capitalinos vieran realizados sus deseos. Reunidos, una tarde de 1879, don Manuel Fernández Juncos y don Manuel de Elzaburu en el bufete de este último, local del histórico *Parnasillo*, en donde habían de incubarse tantas nobles iniciativas de cívico progreso, concibieron ambos la idea de iniciar una suscripción en especie para la proyectada biblioteca del Ateneo.

Elzaburu aportó 25 libros de su colección particular, escribe Fernández Juncos, recordando que él casi igualó la aportación del hidalgo iniciador, y agrega que pasando por allí en aquel momento don Venancio Luiña, concejal del Municipio, lograron de él que contribuyera con una onza de oro, moneda que sirvió para comprar otros veinte volúmenes, las obras completas de Jovellanos, entre ellos. Los sesenta tomos fueron enviados al Síndico del Ayuntamiento, don Pólux Padilla, «acompañados de un escrito en el que se le recomendaba la gestión oficial del proyecto concebido» (665).

Antes de un mes habíanse acumulado 500 volúmenes en el local destinado a Biblioteca Municipal, en la planta baja de la Casa Consistorial. Los clericales pedían que se quemaran en la plaza pública los libros de Jovellanos, por considerarlos heréticos. La polémica suscitada por ellos avivó el interés público por la naciente Biblioteca, menudearon las escaramuzas verbales entre liberales y conservadores, aumentaron los donativos, y el resultado de ese movimiento, afirma Fernández Juncos, fue la creación de la Biblioteca Municipal. Nombrado don Ramón Santaella su primer bibliotecario, acometió la tarea de enriquecerla, con tal ahínco, que no dejaba en paz a los vecinos de la ciudad y sus pueblos cercanos mientras no satisfacían sus insistentes demandas por libros (666).

Antes de ocurrir estos hechos el Colegio de Abogados, fundado en 1838, había reunido y continuaba reuniendo una valiosa biblioteca, principalmente jurídica, de tal extensión, que para enumerar sus obras fue necesario imprimir en 1882, un catálogo de 108 páginas. Bastante menos voluminosa, la del Ateneo Puertorriqueño contaba, en el 79, con un número suficiente de libros y periódicos para llenar con sus títulos un panfleto de 83 páginas.

664. Acta de la Junta de la Sociedad Económica de Amigos del País, celebrada el 11 de octubre de 1843.

665. Fernández Juncos, op. cit., pág. 133.

666. Ibidem. Loc. cit.



En 1884 el director de la Sociedad de Amigos del País inició el proyecto de crear, con el auxilio de los Municipios de la Isla, una Biblioteca Puertorriqueña. En febrero del año siguiente el gobernador Dabán invitó a los Ayuntamientos de la provincia a contribuir, solicitando que consignaran en sus presupuestos una pequeña partida para dicho fin, que limitaba a 24 pesos, para los ayuntamientos de 1.<sup>a</sup> clase, 20 para los de segunda y 6 para los de tercera (\*). Ignoramos cual fue el resultado de la invitación, pero sí sabemos que se reunió en los estantes de la Sociedad una rica colección de publicaciones por autores del país.

### **EL INTENDENTE RAMÍREZ: PROMOTOR DE LA CULTURA EN EL SIGLO XIX**

El notabilísimo estadista español que dejara profundas huellas de su sabiduría, espíritu liberal, actitud científica, patriotismo y carácter diamantino en Guatemala, como secretario de la capitanía general; en Cuba y Puerto Rico, como intendente y en Nueva España, como superintendente general de la Hacienda, laboró intensamente en la ciudad de San Juan por difundir y afianzar la cultura de sus habitantes.

Nacido de padres humildes en la Villa de Alsejos, en Castilla la Vieja, el 25 de febrero de 1777 (\*\*), sólo contaba Ramírez treinta y seis años de edad cuando se hizo cargo de la intendencia de Puerto Rico. Su espléndida labor en Guatemala sirvió de preparación suficiente para acometer la solución del magno problema de convertir una colectividad inerte en una productiva; una sociedad cruzada de brazos, en espera de la dádiva real, ante todas las demandas de la vida comunal, en una capaz de poner en práctica las iniciativas rectoras de su vitalizador dirigente. El descomunal impulso dado por el intendente Ramírez, en el brevísimo lapso de dos años, al pueblo que dormitaba en el regazo de los siglos, hubo de colocar a éste en el camino de la iniciativa constructiva. El caso es único en la historia de América; rarísimo en la historia de la Humanidad. En verdad, no se sabe qué admirar más, si el certero diagnóstico o el tratamiento heroico; si la comprensión clarísima del estadista, o la energía hercúlea del inspirado español que hacía vivir a un pueblo haciendo pedazos la carcomida estructura de recelos y odios dinás-

\* Circular de 17 de febrero de 1895.

\*\* Gaceta de Gobierno, 2 de septiembre 1848, pág. 3 (tomado de la *Galería de Hombrés Utiles*, publicada en La Habana).

ticos, de supersticiones sublimadas y de extrañas políticas imperiales que, a manera de gigantescas bombas de vacío, sólo engendraban la nada. El extraño funcionario hispano llegó a la ciudad, abrió los puertos de la Isla al comercio, creó el mecanismo fiscal necesario a su funcionamiento; echó por tierra el absurdo sistema tributario medieval y puso los súbditos isleños a tributar con arreglo a la ciencia económica de su tiempo; abolió el papel moneda y estableció el patrón metálico; fomentó la instrucción a través de la Real Sociedad Económica de Amigos del País que fundara en la Capital y del *Diario Económico*, cuyo único programa era ilustrar al pueblo; fomentó y estructuró el comercio y la agricultura estableciendo el Consulado de Comercio o centro jurídico y ordenador de estas ramas de la riqueza pública; sostuvo a todo trance, con la sagacidad de un genuino castellano, el principio de la autonomía municipal, vulnerado sistemáticamente por los capitanes generales, instrumentos del régimen ancestral.

Exactamente trescientos años después que Juan Ponce de León, iniciador del proceso europeo en la ciudad e Isla de Puerto Rico, moría en La Habana, fallecía Alejandro Ramírez en esa misma ciudad, el 20 de mayo de 1821, iniciador en Puerto Rico del proceso político-económico que había de convertir la parasitaria colonia de los Austrias y los Borbones en una comunidad que se sostenía a sí misma.

### **LAS INSTITUCIONES CULTURALES. LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS**

El espíritu progresista de Carlos III favoreció la creación en la Península, hacia 1767, de una institución auxiliar de la Monarquía, democráticamente concebida para utilizar la cooperación activa en la obra de reconstrucción nacional que él se proponía realizar, de los españoles de todas las clases que aspiraban al engrandecimiento de la patria. Funcionaba la institución por medio de un número de asociaciones locales llamadas, en cada caso, Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Cuarenta y siete años después de organizada la primera de estas sociedades en España, establecíase la filial de Puerto Rico, al impartir el rey su aprobación a los estatutos de fundación sometidos por el intendente don Alejandro Ramírez, cuyo artículo 1.º expone claramente los propósitos y finalidades de la institución:

...el adelantamiento de la Agricultura e industria; la circulación de las luces y conocimientos en estos ramos, que son el fundamento de la pública felicidad; la introducción y adopción de nuevos métodos y mejoras rurales y fabriles; en una palabra, para todo lo que pueda contribuir a que esta hermosa Isla se aproveche de su feracidad y de las ventajas de su situación (667).

Reunía la Sociedad en su seno, según los estatutos aprobados en 1814, la representación de todas las capas sociales: a título de socios natos individuales, el gobernador (viceprotector) y las principales autoridades civiles y eclesiásticas; a título de miembros corporativos, los dos cabildos, las comunidades monacales, el Cuerpo militar y los comerciantes y hacendados; finalmente, el pueblo en general, cuyos miembros honrados podían pertenecer en calidad de socios de número. Obedeciendo, quizá, algún impulso reaccionario, los estatutos fueron modificados en 1829 (669), suprimiéndose los socios corporativos.

Privada estatutoriamente del ejercicio de toda especie de autoridad, actuaba la Sociedad como un organismo cooperador, consultivo y divulgador de conocimientos y medios útiles a través de cuatro comisiones permanentes, las de agricultura, industria, población y la de instrucción pública. Perseguía la Comisión de Agricultura tres objetivos principales: enseñar, estimular y socorrer al terrícola. Debía sostener una estación experimental agrícola, publicar boletines para divulgar, en lenguaje popular, conocimientos útiles al labrador, introducir y enseñar el manejo de instrumentos y máquinas de aplicación agrícola. Estimulaba al agricultor auspicando y dirigiendo ferias-exposiciones (1865-1871), distribuyendo premios honoríficos y pecuniarios, para fomentar las plantaciones, la crianza de ganado y la extracción de los productos de la tierra. Socorría, distribuyendo semillas y estableciendo un fondo de socorros y habitaciones (669). Las comisiones de industria, población e instrucción pública se ocupaban en fomentar y estimular estas ramas del progreso, teniendo además las dos últimas funciones específicas, tales como las que atañían a la de población, activando la inmigración y proveyendo medios para utilizarla, proponiendo así también los medios para utilizar constructivamente la población indigente y para

---

667. *Estatutos*, reproducido en I/7/56-62.

668. V. I/7/158-168.

669. Art. XX de los Estatutos aprobados en 1814.

mejorar las condiciones de la vida rural (670). La Comisión de Instrucción Pública entendía principalmente en la obra de reducir el analfabetismo y de divulgar la enseñanza de la moral cristiana; establecer una biblioteca circulante y un periódico destinado a difundir conocimientos de economía civil, como en efecto se hizo, fundando don Alejandro Ramírez el *Diario Económico de Puerto Rico* que, desgraciadamente circuló sólo un año, entre 1814 y 15. Interesada en la enseñanza superior, la Comisión de Instrucción estableció, como lo hemos visto en el capítulo que trata de la instrucción en la ciudad, cátedras de artes y ciencias, actividad en que, debido al interés en ellas demostrado por las clases privilegiadas, puso mayor empeño y obtuvo mejores resultados que en la tarea fundamental de enseñar a leer y escribir a los humildes. Celebraba, además, concursos académicos. El 14 de septiembre de 1898, creaba nuevas cátedras para el curso de 1898-99, pero, como veremos más adelante, no llegaron a establecerse.

Para informar al país del progreso de la institución, celebrábanse, cada seis meses, solemnes juntas generales públicas en las que se daban a conocer los trabajos de las comisiones, exhibíanse los productos, plantas, planos, máquinas e instrumentos que acreditaban los adelantos alcanzados; distribuíanse los premios a los alumnos de sus cátedras, a los agricultores e industriales y leíase un discurso, de tono más o menos académico, sobre alguna materia relativa a los fines y propósitos de la institución, relación de todo lo que se publicaba más tarde en forma de una memoria que recordaba, en cierto modo, las editadas por las sociedades sabias de Europa bajo el epígrafe de *compte rendu*.

La pobreza que siempre agobió a esta notable institución no fue un obstáculo insuperable al feliz éxito de una buena parte de sus actividades. En realidad, ella podía subsistir gracias al celo patriótico de los socios, sus gratuitos y entusiastas servidores. Consistían sus modestos ingresos en una real merced de 1.600 pesos anuales, el producto de las cuotas de sus socios y de las pequeñas cantidades pagadas por los alumnos por la enseñanza que recibían en sus cátedras. En el año 1857 los ingresos sumaron 2.641 pesos (671). Con alguna frecuencia se recurría a suscripciones extraordinarias entre los socios para poder hacer frente a los gastos de la Sociedad:

---

670. Estatutos de la Sociedad

671. Informe del tesorero correspondiente a 1857, reproducido en I/13/272-3.

Así, reza la *Memoria de 1844*, se adquirieron los primeros estuches de Matemáticas que tuvo la Sociedad, los primeros ejemplares del compendio de la obra de Vallejo (texto de matemáticas empezado a usar durante la primera mitad del siglo) y algunas colecciones de muestras (modelos) de dibujo para las academias de estas bellas artes, que fundó y sostiene veintitrés años ha (672).

Con tan escasos medios pudo la Sociedad, en un período de ochenta y cuatro años, realizar la rendidora labor docente a que nos hemos referido en los párrafos que tratan de la instrucción pública en la ciudad, iniciar o auspiciar proyectos para la cría del gusano de seda, fomento de la ganadería, conservación forestal, creación de una caja de ahorros, recolección y publicación de estadísticas y de libros de texto, exhibiciones industriales y agrícolas; costear la factura y colocación de una lápida en la casa en que murió el pintor José Campeche y de un retrato al óleo del fundador de la Sociedad, don Alejandro Ramírez; costear la compra del equipo escolar para sus aulas y distribuir, aunque en pequeña escala, semillas de plantas útiles. Pudo, además, evacuar numerosas consultas del Gobierno y redactar valiosos informes sobre muy variadas materias, tales como el canje de la moneda macuquina, la aplicación de la real cédula de 1819 sobre colonización de extranjeros en la Isla, extensión de la instrucción agrícola a la población blanca, desarrollo de la industria minera, construcción de caminos, roturación de terrenos, abaratamiento de las carnes de ganado vacuno, modernización de la industria sacarina, fomento del cultivo de café, tabaco, algodón y otros, establecimiento del libre cambio de productos y habilitación de puertos.

A pesar de la penuria, el prestigio de la Sociedad fue en aumento. En la última década del XIX disfrutaba de la concesión de elegir, junto con la filial de Cuba, un senador del Reino (673).

Desorientados los hombres que constituían la Sociedad por la invasión norteamericana de la Isla, tomaron prematuramente el acuerdo de disolverla el 5 de enero de 1899, privando así al país de una institución auxiliar del progreso que se hubiera adaptado perfectamente, con ligeras variantes, al genio político angloamericano, y cuyas funciones consultivas hubieran sido de inapreciable utilidad al invasor.

---

672. Acta de la Junta pública el 27 de junio de 1844.

673. XXXIII/-Año 1893.

## EL ATENEO PUERTORRIQUEÑO

Frustrados hacia 1856 los deseos de don Alejandro Tapia de fundar un ateneo en la Capital, evidentemente por la oposición velada del gobierno, en este caso puesta de manifiesto por el censor (674), logró realizarlos veinte años más tarde don Manuel de Elzaburu, luego de vencer, como afirma Coll y Toste (675) las suspicacias de los reaccionarios que veían en el proyecto la posibilidad de que se utilizara como un centro filibustero. El Ateneo tendría por objeto exclusivo el cultivo de las ciencias, letras y artes. Reunidos el 30 de abril de 1876 en la sala capitular del Ayuntamiento cerca de medio centenar de profesionales, literatos y hombres cultos de la ciudad, entre los cuales destacábanse el propio Elzaburu, Paula Acuña, Acosta, Tapia, Tizol y el doctor Ferrer, dejaron constituida la Junta Directiva provisional, bajo la presidencia de don Francisco de Paula Acuña, correspondiendo a los vocales Elzaburu y Juan Z. Hernández, los cargos de secretarios (676). Aprobados por el Gobierno sus estatutos, con desusada rapidez, el 27 de junio del mismo año, sin duda porque las bases de la institución excluían expresamente de su recinto las discusiones de índole política, celebróse dos días después, la inauguración en la planta alta de la casa número 28 de la calle de la Fortaleza.

Coadyuó durante muchos años el Ateneo a difundir y cimentar la cultura en la ciudad, fomentando la instrucción, como lo hemos relatado en páginas anteriores, a través de sus cátedras de enseñanza superior; formando una biblioteca y una hemeroteca; celebrando certámenes y concursos, principalmente literarios; ofreciendo conferencias acerca de temas literarios y científicos; honrando la memoria de puertorriqueños eminentes, dando a conocer sus biografías e instalando en sus salones una galería de sus retratos al óleo. Durante el siglo XIX el Ateneo actuó como un inspirador y conservador de la cultura genuinamente puertorriqueña. En el período de 1876 a 1888 una docena de profesionales ocupó la tribuna del Ateneo para sustentar conferencias de divulgación científica. Los señores Narciso González, José María Baralt y Antonio Vilanova hablaron, respectivamente, sobre las diversas doctrinas fisiológicas, nociones de anatomía y fisiología del aparato circulatorio del hombre

---

674. XX/90.

675. Biografía de Manuel Elzaburu, en 1/10/139-144.

676. Acta de fundación del Ateneo, en 1/2/141-143.

y sobre la anatomía de las mucosas; Aureliano Jiménez y Sanz, M. Tous y Carlos J. Christy, sobre teorías modernas de la química, las leyes que rigen a la materia orgánica y sobre los fermentos pancreáticos y vegetales. Correspondieron a los doctores Calixto Romero, Gabriel Ferrer y Rafael del Valle exponer, respectivamente, el resultado de sus estudios sobre el clima de la Capital, la historia de la medicina y el progreso alcanzado por una ciencia entonces nueva, la microbiología. Cecilio Pujazón, astrónomo español, explicó sus observaciones del paso de Venus que, como director del Observatorio de San Fernando, realizara por aquella época en las Antillas. Francisco Garrido y A. Poyet disertaron sobre la fiebre amarilla (\*). Mientras tanto, publicaba el Ateneo una serie de *Memorias* con que contribuía al progreso material de la comunidad. Además del revolucionario escrito sobre la influencia de las ciencias físico-matemáticas en el desarrollo social a que nos hemos referido antes, publicáronse dos estudios de Eusebio Molina sobre las razas bovinas y caballar en Puerto Rico (\*\*); dos bajo la firma del doctor Francisco del Valle Atilas, *Los animales vertebrados útiles y los dañinos a la agricultura del país y Estado actual de las condiciones físicas, intelectuales y morales del campesino puertorriqueño*. El poeta Manuel M. Sana escribió su *Ensayo sobre bibliografía razonada puertorriqueña*.

## LA PRODUCCION INTELECTUAL DE LA CIUDAD EN EL SIGLO XIX

Analizando cuantitativamente los datos contenidos en la *Bibliografía Puertorriqueña* de Antonio S. Pedreira (677), encontramos que entre los años 1808 y 1898 se publicaron en la ciudad 863 impresos de todo género, desde aquellos que sólo tenían una sola hoja, hasta los libros más voluminosos, el mayor de los cuales, una compilación de disposiciones oficiales, publicado en el 71, llenaba 884 páginas. Los impresos más antiguos datan del año ocho (678).

\* Manuel de Elizaburu: *El Ateneo*, fasc. publicado en San Juan, 1888.

\*\* *Estudio de las razas bovinas que pueblan esta Isla* (Descripción y curación de las modificaciones causadas por el clima) y *Estudio sobre la raza caballar en Puerto Rico*.

677. Monografías de la Universidad de Puerto Rico. Serie A. Estudios hispánicos N.º 1, Madrid, 1932.

678. Pascual Bolares y Novoa: *Compendio de los preceptos del Derecho de Gentes, natural, infringidos por el Gobierno francés, contra cuya Intica y abominable conducta se arma España y deben armarse todas las naciones del Universo*. Reimpreso en la Imp. de la Capitanía General, San Juan, P. R., 1808, y otro publicado en España por el Comisario general de la Santa Cruzada, titulado *Explicaciones de la Bula de Cruzada*, reimpreso en la misma imprenta y año que el anterior.

A fin de que pueda apreciarse la significación cultural de estos hechos, intentaremos hacer una clasificación temática del material impreso como sigue :

- I. Escritos administrativos, informativos y descriptivos, publicados por los gobiernos (insular y municipales) y por asociaciones e individuos :
  - a) Leyes, decretos, bandos, reglamentos, instrucciones, exposiciones, directorios, estatutos, memorias, etc.
  - b) Relatos, viajes, costumbres y ceremonias.
  - c) Demografía y estadística.
- II. Escritos didácticos, literarios y científicos ; libros de texto y manuales.
- III. Escritos relativos al pensamiento constructivo (de orden moral, político, económico y social).
- IV. Escritos relativos a las bellas letras :
  - a) Prosa. Ensayos literarios ; discursos, costumbres, leyendas y folklore ; biografía y crítica.
  - b) Cuentos.
  - c) Novelas.
  - d) Poesía. Poemas y obras de crítica poética.
  - e) Obras de teatro. Bocetos y cuadros dramáticos ; drama y comedia ; parodias y juguetes cómicos.
  - f) Historia, principalmente narrativa.
- V. Escritos relativos a investigaciones científicas originales, realizadas por sus autores.

Indicaremos ahora el número de impresos que corresponden a cada uno de estos grupos :

				<i>Por ciento del total</i>
				<hr/>
I	—	350	—	40.5
II	—	83	—	9.6
III	—	152	—	17.6
IV	—	263	—	30.4
V	—	15	—	1.7
Total de impresos				<hr/> 863

Aproximadamente el 40 por ciento de la producción total de impresos correspondía a los escritos administrativos y oficinescos y el 60 por ciento a los que de algún modo guardaban una más estre-



cha relación con la cultura intelectual y espiritual. Sumados los escritos de esta índole, 513 impresos, pueden ser reagrupados como sigue, de acuerdo con la naturaleza de la cultura que ellos reflejan :

Bellas letras	—	263 (grupo IV)
Otros géneros	—	250 (grupos II, III y V)

Es decir, la producción estrictamente literaria absorbía el 51 % de las publicaciones, restando a las de otros géneros el 49% de la labor intelectual escrita y publicada.

Divídense las obras puramente literarias, como sigue :

Colecciones en prosa y verso (incluyendo almanques literarios) .....	62
Cuentos y obras novelescas .....	27
Obras de teatro : comedias, parodias y juguetes cómicos ; dramas y cuadros, bocetos y ensayos dramáticos .....	28
Obras poéticas .....	37
Discursos, ensayos, biografía, literatura costumbrista y leyendas .....	71
Narraciones y estudios históricos .....	38
Total .....	268

Estando una buena parte del contenido de las colecciones antológicas y almanques literarios escrito en verso, así como muchas de las obras de teatro, no parece arriesgado afirmar que el cultivo de la poesía ocupaba el primer lugar en la historia literaria de la ciudad en el siglo XIX.

En cuanto a la extensión de los escritos literarios, anotaremos que de los 289 títulos (obras publicadas durante este período) enumerados en la *Bibliografía Puertorriqueña* (679) de Géigel Zenón y Morales Ferrer, 207 corresponden a opúsculos de menos de 100 páginas cada una y 82, o sea el 39.6 por ciento, a impresos de 100 o más páginas.

Como hemos visto anteriormente, la literatura didáctica y científ-

679, Parte I — Libros escritos e impresos en Puerto Rico desde 1897 en que se introdujo la primera imprenta en el país, págs. 31 a 250.

fica ocupa el último lugar, tocándole 98 títulos, sólo 15 de los cuales corresponden a estudios relativos a investigaciones científicas originales realizadas por los respectivos autores. Componen este cortísimo número los trabajos de botánica del naturalista de origen germano-holandés, nacido en Puerto Rico, doctor Agustín Stahl, publicados desde 1883 a 1888, principalmente sobre taxonomía de las talamifloras, leguminosas, calicifloras, rubiáceas y gamopétalas, que abarcan 1.023 páginas; su trabajo sobre taxonomía animal, acerca de la fauna nativa, incluso en su *Catálogo del Gabinete Zoológico* (1882) y su estudio sobre patología vegetal, *La enfermedad de la caña de azúcar en Puerto Rico* (1860); el opúsculo del doctor Francisco del Valle Atilas, *Los animales vertebrados útiles y los dañinos a la agricultura del país* (1887); dos folletos del doctor José E. Ferrán sobre pediatría, uno acerca de las diarreas infantiles (1895) y otro sobre las fiebres eruptivas anómalas en los niños (1896); y algunos estudios de agronomía de F. López Tuero (1887-1892) que exponen el resultado de sus investigaciones acerca del cultivo de ciertas plantas tropicales; un ensayo de toxicología titulado *Venenos Zymóticos* (1884) por Enrique Pina y Casas y un ensayo del doctor Martín Corchado sobre el microbio de la tisis (1885).

Como contestara figuradamente *El Caribe* a Venus, al pedirle la diosa que enjuiciara el año 1885, las ciencias en Puerto Rico de aquella época :

*Tocan diana  
y asomándose al crepúsculo  
aguardan que el sol levante  
para seguirlo en su curso (\*).*

La obra creativa, que fue muy escasa desde 1808 al 1870, sólo 65 títulos en 62 años, tiene a su crédito 33 títulos en la séptima década, aumentando súbita y extraordinariamente en la octava a 145, descendiendo luego durante ocho años de la novena década del siglo a que se contrae este análisis. El fenómeno merece un examen detenido. Las condiciones morales, sociales, políticas y económicas del país durante el período que nos ocupa guardan, naturalmente, íntima relación con el desarrollo intelectual de la ciudad. El movimiento de afirmación puertorriqueña alcanzaba prometedoras realizaciones. La intensa actividad política culminaba con la constitución del partido Reformista en el 83 y el del Autonomista cuatro años

---

\* *Escritos sobre Puerto Rico*, pág. 61 e. s.

más tarde. Los frutos selectos del complejo político-religioso, Baldorioty, Acosta, Celis, Tapia, Vizcarrondo, Asenjo, Brau, Corchado y F. M. Quiñones, que habían nacido durante la segunda y la quinta década del siglo, aportaban su ideario liberal al empeño de democratizar el régimen. Las criaturas probaban ser superiores a su creador. Afanábanse valerosamente por educar al pueblo. Del propio Seminario Conciliar, y de otras escuelas del régimen, salieron muchos de los promotores y fundadores espirituales del Instituto de Segunda Enseñanza que abrió sus puertas en el 81; de la Sociedad Protectora de la Inteligencia, que mendigaba auxilios desde el 86 para arrancar jóvenes a la ignorancia; de la Institución de Enseñanza Superior del Ateneo y la Institución Libre de Enseñanza Popular, que desde el 88 continuaron la obra civilizadora. El progreso material y el desarrollo de la riqueza ascendían rápidamente. La población de la Capital, aumentando el 41 por ciento en veintitrés años, pasaba de 25.000 almas en el 83. El valor total del comercio sumaba veinticinco y medio millones en ese año, un notable aumento comparado con los catorce y un tercio millones del año 65 (680). Los reaccionarios capitanes generales de aquel período lucharon entre la espada y la pared en sus esfuerzos por entorpecer las aspiraciones afirmativas de la personalidad puertorriqueña que bullían en el cerebro de sus gobernados: el proceso económico favorecido por las reformas legislativas aprobadas en la Metrópoli, que tendían a impulsar las iniciativas individuales de los colonos, la fundación de las estaciones agronómicas en el 88, de las juntas provinciales de Agricultura, Industria y Comercio (1883) y de Estadística en el 85, ponían en las manos de los criollos nuevas armas de progreso. En el 85 los conservadores contemplaban atónitos la fundación de la Logia de San Juan Bautista (\*) en medio del baluarte del complejo político-religioso. Coincidencia o consecuencia, el hecho es que en ese período florecieron los más prolíficos escritores del siglo XIX: Tapia, Acosta, Brau, Asenjo, Corchado y Fernández Juncos.

En cuanto a la calidad de la producción intelectual del siglo XIX, vista en su totalidad, no deberíamos abordar el tema sin recordar, primeramente, aun a riesgo de cansar a nuestros lectores, que aquella cultura era el producto inmediato del consabido régimen dinástico. Es tanto el hombre hechura del medio ambiente como de sí mismo. Seríamos injustos si deseáramos hacer responsables, siquie-

680. Agius: *Población y Comercio de la Isla de P. R. Año 1885*. Reproducida en I/5/279-315.

\* Modesto Cordero: *"Junto al ara"*, 1919, pág. 40.

ra teóricamente, a nuestros antepasados por no haberse desviado, completamente del derrotero espiritual que les trazaron la Iglesia y el Estado. El derrotero, ideado celosamente para desalentar y aun esquivar, como a peligrosísimo escollo, la indagación racionalista, mantenía al navegante continuamente a la vista de seductores atractivos para el corazón, o lo que tanto vale, de las profundas preocupaciones sentimentales y éticas de la cultura hispánica. Puesta así, al servicio del sentimiento la inteligencia de nuestros hombres de letras de aquella época, nada de extraño tiene que se observe en la generalidad de ellos una fuerte tendencia a producir lo que pudiéramos llamar los frutos negativos de la cultura: la literatura lírica, expresiva de la desesperanza, la frustración y la resignación, muda de acentos heroicos; y la imaginativa en sus una y mil formas, girando alrededor de dos o tres temas básicos, como el de la exaltación de los valores espirituales, principalmente hogareños, y el de afirmación de los anhelos emotivos de la vida que la inspiraba. Correspondiendo a estas motivaciones, alcanzó el temperamento literario nativo del siglo XIX su más alta expresión en la poesía lírica.

En cuanto a la prosa, como había ocurrido con el verso, vacióse casi en su totalidad la producción literaria en los moldes del romanticismo francés y español. Siendo respetable el fondo emotivo en que descansaba, los resultados eran generalmente deplorables por la ignorancia de las técnicas literarias, especialmente las del cuento, la novela, el drama y la comedia. Nuestros antepasados no vieron, salvo una que otra excepción, que todo verdadero artista lleva consigo un competente artífice, su fiel esclavo, que labora y suda por él, que maneja ágilmente las herramientas de su oficio y mide, pesa, pule y coloca con precisión los materiales; es decir, creyeron en su inmensa mayoría, que bastaban el talento y la inspiración para lograr el fruto creativo, cuya honradez, sabor y aroma exquisitos eran sólo trasmisibles al conjuro de ciertas viejas artes y por virtud de arraigados convencionalismos y exigencias del buen gusto. Mal podrían olvidar nuestros escritores del siglo XIX que las normas, reglas y limitaciones aplicables a géneros específicos literarios habían sido penosamente elaborados y perfectamente definidos a través de la experiencia estética de antiguas culturas europeas. No bastaron (ni a sí mismo) las conferencias de Tapia, en el Ateneo, sobre preceptiva literaria. Olvidadas o desconocidas, por no resistir la prueba del tiempo, las novelas de la época son, en abrumadora mayoría, simples cuentos dialogados, alegatos políticos, relatos perdidos en un mar de disquisiciones o en un bosque de descripciones; sus cuentos li-

terarios, no pasan de ser meros episodios del primitivo sabor regional o folklórico. Las obras teatrales fallaban por falta de enlace efectivo con el mecanismo escénico, por ausencia de fidelidad a la realidad y a la verdad estética, y, en casi todos los autores, por la impureza del idioma castellano, natural consecuencia de la falta de medios de instrucción superior en el país.

Todo había contribuido en la ciudad al desarrollo de los gustos sensuales en la vida y en las letras: historia, naturaleza, raza; la acción del complejo monárquico-católico, la belleza del ambiente físico, la mezcla de las razas blanca, india y negra. El primero, manteniendo fuerte el sentido de responsabilidad intelectual y vedando el campo de la investigación objetiva de la realidad, aficionaba cada vez más al criollo a la búsqueda de la emoción estética (si elevada, en el cultivo de las bellas letras; si vulgar, en la afición al baile y a la música sensuales); el enervante ambiente físico, bello por la magia de la caliente luz solar, el brillante colorido y la magnificencia de la flora subtropical, inclinaba a la infecunda contemplación y limitaba, por el efecto de la potente luz solar sobre los centros nerviosos superiores, la capacidad para el esfuerzo sostenido de la mente, contribuyendo a hacer folletistas a la mayor parte de nuestros escritores (681); finalmente al mestizaje, inyectando primitivas sensualidades en el cuerpo social, establecía un círculo vicioso en la psicología del pueblo.

## EL TEATRO EN SAN JUAN

Siguiendo la medieval práctica española de representar breves composiciones dramáticas de inspiración bíblica o ética en las iglesias, los templos de la ciudad abrieron sus puertas a los comediantes en los días de Corpus y otras celebraciones religiosas, desde el primer siglo de su instalación en la Isleta. Infiérese todo esto de la lectura de ciertos pasajes de las *Constituciones sinodales* de Fray Damián López de Haro, publicadas en Madrid en el año 1647, en donde se asevera que había la costumbre de «hacer representar comedias y autos» (\*).

No debieron agradar enteramente a las autoridades religiosas de la ciudad algunas de esas piezas, cuando el Sínodo a que nos

681. El 70% de los impresos, propiamente literarios, estaba compuesto por opúsculos de dos o tres a cien páginas.

\* V. la edición de las *Constituciones* impresa en San Juan de Puerto Rico, año 1920, págs. 73-74.



referimos acordó que en lo sucesivo dichas representaciones, cuando se hicieran en un templo o en presencia del Santísimo Sacramento, se limitaran a temas concernientes a Dios y obtuvieran la previa aprobación eclesiástica, prohibiéndose, además, mezclarlas con bailes, pasatiempos de intención deshonesta y entremeses (especie de sainetes que solían ponerse en escena durante los entreactos).

Dividíanse los autos en simples y sacramentales, confiándose la acción en los primeros a personajes bíblicos o alegóricos, dedicándose los segundos a loar el misterio de la Eucaristía. Alcanzaron los autos el apogeo en el siglo XVII, en cuyo primer cuarto, un solo dramaturgo, Lope de Vega, podía ufanarse de que tenía escrito uno por cada día del año. Representábanse en San Juan, para esa época, en los aniversarios de la Iglesia, llegada de nuevos Obispos y festividades de las cofradías religiosas.

Ignorándose los nombres de las comedias representadas en San Juan antes del siglo XVIII, no podríamos afirmar, con la certidumbre que podemos hacerlo tratándose de dicha centuria, que el teatro profano, para distinguirlo del sagrado, se manifestara en la ciudad antes del 1747. Tuvieron lugar entonces representaciones teatrales ofrecidas al público por *troupes* de aficionados de la localidad. No habiendo un edificio destinado a teatro, acostumbrábase, como se había hecho en el caso de los autos sacramentales, en el atrio de los templos o en el patio de los conventos, levantar un *tablado* o plataforma de madera que servía de escenario, en alguna plaza o espacio abierto. Despréndese de los relatos que se conservan sobre este particular, que los tablados eran expresamente contruidos para determinadas representaciones, desarmándose después de utilizarlos. Alzábanse cuatro o cinco pies sobre el suelo, adornándose profusamente con pinturas, «espejos» y multicolores colgaduras e iluminándose con velas corrientes y *hachas* o grandes velas de cera, de figura cuadrada (682). En cuanto a los espejos empleados en la decoración, no podríamos precisar si se trataba de algunos pedazos de cristal azogado o de ciertos adornos ovalados entallados en las molduras y hermoseados con floretones, que también se conocían entonces por ese nombre.

Las comedias que subieron a escena en la ocasión a que nos estamos refiriendo, la celebración en San Juan de la ascensión al trono de Fernando VI, intitulábanse *Los españoles en Chile*, representada por individuos de las clases de mercaderes y blancos; *El villano del*

682. *Relación verídica en la que se da noticia de lo acaecido en la Isla de Puerto Rico a fines del año 45 y principios del 47, etc.*, con motivo de la muerte de Felipe V y la coronación de Fernando VI, reproducido en 1/5/148-193. V. las págs. 172-173-188.

*Danubio y el buen juez no tiene Patria*, montada por los pardos; *Primero es la honra*, representada por los oficiales de la guarnición, y el *Conde Lucanor*, confiada a los familiares de hábito talar, es decir, personas que usando el hábito sacerdotal no eran, sin embargo, ministros consagrados. Infiérese de los relatos coetáneos que se sostenía escrupulosamente la separación de las clases sociales, aun cuando se tratara de satisfacer los impulsos artísticos de la población.

En el primer cuarto del siglo XIX empezáronse a utilizar casas como locales de teatro. Hacia 1825, de acuerdo con don Manuel Ubeda y Delgado, funcionaba un teatrillo llamado *El Moratín*, sostenido por una empresa particular, en un caserón de madera situado en la calle de la Luna (683). Tapia recoge en sus *Memorias* el recuerdo de un teatro de madera o «corral de comedias» que existía junto al Hospital Militar, antes de él nacer (1826). Probablemente es el mismo a que nos hemos referido, cuya ubicación pudo haber sido confundida por Ubeda o cambiada posteriormente; su repertorio consistía principalmente de obras de Moratín y Goroitiza (684). Para festejar la jura de la Constitución en el año 37, la Compañía de Duclós puso en escena *Las Cortes de Castilla y la Viuda de Padilla*, una tragedia de Martínez de la Rosa.

Extraña e inesperada consecuencia de la estrecha hermandad existente entre la Iglesia y el Estado, el proyecto de construir un teatro municipal en la ciudad surgió en la mente del gobernador don Miguel de la Torre, quien lo propuso en 1824 con el fin de crear una fuente de ingresos para la proyectada obra del Seminario Conciliar. Puesto a contribución el pan del vientre para proveer a la ciudad el pan del espíritu, se agravó el primero en un cuarto por cada libra, haciéndose extensivo el impuesto más tarde, en un tipo igual, a cada cuartillo de bebidas alcohólicas, con excepción del aguardiente del país (685). Comenzadas las obras en el 25, termináronse después del 38, según se infiere de una noticia en la *Gaceta de Puerto Rico*, avisando que se habían destinado a ellas, y a la obra del empedrado de la capital, la mitad de los derechos de aduana. El coste total llegó a muy cerca de 155.000 pesos. Confióse el decorado, en 1832, a un joven español que principiaba su notabilísima carrera de pintor romántico, Jenaro Pérez Villamil, reconocido en nuestro tiempo como el pintor más representativo de su época, des-

---

683. XXIX/125.

684. XX/91.

685. Coll y Toste, en I/6/190.

pués de Goya (686). Ayudado, según Tapia, por un hermano, probablemente Juan, el decorado del teatro terminó en el mismo año 32. Destacábanse entre las obras un precioso telón de boca, utilizado hasta el 57, cuando desapareció, arruinado tanto por los daños causados por el huracán del 37 como por las atroces restauraciones que se le habían hecho (687).

Cuéntanse entre las primeras obras que subieron a escena en el flamante coliseo de la ciudad la tragedia *Blanca y Montcasin*, acompañada del juguete cómico titulado *Gastrónomo sin dinero*. En el mismo año 1833 se montó la pieza del teatro italiano *Nueva Invención*. En el 41, siguiendo la tendencia originada en una medida dictada por la Regencia, disponiendo que una parte de los ingresos procedentes de espectáculos públicos fueran cedidos por sus empresarios en beneficio de los establecimientos piadosos o de instrucción elemental (\*), un grupo de aficionados de la Capital, ofreció a beneficio de la Casa de Beneficencia, en proceso de construcción, representaciones de *La mancha de sangre*, *La familia del boticario*, *El clásico y el romántico*. En años subsiguientes montáronse otras obras con el mismo laudable propósito, recordándose entre ellas, *El vaso de agua* y *Honra y provecho*, representadas en el 44 por la Compañía de don Mateo Fournier. Muy poco después había de disfrutar la ciudad de las delicias del teatro musical. Con una opereta, *El Olimpo*, presentada por Stefano Busetti, celebróse en el 48 la llegada al país del gobernador Pezuela. La compañía de Busetti había ofrecido la primera función de ópera en el 42, actuando como tenor don Félix Astol, a quien se había de atribuir más tarde, por algunos autores, la composición de *La Borinquena* (688). Las funciones operáticas avivaron notablemente el interés por la música, empezáronse a importar clavicordios y a cultivar el arte metódicamente, fundándose la Filarmónica durante la cuarta década. Utilizando enteramente artistas de la localidad, la Filarmónica llevó al palco escénico del Teatro Municipal la zarzuela española *El Dominó Azul* y las óperas puertorriqueñas *Guarionex* y *El Amor de un pescador*, escritas por don Felipe Gutiérrez (689). Algunos artistas de renombre mundial ac-

686. Méndez Casal: *Pintura Romántica en España*. Tomo I. (Debemos, y agradecemos, esta noticia bibliográfica al catedrático de la Universidad de Puerto Rico, señor Federico Enjuto y Ferrán).

687. XX/91.

\* Real orden de 26 de diciembre de 1833.

688. Fernando Callejo Ferrer: *Música y Músicos Puertorriqueños*, San Juan, 1915. V. págs. 31 e. s.

689. *Ibid.* pág. 33.



tuaron en nuestro coliseo: Adelina Patti y el pianista Goltschalk, en el 62; la Tetrzzini en el 80. La Hueto, notable tiple (690), dejó también un grato recuerdo de su actuación en la ciudad. Nada, sin embargo, de lo que relata Callejo en el capítulo a que nos referimos en su obra citada, interesará tanto a los indagadores de la historia cultural de la ciudad, como saber que fue una señorita de San Juan, doña Isabel Oller, quien acompañó a la Patti en sus conciertos, cantando a dúo trozos de ópera con una voz que en nada desmerecía a la de la eximia cantante madrileña.

Varios meses después de terminado el mando de Pezuela en la Isla, se promulgó el decreto que establecía la censura moral y política de las obras de teatro y exigía la obtención de un permiso del Gobierno para las representaciones (691). El 18 de septiembre de 1857 el Ayuntamiento cedió gratuitamente el teatro a Tapia para el estreno de su drama *Bernardo de Palissy*, primera obra de empeño, por un autor del país, que ocupó su escenario. El mismo infatigable fomentador de la cultura capitalina lograba en el 79 que el Ayuntamiento brindara su hospitalidad a la Sociedad de Conciertos que él impulsaba, y que había sido fundada por el notable maestro español don Fermín Toledo, del Conservatorio de Madrid. Estrenóse esta sociedad al festejarse la reapertura del Teatro, después de la restauración del edificio que se confió a don Tulio Larrinaga, en el año 1878. La Estudiantina Colón, compuesta por quince muchachas andaluzas dedicadas al *cante jondo* y a los bailes sevillanos, entusiasmó al público del Municipal en el 93, mientras se encontraba en la ciudad de paso para la Exposición de Chicago. Durante la celebración del centenario del sitio de los ingleses en 1797, subió a escena *La Marsellesa*, representada por la Compañía de zarzuela Obregón, uno de cuyos actores recitó, expresamente para ocasión de tan elevado patriotismo, el monólogo ¡ *Viva España!* !

## AUXILIARES DE LA CULTURA

Desde la tercera década del siglo XIX empiezan a notarse en la ciudad señales del complejo fenómeno de la diversificación de la cultura. Comenzaban a vislumbrarse ciertas inquietudes y aspiraciones intelectuales y culturales distintas y separadas de los gustos puramente literarios y artísticos que alcanzaban realización a través

---

690. Ibid. págs. 35-44.

691. XXXIII/-Año 1852.

de instituciones oficiales y privadas, se traducían en tendencias, hábitos y costumbres indicativas de progreso, o abortaban por efecto de la general apatía. Ya hemos anotado la fundación del Colegio de Abogados en 1838, aunque obedeciendo a una inspiración oficial, la real orden de mayo 28 no hubiera podido funcionar adecuadamente si hubiera faltado el propósito cultural a sus fundadores. En 1842 un hombre progresista, don Benigno Obregoso, presentó al Ayuntamiento, sin lograr su realización, un proyecto para fundar el Museo de Historia Natural.

Contribuyendo de nuevo la jefatura de la Plaza a la cultura general de la ciudad, el 10 de noviembre de 1854 se inauguró el Museo militar en la sala de armas del Real Cuerpo de Artillería. Reuniéronse en él ejemplares del instrumental de ingeniería y topografía utilizado por los cuerpos facultativos del Ejército; armas, banderas, municiones y accesorios, antiguos y modernos; y curiosidades y antigüedades remitidas por los alcaldes, corregidores y comandantes militares de la Isla. Unos días antes hizo publicar en la *Gaceta*, el gobernador Norzagaray, una exhortación al pueblo para que contribuyera con donativos de aquellos obietos que se consideraran apropiados a los fines del Museo (\*). Más tarde, hacia el 80, renovó, sin éxito alguno, el doctor Agustín Sthal, las gestiones para establecer el Museo de Historia Natural. Franciscanos y jesuitas reunieron en la ciudad dos colecciones que hubieran podido servir de núcleo de un museo insular; ambas contenían ejemplares botánicos y zoológicos, enriquecida la primera de ellas con material etnológico procedente, en su mayor parte, de las misiones de la Orden en la región septentrional de la América del Sur; la de los jesuitas incluía algunas reliquias indígenas de Puerto Rico (\*\*).

Hacia 1854 la Subdelegación de Farmacia, interesada en la enseñanza de la botánica, en cuanto ésta se relaciona con las aplicaciones de dicha ciencia a la farmacopea, estableció un Jardín Botánico en los terrenos adyacentes al Presidio, para conveniencia de los estudiantes de la cátedra que ayudaba a sostener. Púsose al cuidado del Jardín a uno de los mejores farmacéuticos de la ciudad, el Lcdo. don Tomás Babel. Abandonado varios años después por la Subdelegación de Farmacia, hízose cargo del jardín el Ayuntamiento de la ciudad, conservándolo más como un lugar de recreo que de estu-

---

\* XXXIII/octubre 21, 1854.

\*\* LV/32.

dio, durante la séptima década (692). En 1876 una real orden instruía al jefe de montes obtener un sitio para levantar un verdadero jardín botánico, de plantas indígenas y exóticas, con el fin de suplir y mejorar el arbolado de la Capital y poblaciones de la Isla (693).

Para terminar, anotaremos en rápida sucesión, que hacia el 70 se formalizó la práctica, por la dirección de Obras Públicas, de registrar observaciones meteorológicas diariamente, contando desde el 76, en adelante, con un barómetro de cubeta que donara el aficionado meteorologista don Eugenio Souquet. En 1894 empezóse a tramitar un expediente, por la Diputación, sobre creación del cargo de cronista Provincial y sobre la compra de dos manuscritos históricos (\*). El interés por la cultura física principió a generalizarse desde el 83, cuando el Ayuntamiento autorizó la compra de aparatos gimnásticos para el Cuerpo de Bomberos; cinco años más tarde, construyéndose un edificio *ad hoc*, de tres salones, para el Club de Regatas, brindando un adecuado lugar de esparcimiento y reposo a sus uniformados remadores, después de las duras pruebas a que se les sometía (\*\*); construyéndose en Santurce el Velódromo en el 97, sitio frecuentado por los aficionados del ciclismo, que lo eran entonces jóvenes de la buena sociedad. La fundación de la Asociación de la Prensa Puertorriqueña, en el 93, contribuyó a dar forma a diversos proyectos de mejoras cívicas que necesitaron, como el del derribo de la cortina oriental de las murallas de San Juan, de una larga campaña para avivar la opinión pública.

## EUGENIO MARIA DE HOSTOS EN LA CIUDAD

Quedaría incompleta la historia de la cultura capitalina si no relatáramos un hecho de singular importancia para su evaluación. Eugenio María de Hostos, nacido en Puerto Rico en 1839, habíase emancipado a sí mismo del complejo político-religioso por un prolongado esfuerzo autodidáctico y la patética determinación de formar a solas su propia conciencia. Alentando ambos desde la adolescencia, hubo de disciplinarse su razón y elevar su conciencia hasta

692. XXIX/127.

693. Real Orden 495 del 24 de Nov. 1876. V. XXXIII/155/1-Año 1876.

\* Memoria de la Diputación Provincial, correspondiente al primer semestre, año 1894-95, pág. 7.

\*\* Mucho antes de fundarse el Club se habían celebrado las primeras regatas de botes, con motivo de la feria-exposición, el 25 de junio de 1854. XXXIII/46/2-Año 1854.

convertirse en uno de los pensadores originales del Nuevo Mundo y en un servidor desinteresado de la humanidad. Y como no se puede servir la humanidad sin amar la patria, Hostos amaba su isla natal. Separado de ella durante largos años por imposición tácita del régimen colonial, acudió prontamente a cumplir su deber patriótico a raíz de la declaración de guerra de los Estados Unidos a España, el 25 de abril de 1898. Dos días después abandonaba Hostos su honrosa posición y el bienestar de su familia en Chile para ofrecer sus servicios al pueblo de su Madre-isla. Dirigióse primeramente a Nueva York para preparar los cimientos de su obra en Puerto Rico. En octubre de 1898 el proscrito pisa, por primera vez en cuarenta años, el suelo de su isla. El espectáculo que se presentó a sus ojos hubiera conmovido a un hombre con el corazón de piedra: la clásica pirámide social de todas partes, formada por la muchedumbre, sosteniendo en la cúspide un puñado de privilegiados. ¡Y qué muchedumbre! Hombres exangües, tristes, estólidos, de flacos miembros y vientre abultado, cuyos pies descalzos absorbían de la contaminada tierra, en la brega diaria, los gérmenes de la anemia. Endeble muchedumbre entregada a la miseria y la ignorancia. Su dieta cotidiana de bacalao seco y plátanos, su analfabetismo (694) y superstición crónicos, su inercia resultante del torpe «paternalismo» del régimen que consistía en la secular privación de derechos y en la tolerancia del abandono de deberes cívicos, mantenían a la grey sumergida en primitivo parasitismo.

En un rincón de Juana Díaz, de pie en la rural vereda, frente a un *bohío*, estuvo Hostos una tarde del mes de septiembre de 1898, contemplando largo rato a una paupérrima familia campesina reunida alrededor de un fogón de tres piedras, mientras enguayaba un mísero mendrugo. Los niños desnudos de aquel grupo parecían no estar satisfechos con la liviana colación. Quedóse Hostos mirando largo rato sin decir palabra, los ojos llenos de lágrimas. Cuatro siglos de historia colonial desfilaron rápidamente ante su visión interna...

Con esta última impresión de la realidad insular fresca en la retina, presentóse Hostos ante el público de la ciudad de San Juan. El humanista que había sido el primero en tratar de fortalecer una sociedad de la América española haciéndola estudiar sociología en su escuela pública, asistía, como un desconocido, el 30 de octubre de 1898 a la Asamblea de Delegados de los Ayuntamientos de Puerto Rico que se celebraba en el Teatro Municipal. Ostentaba la re-

694. Calculado en el 84% de la población en 1898.

presentación de la Asamblea de Juana Díaz (695). Allí estaban varios de los hombres que habían dirigido el movimiento político del país en aquellos últimos treinta años: allí estaban los dirigentes que eran, o habían sido, liberales y conservadores; los reformistas, asimilistas y autonomistas; allí estaban algunos de los que habían ocupado escaños en el Parlamento español, que habían asiduamente tramitado asuntos en la capitanía general de la Isla y en los ministerios de la Metrópoli; hombres acostumbrados a la elocuencia política española, y lo que es peor, que gustaban peligrosamente de ella. Hostos fue por fin presentado a la concurrencia. Un orador bien intencionado quiso crear un ambiente favorable al desconocido que iba a hablar, aquel recién llegado de la barba cana y el rostro melancólico. El introductor contó de los triunfos de Hostos en la América nuestra, de sus luchas por la libertad de las Antillas y del prestigio de su nombre. Notóse en el auditorio cierta impaciente curiosidad. Quien así llegaba precedido del renombre, sin duda iba a transportarlos, al conjuro de impetuosa elocuencia, a regiones cuajadas de las más brillantes imágenes y de las más sonoras tiradas. Pero Hostos, húmedos todavía los ojos por el espectáculo aquel de un rincón de Juana Díaz, adelantóse a las candilejas del viejo coliseo y dijo, como si la urgencia de actuar hiciera parecer desprovistas de toda importancia las palabras:

Necesitamos escuelas, escuelas y más escuelas. Necesitamos organizar sobre cimientos de equidad, derecho, verdad y dignidad social, el trabajo, el gobierno, la educación pública, las creencias religiosas y la fuerza armada. Ninguno de estos objetivos podrá lograrse mientras el pueblo permanezca en la ignorancia. La escuela es el único medio de combatirla. Para combatirla en los adultos, necesitamos las escuelas nocturnas. Para combatirla en la infancia, en la adolescencia y en la juventud, queremos el sistema completo de enseñanza que empieza en el Kindergarten y termina en la escuela profesional. Debemos fundar un Instituto municipal en cada una de las cabeceras del departamento y las Escuelas Normales de institutores e institutrices, las escuelas tecnológicas, los campos de experimentación agrícola y fabril que reclame cada departamento; una escuela de Derecho y otra de Medicina. Para beneficio de la salud, debemos pedir li-

---

695. V. "Hostos, su labor patriótica en Puerto Rico", XXXV-V/marzo 24, 1924.

bre entrada para el calzado, telas ordinarias de algodón, combustorios para la limpieza pública, crematorios para cadáveres, filtros para agua potable. Sólo vigorizando y educando a nuestro pueblo podemos aspirar a lograr su más completo desarrollo político...

Así, perorando en ese estilo, en el que la belleza del discurso estaba en la lógica que lo inspiraba, consumió el recién llegado su turno en la Asamblea. El hombre que por su propio hercúleo esfuerzo se había emancipado totalmente de los viejos errores del régimen, dejó incommovidos a los que permanecían en sus garras, a pesar de haberse operado ya el cambio de soberanía.

«Otro maestro de escuela», comentó con impúdico desprecio, uno de los víctimas de aquel régimen, al reocupar Hostos su asiento, agregando, «ya tenemos bastante con los que hay».

Y el pueblo consintió que el hombre que se había puesto desinteresadamente a su servicio, se viera obligado a abandonar para siempre las playas de la bellísima isla, sin prever siquiera que el nuevo dominador había de aprovechar muchas de sus enseñanzas o que realizaría su mérito, si las ignoraba como suyas, imponiéndolas él por su propia voluntad.

## CUARTA PARTE





## CAPITULO VIII

### LA BENEFICENCIA PUBLICA Y LAS INSTITUCIONES Y PROFESIONES CONGENERES

#### LA PROFESION MEDICA ANTES DEL SIGLO XIX

En 1510 llegaba a la villa de Caparra, acompañado por un yerno y dos hijos, el bachiller en medicina o «físico», don Miguel de Villalobos, el primer médico de que tenemos noticia. El rey ordenó a Ponce de León que le diera vecindad, solar para una casa, tierras de laboreo y ochenta indios (696). Justamente dos años después avisaba el rey a Cerón y Díaz que vendrían de España un médico y un boticario, ordenándoles que les repartiera indios (697). Ignoramos si Villalobos y el otro médico pasaron a la Isleta cuando se efectuó el traslado, pero sí sabemos que hacia 1530 residían en la ciudad dos médicos, el licenciado Diego de Fornicedo y el doctor Francisco Hernández de Coronado (698), a quienes, sin duda, podemos contar entre los primeros facultativos que ejercieron la profesión en la ciudad. Que en una época tan lejana hubiera quien se dedicara a la práctica ilegal de la medicina nos lo informa indirectamente el obispo Manso. En 1536 ordenaba el prelado prender al clérigo Juan Carrera para enviarlo al Inquisidor de Sevilla, por decir que era médico-cirujano (699). La pobreza durante los siguientes treinta años era tan aguda que hacia 1564 fue necesario ofrecer un ventajoso contrato al doctor Cataño para inducirlo a venir a la ciudad. Exigía el doctor que se le trajera con toda su familia y que se le dieran solar, tierras de laboreo e indios para tra-

---

696. R. C. en 1/8/48.

697. II/256-7.

698. Información de Lando, en *Cartas y Relaciones*, págs. 37 y 39.

699. X/297.

bajarlas. Prácticamente extinguidos los indios en la Isla, el doctor Cataño no podía hacer producir las tierras que se le dieron, teniendo que afrontar con su familia las mayores necesidades. Buscando alivio a su dolorosa situación, obtuvo de la Real Audiencia de la Española licencia para pasar a aquella isla, pero el gobernador Baha-monde Lugo, alegando que no había otro médico en la ciudad, se negó a dar cumplimiento a aquella resolución (700). A juzgar por una real cédula de 1777, la falta temporal de médicos hubo de sentirse siglos después. El cabildo de San Juan se quejaba al rey de ello en 1778, no siendo atendido hasta transcurridos cuatro años (701), cuando recibió la real autorización para nombrar un médico para los pobres. El cargo correspondía en cierto modo, al que, con el nombre de médico titular, se creó tres cuartos de siglo después, pero no estuvo sujeto a la exigente reglamentación de éste.

En cuanto a la ética profesional, continuaban los médicos del siglo XVI rigiéndose moralmente por las modificaciones del juramento de Hipócrates que se había adoptado en la Edad Media. Intervino la Iglesia, proveyéndose en el Derecho canónico que los médicos apercibiesen a sus enfermos que oportunamente se confesasen y recibiesen los Santos Sacramentos (\*). En 1586 S. S. Pío V dio nueva vida a esta disposición, mediante un *motu proprio* que establecía la pena de infamia y privación del grado y ejercicio de la Medicina para los contraventores, y otras penas, a discreción de los tribunales civiles, disponiendo, además, que los médicos que incurrieren en este delito de omisión no podían doctorarse si no habían sido laureados, «ni curar sin haber primero jurado la observancia» de dicho *motu proprio*, encargando a las justicias civiles la publicación de tales disposiciones y la administración del aludido juramento. Excluíase de atender a los oficios divinos a los médicos que rehusaban jurar. El Sínodo Diocesano celebrado en San Juan, en 1646, ordenó a los médicos de la diócesis que «a la tercera visita de cualquiera enfermedad que tuviere calentura, o antes, si se conociere peligro, prevengan o amonesten a los enfermos se confiesen, y no lo queriendo hacer, no los vuelvan a visitar, sino fuere en caso que el Cura declare ser necesario más tiempo» (\*\*). Señalábase a

700. V. los Pliegos de Cargo y Descargos hechos al Gobernador Francisco de Bahamonde y Lugo, reproducidos en 1/8/6-12.

701. R. C. Nos. 369 y 446, de 1773 y 1777, respectivamente.

\* *Constituciones Sinodales* del Obispo Damián López de Haro, año 1646, reimpresso en San Juan, P. R., 1920. V. Constitución CXVII, pág. 98.

\*\* *Constituciones Sinodales* del Obispo Damián López de Haro, año 1646, reimpresso en San Juan, P. R., 1920.

los transgresores las penas fijadas, hacía ochenta años, por Pío V, y «otras a nuestro arbitrio», agregando que si un paciente muriere inconfeso, después de recibir otras visitas del médico delincuente, la multa sería aumentada, y estaría en obligación de dar cuenta a Dios nuestro Señor en el día del juicio (\*).

Tratábase desde los primeros tiempos de compensar la escasez de médicos tolerando a los curanderos y vecinos entendidos que utilizaran la terapéutica indígena. Durante muchos lustros después de instalada la ciudad en la isleta, curábanse las bubas o *pian* de los esclavos africanos que la introdujeron en el país, con el cocimiento de sasafrás y guayacán, o palo santo (702); el pasmo (tétano) tratábanlo con zumo de tabaco y con el fuego, «labrandolo junto a la nuca e por el cerro abajo de los riñones» (703); las infecciones de niguas, tan severas, a veces, que cubrían la piel de las piernas de enormes colonias que formaban una gruesa y dura costra, aplicándoles hierros candentes. Usábanse cocimientos de la fruta del *pajuil* para contener las evacuaciones de sangre, y de *guanábanas* o de *ananas* (piñas) para curar batardillos (enfermedad análoga al tifus); la resina de *jagüey*, extendida sobre algodón, para cataplasmas; la del árbol de María para curar heridas, y un gran número de hierbas, el conocimiento de cuyas propiedades medicinales fue indudablemente transmitido por los aborígenes (704). Siguiendo también el ejemplo de los indígenas, utilizábanse desde el siglo XVI (\*\*) las propiedades medicinales de la fuente termal de Coamo, siendo visitada con creciente frecuencia después que el gobernador Mue-sas encontró alivio en ellas a su nefritis, en el año 1773, atendiendo a la indicación de su médico, quien recomendó las aguas para el tratamiento de afecciones cutáneas (psoriasis, sarna, herpes y lepra), y para calmar dolores artríticos y reumáticos; para la perlecia, o parálisis de algún miembro; para combatir «las obstrucciones de cualquier visera que sean, diluyendo, atenuando, atemperando y comprimiendo»; para el cólico nefrítico habitual y para el asma (\*\*\*). En el siglo XIX fue muy visitada por los reumáticos, herpéticos, cancerosos y neurasténicos de la Capital (\*\*\*\*). Teníanse también como

\* Ibidem.

702. III/91.

703. Memoria de Melgarejo.

704. Relación completa de frutas, resinas y yerbas medicinales en IV/71-77.

\*\* Memoria de Melgarejo, Cap. 16.

\*\*\* IV/187-194.

\*\*\*\* V. E. Giménez y Moreno: *Memoria sobre las aguas minerales y la composición y demás especialidades de la de los baños de Coamo, etc.*, Puerto Rico, 1847.

muy salutíferas las aguas del río Guanajibo, del cual se extraían ciertas piedras empleadas en el tratamiento del mal de hijadas, flujos de sangre, dolores de cabeza y para «hacer venir la leche a las mujeres paridas que no la tienen (\*). En el siglo XVII se comerciaba activamente con estas piedras, no sólo en la Capital si que por todas las Indias y la Península. El tratamiento de la lepra continuó abandonado al empirismo durante siglos, atribuyéndose el mal al consumo excesivo de la carne de cerdo. Permi-tiéndose a sus pacientes la más completa libertad de acción, no siendo reclusos en lazaretos hasta la primera década del siglo XVIII (705). A mediados de la centuria siguiente propúsose el tratamiento de la elefantiasis con el huano del Perú (\*\*). Las viruelas, que diezma-ron durante varias epidemias la población, desde el siglo XVI, no fueron racionalmente atacadas hasta principios del siglo XIX. Con-tribuía grandemente a la rápida difusión de esta enfermedad la funes-ta creencia popular de que el abrigo exagerado y el encierro casi her-mético del paciente en su habitación evitaba que la infección pasara de la piel a los órganos internos (706). Una real orden, fechada el 20 de mayo de 1804, disponía se formulara un reglamento de vacuna-ción y se destinara una sala en el hospital de la ciudad para vacunar el vecindario, incluyendo a los niños nacidos durante el año, debién-dose conservar fresco el virus vacuno en ella, comunicándolo de brazo a brazo, gratuitamente a los pobres. Disponía, además, dicha orden, que el fluido sería enviado a San Juan y otros puntos de América en una expedición a cargo del doctor Francisco Xavier de Balmís. Atendiendo a las instrucciones dictadas por el gobernador don Ramón de Castro, el Cabildo acordó, el 6 de mayo, nombrar una comisión compuesta por el regidor y los doctores Francisco Oller y Emigdio Antique, pero no redactó el reglamento exigido hasta 1818. Autorizaba éste la creación de la Junta Superior de Vacuna, compuesta, en parte, por el gobernador y el obispo. La expedición propagadora de la vacuna hizo escala en San Juan, cuando ya el gobernador don Ramón de Castro había hecho traer el virus de la vecina Isla de St. Thomas, el año anterior, encargándose el doctor Oller de propagarlo por inoculación (707). Según don José Julián

---

\* II/458.

705. XI/34/n. 2.

\*\* XXXIII/32/1.

706. Disposiciones del Gobierno General de 4 de julio de 1881 (*Recopilación de Disposi-ciones Oficiales*, por don Arecco y Torres, Mayagüez, 1889). Tomo I, pág. 608.

707. V. Fernández Juncos: *Documentos históricos. Sobre la importancia de la vacuna en América y su propagación en Puerto Rico*. (Rev. Puertorriqueña, 1888-1889, vol. 2, pá-ginas 344-354).

Acosta, sólo desde 1880 empezó a generalizarse la práctica de la vacunación, no lográndose, aun así, extirpar la enfermedad, repitiéndose las epidemias en el 55 y 68. En 1870 se declara la enfermedad endémica (708), volviendo a reinar en forma epidémica en 1894. Hacia 1890 la Comisión Provincial de Vacuna de Puerto Rico, organismo que dirigiera el doctor José Elías, Médico Mayor del Cuerpo de Sanidad Militar, imprimió gran actividad a la tarea de vacunar la población de la Isla (709).

Muy poco se sabe de la introducción de la fiebre amarilla o vómito negro en la capital. Nada se dice acerca de ella en los documentos del siglo XVI y XVII, razón por la cual creemos que el mal pudo haber sido conocido con otro nombre, o equivocado por otras enfermedades. Es posible que la epidemia que en 1657 arrebató la vida a cuarenta soldados de la guarnición, «enfermedad que se tuvo por peste», según reza el *Memorial* del gobernador Novos y Moscoso, fuera un brote de fiebre amarilla (700). Indudablemente la frecuente aparición de la enfermedad coincidió con el movimiento de tropas españolas no aclimatadas, ocasionado por la reorganización militar de la Plaza y por las guerras con Inglaterra, del segundo tercio del siglo XVIII en adelante. Empezamos a oír de este terrible azote en 1804, cuando, bajo el nombre de *vómito prieto*, se desarrolló una epidemia, distinguiéndose por sus abnegados servicios el doctor Francisco Oller, cirujano mayor del Real Hospital Militar de la ciudad (\*). Obedeciendo una real orden de 1813, el Cabildo de la ciudad rindió un informe acerca del origen, etiología, patología, tratamiento y profilaxis de dicha enfermedad. En 1817 ordenó el gobernador Meléndez anclar, en lugar apartado de la bahía de San Juan, una goleta para cuarentenar en ellas las personas que llegaran a la ciudad procedentes de las zonas infectadas de la Isla, quienes eran detenidas en las puertas de la ciudad por sus vigilantes. Ordenó, asimismo, la desinfección con vinagre de toda la correspondencia entrante. Ocurrieron brotes epidémicos en 1865, 77 y 78, ordenándose en la penúltima de estas ocasiones, una limpieza general de la ciudad, la clausura de las aberturas de las alcantarillas, en las calles principales y la desinfección de las casas afectadas. Desde 1890 al 96 ocurrieron en la ciudad 687 (\*\*) casos de fiebre amarilla, un número considerable de ellos en las tropas españolas, especialmente

708. VII/Año 1870.

709. I/3/284.

\* Hoja de servicios del doctor Oller, reproducida en V/283-288.

\*\* *Report of the Military Governor of Puerto Rico*, Washington, 1902.

entre las recién llegadas. Relativamente pocos criollos fueron víctimas de estas epidemias. De tal manera se generalizó el vómito en esta clase de tropas que se hizo necesario construir en el Campo del Morro, poco antes de la invasión americana, unos cuarteles para aislarlas.

Todavía en la segunda mitad del siglo XIX se discutía si la fiebre amarilla era contagiosa. Desconocido el hecho fundamental de que muchas enfermedades son producidas por la presencia de ciertos microorganismos en el cuerpo humano, seguía creyendo que el vómito negro, así como muchas de las demás enfermedades de origen microbiano, eran producidas por los efluvios y miasmas del suelo y de las aguas. En 1895 el doctor Cayetano Coll y Toste publicó una obra intitulada «Tratamiento de la fiebre amarilla», que resumía los conocimientos acerca de la materia en aquel tiempo (\*).

El siglo XVIII es memorable en la historia de la civilización de la ciudad porque en él se hicieron los primeros esfuerzos por reglamentar la práctica de la medicina, no alcanzándose, sin embargo, acabar por completo con el grave mal social que implicaba la práctica indebida de la profesión por los curanderos y charlatanes, particularmente de nacionalidad francesa, que persistió aun bien entrado el primer tercio del siglo XIX (710). Por acuerdo de 15 de febrero de 1767 se había prohibido que persona alguna ejerciera las facultades de medicina y cirugía sin someterse a las correspondientes aprobaciones (711). El artículo 21 del Directorio General de 1770 imponía a los tenientes a guerra la obligación de exigir el cumplimiento de dichas disposiciones, debiendo dar cuenta al gobernador de los contraventores, especialmente los extranjeros. Siendo ineficaces todas estas medidas, promulgóse el decreto de 13 de mayo de 1797, imponiendo multas de cincuenta pesos por la primera vez, doble por la segunda, con destierro del pueblo de residencia del contraventor, y por la tercera doscientos, con reclusión en el presidio (712). La aprobación del establecimiento de la Junta de Sanidad, por cédula de 3 de mayo de 1768, significaba otro gran paso de adelanto (713).

\* Imp. de «La Correspondencia», San Juan, P. R., tomo de 228 páginas.

710. Colonel Flint: *An account of the present state of the Island of Puerto Rico*, London, 1834, pág. 66.

711. *Directorio General de 1770*, artículo 21.

712. Circular N.º 32, del gobernador López de Baños, de 26 de marzo de 1838.

713. R. C. N.º 289.

## LA PRACTICA DE LA MEDICINA EN EL SIGLO XIX

Continuóse por largos años la práctica de prescribir desde la Metrópoli, de acuerdo con los descubrimientos y adelantos de la ciencia oficial, nacional y extranjera, el tratamiento y los métodos clínicos y operatorios acordados por las instituciones médicas y la Junta de Sanidad del Reino. Por ejemplo, en 1804 llegaba a la ciudad una real cédula mandando que en los dominios de Indias se hiciera la operación cesárea en la forma explicada en una extensa y detallada instrucción que se incluía (714). En numerosas comunicaciones de índole similar descansaba en América el prestigio de la ciencia oficial. Hasta la composición utilizada rutinariamente para fumigar buques era prescrita a través de la Fortaleza (715).

Empezóse a llevar a cabo la descentralización de la técnica profesional cuando se creó la Real Subdelegación de Medicina y Cirugía en el 39, bajo la presidencia del doctor José Martorell, en cumplimiento de las reales órdenes de 28 de febrero y 14 de marzo, centro encargado no sólo de la reválida de títulos profesionales si que de todas aquellas cuestiones relacionadas con la higiene pública y la facultad médica (716). Unos cuantos meses antes el gobernador López de Baños había emprendido una campaña contra los curanderos e intrusos, compeliendo a los médicos, cirujanos y farmacéuticos a registrar sus títulos profesionales en la Secretaría del Gobierno (717). Dos reglamentos fueron aprobados en un corto intervalo, el de Sanidad, sobre la inspección médica de naves y establecimiento de cuarentenas y patentes, en el 41, y el de Medicina y Cirugía en el 44. Fijaba éste las atribuciones de la Inspección de Estudios, relativas a las facultades de medicina y cirugía, los deberes de los facultativos en el desempeño de sus profesiones y disponía que los subdelegados de Medicina y Cirugía en las poblaciones de la Isla serían nombrados por el capitán general; establecía el arancel de los derechos que debían abonarse a los profesores (como se les llamaba entonces a los médicos y cirujanos), dentistas, sangradores y parteras. La Inspección actuaba como un organismo consultivo del gobierno en materia de higiene pública; imponía correctivos a los

714. R. D. N.º 812 de 13 de abril de 1804.

715. Prontuario: 460.

716. III/453.

717. Circular N.º 18 de 6 de febrero de 1838.

miembros de la profesión médica por incumplimiento de los deberes que ésta les imponía o por conducta indecorosa; disponía la impresión de obras de medicina a expensas de los fondos de instrucción pública y concedía premios a los autores de las mejores memorias sobre enfermedades endémicas de la Isla, medicamentos indígenas y otros extremos. Fijaba el reglamento las penas imponibles por la práctica ilegal; exigía la inspección de títulos profesionales y determinaba para los aspirantes extranjeros los exámenes y ejercicios prácticos de reválida; expresaba la forma en que podían los médicos anunciarse en la Prensa, limitándola estrictamente a indicar sus grados académicos, títulos científicos, especialidades y comisiones o empleos de gobierno desempeñados; determinaba el modo de expedir recetas, prohibiéndose a los médicos expender los medicamentos, establecer boticas o tener interés comercial en ellas; exigíaseles desempeñar los primeros auxilios, en casos de violencia, a los heridos o contusos de gravedad, así como informar mensualmente a la Junta de Sanidad acerca del número de pacientes que hubieran atendido, clase de enfermedades y resultados del tratamiento; participar al Subdelegado de su partido cualquier cambio de residencia, en o fuera, de la población.

El arancel de honorarios acordado en 1844 no era tan bajo, si tenemos en cuenta el patrón de vida en la ciudad en aquel tiempo, fijándose en un peso el importe de cualesquiera de los siguientes servicios profesionales: una visita a cualquier hora del día, en la ciudad y barrios extramuros; la extracción de un colmillo por un dentista o por un flebotomiano (sangrador); la aplicación de una sangría (excepto en un brazo) o de una docena de sanguijuelas. Con dos pesos se retribuía al médico por una visita entre las seis de la tarde y las diez de la noche, o se remuneraba al dentista por orificar un colmillo o cualquiera de las dos primeras muelas de una mandíbula, o se aplicaba una ventosa escarificada. Una visita del doctor a la casa del paciente en cualquier hora, desde las diez de la noche hasta el amanecer, ya fuere como médico de cabecera o como consultor, costaba cuatro pesos, pagándole igual suma al dentista por una limpieza de toda la dentadura; a la partera por su asistencia y permanencia en casa de la parturienta toda una mañana, abonándose, además, la misma cantidad si permanecía toda la tarde. Los honorarios de un cirujano fluctuaban entre cuatro pesos, por una operación cualquiera de cirugía menor, y cincuenta por una amputación de cualquier extremidad, si practicada de noche, cobrándose la mitad de esta suma si se hacía durante el día; iguales honorarios se



pagaban por la reposición de una fractura, en idénticas condiciones de tiempo.

Como se ha visto por el extracto que hemos hecho del arancel, hace un siglo se utilizaban con gran frecuencia, como medios curativos, las sangrías e incisiones en una vena, practicándose éstas usualmente en los pies, cuello, sienes y debajo de la lengua, y con menos frecuencia, en los brazos; usábanse también las sanguijuelas para extraer la sangre, suministrándose éstas gratuitamente a los pobres hacia 1840 (718); para extraer con violencia los humores del cuerpo utilizábanse las ventosas fajadas; para producir irritaciones artificiales estimadas convenientes para el tratamiento de alguna enfermedad, usábanse vejigatorios o emplastos de materias irritantes, y, para purgar lentamente ciertos humores malignos, abría el cirujano pequeñas llagas que se llamaban *fuentes*.

En junio de 1840 publicóse una circular destinada a moralizar la práctica de la medicina, prohibiendo, entre otras cosas que no han sido mencionadas en este escrito hasta ahora, la intromisión en la asistencia médica, el empleo del magnetismo animal, excepto a los facultativos; el expendio de medicamentos ajenos a la farmacopea española, sin la debida notificación del farmacéutico.

El reglamento para el Régimen y Gobierno de los Médicos Titulares de la ciudad, aprobado en 1849, creaba dos plazas de médicos titulares y dos de practicantes, habiéndose creado uno solo de los primeros de estos empleos en 1823, por iniciativa del educacionista don Tadeo Rivero (719). Reconocía dicho reglamento tres categorías profesionales, a saber, doctor académico en medicina y cirugía, licenciado académico en ambas facultades y médico puro o cirujano latino. Por el módico sueldo de cuarenta pesos mensuales, venía obligado el titular a pasar revista diaria a la Real Cárcel de la ciudad y a la Correccional de La Puntilla, atender a la higiene pública, propagar la vacuna, curar los enfermos pobres, llevar un registro clínico de ellos y ejercitar las disposiciones administrativas del Ayuntamiento. Servían, además, como auxiliares de los tribunales en cuestiones médico-legales (720). A poco de empezar a funcionar los titulares de la Capital, comenzaron a fluir pacientes pobres de los pueblos del interior, viéndose precisado el gobernador Cotoner a prohibirlos en 1857 (721). Un año antes el gobernador Lemery

718. Prontuario: 136. De tal manera se generalizó el uso de las sanguijuelas, que hacia 1876 se subastaba el suministro de ellas a los hospitales de la ciudad.

719. 1/8/4 y 1/13/136.

720. Prontuario: 311 e. s.

721. *Ibidem*: 440.

había fijado los honorarios a los médicos que servían en tiempos de epidemia y los de aquellos que prestaban servicios fuera de sus domicilios (722).

No dejaremos de mencionar a otros útiles auxiliares de la profesión médica, las Hermanas de la Caridad, quienes llegaron a la ciudad en diciembre de 1863, en obediencia a una real orden (\*) que disponía el envío de seis afiliadas para el Asilo de Beneficencia y veinte para el servicio del Hospital. Dicha real orden puso en ejecución un contrato concertado entre la Diputación Provincial y la comunidad. Probada su competencia en el Asilo, en donde a poco, valiéndose de la prerrogativa de que sólo debían obediencia al general de su orden en Madrid, absorbieron todos los aspectos de la administración y gobierno del plantel, siendo destinadas, dos o tres años más tarde, a dirigir el Asilo-Colegio de San Ildefonso y el Colegio de párvulos.

## EL TRATAMIENTO DEL COLERA ASIATICO

Preparóse la Isla a hacer frente a la terrible amenaza del cólera que dieztaba la población de La Habana en 1833. La Junta Superior de Sanidad estableció la cuarentena para las naves que llegaban procedentes de aquel puerto, aislando sus pasajeros en la isla de Cabras, bajo la estricta vigilancia de los destacamentos del fortín de El Cañuelo y de la Punta de Paloseco. El Vicario Capitular del Obispado Sede vacante, don Nicolás Alonso Andrade, con acuerdo del gobernador don Miguel de la Torre, dictó las medidas conducentes a la preparación espiritual de los fieles, mediante la confesión y comunión generales, rogativa pública con misa y procesión, cantando letanías, en tres días corridos del mes de abril (723). Como hemos visto en páginas anteriores, la epidemia no llegó a la Isla sino veintidós años después. Publicóse la *Instrucción Popular* redactada por el doctor José María Vargas que proponía medidas preventivas, describía los tres estados de la enfermedad y explicaba los medios de curación casera. Consistían éstos de un método externo y uno interno: aplicación de un linimento compuesto de 8 onzas de aguardiente, 6 onzas de vinagre fuerte, ½ onza de mostaza, 2 dracmas de

---

722. 1/7/141/n. 1.

\* R. O. de 23 de marzo de 1863.

723. Circular del licenciado don Nicolás Alonso Andrade, fechada el 18 de abril de 1833, reproducida en 1/12/95-96.

alcanfor, 2 dientes de ajos molidos, todo en infusión puesta por tres días al sol. La poción que completaba el tratamiento contenía los ingredientes que siguen:  $\frac{1}{2}$  dracina de carbonato de sosa, 20 granos de sal común, 7 granos de eximuriato de potasa (724). Recomendábase también el empleo de la planta llamada *rompe zaragüey* (725) y el método, también empírico, del doctor Dumas. Ignorándose la causa de la enfermedad, como en efecto se ignoró hasta que Koch descubrió el bacilo que la producía, en 1883, nada de extraño tiene que los tratamientos empleados en San Juan sólo sirvieran para atenuar los síntomas, náuseas, sensaciones de frío, fiebre, diarrea, sed y vómito. Ninguna de las medidas tomadas pudieron evitar la catástrofe de 1855. En un solo año perecieron cerca de 27.000 almas en la Isla.

Tres hechos de interés para la historia de la medicina en la ciudad ocurrieron entre la sexta y la octava década del siglo XIX: el establecimiento del Gremio de Médicos; la impresión, en los talleres del Boletín Mercantil, de un compendio general de medicina y cirugía, de cerca de 400 páginas, intitulado *Secretos de la Medicina*, publicado en 1881 por don José Jiménez y Villena, y la promulgación de unas reglas, en el 86, para el abasto y sacrificio de reses y cerdos, que disponía el reconocimiento previo de los mismos por los veterinarios o médicos titulares, medida que, en el caso de los cerdos, tenía por objeto principal librar a los consumidores del contagio de la triquinosis. Un año antes (28 de abril de 1885) se habían publicado ciertas medidas para evitar la propagación del muermo.

El espíritu de asociación, tan persistentemente combatido por el régimen, no pudo manifestarse con buen éxito en la profesión médica hasta la séptima década, más de medio siglo después que el doctor Espaillet intentara hacerlo cristalizar en una asociación médica insular.

Por fin, establecióse el Gremio de Médicos, gracias a los esfuerzos, en gran parte, del doctor Calixto Romero, quien fue nombrado su primer síndico. Para esa época funcionaba la Sociedad de Auxilio Mutuo, establecida para proveer medios de atención médica a sus socios. En 1893 el doctor Cueto fundó La Benefactora, con fines similares, facilitar funerales decorosos y auxiliar a la educación de los huérfanos pobres. El 7 de julio de 1893 reuniéronse en el Ateneo Puertorriqueño, bajo la presidencia de don Manuel Fernández Juncos, las personas afiliadas a la Cruz Roja Interna-

---

724. Prontuario: 98.

725. VII/-Año 1854.

cional a fin de organizar la Comisión Provincial, dependiente de la Junta General de Madrid. A fines de dicho mes quedó aquella organizada, presidiendo don Manuel Muñoz Barrios, auxiliado por los letrados, consultores médicos y económicos, señores José Severo Quiñones, Manuel S. Cuevas, Esteban Saldaña, Darío Laguna, Manuel Tenés y Andrés Crosas; un secretario, don Manuel del Valle Atilés y un tesorero, don Fidel Guillermet (726).

Uno de los últimos actos del Ayuntamiento de la ciudad, relacionado con sus esfuerzos en pro de la salud pública, fue el acuerdo tomado en 1895 comisionando al doctor José Ordóñez Gómez para estudiar en París la seroterapia del doctor Pierre Roux, el eminente colaborador de Pasteur, y la posibilidad de aplicarla en San Juan.

Para esta época el influjo de la ciencia médica francesa en la práctica local de la medicina era dominante. Consultábanse las traducciones de sus tratadistas casi tanto como a los autores españoles, sobre todo en materia clínica. Los practicantes de la medicina y la cirugía acudían continuamente a los textos de Jaccoud, Bouchut, Chauvel, Rouband, Saint Germain, Paquet, Monneret, Dujardin, Beaumentz y otros muchos.

En cuanto a la naturaleza o carácter del diagnóstico y tratamiento empleados usualmente durante el siglo XIX, hasta después de los descubrimientos de Pasteur, de la séptima década en adelante, recordaremos que, ignorándose la causa de numerosas enfermedades de origen microbiano, reducíase el acto de calificar una enfermedad a formular un diagnóstico empírico clínico, y la curación al tratamiento sintomático, que consistía en combatir la enfermedad atacando aislada o simultáneamente sus diversos síntomas. No se utilizaron en la práctica corriente de la medicina, hasta después del cambio de soberanía, los auxiliares modernos de dicha ciencia: las comprobaciones ofrecidas en los laboratorios clínicos para la química, la biología, la bacteriología y la microscopia, que han hecho posible en la época nuestra, la formulación diaria del diagnóstico científico patológico y la igualmente corriente aplicación de tratamientos específicos.

Para terminar anotaremos que en 1890 el doctor Stahl publicó en San Juan un folleto en que describía la primera operación de ovariectomía practicada en Puerto Rico. El escrito narra la historia clínica del caso, antes y después de la operación, que el propio autor practicara en dicho año en el pueblo de Manatí, observando sus efectos hasta que la paciente murió.

---

726. "El Buscapé". San Juan, P. R., 9 de julio de 1893.

## LOS HOSPITALES DE LA CIUDAD

Debióronse a la iniciativa privada los dos primeros humildísimos hospitales fundados en San Juan. El primero, según se infiere de una carta del obispo Bastidas al emperador (727), el hospitalillo de la «Concepción de Nuestra Señora», fundado en 1524 por un vecino de la ciudad llamado Pedro de Herrero, tenía una mísera renta anual de unos doscientos ducados en 1582 (728); el segundo, fundado en una fecha incierta por el obispo Manso bajo la advocación y nombre de Sant Alifonso, estaba clausurado en 1544, de acuerdo con el obispo Bastidas. No bastando sus rentas a sostenerlo, destináronse a la fábrica de la Catedral. Utilizábase el local en 1582 para la clase de gramática dotada por Antón Lucas. En 1541 un vizcaíno rico y alcalde de la ciudad, don Francisco Juancho, conjuntamente con su mujer, legó todos sus bienes al hospitalillo de la Concepción (729), que, según Coll y Toste, subsiste en el solar junto a la Portaleza que ocupara originalmente (730). Parece muy probable que con el legado de los Juancho se levantara la capilla del hospital, pues sólo las referencias posteriores a 1541 la mencionan. Derrotado Hendricks en 1625, el hospitalillo de la Concepción, que para entonces probablemente apenas podía acomodar tres o cuatro camas, ya que en 1815 sólo cabían seis (731), no tenía, por supuesto, capacidad para alojar a los numerosos heridos y contusos que sobrevivieron al ataque del general holandés. Apresuróse Felipe IV a remediar, aunque parcialmente, el mal dotándolo de nuevas rentas. Nuevos tributos le fueron concedidos en la localidad. Nombróse un capellán con cien ducados de renta, casa y servicio. Hízosele intervenir por sendos representantes o «diputados» nombrados por cada uno de los dos cabildos que servían, alternándose, por el término de un año, encargando de su administración a un mayordomo, también nombrado por los cabildos (732). Fueron estas reformas de tanto alcance que indujeron al Padre Abbad a creer, un siglo y medio después, que el hospitalillo de la Concepción había sido «fundado de orden de S. M. en 1615», que-

727. Fechada el 20 de marzo de 1544, en II/329-330.

728. Memoria de Melgarejo, cap. 37.

729. VI/120. En II/186 se asegura que era alcalde de la ciudad en 1541.

730. Nota de Coll y Toste al capítulo citado de la Memoria de Melgarejo.

731. Alejandro Ramírez: Supplicatorio al Gobierno Central, fechado el 27 de octubre de 1815.

732. II/455.

riendo decir, por supuesto, 1625, año en que Hendricks sitió la ciudad (733).

De dicho primer hospitalillo escribe el canónigo Torres Vargas, en 1645, que se concedían indulgencias a sus pacientes, hecho conocido en su tiempo por la tradición oral, pues se habían perdido los papeles. Para gozar de dichas indulgencias algunas personas principales se hacían traer a morir en él (734). En 1701 la Corona, a instancias del mayordomo del hospital, don Cristóbal Mujica, volvió a prestarle ayuda, concediéndole Felipe V dos plazas de soldado, por vía de limosna, ordenando que su importe, de veintidós pesos mensuales, se remitiera de México con el situado, libre de media anata (735).

Desde los principios de su prelación (1770-1781) manifestó el obispo Jiménez Pérez vivo interés en la salud de su grey. Estaba dotado el benedictino riojano del grado de acometividad capaz de hacer producir hermosos frutos a la virtud, pero faltábale la sutileza diplomática que a menudo es indispensable para obtener el gozo de las utilidades de la cosa alcanzada. Encontró desde el principio resistencia de parte de las autoridades civiles de Puerto Rico a que se permitiera a su delegado visitar el Real Hospital, destinado a las tropas (pues el obispo no tomó posesión de su diócesis hasta el año 74), inspecciones que, por cierto, estaban previstas por reales cédulas anteriores (736), cuyo cumplimiento exigióse de nuevo en 1771 (737). Practicada la visita, los oficiales reales se negaron a entregar los libros, de las cuentas archivadas (738). Despréndese de todo esto que el obispo buscaba datos y argumentos para fortalecer su propósito de solicitar licencia para asilar pacientes civiles (insolventes) en el hospital militar, práctica tolerada en la Península con fines puramente caritativos, prohibida en San Juan, en donde sólo se admitía a los paisanos que podían ofrecer la correspondiente remuneración. Apenas llegó a San Juan Fr. Jiménez Pérez intentó mejorar los medios de hospitalización de que disponía la población civil, ampliando y restaurando el edificio que ocupaba el hospitalillo de N. S. de la Concepción. Aparentemente las gestiones que a este respecto se habían hecho tres años antes, mientras el obispo residía en la Península, indujeron a la Corona a solicitar del gober-

---

733. III/214.

734. II/455.

735. R. C. N.º 8 de 26 de octubre de 1701.

736. R. C. N.º 319 de 14 de diciembre de 1769.

737. R. C. N.º 342 de 5 de febrero de 1771.

738. R. C. N.º 350 de 18 de agosto de 1771.

nador de la Isla, en 1771, amplios informes acerca del origen y fundación de dicha casa de salud (739). Las autoridades militares se opusieron al proyecto por considerar que, estando el edificio construido junto a las murallas, en el ángulo formado por los recintos sur y oeste, constituía un estorbo (740). Continuando el edificio en el estado en que entonces estaba, no volvemos a saber de él hasta el 1810, año en que el Cabildo de la ciudad instruyó al diputado Power que solicitara del rey su ampliación, ya que el Hospital de Infantería se negaba a admitir los enfermos pobres. En 1822 la recién creada Junta Municipal de Beneficencia, amparándose en las atribuciones que le concedía el régimen constitucional, instruyó un expediente reclamando al Cabildo Eclesiástico la posesión del hospitalillo. La tramitación de dicho expediente dio lugar a muy acaloradas y prolongadas discusiones entre los dos cabildos que, quizá por primera vez, se enfrentaban en un campo hostil, repentinamente abierto por efecto de la restauración constitucional. Las propiedades del hospitalillo, valoradas en cerca de 42.500 pesos, fueron por fin transferidas al Municipio antes de terminar el año 22. La Junta Municipal de Beneficencia solicitó del público donativos para el hospital, recibiendo numerosos obsequios de víveres, telas y otros efectos, desde la botijuela de aceite y las gallinas para el entonces insustituible caldo de enfermo, hasta los más extraños artefactos de utilidad doméstica. El 8 de septiembre de 1823 se admitieron los primeros pacientes bajo la administración municipal, celebrándose en la ermita una solemne fiesta dedicada a la Inmaculada Concepción. Pero la restauración del absolutismo, a fines de dicho año, puso súbito fin a las actividades de la Junta de Beneficencia y el hospitalillo fue de nuevo puesto en manos del Cabildo Eclesiástico (741). Más tarde, en 1845, nos informa don Pedro Tomás de Córdoba que el hospitalillo había sido dedicado a mujeres, que conservaba su capilla, que era su patrono el obispo y que la Real Hacienda abonaba el *prest* (haber diario) de cuatro soldados para igual número de camas (742). Para esta época el hospitalillo formaba con la secretaría de gobierno, adyacente a la Fortaleza, y por el costado oriental con la *sala de armas*, una pintoresca plazuela. En 1898 continuaba destinado a hospital de mujeres, con capa-

739. R. C. N.º 342 de 5 de febrero de 1771.

740. II/214 y VI/189.

741. Francisco R. de Goenaga: *Desarrollo histórico del Asilo de Beneficencia y Manicomio de Puerto Rico*, etc., San Juan, P. R., 1929. V. págs. 6-7.

742. P. T. de Córdoba: *La Ciudad de San Juan en 1845*, reproducido en I/9/22.

ciudad para doce camas, alcanzando así su mayor desarrollo durante la dominación española (743).

## EL HOSPITAL DE INFANTERIA

Evidentemente, el primer hospital militar establecido en la ciudad funcionaba antes de 1647, fecha en la que se refiere a él Torres Vargas, sin mencionar la de su fundación, cuando escribe :

Otro hospital hay más nuevo (que el de la Concepción) con vocación de Santiago; que es de la Infantería del presidio: la casa es de Su Magestad, y la renta, de la misma Infantería, que de sus sueldos le sustentan, y también algunos tributos que a los principios pusieron sus fundadores, aunque pocos (744).

El gobernador Novoa y Moscoso asevera que en 1657 el Hospital (refiérese al de Infantería) era sostenido por la guarnición; que murieron en él cuarenta soldados de una epidemia ocurrida después del huracán de agosto de 1657, «sin que les faltase el servicio y limpieza, regalo, cura y asistencia de Doctor, Cirujano, Barberos, sus Criados y negros» (745).

Como se ve, Torres Vargas no describe el sitio donde estaba ubicado. Sin embargo, varias razones nos inclinan a creer que el local de este Hospital de Infantería es el mismo que fue convertido, en 1766, en el «Real Hospital de Sn. Tiago», como se le designa en el plano de O'Daly, fechado en 1772, quien lo sitúa en la esquina sudoeste de la plaza Mayor. Nótese que el Hospital de Infantería había sido establecido bajo la advocación de Santiago, que ocupaba una casa de propiedad de la Corona y que estaba destinado, como lo fue su sucesor, para el servicio de la tropa (746).

Dispúsose en el Real Reglamento de 1741 que se costeara con fondos de la Real Hacienda el sueldo del Médico Cirujano, montante a cincuenta y cinco pesos mensuales, y el importe del mobiliario y ropa de cama del Hospital de Infantería, llamado en dicho docu-

743. Doctor R. H. Hernández: *History of sanitation in Puerto Rico* (Report of the Military Governor of Puerto Rico on Civil Affairs, Washington, 1902).

744. *Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico*, etc. en II/455.

745. *Memorial del Gobernador de Puerto Rico, don José de Novoa y Moscoso, sobre los servicios hechos por él a S. M. durante 36 años*, reproducido en I/3/271-288. V. página 284.

746. III/213.



mento Hospital Real; que se destinaran dos negras, de propiedad real, para cocinar y los soldados que fuere menester para enfermeros; que se nombrara un mayordomo por los oficiales reales, con un haber mensual de ocho pesos, a quien se le abonarían mensualmente los gastos incurridos; que los oficiales reales y un oficial subalterno del Ejército ejercieran la inspección del establecimiento, informando los resultados al gobernador; que los soldados que ejercieran el oficio de barberos-sangradores tuvieran la obligación de sangrar y de prestarles otros auxilios, previstos en la flebotomía, a los enfermos del Hospital Real; que todos los hombres de la tropa pagarían los gastos de hospitalización con la mitad del haber de sus sueldos, que sería retenido mientras estuvieren en el establecimiento, abonándose por la Real Hacienda todo lo que faltara para el sostenimiento del Hospital (\*). Exigíase también que los dominicos dijieran misa en él todos los días feriados.

Al ponerse en práctica la reorganización militar de 1766, fue necesario ampliar el antiguo hospital de Infantería para hacer frente a las nuevas exigencias que implicaba el aumento considerable de la guarnición. Establecióse entonces, por real orden de junio 28 de 1766, el Real Hospital de Santiago, o Real Hospital, como dice Miyares y González, «con la dotación correspondiente de Profesores de Medicina, Practicantes y demás sirvientes; cuyo asco, buen methodo, e interior manexo, produce los mas favorables efectos en la salud...» (747). Aun así el local que, según el Padre Abbad, no era más que un conjunto de casas que se habían unido *sucesivamente*, resultaba estrecho para la tropa que se curaba en él (748). Para aliviar la situación y para dar a los soldados de la guarnición la oportunidad de disfrutar de uno de los climas más salubres de la Isla, se instaló para esta época un hospitalillo militar de convalecientes en el villorrio de Toa Alta. Más adelante veremos cómo el Gobierno se hizo, de una manera indebida, de un espléndido edificio para hospital militar, abandonando como consecuencia los viejos caserones de la plaza Mayor.

---

\* Artículos 74 a 87 del Real Reglamento de 1741.

747. IV/91.

748. Ibidem.

## EL HOSPITAL DE CARIDAD DE LA CONCEPCION U HOSPITAL DE POBRES

Va hemos visto que los deseos del obispo Jiménez Pérez de ampliar el antiquísimo hospitalillo de la Concepción fueron frustrados por la oposición de los militares. Puso entonces el prelado manos a la obra para construir un edificio adecuado para cuidar a los enfermos indigentes. Costeando de su propio peculio el solar que le había sido escogido (no sabemos si con absoluto desinterés profesional) por O'Daly, ingeniero director de las obras de fortificación, en el extremo occidental de la calle de San Sebastián, entonces ocupado por una ranchería ubicada en los terrenos de la Orden de Dominicos, colindantes con el campo del Morro, el obispo empezó a acopiar fondos con sin igual fervor, aplicando a la fábrica las rentas de numerosos legados, limosnas, donativos y censos de la Iglesia (749). Urgido por su febril piedad, Fray Jiménez Pérez comenzó la fábrica de su hospital en 1744, unos cuantos meses después de llegar a la ciudad, tomando los materiales de construcción donde los encontraba: en el mes de mayo de dicho año ordenó demoler la capillita del Calvario, en el Campo del Morro, para utilizar sus escombros (750), algunos de los cuales consistían de piedras labradas; agotados éstos, mandó que sus parihuelas se cargaran en la vecina cantera de Casa Blanca y en alguna barrera cualquiera comprendida en los terrenos del rey. Nada debía oponerse a su filantropía, ni siquiera las demandas oficiosas del gobernador Dufresne que trataba de obstaculizar la ingente obra del prelado, fundándose en que no había cumplido con los requisitos reglamentarios, como si la salud del pueblo no hubiera sido entonces la ley suprema. Vellón a vellón y peso a peso, reunió el prelado la importante suma necesaria para que se completara en 1782, poco tiempo después de su muerte, un edificio valorado en ochenta o cien mil pesos (751), que el Padre Abbad describe como sigue:

...formado en un cuadro perfecto, con cuadras dobles en los dos lados de Oriente y Mediodía, sostenidas por el centro sobre hermosos arcos, con cuatro órdenes de camas en cada una, pudiendo acomodarse 500 enfermos... En la parte del

---

749. VI/189.

750. IV/7.

751. Carta citada del intendente Ramírez en la nota 731.

Norte están las oficinas y habitaciones de los sirvientes y en la del Poniente está la Iglesia, que es capaz y hermosa. La plaza del centro la ocupan dos grandes albiges que reciben las aguas de las azoteas del edificio... (752).

Aún no estaba terminado el edificio del hospital, que el público empezaba a llamar de la *Concepción el grande*, para distinguirlo del hospitalillo del mismo nombre, cuando España declaró la guerra a Inglaterra, el 16 de junio de 1779. Seis meses después, en el alborar del 80, el almirante Rodney derrotaba la flota española en el Cabo de San Vicente. El hecho implicaba una grave amenaza para las Antillas. Había sido precisamente Rodney quien, en la guerra anterior de Inglaterra contra España y Francia, había tomado la Martinica y otras Antillas francesas. El gobernador de Puerto Rico, coronel Dufresne, comenzó a prepararse para defender la Isla. La ocasión debió parecer propicia al intransigente gobernante para cobrarse una vieja deuda que tenía pendiente con el obispo constructor del hospital, a quien él consideraba un rebelde por haber acometido la obra, según decía, sin la real licencia. Por otro lado, la proximidad del edificio al cuartel de Caballería o Cuartel de Milicias, construido hacía poco tiempo en donde se levanta hoy el edificio que aún conserva el nombre de *Beneficencia*, de cuyo primitivo cuartel el hospital distaba sólo unas 25 varas (753), así como su situación extremadamente conveniente entre los castillos del Morro y San Cristóbal, hacía su adquisición por el gobierno militar de la Isla, singularmente descable. Tomando como pretexto la posibilidad de una agresión por los ingleses, Dufresne solicitó del prelado la cesión de su hospital para el Ejército. La pretensión era injustificada; Dufresne actuaba prematuramente. Alegando que la guarnición sería reforzada, necesitaría desalojar el Real Hospital de Santiago para alojar las nuevas tropas. Pero sucedió todo lo contrario; en ese mismo año de 1780 el ministro de Carlos III, don José Gálvez, temiendo un ataque de los ingleses en el Caribe (que efectivamente realizó Rodney al año siguiente contra las Antillas holandesas) ordenó que alrededor de 1.400 hombres de la guarnición de San Juan fueran enviados a reforzar las plazas fuertes de La Habana y Cartagena, destinando a la primera la compañía del regimiento de Aragón y a la segunda, el regimiento completo de la Corona (754). Estas fuerzas fueron reemplazadas por 500 hombres que Gálvez

---

752. III/213.

753. V. el plano de O'Daly, año 1772.

754. F. T. de Córdoba: *Memoria* (1838), págs. 230-231.

envió a San Juan. De manera que al ocurrir estos cambios la guarnición de la ciudad había disminuido, a fines de 1780, en unos mil hombres de la tropa veterana, circunstancia que lejos de empeorar el problema de acuartelamiento y hospitalización, lo mejoraba de modo considerable. Suponemos que de primera intención el obispo Jiménez Pérez rehusara acceder a la inoportuna demanda de Dufresne. Infírese del estudio de los documentos relativos a este asunto que hemos consultado, que hubo rozamientos entre ambos dignatarios. Enfurecido Dufresne, decidió dirigirse al rey, delatando la conducta del obispo y tratando de justificar la suya, hízole las más graves acusaciones en carta del 9 de noviembre de 1780 (755). Acusábase, entre otras cosas, de haberse robado materiales y piedras labradas para emplearlas en la fábrica del hospital. Mientras tanto, el obispo cedió *temporalmente* (como afirma Córdoba) el hospital a la Corona, estipulando que se mantuvieran las camas necesarias para los pacientes pobres que no tuvieran cabida en el hospitalillo de la Concepción; que el edificio se recibiera por tasación e inventario; que los pacientes civiles fueran separados de los militares y su departamento sujeto a administración, también separada, y, por último, que se fijara la remuneración, correspondiente (756). Ni Dufresne en San Juan, ni Gálvez en Madrid, cumplieron con lo estipulado. El hospital fue ocupado por el Ejército. Gálvez dilató más de un año su contestación a las acusaciones de Dufresne, lo que hizo varios meses después de ocurrida la muerte del obispo Jiménez Pérez, calificando la carta del gobernador de «libelo impío e infamatorio» y administrándole una severa reprensión. Al año siguiente Dufresne fue destituido, pero la Corona continuó olvidando las estipulaciones de Jiménez Pérez para la cesión del hospital. En vano reclamaron su cumplimiento los sucesores de éste en el gobierno de la diócesis. En 1805 el obispo Arizmendi instó la real resolución del asunto a través del Consejo de Indias, recibiendo la callada por respuesta. Hasta entonces las gestiones de reparación habían sido iniciadas exclusivamente por las autoridades eclesiásticas. En 1815 el intendente Ramírez terció en el espinosísimo asunto, elevando un suplicatorio al Gobierno Central en el que expuso valientemente los pormenores del atropello cometido con el Obispado de Puerto Rico y solicitando la real aprobación de su conducta al disponer, y lograr, que los indigentes fueran admitidos en el Hospital militar. Aprobóse la humanitaria disposi-

755. V. el texto en I/4/79.

756. Suplicatorio del intendente Ramírez al Gobierno Central, fechado en 27 de octubre de 1815, reproducido en III/217-219.

ción. Al año siguiente, Ramírez abandonaba la ciudad para hacerse cargo de la dirección de la real Hacienda en la Isla de Cuba, dejando en Puerto Rico este último fruto de su corazón magnánimo. Durante largos años se limitó de cuatro a doce el número de camas destinadas a los paisanos (757); aumentándose éste a treinta en 1833, arreglo que rigió hasta el 1898 (758). Acostumbrábase llamar la sala del Fundador, en recuerdo del obispo Jiménez, la destinada a los pacientes pobres.

Convertido definitivamente en Hospital del Real Presidio de San Juan, las autoridades eclesiásticas de la ciudad no guardaron rencor por el atropello. Cuando las circunstancias hacían imposible o inconveniente acomodar en el Hospital Militar todos sus pacientes, cedían temporalmente espacio en sus edificios para resolver la crisis. En 1841 numerosos enfermos ocuparon varios salones de la planta baja del Palacio Episcopal (759). Durante el bombardeo de la ciudad, en la guerra Hispanoamericana, la sala de emergencia del Hospital Militar fue trasladada al Seminario Conciliar (760). El edificio fue mejorado sucesivamente. En 1831, gobernando La Torre, asegura Córdoba, se reedificó por completo, invirtiéndose cerca de 41.500 pesos en la obra, que incluyó la construcción de la planta alta, pudiendo entonces alojar mil pacientes (761). Que esta cifra era exagerada infiérese del hecho de que, durante la guerra de la Restauración de la República Dominicana que estalló en 1863, fue necesario utilizar el edificio del Manicomio, aún sin terminar, para hospitalizar los heridos españoles procedentes de aquella isla que eran enviados a la ciudad de San Juan, muchos de los cuales pertenecían a la guarnición de Puerto Rico (\*). Terminada esa guerra en el 65, desalojó el Ejército el Manicomio, volviéndolo a utilizar dos años después, hasta el 69, razón por la cual creemos que el Hospital Militar nunca alcanzó a tener la cabida que le atribuye Córdoba. Efectivamente, en 1879 don Miguel Ubeda y Delgado (\*\*) publicó una relación pormenorizada de la capacidad de las seis salas y de los tres aposentos del hospital, que arroja un total de 257 ca-

757. Córdoba: *La Ciudad de San Juan en 1845*, en I/9/21.

758. Archivo del Hospital Militar.

759. *Actas de la Sociedad de Amigos del País*, reproducidas en I/10/54-60. V. pág. 58.

760. XXVII/93.

761. Córdoba: *La Ciudad de San Juan en 1845*, en I/9/21.

\* El coronel Flintner, *op. cit.*, estimaba, en 1834, que el hospital podía tener 350 camas.

\* XXIX/124.

mas (\*). En 1898, al operarse el cambio de soberanía, el consabido edificio fue transferido como propiedad de la Corona al Gobierno de los Estados Unidos.

Un homenaje tardío al infortunado filántropo, constructor del edificio del hospital, fuéle tributado por el Ayuntamiento de la Capital, en 1899, obsequiando a la institución un retrato al óleo del benemérito prelado, Fr. Manuel Jiménez Pérez (762).

## EL HOSPITAL CIVIL

Gobernaba el general Laureano Sanz cuando el Ayuntamiento de la Capital promovió de nuevo el proyecto de construir un hospital civil. Con respecto a facilidades hospitalarias la situación del proletariado de la Capital era insostenible. Ningún progreso se había logrado desde los principios de la centuria. El servicio de hospitalidad domiciliaria, organizado a fines del 23 por la Junta Municipal de Beneficencia, mediante la designación de cuatro médicos, auxiliados por cirujanos y algunos enfermeros, para atender a los enfermos indigentes, no pasó de ser un ensayo para mejorar la situación dentro de la escasez de recursos. Cómo podía el Ayuntamiento consentir que sus 21.800 habitantes dispusieran tan sólo de las treinta camas del Hospital Militar y del número mucho menor que les brindaba el Hospital de la Concepción, es algo de muy difícil comprensión para los hombres de nuestro tiempo. Un genio maléfico parecía gozarse en sembrar obstáculos en el camino de los iniciadores de todo proyecto para dotar a la ciudad de un buen hospital para pobres. Ya hemos relatado la triste historia del hospital del obispo Jiménez Pérez; vuelve la capitanía general a su labor obstruccionista al dilatar la ejecución de la obra del Hospital Civil, alegando que ella estaba situada dentro de la primera zona polémica, como si el progreso de la ciencia militar y el poder de la artillería en 1873 no hubieran hecho patente la inutilidad de aquellas medidas que a este respecto habían sido dictadas por la prudencia un siglo antes. Cinco o seis años de gestación del proyecto culminaron en la colocación de la primera piedra del edificio en Puerta de Tierra, detrás de la primera línea defensiva, el 6 de mayo de 1877, presidiendo el Ayunta-

\* Tenía entonces tres aposentos, el de los pacientes castigados, el de oficiales y el de enfermedades contagiosas; cinco salas para soldados (una anónima y las de San Ildefonso, San Roque, Santa Lucía y Santa Isabel) y la sala de pobres o del Fundador.

762. Archivo Municipal, leg. 33/257 (año 1898-1900).

miento don Francisco Bastón y Corton (763). Habíase presupuestado para ese objeto la suma de 163.649 pesos. El deseo de atender a otras necesidades públicas hicieron mudar de opinión a los ediles, proyectándose en el 78 destinar a cárcel municipal el edificio en construcción. Un acuerdo más práctico, que satisfacía a los propulsores de ambas tendencias, tomóse en el 80, disponiéndose que sólo se utilizara para cárcel el ala izquierda de la enorme estructura (764).

Sin embargo, cuando se terminó la obra en el 87 destinóse finalmente a cárcel provincial, volviendo por corto tiempo a su primitiva función de hospital municipal después de la guerra Hispanoamericana.

## EL ASILO DE BENEFICENCIA Y MANICOMIO

Dieciséis años después de haber sido publicado en España el Reglamento nacional de beneficencia pública, el gobernador López Baños proponía al Ayuntamiento de la Capital, en 1838, que se convirtiera en una casa de reclusión y beneficencia el ruinoso Cuartel de Caballería de las Milicias, situado frente al solar en que, mucho después, había de levantarse el Cuartel de Ballajá. Perseguida López Baños el propósito de segregar las mujeres recluidas en la cárcel de los criminales y maleantes que allí cumplían condena. El prolongado expedienteo que siguió a esta primera gestión terminó con el acuerdo de construir el edificio, tomado por el Ayuntamiento el 25 de diciembre de 1840. El sucesor de López Baños, don Santiago Méndez de Vigo, nombró a principios del 41, una Junta provincial de beneficencia que se encargaría de la erección del edificio (765). Ampliando el proyecto de López Baños, propúsose la Junta levantar un establecimiento general de beneficencia pública, dando cabida en él, junto a las mujeres delincuentes, a los huérfanos, ancianos inválidos, pobres de solemnidad y a los jóvenes que necesitaran corrección. Tanto la Junta como el gobernador, solicitaron que se iniciara una suscripción voluntaria entre los habitantes del país, disponiendo el segundo que la recaudación se llevaría a cabo bajo la inmediata inspección de los ayuntamientos y que el depositario de los fondos

763. Asenjo: *Efemérides*, pág. 69.

764. VII/Leg. 33-1-5.

765. Componían la Junta, el gobernador Méndez de Vigo y los señores Nicolás Moisés Andrade, Antonio María del Valle, Santos Puente, José Gutiérrez del Arroyo, José María Porrata, Nicolás Navarro Landete, doctor José Luis Montesino, Juan O'Kelly, y el secretario Julián García.

sería don Calixto Romero (766). Por su parte el Ayuntamiento de la Capital contribuiría, además del producto de la suscripción pública, imponiendo una capitación de un peso a los esclavos introducidos en la Isla y un arbitrio de un maravedí en cada libra de carne que se expendiera en la carnicería de la ciudad, así como otros tributos por la celebración de bailes, fiestas de Cruz, y funciones teatrales. Concertó, además, la Corporación Municipal, un préstamo de cuatro mil pesos con la Intendencia (767). Procedióse sin demora a expropiar, mediante indemnización, a los dueños de los ranchos contruidos junto al Cuartel de Milicias, en terrenos que la Orden de Predicadores poseía en la barriada de Ballajá, a cuya comunidad los inquilinos pagaban un rédito anual de 6 pesos seis maravedíes por cada solar (768).

Pudo entonces el arquitecto don Pedro García, dar comienzo a las obras en mayo del 41, bajo la supervisión técnica, gratuita, del coronel de ingenieros don Santiago Cortijo. Confiado a tan competentes profesionales (autores en esa misma época, respectivamente, de los proyectos de reconstrucción de la Casa Consistorial y de la Fortaleza) la fábrica del Asilo progresó sin tropiezos, recaudándose 90.683 pesos en el período del 41 al 44, año en que se terminó, cuando ya había sido reemplazado Méndez de Vigo por el General Rafael de Aristegui, Conde de Mirasol. Importó la obra 178.913 pesos (\*). Consistía el edificio de una sola planta, de puro estilo renacimiento español, de más de 80 varas castellanas de frente, levantada a varios pies sobre el nivel de la calle, con una gran portada central de tres cuerpos, coronada por un escudo. Aunque las condiciones higiénicas del edificio eran muy deficientes, teniendo, por ejemplo, letrinas comunes para todos los asilados, estaba provisto de jaulas, baños de golpe (¿duchas?) fríos, templados y calientes, y otros medios para el tratamiento de la locura (769).

El 19 de noviembre de 1844, día de Isabel II, abrió sus puertas el edificio a los alienados desvalidos de la Capital y de la Isla, estos últimos en número de 23. Obedeciendo órdenes del capitán gene-

766. V. el llamamiento a los habitantes de la Isla de Puerto Rico publicado por la Junta Provincial de Beneficencia, el 27 de enero de 1841, y la Circular N.º 25 de la Capitanía General y Gobierno Superior político, de 28 de enero, 1841.

767. V. el Expediente de la construcción de la Casa de Beneficencia, Archivo de la Jefatura de Obras Públicas (Departamento del Interior, San Juan).

768. Recibo de arrendamiento, reproducido por el doctor Goenaga, op. cit., pág. 13.

\* 1/11/297.

769. Carta del Conde de Mirasol al Alcalde 1.º de la Capital, fechada el 18 de octubre de 1844, reproducida por el doctor Goenaga, op. cit., pág. 15. No menciona el general los grillos y cadenas, en aquella época empleados para dominar los locos furiosos.



ral, asumió interinamente el coronel Cortijo la dirección del establecimiento; un médico militar, un soldado de la guarnición y un licenciado de la misma clase, fueron asignados, respectivamente, como facultativo, loquero y portero (770). Durante los veintiocho años comprendidos entre 1844 y 1872, admitiéronse en el asilo y mantuviéronse en asqueante y morbosa promiscuidad toda clase de desgraciados, desempeñando para el país la función de una especie de caja de Pandora en donde se hacinaban los locos, prostitutas, ancianos, soldados delincuentes y esclavos mostrencos, mendigos, parricidas, infanticidas y otros infortunados de la escoria social. Junto a ellos movíanse los niños huérfanos y los pensionistas de ambos sexos, que recibían escasa instrucción. Sin embargo, en este período se empezó a construir, en el 61, una casa de dos plantas, en ángulo recto con el extremo norte del edificio, para segregrar los dementes varones.

En 1872 el Asilo de Beneficencia fue declarado institución provincial, transfiriéndose a la Diputación. Con ahínco y celeridad dignos de aplauso, la corporación acometió la tarea de reformar el Asilo, empezando por solicitar del gobernador, infructuosamente, la licencia para llevar a cabo la separación de los asilados según su condición y sexo.

Apelando a la consulta negativa ante el gobierno de Madrid, obtúvose, gracias al tesón del Comisionado de Beneficencia, doctor Francisco Hernández, una decisión favorable en 1872, procediéndose a desalojar primeramente a las mujeres delincuentes y trasladándose los varones de igual clase a la Cárcel Pública, cuando ésta pudo alojarlos. Desde entonces quedaron separados los niños de los alienados, por sexos, en cuatro departamentos. En el 73 termináronse ciertas extensas reparaciones del edificio y la construcción de dos grandes aljibes en cada uno de los patios interiores; estableciéronse talleres de carpintería, sastrería, encuadernación y zapatería, posponiéndose la instalación del taller de imprenta hasta el año 89. En 1894 las condiciones físicas del establecimiento, a pesar de los progresos realizados en los últimos veinte años, continuaban siendo deplorables. El edificio continuaba adoleciendo de:

distribuciones caprichosas, sin plan preconcebido, amplitud deficiente, así en el conjunto como en el detalle, sin que posea especialidad alguna para fin concreto y determinado (771).

770. Ibidem. I. c.

771. Doctor Goenaga, op. cit., pág. 29.

No obstante la merecida censura contenida en estas palabras del director del plantel, quien terminó por proponer la venta de los edificios para costear la construcción de otros adecuados, edificóse la planta alta en 1897, elevándose entonces el número de asilados a 607, el mayor alcanzado en la década de 1889 a 1899, cuyo minimum había sido 410 en el año 93 (772).

## OTRAS CASAS DE SALUD

Ya hemos visto en páginas anteriores como el Ayuntamiento hizo un primer esfuerzo por segregar los leprosos en una casa que, construyera en La Puntilla a principios del siglo XVIII. Evidentemente, esta casa debió desaparecer antes de siglo siguiente, ya que el Cabildo de la ciudad instruyó al diputado Power, en 1810, que gestionara la fundación de un lazareto, institución que consideraba no menos urgente que la ampliación del Hospital de la caridad (773). No debieron lograr buen éxito aquellas gestiones, cuando nos encontramos que en 1849 el Ayuntamiento consideraba de nuevo el proyecto de fundar un leprocomio, en vista de la difusión, relativamente alarmante, de la enfermedad para esa época. Alrededor de veinte años después comenzó a discutirse en la Diputación Provincial la conveniencia de fundar un leprocomio provincial, desistiéndose en el 72 y acordándose que los leprosos continuaran siendo atendidos en sus respectivas municipalidades. Sin embargo, decidióse en el 76 construirlo en la Isleta de Cabras, situada al oeste de la entrada a la bahía de San Juan, subastándose la obra en el mismo año, ya que la mayor parte de los municipios no contaban con medios para cuidar debidamente a esta clase de enfermos. Construyóse un edificio de arquería para hospital, una casa de convalecencia y otra para oficinas, entregándose al Gobierno en 1883 (774). Para esa época había edificado el Ayuntamiento una casa de madera detrás del gran edificio de la Cárcel Pública en Puerta de Tierra, para aislar los leprosos de la ciudad, destinando una asignación de seis pesos mensuales por cada paciente para su manutención. No siendo en realidad un hospital sino un asilo, los pacientes recibían escasísima atención y tratamiento médico, permitiéndoseles mantener contacto con los poblado-

---

772. Doctor Goenaga, op. cit., págs. 25-38.

773. XI/34.

774. V/328.

res de la ranchería circunvecina y aun alejarse hasta el mercado y las tiendas de la ciudad para procurar sus alimentos (775).

Para mejor combatir la endemia de viruelas que se había entronizado en la ciudad hacia la séptima y octava década del siglo XIX, construyó el Ayuntamiento dos hospitales de madera para variolosos, uno a la bajada del baluarte de Santa Rosa, lugar adyacente al cementerio, que tomó el nombre de dicho baluarte, y el otro dentro del cercano bastión de Santo Domingo. Dominada la enfermedad poco después de la invasión americana, ambos cuarteillos fueron quemados.

### LAS CARCELES DE LA CIUDAD

Quejábanse los vecinos en 1564 de que la cárcel, instalada, según parece, en una dependencia de la Casa de la Ciudad, estaba en tal estado que ni siquiera tenía calabozos, motivo por el cual los presos lograban escaparse con frecuencia (\*). Habiéndola reparado el gobernador Bahamonde Lugo, es de suponer que la casa, junto con la sala utilizada como cárcel por la Inquisición en el Monasterio de Santo Tomás de Aquino, bastara a las necesidades de la incipiente urbe en lo que restó del siglo XVI y en el siguiente, ya que su población nunca pasó de 2.500 habitantes en este último. Pero en el correr del tiempo la falta crónica de medios había de obligar a la ciudad a abandonarla de nuevo. Reconstruida la Casa Consistorial a fines del siglo XVIII, quedó la cárcel reducida a tan estrechos límites que yacían los presos amontonados en las oscuras y húmedas bóvedas, víctimas de diversas enfermedades y de las *calenturas carcelarias*, un tipo de fiebre inducida por las nocivas condiciones de oscuridad, falta de ventilación, humedad, suciedad y mala nutrición prevalentes en las prisiones de aquel tiempo. Manteníanse los reos de limosnas y de los auxilios que recibían de sus parientes. Para remediar tanta miseria acordó el Ayuntamiento ensanchar la cárcel, comprando la casa del vecino Juan Angel Rivera, situada a espalda de la Casa Consistorial, en la calle de la Luna, confiando el proyecto de la obra a don Luis de Huertas, arquitecto de Reales Obras. Conmovido el gobernador Meléndez, aprobó prontamente el proyecto en 1810, y, sumando algunos más a los escasos recursos del Municipio, pué-

775. *Report of the Military Governor of Puerto Rico on Civil Affairs*, Washington, 1902, pág. 805.

\* Pliego de cargos y descargos del gobernador Bahamonde Lugo, en I/12/8-16.

dese decir que proveyó los medios para realizarlo, como hemos anotado en páginas anteriores (\*) ofreciendo, además, al Cabildo hacerle algunos adelantos de las Reales Cajas (\*\*). Rematada la obra por 33.000 pesos, logró la Ciudad a principios de la segunda década del siglo XIX, ostentar un edificio adecuado a sus necesidades penales, con dos plantas y poco más de 16.000 pies cuadrados de superficie, hermosado por una amplia portada, coronada por el escudo real y ennoblecida por la sugestiva inscripción: *Odia el delito y compadece al delincuente*.

Desde principios del siglo XIX funcionaba en el Arsenal de la Marina un depósito de vagos, llamado Presidio menor, establecido por el gobernador Montes y costeado con el producto de multas y contribuciones municipales. Habiendo intentado el gobernador Meléndez, en 1817, que fuera atendido con fondos de la Real Hacienda, dispuso Fernando VII al año siguiente, que se atuviera a las disposiciones dictadas por su fundador. Aunque ignoramos la fecha en que fue clausurado, sabemos que funcionaba en 1849 (\*\*\*).

Hemos visto antes cómo, en 1887, se dedicó a Cárcel Provincial el magnífico edificio en Puerta de Tierra que había sido destinado a Hospital Civil. El nombre de provincial no era completamente adecuado, puesto que la institución, lejos de ser sostenida por todos los pueblos de la Isla, lo era sólo, cuando menos en 1894, por aquellos que pertenecían al distrito judicial de San Juan (\*\*\*\*). Si es verdad que a instancias del gobernador Despujols numerosos pueblos habían contribuido a construir el edificio, fueron sólo los ya indicados los que contribuyeron a su sostenimiento.

Durante el bombardeo de San Juan por la escuadra de Sampson, un proyectil de cuatro pulgadas cayó en la sala de preferencia en donde estaban tendidos Santiago Iglesias Pantín, entonces incipiente agitador obrero, y William Freeman Halstead, corresponsal del «New York Herald», bajo sospecha de espionaje, resultando levemente herido el primero e ileso el segundo (\*\*\*\*\*).

El edificio, sólidamente construido de tres pisos alrededor de un patio interior, estaba dotado de una capilla con bóveda y amplias y bien ventiladas galeras. Por sus armoniosas proporciones y su facha-

\* V. la pág. 59.

\*\* V. el decreto del gobernador Meléndez sobre ensanche de la cárcel, de 31 de marzo de 1810, reproducido en 1/12/84, e. s.

\*\*\* Real orden de 28 de febrero de 1818, reproducida en 1/4/254.

\*\*\*\* XXXIII/Año 1894.

\*\*\*\*\* XXVIII.

da de severa elegancia, es una de las más hermosas realizaciones de la arquitectura del siglo pasado en la ciudad de San Juan.

Volviendo a anudar el hilo cronológico, anotaremos que cuando se acometió la magna obra de fortificación que dirigiera O'Daly, se hizo imprescindible proveer un edificio para albergar los centenares de presidiarios o desterrados, como se les llamaba entonces, que se trajeron a la ciudad. Construyóse expresamente, en el costado occidental de la plaza Mayor, el primer presidio que tuvo la ciudad, con cabida para 800 hombres. Llamado Cuartel de Presidarios o de los Desterrados fue descrito por un contemporáneo, el Padre Abbad, como sigue :

Es obra moderna hecho con todas las precauciones y seguridades que pide su destino, coronada de hermosas azoteas, y en su línea es un edificio perfectamente acabado (\*).

Terminadas las obras de O'Daly, continuó utilizándose como cárcel el cuartel de Presidarios o de los Desterrados, hasta que se construyó el edificio de la Penitenciaría en 1837, gobernando el general Latorre, Conde de Torre Pando. Ubicóse el edificio junto e inmediatamente fuera de la muralla del recinto sur, entre el baluarte de la Concepción y la capilla del Cristo. Edificado de mampostería, dotóse de amplias galcras, talleres, calabozos, enfermería y capilla. Para que sus alrededores armonizaran con el contiguo paseo de la Princesa, levantóse un jardín que era atendido por los confinados. Alzábase en el patio interior el tenebroso patíbulo del garrote, instrumento que consistía de un fuerte madero que sujetaba un aro de hierro provisto de un largo tornillo que, haciéndose girar por el verdugo, oprimía gradualmente la garganta del sentenciado contra el madero hasta dejarlo estrangulado.



## CAPITULO IX

### EL PROGRESO MATERIAL

**El abastecimiento de agua potable. — El alumbrado público. — Las calles y plazas. — La plaza del mercado. — El servicio de correos. — El telégrafo terrestre y el submarino. — El teléfono. — El Cuerpo de Bomberos. — Los Cementerios de la Ciudad.**

#### EL ABASTECIMIENTO DE AGUA POTABLE

Durante muy cerca de tres siglos y medio hubo de depender la ciudad, para su abastecimiento de agua potable, de los manantiales y pozos, de los aljibes y receptáculos portátiles para recoger las aguas de lluvia y de las aguas envasadas que traían de los ríos más cercanos a la Capital. Ninguno de los tres manantiales, el de *Aguilar*, *Tejar* y *Miraflores*, estaba intramuros, siendo el primero el más importante de todos por la calidad y volumen de agua que producía. En su estado natural era un manantial que manaba de las arenas de la orilla sur de la ensenada del Condado. A fines del siglo XVI se había edificado una fuente alrededor del precioso hilo de agua, como escribe Layfield, elegantemente construida de piedras cuadradas o sillares. Mucho antes se había comenzado a construir, mientras se terminaba el puente del Agua, una canal de madera para llevar el agua de dicha fuente a la Isleta. Con este fin se subieron los impuestos sobre azúcar y cueros a medio real de plata. En 1551 Felipe II ordenó se destinaran a dicha obra quinientos cincuenta pesos de oro, tomándolos de los fondos dedicados a la construcción de la Fortaleza, y para proveer otros fondos que fueran necesarios, autorizó

que se obtuviesen en partes iguales por sisa (776), especialmente en el vino y el aceite, y por contribución entre los vecinos y moradores de la ciudad, por el término de seis años (777). Aunque el tesoro real nunca hizo efectivo el pago a la ciudad de los quinientos cincuenta pesos donados por el rey, el gobernador Bahamonde Lugo prorrogó la sisa y contribución personal por seis años más (778), lográndose por fin, no sabemos exactamente en qué año, hacer correr el agua de la fuente sobre el puente en su tosca canal, envasándosele en la Isleta y conduciéndose a la ciudad en barricas. A pesar de todas estas mejoras era notoria la escasez de agua potable a fines del siglo XVI (779). En la centuria siguiente la fuente de Aguilar suplía la deficiencia de los aljibes de la ciudad en tiempo de sequía; fluía entonces el agua por dos caños un poco más delgados que la muñeca, pero nunca menos que el grueso de un dedo. Intentóse prolongar las canales del puente hasta la ciudad misma, no lográndose conducir en ellas el agua por estar la fuente a un nivel más bajo que la ciudad (780). Hacia el último cuarto del siglo XVIII la fuente fue totalmente reconstruida de piedra de sillería y provista de tres caños, llegándose a proyectar por el maestro mayor Jamuy, director de la obra, convertirla en un monumento artístico, exornada con estatuas cuyos diseños fueron encomendados al pintor Campeche (781). Continuóse aprovechando la fuente de Aguilar hasta la octava o novena décadas del siglo XIX, principalmente para suplir de agua a los vapores que hacían escala en el puerto, utilizándose para dicho fin unas lanchas-algives que se remolcaban al costado de las naves.

La fuente del Tejar, lugar ubicado en La Puntilla, utilizóse también durante el siglo XVI y aunque sus aguas eran un poco salobres, era tenida por «muy prencipal fuente é necesaria» (782), en tiempos del gobernador Bahamonde, quien la habilitó para el público. Sin embargo, debió ser abandonada algunos años más tarde, puesto que no volvemos a encontrar referencias a ella.

La tercera fuente, la de Miraflores, situada en la Isleta del mismo nombre, en la bahía de San Juan, producía aguas de tan excelente

776. Impuesto que se cobraba sobre comestibles, haciendo disminuir las medidas expresamente para tal fin.

777. R. C. fechada en Madrid a 19 de diciembre de 1568.

778. Pliego de descargo de la residencia del gobernador Bahamonde de Lugo, en 1/12/8-15 y 16.

779. VII/21/253.

780. Torres Vargas: *Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico*, año 1647.

781. Alejandro Tapia: *El Bardo de Guamani*, La Habana, 1862, pág. 513.

782. Bahamonde de Lugo, op. cit.



calidad que durante muchos años suplió la mesa del gobernador de la Isla. Desde la primera mitad del siglo XIX utilizóse también para surtir las naves que hacían aguada en la Capital, llenando la vasijería en las mismas lanchas que la conducía (783). Probablemente fue con el propósito de dar agua a las naves de guerra que el comandante del Arsenal arrendó dicha fuente al Ayuntamiento en 1858.

Trafase, desde los más remotos tiempos (784), agua envasada de los ríos Piedras y Bayamón; del primero por tierra y del segundo en lanchas que la descargaban en la Caleta de Santa Catalina antes de murarse la ciudad, y la distribuían los aguadores a domicilio en barricas. Considerábase el agua de los ríos de la isla como «bonísimas y muy digestivas», por ser aguas que corrían por arenas auríferas. En 1852, no bastando los aljibes de la ciudad, pues púdose comprobar que había 146 casas sin ellos y que de los existentes alrededor de cien estaban en mal estado, decidióse traer agua de Guaynabo. La necesidad de abrir pozos en la ciudad, existente desde los primeros tiempos, como lo demuestra el hecho de que aun antes del traslado de la ciudad a la Isleta se abrió uno en ella, abriéndose otro mucho más tarde cerca de la puerta de San Justo (\*), volvió a sentirse con mayor intensidad en el siglo XIX, como consecuencia del aumento de la población. En 1830 dispuso el gobierno se comenzara la excavación de un pozo público en la plazuela de San Francisco (785). En el 46 funcionaba también otro en la plazuela de las Monjas, siendo ambos cegados entre el 60 y el 62. En 1875 se utilizaba uno situado frente a la tercera glorieta del Paseo de Puerta de Tierra.

En 1846 el problema del agua potable se agravó de tal manera que el gobierno intervino, nombrando una Comisión que, junto con el Ayuntamiento, determinase cómo realizar el proyecto de conducir agua a la Capital. En los tres años subsiguientes celebróse una subasta para instalar una cañería y construir albercas y fuentes; se estableció el fondo para costear estas obras municipales; los ingenieros Juan Manuel Lombera y Carlos Blume levantaron los planos e hicieron nivelaciones. Las demoras y vacilaciones que acompañaron a este proyecto, desde su principio, dieron lugar a que el gobernador iniciara en el 49 la práctica, perjudicial al progreso de las

783. P. T. de Córdoba: *Descripción de la Ciudad de San Juan*, 1845.

784. Torres Vargas: *Descripción*, etc., en 1/4/263.

\* V. los planos de O'Daly (1772) y otro anónimo titulado *Port et Ville de Porto-Rico* (1764) el cual muestra una inscripción sobre la puerta de San Justo que lee: "Porte ou est la Citerne".

785. Efemérides/51.

obras, de ordenar la transferencia de fondos del acueducto a las cajas reales para atender a necesidades momentáneas. De nada valió la alegación de que el arbitrio del acueducto estaba fundado en el derecho real. Siguióse cobrando el impuesto hasta que, en el año 63, se instruyó nuevo expediente para arbitrar fondos para la obra del acueducto. En el 55 el Ayuntamiento distrajo la suma de 20.000 pesos para hacer un préstamo a Real Hacienda. Mientras tanto, don Gustavo Steinacher propuso en el 53 traer a la Capital aguas rodadas de la quebrada de Juan Méndez, aun antes de que los ingenieros militares rindieran un informe acerca del proyecto de Lombera, estudio por el cual cobraron honorarios en el 57. Dos años después don Manuel F. Cuevas propuso realizar las obras, estudiándose en el mismo año la conveniencia de volver a transferir fondos a Real Hacienda para invertirlos en la edificación del Palacio de la Intendencia. El empréstito se hizo, saldándose la deuda en el 61. En 1863 llegó la real orden del 4 de enero mandando formular un nuevo proyecto para la construcción del acueducto. La incertidumbre reinante inclinó al Ayuntamiento a utilizar parte de los fondos en obligaciones extrañas al proyecto, haciéndose esta vez, en 1863, para costear la construcción de nichos en el cementerio. En el mismo año don José María Porrata solicitó un préstamo del consabido fondo municipal. Por real orden de 12 de enero de 1864, Isabel II autorizó al Ayuntamiento a encomendar la ejecución de los estudios para la obra del acueducto. En el mes de febrero se publican los requisitos de la subasta: se requería la construcción de un acueducto que funcionara exclusivamente por la fuerza de gravedad; exigíase una capacidad de cuatro millones de cuartillos diarios, o sea 100 cuartillos diarios por habitante, para una población de 40.000 almas, que incluía los vecindarios de Cangrejos y Río Piedras, con servicio de aguada para buques y de fuentes y lavaderos públicos; exigíase también realizar las ampliaciones de que fuere susceptible el proyecto para promover la irrigación de los terrenos destinados a hortalizas y otros pequeños sembrados que atravesara en su trayecto. El gobernador, que lo era a la sazón el general don Félix María de Messina, era árbitro absoluto para adjudicar la subasta, privándose a los licitadores del derecho de apelación. En obsequio a la antiquísima preocupación que hacían considerar a los ingenieros militares de servicio en la guarnición como la autoridad suprema en el ramo, refirióse el nuevo proyecto a informe del comandante de ingenieros, don Manuel Sánchez Núñez. La obra, sin embargo, no progresaba. En el 66 quiso dársele nuevo impulso. El Cabildo de la ciudad celebró una sesión en la Fortaleza para discutir medios y arbitrios.

Aparentemente se autorizó entonces a cobrar uno por ciento de recargo sobre derechos de importación, con destino a las obras. El fondo crecía, como lo reveló el balance general por el período 1847-1866, y las obras no se llevaban a cabo, continuando la Real Hacienda, los municipios de la Isla y algunas personas particulares utilizándolo para empréstitos. Creóse entonces el Consejo de Administración del Acueducto, sin duda con el fin tácito de atender a estas operaciones de carácter bancario. En el 67 la Real Hacienda se negaba a devolver el producto de la recaudación de los derechos del acueducto, hasta que, por real orden de 1884, dispúsose la devolución, atendiendo las persistentes demandas del Cabildo en ese sentido. En 1874 se discutía el proyecto del ingeniero Timoteo Lubelza para traer las aguas del río Piedras, obra que Carlos C. Gibbons propuso al año siguiente realizar si se le garantizaba un beneficio de siete por ciento. Caducada la concesión de Lubelza, en el 76, se discutió la conveniencia de subastar las obras. Nada se hizo al respecto, nombrándose en el 77 una comisión para determinar la forma más adecuada de llevarlos a la práctica. El ingeniero Enrique Gadea sometió entonces su proyecto. En el 79 comenzó el replanteo de la obra, treinta y tres años después de iniciadas las gestiones. No debieron pasar aquellos primeros pasos de la tarea de replantear, ya que entre el 85 y el 92 se consideraron otros proyectos de construcción sometidos, respectivamente, por Lubelza, Alameda y un sindicato inglés, entidad que obtuvo un contrato que fue, no obstante, rescindido en el 94. En el 89 el Ayuntamiento había solicitado se declarasen de utilidad pública dichas obras, así como autorización para aprovechar 50 litros de agua por segundo del río Piedras (\*). Mientras lustros enteros eran empleados en el interminable expedienteo, los indigentes de la ciudad sufrían, con característica indiferencia, la más grande escasez de agua. En 1891 vióse obligado el Ayuntamiento a instalar una bomba en el aljibe de un vecino acomodado para que supliera el precioso líquido a los pobres durante la sequía reinante. Por tercera o cuarta vez en el transcurso de medio siglo el Ayuntamiento nombró, en 1895, una comisión para que determinara el modo más conveniente de realizar la obra, de acuerdo con el último plan aprobado, el del ingeniero don Fernando Alameda, que consistía en traer por gravedad, las aguas del río Piedras, elevándolas en el punto de la toma a una altura superior al de la ciudad de San Juan. Por fin, al año siguiente comenzó el trabajo de cons-

\* V. XXXIII/junio 2 de 1890, acerca del decreto del Gobierno accediendo a esta solicitud.

trucción del depósito en Río Piedras y se llevó a cabo la subasta para colocar la tubería y accesorios. En el 97 se sometió a estudio la colocación de la tubería en los puentes de Martín Peña y San Antonio.

Quiso el destino que España no abandonara la urbe sin antes haber dado remate, aunque provisionalmente, a este aspecto de su labor civilizadora. En el 98 el alcalde don Matías Ledesma comienza el trabajo de instalación de tuberías en la ciudad intramuros, llegando el agua corriente a la urbe, con algún retraso, trescientos setenta y siete años después de su fundación y seis meses once días antes de cesar la soberanía española en la Isla. Declarada ya la guerra a España por los Estados Unidos, el Ayuntamiento procedió a toda prisa a instalar la tubería en la Marina para poder suministrar agua a la esperada escuadra española (786).

## EL ALUMBRADO PÚBLICO

Parece hasta cierto punto natural que el alumbrado público no se instalara en la ciudad, que parecía consagrada al ritmo lento del progreso bajo los Austrias, hasta la llegada del *siglo de la luz*. En las ocultas centurias, la décima sexta, décima séptima y décima octava, el alumbrado de los sitios públicos se concretaba a iluminar con velas y *hachas* determinadas casas, plazas y tabladitos que atraían al público en ocasión de las grandes festividades, tales como natalicios de los reyes y aniversarios históricos.

Asegura Coll y Toste, sin citar la fuente de donde tomó el dato, que el alumbrado público fue establecido el 22 de enero de 1820 (787), y agrega :

Los faroles con depósitos de aceite de oliva pendían de cuerdas atravesadas en las calles, de una casa a la otra de enfrente. Se puso de arbitrio municipal para sostenerlo el tributo de un maravedí por cada libra de pan (788).

Ocurrió el acontecimiento precisamente cuando empezaban a llegar a la ciudad los refugiados españoles de la guerra de independencia de Venezuela, trayendo consigo algunas nuevas ideas.

786. Consúltase el Archivo Municipal con relación a los datos relativos a la construcción del acueducto de la ciudad.

787. Carta a don José V. Rodríguez, en I/11/334-337.

788. I/11/336.

Para que la luz de estos faroles tuviera alguna uniformidad, hízose necesario mantener un servicio de despabiladores o peones provistos de una escalera que recorrían las calles, deteniéndose ante cada uno de los faroles para limpiar sus mechas de pavesas. El huracán de Santa Ana, ocurrido el 26 de julio de 1825, hizo estragos en los faroles colgantes de San Juan, dejando a la ciudad a oscuras durante muchos días (\*). Introducido el petróleo como iluminante, hacia 1855, empezáronse a usar en las plazas faroles de reverbero. Llamados así porque estaban provistos de un reflector. De tamaño mucho mayor que los instalados en las calles, estaban montados sobre pilares que sostenían un depósito de petróleo. Durante distintos períodos desde el 22 hasta el 98, empleáronse simultáneamente distintos sistemas de iluminación. Obtenida por don Gustavo Steinacher una concesión por cinco años, en 1853, para operar una fábrica de gas hidrógeno, que se instaló en la Marina el 56, continuó usándose hasta entonces el farol de aceite en dicho barrio y en otros lugares apartados, tres o cuatro años después. En el 1857 instaláronse faroles de gas en la plaza del Mercado, la Real Cárcel y el Teatro Municipal. Para esta época era todavía general el uso doméstico del candelero con guardabrisa (789). Un documento de 1865 nos habla de ciertas sesiones nocturnas del Cabildo de la Ciudad celebradas a la luz de velas de esperma (790), suponemos que por motivo de alguna interrupción en el servicio de gas. Del 69 al 75 se discutía si el alumbrado público debía ser contratado, subastado o administrado por el Ayuntamiento, adjudicándose finalmente a don Julio Steinacher un contrato por veinticinco años, después de haber sido aprobado un reglamento del gasómetro que determinaba las obligaciones de la empresa con el público. En la novena década del siglo empezó a diligenciarse la instalación del alumbado eléctrico, siendo don Ulises del Valle el primero en proponerlo y don Carlos Asencio el primero en obtener una licencia para instalarlo. En el 91 propuso don Carlos Giorgi la adopción del sistema mixto de gas y electricidad.

La posibilidad del establecimiento en la ciudad de un competidor de la empresa de gas suscitó, en 1892, violentas discusiones acerca de las tarifas de ésta, llegando algunos apasionados a romper los faroles de gas en la vía pública. El Ayuntamiento inquirió de la

---

\* En 1831 el Ayuntamiento compró en 6,000 pesos la invención de un Guillermo Beiland, que producía un gas iluminante mediante un compuesto de aguardiente y aguarrás. Era tan peligroso el manejo del aparato que hubo de abandonarse.

789. 1/11/336.

790. Prontuario: 341.

Sociedad Anónima Luz Eléctrica si podía suministrar su producto a la ciudad. El 15 de febrero de 1898 recibió don Melquíades Cueto autorización para que dicha sociedad instalara un sistema de alumbrado en la Capital. Aprovechando la breve visita de la Infanta Eulalia, en el mes de mayo, esta compañía llevó a cabo la primera iluminación por la electricidad jamás vista en la Capital. Ocho focos y seiscientas lámparas incandescentes inundaron de luz los alrededores del templete que sirvió de embarcadero a S. A., haciéndole parecer a los ojos desacostumbrados de los sanjuaneros, «un templo griego flotando sobre las aguas de la bahía». Pocos meses después la empresa del gas impugnaba el derecho de su rival a iluminar determinados lugares de la ciudad. Entre el 94 y el 98 se gestionó la extensión del alumbrado eléctrico a otras partes de la urbe, desplazando lentamente la electricidad al gas, hasta que éste desapareció de las calles en 1903.

### PAVIMENTACION Y CONSERVACION DE LAS CALLES Y PLAZAS

A pesar de que se había aprobado un impuesto municipal para la composición de las calles en una fecha desconocida del siglo XVIII, impuesto que fue incorporado a Real Hacienda en 1765 (791), el abandono de las calles era tan notorio que diez años después Real Hacienda convino en asignar mil pesos anuales al Ayuntamiento para componerlas, a cambio del impuesto sobre los frutos de España y América destinados para el consumo (792). En el 1784, gracias a los insistentes requerimientos del comandante de Ingenieros, don Tomás O'Daly, se proveyeron fondos, procedentes de una contribución de tipo variable impuesta a las bebidas, comestibles y otros frutos que se introducían de España y América (\*), para empedrarlas con *chinos* o cantos rodados, dejándose el arroyo al centro revestido con losas del país (793). Las obras fueron continuadas por el gobernador Castro (1795-1804). Hicieron aceras en las calles principales con ladrillos puestos de canto. Solíanse reparar las de las apartadas caletas, cuando apretaba la penuria, con canillas de res, incrustadas en el pavimento. En el 24 el Cabildo consideró el «pésimo estado» de las calles, pero nada se hizo hasta el 32, año en que empezaron a

791. XXXVI/76.

792. Ibid: 66.

\* P. T. de Córdoba: *Memoria*, 1838, pág. 126.

793. V/321 y VI/196.

cambiarse los ladrillos de algunas aceras por losas de Canarias, continuándose el empedrado por el contratista don José de Jesús Goenaga, hasta dejarlo terminado en el 40 (794), con excepción del callejón de Catedral, las calles de Norzagaray y Morovis y un espacio abierto llamado plazuela de San Sebastián, y situado frente al polvorín del mismo nombre, permaneciendo la calle de Beneficencia y las de la Marina sin afirmar hasta muy cerca de la novena década. Del 38 en adelante empleóse la mitad de los derechos de Aduana para estas obras y las del Teatro Municipal (795). Tratóse de ayudar a la conservación de las aceras en el 41, disponiéndose en el Bando de Policía del gobernador Méndez de Vigo, que no se permitiera estacionar las bestias de carga que llegaban del campo en las aceras, por más tiempo que el necesario para cargarlas o descargarlas (796). A consecuencia de la instalación de las tuberías de gas en el 57 quedó arruinado el pavimento de las calles, haciéndose necesaria la intervención de la Junta de Caminos en su conservación. Del 68 al 70 cubriéronse algunas aceras con losas de los Pirineos, Vizcaya y Canarias.

Lleváronse a cabo los primeros trabajos para sustituir el empedrado de las calles por adoquines en 1883, ensayándose en el trozo de la calle de San Francisco, frente a la Casa Consistorial, y continuándose en la de Tanca, y otras transversales en el 90, abandonándose entonces la práctica de construir un solo arroyo central por los dos laterales que ahora tienen. Prosiguió el trabajo en parte bajo la dirección del arquitecto don Arturo Guerra, entre los años 98 y 97, adquiriendo para ello el Ayuntamiento de ocho a nueve mil toneladas de adoquines de escoria. Terminóse también el afirmado del recinto Norte, adoquinándose los del este y oeste, así como la calle del Sol, en el 98.

## EL ALCANTARILLADO Y LA LIMPIEZA DE LAS CALLES

El alcantarillado hubo de sustituir los cauces del desagüe natural del solar de la ciudad, utilizados durante más de tres siglos, con salidas en el costado oeste cerca de la puerta de San Juan y en el sur por tres caños, uno situado frente a la puerta de San Justo y otros dos entre éste y la batería baja de Santiago, en la esquina

---

794. XX/55-56.

795. XXXIII/Año 1838.

796. Art. 2.º, del *Bando*, reproducido en I/4/223-225.

sudeste del recinto (797). Utilizados dichos desagües, durante más de tres siglos, la obra del alcantarillado se prolongó sesenta largos años, empezando en 1844 por la construcción de una alcantarilla que vertía sus aguas en el canal de entrada a la bahía, junto a la puerta de San Juan, en la calle del Caño (extremo occidental de la actual calle de San Francisco). Tres años después se continuó la obra desde el cuartel de San Francisco hacia la bahía, por la calle de O'Donnell. En el 66 se convino prorratear el coste de la obra entre los vecinos beneficiados. Continuaron los trabajos con actividad del 74 al 75, mientras gobernaba la Isla, por segunda vez, el general Sanz.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX progresaron lentamente, terminándose las alcantarillas del Hospital Militar (medida que mejoró notablemente las condiciones sanitarias del edificio, toleradas desde su construcción en el siglo XVIII), la de la Marina, el Asilo de Beneficencia y en las calles principales de la ciudad en el 94, dándose con ello fin a la práctica, obligada en las calles que no tenían alcantarillado, de recolectar las aguas sucias en pipotes rodados que se vertían en las alcantarillas de las esquinas cercanas. En el 97 se terminó la alcantarilla maestra de la marina, con desagüe frente al edificio del Presidio.

El estado de abandono de la limpieza pública, antes del siglo XIX, debió ser completo, si tenemos en cuenta que la primera su-  
basta para la extracción de basuras, de que tenemos noticia, se celebró en 1847 y que se prohibió, en 1853, arrojar aguas sucias a la vía pública antes de las once de la noche. En la octava década empezó a confiarse la limpieza de las calles a pelotones de presidiarios, considerándose en el 94 la conveniencia de adquirir una bomba de vapor para expeditar el trabajo, máquina que estaba en servicio el año de la invasión norteamericana.

## **LAS PLAZAS DE LA CIUDAD**

El sitio de «razonable anchura» que los Padres Jerónimos recomendaban señalar para la plaza principal, en su orden de traslado del año 1519, fue hábilmente seleccionado y es el mismo que ha ocupado desde entonces. El nombre ha cambiado repetidas veces: plaza de *Armas*, durante los siglos XVI y XVII (y aun en el tiempo de nuestra propia generación), nombre que indica que en ella se ce-

---

797. V. el plano de don Luis Venegas Ossorio, año 1678.



lebraban las «muestras» o revistas de los vecinos armados que, a falta de guarnición, defendían la ciudad en el siglo XVI, antes de que se destinaran a ella tropas regladas; plaza Mayor (798), en los dos siguientes; de la *Constitución* y de *Alfonso XII*, sucesivamente, desde el 1820 al 1898. El plano holandés de 1625 la señala como simple *Mercado*, función que parece haber desempeñado secularmente, ya que aun en el primer tercio del siglo XIX se le llamaba corrientemente *plaza de las Verduras*. Fue sin duda la plaza de Armas el sitio aludido por Layfield como plaza de *mercado*, donde fue ejecutado en la horca un soldado de Cumberland que había ofendido a la esposa de un español: Ignoramos durante cuantos incontables lustros permaneció la plaza Mayor abandonada a la hierba y a los matojos en donde se permitía pacer tranquilamente a los jumentos de los vecinos.

En el siglo XVIII se instalaron en sus costados el Hospital del Rey y el cuartel de Presidarios o de los Desterrados, que alojaba los confinados traídos de fuera de la Isla para trabajar en las fortificaciones. La Casa de la Ciudad conservaba su aspecto de casona de pueblo español del siglo anterior. Hacia 1840 elevóse unos tres pies el nivel de la plaza sobre el de las calles circundantes, dándose acceso a ella por cuatro escaleras, cubriéndose de losas toda su área y construyéndose un pretil con verja de hierro a su alrededor y numerosos asientos de losa. Así nos la representa un grabado de 1860, que muestra las cuatro esquinas de la plaza afeadas por unas horrendas figuras vaciadas en bronce, representativas de la Lealtad, Agricultura, Industria y Comercio, colocadas sobre un pretil. A mediados de siglo estaba rodeada de casas de dos pisos, la planta baja de las cuales ocupaban tiendas de provisiones (799). La última reforma de la plaza, durante el régimen español, llevóse a cabo en el 95.

Hacia 1860 despertóse cierto interés público en el ornato de la ciudad. Sus plazas presentaban un aspecto de completo abandono. Animales sueltos pastaban en la plazuela de Santo Domingo, interrumpiendo a veces con sus andanzas los servicios religiosos en la vecina iglesia. En el 62 se proyectó la reforma de la plaza de Santiago, sombreada entonces por viejos almendros y mejorada con un piso de hormigón y algunos asientos de piedra, como estaba en tiempos de don Pedro Tomás de Córdoba; pero las obras no se

798. Un documento de 1747 reproducido en 1/5/164 da este nombre: reapareciendo en otro de 1812, en 1/2/5.

799. Coll y Toste: *Como se convirtió la antigua plaza de Mercado en Diputación Provincial*, en 1/12/27.

realizaron hasta el 70. En el 68 se remató la pavimentación de la de Santo Domingo y en el 70 se llevó a cabo la composición de la pintoresca plazuela de San Francisco. Por fin, en 1876, el Ayuntamiento creó el cargo de horticultor, como reza el expediente relativo a este asunto, para cuidar de los árboles y jardines de las plazas, dedicándose especial atención, dos o tres años después, a levantar un jardín en la plaza Mayor, prolongado hasta el patio de la Intendencia. Para plantar el jardín volvió a rebajarse el nivel de la plaza como estaba antiguamente. Suprimiéndose el primero de estos jardines en el 88, cuando se llevó a cabo la reforma de aquel lugar para prepararle decorosamente a contribuir a cierto impulso progresista que se manifestó en aquellos días. Por alegada falta de recursos se había suprimido entonces el horticultor, haciendo un confinado las veces de jardinero. Evidentemente la ciudad nunca dispuso de los medios adecuados para atender propiamente al ornato público.

El paseo de la Princesa, proyectado, de acuerdo con un atrayente plano en colores levantado en 1852, para hermosear los terrenos ganados desde 1804 a los manglares adyacentes a la muralla del recinto sur que daban frente a La Puntilla, consistía de una avenida central, en cuyo punto medio se construyó una glorieta. La avenida, con pavimento de hormigón, estaba flanqueada por una arboleda, protegida por una verja y por el jardín botánico municipal. Empleáronse en su construcción fondos procedentes de muy diversas fuentes, incluyéndose algunas multas por delito de imprenta. En el 54, siendo director de las obras el comandante de Artillería don Manuel Urréjola, la Real Audiencia condenó a don Felipe Conde, dueño de un periódico de Ponce que había empezado a publicar el poema de Daniel Rivera, *Agueybana el Bravo*, a pagar una multa de mil pesos por ciertas palabras encendidas de odio a España que había puesto en boca de su héroe. La cantidad de 393 pesos que produjo el remate de la imprenta en que se imprimió el poema ofensivo, se destinó a la compra de cuatro estatuas de mármol que representaban las Estaciones, con que se adornó la glorieta de la Princesa (800). En el 72 estas estatuas fueron instaladas en la plaza Mayor, reemplazándolas por los adefesios a que nos hemos referido antes, montados sobre sus cuatro esquinas. En el 92 se urbanizó el espacio comprendido entre el paseo de la Princesa y el terreno antes ocupado por la puerta de San Justo y una parte de las murallas adyacentes, dándosele el nombre de avenida Daván

---

800. Antonio S. Pedreira: *El Periodismo en Puerto Rico*, págs. 71-72.

y colocándose en su glorieta las estatuas de las Estaciones que estaban en la plaza Alfonso XII. El paseo de Puerta de Tierra, llamado también de la Covadonga, fue diseñado hacia mediados del siglo XIX, consistiendo de una avenida de aproximadamente 740 yardas de longitud, que se extendía hasta la cortadura o zanjón defensivo que atravesaba la Isleta frente a las fortificaciones del Abanico. Tenía el paseo tres glorietas o plazoletas circulares, equidistantes (801), una de las cuales, llamada de la Lealtad, se destinó, en 1898, sin lograrse jamás, para ubicar la estatua del general Ramón de Castro. En 1886, el pasco estaba pavimentado y sombreado de hermosos almendros, habiéndose construido, veinte años antes, una casa de recreo, muy concurrida durante las fiestas de la Covadonga, celebradas con fervoroso entusiasmo por la colonia asturiana.

## LA PLAZA DEL MERCADO

Reglamentado el incipiente mercado de víveres del país en 1765 por el Mariscal O'Relly, a fin de asegurar la obtención de provisiones frescas a los soldados de la guarnición (802), continuóse, sin embargo, la práctica durante cerca de un siglo más, de expendir los frutos del país al aire libre, por falta de un edificio *ad hoc*, ya fuere en la puerta de San Juan, a donde eran antiguamente conducidas en canoas las verduras, aves y frutas de Palo Seco y otras riberas, en el muelle construido en el siglo XVIII frente a la puerta de San Justo y en la plaza Mayor, a donde eran principalmente transportadas por las bestias de carga procedentes de Cangrejos y El Roble. La reglamentación de los mercados públicos, acordada en 1822 (803) inspiró en el Cabildo el propósito de hacer desaparecer los puestos de verdura tolerados en la plaza Mayor desde remotos tiempos, reclamando infructuosamente al año siguiente el solar de su propiedad en donde estuvo el cuartel de Milicias de San Carlos, detrás del bastión de las Animas en el barrio de Santo Domingo, para instalar una plaza de Mercado (804). No habiéndose podido realizar este proyecto, se construyó el primer edificio para mercado en el solar del antiguo cementerio de Catedral, entonces abandonado y convertido en un predio arbolado y cercado que llamaban el *guiriguiví* (\*),

801. V. el plano de San Juan por don Francisco Coello, capitán de Ingenieros, año 1851.

802. *Memoria*, en I/8/112.

803. X/286.

804. VII/legajo de 1823.

\* XX/96.

en la esquina frente a la noroeste de la plaza Mayor. Un año antes se había subastado la construcción del edificio de la Pescadería en el barrio de la Marina. Habiendo dispuesto la Diputación Provincial, en 1873, la construcción de su palacio en un solar en donde estaba ubicado el Mercado, el Ayuntamiento emprendió la edificación de una nueva plaza, terminándola hacia el 74, en el solar del antiguo cuartel de San Carlos a que nos hemos referido antes.

## EL SERVICIO POSTAL

A pesar de que cuando la ciudad se instaló en la Isleta hacía siete años que la Corona había tratado de imprimir una semblanza de organización al servicio de correos de América, creando para el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal el cargo vitalicio de administrador de correos, con carácter de monopolio hereditario, bajo el título de Correo Mayor de las Islas de Indias y Tierra Firme del Mar Océano (805), los vecinos de la ciudad de Puerto Rico continuaron durante más de tres cuartos de siglo padeciendo los inconvenientes, dilaciones, incertidumbres y graves perjuicios resultantes de un servicio, más nominal que efectivo, que no disponía de buques-correos ni de otras naves cuyos viajes estuvieren sujetos a itinerario fijo, y que, por lo tanto, dependía únicamente de las oportunidades para transportar correspondencia que al azar le brindaran las naves o flotas, mercantes o de guerra, que navegaban entre España y las colonias de América. En realidad, la cédula de creación del cargo de Correo Mayor, en cuanto a organización del servicio postal se refiere, se limitaba a disponer que el despacho y la transportación de la materia postal quedaban desde ese día sujetos exclusivamente a la voluntad del Correo Mayor, quien con tal objeto podían emplear «a sus criados o familiares». Tal estado de cosas daba lugar a que los funcionarios coloniales intervinieran indebidamente en el despacho del correo coartando el derecho natural de los vecinos a comunicar su pensamiento por escrito y hasta violando a veces las cartas particulares. Para remediar estos males dispuso Carlos V, por virtud de una cédula de 11 de enero de 1541 (806), que la correspondencia con las Indias fuera libre y sin impedimento, que los que llevaran cartas no estaban obligados «a manifestarlo ante ningún Gobernador ni justicia». Reconociendo a ren-

---

805. Cédula de la Reina doña Juana, fechada en Madrid el 14 de mayo de 1514.

806. V. la *Recopilación de las Leyes de Indias*.

glón seguido el principio de la inviolabilidad de la correspondencia, dióle validez legal, fijando las penas de confiscación de bienes, destierro de Indias y privación del oficio a los transgresores. Pero la notoria indisciplina de los gobernadores de la Isla, y de otros ministros de Indias, dio frecuentemente al traste con la sabia disposición real. Continuaban éstos violando y deteniendo la correspondencia oficial y privada, llegando a conocimiento de Felipe II el hecho de que por estas causas no había sido informado de muchas cosas tocante a la religión y administración pública y que sus vasallos del Nuevo Mundo no se atrevían a escribir, temerosos de que por ello les pudieran resultar inconvenientes. Consecuencias de todo esto, dictó Felipe II su cédula de 14 de septiembre de 1550, ratificando la disposición de 1541 sobre la inviolabilidad de la correspondencia, haciéndola esta vez específicamente extensiva a los eclesiásticos de cualquiera dignidad o condición que fueren (807). En el segundo tercio del siglo el mismo Monarca ordenó al gobernador de Puerto Rico, Bahamonde Lugo, que «dejar libremente a los vecinos desta cibdad y estantes (transeúntes) y abitanes en ella escribir cualesquier cartas, aunque fuesen contra él». En 1569 se imputaba a este gobernador que, a pesar de las reales instrucciones aludidas, él había interceptado numerosas cartas escritas por los vecinos (808). El capitán Pedro Salazar, constructor del primitivo hornabeque del Morro, escribió desde San Juan una carta a Felipe II rogándole que le escribiera «en cifra» ó clave, ya que el gobernador Menéndez de Valdés violaba su correspondencia, interesado como estaba, en conocer los incidentes de su misión en la ciudad (809). Aparentemente dicha carta indujo a S. M. a promulgar una cédula, al año siguiente, recordando que ni las autoridades civiles ni las eclesiásticas estaban facultadas para violar la correspondencia. La continua incertidumbre inducida por los abusos de los funcionarios reales, los azares de la navegación a la vela, los ataques de los piratas y de las naves de guerra enemigas, hicieron adoptar a muchos remitentes la costumbre de enviar duplicados de una carta en distintas ocasiones, hasta que se recibía un acuse de recibo (810). Logróse algún adelanto a principios del siglo XVII, ordenándose por Felipe III, en 1608, que se llevara en la Casa de Contratación un registro de los pliegos de cartas de que se

---

807. V. la *Recopilación de las Leyes de Indias*.

808. Pliego de Cargos contra el gobernador Francisco de Bahamonde y Lugo, apartado 14, en I/12/9.

809. V. el texto de la carta fechada en la ciudad de Puerto Rico el 10 de agosto de 1591, reproducida en I/4/317-323.

810. *Ibidem*.

haría cargo a los generales, almirantes y maestros de la naos. Las cajas de correo que hacían entonces las veces de valijas, deberían ser «cajones medianos, bien clavados, precintados, embreados y cubiertos con encerados dobles y muy bien acordonados». Otras varias disposiciones contribuyeron a mejorar lentamente el servicio, imponiendo nuevas obligaciones y responsabilidades a los funcionarios que utilizaban o intervenían en el servicio postal, tendientes a proteger la inviolabilidad y seguridad de la correspondencia, especialmente de la oficial (811). En 1628 se fijó el porte de una carta sencilla de una onza de peso, procedente de Indias, en un real, pagándose un real por cada onza de exceso, hasta el peso de una libra (812), y medio-real por cada onza en exceso de dicho peso. Esta misma ley dispone que el Presidente y Jueces de la Casa de Contratación cobren los portes de las cartas y despachos de Indias y lo remitan al rey; atribúales jurisdicción en los casos de violación y substracción de la correspondencia.

Los primeros esfuerzos por modernizar el servicio postal de América datan del siglo XVIII, cuando Felipe V, echando a un lado el monopolio del Correo Mayor que la familia Carvajal había ejercido durante muy cerca de dos siglos, arrendó el servicio postal de Indias, en 1707, a don Diego de Murga, imponiéndole, entre otras obligaciones, la de construir seis fragatas-correos para el servicio de Indias. Estableció un arancel de un escudo de plata por cada carta transportada de España a América, o viceversa, y dispuso el establecimiento de oficinas postales en los puertos de Veracruz, Habana, Cartagena, Portobelo y Panamá. Estuvo el servicio arrendado hasta el 1718, año en que se incorporó al Estado, nombrándose un Administrador General de Correos del Reino.

Dando una nueva prueba de su espíritu progresista Carlos III estableció, por una cédula de agosto de 1764, el servicio de buques correos de Indias que, partiendo de la Coruña, una vez al mes, dejarían la correspondencia en La Habana. A fin de que le representara en la superintendencia de los asuntos atinentes al ramo en Puerto Rico, nombró Subdelegado de Correos, Postas y Estafetas a su gobernador, que lo era entonces don Ambrosio Benavides (813), práctica que se continuó y ratificó definitivamente en 1785, «mientras S. M. no nombrare sujeto determinado que la sir-

811. V. *Historia del Correo en América*, por Cayetano Alcázar, Madrid, 1920.

812. *Recopilación de las Leyes de Indias*.

813. Real Cédula N.º 237, de 18 de octubre de 1764.

van (814). Dictó instrucciones precisas para el Administrador de Correos de Puerto Rico (815), para los patronos y pilotos de los buques correos (816) y para el Administrador de Correos de la Coruña, relativas a la dirección de pliegos a Indias (817). Pero las contingencias de la navegación a la vela pronto hicieron cambiar los planes originales, poniendo de manifiesto la conveniencia de que los buques correos procedentes de la Coruña tocaran en San Juan de Puerto Rico antes que en La Habana (818), recibiendo la correspondencia y entregándose la saliente mientras el buque estaba a la vela, sin obligarles a entrar en el puerto (819). Usaban como distintivo los paquebotes banderas y gallardetes con el escudo de las armas reales orlado con el Toisón de Oro y sentado sobre dos ramos enlazados de palma y olivo (820). Siendo considerados buques de guerra, los paquebotes correos que enarbolaban el gallardete en el palo mayor.

En 1775 la administración de correos en Puerto Rico estaba confiada a un administrador principal, con 1.300 pesos al año, y un oficial mayor interventor (contador) con 500 pesos, pagados por la misma renta (821). De acuerdo con la Real Ordenanza del Correo marítimo expedida en 1777, se ratificó la disposición de 1765 que incluía tácitamente a Puerto Rico en la jurisdicción de la Administración principal de La Habana (822), estando obligado el administrador principal de Puerto Rico a rendirle cuentas y remitirle los caudales de la renta. Exigía también la dicha ordenanza a los capitanes de los paquebotes que, si a su salida de Puerto Rico el tiempo lo permitía, hicieran rumbo al puerto de Monte-Christi, en la costa norte de la Española, para dejar los pliegos destinados a Santo Domingo, continuando viaje a La Habana.

Establecida la línea de paquebotes correos a Indias, se suprimió la antigua práctica de utilizar naves de guerra para transportar la correspondencia, aunque hasta mediados del siglo siguiente éstas fueron empleadas cuando no estaban disponibles los buques correos.

814. Real Cédula N.º 535, de 12 de octubre de 1785.

815. Real Cédula N.º 228, de 24 de agosto de 1764.

816. Real Cédula N.º 229 de 24 de agosto de 1764.

817. Real Cédula N.º 230 de 24 de agosto de 1764. V. también la N.º 231 de 26 de agosto, sobre el establecimiento del nuevo sistema de correos.

818. IV/130-132.

819. Real Cédula N.º 293 de 24 de junio de 1766.

820. Real Ordenanza del correo, año 1777, tratado IV, Tit. I, Art. V.

821. IV/132.

822. Tratado III, Tit. I, Art. 1.

El siglo XIX trajo consigo un cambio revolucionario en la sistematización de la correspondencia oficial de Puerto Rico: establecióse la práctica en 1814, como una concesión del recién restaurado régimen absolutista a la teoría del gobierno impersonal sostenida por el constitucional que había caído, de fijar conductos de transmisión para la correspondencia de los distintos ramos a través del Ministerio Universal de Indias, prohibiéndose, además, que los jefes subalternos y oficiales de la administración se dirigieran directamente al Monarca, debiendo hacerlo únicamente por conducto del gobernador de la Isla (823).

Durante el primer tercio del siglo XIX, según Tapia, el servicio de correos marítimos entre los puertos de Cádiz y San Juan lo hacían cuatro bergantines goletas, «bastante veleros, conocidos con los números del 1 al 4» (824). Luego de regresar a La Habana, dejaban a la ciudad sin comunicación directa con la Península hasta el próximo viaje, enviándose, en el intervalo, las cartas a la mano de algún pasajero o capitán de barco, como se había venido haciendo desde el siglo XVI, cuando no había otro remedio.

Establecida hacia mediados del siglo XIX la línea de vapores correos de la Península a La Habana, en el 51 elevó el Ayuntamiento de San Juan un suplicatorio a Isabel II solicitando que dichos vapores hicieran escala en este puerto. Al año siguiente se celebró un contrato para el transporte del correo en el vapor «Fernando el Católico».

El franqueo previo por medio de estampillas, establecido en Inglaterra en 1839, fue implantado en España en el 50 y hecho extensivo a la Isla de Puerto Rico por una real orden del 56, para tener efecto el 1.º de enero de 1857 (825). Los primeros sellos que circularon en la ciudad pertenecían a la emisión española de 1857; estaban exornados con el busto de Isabel II y correspondían a las denominaciones de dos y cuatro cuartos, uno y dos reales. Empezáronse a vender las estampillas en las receptorías de Hacienda. Habiendo sido elevada a administración general la de correos de Puerto Rico en el 66, fue a poco instalada en la calle de Tetuán número uno, cerca del bastión de la Palma (826).

A pesar de que en la novena década del siglo el servicio postal estaba bien organizado y se había subastado el servicio de vapores

823. Real orden de 14 de noviembre de 1814.

824. XX/27.

825. Coll y Toste: *Historia del Servicio de Correos en Puerto Rico*, reproducido en I/5/224-228.

826. XXIX/125.



correos de San Juan a La Habana, ocurría con alguna frecuencia que, al hacer escala en San Juan los transatlánticos, se llevaban para La Habana una buena parte de la correspondencia destinada a San Juan, devolviéndose con gran retraso.

En cuanto al correo terrestre, inicióse hacia 1764 un servicio rudimentario al cuidado de los tenientes a guerra. Siendo los tenientes a guerra de los pueblos y departamentos interiores de la Isla una especie de alcaldes y jueces pedáneos, cuyas funciones y atribuciones fueron reglamentadas por el gobernador Miguel de Muesas (\*). (*Directorio general*, de marzo 22 de 1770), y siendo ellos los únicos representantes de la autoridad en los pueblos y partidos, parecía inexcusable encargarlos de la transmisión de la correspondencia oficial. Y así se hizo en efecto, permitiéndoseles emplear conductores o postillones para conducir el correo de un partido a otro. Las fuertes lluvias que caían durante ocho meses del año sobre la Isla, entonces casi enteramente cubierta de bosques y breñales, hacían intransitables las veredas y caminos de herradura que, a falta de calzadas, comunicaban los pueblos entre sí; la despoblación de la Isla, que para esa época estaba relativamente desierta, contando con sólo unos cuarenta mil habitantes; la pobreza extrema de la población y de la Real Hacienda, circunstancias todas que hacían el servicio de los postillones sumamente penoso, obligándolos a abandonar sus hogares durante largos días, viviendo mientras tanto a la aventura. A pesar de que se intentó aliviar algo su situación excusándolos del servicio militar obligatorio (827), y proveyéndolos de pasaportes, expedidos por los tenientes a guerra, para expedir su tránsito de pueblo a pueblo, los infelices postillones no podían hacer frente a las penalidades de semejantes tareas y con frecuencia abandonaban de improviso el cargo, perdiéndose la correspondencia que conducían (828). Hízose el trabajo de estos conductores tan intolerablemente deficiente que fue necesario militarizar el servicio, sustituyéndolos, en 1783, por soldados de las Milicias Urbanas de Caballería. Siendo la Capital el centro de distribución de la correspondencia, dispúsose que ésta se clasificara en dos grupos, la destinada a la parte occidental y a la oriental de la Isla, encargándose cada uno de éstos a un postillón de dichas Milicias. Partiendo ambos de la Casa Consistorial de la ciudad, uno portaba

\* José María Zamora y Coronado: *Registro de Legislación Ultramarina*, La Habana, 1839, pág. 197.

827. Real cédula N.º 236, de 18 de octubre de 1764.

828. V. el *Directorio General de Muesas*, año 1770, artículo 18, sobre *Cartas y correos*.

la correspondencia para los pueblos de occidente, entregándola al teniente a guerra de Bayamón y recibiendo de él la destinada a San Juan; el otro postillón se dirigía a Río Piedras, haciendo una operación similar con el correo, entrante y saliente, de la parte oriental de la Isla. El cartero que distribuía esta correspondencia a domicilio cobraba un *medio* por cada pieza (829). En 1809 la Villa de Coamo solicitó de don Ramón Power que gestionara el establecimiento de correos semanales con la Capital, dato que nos da una idea de la lentitud del servicio en aquellos tiempos. Mantúvose la intervención de los tenientes a guerra en el servicio postal terrestre durante cincuenta años, suprimiéndose en 1815, al disponer el gobernador Meléndez que fueran sustituidos, sólo en cuanto a estas funciones se refiere, por algunos españoles, refugiados de la guerra de Venezuela, que el gobierno interesaba proteger.

Réstanos referir, por la relación que el hecho tiene con la historia de la ciudad, que al crearse el Cuerpo de Comunicaciones de Puerto Rico, en 1886, quedó definitivamente organizado el servicio postal de Puerto Rico bajo la dominación española, fundiéndose con el telegráfico (830). Siendo la ciudad asiento del gobierno autonómico creado en 1898, en ella funcionó durante algunos meses la Secretaría de Obras Públicas y Comunicaciones, encargada de dirigir la administración general de correos en la Isla. En vista de la creciente tirantez de las relaciones entre los Estados Unidos y España en dicho año, dispuso el Gobierno el establecimiento en San Juan de una oficina, localmente conocida por el nombre de Gabinete Negro, para censurar la correspondencia procedente de aquel país.

## EL TELEGRAFO TERRESTRE Y SUBMARINO

Habiéndonos referido en páginas anteriores al establecimiento, por razones de conveniencia militar, de la primera línea telegráfica que unió a la Capital con la Isla (831), diremos ahora que este servicio (con la ciudad de Arecibo) fue inaugurado el 22 de noviembre de 1869 y que la explotación de la línea quedó sujeta a las mismas medidas que se habían dictado al respecto para la Isla de

829. Coll y Toste; 24.<sup>a</sup> Conferencia sobre Historia de Puerto Rico, reproducida en I./13/129-139.

830. Real orden de 29 de julio de 1886.

831. Pág. 132.

Cuba (832). La oficina telegráfica de San Juan recaudó 7.076 pesos en el año 1870-71 (833), hecho indicativo de que casi desde su iniciación los capitalinos acogieron con favor el servicio, si tenemos en cuenta que los ingresos del primer año completo de operación casi igualaron al coste de construcción de la línea original entre Arecibo y San Juan, que sólo llegó a 7.850 pesos, más de dos terceras partes de los cuales habían sido cubiertos por suscripción popular. Sin embargo, doce años más tarde, la Capital ocupaba el noveno lugar entre las poblaciones de la Isla, con respecto al volumen relativo del tránsito teleográfico privado, cediéndole los ocho primeros puestos a las poblaciones que eran centros agrícolas e industriales, especialmente del azúcar, café y ganado (834).

Es de interés histórico anotar que desde el principio el Gobierno prohibió, evidentemente por razones de seguridad pública, la transmisión por telégrafo de mensajes en clave o signos secretos, y concedió el uso gratuito y preferente del telégrafo, entre otras autoridades, a los principales jefes militares y navales de la Isla (835). Para satisfacer las exigencias administrativas del complejo político-religioso, se concedió al Obispo de Puerto Rico igual franquicia (836).

Una buena parte del año 69 empleóse en planear, además, la construcción y funcionamiento de la red telegráfica de la Isla, en redactar el reglamento del ramo, dictar instrucciones para su cumplimiento y gestionar la aprobación de la Regencia, la que se obtuvo el 9 de febrero del año siguiente. Dispónese en la orden que la trasmite, que el material se adquiriese, como en el caso de Cuba, en los Estados Unidos y que los telegrafistas fueran enviados de Cuba (837).

De acuerdo con estas disposiciones, continuóse la construcción de nuevas líneas durante el período de 1870 al 78, hasta formar una red compuesta de dos líneas generales que, partiendo de la ciudad, la unían con las regiones occidental y oriental de la Isla. Enlazaba la primera, junto con sus ramales, casi todos los pueblos de las costas norte, oeste y sur, terminando en Guayanilla; la segunda

---

832. Orden del Poder Ejecutivo, fechada en Madrid, el 27 de marzo de 1869.

833. Rev. de Obras Públicas, agosto de 1924, pág. 279.

834. V. *Población y comercio de la Isla de Puerto Rico*, por J. Jimeno Agius, año 1885, reproducida en I/5/279-315.

835. Rev. de Obras Públicas, agosto de 1824, pág. 281.

836. La primera tarifa fijada fue de 50 centavos por 1 a 10 palabras y 75 de 10 a 20, con un aumento de 25 centavos por cada 10 palabras adicionales. En vista de que el servicio se había estado operando con pérdidas, la tarifa fue reducida, en el 85, a 20 centavos por cada 15 palabras y 2 centavos por cada palabra adicional.

837. Orden de aprobación reproducida en I/9/375.

línea llegaba hasta Salinas, dejando conectadas las poblaciones del litoral de la sección oriental y algunas del interior, por medio de ramales. Habiéndose extendido la línea de Guayanilla a Ponce en el 74, cuatro años más tarde estaba en estudio la construcción de la línea central que había de unir la Capital a Ponce, a través de Arecibo y Utuado (838).

Organizado el Cuerpo de Comunicaciones de Puerto Rico, en el 86, se le dio carácter semimilitar, sin duda con el fin de que en caso de guerra pudiera adaptarse rápidamente a las necesidades militares, especialmente la sección de Telégrafos, como, en efecto, se hizo durante la guerra Hispanoamericana (839).

No parece aventurado afirmar que el establecimiento del servicio de cable submarino en las Antillas españolas tuvo una íntima relación con su desenvolvimiento político. En junio de 1867 comienza en Cuba la conspiración que hubo de culminar, casi un año después, en el grito de Yara, principio de la guerra de los Diez Años. En el 67 principia el Ministerio de Ultramar en Madrid a gestionar la instalación de un cable submarino en el futuro teatro de operaciones, al admitir proposiciones para la explotación de una línea entre Cuba y Puerto Rico (840). Destronada Isabel II por la Revolución de Septiembre (1868), continuó la Regencia las negociaciones con gran actividad y buen éxito, sin duda espoleada por la necesidad de obtener eventualmente un medio de comunicación rápida con Cuba y Puerto Rico, pueblos que casi al mismo tiempo tomaban las armas contra España, el primero, con vasta energía, unos doce días después de la caída de la reina; el segundo cinco días antes (septiembre 23 de 1868) y aunque dominado casi en el acto, suponíasele ya iniciado en el camino de la violencia subversiva. Por otro lado, comenzaba en las Antillas a agitarse la opinión pública en favor de la abolición de la esclavitud, muy de veras temida por los inversionistas españoles de las islas. A pesar de que las Constituyentes del 69 se habían decidido por la Monarquía, el ambiente político de la Península seguía caldeado por el sentimiento republicano, singularmente conservador, en cuanto a las Antillas se refería. Las Antillas debían conservarse a toda costa. Y mientras progresaba la guerra en Cuba, dióse ímpetu a los trabajos del cable, precisamente cuando gobernaba a Puerto Rico el general Sanz, un reaccionario de buena

838. En el 78 el importe de cada telegrama era de 40 centavos por cada 10 palabras (XXIX/100).

839. XXVIII/442.

840. Gaceta de Gobierno, tomo de 1867.

cepa enviado a la Isla para curarla radicalmente de la peligrosa fiebre revolucionaria.

Al amarrarse en el puerto de San Juan, el 14 de diciembre de 1870, el extremo del cable telegráfico que la West India and Panama Telegraph Company había tendido desde el puerto de Charlotte Amalie, en la vecina Isla de Saint Thomas, quedó la ciudad de San Juan unida por él con las Antillas Menores (danesas, inglesas y francesas), con la América del Sur (Demerara) y con la América Central (Panamá). El 15 de marzo del 72 otro cable enlazó la Capital con Holland-Bay, en Jamaica, estableciéndose comunicación con Cuba (Santiago y La Habana), Estados Unidos y Canadá vía La Habana, y el Continente europeo y Asia, vía Londres. Quedó así la Muy Noble y Leal Ciudad del Trópico, para los fines de la comunicación del pensamiento, a distancia de un suburbio del Ministerio de Ultramar en Madrid. Abrióse en San Juan una estación para el servicio público, anexa a la del Gobierno y cuidadosamente intervenida por ésta (841). El magno acontecimiento fue celebrado con festejos, no sabemos si costeados por el Ayuntamiento, como se hizo en el 70. Pero el regocijo de los capitalinos debió amortiguarse un tanto al saberse en la ciudad, en mayo del 71, que las elevadas tarifas del servicio cablegráfico habían recibido la real aprobación. Para enviar un mensaje de diez palabras a Madrid exigíaseles pagar 25 pesos y centavos hasta Londres, más el importe desde dicha ciudad a Santander. Suponiendo que la transmisión desde Santander a la capital de España se hiciera por telégrafo terrestre, calculamos que el importe total del corto mensaje sería aproximadamente de treinta y cuatro pesos (842). La suma debió parecer muy crecida en la mezquina época en que, por ejemplo, un oficial primero de administración percibía un sueldo y sobresueldo de 125 pesos mensuales. No obstante, el público siguió utilizando el cable con creciente frecuencia: en el año 1883-84 enviáronse desde San Juan 5.204 cablegramas (843).

## EL TELEFONO

Debióse al espíritu emprendedor de un súbdito español residente en la isla, don Rafael Fabián, secundado por don Conrado Palau y

---

841. XXIX/101.

842. V. la tarifa de la West India and Panama Telegraph Co. en I/2/163.

843. Agius, op. cit., pág. 298.

don Enrique Delgado, la fundación de la primera compañía que ofreció al público de la ciudad un servicio telefónico, la Sociedad Anónima del Teléfono. Instalada en la calle de la Fortaleza, esquina Tanca, inauguróse el 20 de febrero de 1897.

## EL CUERPO DE BOMBEROS

No existiendo servicio alguno para combatir los incendios, dispuso el gobernador La Torre, en 1823, que todos los artesanos estaban obligados a acudir a los incendios con sus herramientas para extinguirlos, prometiendo castigar al que faltare, «en proporción a los males que causare» (844). Quiso el Conde de Mirasol remediar esta situación, expidiendo, en 1846, una circular proponiendo la creación del Cuerpo de Bomberos (845), aparentemente sin éxito alguno. En el 73 empezó el Ayuntamiento a considerar la conveniencia de fundarlo por su cuenta, comprando en los Estados Unidos, en el 75, bombas y equipo contra incendios. Reorganizado el Cuerpo en el 77, se le autorizó a formar una banda de música, disolviéndola dos años más tarde y vendiéndose los instrumentos para costear los útiles y uniformes de que carecía. Después de sufrir dos reorganizaciones en un corto número de años, el Cuerpo poseía cuatro bombas en el 87. Al año siguiente se adquirieron aparatos de gimnasia, a fin de mejorar las condiciones físicas de sus miembros. En la última década del siglo se acordó gratificar a los bomberos que se distinguieran por sus servicios. Estando el material en deplorables condiciones y habiéndose acordado atender a la petición de los vecinos de Puerta de Tierra de que se instalara una estación en su barrio, el Ayuntamiento dispuso una nueva organización del consabido Cuerpo. En el 98 contaba con una bomba de vapor. Durante la guerra Hispanoamericana el jefe de bombas solicitó que su organización fuera incorporada al Ejército español.

## LOS CEMENTERIOS DE LA CIUDAD

Ya nos hemos referido antes al más antiguo de los cementerios de la ciudad, el de la Catedral, probablemente utilizado hasta la

844. Miguel de la Torre: *Bando de Policía y Buen Gobierno*, publicado por bando el 2 de enero de 1824, V, el capítulo 25 (reproducido en I/2/32-44).

845. Circular N.º 110, en *Prontuario de Disposiciones Oficiales*: 74.

primera década del siglo XIX. Durante el sitio de los ingleses en 1797, el obispo Zengotita consagró tres lugares para facilitar la inhumación de las víctimas de la guerra : uno en el campo del Morro, detrás del Hospital Militar ; los otros dos, respectivamente, en La Puntilla y cerca del castillo de San Gerónimo (846). En 1814, al decretarse en España la secularización de los cementerios, se abandonó la costumbre generalmente practicada de enterrar en los templos o sus alrededores, ordenándose a los Ayuntamientos escoger lugares convenientemente separados de las poblaciones para destinarlos a tal propósito. Creemos que fue entonces que se destinó para cementerio de la ciudad el espacio fuera de las murallas de la ciudad, comprendido entre los baluartes de San Antonio, Santa Rosa y la orilla del mar, en el recinto que defiende la ribera norte del campo del Morro. Colocóse el nuevo campo santo, inaugurado probablemente hacia el año 18, bajo la advocación de Santa María Magdalena de Pazzis. Para dar acceso a él, fue necesario abrir una puerta en la cortina que une los baluartes de Santa Rosa y Santo Domingo, llamándosele San José, nombre que tomó de la pequeña playa y de la batería extramuros que le quedaba enfrente. En el 68 construyó el Ayuntamiento la capilla circular y la pared de cerca de la parte antigua del cementerio, así como el muro de contención que lo protege por el costado norte. Siendo su área insuficiente, el Ayuntamiento solicitó en el 81 una concesión gratuita de los terrenos de la zona militar para ensancharlo hacia el este, hasta el baluarte de Santo Domingo, ocupando desde entonces todo el terreno que tenía al ocurrir el cambio de soberanía.

Quedó así nuestro poético cementerio tendido sobre la soleada cinta de musgo, entre los ciclópeos muros de fortificación y las rompies del Atlántico, como si se hubiera querido simbolizar el hecho de que, sólo en la muerte, érales dado a los capitalinos sustraerse al influjo del Real Presidio.





## **CAPITULO X**

### **ESTADO SOCIAL. — LA FAMILIA — EL MATRIMONIO. VESTUARIO. — MOBILIARIO. — ALIMENTACION. ETIQUETA OFICIAL. — FIESTAS PUBLICAS Y PRIVADAS**

#### **ESTADO SOCIAL**

La sociedad que se formó en la Isleta tuvo, naturalmente, por fuerza directriz y modeladora, el complejo político-religioso actuante en ella, a su vez reflejo, aunque modificado por las condiciones locales, de las leyes, costumbres, preocupaciones, tradiciones, tendencias sociales y espíritu racial que impulsaban la vida en la Península desde que se fundó la ciudad hasta que cesó la soberanía española en la Isla.

Hemos visto en capítulos anteriores cómo la Corona se esforzó en trasplantar la institución de la familia cristiana, rodeándola celosamente de aquellas medidas protectivas concebidas como necesarias a su saludable desenvolvimiento. Debemos, por lo tanto, empezar por el matrimonio para poder conocer a ciencia cierta la posición de la familia en la sociedad local. A pesar de todos los medios empleados para inyectar agentes de profilaxis social, tales como penar el concubinato con la excomunión, las peculiares condiciones del medio inclinaron a los colonizadores a seguir la línea de menor resistencia, fomentando el amancebamiento secretamente para resolver el problema material de la vida doméstica. La noción de la superioridad sustentada por los colonizadores con respecto a las otras dos razas con que convivían, la indígena y la negra, contribuyó no poco a arraigar el concubinato. La superioridad del blanco quedó plenamente reconocida por los indios, tal como lo expresa el hecho

de que ellos llamaban *buhites* a todos los blancos, es decir, mago o agorero hombre superior en la organización social indígena. Generalizáronse las desiguales uniones en las que los derechos de la mujer quedaban completamente sumergidos. Otro factor, la pobreza, que operaba quizá con mayor fuerza entre la soldadesca española de la guarnición, perpetuó el mal constriñéndolos a «arrancharse» con las mulatas y negras nativas para poder vivir dentro de sus míseros recursos. Los colonos pobres, sin duda inspirados en el deseo de hacer de la ciudad su hogar permanente, preferían a las esclavas blancas, cristianas viejas, para casarse (847). Habiéndose suprimido poco tiempo después la introducción de esclavas blancas en la Isla, parece fundada la creencia de que los colonos pobres buscaran entre las mujeres mezcladas sus amantes o esposas. Ya fuera por ésta o por otras causas, debieron empeorar las condiciones sociales cuando, en 1526, el rey concedía licencia al vecino Bartolomé Conejo para establecer en San Juan, que sólo contaba entonces con unos quinientos habitantes, una casa de prostitución. Fundamentaba Conejo su solicitud en la conveniencia de proteger «la honestidad de la cibdad e muxeres cassadas della» (848). Toleráronse los prostíbulos dentro de la ciudad hasta el 1824, año en que fueron suprimidos temporalmente por el gobernador La Torre (849). En 1528 el rey ordenaba, lisa y llanamente, a los castellanos residentes en la Isla que se casaran para aumentar la población (850). Pero los castellanos no atendían escrupulosamente las reales exhortaciones. En 1586 el alcalde ordinario de la ciudad condenaba a un vecino convicto de amancebamiento a pagar una multa de un marco de plata, destierro de la ciudad durante seis meses, para él y su concubina, pago de costas y prohibición de volver a juntarse «debaxo de texado» y de tratarse o comunicarse (851).

Entrados ya en el siglo XVII, observamos la misma tendencia de parte de la Corona y de la Iglesia a higienizar el hogar, reglamentando el matrimonio. Hacia mediados de la centuria el Sínodo Diocesano celebrado en San Juan, reafirmó la vigencia de las medidas adoptadas por el Concilio de Trento encaminadas a evitar los matrimonios clandestinos, tales como la que requería que la celebración del sacramento nupcial fuera precedido de tres amonestaciones en

---

847. X/340.

848. Archivo de Indias — Ordenanzas. Leg. 1 en el tomo 11, estante 139, c.

849. Bando de Policía y Buen Gobierno, año 1824, cap. 7.º.

850. II/115.

851. Texto de la sentencia en I/12/140.

la iglesia donde los contrayentes fueren parroquianos y que éste se celebrare en presencia de testigos (852); combatió la poligamia, practicada entonces por los vagabundos y extranjeros transeúntes, ordenando que los curas se abstuviesen, so pena de veinte pesos, de hacer las amonestaciones sin antes dar noticia al obispo para que se investigara si los que deseaban contraer eran realmente personas solteras, expidiendo el Obispado una licencia por escrito si no se hubiese encontrado impedimento alguno. Exigíaseles a los contrayentes forasteros que hubieren residido, cuando menos cinco años en la ciudad, que probaren, mediante la declaración de testigos, haber salido de su tierra cuando eran menores de edad, o, no siéndolo, que eran solteros en su tierra de origen (853); si los contrayentes eran viudos debían también probarlo por medio de testigos. Para que los prometidos en matrimonio no hicieran vida marital antes de celebrar esponsales, ordenóse a los curas que lo evitasen, amonestándoles y tratando de disuadirlos, castigándose a los reincidentes (854). Estatuyóse que el que perjurare en causas de matrimonio o divorcio, incurría en sentencia de excomunión mayor; que los forasteros que dijeren estar casados venían obligados a mostrar testimonio probatorio de su estado, procediéndose contra ellos como si fueren amancebados, si no lo hicieren (855); que en las iglesias parroquiales se llevaren libros de matrimonio, haciéndose asiento de todas las particularidades de cada caso, de la observancia del ritual, y, cuando lo hubiera, del grado de consanguinidad o afinidad de los contrayentes y del hecho de haber obtenido la necesaria dispensa de Su Santidad, u orden del mismo o del Provisor general de Puerto Rico, para celebrar el matrimonio (856).

Diversas medidas de carácter social y político fueron dictadas con el propósito de asegurar en lo posible ciertos efectos benéficos del matrimonio en la comunidad. En 1582 se prohibió al gobernador, corregidor y alcalde mayor, casarse con una mujer nacida en el territorio de sus respectivas jurisdicciones (857), prohibición que se hizo extensiva a los ministros de los tribunales de Hacienda, a menos que obtuvieran licencia real (858). También se prohibió a los hijos de familia contraer esponsales sin el consentimiento de sus

---

852. Constitución CLI.

853. Constitución CLII.

854. Constitución CLIII y CLIV.

855. Constitución CLVII.

856. Constitución CLVIII.

857. VII/18/148.

858. R. C. N.º 488 de 9 de agosto de 1779.

padres, parientes o tutores (859), dictaminándose, varios años más tarde, que los mayores de 25 años debían pedir y obtener el consejo paterno, o la licencia judicial cuando éste fuera negado (860), considerándose como amancebamientos los matrimonios verificados, sin embargo del justificado disentiimiento de la madre del contrayente (861). Tratóse de evitar, en ciertos casos, la celebración de matrimonios desiguales, en cuanto a la calidad de los contrayentes, exigiéndose la presentación previa de documentos creditivos de calidad (862). En 1792 se dispuso que los individuos de universidades, seminarios y colegios debían obtener licencia para casarse (863). Reconociendo, quizá, los progresos del mestizaje en América, declaró el gobierno de Madrid, en 1805, la posibilidad, en casos dados, de que personas de conocida nobleza pudieran contraer matrimonio con castas de negros (\*). La antigua ley que obligaba a los individuos de diferentes razas a obtener un permiso especial para contraer matrimonio, fue tardíamente derogada en 1881 (864).

Uno de los obstáculos para la celebración del matrimonio era la pobreza de los habitantes, a quienes, siéndoles en multitud de casos muy difícil el pago de los derechos de dispensas matrimoniales, recurrían al sencillo expediente de amancebarse. Ya desde principios del siglo XIX se había hecho una costumbre alegar pobreza y compromisos carnales para evadir el pago de tales derechos (865). De tal manera se había generalizado el mal que, a fin de moralizar las clases proletarias, el Conde de Mirasol dispuso, en 1845, que los individuos sanos y robustos que solicitasen exención de los derechos para contraer matrimonio se les obligaba a trabajar hasta adquirir los medios necesarios para satisfacerlos (866). Por el contrario, otras personas de las clases más afortunadas, pero que estaban afectadas por algún impedimento dirimente del matrimonio, insistían en hacerlo, ausentándose con tal fin para el extranjero, preferentemente a la ciudad de Saint Thomas. En 1854 el gobernador ordenó a los alcaldes que impidieran y denunciaran al Gobierno semejantes intentos. Fue aún más lejos el gobernador García

---

859. R. C. N.º 460 de 7 de abril de 1778.

860. R. C. N.º 521 de 31 de mayo de 1783.

861. R. C. N.º 565 de 23 de mayo de 1788.

862. R. C. N.º 604 de 20 de abril de 1790.

863. R. C. N.º 630 de 11 de junio de 1792.

\* R. C. de 11 de junio de 1805.

864. R. C. de 19 de febrero de 1881.

865. *Prontuario* de Francisco Ramos: 312.

866. Circular 95, año 1845.

Camba en su empeño de sanear las masas, disponiendo, en 1855, que se calificara como vago todo individuo que se hallare públicamente amancebado y que se le aplicaren las disposiciones vigentes contra la vagancia (867). Poco tiempo después ordenó que se le negara domicilio en la ciudad de San Juan a los amancebados de la Isla (868). Creyendo aún en la eficacia de la disuasión, un recurso político que había sobrevivido el régimen de la ingerencia personal y directa de los monarcas en los asuntos coloniales, el gobernador Echagüe ordenó a los alcaldes, en el 61, que hicieran una relación de los amancebados en sus respectivos distritos, debiendo suministrar una copia de la misma a los curas párrocos, quienes, en el secreto de sus habitaciones, tratarían de disuadir a los culpables, insistiendo por segunda vez si no lograban buen éxito. Dejábase a los alcaldes gestionar una tercera amonestación cerca de los obstinados, formándoseles expediente si persistían, para referirlo a la decisión del Gobierno (869).

Destinados por su propia naturaleza al fracaso, todos los medios mencionados fueron impotentes para evitar o suprimir el concubinato. La ciudad continuaba, y había de continuar, albergando amancebados. Ninguno de los recursos empleados para evitarlo descansaba en el concepto de que la moral del hombre civilizado es necesariamente el resultado de un largo proceso educativo. Por otro lado, como la mayoría de los infractores eran gentes de color, o mezclados, puede, en parte, atribuirse la perniciosa costumbre al mestizaje, a su vez consecuencia de la general ignorancia (manifestada en el hecho de que sólo el 15% de la población sabía leer y escribir en 1898) y del bajo patrón de vida, condiciones ambas que favorecían la inmoralidad y la decadencia del orgullo de raza, haciendo parecer tolerables las desiguales uniones. Aunque no hemos logrado encontrar datos estadísticos precisos a este respecto, relativos a la Capital, sí sabemos que vivían en la Isla setenta y un mil ochocientas personas en concubinato al terminar la soberanía española en ella (870).

En el 89 se instituyeron dos formas de matrimonio, el canónico, que deberían contraer todos los católicos, y el civil, que se celebraría de modo previsto en el Código Civil (871). El matrimonio canó-

---

867. Circular N.º 8 del gobernador Andrés García Camba, año 1855.

868. Circular N.º 14, del mismo.

869. Circular N.º 24 del año 1861.

870. XXV/111. De éstos el 7% pertenecía a la población blanca; el 11.7% a la de color.

871. Artículo 42 del Código Civil.

nico producía todos los efectos civiles, respecto de las personas y bienes de los cónyuges y sus descendientes cuando se celebraba en conformidad con las disposiciones de la Iglesia católica y con la asistencia de un funcionario del Estado, con el sólo fin de verificar la inmediata inscripción del matrimonio en el Registro Civil. Legisláse especialmente para Puerto Rico en 1896 (872), prohibiéndose el matrimonio en la Isla a los varones menores de veinte años y a las hembras menores de diecisiete, naturales de las Antillas españolas que no hubieren obtenido la licencia, y a los mayores de dichas edades que no hubieren solicitado el consejo de las personas autorizadas por la ley a otorgar aquélla y éste (873). Los hijos mayores de las edades expresadas estaban obligados a pedir consejo al padre, y en su defecto a la madre. Negado éste, no podían contraer matrimonio hasta tres meses después de hecha la petición (874). Es indudable que la complicada reglamentación a que estuvo siempre sujeta la celebración del matrimonio contribuyó a dificultarlo, sobre todo entre las clases menesterosas.

Del estado social del país durante los siglos XVII y XVIII podemos juzgar por varios datos dispersos en la literatura histórica de la Isla, entre ellos la carta y relación escritas por fray Damián López de Haro, el 27 de septiembre de 1644, en la que pinta un cuadro de la vida capitalina revelador del mayor atraso y pobreza, consecuencias evidentes de la indolencia e ignorancia de las masas, asegurando que las mujeres vivían, por causa de la pobreza vergonzante, encerradas en sus casas, sin asistir siquiera a las iglesias (875); las noticias, aportadas por Brau, acerca de la pagana costumbre, tolerada hasta 1684, de deslucir la solemnidad del Corpus Christi en la Catedral, permitiendo a los mulatos bailar al anochecer en presencia del Santísimo Sacramento, permaneciendo cubiertos mientras tanto (876). Lamentábase el obispo Urtiaga, en 1712, de la frivolidad y liviandad de las costumbres, aun de aquellas personas unidas en asociaciones religiosas, cuando escribía :

Quieren en sus fiestas (los cofrades), que solo se componen de una misa, gastar las pocas limosnas de las Cofradías y Parrochias en comedias, danzas y otras cosas... (877).

---

872. Ley de 24 de agosto de 1896.

873. Art. 47 del Código Civil.

874. Ibidem.

875. II/441.

876. VI/158.

877. Carta al Consejo de Indias.

Es decir, banquetes, corridas de cañas y profanidades pecaminosas (878). Limitado el expendio de estos fondos por el obispo, los afectados clamaron al gobernador. Las costumbres licenciosas echaban hondo arraigo. Vestían las mujeres del pueblo deshonestamente, andando por las calles «con las sayas tan sumamente cortas y los pechos tan descubiertos» (879) que no sólo escandalizaban sino que inducían la lujuria en los hombres. Estos, por su parte, vivían en el olvido de la ley y de la religión. El obispo Urtiaga los califica de indómitos en materia religiosa. O'Reilly atribuye, en parte, el atraso de la población a la falta de un plan político encaminado a asegurar su progreso (880). La desidia y vagancia colectivas, resultante de tal abandono, eran aumentadas por la suavidad del clima, la fecundidad de la tierra que permitía a los habitantes vivir con el menor esfuerzo; por el régimen económico parasitario, perpetuado por las asignaciones del Tesoro de México; por la ausencia del propósito definido de fomentar la explotación de las riquezas naturales de la Isla y por las increíbles restricciones que durante siglos impidieron, casi absolutamente, el desarrollo comercial. Eran los criollos, sin embargo, en opinión de O'Reilly, poseedores de una natural inocencia y verdad que no había visto ni oído haber en otra parte de América (881). Su lealtad a la Corona fue siempre digna de elogio (882), así como la fuerza que imprimía el vínculo espiritual del compadrazgo la gravedad con que lo consideraban (883).

El renacimiento del espíritu religioso en el transcurso de los diez lustros que mediaron entre la prelación de Urtiaga y la presencia del Padre Abbad en la ciudad, fue notado por éste, quien nos habla del uso general, entre los humildes, del rosario llevado pendiente del cuello, rezándolo por lo menos dos veces al día. En ocasión de los temblores de 1787 los vecinos de la ciudad se dieron a la adoración de la Santa Cruz, celebrando rogativas y velorios cantados (884).

Caracterizada la sociedad por el perenne influjo del complejo político religioso en que se desarrollaba y por sus consecuencias, la pobreza y la ignorancia, la esclavitud de los negros y la restricción política, sistemática, de los blancos, nada de extraño tiene que al

878. VI/158.

879. Edicto del obispo Jiménez Pérez de 23 de enero de 1773, reproducido en I/1/162 (nota).

880. *Memoria*, en II/516.

881. *Ibidem*, pág. 518.

882. V. *Noticias particulares*, etc., por Miyares y González, pág. 16.

883. III/405.

884. VI/197.

llegar el siglo XIX, exhibiera señales inequívocas de deterioro. Un observador, cuyas opiniones, aunque sólo sea por efecto de su larga experiencia en la gobernación de la Isla, merece que las tomemos en cuenta, el general La Torre, atribuía el estado social de la Isla al hecho de que las leyes dictadas por la Metrópoli para la colonia boricuense eran inadecuadas, creyendo que las leyes de Indias debían variarse casi de un todo o hacerse extensivas a ellas las de España, enmendadas en conformidad con las condiciones locales. Juzgando anticuadas nuestras leyes, desarrolla el pensamiento, diciendo:

Los habitantes de Puerto Rico, por ejemplo, ya no son Indios, y las leyes de aquellos dominios (España) los consideran tales; una octava parte de la población de aquella misma Isla se compone de esclavos, y las leyes de Castilla muy poco o nada tratan de esta desgraciada condición, que hace variar esencialmente todas las disposiciones comunes en su aplicación a las personas (885).

Encuentra La Torre que la falta de opinión pública espontánea en el país y su aquiescencia tradicional a las opiniones emanadas del Gobierno Supremo, transmitidas por el suyo, se debían, en parte, a su posición geográfica y a las peculiares condiciones locales que lo alejaban de toda influencia directa en la suerte y destinos de España. Así colocados por la naturaleza, continúa el general, se limitaba el país a gozar pacíficamente, a la sombra de la Madre Patria, de las ventajas que ésta le proporcionaba, sin hacerlo partícipe de sus quebrantos y sufrimientos.

Estas observaciones hubieran merecido el calificativo de sagaces, si el buen general español no hubiera estimado por «bien inapreciable» la posición geográfica y circunstancia que dieron origen al encadenamiento de causas y efectos que llevaron al pueblo, a través de tres siglos de coloniaje, al triste estado que hizo posible que llegara al primer tercio del siglo XIX sin formar nunca «opiniones particulares por sí» (886).

Hacia el fin de la primera mitad de la misma centuria las condiciones morales del país habían empeorado, sencillamente por el efecto cumulativo de los males seculares a que obedecían. La irres-

885. *Exposición que el Teniente General Conde de Torre-Pando hace a S. M. al dejar el mando político de la Isla de Puerto Rico en 1837*, reproducida en 1/9/303-322.

886. La Torre: op. cit.



ponsabilidad cívica del pueblo, alimentada inquebrantablemente por el absurdo régimen político, tan diáfananamente transparentado en los pasajes citados del *Informe* del general La Torre; la acción enervante del clima tropical; la ignorancia estratificada; la indolencia y vagancia inducidas por el parasitismo económico, debido a las causas que ya hemos analizado; las inclinaciones sensuales provocadas por el edénico ambiente antillano; el desconocimiento completo de la cultura física por las masas; el espíritu mismo, en fin, que sostenía la vida de la comunidad, haciéndola responder con infinitamente mayor facilidad y simpatía a lo sensible que a lo intelectual e interesante, por lo tanto, más por la gratificación de los sentidos que por el conocimiento de la realidad, habían sumido al pueblo en las tinieblas de un primitivismo forzado, óptimo medio para el desarrollo del vicio y la inmoralidad de las costumbres. Dice al respecto el gobernador Juan de la Pezuela, refiriéndose a las condiciones existentes en su tiempo, que esos vicios y malas costumbres... :

... son el azote de una sociedad que se arrastra torpe y perezosamente, sin más estímulo que el de los apetitos carnales, con una jeneración vagabunda, sin religión, sin fe, sin pensamiento (887).

El valor que para la historia tienen estas palabras, consideradas como simple exposición de alegadas realidades, no disminuye un ápice por el hecho de que fueran pronunciadas por un gobernante que se abstuvo injustamente, en aquel momento, de reconocer la responsabilidad del gobierno que él representaba, en el estado de cosas que denunciaba. Ellas constituyen, en realidad, una reprobación rotunda del sistema político que había dado tan amargos frutos, del cual el orador era un instrumento capital.

Sin embargo, las estadísticas de criminalidad para el año 1865 permiten hacer deducciones que desmienten las aterradoras acusaciones del gobernador Pezuela (888). La enorme desproporción existente entre los delitos contra la propiedad y los delitos contra las personas, demuestra patentemente la inexactitud de la aseveración de Pezuela, que el pueblo se arrastraba sin más estímulo que el de los apetitos carnales. Muy por el contrario, los datos estadísticos revelan que los apetitos del vientre eran la causa principal de la

887. *Discurso de apertura de la Real Audiencia de Puerto Rico, pronunciado el 2 de enero de 1849, reproducido en 1/11/359-362.*

888. *Discurso pronunciado por el señor Marqués de Zafra ante la Real Audiencia de Puerto Rico, el 2 de enero de 1866.*

delincuencia. Sencillamente, se robaba y hurtaba para comer. ¿Y cómo es posible que fuera necesario hacer esto en el suelo ubérrimo de la Isla, cuando la densidad de la población no era aún obstáculo a la prosperidad general? ¿Ignoraba nuestro detractor que el estado social de un pueblo tan favorecido por la naturaleza fue la obra del torpe régimen político que consintió se entronizara la miseria en medio de la abundancia; que toleró la depauperación del pueblo por la mala alimentación y enfermedades prevenibles y curables; que cerró los ojos ante el espectáculo de su estancamiento moral e intelectual en la ociosidad, obligada por la falta de un plan de fomento insular, y el analfabetismo por la falta de escuelas, y su estancamiento político en la esclavitud del coloniaje, tan estéril para la Metrópoli como para la colonia? (\*).

## VESTUARIO

El traje usado en la ciudad por los hombres y mujeres de la clase dirigente durante la soberanía española debió conformarse a los estilos de la moda española, con excepción de los cambios adaptables a las condiciones del clima, impuestos en la segunda mitad del siglo XIX por la dictadura suntuaria parisiense. El traje de las clases pobres consistía apenas de las piezas necesarias para cubrir el cuerpo; un calzón y una camisa. Debido a la escasez de buques españoles destinados al comercio de la Isla o al entorpecimiento del tráfico comercial por las frecuentes guerras desde el siglo XVII hasta principios del XIX, las ropas, tejidos, sombreros y otras prendas de vestir se introducían continuamente de contrabando por naves extranjeras. Permutábanse éstas por las ricas maderas, los víveres y ganado, a base de una valoración convencional, tanto de los frutos del país como de las mercancías extranjeras, que siempre favorecía al contrabandista en virtud de la cual podíase, por ejemplo, trocar una pieza de sarazas o un sombrero blanco, grande, por dos cerdos; cuatro carapachos de carey por un sombrero negro fino; un carnero por un pañuelo de seda grande; una carga de plátanos por una vara de listado número 2; una arroba de tabaco por una vara de tafetán sencillo o una de holán blanco y floreado. Por un caballo podíase adquirir las telas, pañuelos, sombreros y medias, todo de baja calidad, suficientes para

---

\* No fue hasta 1864 que se ordenó el cierre de los concurridísimos cafetines y billares para jornaleros a las diez de la noche. (Circular N.º 72 de 1864).

aviar una familia de seis u ocho miembros (889). Pero como un caballo era en aquellos tiempos objeto de altísimo valor (¡veinticinco pesos!), es de suponerse que los pobres ofrecerían a trueque las verduras, plátanos, tabacos y trozos de madera que bastaban a proporcionar a sus mujeres las enaguas de color, las camisas blancas con mangas rizadas, las peinetas de pasta para recoger el pelo, peinado siempre hacia atrás, y el pañuelo de vivos colores con que se cubrían para ir a la iglesia, y a los hombres el ancho calzón, la camisa de coleta blanca, el pañuelo atado a la cabeza y el sombrero de fieltro engalonado de rojo, con que solían sustituir, en los días de gala, el sombrero de plecta de palma, tejido en el país (890). Tanto los hombres como las mujeres andaban habitualmente descalzos.

Usaban los varones de la clase acomodada en el siglo XVI y parte del XVII, vestiduras sobre el jubón o pieza interior que cubrían meticulosamente el cuerpo hasta los muslos, siendo la pieza que se ajustaba al tórax, una especie de chaqueta completamente cerrada por delante hasta el cuello y desprovista de solapas. Dejaban las piernas ya desnudas, ya abrigadas por calzas; la garganta cubierta por un cuello alto adornada, en el caso de los más afortunados, por una gorguera. Quedaban los brazos ocultos hasta la muñeca por mangas de gruesas telas, a menudo arrocadas (con cuchilladas o aberturas longitudinales que recordaban las varillas de un rocambo) (891), profusamente adornados con pequeños lazos y galones en los trajes de lujo. Usábase a veces el calzón arrocado. Habiendo sido estas prendas de vestir expresamente diseñadas para facilitar la operación de ajustar sobre ellas la armadura, fueron modificándose paulatinamente a medida que se descartaba ésta. Desde el siglo XVII, en adelante, se generalizó el uso del ancho sombrero de piel, adornado con plumas, el chambergo, tantas veces aludido en la poesía heroica. Aparecieron en la centuria siguiente vestiduras para el torso de dos piezas superpuestas, ambas abotonadas, la interior, una especie de peto en escotadura (antecesor del chaleco) y la exterior, mucho más larga, con mangas lisas hasta las muñecas, cuello alto doblado y solapas rudimentarias. Un estilo de tal vestidura fue la casaca, con faldones que llegaban hasta las corvas, cuello rígido, abierto por delante y cerrado por detrás, tan alto que tocaba las orejas. Adornábanse las amplias solapas con bordados y vistosas botona-

889. V. las tablas de valores de frutos del país y de los efectos extranjeros generalmente empleados en las permutas, publicadas por O'Reilly en su *Memoria*, del año 1765.

890. III/402 y XVIII/169.

891. Pieza en forma de piña, compuesta de tres o más varillas curvas que se ponía en la rueda para asegurar el codo.

duras; las mangas con bocamangas bordadas y el jubón con una chorrera visible por la escotadura del chaleco y una pieza rizada que sobresalía por las bocamangas. El calzón corto ajustaba a la pierna debajo de las rodillas. Usábase con la casaca el sombrero de dos puntas, colocadas perpendicularmente sobre las orejas, sustituido a fines de siglo, por el tricorno, como parte del uniforme militar (892).

Algunas lujosas casacas vieron la luz de la ciudad en el siglo XVIII, contándose entre ellas las tres que lució el gobernador Juan José Colomo durante las fiestas celebradas con motivo de la coronación de Fernando VI. Estaba una de ellas hecha de riquísima tela de oro, guarnecida toda con punta de oro española, otra de terciopelo carmesí con guarniciones de la misma clase que la anterior y la tercera, de tisú de oro, sobre campo rojo, brillaba vivamente bajo el sol tropical. El minucioso Campeche dejó una espléndida representación de una lujosa casaca en el retrato al óleo de tamaño natural, de don Ramón de Castro, que pintara para el Cabildo de la ciudad (893). Pertenecieron a esta época las pelucas o cabelleras postizas que adornaban principalmente las cabezas de los nobles, hombres ricos y altos funcionarios coloniales.

Ajustándose a los convencionalismos de la vida de una capital de provincia española, más bien que a las conveniencias del clima tropical, las modas masculinas durante el siglo XIX imponían a la clase dirigente el uso de pesadas prendas de vestir, la levita y el sombrero de copa, para las ceremonias oficiales y religiosas, entierros y actividades sociales, públicas y privadas. Hízose general el hábito de vestir levita entre las personas de distinción, autoridades y profesionales, especialmente entre los médicos. Vestía la juventud elegante, hacia el 60, de acuerdo con los figurines franceses y españoles que empezaban entonces a llegar a la ciudad. Para las grandes fiestas mundanas llevaban levita de largos faldones, pantalón, generalmente de color lila, camisa con chorrera de color, perfectamente rizada, vistosa corbata, chistera de amplias alas y guante blanco (\*). Usábase también con el menor pretexto y para asistir a la misa dominical, el chaqué con el *derby* o sombrero hongo de estilo inglés. Estando en boga en Europa, durante la primera mitad del siglo, el uniforme facial de los militares que prescribía, para

892. Rafael Navajas: *Indumentaria*, en V/-pág. 289.

893. Puede verse en la actualidad este notable cuadro en la colección privada de don Acisclo Marxuach, en su residencia de Santurce.

\* Luis Bonafoux: *Ultramarinos*, Madrid, 1882, págs. 1-8.

determinados cuerpos del Ejército, el modo de usar el bigote y la barba, prohibió el gobernador a los paisanos, en 1841, usar pera y bigote (894), adornos del rostro que estaban reservados a los artilleros de la guarnición.

Refiriéndonos a la moda femenina de los dos primeros siglos de la ocupación española, diremos que parece permisible inferir que debió ajustarse al propósito evidente de ocultar por completo las formas de la mujer, de la cintura hasta los pies, mediante el uso de refajos que se mantenían exprofeso a discreta distancia del cuerpo por estar muy almidonados. En el siglo XVII estos refajos o zagalejos descansaban en una liviana armazón de aros (miriñaque) formando una especie de campana de tela, cuya superficie, completamente estirada, permitía exhibir a la perfección los adornos de la falda. Cediendo en el curso del tiempo a las exigencias de la comodidad, modificóse la armazón, desapareciendo primero los aros delanteros, conservándose los que descansaban sobre las caderas, beneficiándose en ello la estética, y, reducido aún más durante la primera mitad del siglo XIX, se convirtió en el polizón que, abultando los vestidos por detrás, dio al traste con el fin original de estos armazones, aumentando, sin que ganara en elegancia, el relieve posterior del cuerpo femenino. Cubrían las faldas con sobrepaños que partiendo desde la cintura, colgaban a manera de un delantal. En armonía con la tendencia progresiva de la moda a exhibir las bellezas de las formas de la mujer, amplióse el escote, acortáronse las mangas y ciñéronse las faldas al utilizarse telas muy finas tal como lo describe el Padre Abbad en el último tercio del siglo XVIII, cuando escribe :

Las blancas y las que tienen caudal usan estas ropas (las sayas y la camisa llena de pliegues, muy escotada por el pecho y espaldas) de angaripolas y olanes muy finos y labrados, suelen llevar una cadena de oro al cuello y algún escapulario. Clavan en el pelo y en los sombreros cucuyos (y luciérnagas) que les sirven de brillante pedrería y lucen con mucha gracia (895).

En la primera mitad del siglo XIX se generalizó el traje alto con falda de pliegues, que cubría el busto cerrado por delante con

894. XXXIII/16/64-Año 1841.

895. III/403.

botonadura, hasta el cuello. Adornábase éste, así como los puños, con encajes (\*).

Los volantes y los cancelones, *escribe la doctora María Cadilla de Martínez*, se usaron después de los ochenta preferentemente a fines del XIX y para salir las manteletas eran prendas de vestir indispensables en las señoras de mediana edad y las más jóvenes usaban lo que llamábase visita. La primera hecha de tela, encajes o gusa casi siempre de color negro con cintas a modo de lazos colgantes y adornos superpuestos de pasamanería. Casi siempre tenía una espalda larga, que ajustaba interiormente a la cintura. La visita era más corta y cubría los hombros solamente con su pieza circular terminada en volantes (\*\*).

Para esta época las damas de la Capital, aseguraba el Coronel Flinter, vestían con elegancia y gusto que pocas veces había visto aventajado... En el salón de baile deslumbrábase el forastero ante el espectáculo de la brillante reunión de puertorriqueñas ataviadas de acuerdo con la moda parisina. En ese ambiente, afirma enfáticamente dicho viajero, nuestras mujeres hubieran honrado los salones de cualquier país del mundo (\*\*).

A pesar de la tradicional pobreza de la colonia, no faltaron en la ciudad manifestaciones esporádicas de amor desmedido al lujo. Que en el siglo XVI ya estaban en vigor en la ciudad ciertas disposiciones suntuarias, lo recuerda un documento de dicha época, mediante el cual se concede a una vecina permiso para vestir de seda. Un grabado del siglo XVII representaba dos damas de calidad envueltas en amplias vestiduras, acompañadas por un esclavo que las protege del sol con un enorme parasol, sostenido a dos manos, por un mango de unos seis pies de largo. Otro nos representa a una señora en el acto en que es llevada en una litera por fornidos negros. La esplendidez con que el sargento mayor Colomo participó en los festejos reales de 1747 lo colocó al borde de la ruina (896). A principios del siglo XIX el lujo se había generalizado en la ciudad hasta el extremo «lastimoso y escandaloso», como escribe nuestro informante, de hacer muy parecidas la apariencia de amos y esclavos,

\* Doctora María Cadilla de Martínez, op. cit., pág. 154. Asegura la doctora que las damas de sociedad usaban el traje de luto riguroso, cubriéndose el rostro con un velo.

\*\* Op. cit., pág. 156.

\*\*\* Flinter: op. cit., pág. 82.

896. *Relación verídica*, etc., en 1/5/184.

quienes llevaban un boato, ropaje y joyería que, a no ser por el color de su piel, seguramente les hubiera confundido con las personas de la más elevada alcurnia (897). Aunque claramente muy exagerada, la noticia sirve para dejarnos ver, como su propio autor afirma más adelante, que era necesario a un caballero de aquel tiempo llevar un traje muy brillante y costoso para que no se le equivocara, por el vestido, con sus criados. Ciertamente, no hubiera sido jamás posible al misérrimo siervo aproximarse siquiera a un remedo de competencia en materia de lujo con su amo, si no hubiera sido porque ambos adquirirían, generalmente, los objetos de ostentación por trueque con los contrabandistas extranjeros, circunstancia que permitía, aún a los más humildes, participar en las permutas con el producto de su propia industria, ya fuere cosechando algunos frutos con ese fin, ya fuere sustrayendo a los bosques baldíos las maderas tintóreas y las finas, así como los animales, cimarrones o montaraces, y la miel de los panales silvestres; o cazando las tortugas de carne de excelente calidad, cuando salían estos animales a desovar en las solitarias playas de la Isla. Indudablemente, las ansias de vana y fútil superación de que fueren presa los negros de la ciudad en esta época, pueden tenerse por consecuencia indirecta de los extraordinarios sucesos que se desarrollaron en la vecina colonia de Haití, desde que fueron emancipados los negros en 1793, hasta que uno de ellos, Dessalines, se hizo coronar emperador, con toda pompa y esplendor, en 1804. Por otro lado, la repulsión de la Trata por los Estados Unidos, tres años más tarde, y el espíritu francamente liberal de la Constitución española del 12, debieron tener repercusiones entre los esclavos de Puerto Rico, que tendían a prolongar la inquietante anomalía denunciada por el alcalde Irizarri, de que hemos venido tratando. Un rudo golpe debieron sufrir las aficiones de los negros al lujo con la promulgación del Reglamento de Esclavos, en 1826, que limitaba el equipo del siervo a una camisa y calzón de coleta con su correspondiente gorra y pañuelo y una chaqueta para el invierno, todo lo cual le sería suplido tres veces al año por su amo.

Mientras tanto, continuaron las mujeres de color, libres, obediendo sus impulsos ostentosos. Asegura Coll y Toste, refiriéndose a las costumbres de mediados del siglo XIX, que las mulatas vestían con la misma elegancia de las blancas (\*). Ataviábanse para el baile con lujosos trajes de larguísima cola, calzaban mitones y, reme-

897. *Informe al Ayuntamiento de la Capital*, por el alcalde don Pedro Irizarri, 1809.

\* 1/12/109.

dando aún más fielmente a las damas de sociedad, solían llevar en la mano ramos de flores colocados en artísticos *porta-bouquets* de metal.

## MOBILIARIO

Ni una sola palabra se dice en los documentos de los siglos XVI y XVII, conocidos por el autor, que pudiera servir para describir el mobiliario en uso en la ciudad. Alguna luz arrojó sobre tema tan oscuro la excavación de las ruinas de Caparra que él practicara en 1937 (898). A pesar de que no aparecieron vestigios del mobiliario de madera, suficientes restos de otra naturaleza fueron recobrados para darnos una idea de los utensilios de comedor, cocina y baño usados en las casas de familias del país durante el primer cuarto del siglo XVI. Tanto la vajilla de mesa (platos, escudillas, vasos de beber, jarros para agua y para aceite), la de cocina (ollas y fuentes) y los útiles del cuarto de baño (lebrillos o bañeras) estaban hechos exclusivamente de barro cocido, frecuentemente vidriado en el interior. El hallazgo de botes de farmacia (también de barro vidriado) nos permite inducir que se practicaba la costumbre de guardar en ellos las hierbas, hojas, semillas y otros ingredientes curativos, en una época en que se trataba de suplir, con los recursos de la farmacopea doméstica, la extremada escasez de médicos y boticas. La presencia en Caparra de algunos restos de cerrajería artística revela el hecho de que se usaban arcas o arcones, probablemente de madera, exornados con las dichas guarniciones de metal. Algunos fragmentos de redomillas de cristal, usados para envasar perfumes, y de pequeños objetos de metal (hebillas, dedales y accesorios de tapicería) hábilmente decorados con figuras heráldicas y arabescos de muy buen gusto, indicaban la existencia de refinamiento en el hogar del fundador de la familia puertorriqueña.

Si hemos de juzgar por las noticias contenidas en la obra del Padre Abbad, el menaje de la casa corriente durante el siglo XVIII era pobre y sencillo. Preferíanse las hamacas a las camas. El naturalista Ledrú vio en la ciudad algunas de las primeras, que podían llamarse de lujo, tejidas en colores y adornadas con volantes de encaje (899). Otras, fabricadas de plumas, usáronse a principios del siglo XIX, mereciendo el calificativo de lujosísimas que les diera

898. V. *Investigaciones Históricas*, San Juan, P. R., 1938, págs. 74-111.

899. XVIII/168.



Tapia (900). Las camas de los pobres, llamadas barbacocas consistían de un tosco tablado sobre el cual se colocaba un jergón de hierba, todo cubierto por un mosquitero de lienzo (901). Ellos preferían, sin embargo, la hamaca hecha con un pedazo de tela de saco, aficionándose tanto a ella que no vacilaban en colgarlas en la vía pública, como relata Poinsett, quien vio en San Juan, hacia 1822, algunas mujeres del pueblo meciéndose despreocupadamente en hamacas tendidas entre casa y casa en ciertos callejones de la ciudad (\*).

Usábanse en esta época la higuera y la nuez del coco para hacer utensilios de mesa y cocina. Con el florecimiento de la industria azucarera y del comercio, de 1815, en adelante mejoró considerablemente el mobiliario de las familias acomodadas. Empezáronse a importar objetos de lujo e instrumentos de música (arpas y clavicordios) destinados principalmente para el salón. En el primer tercio del siglo se había generalizado, entre las clases privilegiadas, el uso del fanal colgante o tubo de cristal de forma cónica; el fanal de mesa o cilindro de cristal que resguardaba una vela, de esperma o de sebo, según la posición del dueño, suspendido por una cadena, las guardabrisas para proteger la vela en su candelero de cobre o plata, de relojes de mesa, jarrones de Sèvres, espejos de consola, vajillas de plata y aun de oro. El comercio de libros en la ciudad creó la necesidad de proveer las casas de estantes. Reuniéronse modestas bibliotecas privadas. Antes del 30 el mobiliario de sala en las casas acomodadas era generalmente de caoba maciza, muy pesado, con asientos y almohadones de crin o cerda (902). La mesa correspondiente solía ser de mármol, de pie central, de caoba, muy sólido y grueso que se dividía a poca distancia del piso en tres o cuatro patas, elaboradamente talladas. Otras mesas, plegadizas y mucho más livianas, pero de elegante diseño, usábanse para jugar tresillo u otros juegos de cartas. Usábanse también los sillones de asiento y respaldo de marroquí claveteado. El dormitorio de los padres de familia, de esta época, estaba generalmente alhajado con las enormes camas dobles de caoba, de cuatro pilares torneados, generalmente importadas de Curaçao (903). Estaban provistas de gruesos colchones de crin de caballo, lana o huano, cubriéndose en

---

900. XX/36.

901. III/401.

\* J. R. Poinsett: *Notes on Mexico*. El autor, diplomático norteamericano asignado a México, se detuvo algunos días en San Juan, de paso para aquel país.

902. XX/34.

903. Nota de Coll y Toste en XX/35.

estos casos, para neutralizar el calor, de un covertedor de badana o de cuero curtido. Destinábanse al aposento de los demás miembros de la familia, hasta que se empezaron a importar de Europa las camas de metal, los catres caneros, el catre corriente con un aditamento de madera que sostenía el mosquitero, o servía de armazón para colgar cortinas y lazos de adorno (904). Completaban el menaje de aposento los grandes roperos y cómodas de caoba. Gustaban las mujeres de la casa, para hacer sus labores de aguja, sentarse en un *ture*, una especie de silla tosca y baja de madera con el asiento inclinado hacia el respaldo, también de poca altura, hechos de cuero o badana. Como lo indica su nombre, el *ture* o *duho* era una adaptación del mueble del mismo nombre utilizado por los indígenas para descansar en cuclillas sobre ellos. Después del primer tercio del siglo XIX comenzó a generalizarse el uso de los muebles de rejilla o pajilla de mimbre (905), generalmente con respaldos ovalados. Acostumbrábase prender de éstos unos pañitos de seda o terciopelo, llamados antimacasares, para evitar deslucir la pajilla con el roce de los cabellos, en aquella época frecuentemente ungidos con cosméticos fabricados a base de aceite de *macassar*. La sillería de la clase media era también de caoba o de alguna otra madera fina, pero tenía los asientos de paja retorcida, como la ordinaria de palo blanco que se fabricaba en Cangrejos (906).

En el último período de la dominación española, hasta su terminación, fue gradualmente enriqueciéndose el ajuar de la casa capitalina, conservándose, sin embargo, la sana costumbre de usar muebles de pajilla de mimbre, generalmente de la clase llamada de Viena, perfectamente adecuados al clima, como lo eran a la domesticidad e inclinaciones sedentarias de la mujer puertorriqueña de aquel tiempo, las amplias *mecedoras*, tan apropiadas a la languidez tropical. Aunque estimulado el buen gusto por la conversión de la vieja mansión de los gobernadores en un palacio residencial en 1846, hecho que hizo subir de tono la vida social de la ciudad, conservóse, sin embargo, el hogar capitalino dentro de los límites de su tradicional sencillez, adornado con los productos del arte comercial español, francés y americano, los retratos de familia, pintados en la localidad; los tiestos de plantas ornamentales, los muebles livianos y los adornos bordados y otras labores de aguja a que contribuían, con harta dedicación y no poco placer, las mujeres solteras de la familia. Con-

---

904. XX/35.

905. XX/34.

906. XX/35.

tinuáronse usando los pisos de madera, sustituyéndose el de la sala por losas de mármol en las casas de mayor pretensión, cubriéndose a menudo las escaleras con losas pintadas de estilo holandés. Con-sérvase la escalera de una casona de la calle de San José revestida con losas decoradas, si mal no recordamos, con motivos bíblicos.

## ALIMENTACION

La búsqueda de las diversas causas que motivaron la relativa escasez de alimentos que sufriera la ciudad, aun después de transcurridas las dos primeras centurias de su existencia, promete ser un fructífero campo de investigación histórica. A primera vista nos sorprende el fenómeno, no atinando a comprender como pudo haber crónica escasez en la capital de la feracísima isla. Pero a poco que ahondemos en el estudio de la materia, saltan a la vista los factores de la situación: el aislamiento de la ciudad en el peñón de la Isleta; el escaso valor agrícola y la pequeñez de su ejido; la falta de carni-nos; el desprecio de los colonizadores y pobladores del siglo XVII por las labores de producción de alimentos, que ellos habían relegado por completo a los indios y negros; la merma en la producción ocasionada por la extinción de los primeros y el corto número, a la vez que alto precio de los segundos; la indolencia del criollo campe-sino que se contentaba con sembrar, cazar y pescar para sí, dila-tando con ello en años incontables la formación de una clase labra-dora dedicada a la producción comercial de alimentos. Si a todo esto añadimos los que pudiéramos llamar factores permanentes de la situación, es decir, los objetivos primordiales de la colonización, desinterés por el desarrollo económico de la colonia y sistema comer-cial restrictivo, comprenderemos por que la población de la Capital estuvo alimentándose de casabe, arroz y plátanos durante la época a que nos referimos. Aunque abundaban las reses en el campo, matá-banlas los esclavos a su voluntad, más con el fin de vender los cueros que el de beneficiar la baratísima carne, lo que hacía su apro-visionamiento en la Capital tan incierto que se pasaba a veces se-manas sin que se vendiera en ella (907). Solíase vender en su lugar la carne de cerdo y de tortuga de carey. A doce leguas de la Capital había tan grande abundancia de ciertas aves (¿gallinas de Guinea?) que las mataban a palos, pero la gente era «tan holgazana» que

---

907. Obispo Damián López de Haro: Carta a Juan Díaz de la Calle, en II/439 e. s.

no las cazaban para venderlas en la ciudad, pasando lo mismo con los peces que, a pesar de ser muy buenos y abundantes, no había quien se dedicara a la pesca (908). Consumían como pan cotidiano las tortas de casabe, confeccionado por los negros de Cangrejos, exactamente de la misma manera que lo habían hecho los indios, dejando especialmente para la mesa de los privilegiados el *jau-jau*, una variedad muy buena de este pan, hecho con la yuca más blanca y finamente molida en tortas bastante más blandas y delgadas que las corrientes. Debido al comercio sumamente inactivo de la época, no se consumía habitualmente el pan de trigo, faltando a veces la harina durante meses enteros. En el siglo XVIII los contrabandistas tasaban un barril de harina en ocho pesos, permutando cada barril por dos tortugas o por cuatro trozos de palo de mora (de una vara de largo por un pie de diámetro), aceptando una res vacuna por dos barriles de harina (909).

Afortunadamente para los golosos de aquel tiempo, abundaban los dulces de frutas del país (910), sazonadas con azúcar de *purga*, la única que se hacía entonces. Desde el siglo XVII menciónase la aloja, preparada con agua, miel de abeja y especias, como el refresco preferido, siendo tan general su consumo que se le sometió a tributación municipal, gravándose con un maravedí el cuartillo, arbitrio que se duplicó en 1778 (911). Aún durante la primera mitad del siglo XIX existían en la ciudad puestos de aloja y aguardiente. Acostumbrábase conservar el primero de estos líquidos, para el menudeo, en grandes tinajas (912).

Como es de suponerse los cangrejeros utilizaban habitualmente los cangrejos de aquella región, que, junto con un poco de arroz, algunos plátanos y un poco de leche cortada, constituían su principal sustento (913). Hacia la segunda mitad del siglo XVIII se generalizó el uso del café endulzado con miel. En la centuria siguiente, desde su primer tercio en adelante, empezó a substituirse en la comida del pobre la escasa cantidad de carne que contenía, por el bacalao. Consecuencia inesperada de la exportación del azúcar de la Isla a ciertos puertos de la costa de Nueva Inglaterra, que eran centros distribuidores de las pesquerías de bacalao del Atlántico del Norte, el co-

908. *Ibidem*: II/444.

909. Alejandro O'Reilly: *Memoria*, en I/8/118-119. Utilizábase la mora para la extracción del tinte amarillo, muy valioso en aquella época.

910. II/441, III/402 y XVIII/167.

911. R. C. de 14 de enero de 1778.

912. XX/54, nota 1.

913. XX/42.

mercio de bacalao salado en grande escala inicióse por los veleros norteamericanos que venían a cargar azúcar a los puertos de la Isla, creciendo rápidamente, pues era muy solicitado dicho artículo por las clases indigentes, debido a su bajo precio (\*). Andando el tiempo, las pesquerías de Newfoundland en el Canadá las más grandes del mundo, suplieron la demanda, estableciéndose un activo comercio con la Isla que perduró aun después del cambio de soberanía.

Como se habrá visto, el régimen alimenticio del pobre de la Capital era inadecuado. Siendo el bacalao casi exclusivamente el único de sus componentes que suplía los proteidos animales, consumiéndose, por cierto, en cantidades insuficientes, distaba mucho de ofrecer los beneficios de una alimentación bien equilibrada. Sin embargo, no debe atribuirse a ella la general infección anémica que padecían los habitantes de los barrios extramuros. Estos, que vivían en condiciones antihigiénicas muy similares a las que de antaño habían arraigado en los campos de la Isla, estaban como ellos expuestos al contagio, por la contaminación fecal del terreno con el parásito que producía el tipo de anemia prevaleciente (uncinariasis).

## ETIQUETA Y CEREMONIAL OFICIAL

El apego al formalismo, uno de los rasgos externos característicos del complejo político-religioso, dio pábulo a la observancia del ceremonial y etiqueta oficiales, hasta el extremo que llegaron a guardarse, con fuerza de ley, las más curiosas de sus formas. Desde que en el siglo XVI se hizo costumbre a los funcionarios de la colonia, en señal de acatamiento a la autoridad real, ponerse humilde y reverentemente sobre la cabeza el papel o real cédula cuya obediencia se deseaba en aquel momento practicar, empezaron a elaborarse las reglas de conducta oficial mediante las cuales querían expresarse los sentimientos de respeto y diferencia a la autoridad (914). Ya nos hemos referido a la ceremonia de la jura de los gobernadores ante el Cabildo secular, expresiva, aunque sólo fuera *pro formula*, del reconocimiento de esta corporación como el representante verda-

\* Compárese el precio, en el año 1872, de una libra de bacalao (importado), 6 centavos, con el de una libra de carne de res (del país), 25 centavos. El arroz valía 6 centavos libra. El precio de la carne subió rápidamente a medida que progresaba la explotación agrícola de la Isla y desaparecía el ganado selvático, valiendo, en 1849, sólo 17 maravedíes la libra.

914. Pliego de descargo del gobernador Bahamonde Lugo.

dero del pueblo. Usaban los gobernadores una vara como insignia de mando. Probablemente tenía en su mango una cruz, parecida a la de los ministros de justicia, para tomar sobre ella los juramentos, ya que residía en aquéllos toda jurisdicción. Bahamonde de Lugo sólo la usaba en Semana Santa (915). En el siglo XVII, cuando los gobernadores concurrían a funciones en la Catedral, ocupaban un escaño frente al Cabildo secular, al lado del Evangelio.

Felipe III concedió, en 1614, al sargento mayor García de Torres y a los capitanes de Infantería de la guarnición, el privilegio de sentarse en todos los actos públicos al lado del gobernador, honor que rehusaron poner en práctica (916). A tal extremo se llevaban en España los puntillos de etiqueta en esa época, que dicho rey, según Bassompierre, murió cerca de ocho años después a consecuencia de una erisipela contraída por la dilación en retirar de su lado un brasero durante cierta ceremonia (917). Es bien sabido que las negociaciones de la Paz de Westfalia (1648) fueron indebidamente prolongadas por la discusión de enojosas cuestiones de etiqueta. No debe extrañarnos, por lo tanto, la preocupación que durante siglos manifestaran las autoridades de San Juan por estas materias, suscitando, con harta frecuencia, la promulgación de reales órdenes para dirimir las. En 1725 un ministro de Felipe V dispuso el sitio que debía ocupar en el coro de la Catedral el provisor, cuando no era éste un prebendado (918). Exigíase recibir en la ciudad con toda solemnidad las bulas, documentos pontificios expedidos por la cancellería apostólica y autorizados por el sello de plomo estampado con el nombre del Papa (919). El prelado recién llegado a la ciudad debía notificar por escrito su nombramiento al Ayuntamiento. Este, por su parte, acostumbrada celebrar una función pública en su honor.

Habiéndose quejado el gobernador Dufresne de que no se le hacía la distinción, como era costumbre, de darle agua bendita en la puerta de Catedral, cuando él visitaba dicho templo, expidió Carlos III una cédula ordenándole que instruyera formalmente la queja (920). Pocos años antes había el mismo monarca ordenado al obispo a pasar en ceremonia de las Casas Reales a las habitaciones

---

915. Torres Vargas en I/4/275.

916. *Ibidem*; pág. 287.

917. Ibarra: *España bajo los Austrias*, pág. 305.

918. R. C. de 22 de diciembre de 1725.

919. R. C. de 29 de abril de 1758.

920. R. C. N.º 451 de 22 de octubre de 1777.

del gobernador en el día y años de S. M., a cumplimentarle (921). En una ocasión el gobernador Trentor se abstuvo de asistir a cierta función religiosa porque las autoridades eclesiásticas habían fallado en las «urbanidades prevenidas» (922). Dábase a los ministros de Audiencia el tratamiento de Señoría, de palabra y por escrito (923). Por una serie de disposiciones reales habíase acordado la rigurosa observancia del ceremonial de recibimiento de los obispos a su llegada a la ciudad (924). El pueblo, por su parte, contribuía con demostraciones de alegría, montando comedias en tablados contruidos *ad hoc*, celebrando corridas de toros, bailes y juegos de cañas (925). Para esta época Juan José de Austria, primer Ministro de Carlos II, dedicaba la mayor parte de su tiempo a elaborar y hacer poner en vigor las reglas de etiqueta palaciega. El alférez real que portaba el pendón Real en las ceremonias y fiestas de San Juan, hasta que se abolió la costumbre en 1812, era preferido en asiento y voto a los regidores y alcaldes. En 1790 se permitió a los oficiales reales y ministros de Real Hacienda entrar con espada y bastón en las Juntas de Tribunales (926). Exigióse al gobernador, poco tiempo después, que vigilara si el clero secular y el Cabildo concurrían al coro de Catedral durante las funciones públicas (927). Por disposición real las ceremonias de Jueves y Viernes Santo debían conformarse a las rúbricas de la Iglesia (928). Adentrándose aún más en los detalles del ceremonial religioso, pidió Carlos III, en una ocasión, informes acerca de la asistencia del provisor y algunos individuos del Cabildo eclesiástico a las procesiones de San Juan Bautista y Santiago Apóstol (929). Tres años después, participó S. M. al gobernador lo determinado, como consecuencia del informe anteriormente citado, acerca del lugar que debía ocupar el provisor y su curia en las procesiones públicas y en concurrencia con el Cabildo (930). Hasta el asiento que debía ocupar el teólogo asistente

---

921. R. C. N.º 354 de 7 de octubre de 1771.

922. R. C. N.º 313 de 3 de octubre de 1769.

923. R. C. N.º 473 de 24 de septiembre de 1778.

924. R. C. N.º 327 de 15 de junio de 1770.

925. Especie de simulacros de guerra en que participaban los nobles, montados a caballo, arrojándose cañas de punta.

926. R. C. N.º 608 de 18 de septiembre de 1790.

927. R. C. N.º 661 de 25 de marzo de 1795.

928. R. C. N.º 495 de 26 de diciembre de 1779.

929. R. C. N.º 643 de 4 de junio de 1793.

930. R. C. N.º 678 de 9 de junio de 1796.

real en las oposiciones a prebendas, cátedras y curatos fue asignado por disposición ministerial (931).

Cuando el gobernador, después de ser investido con el cargo de presidente de la Real Audiencia, asistía a las fiestas de Catedral a que concurría el Cabildo de la ciudad, éste le recibía antes de la entrada, formado en dos alas, esperando en la parte interior de la puerta dos prebendados, con hábito de coro, y un presbítero con sobrepelliz, quien daba el agua bendita, por aspersion, al Ayuntamiento y presentaba el hisopo al gobernador que la tomaba por su mano. Los dos dichos prebendados acompañaban hasta la entrada del lugar preparado para el Ayuntamiento, y luego que pasaba el gobernador, se retiraban al coro. Llegados al frente de sus asientos, los capitulares se formaban en ala, y luego que el gobernador llegaba a su puesto les hacía una cortesía, y al mismo tiempo se arrodillaban, levantaban y sentaban (\*). Cuando concurría la Real Audiencia en cuerpo a un besamano del gobernador, era recibida ante todo y con separación de los demás jefes y empleados de la administración pública (\*\*).

Celebrábanse en Catedral las honras de los difuntos reales con gran aparato, cuidándose con atención exquisita, al dar asiento a los asistentes, de las reglas de procedencia. Debía ponerse al gobernador, en su calidad de vicepatrono, silla, alfombra y almohada (cojín), así como en las funciones particulares o las presididas por el Ayuntamiento (\*\*\*). Construíase, a costa de los empleados públicos, un túmulo de grandes proporciones en la nave central, cuyas lujosas colgaduras y adornos simbolizaban tristeza, colocándose sobre una tumba en donde se suponía estar presente el difunto que se honraba. Ansiosos de mostrar su lealtad a la Corona, excedíanse dichos empleados en la magnificencia con que arreglaban los túmulos, haciéndose necesario para evitarlo, recordar en las reales cédulas que prescribían las exequias, que debía observarse moderación «en los lutos y túmulos» (932). Con similar esplendor celebrábanse tedeums por el nacimiento de los miembros de la familia real, como se hizo cuando ocurrió el de la Infanta María Luisa, hija de los Serenísimos Príncipes de Austria.

Imprimíase inusitado esplendor a la instalación de los prelados

931. R. C. N.º 730 de 17 de junio de 1799.

\* R. C. de 19 de noviembre de 1802, en *Registro de Legislación Ultramarina*, La Habana, 1839, pág. 166.

\*\* R. O. de 16 de febrero de 1836.

\*\*\* Ordenanza general de 1803, Cap. V.

932. V., por ejemplo, la R. C. N.º 192 de 18 de octubre de 1760.



de la diócesis. En 1761 la Corona concedió un donativo de ocho mil pesos al obispo Oneca, electo de Puerto Rico, para su óleo y consagración, una parte de cuya suma había de emplearse en sufragar los gastos ocasionados por las impresionantes ceremonias.

El rigor y la meticulosidad con que se observaban las formas quedaron de nuevo puestos de manifiesto, para sólo citar un ejemplo, cuando el obispo Jiménez Pérez, en 1777, calificó de «atentado» la omisión del cumplimiento de la real orden que exigía depositar la llave del Sagrario en el Gobierno de la Isla el Jueves Santo.

La decadencia de estas costumbres empezó súbitamente durante el primer cuarto del siglo XIX, con el establecimiento del efímero régimen constitucional, iniciándose un período en que alternaban el olvido de las viejas prácticas de etiqueta oficial con su riguroso, aunque verdaderamente discutido, cumplimiento. Un documento público, fechado en 1824, censura la «falta de decoro» notada en los miembros del Ayuntamiento de la ciudad en el acto de la publicación de cierta bula que se había recibido en aquellos días. En similar ocasión, dos años más tarde, vióse precisado el gobernador de la Isla a ordenar la asistencia del Ayuntamiento. Sin embargo, continuaba el Cabildo secular haciéndose acompañar por maceros en los actos públicos, como lo habían hecho desde 1770 (933) y continuaban los alcaldes, regidores y hasta los dos jefes superiores del Cuerpo de Bomberos, portando el bastón de mando. Aún más, como lo hemos visto en páginas anteriores, la ciudad fue escenario de prolongadas ceremonias de subido color medieval en ocasión de la llegada del real sello de la Audiencia Territorial, en 1832. Tres años después el Ayuntamiento suplicaba a Isabel II le concediera la prerrogativa de besar la paz en ciertas funciones religiosas. En 1876 se instruía un expediente por haber sido preterida la Corporación municipal en el solemne acto de la comunión de Jueves Santo (934). Todos estos hechos nos indican la resistencia que oponían las autoridades locales a las tendencias del siglo a simplificar y democratizar las formas de la etiqueta oficial.

Como es natural, trasmitióse a la *élite* del vecindario de la ciudad la afición a guardar las reglas de la urbanidad formal que tendían, por cierto, a aminorar la familiaridad en el trato cotidiano entre las personas de los distintos niveles sociales. Cedíanse, por ejemplo, los transeúntes la acera con gentil prontitud, de acuerdo con las

933. IV/9. Las mazas estaban cubiertas de láminas de plata exornadas con el escudo de la Ciudad y otros adornos en repujado.

934. VII-Legado de 1876.

respectivas calidades, rango social, religiosos u oficial, privilegio que a veces exigían de los paisanos los jefes del Ejército en tonos destemplados. Ya hemos visto que las tendencias aristocráticas sobrevivieron la pobreza del medio, cuando anotamos que en el siglo XVII las muchachas distinguidas, pero pobres, de San Juan mantuvieron enhiesta la valla separadora, prefiriendo ingresar en un convento antes que exponerse a unir sus destinos a los de jóvenes de inferior calidad. Vislúmbrense también manifestaciones de tales tendencias en la deferencia, tanto de parte de los miembros del gobierno central como del insular, con que trataban los descendientes de los conquistadores y primeros pobladores de la Isla y en el cuidado con que se observaban las formas en el trato social, especialmente en las ocasiones de conspicua significación individual, tales como aniversarios, bautizos y funerales. Aun en pleno siglo XIX felicitábanse mutuamente los vecinos, en los aniversarios señalados, por medio de papeletas manuscritas en papel español adornadas con calados y rasgos caligráficos, como recuerda Tapia, que eran llevados por una criada en un tarjetero de plata filigranada (935). La antigua costumbre de colocar inscripciones alusivas a la vida del difunto, que solían exhibirse en las exequias de los hombres de mérito, práctica expresiva de las tendencias a que estamos refiriéndonos, fue gradualmente suplantada por la de recitar poemas encomiásticos, o pronunciar grandilocuentes panegíricos en el acto de la inhumación. Habiéndose arraigado esta costumbre en Cuba, prestábase al elogio póstumo, pronunciado al amparo de un oficio piadoso de la religión católica, de aquellos de sus hijos que combatían allí la dominación española, razón por la cual, poco después de realizadas las tentativas y expediciones revolucionarias de 1850 y 55, fue suprimida, so pretexto de que era una novedad importada de los países protestantes. Hízose su aplicación extensiva a Puerto Rico (936). La medida asestó un rudo golpe a los oradores principiantes de la Isla, especialmente a los recién graduados abogados de las universidades de la Península, que gustaban de valerse de tales oportunidades para hacer pública demostración de sus habilidades oratorias.

Entre las disposiciones de índole similar promulgadas en el último cuarto del siglo XIX, citaremos la real orden de 1884 que señalaba determinados puestos, en actos religiosos, a ciertos jefes que ejer-

---

935. Nota de Coll y Toste, en XX/36.

936. Comunicación del Ministerio de Ultramar, al Gobernador Vicepatrono de la Isla de Puerto Rico, fechada el 1.º de agosto de 1857.

cían mando militar, en la presencia de jefes de mayor graduación (\*) ; otra, de 1886, que concedía a los funcionarios civiles que declaraban en procesos militares, los mismos sitios y consideraciones acordadas a los jefes militares (\*\*).

## FIESTAS PUBLICAS Y PRIVADAS

Si preguntamos cómo se divertían los primeros pobladores de la Isla, encontraremos la respuesta en las *Elegías* de Juan de Castellanos. Refiriéndose a las celebraciones que siguieron a la completa pacificación de los indígenas escribe, dejándonos ver el carácter festivo de los fundadores, en su mayor parte procedentes de la región austral de España :

*Lucen y resplandecen los arreos  
Que cubren las humanas proporciones,  
Hay justas, juegan cañas, hay torneos,  
Con grandes variedades de invenciones* (937).

Al respondernos que los conquistadores gustaban de mostrar su alborozo emprendiendo con preferencia los difíciles y peligrosos juegos de a caballo en que tanto se complacían, exhibiendo su destreza como jinetes y combatientes, el poeta nos da la pauta de las festividades acostumbradas durante un largo período de la época colonial.

Prestábanse los torneos a la ostentación de la riqueza de los participantes, pues cubríanse los caballos, desde la cabeza hasta la cola, de lujosos arreos, a menudo de terciopelo de vivos colores, con guarniciones de plata, ostentándose a menudo en la frente del animal el escudo heráldico del jinete. Cubría éste su cuerpo con la mejor armadura y adornaba su cimera con el mejor penacho de plumas. No con poca frecuencia eran las justas ocasión de secretas demostraciones de amor en las que algún participante exponía su vida con incomparable gallardía, para conquistar el corazón de alguna dama que temblaba conmovida o vacilaba en suspenso entre la concurrencia.

\* Domingo Arecco: *Índice alfabético-cronológico de las reales órdenes y disposiciones publicadas en Gaceta desde enero de 1876 hasta septiembre de 1887*, Mayagüez, 1888, pág. 60.

\*\* Ibidem, pág. 63.

937. Canto 5.º, estrofa 48. -

Andando el tiempo, y a medida que cristalizaba en sólida realidad el régimen político-religioso que daba fisonomía propia a la comunidad, las festividades de índole religiosa fueron relegando al olvido las de inspiración marcial. Los templos y los hogares de la ciudad empezaron a absorber lentamente las actividades en que sus habitantes buscaban esparcimiento. Las reuniones familiares, los *saraos* y las fiestas patrocinadas por las cofradías, brindaban oportunidades de regocijo a las gentes en banquetes, bailes y extraordinarios servicios religiosos. Distinguióanse entre las doce cofradías que había en la ciudad hacia mediados del siglo XVII, la del Santísimo Sacramento por la esplendidez con que celebraba su fiesta el tercer domingo de cada mes, con misa, sermón y procesión. Manteníase expuesto el Santísimo, portando mientras tanto los cofrades cirios encendidos, procurando, como escribe el canónigo Torres Vargas:

...aventajarse en su fiesta en el adorno de la Iglesia, música, olores, predicador y flores que se van regando por donde pasa el Santísimo Sacramento (938).

Similarmente ocupaba la devoción de los capitalinos la fiesta por las ánimas del Purgatorio que costaba la cofradía de las Animas, el tercer lunes del mes. Levantábase un túmulo de dos gradas en medio de la iglesia, adornado con 48 luces, prendiéndose de sus colgaduras numerosas bulas de difuntos, expedidas para aplicar, a los que fueren recordados en el oficio, las indulgencias concedidas (939). Todas estas fiestas eran costeadas por los cofrades, que se turnaban de dos en dos con tal fin.

Al edificar el gobernador Gabriel de Roxas el fuerte del Boquerón, poniéndolo bajo la advocación de Santiago, introdujo, en la primera década del siglo XVII, la costumbre de celebrar el día de dicho santo con juegos de cañas, corridas de toros y una misa solemne en la que se predicaba un sermón encomendado a algún conocido predicador de la ciudad o, en raras ocasiones, a algún notable orador sagrado traído expresamente de Costa Firme o de alguna Antilla vecina, con tal objeto (940). Siendo Santiago el patrono del Ejército español, la importancia de las fiestas que lo conmemoraban en San Juan fue creciendo con la del puesto militar de

938. Adiciones a la Relación de Torres Vargas, en I/4/288.

939. *Ibidem*, pág. 289.

940. II/471.

la Plaza, el aumento de cuya guarnición y el progreso en la construcción de cuyas fortificaciones les prestaba creciente interés y entusiasmo. En el siglo XVIII dióse a estas festividades cierta significación política, agregándose a su programa el acto de pasear por la ciudad el pendón real exteriorizando con ello sentimientos de lealtad a la Corona. Era el pendón una bandera de color anaranjado que tenía bordado o pintado en su centro el escudo de armas de la Ciudad. Conservábase en lugar preferente de la sala capitular. El día de Santiago, como refiere don Federico Asenjo (941) al narrar los episodios de las fiestas de San Juan, reuníase el Ayuntamiento en la dicha sala, trasladándose bajo mazas a buscar al regidor alférez real, quien, siendo el portador del pendón, era el único autorizado a levantarlo ceremonialmente de su sitio. Acompañado por el alférez real, se dirigía el Ayuntamiento a la Fortaleza para escoltar al gobernador a la Casa Consistorial. Alzado el pendón en presencia de estas autoridades, poníase el cortejo en marcha, formado por la compañía de Milicias de Caballería destacada en la ciudad, el gobernador, los funcionarios reales, la oficialidad de la guarnición, los vecinos distinguidos y los letrados, todos montados en briosos corceles, vistosamente enjaezados.

Seguían a este acto simbólico las carreras de caballos en la calle de Fortaleza, a la vista del gobernador y autoridades que ocupaban una tribuna levantada en el extremo de dicha calle, y de la mayor parte de la población que se apiñaba en los engalanados balcones de las casas. En tales ocasiones desplegábanse en los balcones de las Casas Consistoriales colgaduras de damasco carmesí o alguna otra rica tela, adornadas con espejos simétricamente colocados (942). Como las calles no empezaron a empedrarse hasta el último cuarto del siglo XVIII, y entonces sólo las principales, no incurrían en gran peligro los jinetes, pudiendo soltar sus cabalgaduras a toda brida sobre la mullida tierra de la vía pública. Comenzaban las carreras los regidores, por parejas, continuándola los demás miembros de la escolta, hasta terminarlas los soldados rasos que formaban parte de la misma (943). Invadían entonces las calles parvadas de rapazuelos a horcajadas en palos de escobas o cañas, cabriolando a sus anchas en cómico remedo de cuanto acababa de ocurrir (944).

---

941. *Las Fiestas de San Juan*, San Juan, P. R., 1868.

942. 1/5/192.

943. *Ibidem*.

944. Lorenzo Gómez Quintero: *Recuerdos de Ayer*.

Terminadas las carreras, según Asenjo, volvía el cortejo a ponerse en marcha y se dirigía a Catedral; allí el Alférez Real tomaba su puesto al lado izquierdo del Preste durante la procesión, y después del Presidente del Ayuntamiento mientras la misa. En tanto que ésta duraba, el pendón permanecía en el presbiterio, al lado del Evangelio, y concluida, era tomado de nuevo por el Alférez Real y conducido con la misma pompa a la casa de la ciudad, en cuyos balcones ondeaba después por el resto del día.

Hacia fines del siglo XIX las colonias gallega y asturiana de la ciudad eran bastante numerosas. Adhiriéndose a la celebración de Santiago, comunicaron a ella cierto colorido regionalista. En la de 1893 gaiteros gallegos recorrieron las calles en alegre alborada, portando un estandarte. Bebíase sidra en abundancia, cantábanse canciones regionales y, cuando el mal tiempo interrumpía la fiesta, coreaban el infantil sonsonete:

*Santiago no vino ayer  
Porque empezó a llover...*

Cuenta Fernández Juncos que al terminar los santiaguistas entregaban el estandarte a los covadonguistas, como si dijeran: «Levántenlo ustedes si pueden a mayor altura que nosotros».

Motivo inexcusable de festejos fueron los aniversarios, coronaciones y otros sucesos, aun los de índole íntima, tales como el embarazo, relacionado con las personas reales. Llamábaseles colectivamente *fiestas reales* y agotábanse en ellas todos los recursos recreativos de que disponía el vecindario. Consérvanse relatos coetáneos de las celebradas en 1745 con motivo de la muerte de Felipe V, las de 1747 para glorificar la coronación de Fernando VI y las de 1789 en ocasión de proclamarse la de Carlos IV (\*).

Las que tuvieron lugar con motivo de la ascensión al trono de Fernando VI, en 1747, duraron nueve días. Dispararon los fuertes y los buques fondeados en el puerto salvos que sumaron un total de 315 cañonazos; iluminaron las autoridades la Fortaleza y Cate-

---

\* Emilio J. Pasarell: *Interesante y curioso documento para la historia de Puerto Rico* —“Puerto Rico Ilustrado”, San Juan, P. R., N.º 1,204, abril 1.º de 1933, en el que se reproduce un impreso de la Biblioteca Nacional de Madrid (B. U. 9,985) descriptivo de las fiestas de la proclamación de Carlos IV celebradas en San Juan de Puerto Rico en el mes de octubre de 1789.

dral, engalanando sus casas los vecinos. Parecía desbordado el entusiasmo de funcionarios y sacerdotes. Repicaron largamente las campanas, cantaron misas y tedéums, indultaron presos, repartieron carnes y monedas al populacho y juraron lealtad sobre el estandarte real al nuevo monarca. Siguieron en el acto de la jura todos los vecinos mayores de edad sin excluir los humildes, ya que su omisión se castigaba con una multa de doscientos a cuatrocientos pesos (\*). Los números más ligeros del interminable programa incluían el paseo de un globo portátil por las calles, sostenido por ocho negros; saraos en casa del alcalde, refrescos, comidas, cenas en la madrugada, representación de comedias al aire libre y mascaradas callejeras. Fue el gobernador centro de la atención pública: acudieron a él todos los comediantes, al son de la música y la explosión de cohetes y portando luminarias y letreros alusivos a su generosidad; bailaron y cantaron los pardos ante él, ofrendándole los ramos de flores que portaban; y ante él desfiló la nobleza, pobre pero activa, de la ciudad en estirado besamanos. No contentos con lo formal y circunspecto, las damas propinaron al gobernador alegre manteadura, licencia quizá explicada porque el incumbente era hombre de carácter llano y expansivo. Tuvieron sus días especiales el gobernador, el tesorero y el contador de la Real Hacienda, los dos cabildos, los monasterios de la ciudad, el convento de las Carmelitas y los oficiales de la guarnición. Mezclábase en estos actos lo religioso con lo pagano. Asistió el gobernador a misa, en su día, acompañado hasta la puerta del templo por los oficiales de la Plaza, vestidos de máscara, llevando prendidos en el pecho o en las espaldas notas como esta:

*Begigante soy famoso  
que dirijo mis destinos  
solo en abrir los caminos  
a un monarca poderoso... (\*\*)*

Bailaron minués en la Fortaleza, corrieron toros en la plaza Mayor y oyeron prolongados sermones en las iglesias de los monasterios. Comulgaban por la mañana y por la noche manteaban los notables de la población; asistían por el día a un tedéum y en el brindis orgiástico de la madrugada rompían contra el piso medio

---

\* Doctora María Cadilla de Martínez: *Costumbres y Tradicionalismos de mi Tierra*, pág. 97.

\*\* Relación anónima, reproducida en I/5/148-192.

miliar de vasos (\*). Pasearon los oficiales por las calles un carro triunfal de seis varas de largo que conducía los retratos al óleo de los reyes, colocados bajo un dosel de damasco carmesí, elevado cinco varas sobre el suelo.

De modo muy similar, idéntico, casi, en su aspecto ceremonial, celebróse la proclamación de Carlos IV, desde el 17 hasta el 28 de octubre de 1789. Introdujéronse algunas innovaciones en el programa, cediendo a la influencia que ejercían en el país los factores y participantes del comercio con Cataluña, iniciado por la Compañía Catalana en 1755.

El día 18, dice el relato citado :

...tuvo efecto la función de los Catalanes. Desde muy temprano se vio una cuadrilla de danzantes, que divertían a los Ciudadanos con sus mudanzas, y entre ellas la de la Torre, compuesta de quatro cuerpos con un niño al remate que aclamaba graciosamente el viva. A las doce sirvieron una abundante comida a los encarcelados. Al anochecer se manifestaron varios mozos de la escuadra, quatro parejas de hombres y mugeres vestidos de noche y día, una cuadrilla de Moros con sables desenvaynados, otra de Húsares a caballo, y un cabo con varios soldados con uniforme semejante al de Farnesie...

En un naviforme carro alegórico se pasearon por las calles los retratos de los nuevos reyes, Carlos IV y María Luisa de Parma, sostenidos por mano de una ninfa que representaba a Cataluña, ostentando en su pecho las armas de Barcelona. No gran provecho recibieron los capitalinos de aquella exhibición: Carlos IV, notable holgazán, hubo de sacrificar su reinado a la cinegética, a Godoy, el amante de su depravada esposa, y a Napoleón...

Pero los catalanes de San Juan, procediendo como verdaderos comerciantes o como agentes del turismo en nuestros días, montaron guardia de honor sobre el regio carromato con dos personajes, Neptuno y Mercurio, para simbolizar los intereses más caros a los corazones de aquellos astutos hijos de la Ciudad Condal.

Uniendo a lo simbólico lo real, idearon los catalanes un medio de halagar al gobernador, haciéndole un valioso presente, por manos de su propio hijo: sentándolo en la proa de la «nave», vestido de

\* Cuarenta docenas de vasos se rompieron en los brindis en el día de los oficiales de la guarnición.



grumete en rica seda guarnecida de brillantes, el pequeño Ustáriz portaba un victor de plata, con la inscripción «¡ Viva Carlos IV !», del que pendían dos cintas recogidas por otros dos niños vestidos de la misma manera.

Aparentemente el paseo triunfal de los retratos de S.S. M.M. terminó en la Fortaleza, con la presentación del victor de plata que hiciera el portador a su padre, el Excmo. Sr. Gobernador, Capitán General e Intendente de la colonia, cuya gentil aceptación, exaltó el goce y gratitud de los catalanes «hasta el supremo grado».

El 19 por la tarde, *continúa el relato*, veinte y quatro Señoras y Señores de la Ciudad que componían quatro cuadrillas con sus respectivos cuadrilleros lucidamente uniformados, tanto en sus vestidos quanto en los aderezos de sus ayrosos caballos, corrieron parejas al compás de una armoniosa música en la Plaza mayor ante los retratos de SS. MM. presidiendo el vistoso acto el Sr. Gobernador, cuyos lados tomaron los dos Ayundantes de la Plaza. Concluidas éstas dieron un público pascos, desde donde retirándose a la fortaleza se les sirvió a todas las demás personas de distinción un abundante refresco. Siguiéron el correspondiente bayle, y un espléndido ambigú, continuando aquel hasta las quatro y media de la mañana.

En los días 20 hasta el 28 hubo fuegos artificiales, y corridas a caballo por las tardes; se representaron quatro comedias que causaron suma diversión.

En cuanto a las tradicionales fiestas del patrono San Juan, creemos que se originaron paulatina y simultáneamente con la costumbre que fue arraigándose entre los habitantes de la Isla, hacia fines del siglo XVI, de llamar *San Juan* a la Ciudad de Puerto Rico, evitando así la confusión que en la vida diaria ocasionaba utilizar el mismo nombre para la isla y su ciudad capital, ignorando los que esto hacían que el nombre que insistían en dar a la ciudad era con toda propiedad el que correspondía a la Isla. Bien establecida ésta en el siglo siguiente, cuando menos localmente, pues largos años después continuaba utilizándose el apelativo de Puerto Rico o Ciudad de Puerto Rico en las comunicaciones oficiales y privadas de la Península, el Cabildo eclesiástico imprimió definitivamente carácter religioso a las fiestas de San Juan, comprometiéndose, hacia 1638, a cantar una misa todos los años en ese día.

Vivíase entonces en plena Era Ecuestre, siendo el caballo el

único medio rápido de transporte personal utilizable en un país que no tenía caminos afirmados ni siquiera para cruzar la minúscula isla en que estaba enclavada la ciudad principal. Por innecesarios, debido a la pequeñez del caserío urbano y por costosos, en una época en que se sufría de crónica penuria, no se usaban carruajes, como no fuera el del gobernador. Por otro lado, el uso de éstos había sido prohibido para las Indias en el siglo XVI, descándose, por exigencias militares reglamentar la utilización de los animales de tiro. Tanto el menestral como el caballero veíanse, pues, compelidos a recurrir al caballo de silla como medio exclusivo de facilitar la locomoción. Las calles, plazas y lugares inhabitados del ejido servían de criaderos del noble animal. Mantenido por imposición de lo necesario, estaba siempre disponible a la mano de su amo para lo superfluo. En suma, ayudaba a éste en las faenas diarias y proporcionábale distracción en las horas de descanso. Bien podemos, por lo tanto, imaginar que en aquellos tiempos de pristina sencillez fuera el paseo a caballo una de las pocas diversiones accesibles a todos los bolsillos. Hiciéronse las cabalgatas recurso casi obligado de las fiestas en los días de reposo.

En la primera mitad del siglo XVIII las fiestas del patrono de la ciudad habían cobrado una resonancia muy propia de la Era Ecuestre. El sencillo paseo a caballo, de estilo campestre de lustros anteriores, tornóse en una especie de concurso de tonos barbáricos, animado por el impulso de la ostentación, tanto de bienes materiales como de la pericia en la equitación.

El 23 de junio de todos los años de aquella centuria, desde el rayar del alba hasta el mediodía, convertíase el recinto murado en *rendez vous* de cuantos vecinos de ambos sexos, solteros y casados, ricos y pobres, jóvenes y viejos disponían de un caballo. Acudían asimismo, reuniéndose en la plazuela de Santiago, los habitantes de Cangrejos y pueblos cercanos, montando sus mejores corceles, algunos de los cuales habían disfrutado de pienso extraordinarios y esmerado cuido durante meses enteros para mejor lucir en tan señalada ocasión. Ostentábanse a porfía lujosos jaces. Veíanse sillas y tapafundas de terciopelo bordado o galoneado de oro; cubríanse las cabalgaduras de los adinerados con mantillas de rede-cillas de seda o terciopelo para preservarlas de las moscas y ceñían el cuello del animal con una gruesa correa cubierta de cascabeles de plata; exhibíanse frenos, estribos y espuelas del mismo metal. Contentábanse los menos afortunados, aún a riesgo de incurrir en deudas que seguramente no habían de ser liquidadas en la octava del santo, con mostrar banastillas de lujo, primorosamente tejidas de *majagua*

teñida de vivos colores y con adornar las crines y colas de sus monturas con cintas y lazos rojos, azules y blancos. Así engalanados, aguardaban los jinetes el toque de la hora meridiana, lanzándose a la carrera (o al más moderado *paso criollo*) al sonar la última campanada, dando alegremente vueltas por toda la ciudad, sin orden ni concierto, topándose, aunque sin confusión, en las encrucijadas hasta rendir por completo, y aun matar de cansancio algunas de las pobres bestias. Realizando verdaderas proezas de equitación y excediendo en el arte a los participantes peninsulares, que solían dar con sus cuerpos en tierra, los tostados criollos, agrupados por la amistad o el parentesco en compactas cabalgatas, se abandonaban al regocijado frenesí que los mantenía en su mayor parte clavados a la silla durante dieciocho horas. Aprovechándose del bárbaro tropel, los ecuestres galanes soltaban las bridas de vez en cuando, y, cruzándose de brazos, confiaban al viento de la veloz carrera breves requiebros y cumplidos para las pasantes amazonas o las espectadoras de los balcones. Al contemplar las muchachas en la excitante zambra, preguntaba el poeta Padilla en la centuria siguiente :

*¿Quién al verlas reunidas como este día  
Por doquiera vertiendo dulce alegría,  
No se enagena,  
Y á la red de sus gracias no se encadena?  
¿Quién dejaría  
De exclamar con el alma de gozo llena  
¡Viva el Patrono! (945).*

Era sin duda, una de las gracias subyugadoras que adornaban a la mujer del país en aquel tiempo, el donaire y seguridad con que se sostenía en la silla de montar, hecho que hizo dudar al naturalista francés Ledrú, quien asistió a las fiestas de San Juan en 1797, si las amazonas de París podrían competir con las criollas de Puerto Rico.

A media mañana del día 24 llevábase a cabo el acto magnífico e impresionante de pasear el pendón real por la ciudad, ya descrito en páginas anteriores.

El siglo XIX contempló la ola de vulgaridad que acompañó los esfuerzos liberalizadores abortados durante su primer cuarto. El vulgo, menos sujeto al influjo disciplinado de la Iglesia que en el siglo anterior, daba rienda suelta a sus instintos soeces en las celebraciones

públicas, contrastando vivamente su conducta con el creciente refinamiento de las costumbres de las clases elevadas, que tendía a suprimir los rasgos violentos y grotescos que habían adquirido dichas fiestas. Las carreras de San Juan y de San Pedro no fueron excepción de lo que iba convirtiéndose en regla detestable. Prolongáronse éstas durante dos días corridos para cada una de las celebraciones; asistían a ella gentes del pueblo en trajes indecentes, que llevaban el deseo de exhibir sus habilidades ecuestres hasta la esfera de lo acrobático; con intención bufonesca, mezclaban los soldados y miembros de otros cuerpos armados, piezas de sus uniformes con prendas de vestir del paisano, llevando al mismo tiempo sus armas; hacíanse fogatas en las esquinas de la ciudad para obligar los caballos a saltarlas, mofándose la plebe a carcajadas de los que vacilaban o caían en el intento; disparábanse armas y arrojábanse cohetes a los caballos por el gusto de espantarlos, causando con ello desgracias; corrían las muchachas pobres a las ancas de sus parientes o amigos, asidas de las banastillas, entre la algaraza del pueblo que las motejaba de *cumarrachas* y las hacía el blanco favorito de sus intencionadas interjecciones; participantes y espectadores, dispersos o reunidos en el *palco de los arrancados* (el atrio de la Catedral), lanzaban chufletas y burlas obscenas e improvisaban hirientes cantaletras que daban lugar a igualmente incíviles respuestas y vituperios. Apenas asomaba por la puerta de Santiago la figura desgarrada de algún campesino, propinábale una estridente cencerrada la turba que aguardaba impaciente en la plaza contigua, coreada a todo pulmón con gritos de «¡ Vela !» «¡ Vela !». La exclamación, acostumbrada en esa época para anunciar la infrecuente aparición de buques en el horizonte de la ciudad, proferíase ahora para echar en cara al recién llegado que era un forastero, implicando con ello su procedencia campesina.

Quiso el gobernador López de Baños, en 1838, moralizar el espectáculo, publicando un bando en el que se prohibían todos los aspectos objetables que hemos apuntado (946), y ordenaba a los regidores, alcaldes de barrio y a las autoridades militares que arrestasen, respectivamente, los contraventores de la clase civil y militar. Prohibíase, asimismo, que se corriera en ningún tiempo en la plaza de Santiago, ni en La Puntilla después del toque de oraciones, ordenando cesaran éstas en toda la ciudad a las doce en punto de la noche.

Las medidas prohibitivas de López de Baños no surtieron el efecto deseado. Relevado del mando poco menos de tres años des-

946. Bando de 19 de junio de 1838.

pués de promulgarlas, volvió el pueblo a las andadas, seguro, como estaba, de que el cambio de gobernantes le facilitaría reincidir en las viejas prácticas. Contribuía la violenta soldadesca en no escasa medida a los desórdenes, sobre todo desde que López de Baños les dio licencia para ausentarse de los cuarteles, durante los días patronales, hasta las doce de la noche. Habiendo el capitán general suspendido dicho privilegio a los artilleros de la Plaza el día de San Pedro de 1844, éstos se insubordinaron, reuniéndose en el barrio de Ballajá, contraviniendo la orden de salir a la calle sin sus sables y murmurando que no irían al cuartel si no se les dejaba salir por la noche. Para reducirlos a la obediencia fue necesario al comandante de la brigada de artillería, montado en su nervioso caballo, y acompañado por algunos de sus oficiales, obligarlos a irse a sus cuarteles, conduciendo a la fuerza a los que se resistían. Como consecuencia, setenta artilleros fueron sentenciados a presidio (\*). El grave desorden conmovió profundamente a los vecinos de la ciudad, restando entusiasmo a la celebración en los años siguientes. Unos once años después el Marqués de la Pezuela, hombre que prefería leer los clásicos a oír algarabías populares, suprimió totalmente las carreras de un plumazo. Fundábase el marqués en que tal costumbre había desaparecido en los pueblos civilizados; que tocaba a él proteger la vida de sus gobernados, pues, en parte debido a las mejoras realizadas en la pavimentación de las calles, no había transcurrido año que las carreras no hubieran costado alguna vida y numerosos contusos; que el entusiasmo había decaído hasta el extremo de que en años anteriores sólo lo habían manifestado personas de la más baja estofa (947).

Equivocado Pezuela en sus apreciaciones, el interés por las carreras distaba mucho de haber desaparecido. Censurábase su mandato en privado, con mayor encono de parte del populacho que el provocado por el arrogante mandatario cuando se había opuesto a la fundación del Colegio Central. Alegábase por las personas ilustradas, no sin alguna razón, que la costumbre había propendido al mejoramiento de la raza caballar, induciendo a los aficionados a cruzar las bestias isleñas con ejemplares importados, generalmente de la raza árabe, y a cuidar de sus monturas con especial esmero. Desechando estos argumentos, Pezuela confió a la Sociedad de Amigos del País la dirección de las carreras reformadas con la espe-

---

\* *Oficio del Conde de Mirasol al Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, Puerto Rico, julio 31 de 1844, reproducido en 1/14/62-64.*

947. *Bando prohibiendo las carreras de caballos dentro de la población, publicado el 6 de junio de 1849.*

ranza de convertirlas, eliminando por completo su aspecto de diversión desordenada, en concursos diurnos de incipiente zootecnia (\*).

Sin embargo, no había de ser fácil tarea destruir aficiones que tenían tan honda raigambre tradicional y psicológica. El pueblo persistía en sus ansias de revivir las antiguas locuras. Resistía abiertamente los atractivos paliativos ideados por Pezucla para aminorar su disgusto, los bailes nocturnos al descubierto, para los blancos en la plaza Mayor y para los morenos en la de Santiago, los que dejaban desiertos, a sabiendas de que inducían con ello la cólera del reformador (948). Entrablóse un largo y solapado forcejeo entre las autoridades y el pueblo que tuvo repercusiones en Madrid, al pedir el Municipio de San Juan su reposición a Isabel II. El 29 de noviembre de 1853 se firmaba en la Corte la real orden restableciendo las carreras a caballo en los días 23, 24, 28 y 29 de junio que correspondían, en el orden expresado, a las vísperas y días de San Juan y San Pedro. Basándose en ella, publicó el gobernador García Camba el bando de 1.º de junio de 1855, concediendo la ansiada e indispensable autorización que su inmediato antecesor había creído prudente soslayar, actuando, quizá, en armonía con la vieja norma de considerar las reales órdenes como tales sólo hasta el momento en que llegaban a la boca del Morro. Y eso que la real orden en cuestión estaba redactada en tal forma que restablecía las carreras en el día mismo que ésta fuera recibida por el gobernador de la Isla.

A las prohibiciones impuestas en el 38 por López de Baños agrega García Camba las de hacer candeladas nocturnas en las encrucijadas de las calles, debiéndose sustituir con la iluminación del caserío la luz que aquéllas expedían; correr por otras que las calles enumeradas en su bando y sólo en las direcciones establecidas en el mismo, multando con ocho pesos o cuatro días de prisión a los jinetes que corrieran de vuelta encontrada a los grupos montados. Consintió correr de este a oeste por las calles de la Fortaleza, San Francisco y Tetuán (siguiendo a la de Fortaleza, por la de la Cruz) y en dirección contraria por las de la Luna (desde el atrio de la Catedral), Sol y San Sebastián, designándose como meta para ellas la rampa de San Cristóbal. Evidentemente, todas estas medidas tenían por objeto disminuir el riesgo de correr por calles que ya

---

\* El estímulo que recibieron con estas medidas los criados habían dado frutos excelentes hacia la sexta década. Uno de ellos, la firma Fernández y Aponte, llegó a producir, gracias a la selección, una raza conocida por ese nombre de caballos de paso fino, muy admirados en las Antillas.

estaban totalmente empedradas con cantos rodados y cuyos arroyos centrales estaban hechos con resbaladizas losas.

Aprovechándose de la celebración de la feria-exposición en los días 8 al 23 de junio, García Camba autorizó a los concurrentes, locales y forasteros, levantar (libre de impuestos) tiendas de campaña en la plaza principal para desplegar las mercancías que desearan poner a la venta, permitiendo en la plaza de Santiago construir barracones y cobertizos para la venta de libros, muebles y otros efectos, consintiendo también a los comerciantes vender sus mercancías en las puertas y aceras inmediatas a sus establecimientos (949). Suprimida la exposición del año 56, por los estragos causados en algunos pueblos de la Isla por el cólera, el gobernador Lemery amplió las concesiones hechas en el sentido indicado por García Camba, permitiendo utilizar la plaza de San Francisco para exhibir y vender toda clase de ganado que se trajera para la feria de San Juan (950).

Para esa época celebráronse en la aldea de Cataño cuidadosamente preparadas carreras de caballos, probablemente como parte de los festejos patronales y para mostrar el público regocijo por el establecimiento del servicio de una nave de vapor entre dicho poblado y la Capital, que había inaugurado la Compañía Puertorriqueña a principios de 1853 (\*). Dividiéronse los jinetes en dos bandos, el punzó y el azul, presididos por dos señoritas de la Capital que, con el título de reinas, dieron realce a las fiestas. Dice al respecto el programa, impreso en tela de seda roja, el 18 de mayo del año mencionado :

A la hora designada para las carreras de caballo (el día 29) saldrán las Reinas de sus tiendas al sitio que en el lugar de aquellas les esté destinado, acompañándolas la misma servidumbre de cada una. Cuando se principien las carreras jenerales, romperán éstas las dos Reinas con los empleados de su servidumbre que elijan y cuantas damas de la servidumbre gusten correr serán escoltadas por caballeros de sus respectivos bandos.

En este día, como en el siguiente, los maestros de ceremonia cuidarán de que haya siempre cuatro caballerizos del bando Punzó e igual número del Azul para recibir en el muelle de Cataño a las Sras. que lleguen y cuidar se les conduzca

949. Artículos 11 al 14 del Bando de 1.º de junio de 1855.

950. Bando de 1.º de junio de 1856.

\* XXXIII/26/4-26 de febrero de 1853.

al sitio de la fiesta en los carruajes que al efecto estarán prevenidos.

Terminadas las carreras, se embarcaran las Reinas para regresar a la capital en el mismo orden, con el mismo acompañamiento y recibiendo los mismos honores que a su marcha a Cataño.

A las cuatro de la tarde empezaran los juegos de sortija, tiro de pistola y Cucaña, según en los términos que designaren los Maestros de Ceremonia...

En ambos días (28 y 29) a la hora de llegar a Cataño las Reinas, recorreran el pueblo y sitio de los combates, los Reyes de armas de cada bando, escoltados por caballerizos y pajes, y al toque de clarines llamaran a sus partidarios...

Refiriéndose a los festejos del día 30, lee como sigue :

Al romper el día se hará la salva anunciada en el Programa en obsequio del Excmo. Señor Gobernador y Capitán Jeneral, cuya salva se repetirá a las doce y a las seis de la tarde...

El viaje de las Reinas, las peleas y carreras se harán con el mismo ceremonial que el día anterior, con las modificaciones siguientes: Que las peleas de gallos presididas por las Reinas sean tres; y que la Reina del bando vencedor ofrecerá su banda al campeón dueño del gallo que haya decidido la victoria. Las carreras de caballos guardarán el mismo orden que el día anterior y la Reina del bando vencido en las riñas de Gallos ofrecerá su banda al dueño del caballo que obtenga la preferencia por la perfección de formas. Previa la declaración por el Gran Jurado y la proclamación por los Reyes de armas, se distribuirán los premios acordados por la Junta de Comercio (con el fin de estimular la crianza de ganado caballar) por manos de ambas Reinas, alternando.

Los campeones de ambos bandos, el vencido y el victorioso, ofrecerán sendos ramos de flores a la reina del bando contrario, acordándose que el ramillete del último de éstos tendrá en su centro un ramo de olivo, «como señal de la paz y de la unión que siempre debe reinar entre los habitantes de ésta Isla». Y continúa, refiriéndose al baile que se celebraría en el teatrillo de Cataño :



Antes de bailarse la última contradanza, los Reyes de armas entregaran á sus Reinas, sus banderas respectivas, para que las remitan a la Compañía Puertorriqueña, cuyo obsequio aceptará su Presidente a nombre de ella, ofreciendo conservarlas como grato recuerdo de la amabilidad de las Señoritas que se han prestado al mayor lucimiento de las fiestas.

Aunque no hemos podido precisar en que años tuvieron lugar las últimas carreras, puédese inferir por los relatos existentes que se prolongaron, con decreciente interés, probablemente hasta la séptima década del siglo XIX, cuando era ya considerable el tránsito rodado en la ciudad, circunstancia que debió acelerar el abandono de la pintoresca costumbre.

Redújose para esa época el número de calles que se las consentía, contándose entre éstas, preferentemente, la del Santo Cristo, terminándose por celebrarlas únicamente en los terrenos de Puerta de Tierra, en donde perdieron por completo su carácter de singular supervivencia regional de la Era Ecuestre, para convertirse en formales concursos hípicos de matiz utilitario, concurridos por los criadores de caballos, especialmente los de la región oriental de la Isla.

Imponiéndose la necesidad de divertirse a pie, el pueblo se iba acostumbrando a celebrar el patrono con bailes en el teatro, todos los sábados de San Juan a Santa Rosa, y bulliciosas mascaradas que recorrían las calles en comparsas ataviadas grotescamente, como se verá cuando describamos las fiestas de Carnaval. En el 87 la Sociedad de Conciertos contribuyó a elevar el tono de estos festejos patronales ofreciendo audiciones de música selecta.

## EL BAILE

Heredadas por los sanjuaneros de los primeros pobladores procedentes del sur de España la inclinación al deleitable pasatiempo, así como su aptitud para él, adaptáronse perfectamente a las condiciones del medio ambiente que favorecían al desarrollo del sentido del ritmo y la tendencia a los placeres sutilmente sensuales.

Es de suponerse que durante las dos primeras centurias de la ocupación hispánica los bailes conocidos en la ciudad fueron exclusivamente los andaluces y murcianos de la época. En el siglo XVIII compartían sus habilidades los danzantes de la buena sociedad entre el vals y las distintas clase del género cuadrilla con el exótico minué, que había pasado de Francia a la Península. Sucedió a éste,

hacia 1832, otra importación francesa, el rigodón, inventado por un Mr. Rigaud e introducido en San Juan por dos jóvenes elegantes recién llegados de la metrópoli (951). Preferíase, sin embargo, la contradanza de figuras, bailada al estilo sevillano, por muchas parejas que enlazaban y desenlazaban recíprocamente a vivo compás, mientras hacían variedad de figuras. Representábase a menudo con ellas una historia de amor triunfante en el que se contaban, a través de la acompasada mímica y cadenciosas posturas, los avances y reveses del caballero que momentáneamente representaba el fogoso galán, logrando los primeros por la complacencia de algunas parejas y encontrando los segundos en la oposición de las otras, hasta que vencíendola, alcanzaba la dicha de enlazarse, breve y simbólicamente, a la amada entre el regocijo de los concurrentes (952).

Como lo relata Tapia (953), rompía el baile la primera pareja o cabeza de la danza, invertido el orden del caballero y su dama respecto de las parejas siguientes, ejecutando a su antojo una figura que las demás parejas debían imitar fielmente cuando la primera llegaba a cada una de ellas. En el momento de llegar la cabeza a la última de la fila, todas bailaban al mismo tiempo, haciendo la figura inicial de la tanda. Eran estas figuras ideadas con sumo esmero, a porfía entre los participantes, quienes trataban de excederse mutuamente en originalidad y buen gusto, llegando a complicarlas hasta el extremo de requerir previo aprendizaje en academias privadas y la dirección de un bastonero o director de baile (el *bâtonnier* de los salones franceses), personaje que usaba como distintivo un largo bastón. A pesar de los cuidados de éste, exponíanse a cometer equivocaciones y torpezas los forasteros y recién llegados oficiales de la guarnición que concurrían a los saraos, pretendiendo, con alguna frecuencia, omitir las inflexibles reglas impuestas. Hubo rozamientos, disgustos y hasta lances de honor. Intervino en una ocasión, en los cuarenta, el gobernador López de Baños, y como consecuencia empezó a simplificarse la contradanza sanjuanera. Suprimiéronse poco a poco las difíciles figuras y prolongáronse las mudanzas en que las parejas permanecían enlazadas, terminándose por bailar así casi toda la pieza. Como esto requería por imposición del clima, bailar a un compás más lento que el de la contradanza, ésta fue modificándose hasta perder por completo su carácter de baile español de figuras para transformarse, primeramente, en algo parecido

---

951. XX/17.952. Manuel A. Alonso, citado por Brau en *Escritos sobre Puerto Rico*, pág. 40, e. s.

953. XX/102.

al danzón venezolano, que había sido introducido en el país por los emigrados de Costa Firme, a principios de la segunda década del siglo XIX. Sufrió después el danzón una variante, la llamada danza de cantaleta, cuya letra utilizaba el pueblo como vehículo de la sátira grotesca, alusiva a sucesos de actualidad en aquel tiempo.

Conservó esta primitiva forma de la danza, compuesta por numerosos aficionados del país, las dos partes, el paseo y el bailable, que había traído el danzón de Venezuela (954) y adquirió el tono juguetón, vivaracho y excitante de ciertos acordes del danzón cubano, dado a conocer hacia 42 por las bandas de música militares de la Plaza. Acostumbrábase imprimir gran viveza, mediante un cambio repentino de compás a los últimos instantes de la parte bailable, divertida mudanza que recordaba al jaleo andaluz y que bautizaron con el nombre de «merengue», probablemente por considerarla el momento más dulce y alegre del pasatiempo, ya que el bailable se iniciaba lentamente y el *paseo*, como lo indica su nombre, sólo consistía en el acto de dar las parejas enlazadas por el brazo, pausadas vueltas por el salón, más o menos al compás de la música. Pero he aquí que las alegrías del merengue o jaleo, a veces tan impetuosas que originaban disgustos, pusieron un buen día de puntas los nervios de su Excelencia el Gobernador de la colonia, teniente general don Juan de la Pezuela Ceballos, y, sin sospechar siquiera que iba a dejar sus huellas en el pentagrama insular, preparando con ello el camino de la inspiración a los músicos del país, dictó un *úkase* suprimiéndolo (955). Acomodados los últimos acordes de la danza a los gustos del procónsul, adquirió la pieza entera una languidez y melancolía muy adecuadas al ambiente social creado por el complejo político-religioso y al carácter dúctil de los danzantes. Hacia el 60 el inverosímilmente acondicionado tema musical alcanzó su más alto desarrollo rítmico y melódico, convirtiéndose en la genuina *danza criolla*, cuyas notas expresaban a menudo los más delicados sentimientos, o las más leves insinuaciones eróticas; la nostalgia de mejores tiempos vividos en el ensueño y la reacción lírica delisleño ante las realidades del régimen inmovilizador. Consérvase en nuestros días la voz *merengue* para designar la parte bailable entera de la danza.

La afición al baile de las clases pobres de la Capital revelábase en el hecho de que casi todas sus diversiones empezaban, mediaban o terminaban danzando. Así en las bodas, fiestas de cruz, de índole

954. Fernando Callejo Ferrer: *Música y Músicos Portorriqueños*, pág. 279.

955. Bando prohibiendo bailar el merengue de la danza.

puramente religiosa, las velaciones de los cadáveres de párvulos, las *trillas* de Pascuas de Navidad y Reyes, los saraos de Carnaval, San Juan, San Pedro y otros aniversarios religiosos. Disfrutaban entonces las gentes modestas de la ciudad de la contradanza estilada en los mejores salones y de algunos bailes campesinos, el sonduro, cadenas, el zapateo y el seis, dándole preferencia a este último. En 1824 el gobernador de La Torre ordenó a los alcaldes que prohibieran a su discreción los bailes en las casas y aposentos bajos para evitar alborotos y riñas (956), prohibición que Pezuela hizo terminante en tiempo de Cuaresma (957). Permitíase a los negros bozales bailar «en la muralla» sólo en los días festivos y en la plaza de Santiago, en los cuarenta, a los negros criollos. Utilizaban los primeros para ello la bomba de pellejo, especie de atabal africano que se tocaba con los dedos, hecho de un pedazo de tronco de árbol ahuecado, cubierto en un extremo por un jirón de cuero curtido. Los criollos danzaban al son de la guitarra y vihuela. En 1885 S. M. autorizó al Ayuntamiento a crear un arbitrio de dos pesos por cada baile público (958).

## EL CARNAVAL

Las celebraciones de Carnestolendas por medio de tumultuosas mascaradas no se generalizaron hasta el primer tercio del siglo XIX. Tuvieron éstas por precedentes los bailes de máscaras y las mascaradas callejeras del día de San Pedro y los domingos subsiguientes. Consecuente con su plan de distraer al pueblo de la Revolución de las colonias de América, el general La Torre ideó capciosamente sumir las multitudes en los estrepitosos juegos de Carnaval. Según se desprende de los relatos del Padre Abbad, en el siglo anterior divertíase la gente en los días de Carnaval dedicándose con preferencia al baile.

No era el Carnaval sanjuanero de los setenta, en contraste con el veneciano, una explosión de alegría popular que servía para poner de manifiesto las preocupaciones estéticas, los triunfos de concepción y ejecución artísticas y el buen gusto de los hijos de la Reina del Adriático (\*). En San Juan invadía las calles la festiva multitud,

956. Bando de Policía y Buen Gobierno, Cap. 6.º.

957. Circular N.º 111 de 1851.

958. R. O. de 2 de septiembre de 1885.

\* V. *El Carnaval en las Antillas (1879)*, por Luis Bonafoux, en *Ultramarinos*, Madrid, 1882, págs. 1 al 8.

dividida en numerosísimas comparsas de hombres y mujeres de todas las edades y colores, y en pequeños grupos, tríos, parejas y aun solitarios bufones excéntricos, enmascarados y en su inmensa mayoría grotesca y pobremente disfrazados, que iban y venían, gritando y gesticulando, sin rumbo fijo a todo el ancho y largo de las calles, en direcciones encontradas, ora caminando con ridícula lentitud, ora emprendiendo súbita carrera, ensayando algunos pasos de baile o marcando improvisado pasi-trote al son de un tamboril. Abrumábanse mutuamente, así como a los espectadores en los balcones y azoteas, con gritos, dicarachos y cantaletas en falsete. A pesar de la febril excitación, guardábanse las líneas divisorias de clase: asaltaban las comparsas callejeras las casas de sus iguales en el color de la piel o en jerarquía social. Pero sólo en ese punto conservábase la moderación. Invasa la casa por una comparsa, caían como por encanto al suelo las vallas usuales que habían levantado el tradicional formalismo. Bullían los alegres asaltantes por toda la casa, sin excluir la cocina, en donde solían probar de los platos al rescoldo, acosándose mientras tanto a bromas, picarescas alusiones e intencionadas indirectas (no siempre de insospechable inocencia) a los dueños y señores. Entablábase una verdadera batalla entre los ocupantes de las azoteas y las máscaras callejeras, lanzándose mutuamente cascarones de huevos llenos de agua, no siempre perfumada, cáscaras de frutas y otros inofensivos proyectiles. Llevaban en esto la ventaja los de las azoteas, pudiendo emplear piezas de *artillería gruesa*, tales como grandes jeringas de latón, baldes y bañeras repletas de agua que descargaban contra los transeúntes y jugadores, exceso que obligaba a los primeros a protegerse con paraguas y capas de lluvia. Portando algunas máscaras un palo corto del que se amarraba una o más vejigas de cerdo infladas de aire, la emprendían a vejigazos con los viandantes, mientras entonaban el sonsonete:

Vegigante a la boya,  
¡Pan y cebolla!

Poco a poco iba la estridente zambra extendiéndose por toda la ciudad, ocupándola hacia la puesta del sol desde La Puntilla a Ballajá, desalojado por completo el tránsito rodado, suspendidas todas las usuales actividades abandonábase la urbe de cuerpo y alma a la alegría, un tanto teñida de cierto primitivo histerismo colectivo. Por la noche, disgregada la enorme comparsa que era la población entera, en señores y artesanos, caucásicos y etíopes, entregábanse

al baile hasta que el sol, asomándose de nuevo por el horizonte, ponía fin a la fiesta.

## LAS CORRIDAS DE TOROS

Ya hemos visto cómo, desde el siglo XVI, acostumbrábase lidiar toros en las fiestas reales, recibimientos de obispos y otras ocasiones de público regocijo. Eran, sin embargo, aquellas corridas simples *novilladas* en las que participaban los aficionados de la ciudad. Sólo en el siglo XIX encontramos alguna que otra mención de que se practicara el arte taurino por toreros profesionales. En el 93 y en el sitio denominado Peña Parada, en Puerta de Tierra, se construyó una modesta plaza de toros. Para inaugurarla, en el mes de noviembre de dicho año, contratóse una cuadrilla, trajéronse toros de Santiago de Cuba, cuidándolos mientras tanto en los fosos del castillo de San Cristóbal. En el día señalado hubo un desfile de jinetes y coches, simones y quitrines que conducían las señoras de la buena sociedad, vestidas a la andaluza (959); hubo despliegue de joyas, claveles y lindos abanicos; se bebió manzanilla en la plaza, pero hubo de notarse que los vítores de la multitud carecían del timbre de atávica vehemencia que le imprimen en la Península los verdaderos amantes del brutal espectáculo. Evidentemente, no había de prosperar la afición a los toros en Puerto Rico. Diluida la sangre española con la del taciturno indígena y del agobiado bozal dentro del apretado cerco de la colonia, cuyo ambiente moral hacía repugnar toda forma de violencia contra las personas y cuyo edénico ambiente físico quebraba las lanzas de la energía, necesariamente habían de inclinar al nativo hacia la benignidad y el amor a los placeres blandos. Por otro lado, como insinúa un comentarista del siglo XVIII (960) al describir una corrida en la plaza Mayor, los toros del país presentábanse en la arena humildes y obedientes, más inclinados a la «familiaridad» que a la fiera. No más temibles parecieron los toros cubanos que se lidiaron en el 93. A las cuatro corridas hízose necesario clausurar la plaza, y, sentando un precedente único en el mundo hispánico, instalóse en ella un inofensivo *carrousel*. Verdaderamente, aquí la Inquisición embotó sus garras: la Esclavitud acabó por convertirse en casi espontánea confraternidad; la Revolución abortó, en brazos de las Milicias puertorriqueñas, apenas había sido conce-

959. "El Buscapié", San Juan, P. R., 28 de diciembre de 1893.

960. 1/5/181.

bida, y hasta los descendientes isleños de los toros de raza perdieron la salvaje embestida.

### OTRAS DIVERSIONES Y PASATIEMPOS

En la última década del siglo XIX la colonia asturiana celebraba todos los años las fiestas de Covadonga. Vaciábase la ciudad por la puerta de Santiago en romería a Puerta de Tierra para presenciar la pintoresca representación de la épica lucha entre los moros y las huestes de Pelayo en las alturas de Covadonga. Concurrían los astures armados de lanzas, alabardas y adargas. Prestábale colorido al vasto escenario multitud de kioskos y casas de campaña agrupadas para representar las distintas regiones de España, así como los aduares de gitanos que para esa época ya empezaban a visitar anualmente la ciudad, haciendo sus campamentos en Puerta de Tierra. Resucitábanse las costumbres de Asturias; bailaban la danza prima y comían rosquillas y avellanas tostadas; reproducían al aire libre algunas de las escenas de una boda en la antigua Cantabria, exhibiendo el ajuar de la época enviado de la Carolina, a cuyo paso arojaban hinojos y espadañas y lanzaban al espacio infinidad de volantes (961). Venían cabalgatas de los pueblos cercanos que irrumpían intramuros en alegres alboradas. Duraba la fiesta nueve días, bailándose cada noche, después de la novena, en honor de la Virgen de Covadonga.

### LAS RIÑAS DE GALLOS

Incidentales a las celebraciones y festejos de toda índole, las riñas de gallos absorbían también una buena parte del tiempo laborable de los capitalinos. Tanto se apasionaron por ellas que en los tiempos del gobernador Muesas se jugaba a todas horas del día en las calles y plazas. Víanse padres de familia puestos de cuclillas en la plaza, entregados al sucio deporte, sin manifestar disgusto alguno por haber perdido cuanto tenían, doliéndose, en cambio, amargamente, si moría o quedaba mal herido en la refriega algunos de sus brutos favoritos (962). No es de extrañar que el gobernador quisiera sacar partido de tan arraigada afición en beneficio del

---

961. "El Buscapié", San Juan, P. R., 27 de agosto de 1892.

962. III/404.

Estado, sometiendo las riñas a tributación de Real Hacienda en 1770, medida que hizo necesaria la construcción de galleras. El arbitrio de galleras fue rematado por tres años en 740 pesos, hacia el 82, convirtiéndose en un ingreso municipal en la centuria siguiente (963). En 1825 el gobernador de La Torre reglamentó el deporte minuciosamente. Consintió explotar galleras exclusivamente en la Capital y poblaciones; hizo responsables del orden en ellas a los arrendatarios y a los jueces y oficiales de cualquier arma o clase que se encontraran presentes en ellas; ordenó en la Capital la asistencia de un regidor, comisionado al efecto, y prohibió portar armas a los concurrentes, excepto aquellas personas que por su distinción o empleo podían llevar espada ceñida; prohibió la concurrencia de negros esclavos e hijos de familia, y de los artesanos y jornaleros en días laborables, fuera de las horas de la siesta; fijó en siete varas castellanas el diámetro minimum de toda gallera y en una el alto de la valla, debiendo el edificio proveer de sombra en todo tiempo a los combatientes; estableció penas de ocho días de cárcel o cuatro pesos de multa a los que usaren de algún género de violencia o ira contra cualquier gallo, aunque fuere propio, una vez que estuviere dentro de la valla; destinó los asientos de la gallera, en el orden que se expresa, a las personas caracterizadas, los blancos y los negros. Disponía, además, el reglamento el modo de concertar las apuestas y los contratos de pelea, que eran de dos clases, de vista y al peso, entendiéndose que estos últimos no podían revocarse o alterarse una vez que, convenida la riña, salieran ambos gallos de los sacos en que fueran pesados. Podía, sin embargo, anularse el contrato si uno de los dos gallos daba evidentes señales de no querer pelear, en cualquier momento desde que era extraído del saco hasta el instante del careo, o si de mutuo y espontáneo acuerdo ambos jugadores desistían de la riña. Las apuestas eran revocables, después de soltados los gallos en la arena, sólo en el caso de que ambos contendientes se abstuvieran de acometerse. Autorizábase a los arrendatarios recurrir a la justicia ordinaria para gestionar el pago de las apuestas que llegaran o pasaran de veinte y cinco pesos. Estaban los dueños de gallos obligados a cantar el peso neto exacto de su gallo determinado de las once a las doce de la mañana, en la balanza de la gallera, debidamente contrastada por el caballero fiel ejecutor, incurriendo en una multa de cuatro reales los que aumentaren el peso de éste, aunque sólo fuere en una onza. Prohibíase la práctica de confrontar las espuelas de los gallos, como requisito para concertar

---

963. Colí y Toste en I/3/307/nota.



apuestas, ya que los astutos se valían de ella para hacer pasar los gallos por pollos, cortándoles las espuelas y dejándoselas del largo corriente en los animales jóvenes, o intentando pasar por pollos aquellos gallos viejos que naturalmente tuvieran cortas las espuelas. Obligábase a los que quisieren reñir verdaderos pollos que los enseñaran al público antes de entrar en el saco, cantando su peso antes de que éste fuera verificado en la balanza oficial. Siempre que estando un gallo a la vista se concertaba una apuesta, quedaba el proponente obligado a cumplirla, o en su defecto, a satisfacer en el acto la cantidad convenida. Conducíanse las riñas por careadores expertos, quienes llenaban su cometido sin la intervención, censura o corrección de los espectadores, multándose a los que violaban esta regla. Antes de empezar la pelea, trazaban los careadores cuatro rayas paralelas en la arena, las dos primeras, llamadas líneas de careo, distantes de 3 a 3 ½ cuartas entre sí; las segundas, o líneas de soltar, un poco retiradas de éstas. Una vez excitados los gallos por el careo, debían soltarse a pelear simultáneamente en las rayas correspondientes. Si uno de los careadores faltaba a estos requisitos, tenía derecho el ofendido a levantar su gallo y examinarlo para cerciorarse de que había sufrido algún daño, en cuyo caso podía suspender la riña y exigir la imposición de una multa de cuatro pesos al contrario o el pago del valor del animal, si éste moría o quedaba lisiado. Conveníase de antemano si se consentían careos durante la riña, los cuales se hacían cuando uno de los animales daba la espalda al otro o cuando cesaban de pelear. Consentidos los careos durante la riña, permitíase a los criadores levantar los gallos para limpiarle la sangre, estirarle los dedos y el pescuezo, operaciones que solían dilatar maliciosamente con el fin de dar lugar a que quedare fuera de combate algún mal herido combatiente. Siendo la crueldad de los jugadores mayor que la de los propios animales, no se daba por terminado un combate por el hecho de que los contendientes quedaran completamente ciegos; tomándolos por la cola careábanlos pico a pico, en un último esfuerzo para revivir con el contacto de sus armas naturales (! aún en la oscuridad de la ceguera!) los últimos vestigios del odio animal que se extinguían gradualmente con la sangre vertida de los innumerables espolazos y picotazos. Justamente cinco careos consentíanse para dar por entablada una pelea entre las aves, a menudo reducidas por la riña a estado pre-agónico. A este respecto dictaminó el condecorado gobernador de la colonia, teniente general don Miguel de La Torre:

Si a pluralidad de votos un gallo ciego e imposibilitado,

no pudiendo picar, conservase todavía los signos de su valor, y el otro con mucha o poca vista hubiere hecho claras e inequívocas acciones de cobardía, y al ponerles pico a pico para la prueba, huyese este la cabeza y no quisiese picar, se dará desde luego por perdido, en justa pena de su demostrada ruindad (964).

Pero no se detenían ahí los verdugos del gallardo animalito: la decisión de cualquier pelea debía necesariamente aguardar al último careo, a menos que, como lo entendía el citado gobernador y capitán general, el gallo rendido proclamase la victoria de su adversario «o con la muerte o con los impudentes gritos de su infame cobardía». Colocados en su alto sitio de seres racionales, condescendían los jugadores con la *debilidad animal*, admitiendo que no todos los gritos que podían lanzar los contendientes debían interpretarse como señales de cobardía. Ciertamente, no había de bajar en la estimación de aquellos descarriados representantes del Rey de la Creación el emplumado bípodo que se diera a *tocar el clarín*, es decir, dar voz lastimera a la angustia, la fatiga y el dolor de la carne magullada y apuñalada por designio de una voluntad superior a la suya que se le imponía con despótico rigor hasta quemarle el último gramo de energía. Ni siquiera en los místicos instantes del toque de oraciones, que anunciaba la proximidad de la noche, podían los alados combatientes esperar la compasión de los hombres: la ley inflexible les obligaba a continuar el duelo a muerte a la luz de las velas o faroles que debían proveer sus verdugos, mientras por imposición de antigua costumbre, hacían sobre sus frentes la señal de la cruz del Redentor. Pezuela, persistente moralizador de las costumbres, ordenó hacia 1850, el cierre de las galleras en días laborables.

Afortunadamente para nuestra ciudad, alternábanse las riñas de gallos con otros pasatiempos más propios de la civilización cristiana. Solían, aun algunos de los mismos adultos que concurrían a las inmundas galleras, dedicarse al sano y limpio deporte de los volantines. Aprendido en la infancia, ampliáronlo luego, no sólo aumentando el tamaño de los cometas y «bolas» hasta requerir para su manejo el empleo de hombres fornidos; utilizando fuertes telas en su fabricación y gruesos bramantes para elevarlos; armando sus larguísimas colas con afiladas cuchillas de hierro o vidrio, cortados

---

964. Artículo 11 del Reglamento de Galleras del 14 de marzo de 1825.

en forma de media luna (965); celebrando verdaderos torneos, a veces armonizados por una flaca orquesta. Simulábase una especie de combate aéreo en el que uno de los cometas (el «aguantador») manteníase en el espacio, con altanera serenidad, a la defensiva, mientras otros (los «cortadores»), raudos y agresivos como adiestrados halcones, lo acometían en súbitos ascensos, rápidas picadas y oblicuas embestidas, tratando de cortar con sus cuchillas el bramante del adversario. Concertábanse apuestas e imponíanse condiciones; vitoreábase a todo pulmón al manejador del volantín tajante, uniéndose la murga al estrépito con algún aire marcial; propinábase sonora rechifla al vencido, mientras su papalote caía dando tumbos como un bajel a la deriva, impulsado por la brisa. Obligado por común gentileza, acostumbraba obsequiar el ganador a sus compañeros con una parranda nocturna, que de seguro no habían de tener por escenario el cielo azul, ni por actores los inocentes volantines...

No pocos de los jóvenes y caballeros de las mejores familias de la ciudad gozaron horas enteras, junto a las murallas del recinto norte, o encaramados en las azoteas de sus casas, aprovechando los deliciosos alisios de las tardes borincanas, para dar rienda suelta a su imaginación, entregados a los placenteros simulacros aéreos, sin soñar siquiera que ideaban tácticas elementalmente precursoras, si cabe, de las que había de emplear una mortífera arma del futuro.

En el siglo XIX había caído en desuso el juego de argollas, introducido en los tiempos de la conquista, consistente en hacer pasar por una argolla de hierro clavada en el suelo unas bolas de maderas impulsadas a paletazos. Otro juego, antiguo, el de los bolos, era todavía conocido en 1875, año en que se le practicaba en una cancha situada en la Marina (966). Colocaban en ella nueve bolos en tres hileras equidistantes, filas que el jugador trataba de romper lanzándoles a mano una bola desde un punto convenido.

En cuanto a los juegos de naipes, eran tan antiguos como la prostitución legalizada, encontrando en ellos el capitalismo la ocasión de gratificar la pasión por las apuestas que habían heredado de sus progenitores procedentes del sur de la Península. Durante la Era Inerte (1521-1815), la general ociosidad, resultante de la casi total ausencia de industrias, la poquedad del comercio, la práctica de acudir a los gastos del Gobierno de la Isla con remesas del Tesoro de México, y la indiferencia supina con que el Estado con-

---

965. Prohibidas bajo pena de cuatro pesos, por el gobernador La Torre, en 1824, volvieron a utilizarse hasta después de la invasión americana.

966. XXXIII/año 1876.

sideraba el desempleo, favorecieron el desarrollo colectivo y la permanencia de la afición desmedida por los juegos de envite y azar, hasta convertirla en un cáncer social. En 1809 escribía don Pedro Irizarry :

...como un torrente impetuoso se ha llevado (la pasión del juego) tras sí la religión, el honor y caudales de innumerables labradores dejando sepultadas en sus ruinas familias dilatadas... (967).

Condiciones estas que había reconocido el autor ser extensivas a la nobleza de la Isla y que cobraron creciente magnitud durante la administración del general La Torre (1822-37) en su empeño de sustraer al pueblo del contagio de la doctrina revolucionaria que triunfaba en el Continente americano, distrayéndolo en prolongadas fiestas e induciéndolo a entregarse de lleno a las jugadas de gallos, juegos de azar y otras costumbres licenciosas. Siguiendo el ejemplo de La Torre, el general Messina (1862-1865) intentó ahogar en las casas de juego el interés por la cosa pública, consintiendo al baratero Vianello explotar una de estas bancas en el corazón de la ciudad, al borde de la plaza Principal.

Con la prosperidad material iniciada en 1815 comenzaron a agitarse ideas tendientes a la creación de centros sociales de esparcimiento y cultura. Un ejemplo de las realizaciones alcanzadas fue el Casino Puerto-Riqueño que contaba en 1854 entre sus directores a D. Lino Saldaña, siendo el contador D. R. Cabrera (968). Veinte años después se fundaba el Casino Español por los señores José García Polavieja, Francisco B. Barceló y Pablo Ubarri (969).

---

967. Informe dado por el alcalde don Pedro Irizarry al Ayuntamiento de la Capital, año 1809.

968. XXXIII/23/4-año 1854.

969. LXXX/224.

## **EXPLICACION DE LAS SIGNATURAS EMPLEADAS EN LAS NOTAS MARGINALES**

El primer número romano corresponde al título de la obra citada; el número arábigo que le sigue, separado por un guión, indica el tomo de dicha obra; el número arábigo siguiente, indica la página. Una letra *n* colocada después del número de una página, indica una nota marginal en la obra que se cita y el número siguiente, el número de dicha nota.

### *Obras citadas :*

- I. Boletín Histórico de Puerto Rico — San Juan, P. R., Tip. Cantero Fernández & Cía., 1914-1927. 14 Vols.
- II. Biblioteca Histórica de Puerto Rico, que contiene varios documentos de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, coordinados y anotados, por don Alejandro Tapia y Rivera. Puerto Rico, Imprenta de Márquez, Mayagüez, P. R., 1854 (1 vol. de 587 págs.)
- III. Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de Puerto Rico, por Fray Iñigo Abbad y Lasierra. Nueva edición, anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica, por José Julián de Acosta y Calbo. Puerto Rico, Imprenta y librería de Acosta, 1866 (1 vol. de 580 págs. y prólogo de X).
- IV. Noticias Particulares de la Isla y Plaza de San Juan Bautista de Puerto Rico, comprendidas desde la conquista hasta el fin de diciembre de 1775, por don Fernando Miyares González, capitán de infantería

del cuerpo de Milicias Disciplinadas de Puerto Rico. (M. S.)

- V. Lealtad y Heroísmo de la Isla de Puerto Rico, 1797-1897, por varios autores. San Juan, P. R., Imp. de Lynn e Hijos de Pérez Moris, 1897. (1 vol. de 367 páginas).
- VI. Historia de Puerto Rico, por Salvador Brau, con ilustraciones de Mario Brau y Zuzuarregui y otros. Nueva York, D. Appleton y Cía., 1904. (1 vol. de 312 páginas).
- VII. Archivo Municipal de San Juan. Documentos Inéditos. Exp. — Expedientes; A. — Actas Municipales; J. M. — Juntas Municipales; A. M. — Acuerdos Municipales; TRT — Toma de Razones de Títulos.
- VIII. Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacadas, en su mayor parte del Real Archivo de Indias. Madrid, 1864-1884. (Serie 1.ª, 42 vols.)
- X. Puerto Rico y su Historia, por Salvador Brau, Imp. de F. Vives Mora, Valencia, 1874. (1 vol. de 404 págs.) Hay una edición anterior, Imp. Arturo Córdova, San Juan, P. R., 1892.
- XI. Instrucciones al Diputado don Ramón Power y Giral, por Rafael W. Ramírez de Arellano, Publicado por la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. P. R., 1936. (Boletín de la Universidad. Serie VII, Núm. 2, 76 págs.)
- XII. Los Huracanes de Puerto Rico, por Rafael W. Ramírez de Arellano. Publicado por la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, P. R., 1932. (Boletín de la Universidad, Serie III, Núm. 2, 76 págs.)
- XIII. Conferencias Dominicales dadas en la Biblioteca Insular de Puerto Rico. San Juan, P. R. Publicadas por acuerdo de la Junta de Síndicos de la misma Biblioteca, San Juan, P. R., Negociado de Materiales, Imprenta y Transporte, 1913-1914. (2 tomos en 1 vol.)

- XVIII. Viaje a la Isla de Puerto Rico en el año 1797, por Andrés Pedro Ledrú, traducido por Julio L. de Vizcarrondo. Imp. Militar de J. González, San Juan, P. R., 1868. (1 vol. de 268 págs.)
- XIX. La Colonización de Puerto Rico, desde el descubrimiento de la isla hasta la reversión a la corona de España de los privilegios de Colón, por Salvador Brau. Tipografía «Heraldo Español», San Juan, P. R., 1907. (1 vol. de 497 págs.)
- XX. Mis Memorias o Puerto Rico como lo encontré y como lo dejo, por Alejandro Tapia y Rivera. De Laisne & Rossboro, Inc., Nueva York, 1928. (1 vol. de 226 págs.)
- XXI. Geografía y Descripción Universal de las Indias, recopiladas por el cosmógrafo cronista, Juan López de Velasco, desde 1571 a 1574, publicada por don Justo de Zaragoza, Madrid, Tipografía de Fortanet, 1894. (Lo que trata de Puerto Rico está comprendido de la pág. 126 a la 134).
- XXV. The United States and Porto Rico, by L. S. Rowe. Th. D. Longmans, Green, and Co., 1904. (1 vol. de 276 págs. e Introducción de XIV).
- XXVIII. Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico, por don Angel Rivero, Capitán de Artillería. Suc. de Rivadeneyra (S. A.), Madrid, 1922. (1 vol. de 691 págs.)
- XXIX. Isla de Puerto Rico. Estudio histórico, geográfico y estadístico por Manuel Ubeda y Delgado, teniente de Infantería. Puerto Rico, Tip. del Boletín, 1878. (1 vol. de 290 págs.)
- XXXI. Investigaciones Históricas. I. Las Excavaciones de Caparra. II. — El Fondeadero de Colón en Puerto Rico. Por Adolfo de Hostos, Historiador Oficial de Puerto Rico, San Juan, P. R., 1938. Imprenta del Gobierno.
- XXXIII. Gaceta de Puerto Rico (Diario Oficial).
- XXXV. Índice de Colecciones de Periódicos.

- XXXVI. Efemérides 1886, por Federico Asenjo.
- XXXVIII. Naval Actions and Operations Against Cuba and Puerto Rico, 1598-1815. Papers of the Military Historical Society of Massachusetts. Vol. XI, 205 pp.
- XL. Prontuario Histórico de Puerto Rico, por Tomás Blanco. Imprenta de Juan Pueyo, Madrid, 1935, 158 páginas.
- XLIII. Benefactores y Hombres Notables de Puerto Rico, por Eduardo Neumann Gandía. 2 vols. Vol. I, Imp. «La Libertad», Ponce, P. R., 1896, 408 págs. Vol. II, Imp. del «Lástin Comercial», Ponce, P. R., 1899, 294 págs.
- XLIV. Verdadera y Auténtica Historia de la Ciudad de Ponce, por Eduardo Neumann. Ponce, P. R. 1913. 289 págs.
- XLV. Balduino Enrico, por Fernando José Geigel Sabat. Editorial Araluce, Barcelona, 1934. 214 págs.
- LV. Prehistoria de Puerto Rico, por Cayetano Coll y Toste. Cerca de 1897. 1 Vol. de 298 págs.
- LXXII. Música y Músicos Puertorriqueños, por Fernando Callejo Ferrer. Tip. Cantero, Fernández y Cía., 1915. 1 vol. de 313 págs.
- LXXIV. Historia de la Instrucción Pública en Puerto Rico hasta 1898, por Cayetano Coll y Toste. 1 Vol., 206 páginas.
- LXXX. Registro de Puerto Rico, por Mr. M. Drew Carrel, 1910. 1 Vol. 328 págs.
- LXXXII. Archivo del Obispado de San Juan, P. R.
- LXXXVIII. Exposición de Puerto Rico. Memoria redactada según acuerdo de la Junta del Centenario (Descubrimiento de Puerto Rico), por Alejandro Infiesta, Imprenta del «Boletín Mercantil», P. R., 1895., Op. de 312 págs.



## SECCIÓN GRÁFICA



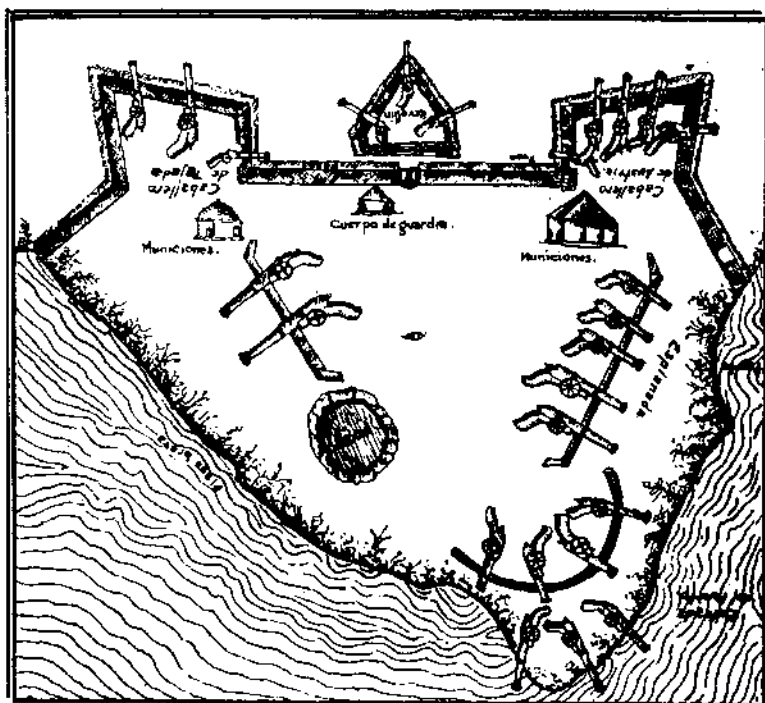


Fig. 1.—El fuerte del Morro en 1591, como lo dejara el capitán Pedro de Salazar. Nótese que sólo protegió con muros de fortificación el lado de tierra (el que mira al campo del Morro), construyendo dos bastiones trabados por una cortina, en el centro de la cual abrió la puerta principal, protegida, a su vez, por un revellín. (Del Archivo General de Indias. Patronato 176).



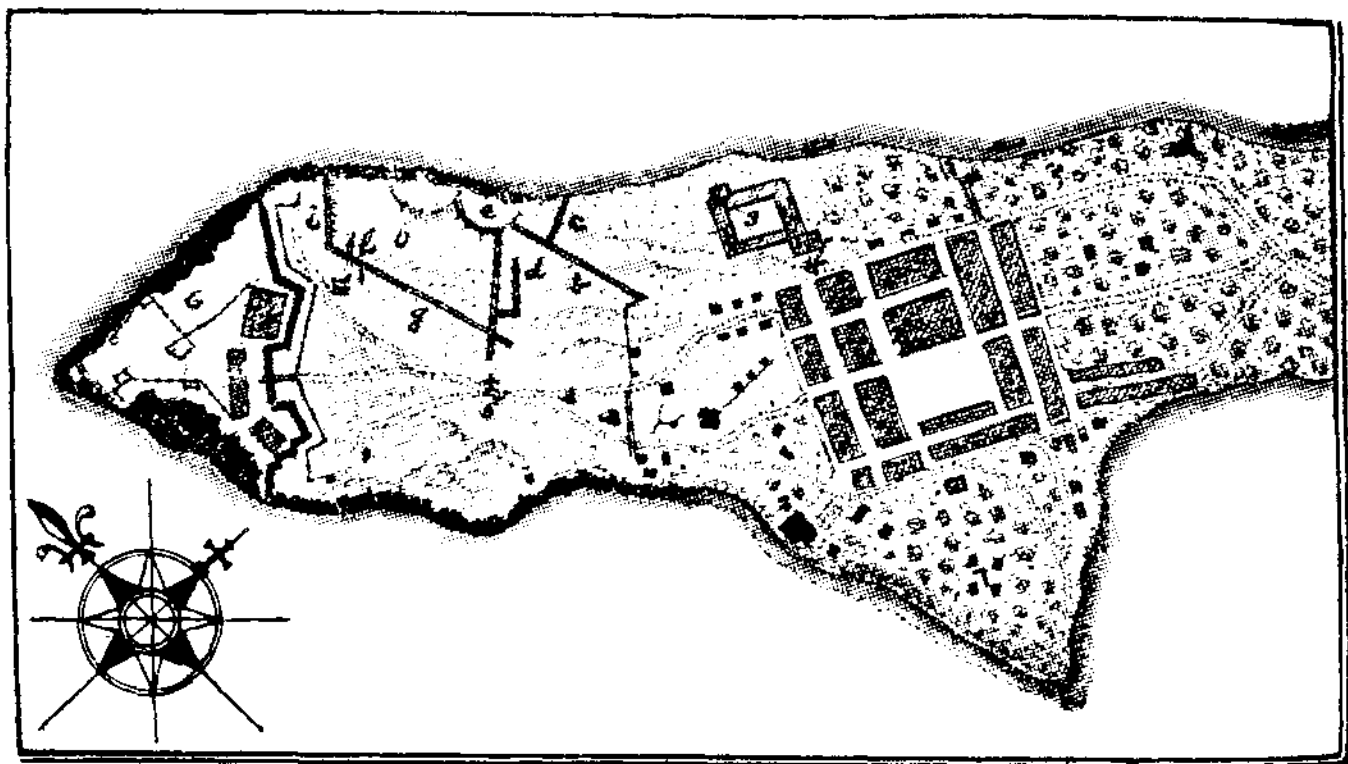


Fig. 2.—La ciudad de San Juan en 1625. 1.—La plaza Principal (entonces un mercado); 2.—La Fortaleza (residencia del gobernador); 3.—Monasterio de Dominicos; 4.—Iglesia del Monasterio; 5.—Capillita del Calvario; 6.—El fuerte del Morro; 7.—La Puntilla; a, b, c, d, e, f, g, h, i.—Las obras de sitio (trincheras, traveses, media-lunas y aproches construidas por los holandeses al mando del general Hendricksz para reducir el fuerte del Morro). Del plano intitulado «Grondt-Teeckening vande Stadi en Kasteel Porto Rico ende gelegenbeyt vande Haven». (sin fecha).

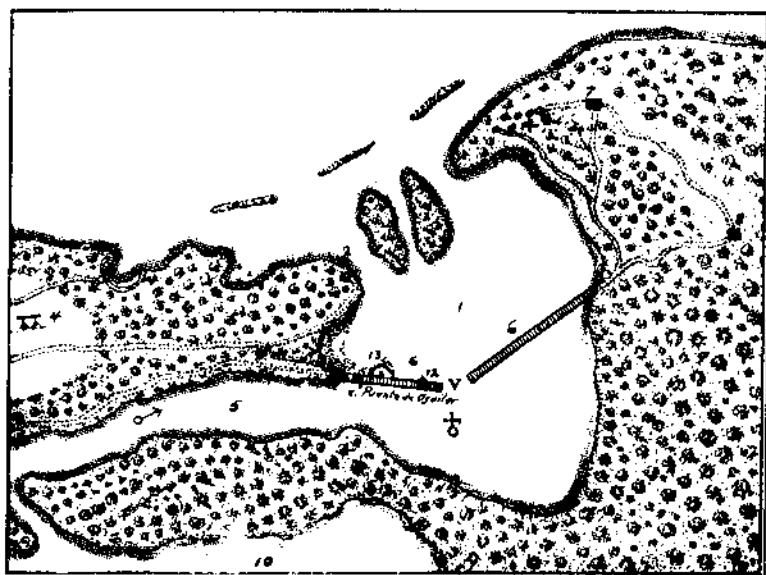


Fig. 3.—La ensenada del Condado, y sus alrededores en 1625. 1.—La ensenada. 2.—La Punta del Escambrón. 3.—El fortín Mata Diablo. 4.—La borca o patíbulo. 5.—El canal de San Antonio 6, 6, los dos tramos de la calzada o puente de Aguilar. V.—El tramo levadizo de dicha calzada. 7.—Una casa donde los españoles se atrincheraron durante el ataque de los holandeses. 8.—Casa quemada por los holandeses. 9.—La selva de Santurce. 10.—Parte de la bahía de San Juan. 11.—La fuente de Aguilar. 12.—La puerta abovedada que protegía el tramo corto del puente. 13.—La casa de guardia del puente. 14.—Un ingenio de azúcar 0→ Sitio de estación del navío holandés «Tyger». ± Sitio de estación del navío holandés «Netherland», durante el sitio y bloqueo de la ciudad y su puerto. (De un plano holandés de la época.)

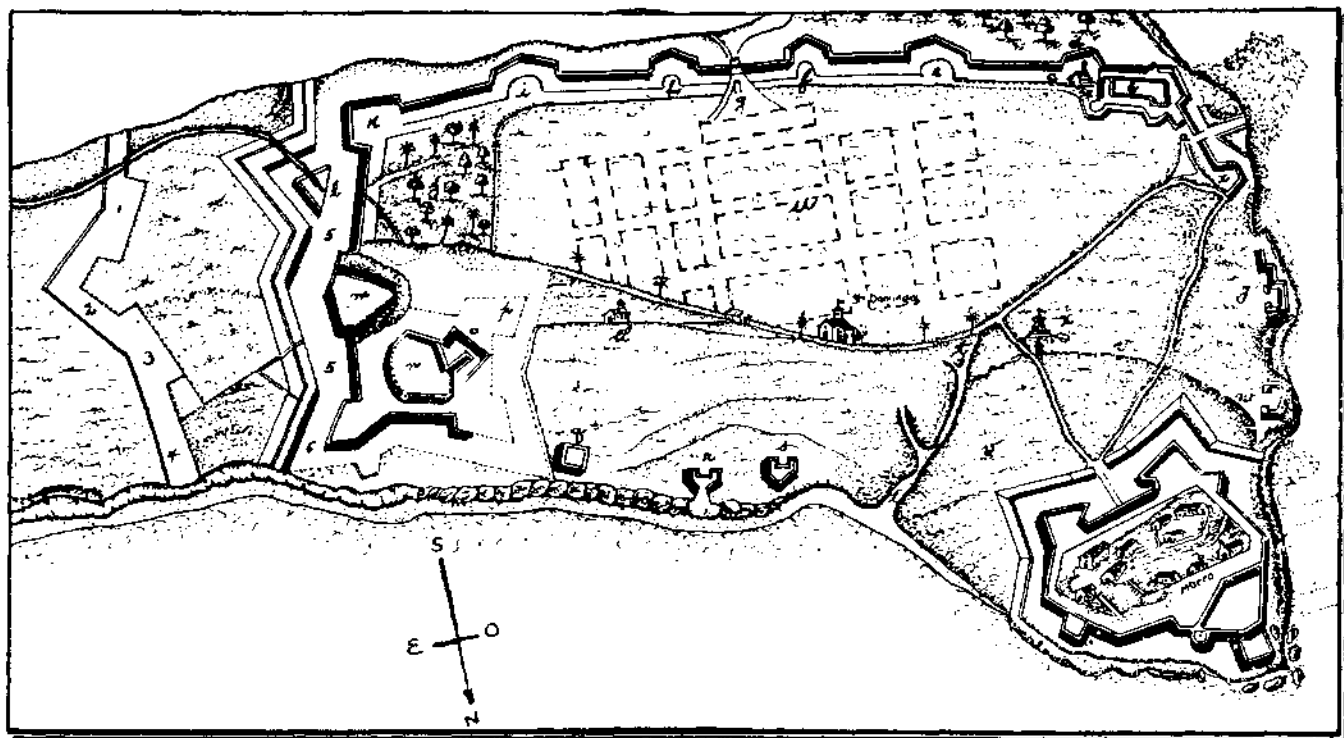


Fig. 4.—Las fortificaciones de San Juan en 1678. Nótese que el murado de la ciudad había sido terminado en los recintos Sur y Este, habiéndose sólo comenzado en los del Norte y Oeste. a.—Puerta de San Juan. b.—La Fortaleza. c.—Ermita de la Concepción. d.—Semibaluarte de la Concepción. e.—Baluarte de la Palma. f.—Baluarte de San Justo. g.—Puerta de San Justo h.—Baluarte del Muelle (o de San Justo). i.—Baluarte de San Pedro. j.—Espacio arbolado (más tarde plaza de Santiago). k.—Baluarte de Santiago. l.—Revellín y puerta de Santiago (no indicada en el plano). ll.—Ermita de Santa Bárbara (?). m.—Revellín de la Trinidad. n, o, p.—Fuerte original de San Cristóbal (las líneas de puntos indican el trazado proyectado en esa época, completamente distinto al que le dio O'Daly en el siglo siguiente). 5, 5, 5.—Foso del recinto Este. 1, 2, 3, 4.—Muro provisional y contrafoso existente antes de emprenderse las obras exteriores. q.—Cubo de Santo Tomás. r.—Revellín de La Perla. s.—Fortín de San Sebastián. t, t.—Zanjón del Morro. u.—Espacio aproximadamente ocupado por el caserío. v, v.—Glacis o campo del Morro. w.—Antiguo fortín de Santa Elena. y.—Batería de San Gabriel y pedazo de la muralla del recinto Oeste. z.—Segundo bastión construido en el recinto Oeste. (Del plano intitulado «Puerto Rico» por D. Luis Venegas Ossorio, año 1678, depositado en el Archivo General de Indias, Sevilla).

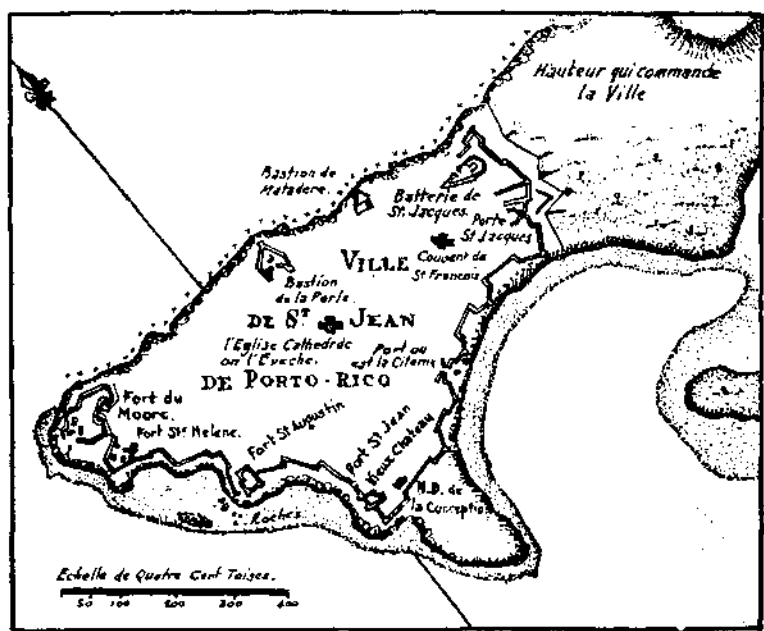


Fig. 5.—Las fortificaciones de San Juan en 1764. Nótese que se había terminado el murador de la ciudad en tres recintos, faltando sólo el del Norte para dejarlo concluido totalmente. Contábanse tres puertas en la urbe: San Juan, Santiago y San Justo, aquí designada como la puerta en que estaba la cisterna (probablemente el mismo primer pozo cavado por los españoles en la Isleia, antes de trasladarse a ella la ciudad, representado en el plano del Lcdo. Figueroa del año 1519). No habiendo aún sido construido el fuerte de San Cristóbal, las obras entonces existentes consistían en el reduto señalado en el extremo N. E., encima de la batería de Santiago (St. Jacques). (De un plano anónimo francés, intitulado «Port et Ville de Porto Rico dans L'Isle de ce nom», Paris 1764).

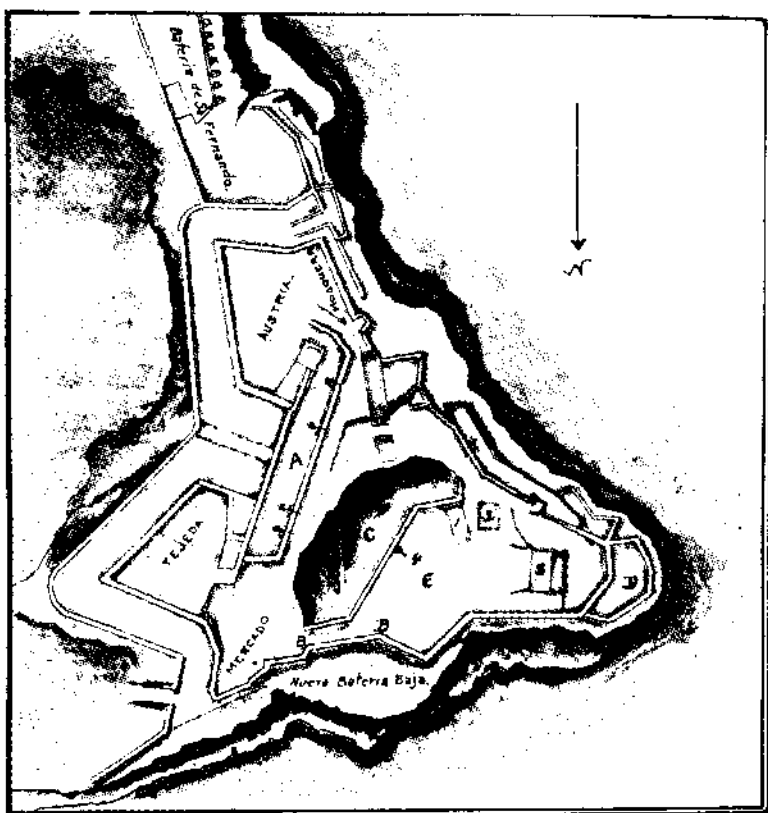


Fig. 6.—La reconstrucción del fuerte del Morro como fue proyectada por D. Alejandro O'Reilly y D. Tomás O'Daly en 1765. A.—La batería baja que se condenó para situarla en la línea B, B, sobre parapetos de 18 pies de espesor. 1, 2 y 3.—Edificios aislados del fuerte (que se ven dibujados en perspectiva en la Fig. 4) se demolieron, sustituyéndose por bóvedas construidas en otras partes del fuerte. C.—Barranco en el centro del castillo, en cuyo frente se levantó el paredón 4, formando con su terraplén una plaza (espacio E) en donde se colocaron algunas bóvedas. El espacio A (antigua batería baja) se convirtió en la plaza del fuerte, que cubría un gran aljibe a prueba de bombas. D.— El muro (con troneras) más bajo del fuerte, detrás de la batería flotante.—Del plano en que se manifiesta con la mayor exactitud el Castillo del Morro de San Juan de Puerto Rico, etc., por D. Tomás O'Daly, San Juan de Puerto Rico, 17 de mayo de 1765.



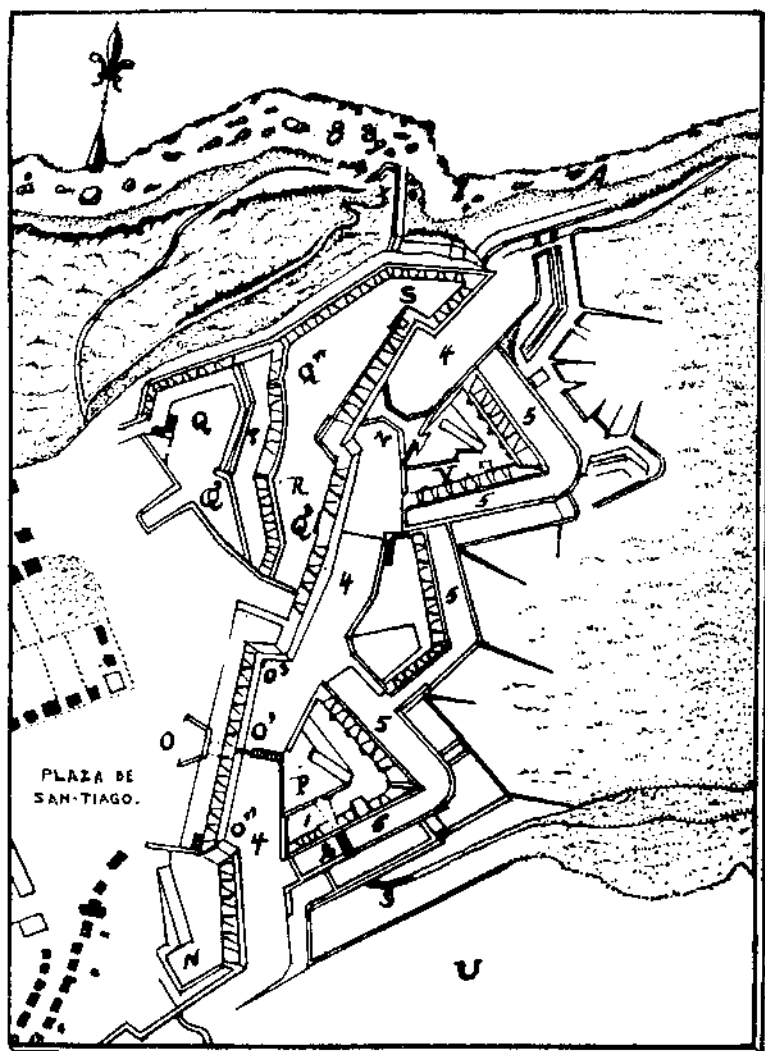


Fig. 7.—El fuerte de San Cristóbal y las obras exteriores en el año 1771, tal como fueron construidas según el proyecto O'Reilly-O'Daly. N—Baluarte de Santiago. O, O' — Nueva Puerta de Santiago y su puente sobre el foso (O'). P—Nuevo revellín del Príncipe (formidable protección de dicha puerta). Q, Q', Q'', Q''' — El fuerte de San Cristóbal y sus principales estructuras: el Baluarte Plano (R), el Baluarte del Norte (S) y el Caballero nuevo de San Miguel (T). Las obras exteriores: el Revellín nuevo de San Carlos (V), unido al fuerte de San Cristóbal por un puente (7) sobre el foso. El espigón (X), terminado en la garita del Diablo (para defender la orilla del mar). 4, 4, 4—Foso. 5, 5, 5—Contra-foso. Nótese que la puerta de Santiago (O) no abría directamente a la campiña, si que, perforando la muralla de la ciudad en el punto O', salvaba el foso por el Puente (O'), dando acceso al revellín del Príncipe (P) y a través de perforaciones en sus muros (1, 2) salvaba el contrafoso por medio del puente (2), dando salida a la vereda (3) que comunicaba con el fortín de San Antonio. Del Plano de la Plaza de San Juan, por D. Tomás O'Daly, fechado en 31 de agosto de 1772

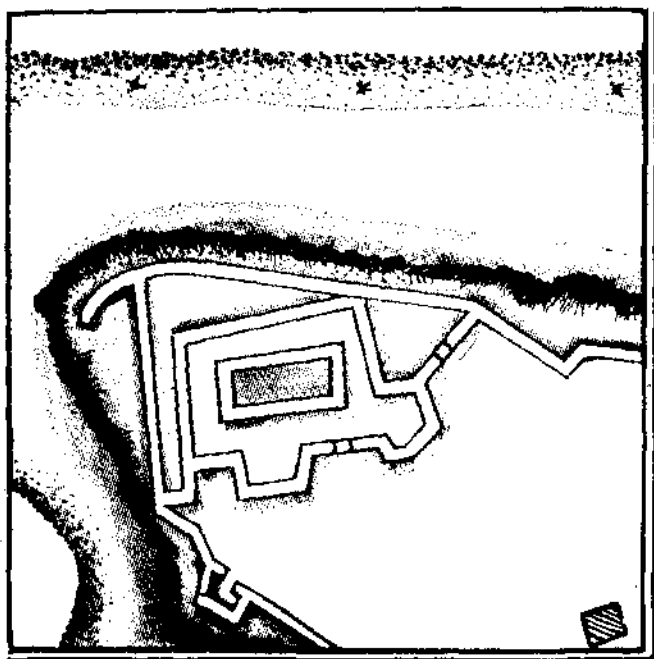


Fig. 8.—El fuerte del Morro en 1785. Aunque muy incompleto, este plano demuestra que en dicho año habían desaparecido los edificios aislados dentro del fuerte, substituyéndose por estructuras abovedadas (invisibles en el plano), ya adosadas, ya dentro de los gruesos muros de 18 pies de espesor. Del Plano de Puerto-Rico: Dale a luz Don Tomás López, Madrid, 1785.

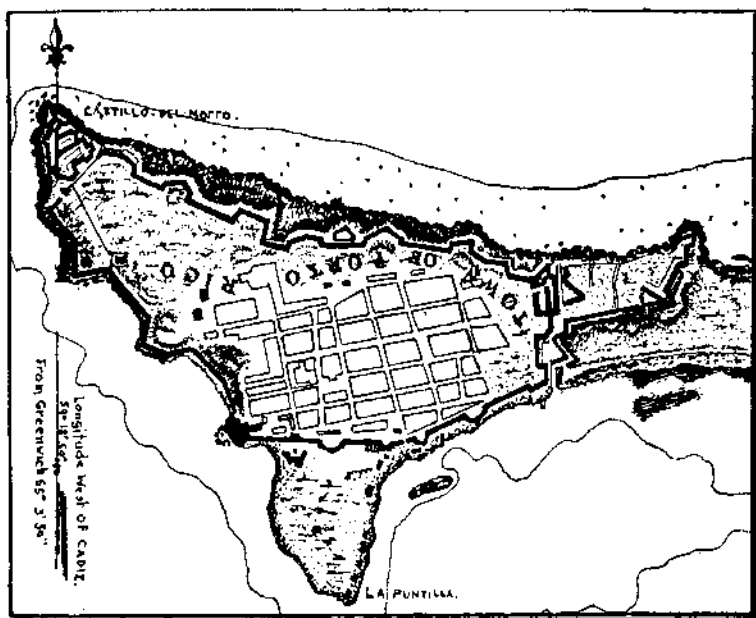


Fig. 9.—Las fortificaciones en 1794. Nótese que había terminado totalmente el murado de la ciudad, concluyéndose también los muros del perímetro de las obras exteriores, dejándose para el siglo siguiente la edificación de sus diversas estructuras, la Princesa, el Abanico, etc.— Del Plano Geométrico del Puerto Capital de la Isla de Puerto Rico, levantado en 1794 por D. Cosme de Churrua, capitán de Navío de la Rl. Armada (edición con la leyenda en inglés)

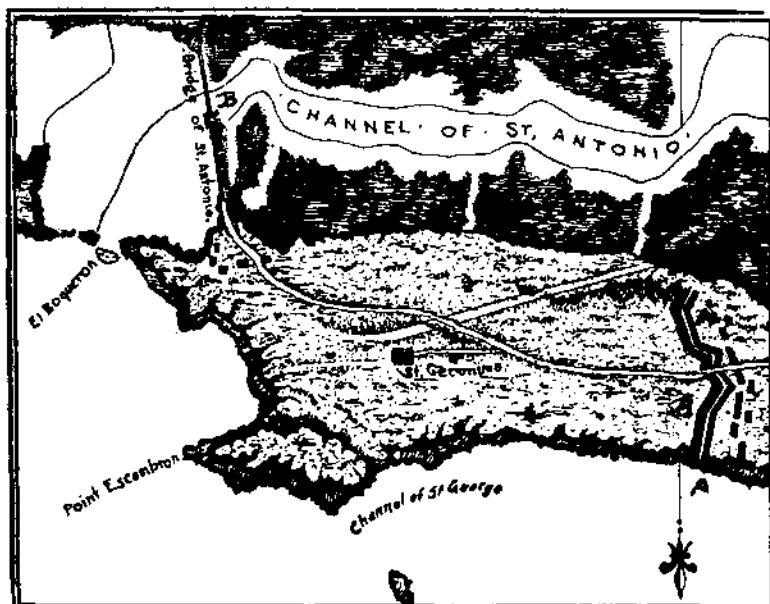


Fig. 10.—El extremo oriental de la Isla de San Juan en 1774. Nótese que no se había construido la primera línea defensiva, estando terminada la segunda (A, A), el fortín de San Antonio (B) y el polvorín de San Gerónimo. Del plano de Churruca (V. la figura anterior).

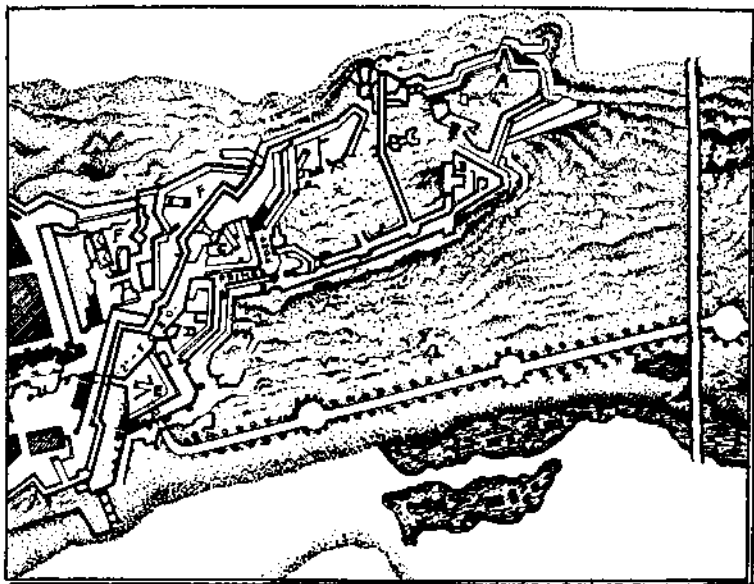
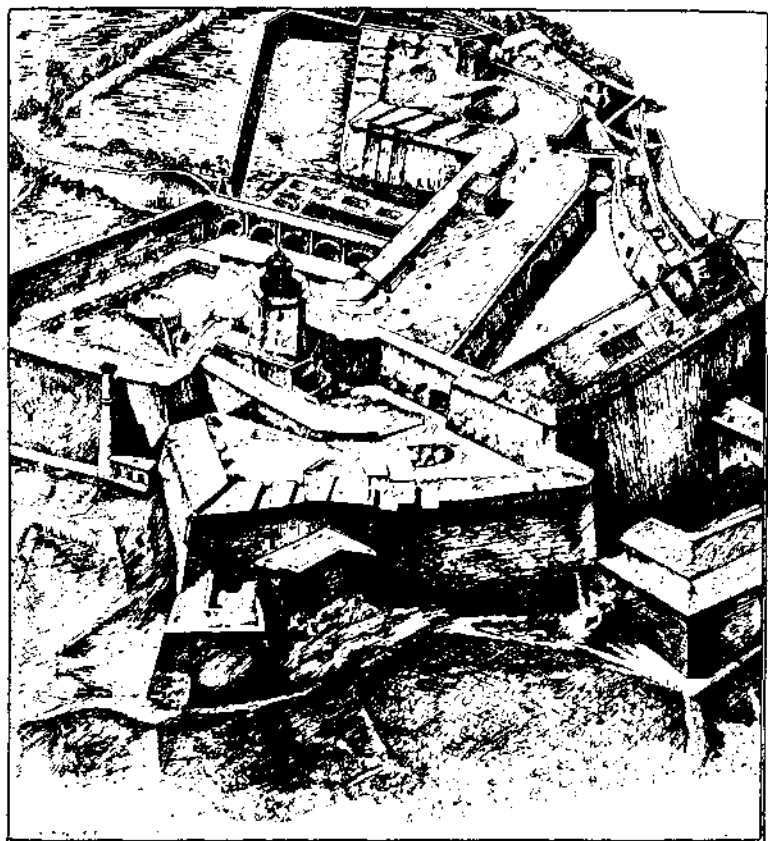
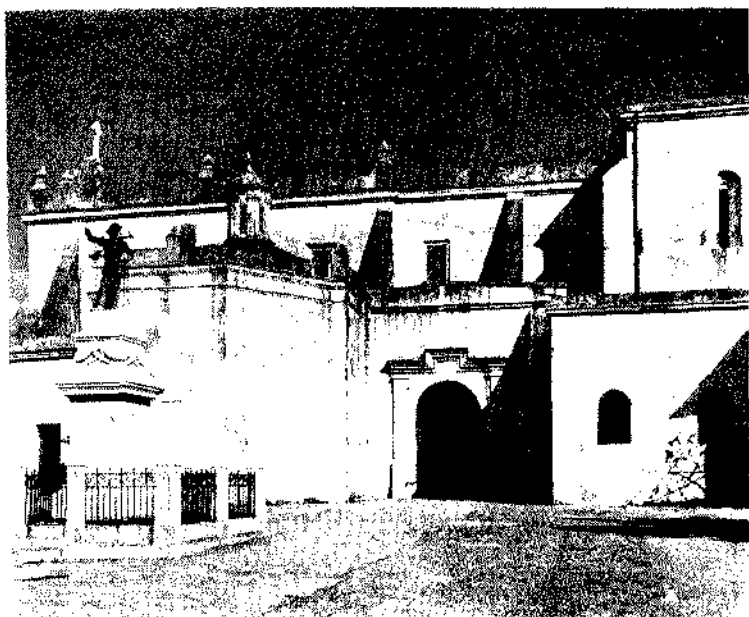


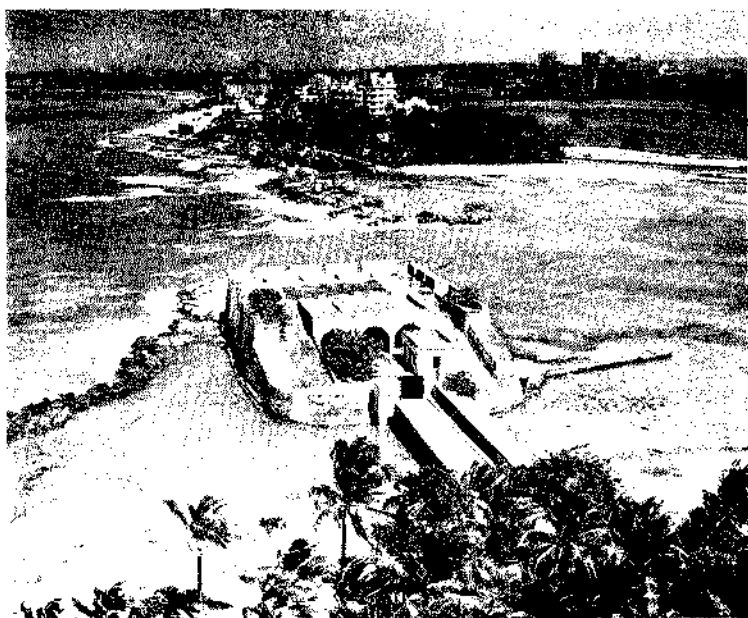
Fig. 11.—El castillo de San Cristóbal y las obras exteriores en 1851, A.—Fuerte de la Princesa. B.—Fuerte del Abanico. C.—Revellín de San Carlos. D.—Revellín de la Trinidad. E.—Revellín de Santiago. F, F.—Castillo de San Cristóbal. Nótese que la salida a Puerta de Tierra continuaba siendo a través del flanco Sur del revellín de Santiago. Puede admirarse en este plano el bello y complicado trazado de estas obras en la época en que alcanzaron el maximum de su desarrollo. Del Plano intitulado S. Juan de Puerto-Rico, por el Teniente Coronel Capitán de Ingenieros Don Francisco Coello, año 1851.



*Fig. 12.—El Castillo del Morro en la actualidad. (De una fotografía aérea.)*



*La iglesia de San José, antiguo templo del Monasterio de Santo Tomás de Aquino. Siglo XVI. Véase a la izquierda la exquisita estatua de Juan Ponce de León.*



*Puente de San Jerónimo de Buenavista, en la laguna de El Cindaán.*



*Primitiva torre de La Fortaleza, construida a principios del siglo XVI*





*Aspecto de la sala de la Casa del Colleccion (Museo de la Basílica Puertorriqueña del siglo XIX)*



*San Juan de Puerto Rico en 1623, cuando aún no se había dado principio al murado de la ciudad. (De un dibujo holandés de la época.)*



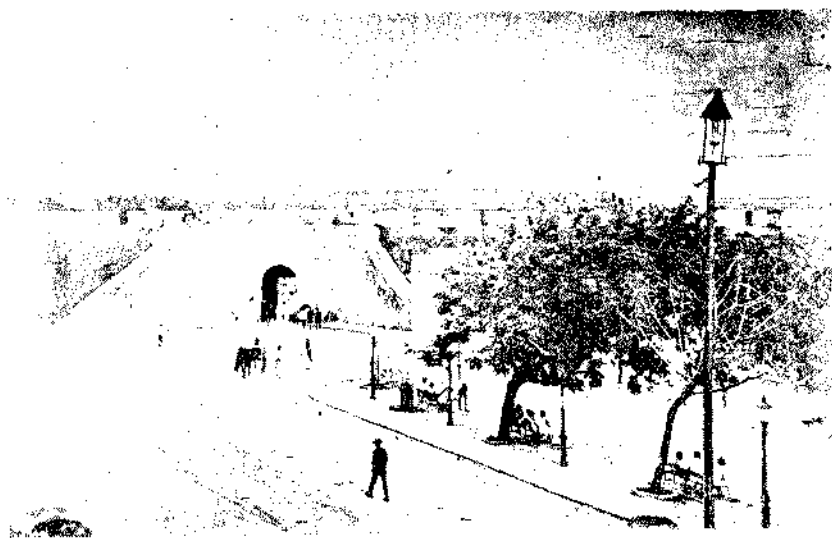
*La Puerta de San Juan. Construida en la muralla del Recinto Oeste, frente a la Caleda de Santa Catalina, antiguo fondeadero de la Bahía de San Juan, para facilitar el tránsito comercial.*

## PUERTO-RICO

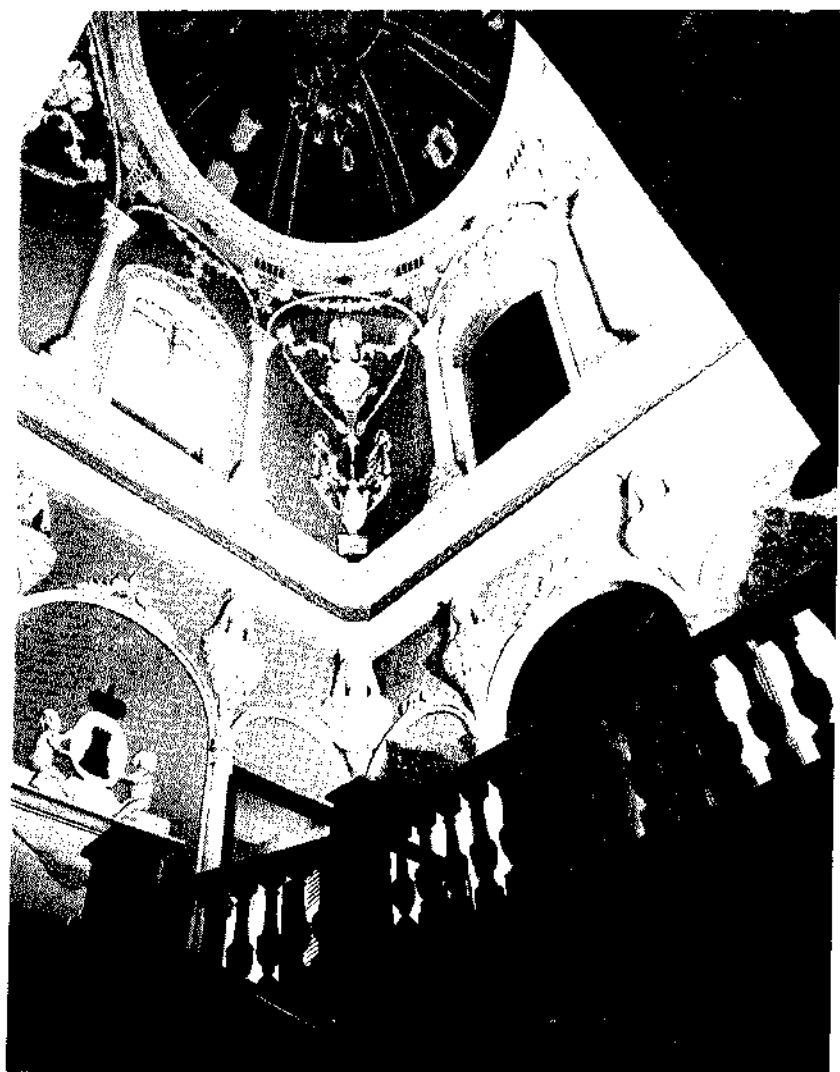


PLAZA D. ARMAS

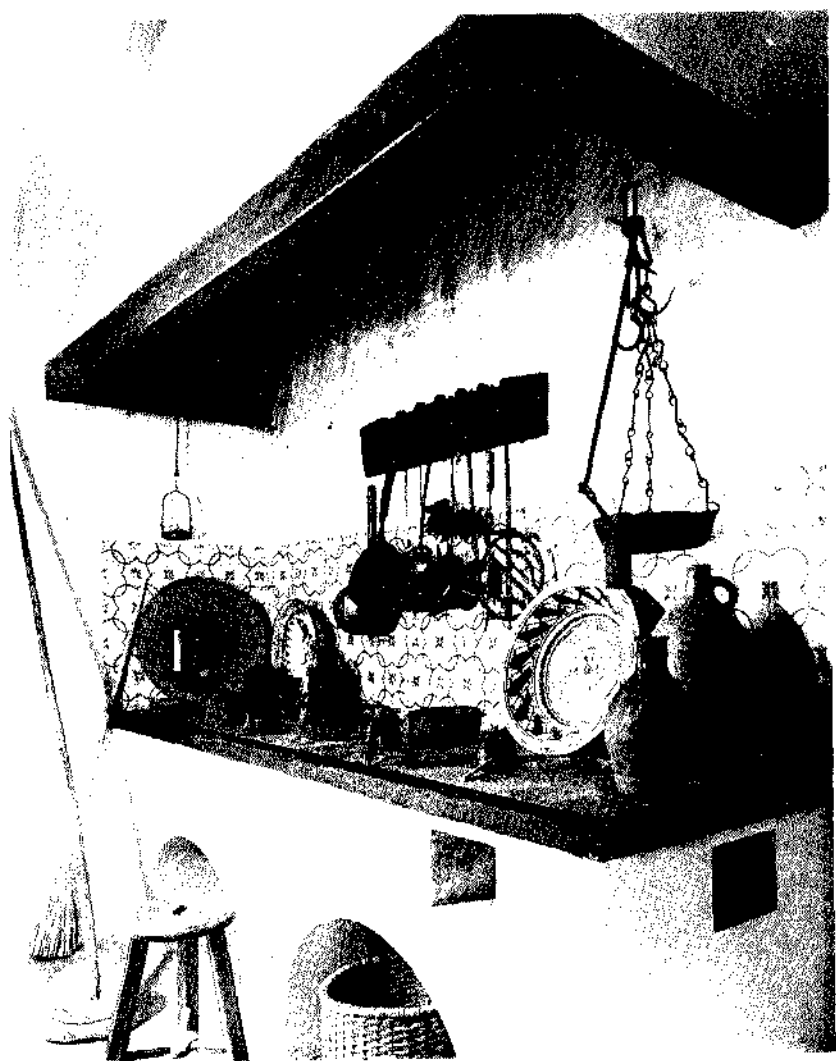
*Grabado de la Plaza de Armas a mediados del siglo XIX.*



*Antigua Puerto de Tierra, destruida a fines del siglo XIX.*



*Detalle de la ornamentación de la escalera del Palacio de Santa Catalina, en San Juan. Obras terminadas hacia 1847*



*Cocina de la Casa del Callejón (Museo de la Familia Puertorriqueña del siglo XIX).*



## **OBRAS DEL AUTOR**

### **INVESTIGACIONES HISTORICAS**

- I. Las Excavaciones de Caparra.
- II. El Fondeadero de Colón en Puerto Rico. 188 páginas.  
Imprenta del Gobierno de Puerto Rico, San Juan, P. R., 1938.

### **APLICACIONES INDUSTRIALES DEL DISEÑO INDIGENA DE PUERTO RICO**

- Diseños por Matilde Pérez de Silva.  
Texto y Comentarios por Adolfo de Hostos, Historiador Oficial de  
Puerto Rico.  
Traducción al inglés por Ida M. de Gallardo. 55 páginas de texto;  
26 planchas, mayormente en colores. The John C. Winston Com-  
pany, Philadelphia, 1939.

### **INDICE HEMERO — BIBLIOGRAFICO DE EUGENIO MARIA DE HOSTOS**

- (Incluye Material Inédito, Iconografía y Hostosiana), 1863-1940.  
756 páginas.  
Cultural, S. A., La Habana, 1940.

### **ANTHROPOLOGICAL PAPERS**

- Based principally on studies of the prehistoric archaeology and ethno-  
logy of the Greater Antilles.  
211 pages.  
Government Printing Office, San Juan, P. R., 1941.

## AL SERVICIO DE CLIO

I. Palabras, Bosquejos y Ensayos.

II. The Historian's Drawer.

335 páginas.

Imprenta del Gobierno de Puerto Rico, San Juan, P. R., 1942.

## CIUDAD MURADA

Ensayo acerca del proceso de la civilización en la ciudad española de San Juan Bautista de Puerto Rico, 1521-1898.

543 páginas, 27 ilustraciones.

Editorial Lex, La Habana, 1948.

Photo-Lithoprint Reproduction by Edward Brothers, Inc., Ann Arbor, Michigan.

## TESAURO DE DATOS HISTORICOS

Indice compendioso de la literatura histórica de Puerto Rico, incluyendo algunos datos inéditos, periodísticos y cartográficos.

TOMO I con 312 páginas, + XIV.

TOMO II con 309 páginas, + XVIII.

TOMO III con 154 páginas, + XIV.

Gobierno de Puerto Rico.

Preparado en la Oficina del Indice Histórico de Puerto Rico bajo la dirección de Adolfo de Hostos, Historiador Oficial de Puerto Rico.

Imprenta del Gobierno, San Juan, P. R., 1948, 1949 y 1951.

«Sobre la Necesidad de un Nuevo Instrumento de Investigación para el Americanista», en Paul Rivet Octogenario.

Dicata, Tomo I, pp. 86-105, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

«Un Nuevo Credo Político en Puerto Rico», en Libro Jubilar de Emerico Santovenia, La Habana, 1957, pp. 273-280.

«Hostos como Educador», memoria premiada por la Asociación de Maestros de Puerto Rico en el Certamen celebrado en diciembre 28, 1920.

«On the Origin of Ornament», in *American Journal of Physiological Optics*, Vol. VII, N.º 3, July 1926, pp. 423-438.

«The Ethnography of Puerto Rico», in *Handbook of South American Indians*, Vol. 4, pp. 540-542. Smithsonian Institution, Bu-



reau of American Ethnology, Bull. 143, Washington, D. C., 1948. Reprinted in «The Arawak», by Irving Rouse from the same source, pp. 507-542.

«Hombres Representativos de Puerto Rico», 1 Vol. de 201 pp., San Juan P. R., 1961.

«Novísimo Ensayo Acerca de las Fortificaciones de San Juan de Puerto Rico», 1959 (Ilustrado).

«Polémica sobre Boorstin», 1 Fasc. publicado por el Departamento de Instrucción de P. R., 1953.

«Historia de Cuba» (inédito), San Juan, P. R., 1957-58.

«The Status of the Borinquenses Under Spanish Sovereignty», *Acta Americana*, Los Angeles, California, Oct. — Dec., 1946. Vol. IV, N.º 4, p. 239-252.

«Valor de la Cultura Indígena», *América Indígena*, México, D. F., Enero 1943, Vol. III, N.º 1, p. 49-54.

«La Oficina del Índice Histórico de Puerto Rico y su Posible Desarrollo», en *Primer Congreso Nacional de la Historia*. La Habana, 1942, p. 90-94.



## INDICE ALFABETICO

— A —

- ABANICO (Línea del), 212.
- ABBAD y Lasier, Fray Inigo, *in re* su historia de Puerto Rico, 409.
- ABERCROMBY, Sir Ralph, su ataque a San Juan; sus comentarios al mismo, 65-70.
- ABOGADOS, Colegio de, instalado en el Cuartel de Santo Domingo, 329, vea: Colegio de.
- ACADEMIA de Caballeros Cadetes, 263.
- ACADEMIA de Infantería, 264.
- ACADEMIA Real de Buenas Letras, 374.
- ACEITES esenciales, 129.
- ACUEDUCTO, proyecto de Lombera, Blume y Steinacher, etc., 479-482.
- ADARME, su valor, 298.
- ADELL, Manuel, autorizado a sanear la zona de Cataño, 75.
- ADUANA de San Juan, declarada de 1.<sup>a</sup> clase; *idem*, reorganizadas, 294-295.
- AFRICANOS en Puerto Rico, preferíanse los de Guinea y Angola, siglo XVI, 15.
- AGRICULTURA, productos de la, 133.
- AGUA potable, 477-482.
- AGUAVO y Aldea, Nicolás, propone creación del Instituto Provincial, 379.
- AGUILAR, fuente de; conducción de sus aguas a la ciudad, siglo XVI, 22.
- AGUILAS americanas (moneda), 302.
- AGUILERA y Gamboa, Diego de, gobernador, 335.
- AGUILERA Celis, 379.
- ALARDE (Revista militar), 242.
- ALAVA, Francés de, recomienda artillar canal de entrada, 179.
- ALCABALA del Mar, 284.
- ALCABALA del Viento (tributo), 283; prorrogase, siglo XVIII, 59.
- ALCABALAS (tributos), modo de aplicarlos, 282; su arancel, 283.
- ALCAIDE del Morro, cargo abolido, 243.
- ALCALDES de la Santa Hermandad, 147.
- ALCALDES ordinarios, 278.
- ALCANTARILLADO, 485-486.
- ALFARERÍA, 137.
- ALFÉREZ real, su sitio en ceremonias, 525.
- ALFONSO XII autoriza fundar el Instituto de 2.<sup>a</sup> Enseñanza, 381.
- ALGODÓN hilado, 129.
- ALIMENTACIÓN, siglo XVII; otro tiempo, 521-523.
- ALMACENES de pólvora (polvorines)

- de Santa Bárbara, de San Sebastián, de Miraflores, de San Gerónimo y de Santa Elena, 235-237.
- ALMIRANTAZGO (derecho de), 284.
- ALMOJARIFAZGO, como derecho de importación, 282; *idem* de exportación, 291.
- ALOJA, 522.
- ALQUILER de casas (contribución), 286.
- ALUMBRADO público, establecido. 1820; 482; de gas hidrógeno, 483; eléctrico, 483-484.
- AMANCEBAMIENTO, 146, 504-507.
- AMÉZQUITA, Juan de, capitán, en el ataque holandés a San Juan; su duelo con el capitán Vsecl, 52-53.
- AMÉZQUITA y Ayala, María, *in re* Palacio Episcopal, 355.
- ANALFABETISMO, siglo XVIII, 142, 359.
- ANALFABETISMO, siglo XIX, 142.
- ANDINO, Pablo, Capitán acusado de conspiración, 125.
- ANIMALES silvestres de caza, 521.
- ANNEXY y Cayol, Jaime, 386, 390.
- ANTIMACASARES, 520.
- ANTONELLI, Juan Bautista, diseña el hornabeque del Morro, 184.
- ANTONELLI, Juan Bautista, su plan defensivo del Istmo de Panamá incluye la fortificación de San Juan de Puerto Rico, 182-183.
- «ANTONIO LÓPEZ», trasatlántico español, várase en Ensenada Honda, 170.
- APOSTADERO naval de San Juan, su origen, 260; sus fuerzas, 261.
- ARANCEL de honorarios médicos, 1844; 454.
- ARANCEL de los derechos parroquiales, 315.
- ARCA de tres llaves (caja real), 220.
- ARCABUZ toquizca, 232.
- ARISTEGUI, Conde de Mirasol, 371, 470.
- ARMADAS de barlovento, San Juan su punto de internada, 260.
- ARMAMENTO de la infantería, siglo XVI; *idem* de la Plaza de San Juan, 235-243.
- ARMAS y equipo utilizados en San Juan: ballestas, arcabuces, falcones, sacres, bombardas, mosquete, espingarda, espada, puñal, lanza, pica, chuzo, alabarda, gorguz, escudo, petos, 231-232; vea: «Artillería».
- ARÓSTEGUI, Gonzalo de, gobernador, clausura monasterio, 329-369.
- ARQUEOLOGÍA, colecciones en San Juan, 440.
- «ARRANCHAMIENTO», 238, 248, 504.
- ARREDONDO, Gaspar de, gobernador, organiza la milicia urbana, 252.
- ARROYO Pichardo, Pablo, profesor de derecho civil, 368.
- ARSENAL de la Marina, 260-262.
- ARTEAGA, Gaspar de, gobernador, 207.
- ARTILLERÍA, cañones de la Plaza de San Juan, 1771-1898; 234.
- ARTILLEROS, alzamiento de, 130.
- ASENJO, Federico, 375.
- ASILO-COLEGIO de San Ildefonso, 376.
- ASILO de Beneficencia y Manicomio, 469; declarado provincial, 471.
- ASILO de las Hermanitas de los Pobres, 84.
- ASILO en las iglesias (acogerse a Sagrado), 126.
- ASOCIACIÓN de la Prensa Puertorriqueña, 441.

ATENE0 Puertorriqueño, su contribución a la enseñanza, 389.  
 ATENE0 Puertorriqueño, 428-429.  
 AUDIENCIA Real, instalada en San Juan; ceremonias, 117-120.  
 AUTOS Sacramentales, 436.  
 AVENIDA Daván, 488.  
 AVILA, Sebastián de, en el ataque holandés a San Juan, 52.  
 AYUNTAMIENTO de Caparra, 269.  
 AYUNTAMIENTO de San Juan, ante la reforma política, 92; instruye a Power, 93; su distintivo, 135; suprimido, 145; su composición, siglos XVI a XIX, 270, 273.  
 AZÚCAR, fabricación de, aplicación del vapor, 162, 342.  
 AZÚCAR de purga, 522.

— B —

BACALAO en la dieta isleña, 523.  
 BACARÓ, Santiago, acusado de conspiración, 125.  
 BAHAMONDE Lugo, gobernador, iletrado, 393.  
 BAIÍA de San Juan, su situación ventajosa, 8.  
 BAILES en las plazas: de morenos, 540, 545; de blancos, 540.  
 BALBUENA, Bernardo de, obispo, 320, 338, 403.  
 BALDRICH, gobernador, abre la Tercera Diputación Provincial, 141-142.  
 BALLESTA, arma utilizada en San Juan, 232.  
 BALMIS, Francisco Javier, introductor de la vacuna, 450.  
 BALUARTE de Santiago y San Pedro, 212.  
 BANASTILLAS de majagua, 536.  
 BANCO Español, 296.  
 BANDO de Policía y Buen Gobierno del general La Torre, 109-113.  
 BANQUETES, 509.  
 BAÑA CABALLOS, acción de; sitio de 1797, 68.  
 BARBA de úcar, colchones de, 136.  
 BARBACOAS, usadas por los soldados, 238.  
 BARRACONES: detrás de la primera línea; en La Puntilla, 241.  
 BARRANCO del campo del Morro, cegado, 211.  
 BARRIGA, colina de, en sitio de los ingleses, 1797; 66.  
 BARTRINA, Enrique, construye el moderno puente del agua, 25.  
 BASABÉ, José, profesor de la Económica, 369.  
 BASTIDAS y Rodríguez, Rodrigo de, obispo, 311, 403.  
 BASTIONES: de Austria, de Mercado, de Tejada, 187.  
 BASTÓN de mando, 527.  
 BASURAS, extracción de, 486.  
 BATALLÓN Alfonso XIII, 251.  
 BATALLÓN de Artillería, 251.  
 BATALLÓN Fijo de San Juan, 247, 249.  
 BATALLÓN Patria, 251.  
 BATERÍA de San Francisco de Paula, 212.  
 BATERÍA Flotante (Fuerte del Morro), 182, 186, 192.  
 BAUTIZOS y funerales: oratoria fúnebre, 528.  
 BEAUMONT y Navarra, Felipe de, terminó construcción Cañuelo, 198.  
 BELÉN, N. S. de; sus milagros, 325, 326, 329.

- BENAVIDES, Ambrosio, gobernador, 492.  
 BENEFACTORA, La (Sociedad Benéfica), 457.  
 BERKELEY, Sir John, auxiliar de Cumberland, 39, 41.  
 BESAMANOS, 533.  
 BIBLIOTECAS —la del Monasterio de Dominicos, la de los Franciscanos, la del Obispo Balbuena, la de la Sociedad de Amigos del País, de la Diputación Provincial, etcétera, 421, 422.  
 BIENES mostrencos, 284.  
 BLANCO, Enrique T., 323.  
 BLANCO y Sosa, Julián, 172.  
 BLÁS de Villasante, tesorero, 307.  
 BLENK, Jaime H., obispo de Puerto Rico, 343, nota.  
 BOBADILLA, Padre, profesor de una escuela privada, 369.  
 BOCA de Cangrejos, en el contrabando de la ciudad, 86.  
 BOHÍOS, en la ciudad, siglo XVI; 27; su desaparición, 78.  
 BOLAÑOS, Juan de —capitán, gobernador, *in re* Convento de Carmelitas, 338.  
 BOLETÍN Mercantil, El, 414.  
 BOMBA de Pellejo, 546.  
 BOMBARDEO de San Juan por Sampson, 163, 168, 474.  
 BOQUERÓN, trinchera del, 196.  
 BOTELLO, Andrés, en el ataque holandés a San Juan, 52.  
 BOTES de farmacia, 518.  
 BÓVEDAS: la primitiva del Morro (1.<sup>a</sup> obra construida), 181; la de San Antonio (El Morro), 195.  
 BREWSTER, Harriet de Vizcarrondo, *in re* Asilo de San Ildefonso, 376.  
 BROOKE, general, 172, 384.  
 BROWN y Strafford, capitanes, en el ataque de Drake, 35.  
 BRUJOS y Brujas, castigados en San Juan, siglo XVI; 19, 20, sometidos a la Inquisición, 308.  
 BULA de Erección, *Romanus Pontifex*, 305.  
 BULAS, sobre recepción de las, etc., 284, 524.
- C —
- CABALGATAS en las fiestas de Cova-donga, 549.  
 CABEZA de Puente de San Antonio, 217.  
 CABILDO de Catedral (cabildo eclesiástico), 405.  
 CABILDO de la Ciudad (Cabildo secular), 405, 526.  
 CABLEGRAMAS, tarifa de, 499.  
 CABRERA y Nevárcz, Miguel, miembro Comisión Regia, 123.  
 CABRÓN, playa de, 196.  
 CACAO, plantación de, 133.  
 CAJA de Ahorros de San Juan Bautista, 296.  
 CALDERILLA (moneda), 301.  
 CALENTURAS carcelarias, 473.  
 CALETA de los Frailes, 196.  
 CALETA de San Juan, antiguo fondeadero; su muelle, 73.  
 CALLES: de San Juan, siglo XVI; 26, 28; empedradas; siglos XVIII y XIX, 30; de la Cruz, 31; de la Luna, Sol y San Sebastián (siglo XVIII), 62.  
 CÁMARA de Comercio, existente, 1887, 297.  
 CAMBERO, Jorge —Fray, 359.  
 CAMINO cubierto, i. e., muro del

- Recinto Norte y sus baluartes, 210.
- CAMINO de Salvavidas, 32.
- CANAL Loiza-Capital, proyéctase, 87.
- CANASTAS, de hierba zorra, 135.
- CANGREJOS (crustáceos), 522.
- CANGREJOS, partido de, 84.
- CANGREJOS (Santurce), en la *Memoria* de Melgarejo, 85.
- CANTERA de Casa Blanca, 27.
- CAÑÓN de Cofresí, 162.
- CAPARRA, insalubridad de, 2.
- CAPILLAS —las de Catedral: San Bernardo, 320; de las Animas, de la Providencia, de San José, de la Inmaculada, de los Santos Mártires, 321; la del Rosario (Iglesia de San José), panteón de gobernadores, 327; del Calvario (El Morro), 193, 351.
- CAPITACIÓN de esclavos (impuesto municipal), 285.
- CAPITACIONES, destinadas al sostenimiento del culto, 350.
- CAPITANÍA General de Puerto Rico, créase, 1643, 188.
- CARBONELL, Salvador, Dr., 172.
- CARBONERA de La Puntilla, establécese, 74.
- CÁRCEL de la Inquisición, 473.
- CÁRCEL Municipal, 473.
- CARIBES, atacan a Puerto Rico; atacan a San Juan en 1529 y 1530, 25.
- CARIMBO, hierro para marcar esclavos, 16.
- CARLOS II, estado de la Isla durante su reinado, 56-57.
- CARLOS III ordena la conversión de San Juan en una plaza fuerte de primer orden, 190.
- CARMELITAS, juzgadas por Miyares y González, 341.
- CARNAVAL, fiestas de, 546.
- CARPEGNA, Ramón, iniciador de la enseñanza mutua, 369.
- CARRERAS de caballo, 532.
- CARRIÓN de Málaga, Benigno, obispo, fundador Casa de Párvulos, 376.
- CARROcerÍA, 129.
- CASA Blanca, 229-230.
- CASA Consistorial, construida por gobernador Sancho Ochoa de Castro, 45.
- CASA de Contratación, 289; *in re* servicio postal, 492.
- CASA de Estudios de Artes y Gramática, 359.
- CASA de Párvulos, 376.
- CASA de piedra —Caparra, 1.
- CASACAS, 514.
- CASAÑA, Tomás, *in re* Banco de Puerto Rico, 296.
- CASAS, su numeración, 78.
- CASAS Cuarteles del Morro, 239.
- CASAS de piedra y ladrillo, sobre su construcción, siglo XVI, 27.
- CASAS de San Juan, descrita por Iñigo Abbad, siglo XVIII, 28.
- CASAS de tabla de palma, siglo XVI, 26.
- CASINO Español y el Puertorriqueño, 554.
- CASTELLANOS, Juan de (poeta), escribe sobre el origen de la población, 11; otros extremos, 394.
- CASTILLO de San Cristóbal, 207, 211.
- CASTRO, Ramón de, gobernador, sobre construcción de la Casa Consistorial, 45, 360, defiende a San Juan, 66.
- CATALANES, su fiesta, 534.
- CATEDRAL de San Juan: su edificio,

- 317-324; su pobreza, 318; descrita por Layfield, 319; sus campanas, 352.
- CÁTEDRAS: de Agricultura, Náutica y Comercio; de medicina (1814); de teología (1819); de geografía, comercio y matemáticas (1813-19), 364; de la Junta de Fomento, 374, 375; de filosofía, latín y los dos derechos, 367.
- CAZABE, 522.
- CÉDULA de Gracias, 293; sus efectos, 105.
- CÉDULA de la Libertad de Comercio, 71.
- CEIBA hembra, algodón de, 136.
- CELIS Aguilera, José de, *in re* Partidos Políticos, 153.
- CEMENTERIOS, durante sitio de los ingleses, 500; el de Santa María Magdalena de Pazzis, 501.
- CENSURA literaria, eclesiástica y civil, 419.
- CENTENARIO del Descubrimiento, 4.º, 158.
- CEREMONIAL Oficial, 523-529.
- CÉSPEDES, Juan de, gobernador, su tumba, 329.
- CICLÓN de Santa Ana, 113.
- CLEIMPEAUX, Sargento, jefe de guerrilla, sitio de 1797, 66.
- CLIFFORD, George, Conde de Cumberland, ataca a San Juan, 38, 40; califica a Puerto Rico de «llave de todas las Indias», 39.
- CLIFFORD, Sir John, en el ataque de Drake, 35.
- CLUB de Regatas, 441.
- COCHRAN, Sir Thomas, fondea su escuadrón frente a San Juan, 72.
- COCKE, teniente (de la flotilla de Porter) muerto frente al Morro, 72.
- COCO, concha de, 135.
- COLEGIO de Abogados, fúndase, 126, 440.
- COLEGIO de Jesuitas, 373, 385, y Seminario Colegio.
- COLEGIOS: de jesuitas, 385; de San Francisco, 360; de Santo Tomás de Aquino, 360; el Seminario-Colegio Conciliar (cursos de estudio), 373; del Sagrado Corazón de Jesús, 387.
- CÓLERA asiático, tratamiento, 456; epidemia de, 136.
- COLÓN, su estatua en San Juan, por Canessa, 158.
- COLONIAS gallegas y asturiana, 532.
- COLONIZACIÓN española, sus frutos a fines del siglo XIX, 158-162.
- COMAS y Montaner, Jaime, catedrático, 386.
- COMBATE naval entre el Isabel II, el Terror y el Saint Paul, 168.
- COMEDIAS representadas, 436-437.
- COMERCIO exterior sólo con San Juan, 292; con EE. UU., 293; libre, 292; otros, 289-297.
- COMISARIO de la Santa Inquisición, 310.
- COMISIÓN Provincial de Instrucción Primaria, fúndase, 1838, 371.
- COMISTÓN regia, en San Juan, 1839, 123.
- COMPAÑÍA Barcelonesa de N. S. de la Montserrat, 292.
- COMPAÑÍA de Barcelona, inicia comercio con San Juan; sus efectos, 63-64.
- COMPAÑÍA de Caracas, establece cen-



- tro de distribución de esclavos en San Juan, 64.
- COMPañÍA Puertorriqueña, transporte Cataño-San Juan, 134.
- COMPLEJO político-religioso, 395-401.
- COMUNICACIÓN extramuros, 31.
- CONCEPCIÓN Vázquez, Angel de la, rector del Seminario, 345.
- CONCEPCIÓN y Urtiaga, Pedro, obispo, 343.
- CONDADO, batería del, sitio del 1797, 66.
- CONFESIÓN de enfermos, exigiáseles a sus médicos, 448.
- CONGRESO Provincial Pedagógico, 1894, 392.
- CONSTITUCIÓN de 1812, ceremonias de jura, 97-104; restáurase, 1820 (festejos), 107; vuelve a restaurarse, 1835, 121.
- CONSTITUCIONES sinodales, 312.
- CONSULADO de Comercio (Tribunal Comercial), 295.
- CONSULADO norteamericano, apertura en San Juan, 115.
- CONSUMO (impuesto de), 286.
- CONTRABANDO: en el siglo XVII, 56, 291, 292.
- CONTRADANZA, 1853; de figuras, modo de bailarla, 543-544.
- CONTRAMINAS (San Cristóbal), 210.
- CONVENTO Santa Teresa de Jesús de las Carmelitas Calzadas, 338-343.
- CONVENTOS (monasterios), su clausura, 121.
- CORCHADO, Martín Dr., 432.
- CORDERO, Rafael, maestro de primeras letras, 367.
- CORONADO, José Joaquín, alguacil mayor del Cabildo, 62.
- CORREOS: sistematízase la correspondencia oficial; en la jurisdicción del de La Habana; servicio Cádiz-San Juan, 493; principia el uso de estampillas (1857); el terrestre; línea de España a Cuba, 494.
- CORRESPONDENCIA oficial con el Rey, se sistematiza, 494.
- CORRIDAS de Cañas, 509.
- CORRIDAS de toros, 548.
- CORSO, derecho de, 284.
- CORTADURA, La, obra de fortificación, 201.
- CORTES Constituyentes Españolas de 1869, sus diputados por Puerto Rico, 141.
- CORTÉS de Bernabé, Manuel, director de la Academia de Infantería, 263.
- COVADONGA, fiestas de la, 549.
- CRIOLLOS de San Juan, 43.
- CRISTO de los Ponce, 326.
- CRONISTA Provincial (Historiador de Puerto Rico), proyéctase su creación, 441.
- CRUZ Roja Internacional, comisión provincial, 457.
- CUARTELES: Los militares, 237-241; el de los Presidarios (Cuartel de los Desterrados), el de San Carlos, el de la Compañía de la Caballería (Cuartel de Milicias), 239; *idem*, en los monasterios, el de Artillería en la Plaza de Armas y en el Presidio de la Princesa, 239; el Defensivo de San Román, el de Balljá, 240; el de las Milicias de Caballería, 469; el de San Carlos (de Milicias), 489.
- CUARTO, su valor, 298.
- CUENTA del tiempo por épocas, 359.
- CUERPO de Bomberos, 441; propónese su creación, 1846; 500.

- CUERPO de Comunicaciones de Puerto Rico, 498.
- CUERPO de Orden Público, fundado, 146; su cuartel y puestos en San Juan, 148.
- CUERPO de Serenos, 122.
- CUERO Navarro, Melquíades, director de obras de Puerto, 75, 484.
- CUEVAS, Manuel F., 480.
- CULTO de dulía, defínese, 354.
- CULTO y Clero, 347-354.
- CULTURA: producción intelectual de la Ciudad, 429; otras formas de cultura, 434-441.
- CUMARRACHAS, 538.
- CUMBERLAND, Conde de, V. Clifford, George, 39, 41.
- CHARCO de las Brujas,, bahía de San Juan, constrúyese un carenero, 75.
- CHOCOLATE, fábrica de, 137.
- CHURRUCA Cosme, Damián de, determina el meridiano de longitud la Punta del Morro y levanta plano de la bahía de San Juan, 71.
- D —
- DABÁN, gobernador, *in re* enseñanza obligatoria, 294, 378.
- DANZA criolla, su origen, 545.
- DANZA prima, 549.
- DANZÓN de Venezuela y danzón cubano, 545.
- DECADENCIA del ceremonial, siglo XIX, 527.
- DECRETO orgánico de Messina reorganizando la instrucción pública, 378.
- DERÓSITO mercantil, 295.
- DERECHO de limpia de Puerto, establece, 74.
- DERECHOS marítimos: de avería; de habilitación; de reconocimiento de carena; *idem* de licencias; de palmeo; de Seminario de San Telmo; de tonelada; de visita, 290-291.
- DERRIBO de fortificaciones, plan autorizado; fórmanse brigadas de honor, 257-259.
- DESAGÜE, el natural de San Juan, 5.
- DESCUBRIMIENTO de América, celebrase su cuarto centenario, 158.
- «DIARIO ECONÓMICO», fundado por el intendente Ramírez, 105, 295.
- DÍAZ, Francisco, comandante de artillería de Puerto Rico, comenta sitio, 1797, 68.
- DIEZMOS (tributos), 279; diezmos reales, *idem*, corporales, 280.
- DIÓCESIS de Puerto Rico, su extensión geográfica, 312; su estado económico, 314.
- DIPUTACIÓN Provincial, apertura de la primera, 104; la tercera, 141.
- DIPUTADOS de Puerto Rico, 141.
- DOBLÓN, su valor, 298, 301.
- DÓLAR y sus fracciones, 302.
- DOMÍNGUEZ, Manuel, profesor de instrucción primaria, 365.
- DOMINICOS, Orden de, 324.
- DON, título de privilegio, 147.
- DRAKE, Sir Francis, ataque a San Juan, 34.
- DRAMA, 439.
- DUBOY, Pedro, conspirador, fusilado en San Juan, 109.
- DUCADO, su valor, 298.
- DUFRESNE, C., gobernador, sobre el *affaire* del Hospital Real, 466-467, 524.
- DUMAS, Doctor, *in re* cólera, 136.

— E —

EBANISTERÍA, 129, 162.  
 ECONOMÍA insular, primer tercio del siglo XIX, 342.  
 EDIFICIOS Públicos, en el siglo XVIII, 62.  
 EJIDO, la Isleta entera de San Juan, 4; designado implícitamente en la aprobación del traslado, 6; descrito por Lact, 1640, 6.  
 ELÍAS, José Dr., director Instituto de Vacuna, 160.  
 ELZABURU, casa de, su significación histórica, 62.  
 ELZABURU, Pedro, *in re* Instituto Provincial, 380-381.  
 EMIGRACIÓN, prohibida, siglo XVI, 33.  
 ENRÍQUEZ, gobernador, acerca del murado, 200.  
 ENSEÑANZA elemental, 376.  
 ENSEÑANZA mutua (Método de Lancaster), 364.  
 ERA del Café, 162.  
 ERA Ecuestre de Puerto Rico, 535.  
 ERA Inerte, 553.  
 ERICKSON, Vicenta, maestra de primeras letras, 367.  
 ERMITAS: de Santa Bárbara, 330; de San Sebastián, y de Santa Catalina, 331; de Santa Ana, 332; del Santo Cristo de la Salud, 333.  
 ESCALERA, José, obispo, 325.  
 ESCLAVITUD, se demanda su abolición, 139, 144.  
 ESCLAVOS africanos: precio de venta, 15; sus relaciones con los amos reglamentadas, 1826; castigos y dieta, 18; los procedentes de Angola y Guinea (su estado social), 19.

ESCLAVOS blancos, 504.  
 ESCLAVOS, castigos permitidos, 18.  
 ESCLAVOS, precio por cabeza, 16; el Tratado del Asiento, 17.  
 ESCUCHA (galerías subterráneas), 210.  
 ESCUDO, de oro y de plata, su valor, 298, 300.  
 ESCUDO de Ponce de León, 327.  
 ESCUELA central (para soldados), 265.  
 ESCUELA de Artes y Oficios, 390.  
 ESCUELA de Novicios de Santo Tomás de Aquino, 360.  
 ESCUELA Elemental para Artilleros, 265.  
 ESCUELA normal superior de maestros, 377.  
 ESCUELA profesional, 385, 387.  
 ESCUELA superior, 377.  
 ESTADO social, 503-512; influencia del ambiente, 511.  
 ESTAHL, Agustín, 432.  
 ESTUDIO General de los Dominicos, 359.  
 ETIQUETA oficial, 523.  
 EXEQUIAS Reales en San Juan, siglo XVIII, 407.  
 EXPOSICIÓN de Puerto Rico, 4.º Centenario del Descubrimiento, 158-162.  
 EXTRANJEROS, requisitos de admisión; admítense en San Juan, 10.

— F —

FAGUNTO, Juan —su escuela de dibujo, 363.  
 FARO del Morro, 75.  
 FAROLES de alumbrado público: de aceite, de reverbero, 482.  
 FAROLILLOS de gas, como iluminación festiva, 151.

- FELIPE IV concede licencia para fundar el Convento de las Carmelitas, 339.
- FELIPE V de España, autoriza ingreso de puertorriqueños en Batallón Fijo, 247.
- FELIPE V, sus exequias en San Juan, 532.
- FERIA-EXPOSICIÓN, la primera, 127; la segunda, 133; la tercera, 135; la cuarta, 137.
- FERNÁNDEZ Juncos, Manuel, 457.
- FERNÁNDEZ, Rufo Manuel, su curso de física y química, 369, 372, 373.
- FERNANDO el Católico, en servicio postal, 74.
- FERNANDO VII crea la Real Audiencia, 117.
- FERRÁN, José E., 432.
- FIDRICH, Carlos, Jefe del Estado Mayor, 132.
- FIEBRE amarilla, 451.
- FIESTAS: públicas y privadas, 529, 543; de Santiago y de las Animas del Purgatorio, 530; de la Coronación de Fernando VI, 532; de los Catalanes, 534; del Patrono de San Juan, 535-541; de San Pedro, 540; de Cataño, 541; de Covadonga, 549.
- FLINTER, Coronel, *in re* la mujer puertorriqueña, 402.
- FORNICEDO, Diego y Francisco Hernández de Coronado —médicos en San Juan, 1530, 447.
- FORTALEZA de Santa Catalina, 179, 180.
- FORTALEZA, La —Residencia de gobernadores, 224, 227.
- FORTIFICACIONES: abastionadas, de finense, 177; plan O'Reilly-O'Daly, 190-191; las de 1678, 201; obras del siglo XIX, 217; calcúlase su magnitud, 218; calcúlase su costo, 220, 222-223; su conservación, 255; derribo de ciertas obras de, 257.
- FORTÍN del Cañuelo (Fuerte de San Juan de la Cruz) tomado por los holandeses y recuperado por los españoles; su islote llamado Isla de la Mala Suerte por los holandeses, 197.
- FRANQUEO y franquicias de comunicación, 494, 497.
- FUENLEAL, obispo, 306.
- FUENTES (manantiales): de la Fortaleza, 225; del Tejar, de Aguilar y de Miraflores, 477-479.
- FUERTE del Morro, su coste, 1647, 188, Oviedo, acerca del, 181; Menéndez Valdés, *idem*, 181; Juan Tejeda y J. B. Antonelli, *idem*, 182-183; Pedro de Salazar, *idem*, 184; Spanoquí, *idem*, 187; Sancho Ochoa de Castro, *idem*, 187; Diego de Torres Vargas, *idem*, 188; José de Novoa y Moscoso, *idem*, 188; O'Reilly, *idem*, 190; O'Daly, *idem*, 190; Miyares y González, *idem*, 192; Inigo Abbad, *idem*, 193.
- FUERTE Rojo, llamado así por Layfield, 196.
- FUERZA Sutil, sus componentes, 261.

— G —

- GABINETE autonómico, instálase 158.
- GACETA DE GOBIERNO, 411.
- GAFA, instrumento para cargar ballestas, 232.
- GALLERAS: reglas para la celebración de las riñas, 549-553; arbi-

- trio de, 549; sus dimensiones reglamentarias; careadores, 551.
- GALLINAS de Guinca, 521.
- GALVEZ, Diego —Coronel de Ingenieros, proyecta la carretera central, 87.
- GANADO vacuno y caballar; fomento agro-pecuario, se impulsa, 128, 133, 135, 137, 159.
- GARCÍA Camba, gobernador 131, 540.
- GARCÍA de Saint Just, Federico, director Academia de Caballeros Cadetes. 263.
- GARCÍA, Pedro, arquitecto que diseña Casa Consistorial, 46; otros datos, 470.
- GARROTE, pena de, impuesta en 1838, 125.
- GEIGEL Zenón y Morales Ferrer: *Bibliografía Puertorriqueña*, 431.
- GIL Esteve, Tomás, obispo de Puerto Rico, 323, 346.
- GIORRO (Xiorro), Miguel, protector de la enseñanza, 344.
- GOBERNADOR de Puerto Rico, su sueldo, 146; nombrado Sud-delegado de Correos, Postas y Estafetas, 492.
- GOBIERNO de la Ciudad, 269.
- GOBIERNO Militar (Régimen americano), 276.
- GREMIO de médicos, 457.
- GUARDABRISAS, su uso doméstico, 483.
- GUARNICIÓN de San Juan, 242.
- GUERRA Hispanoamericana, 163-173; toma de posesión por los americanos, 172; repatriación de las tropas españolas, 171.
- GUIRIGUIVÍ (esquina noroeste de la Plaza Mayor), 489.
- GUTIÉRREZ de Cos —Obispo, 342, 345.
- GUTIÉRREZ, Felipe —director Academia de Música, 378.
- H —
- HALSTEAD, William, Freeman, bajo sospecha de espionaje, 474.
- HAMACAS, 519.
- HARINAS (Real privilegio de las) 294.
- HARO, Juan de —en el ataque holandés a San Juan, 51; premiado por esto, 55, su tumba, 328.
- HARVEY, Henry, contra-almirante, ataca a San Juan con Abercromby, 65.
- HAWKINS, Sir John, subordinado de Drake, 34.
- HENRICO, Balduino (Boudewyn, Hendricks), ataca a San Juan, 48-55.
- HERMANAS de la Caridad, llegan en 1863, 456.
- HERMANOS y Devotos, 351.
- HERMÚA, negociación de, 302.
- HERNÁNDEZ López, Juan, 172.
- HIDALGUÍA, informaciones de, 14.
- HIGUERA, utensilios de cocina de, 519.
- HONRAS de Difuntos Reales (Ceremonial), 526.
- HORNILLOS de mina, 211.
- HORTICULTOR (jardinero) de la Ciudad, 488.
- HOSPITALES: el de N. S. de la Concepción, 63; el de Infantería (Real Hospital de Santiago) 462, 465; el Civil (Hospital provincial), parcialmente dedicado a cárcel, 468-469; el Militar (antiguo Hospital de la Concepción del Obispo Ji-

ménez Pérez), 459, 468; los de Variolosos, en los bastiones de Santa Rosa y Santo Domingo, 473.  
 Hostos, Eugenio María de, en la Asamblea de Delegados de los Ayuntamientos de Puerto Rico, 442.  
 HUERTAS, Luis de, arquitecto que dirige obras de la Real Cárcel, 46, 473.  
 HURACANES, 113, 327, 331.

## — I —

IGLESIA —su sistema económico; el Estado asume obligación de sostenerla por erogaciones presupuestales, 315.  
 IGLESIAS Pantín, Santiago, 474.  
 ILLARES, Manuel de, anfitrión de la Ciudad, 58.  
 IMPRENTA, su establecimiento, 411.  
 IMPUESTOS municipales, 287.  
 INDIOS, doctrinación de, 313.  
 INFANTES de España visitan a San Juan, 150.  
 INGENIOS de azúcar, de doña Ana de Lanzós en Canóvas, 339.  
 INGRESOS de Real Hacienda, Vea: «Ramos de Real Hacienda».  
 INQUISICIÓN: visitas de buques, 305; opónensele en la Isla, 306; solicítase su establecimiento, sus penas impuestas en Puerto Rico, 307; Puerto Rico incluido en la jurisdicción de Cartagena, 309; abolida, 1813, y restablecida, 1823, 310; su cárcel, 328; intromisión en asuntos civiles, 348; *in re cen-*

sura literaria, 419; agonizante desde 1826, 310.  
 INSTITUCIÓN de Enseñanza Superior del Ateneo Puertorriqueño, incorporado a la Universidad de la Habana, 387-390.  
 INSTITUCIÓN Libre de Enseñanza Popular, 385-386.  
 INSTITUTO Civil de Segunda Enseñanza, 362, 378-385.  
 INSTITUTO de Santurce (de los Padres Escolapios), 391.  
 INSTITUTO Provincial de Vacuna de Puerto Rico, 160.  
 INSTRUCCIÓN militar de los soldados. Vea: «Escuela Central» y «Escuela Elemental para artilleros», 265.  
 INSTRUCCIÓN Pública en San Juan en el siglo XIX; Institución Libre de Enseñanza Popular, 357-392.  
 INTENDENTE Ramírez, 294.  
 IÑIGUEZ Angulo, Diego, contribuye al estudio de la historia de El Morro, 184.  
 IRIARTE, Elías de, preside la Junta Central Protectora de Libertos, 19.  
 «ISABEL II», cañonero español, 168.  
 ISABEL II ordena el sostenimiento del culto por el Estado, 316.  
 ISLETA de San Juan, su comunicación con la isla, 22; su costa norte, 200.

## — J —

JARDÍN Botánico, 440.  
 JERÓNIMOS, Padres, sobre el traslado de Caparra, 3; instruyen sobre el plano de la ciudad, 4.

JESUITAS, hácese cargo del Seminario-Colegio, 346.  
 JIMÉNEZ PÉREZ, obispo, 359, 460, 527.  
 JINETAS de Puerto Rico, 537.  
 JUDAS (efigie del Iscariote), 352.  
 JUEGO, pasión del, 554.  
 JUEGOS: de cañas, 529; de naipes, de argollas y de bolos, 553.  
 JUEVES y Viernes Santos, su observancia, 351; sus ceremonias, 525.  
 JURZ avenidero, 295.  
 JUGOS de frutas, 129.  
 JUNTA de Autoridades, 250.  
 JUNTA de Comercio, comenta exposiciones, 127.  
 JUNTA de Fomento y Comercio, 295.  
 JUNTA de Información de Reformas ultramarinas, 139.  
 JUNTA Provincial de Instrucción Pública, 378.  
 JUNTA Superior de Competencias, 122.  
 JUNTA Superior de Instrucción Pública, 378.  
 JUNTAS de Fe, 310.  
 JUNTAS de Tribunales; ceremonial, 525.  
 JURA de gobernadores, 523.  
 JUSTAS, 529.

— L —

LABORES de Aguja, 128; su adelanto, 160-161.  
 LAET, describe ataque holandés, 48.  
 LA FORTALEZA, residencia de los gobernadores, 224-229.  
 LANZÓS, Ana de, fundadora del Convento de Carmelitas, 339.  
 LA PUNTILLA, sus defensas, 196; su

estado, siglo XVI, 5; en el sitio de los holandeses, 54.  
 LARA, Luis de, jefe de guerrilla, sitio del 1797, 66.  
 LARES, rebelión de, 138.  
 LAS CASAS, Fray Bartolomé, 335.  
 LÁTIMER, Jorge, coleccionista de reliquias indígenas, 130.  
 LA TORRE, en el incidente con Porter, 72-73. Gobernador, *in re* estado social, 510; reglamenta las riñas de gallos, 550, 554.  
 LAUSÍN (Lausí), labores de, 160.  
 LAYFIELD, Rev., escribe sobre el ataque de Cumberland y la ciudad, 39, 42.  
 LEBRILLOS (ruínas de Caparra), 518.  
 LEMERY, gobernador, 541.  
 LEPIA, su tratamiento antiguo, 449.  
 LEPROCMIOS: de La Puntilla (Municipal), 472; de la Isla de Cabras, 1883, 472.  
 LICENCIAS de bailes y patentes, 287.  
 LICHO de San Juan, 370.  
 LIMPIEZA de sangre, derógase, 140.  
 LINARES, Isidoro, jefe de guerrilla, sitio de 1797, 66.  
 LÍNEAS defensivas de la Isleta, 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>, 213-217.  
 LITERATURA. Vea: «Cultura».  
 LOPE de Vega, describe ataque de Drake a San Juan, 35, 37.  
 LÓPEZ de Baños —gobernador, 124, 469, 538, 544.  
 LÓPEZ de Haro, Damián —obispo, sobre el origen de la población, 12, 312. San Juan, 312.  
 LÓPEZ Tuero, F., 432.  
 LOTERÍA, la primera, fundada, 105.  
 LOTERÍA municipal, 286.  
 LOTERÍA provincial, 384.

- LUCAS, Antón, benefactor de la Instrucción, 357.
- LUJO, afición al, 516, 517.
- M —
- MACÍAS, gobernador. Su bando declarando a P. R. en estado de guerra con los Estados Unidos, 163.
- MACHO (Baluarte plano de San Cristóbal), 208.
- MADERAS nativas, muestrarios de, 129.
- MALA Real Inglesa, recházase su solicitud para establecer una estación en San Juan, 297.
- MANGLARES de la Puntilla, 5.
- MANÍ, aceite de, 136.
- MANICOMIO, como hospital temporal de sangre, 1863, 467.
- MANSO, Alonso, obispo, 305; Inquisidor, 307; su estatua en Catedral, 320, 324, 357.
- MARAVEDÍ (moneda), su valor, 298.
- MARCA de negros (derecho de), 285. Vea: «Carimbo».
- MARCELO, Juan —Dean de la Catedral, 340.
- MARCHESI, gobernador, ordena apresar Betances y Ruiz Belvis, 139.
- MARCO (moneda), su valor, 298.
- MARÍA Eulalia, Infanta de España, visita a San Juan, 150.
- MARTÍN Peña, Batería de, sitio del 1797, 67.
- MASON, Sidney, primer cónsul americano en San Juan, 116.
- MATRIMONIO, institución del, 504-507; el canónico y el civil, 507.
- MEDIA Bola Fortificada (Fuerte El Morro), 189.
- MEDIA-ANATA (ingreso del Real Tesoro), 284.
- MEDICINA, historia de la, 447-473.
- MEMORIA del Melgarejo (Memoria y descripción de la Isla de Puerto Rico, 1582), 404-405.
- MENA, Antonio de, catedrático, 360.
- MENAJE de Casa, siglo XVIII, 518.
- MÉNDEZ de Vigo, gobernador, 469-470.
- MENÉNDEZ Valdés, Diego, gobernador, su plan defensivo, 196; reglamenta la instrucción militar, 242, 394.
- MERCADO, Alonso de, restaurador del Morro, 187; refuerza la guarnición de San Juan, 243.
- MERCADO, Antonio de, en el ataque holandés a San Juan, 52.
- MERCANCÍAS, coste de; siglo XVII, 290.
- MERENGUE (baile), 545.
- MESSINA, Félix María de, gobernador, reorganiza la instrucción pública, 1865, 378, 554.
- MESTIZAJE, siglos XVI y XVIII, 44.
- MESTRE, Juan Francisco, su obra de fortificación, 209 (nota); coronel de Ingenieros, *in re* Ermita del Santo Cristo, 334.
- METEOROLOGÍA, observatorio en San Juan, 441.
- MIGRACIONES, procedentes de Haití, Venezuela, Canarias y Luisiana, 78.
- MILICIAS disciplinadas, 252.
- MILICIAS urbanas. Vea: «Gaspar de Arredondo, Gobernador», 147.
- MILICIAS Urbanas, su reglamento, 147; se organiza, 252.
- MINADO (Obras subterráneas del Mo-



- tro), modo de operación, 193-194.  
 MINERALOGÍA, 161.  
 MINUÉ, bailábase en San Juan, siglo XVIII, 533.  
 MIRAFLORES, Batería de, sitio del 1797, 67, 212.  
 MIRANDA, Francisco de, generalísimo venezolano llega a San Juan, 106.  
 MIYARES y González, Fernando, capitán; escribe acerca de Puerto Rico, siglo XVIII; sobre la calidad de la población, 13; *in re* Fuerte El Morro, 192.  
 MOBILIARIO, 518-521.  
 MONASTERIO de los Dominicos, 324-330.  
 MONASTERIO de San Francisco de Asís, 334-338.  
 MONASTERIOS, clausúranse, 329.  
 MONCLOVA, Juan P., profesor de enseñanza primaria, 371.  
 MONCLOVA, Lidio Cruz, 411.  
 MONEDA: la acuñada (1521-1898), 298; la de papel, 299; la recortada (macuquina), 299; su canje, 300; la extranjera circulante, 301; la mejicana, recógese, 302; la provincial, 302.  
 MONTAÑEZ, Baltasar, véase: «Ermita del Santo Cristo de la Salud», 333.  
 MONTEPÍOS, hospitalidades y anticipaciones, 284.  
 MONTES, Toribio de, gobernador, 322, 474.  
 MONTESINOS, prior de los Dominicos, 324.  
 MORRO, Castillo de El, ríndese, 1898, 171.  
 MOSQUERA, Antonio, gobernador, 186.  
 MOSQUETE, 232.  
 MOTA Sarmiento, Iñigo de la, obispo, 321.  
 MOTÍN de las pedradas, 144.  
 MOZOS del Cabildo, 531.  
 MUEBLES fabricados en Cangrejos, 520.  
 MUESAS, Miguel de, gobernador, 310.  
 MUJERES de Puerto Rico, juzgadas en la antigüedad, 14.  
 MULTAS y Comisos, 284.  
 MUNICIPIO de San Juan, su gobierno, 269-278.  
 MUÑOZ Rivera, Luis, 172.  
 MURADO de San Juan, 199-207.  
 MURGA, Diego de, arrendatario del Correo de Indias, que incluía las Antillas, 492.  
 MUSEO Militar de Artillería, 440.
- N —
- NAIPES (Tributo de), 285.  
 NAPOLEÓN (moneda francesa), 302.  
 NÁTTER, Eugenio, canónigo magistral, 349.  
 NOBLEZA, la de Puerto Rico en el siglo XVI, 11; exigíase su calidad a los oficiales del Ejército, 13.  
 NORZAGARAY, gobernador, 133, 296.  
 NOVOA y Moscoso, gobernador, 202.  
 NÚÑEZ, Basilio, profesor en la escuela de enseñanza mutua, 370.  
 NÚÑEZ Vela, Blasco, recomienda fortificar las Antillas, 178.
- O —
- OBISPO de ascendencia ilustre, 403.  
 OBRAS exteriores (San Cristóbal), 209.

- OBREROS de las fortificaciones, 212.  
 OCHAVOS, grandes y chiquitos (monedas), llamadas perras grandes y chiquitas, 301.  
 O'DALY, Thomas, sus obras de fortificación, 207-211.  
 OLLER, Francisco, director Academia de Pintura, 378.  
 OLLER, Francisco, Dr., cirujano del Real Hospital Militar, 451.  
 O'NEILL, Arturo, profesor de inglés, 373.  
 ONZAS (moneda), española, californiana y colombiana, 301.  
 ORDEN público, como se mantenía, 146-147.  
 O'REILLY, mariscal, su reforma militar, 245.  
 ORGULLO de origen, en San Juan, 12.  
 ORLEANS, Antonio M.<sup>a</sup> de, Infante de España, visita a San Juan, 150.  
 ORNATO público, 487.  
 OVANDO, Fray Nicolás, sobre pacto fundación Caparra, 1.  
 OVARIOTOMÍA, la primera practicada en Puerto Rico, 458.  
 — P —  
 PALACIO Episcopal, 354-355, como hospital de sangre, 1841, 467.  
 PALCO de los arrancados, 538.  
 PALMETA, instrumento de corrección escolar, 363.  
 PALO SECO, concesión de solares, 134.  
 PANTEÓN de gobernadores, 327.  
 PAPELETAS del Regidor (Racionamiento de pan), 294.  
 PARDO Osorio, Sancho, general, 36.  
 PARNASILLO, el, 380.  
 PARQUE de Artillería, exhibiciones de, 162.  
 PARQUE - MAESTRANZA de artillería, 241.  
 PARTIDOS políticos: el primero en San Juan, 152; el liberal reformista, 154-155; fúndase el autonomista; 156-157.  
 PASAJES y corrales de pesca (impuestos municipales), 286.  
 PASEO: de Covadonga, 84 y 489; de la Princesa, 488.  
 PASEO de la danza (baile), 545.  
 PASMO, modo de curarlo, siglo XVI, 449.  
 PATRICIOS y plebeyos de San Juan, 43.  
 PAULA Castro, Francisco de, coronel, comanda *fuerzas sutiles*, 66; custodio de monasterios clausurados, 329.  
 PAVÍA, gobernador, su proclama, 138.  
 PAVIMENTACIÓN de calles, 484.  
 PELUCAS usadas, siglo XVIII, 514.  
 PENAS de cámara (ingreso de Real Hacienda), 281.  
 PENDÓN Real, 531.  
 PENSIONES municipales para viudas, 287.  
 PÉREZ Moris, José y Ramón Martínez Gandía dictaminan en contra del proyecto de establecer la segunda enseñanza, 362.  
 PERIÓDICOS y revistas, 411-419.  
 PERIODISMO, en San Juan, 411.  
 PERMUTAS, en San Juan, 244; régimen de las, 512.  
 PERONÍA, su valor decorativo, 135.  
 PERRAS. Vea: «Ochavos».  
 PESETAS morillas, 300.

- PESO fuerte, su valor, 298.  
 PESO y sus fracciones, 301.  
 PEZUELA, gobernador, 373-374; sus acusaciones, 511; suprime carretras de caballos, 539, 545; clausura las galleras en días laborables, 552.  
 PINA y Casas, Enrique, 432.  
 PINTURA, obras de, 159.  
 PLAN defensivo, hacia el 1896, 218.  
 PLANTAJE y Hato del Rey (Propiedades reales), 284.  
 PLAZA de Armas de la Trinidad, 210.  
 PLAZA DEL MERCADO, 489, 490.  
 PLAZA MILITAR de San Juan. Vea: «Real Presidio de San Juan (plaza fuerte)».  
 PLAZAS públicas: la Principal (también llamada Mayor), 63; de Armas, de la Constitución, de Alfonso XII, 489; elevada sobre el nivel de la calle, 487; la de Santo Domingo, la de San Francisco, 487-488; la de la Lealtad, 84.  
 POBLACIÓN de San Juan, su origen, 9; modo de seleccionarla, 14; desde 1515 a 1899, 21; su estancamiento, siglo XVI, 33.  
 POBREZA, sus antecedentes, 58.  
 POINSETT, embajador americano visita San Juan, 1822; 519.  
 POLIGAMIA, 505.  
 POLISÓN, 515.  
 POLITIQUERO, defínese, 156.  
 POLVORÍN, vea: «Almacenes de pólvora».  
 PONCE DE LEÓN, Juan, su tumba y epitafio, 328.  
 PONCE DE LEÓN, Juan Troche, y presbítero, 328, 404.  
 PORTA-BOUQUET, 518.  
 PORTELL, Antonio, construye el Varedero-Carenero, 75.  
 PORTER, David, comodoro, incidente de su visita a San Juan, 72.  
 PORTUGAL, Diego de, acerca del Apostadero de San Juan, 261.  
 POWER, Diputado, influye en el nombramiento del Intendente Ramírez, 97.  
 POWER, sus instrucciones para actuar en las Cortes del 1811, 93-96.  
 POZO de escuchar (fortificaciones), 210.  
 PRATS, Tomás Mateo, erector de la Ermita del Cristo, 333.  
 PRECEPTO Pascual, su antigua observancia obligatoria, 313.  
 PRENDAS de vestir, 512-515.  
 PRESIDARIOS españoles ejecutan obras de fortificación, 213.  
 PRESIDIO menor (depósito de vagos), 474.  
 PRESUPUESTOS municipales, 287, 288.  
 PRIM, general, su bando contra los esclavos, 18.  
 PRIMICIAS (tributos), 279.  
 PROCESIÓN del Entierro, siglo XVIII, 350.  
 PROSTÍBULOS, 504.  
 PROTOMEDICATO Provincial (de medicina), 364.  
 PUENTES: el del Agua, su estado en 1597; su valor militar y su estado en 1625, 23; sus distintos nombres, 24; casi destruido por los ingleses, 1797, 24; sus defensas, siglo XVI, 196; el levadizo de El Morro, 189.  
 PUERTA DE TIERRA y Santurce, su desarrollo, 82.  
 PUERTAS DE LA CIUDAD; la de Santiago, 201; la de San Justo, 201;

- permítase su derribo, 257; sus inscripciones, 204; la de San Juan, 202, 206; la de Santa Rosa, 204; la de San José, 204; la de San Rafael o España, 205.
- PUERTO de San Juan, en los siglos XVIII y XIX, 70-77; inténtase limpiarlo, 1796, 74.
- PUERTORRIQUEÑOS: su valor según el Almirante Villalobos y el gobernador La Torre; sus cualidades morales, 14; admitidos en el servicio militar, 244; de reemplazo en el Batallón Fijo, 247.
- PUIG y Montserrat, Juan Antonio, obispo de Puerto Rico, expulsa Jesuitas del Seminario, 347.
- PUIG y Valls, Salvador, describe a Santurce, 90-91.
- PUNTA SALINAS, Fortín de, 212.
- Q —
- QUINONES, Buenaventura y otros acusados, 125.
- QUINONES, José Severo, su discurso en la tercera Diputación, 143.
- R —
- RAMÍREZ, Alejandro, intendente, sus gestiones en Puerto Rico, 105; promotor de la cultura, 423.
- RAMÍREZ de Estenoz, Felipe, gobernador, 333.
- RAMÍREZ de Fuenleal, Obispo, su consagración en San Juan, 32, 306.
- RAMOS, Nicolás, obispo, juzgado como inquisidor, 308, 403.
- RAMOS de Real Hacienda (ingresos), 284.
- RATERÍA rampante, 114.
- REAL Audiencia, creada en Puerto Rico, 117.
- REAL de Plata y real de a ocho, 298.
- REAL factoría del tabaco, 293.
- REAL maestranza de Artillería, 129.
- REAL presidio de San Juan (plaza fuerte) describe, 177 y sig.
- REAL Subdelegación de Medicina y Cirugía, 451-453.
- REALES Novenos, 284.
- REBATOS (ejercicios de alarma), 242.
- RECÁMARA de mina (fortificaciones), 194.
- RECEPCIÓN de obispos, ceremonial, 524-527.
- REDIENTE del Norte (San Cristóbal), 211.
- RÉGIMEN y gobierno de los médicos titulares, 1849, 455.
- REGIMIENTO de Granada, su insubordinación, 124.
- REGIMIENTO de Puerto Rico del Ejército de los Estados Unidos, 248, nota.
- REGIMIENTOS españoles en la guarnición de San Juan, 124-125, 248.
- REGISTRO de hidalgos en San Juan, 14.
- REGLAMENTO de campanas, 352.
- REGLAMENTO de Jornaleros, premia la laboriosidad, 81.
- REGULEZ y Sanz del Río, Alberto, director Instituto Provincial, 382.
- RELIQUIAS indígenas, colecciones de, 129, 159.
- RELOJ público municipal, según Tápia, 46.
- REMEDIOS caseros, siglo XVI, 449.

- REVELLINES: el de San Carlos, 209;  
el del Príncipe, 209.
- RIGODÓN, 544.
- RIÑAS de gallos (tributo de), 285,  
549-552.
- RITUAL Romano, observado en Puer-  
to Rico, 347.
- RIVA Agüero, Fernando, gobernador,  
permite reclutamiento de criollos,  
45, 244, 335.
- RIVERO, Tadeo Francisco, redacta el  
primer reglamento escolar, 365.
- RODEO, batería del, sitio de 1797;  
67.
- RODRÍGUEZ, Agustín, obispo, miem-  
bro Comisión Regía, 123.
- ROGATIVAS públicas, 350.
- ROJAS, Gabriel de, gobernador, cons-  
tructor del Fortín del Cañuelo,  
198.
- ROMANTICISMO literario, 434.
- ROMERO, Calixto, Dr., sus gestiones  
en pro de la Segunda Enseñanza,  
361, 375, 457, 470.
- ROPAS y calzados, permutábanse por  
productos del país, siglos XVII y  
XVIII, 512.
- ROSA, Juan de la, defensor de la  
Ermita Santa Ana, 332.
- RUIZ, Francisco, benefactor de la  
Instrucción, 357.
- RUIZ, José María, sobre cátedras de  
jurisprudencia, 348.
- SALA de armas (Casa Roja), 241.
- SALAMANCA, Diego de, obispo, 318.
- SALAZAR, Pedro de, capitán, cons-  
tructor del hornabeque del Mo-  
rro, 185.
- SALÓN de Corte o del Trono (La  
Fortaleza), descripción arquitectó-  
nica, 227-229.
- SAMBENITOS, 306.
- SAN ANTONIO, fortín de, 67, 217.
- SAN JOSÉ, Laguna de, en el sitio de  
1797, 66.
- SAN JUAN, Ciudad de, su crecimien-  
to, 1515-1899, 20-21; su estado  
en 1678, 28; conviértese en una  
base militar, 55; su desolación,  
siglo XVII, 56; en el siglo XVIII,  
61; su progreso, siglo XIX, 77-82;  
descrita por P. T. de Córdova y  
por J. J. Acosta, 80-81.
- SAN NARCISO, ciclón de, 139.
- SAN PATRICIO, abogado del cazabe,  
353.
- SANGRE, limpieza de, abolida, 140.
- SANJURJO, Dr., profesor de derecho,  
369.
- SANTA CLARA, Bachiller, 404.
- SANTA ELENA, Baluarte de, 195.
- «SANTA MARÍA», réplica de la na-  
ve colombina, visita San Juan, 76.
- SANTIAGO, Patrón del Ejército, sus  
fiestas, 207.
- SANTO TORIBIO, Batelía, 217.
- SANTURCE, lugar residencial, 1890,  
92.
- SANZ, gobernador, suprime los ayun-  
tamientos, 145.
- SARAOS, 530.
- «SEA GULL», primera nave de va-  
por vista en San Juan, 73.
- SECTARISMO militante, 311.
- SECTARISMO político, 155.

- SEGUROS de vida, Sociedad de La Mutua, 296.
- SEMÁFORO del Morro, 195.
- SEMINARIO Conciliar, 343-347; insálase sala de emergencia, 1898, 467.
- SEROTERAPIA, estudiada por el Dr. José Ordóñez, 458.
- SERVICIO militar, vea: «Riva Agüero».
- SERVICIO postal, 490-496.
- SERVICIOS personales, prestación de, 147.
- SIGNATURAS, explicación de las empleadas en esta obra, 555-558.
- SILVA y Figueroa, Agustín de, gobernador, *in re* Ermita de la Concepción, 331, 335.
- SÍNODOS Diocesanos, el del siglo xvi, 312; en el xvii, 312.
- SITUADO (asignaciones del Tesoro de México), 221, 284; clase de moneda que lo componía, 299.
- SOCIEDAD Anónima Luz Eléctrica, 484.
- SOCIEDAD DE CONCIERTOS, 439.
- SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS, sus gestiones en pro de la enseñanza, 363, 424-427.
- SOCIEDAD MÉDICA, primer cuarto siglo xix, 364.
- SOCIEDAD PROTECTORA DE LA INTELEGENCIA, 387.
- SOLDADOS distinguidos (cadetes), su condición, 263.
- SOLDADOS puertorriqueños, rechazan a Abercromby, 65 y siguientes.
- STAHL, Agustín, Dr., coleccionista de reliquias indígenas, 159.
- STEINACHER, Gustavo, 480.
- SUÁREZ, Domingo, deseca terrenos en Cataño, 75.
- SUBDELEGACIÓN de Farmacia, 440.
- SUBDELEGACIÓN de Medicina y Cirugía, 365.
- SUSPENSIÓN de pago, reglámentase, 297.

## — T —

- TABLADOS teatrales, 435.
- TABONUCO, derivados de, 134.
- TAPIA, Alejandro, dramaturgo, 439.
- TARJETAS de felicitación, 528.
- TEATRO en San Juan, 435-439.
- TEJAMANÍ de ausubo, 136.
- TELÉFONO, fúndase la Sociedad Anónima del Teléfono, 500.
- TELÉGRAFO, primera línea, 139; servicio de, 496-499.
- TELLO de Guzmán, Pedro, almirante, 36.
- TEMBLORES del 1867, 83, 137.
- «TERROR», torpedero español, 169.
- TEXTOS franceses de medicina, 458.
- TEXTOS, libros de, expurgados por el Gobierno, 392.
- TIERRAS, impuesto de, 285.
- TOPETE, Juan Bautista, general, miembro Comisión Regia, 123.
- TORNEOS, justas y cañas, fiestas antiguas, 529.
- TORO, Teodomiro del, jefe de guerrilla, sitio del 1797, 66.
- TORRALBA, Francisco, gobernador, sobre obra de la Casa Consistorial, 45.
- TORRE, Miguel de la, gobernador, 345.
- TORRES Vargas, Diego; descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico, 404-405.

TRANVÍA de Cataño-Bayamón, 149.  
 TRANVÍA de Ubarri, 89; precio de pasaje, 159; su material rodante, 161-162.  
 TRASATLÁNTICA Española, créase servicio San Juan-Habana, 297.  
 TRATADO DEL ASIENTO, permite introducción de esclavos en gran escala, 17, 291.  
 TRATAMIENTO de la Real Audiencia, 525.  
 TRIBUNAL de Comercio, 295.  
 TRIBUTO de fabricación de ron, 283.  
 TRIBUTOS de alimentos, 282.  
 «TRIDENTE», vapor español, llega a San Juan, 74.  
 TRIGÉSIMA, aplicada al Seminario, 344.  
 TRILLAS, 546.  
 TRITURADORA de piedra, 129.  
 «TRIVIVUM», curso de enseñanza, 359.  
 TROPAS de la Guarnición, semidesnudas, principios siglo XIX.  
 TUMULO en honras reales, 526.  
 TÚNELES del Morro, vea: «Minado».  
 TÚNELES (San Cristóbal), 210.  
 TURE o duho (muchle indígena), 520.

— U —

UBARRI, Pablo, Conde de Santurce, 15; delgado del Ayuntamiento de Cangrejos, 88; opónese creación del Instituto Provincial, 380, 384.  
 UBARRI, tranvía de, 89-90.  
 UNIFORME, el de las Milicias Urbanas, 147.

UNIVERSIDAD, gestiones para fundarla, 328, 360.  
 URBANIDAD social, 527.  
 URTIAGA —Obispo, 509.  
 USURA, combatida, 310.

— V —

VACANTES de dignidades de la Iglesia, 284.  
 VACUNACIÓN, 450.  
 VAGANCIA, propone el Gobierno combatirla, 124.  
 VAJILLA de mesa caparrense, 518.  
 VALDELOMAR, Luisa de, Sor, fundadora de las Carmelitas, 340.  
 VALDÉS, Ramón, concesionario del tranvía Cataño-Bayamón, 150.  
 VALLE Atilcs, Francisco del, 432.  
 VARADERO-Carenero, constrúyese, 75.  
 VARGAS, José María, Dr., *in re cólera*, 136-137.  
 VARIÑAS, Marqués de, encomia la capacidad militar de los criollos, 45.  
 VÁZQUEZ de Arce, Martín, obispo, 321.  
 VEGA Inclán, Miguel de la, gobernador, 382.  
 VELÓDROMO de Santurce, 441.  
 VESTUARIO, siglos XVI-XIX, 512-518.  
 VIÁTICO a los enfermos, 349.  
 VIDA urbana, revelada por el Bando del general La Torre, 30.  
 VILLALOBOS, almirante, sus recomendaciones sobre la guarnición de San Juan, 244.  
 VILLALOBOS, Miguel de, primer mé-

- dico que vino a Puerto Rico, 1510, 447.
- VILLANTES y Escobedo, Pedro, capitán, 339.
- VILLORRIO indígena en la Isleta, 7.
- VIOLACIÓN de Correspondencia, 491.
- VIRUELAS, 450.
- VIZCARRONDO, Andrés, acusado de conspiración, 125.
- VIZCARRONDO, José de, jefe de guerrilla, sitio de 1797, 66.
- VIZCARRONDO, Juan, acusado de conspiración, 125.
- VIZCARRONDO, Julio, 376.
- VIZCARRONDO, Lorenzo —capitán acusado de conspiración, 125.
- VOLANTINES, deporte de, 552; torneos de, 553; el «aguantador», el «cortador», 552.
- VSEEL, capitán holandés, su duelo con Amézquita, 52.
- W —
- WEST INDIA and Panama Telegraph Co., su cable en San Juan, 499.
- WESTFALIA, Paz de, 524.
- WRIGHT, John W., restaura las fortificaciones de San Juan, 182.
- Y —
- YUCA, materia prima del cazabe, 354.
- Z —
- ZAYAS, Manuel de —arquitecto, 323.
- ZENGOTITA —Obispo, 344.
- ZONAS militares de la Isleta (Zonas Polémicas), 252; plan de 1880, 254.



# INDICE GENERAL

## PRIMERA PARTE

### CAPITULO I

#### *Bosquejo histórico: los siglos XVI y XVII*

Caparra: una villa provisional .....	1
Una visión de los Padres Jerónimos .....	3
El ejido de la Ciudad .....	4
Un villorrio indígena en la Isleta de San Juan .....	7
La bahía de San Juan .....	8
Orígenes de la población de San Juan .....	9
Los africanos en San Juan .....	15
El crecimiento de la Ciudad .....	20
Población de San Juan .....	21
Comunicaciones entre la Isleta de San Juan y la Isla principal. El Puen- te del Agua .....	22
Primeros tiempos de la Ciudad .....	25
Las calles de San Juan .....	29
Comunicación extramuros .....	31
Estancamiento de la población .....	33
Ataque de Drake a San Juan .....	34
El Conde de Cumberland toma la Ciudad .....	38
Los criollos de San Juan .....	43
La Casa Consistorial de San Juan .....	45
Un episodio de la Guerra de los Treinta Años: El general Hendrickz ata- ca a San Juan .....	48
La ciudad entra en un período estático: el siglo XVII .....	55
Antecedentes de la pobreza .....	58

## CAPITULO II

*Bosquejo histórico: los siglos XVIII y XIX*  
*(hasta la instalación del consulado norteamericano en San Juan)*

La ciudad en el siglo XVIII .....	61
Los ingleses sitian a San Juan en 1797 .....	65
El puerto de San Juan en los siglos XVIII y XIX .....	70
El progreso de la ciudad desde 1800 a 1898 .....	77
Los barrios de Puerta de Tierra y Santurce .....	82
Partido de Cangrejos .....	84
El tranvía de Ubarri .....	89
El Cabildo de San Juan y la reforma de la política colonial .....	92
Juramento de la Constitución española de 1812 .....	97
Apertura de la primera Diputación Provincial de Puerto Rico .....	104
Labor del Intendente Ramírez .....	105
Un prócer de la emancipación de América en San Juan .....	106
Se concede tratamiento de excelencia al Ayuntamiento de San Juan .....	107
Celebrase la restauración del régimen constitucional .....	107
Un conspirador es fusilado en el campo del Morro .....	109
El Bando de Policía y buen Gobierno del gobernador La Torre .....	109
El huracán de Santa Ana .....	113
La ratería rampante .....	114
Apertura del Primer consulado norteamericano en San Juan .....	115

## CAPITULO III

*Bosquejo histórico: el siglo XIX*  
*(hasta la invasión norteamericana)*

Creación de la Real Audiencia .....	117
Voces subversivas en la Guarnición de San Juan .....	120
Clausura de los conventos .....	121
Vuelve a proclamarse la Constitución de 1812 .....	121
Fundación del Cuerpo de Serenos .....	122
La Junta Superior de Competencias .....	122
La comisión Regia llega a San Juan .....	123
Se intenta suprimir la vagancia .....	124
Otra conspiración en el Regimiento de Granada .....	124
Suprimida la inmunidad de acogerse a Sagrado .....	125
El Colegio de Abogados .....	126
La primera feria-exposición .....	127
El Alzamiento de los Artilleros .....	130
Segunda feria-exposición .....	133

Desarrollo del poblado de Cataño .....	134
Orgullo edilicio .....	135
La tercera feria-exposición .....	135
La epidemia del Cólera Morbus en San Juan .....	136
La cuarta feria-exposición de 1865 .....	137
Los temblores de 1867 .....	137
La Proclama del General Pavía .....	138
San Juan se une a la Isla por el hilo telegráfico .....	139
Derogada la información de Limpieza de Sangre .....	140
La Capital readquiere representación en Cortes .....	141
Apertura de la Tercera Diputación Provincial .....	141
El motín de las pedradas .....	144
Suprimido el Ayuntamiento .....	145
Creación del Cuerpo de Orden Público .....	146
El tranvía de Cataño a Bayamón .....	149
Personas de la Familia Real Española visitan la Ciudad .....	150
Formación del primer partido político de San Juan .....	152
La celebración del 4.º centenario del Descubrimiento de América .....	158
La Guerra Hispanoamericana. Bombardeo de la Ciudad .....	163
Un combate naval a la vista de San Juan .....	168
El «Antonio López» intenta romper el bloqueo .....	170
El Morro iza bandera blanca .....	171
Repatriación de las fuerzas españolas .....	171
La toma de posesión de San Juan .....	172

## SEGUNDA PARTE

### CAPITULO IV

#### *El Real Presidio de San Juan o Plaza Militar permanente*

Historia .....	177
El Fuerte del Morro .....	181
Otras construcciones del siglo XVI (1582-1587) .....	195
Fortín del Cañuelo .....	197
El murado de la Ciudad .....	199
Las Puertas de la Ciudad .....	203
Los trabajos de fortificación en el siglo XVIII. El Castillo de San Cristóbal. .....	207
Los obreros de las Fortificaciones .....	212
Las tres Líneas Defensivas de la Isleta .....	213
Las obras del siglo XIX .....	217
Magnitud del sistema defensivo .....	218
Finanzas del Presidio Militar .....	220
La Fortaleza como residencia de los gobernadores .....	224
La Casa Blanca .....	229

Armamento .....	230
Los almacenes de pólvora .....	235
Los cuarteles de la Ciudad .....	237
Otros edificios militares .....	241
La guarnición de San Juan .....	242
Las zonas militares de la Isleta .....	252
Conservación de las obras defensivas .....	255
El derribo de ciertas obras de fortificación .....	257
El Arsenal de la Marina .....	260
Instrucción de oficiales en San Juan .....	263
La instrucción del soldado .....	265

### TERCERA PARTE

#### CAPITULO V

##### *El Gobierno de la Ciudad y el Desarrollo Económico*

El Gobierno de la Ciudad .....	269
Economía y Hacienda Pública .....	278
El comercio .....	289
La Estructura Comercial .....	293
La moneda .....	298

#### CAPITULO VI

##### *La Religión en la Ciudad*

Bosquejo histórico .....	305
La Catedral de San Juan .....	317
El Monasterio de los Dominicos o de Santo Tomás de Aquino .....	324
Las ermitas de la Ciudad .....	330
El Monasterio de San Francisco de Asís .....	334
El Convento de Santa Teresa de Jesús de las Carmelitas Calzadas .....	338
El Seminario Conciliar .....	343
Culto y Clero .....	347
El Palacio Episcopal .....	354

#### CAPITULO VII

##### *La Instrucción Pública y la Cultura*

La instrucción pública en la Ciudad .....	357
La enseñanza en el siglo XIX .....	362

## ÍNDICE GENERAL

589

El Instituto Civil de 2. <sup>a</sup> Enseñanza .....	378
Otros planteles de enseñanza .....	384
Aspectos varios de la Instrucción .....	392
La cultura de la Ciudad .....	393
El complejo político-religioso .....	395
La cultura correspondiente al antiguo complejo social .....	401
El periodismo en el siglo XIX .....	411
El libro en la Ciudad .....	419
El Intendente Ramírez: promotor de la cultura en el siglo XIX .....	423
Las instituciones culturales - La Real Sociedad de Amigos del País .....	424
El Ateneo Puertorriqueño .....	428
La producción intelectual de la Ciudad en el siglo XIX .....	429
El teatro en San Juan .....	435
Auxiliares de la cultura .....	439
Eugenio María de Hostos en la Ciudad .....	441

## CUARTA PARTE

### CAPÍTULO VIII

#### *La Beneficencia Pública y las Profesiones e Instituciones congéneres*

La profesión médica antes del siglo XIX .....	447
La práctica de la medicina en el siglo XIX .....	453
El tratamiento del cólera asiático .....	456
Los hospitales de la Ciudad .....	459
El Hospital de Infantería .....	462
El Hospital de Caridad de la Concepción u Hospital de pobres .....	464
Hospital Civil .....	468
El Asilo de Beneficencia y Manicomio .....	469
Otras casas de salud .....	472
Las Cárceles de la Ciudad .....	473

### CAPÍTULO IX

#### *El Progreso Material*

El abastecimiento de agua potable .....	477
El alumbrado público .....	482
Pavimentación y conservación de las calles y plazas .....	484
El alcantarillado y la limpieza de las calles .....	485
Las plazas de la Ciudad .....	486
La plaza del Mercado .....	489
El servicio postal .....	490

El telégrafo terrestre y el submarino .....	496
El teléfono .....	499
El Cuerpo de Bomberos .....	500
Los cementerios de la Ciudad .....	500

## CAPITULO X

*Estado Social - La familia - Usos y costumbres*

Estado social .....	503
Vestuario .....	512
Mobiliario .....	518
Alimentación .....	521
Etiqueta y ceremonial oficial .....	523
Fiestas públicas y privadas .....	529
El baile .....	543
El carnaval .....	546
Las corridas de toros .....	548
Otras diversiones y pasatiempos .....	549
Las riñas de gallos .....	549
Explicación de las signaturas empleadas en las notas marginales .....	555

Este libro acabóse de imprimir,  
el día 13 de julio de 1966,  
en los Talleres Gráficos de  
MANUEL PAREJA,  
Barcelona  
(España)

